«Quien quiera entender por qué Rusia y Occidente se enfrentan por el futuro de Ucrania tiene que leer esta historia rigurosa, exhaustiva y apasionada.» MICHAEL IGNATIEFF

LAS PUERTAS DE EUROPA

PASADO Y PRESENTE DE UCRANIA

SERHII PLOKHY

PENÍNSULA

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Nota preliminar
Mapas
Prefacio
Introducción
PARTE I. EN LA FRONTERA PÓNTICA
1. En el límite del mundo
2. La llegada de los eslavos
3. Vikingos en el Dniéper
4. El norte de Bizancio
5. Las llaves de Kíiv
6. «Pax Mongolica»
PARTE II. EL ESTE SE ENCUENTRA CON EL OESTE
7. La construcción de Ucrania
8. Los cosacos
9. Las reformas orientales
10. La Gran Rebelión
11. Las particiones
12. El veredicto de Poltava
PARTE III. ENTRE IMPERIOS
13. Las nuevas fronteras
14. Los libros del Génesis
15. La frontera permeable
16. En marcha
17. La revolución inacabada
PARTE IV. GUERRAS MUNDIALES

18. El nacimiento de una nación
19. Un sueño perdido
20. Comunismo y nacionalismo
21. La fortaleza de Stalin
22. El «Lebensraum» de Hitler
23. Los vencedores
PARTE V. EL CAMINO A LA INDEPENDENCIA
24. La Segunda República Soviética
25. ¡«Good Bye», Lenin!
26. La Plaza de la Independencia
27. El precio de la libertad
28. Un nuevo amanecer
Epílogo. Los significados de la Historia
Agradecimientos
Cronología histórica
Quién es quién en la historia de Ucrania
Glosario
Bibliografía complementaria
Créditos

Visita Planetadelibros.com y
descubre una
nueva forma de disfrutar de
la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos

exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Sinopsis

La última invasión de Ucrania por parte de Rusia es solo una más de una larga lista de ocupaciones sobre su territorio e intentos por destruir su existencia y soberanía. Situado entre la Europa central, Rusia y Oriente Medio, Ucrania la conformaron los imperios que hicieron uso de su lugar estratégico como pasarela entre Oriente y Occidente, desde los imperios romano y otomano, hasta el Tercer Reich y la Unión Soviética.

En esta obra fundamental, Serhii Plokhy, catedrático de Historia en Harvard, nos invita a descubrir el pasado de su país para entender a fondo su presente. Reconstruye la identidad ucraniana a partir de las figuras más importantes de su historia, desde sus héroes hasta sus conquistadores, pasando por los acontecimientos que la moldearon. El libro, escrito con pulso narrativo y una desbordante erudición, pone luz a la historia poco conocida del país más grande de Europa.

Las puertas de Europa ofrece una mirada única y privilegiada para entender la última gran crisis de la geopolítica internacional desde el fin de la Guerra Fría.

Las puertas de Europa

Una historia de Ucrania

Serhii Plokhy

Traducción de Marta Rebón Rodríguez y Ferran Mateo

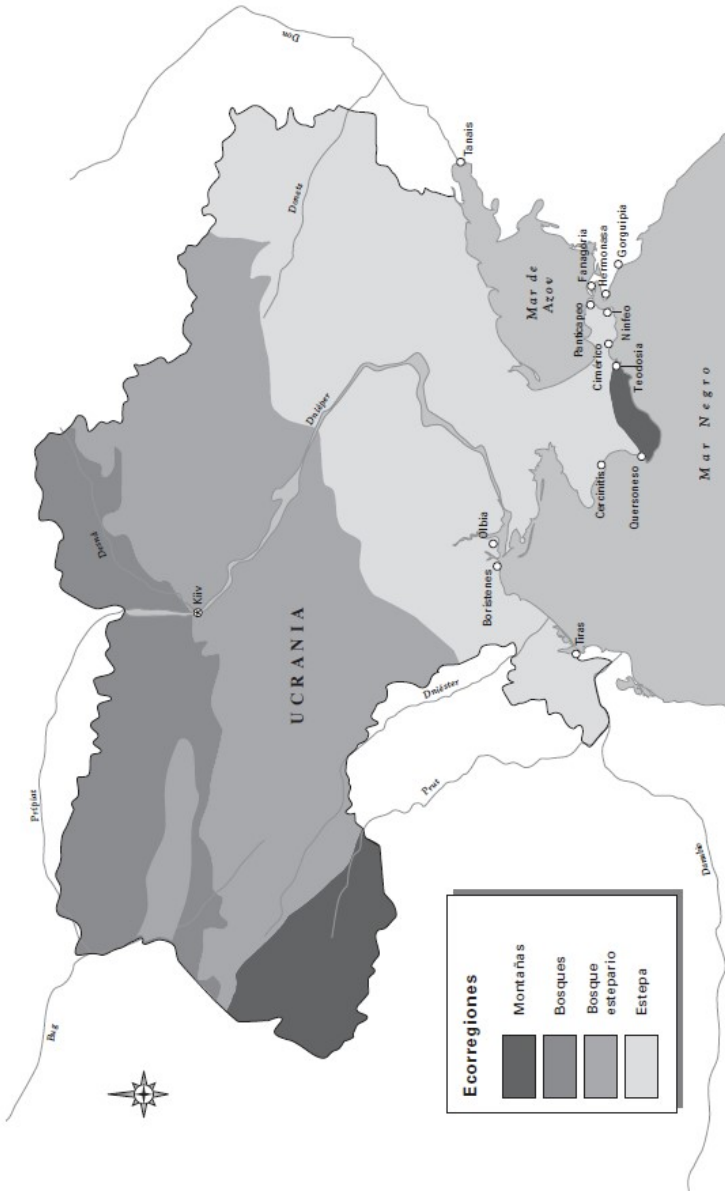
ediciones península

Al pueblo de Ucrania

Nota preliminar

Para la traducción de este libro, hemos respetado la decisión del autor de usar la toponimia ucraniana. Por eso, decimos «Kíiv» (no Kiev), o «Járkiv» (no Járkov). Ante la dificultad que puede entrañar para un hispanohablante leer las transliteraciones oficiales del ucraniano al inglés, hemos adaptado las grafías al sonido del español, como también se hace con otros idiomas; por ejemplo, con el ruso. Así, no escribimos «Bohdan» sino Bogdán, ni «Volodymyr», sino Volodímir. Según este modelo, el nombre del autor del libro sería Sergui Ploji en español, pero en ese caso (así como en otros contemporáneos) se usa la grafía escogida por el escritor para firmar.

MAPAS



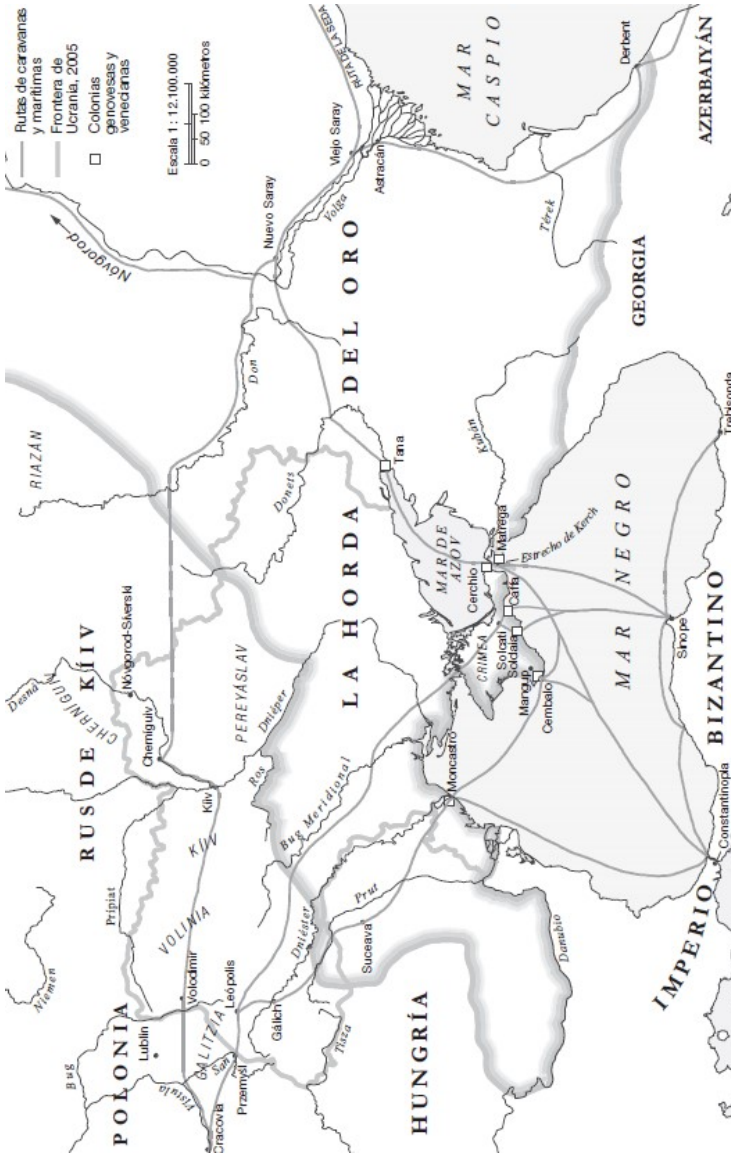
Asentamientos griegos, 770 a. C. - 100 a. C.

Rus de Kíiv

Fuente: Zenon E. Kohut, Bohdan Y. Nebesio y Myroslav Yurkevich, *Historical Dictionary of Ukraine*, Lanham, Maryland; Toronto; Oxford, The Scarecrow Press, 2005.

Principados de la Rus, *ca.* 1100

Fuente: *The Cambridge Encyclopedia of Russia and the Former Soviet Union,* Cambridge, Cambridge University Press, 1994.

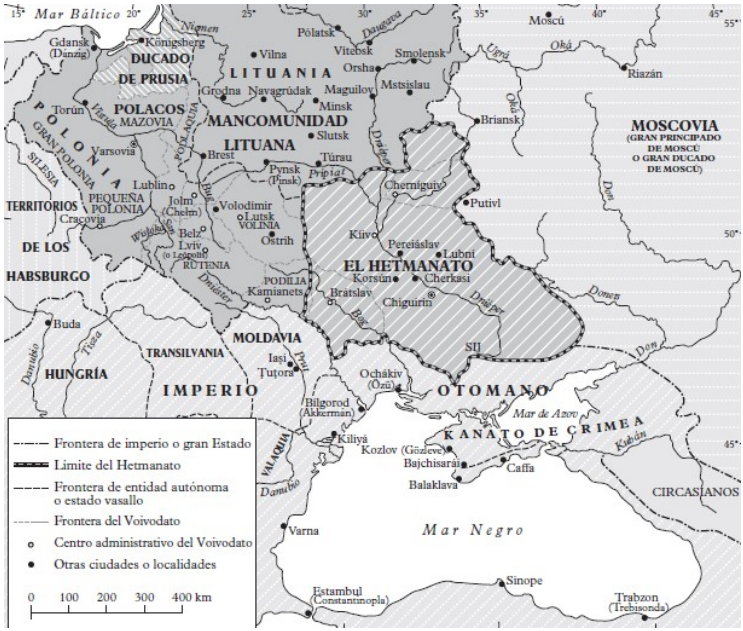


La Horda de Oro, *ca.* 1300

Fuente: Paul Robert Magocsi, *A History of Ukraine: The Land and Its People,* Toronto, University of Toronto Press, 2010, p. 117, mapa 10.

Tierras de la Mancomunidad de Polonia-Lituania en los siglos XVI-XVIII

Fuente: *Encyclopedia of Ukraine,* Volodymyr Kubijovyč y Danylo Husar Struk (eds.), vol. IV, Toronto, University of Toronto Press, 1993.



Ucrania cosaca, *ca.* 1650

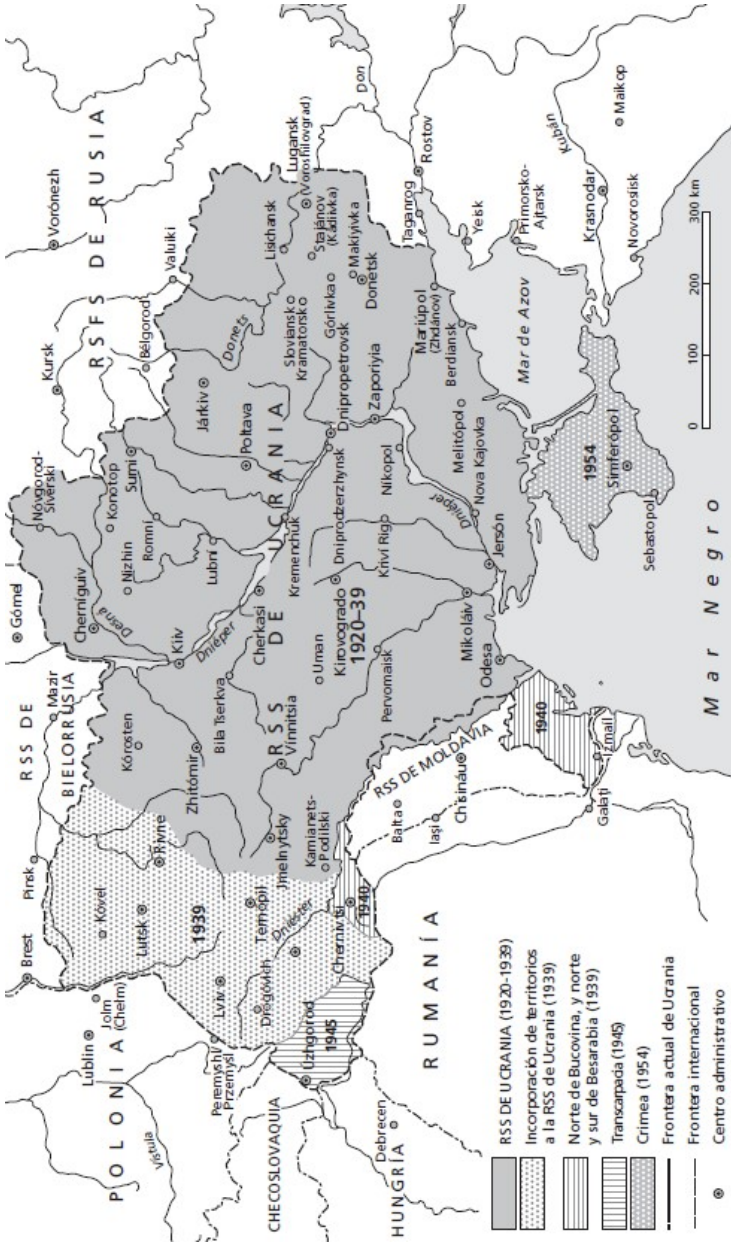
Fuente: Mykhailo Hrushevsky, *History of Ukraine-Rus'*, Frank E. Sysyn et al. (eds.), vol. IX, vol. 1, Edmonton y Toronto, Canadian Institute of Ukrainian Studies Press, 2005.

El Hetmanato y los territorios circundantes en la década de 1750

Fuente: Zenon E. Kohut, *Russian Centralism and Ukrainian Autonomy: Imperial Absorption of the Hetmanate, 1760s-1830s*, Cambridge, MA, Harvard University Press, 1988, p. xiv.

Las particiones de Polonia

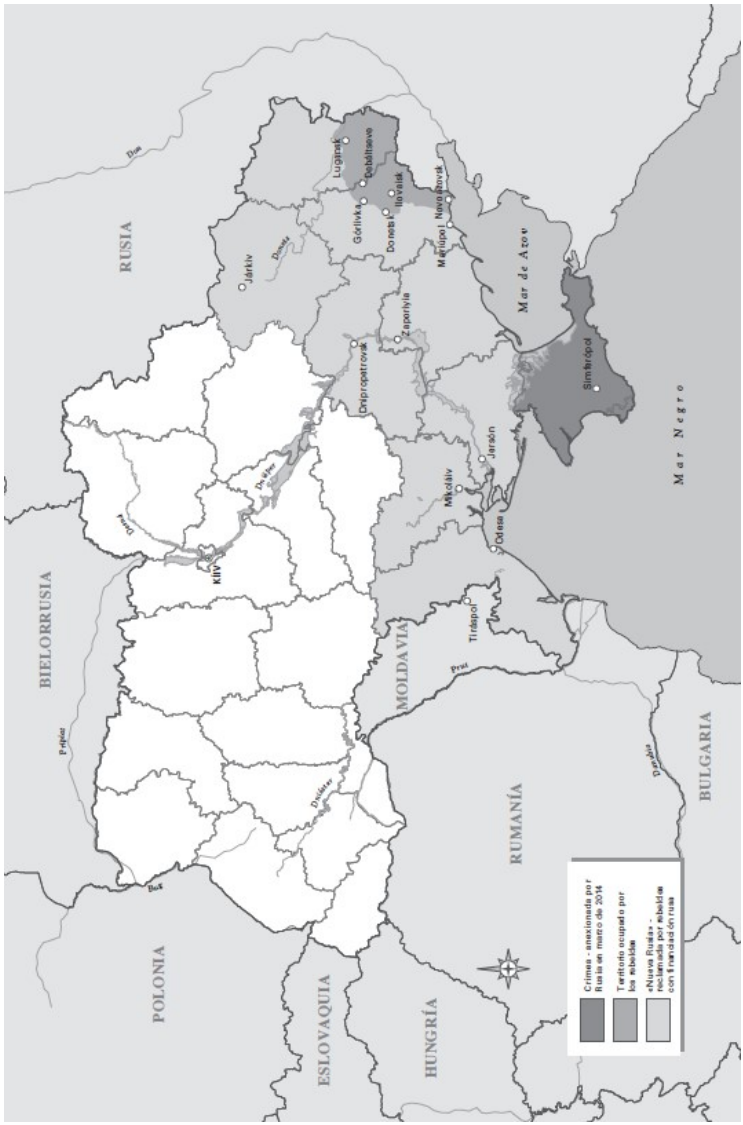
Fuente: Paul Robert Magocsi, *A History of Ukraine: The Land and Its People*, Toronto, University of Toronto Press, 2010, n.º 25, p. 319.



Ucrania contemporánea

Fuente: Volodymyr Kubijovyc y Danylo Husar Struk (eds.), *Encyclopedia*

of Ukraine, vol. 5, Toronto, University of Toronto Press, 1993. p. 441.



El conflicto ruso-ucraniano

Prefacio

De entre los procesos de destitución presidenciales en Estados Unidos, el de la Cámara de Representantes contra Donald Trump en diciembre de 2019 fue un caso único. A lo largo de la historia estadounidense, de los cuatro casos de este tipo de *impeachment* solo este se centró en acciones presidenciales relacionadas con un país extranjero. El país en cuestión era Ucrania.

Durante los últimos años me han hecho a menudo la misma pregunta: «¿Por qué Ucrania ha adquirido tanta relevancia en la política internacional?». Me ocurrió por primera vez durante las protestas de Maidán en 2013 y 2014, seguidas de inmediato por la anexión de Crimea por parte de Rusia y su agresión contra el resto de Ucrania, con el consiguiente empeoramiento drástico de las relaciones de Estados Unidos y la Unión Europea con Rusia. La misma cuestión se formuló en relación con el papel de Ucrania en el proceso de destitución, y después, otra vez, en la campaña de las elecciones presidenciales de Estados Unidos de 2020.

Mi respuesta fue y sigue siendo la misma. La aparición de Ucrania en el centro del escenario de la política europea, y luego estadounidense, no es casual. Ucrania, la mayor república postsoviética después de Rusia, y actual objeto de la agresión de este país, se ha convertido en los últimos años en un campo de batalla. A diferencia de sus vecinos eslavos orientales —Rusia y Bielorrusia—, Ucrania ha mantenido instituciones y políticas democráticas durante los tumultuosos años de la transición postsoviética, y se ha inclinado hacia Occidente en sus aspiraciones geopolíticas y sus valores sociales y culturales.

La guerra híbrida no declarada de Rusia en la región ucraniana del Donbás, que se ha cobrado más de 14.000 vidas en los últimos ocho años, atrajo la atención de Estados Unidos y de

Occidente por ser una de las principales manifestaciones de la lucha global entre democracia y autoritarismo. El actual conflicto militar en Ucrania no es solo una pugna de valores políticos. El esfuerzo de Rusia por frenar su declive imperial con la toma de Crimea y la ocupación de parte del Donbás supone una grave amenaza para el orden internacional, regido por principios esenciales como el de soberanía e integridad territorial de los Estados nación, a una escala que no se veía desde el final de la Segunda Guerra Mundial.

Aunque hace relativamente poco tiempo que ha llamado la atención del mundo, Ucrania tiene una historia larga y dramática, pero también fascinante, a menudo eclipsada por los grandes relatos de los imperios que gobernaron su territorio durante siglos. Desenterrar esa historia, poco conocida en Occidente hasta las últimas décadas, de entre las capas de tergiversación imperial, ayuda a comprender mejor no solo la nación que se halla en el punto de mira del mundo, sino también a Europa en su conjunto, tanto del este como del oeste. He aprovechado la oportunidad que me ha brindado mi editorial para publicar una edición actualizada del libro y añadir un capítulo sobre la historia más reciente de Ucrania: los años que han pasado desde su publicación original en 2015. En estas páginas se expone la historia del país y de la región con una nueva perspectiva.

SERHII PLOKHY

21 de marzo de 2021

Introducción

Probablemente los ucranianos tengan tanto derecho a sentirse orgullosos de su contribución a la evolución del mundo como los escoceses y los oriundos de otros países sobre los que se han escrito libros para reivindicar que han marcado el curso de la historia. En diciembre de 1991, cuando los ciudadanos ucranianos acudieron en masa a las urnas para votar por la independencia de su república, también arrojaron a la poderosa Unión Soviética al basurero de la historia. Los acontecimientos en Ucrania tuvieron repercusiones internacionales de gran alcance y cambiaron, en efecto, el curso de la historia mundial: una semana después del referéndum ucraniano, la Unión Soviética se disolvió, y el presidente George H. W. Bush declaró la victoria final de Occidente en la larga y agotadora Guerra Fría.

El mundo volvió a ver a Ucrania en las pantallas de televisión en noviembre de 2004, cuando las plazas y las calles de Kíiv se tiñeron de naranja: una multitud festiva vestida de ese color exigió unas elecciones justas y, finalmente, lo consiguieron. La Revolución Naranja dio un nombre común a varias «revoluciones de colores» que sacudieron a regímenes autoritarios desde el Líbano hasta Serbia y desde Georgia hasta Kirguistán. Estas movilizaciones, aunque no cambiaron el mundo postsoviético, dejaron una huella duradera y la esperanza de que el cambio llegaría tarde o temprano. Una vez más los ucranianos se encontraron en el punto de mira del mundo en noviembre y diciembre de 2013, cuando se echaron de nuevo a las calles de Kíiv, esta vez para reclamar un acercamiento a la Unión Europea. En un momento en el que el entusiasmo por esta comunidad política estaba en horas bajas entre sus países miembros, la obstinación de los manifestantes ucranianos, dispuestos a salir a la

calle durante días, semanas y meses, a pesar de las temperaturas bajo cero, sorprendió e inspiró a los ciudadanos de Europa Central y Occidental.

A principios de 2014, estos acontecimientos dieron un vuelco inesperado y trágico cuando los enfrentamientos entre los manifestantes proeuropeos y las fuerzas de seguridad gubernamentales rompieron el ambiente festivo, casi de celebración, de las protestas anteriores. Sin cohibirse por las cámaras de televisión, la policía antidisturbios y los francotiradores del Gobierno abrieron fuego con munición real, e hirieron y mataron a decenas de manifestantes en febrero de ese año. Las imágenes conmocionaron al mundo. La misma reacción provocó la anexión rusa de Crimea en marzo de ese mismo año y, más tarde, esa primavera, la campaña de guerra híbrida de Moscú en el Donbás, en el este de Ucrania. En julio el derribo de un avión de pasajeros malasio con casi trescientas personas a bordo por parte de separatistas prorrusos convirtió el conflicto ruso-ucraniano en uno internacional. Las movilizaciones y la guerra en Ucrania tuvieron un gran impacto en la agenda europea y mundial, lo que llevó a los políticos a hablar de una «batalla por el futuro de Europa» y de un regreso de la Guerra Fría en la misma parte del mundo donde se suponía que había terminado en 1991.

¿Cuáles son las causas de la crisis de Ucrania? ¿Qué papel desempeña la historia en estos acontecimientos? ¿Qué diferencia a los ucranianos de los rusos? ¿Quién debe ser considerado el legítimo dueño de Crimea y del este de Ucrania? ¿Por qué las acciones ucranianas tienen hondas repercusiones en las relaciones internacionales? Estas preguntas, formuladas una y otra vez en los últimos años, merecen respuestas detalladas. Para comprender las fuerzas motrices de la crisis ucraniana y su impacto en el mundo, hay que examinar con detenimiento sus raíces. En términos generales, ese es el principal objetivo de este libro, que escribí con la esperanza de que la historia pueda aportar ideas sobre el presente y así influir en el futuro. Aunque es difícil (si no imposible) predecir el resultado y las consecuencias a largo plazo de la actual crisis en Ucrania o su futuro como nación, un viaje al

pasado puede ayudarnos a dar sentido al aluvión de noticias diarias, lo que nos permitirá reaccionar de forma más reflexiva a los acontecimientos y, por tanto, moldear sus resultados.

Este libro presenta la historia de *longue durée* de Ucrania desde la época de Heródoto hasta la caída de la Unión Soviética y el actual conflicto ruso-ucraniano. Pero ¿cómo reducir a unos cientos de páginas más de un milenio de historia de un lugar del tamaño de Francia, donde hoy viven 46 millones de personas y que ha tenido cientos de millones a lo largo de su existencia? Hay que elegir en qué centrarse, como siempre han hecho los historiadores. Sus enfoques, sin embargo, difieren. El fundador de la historiografía moderna ucraniana, Mijailo Grushevski (1866-1934), que es uno de los personajes de este libro (y el académico que da nombre a la cátedra de historia de Ucrania en la Universidad de Harvard), consideraba que su tema era la historia de una nación que existía desde tiempos inmemoriales y que había conocido periodos de prosperidad, decadencia y recuperación, culminados con la creación de un Estado propio durante la Primera Guerra Mundial y después.

Grushevski definió la historia ucraniana como un área de estudio independiente, pero muchos de sus críticos y sucesores cuestionaron su enfoque. Los discípulos de Grushevski hicieron hincapié en la historia del Estado ucraniano; los historiadores soviéticos contaron la historia de Ucrania como una lucha de clases; algunos especialistas occidentales han destacado su carácter multiétnico; hoy cada vez más estudiosos recurren a un enfoque transnacional. Estas últimas tendencias en la redacción de historias de Ucrania y de otros países han influido en mi propio relato. También he aprovechado el reciente giro cultural en los estudios e investigaciones sobre la historia de las identidades. Las cuestiones que planteo son deliberadamente presentistas, pero al mismo tiempo me he esforzado en no leer las identidades, lealtades, ideas, motivaciones y sensibilidades contemporáneas en el pasado.

El título del libro, *Las puertas de Europa*, es una metáfora, por supuesto, pero no debe tomarse a la ligera ni descartarse como una estrategia de *marketing*. Europa es una parte importante de la

historia ucraniana, al igual que Ucrania es parte de la historia europea. Situada en el extremo occidental de la estepa euroasiática, Ucrania ha sido una puerta de entrada a Europa durante siglos. A veces, cuando las «puertas» estaban cerradas como resultado de guerras o conflictos, Ucrania ayudaba a detener las invasiones extranjeras tanto del este como del oeste; cuando estaban abiertas, como ocurrió durante la mayor parte de la historia de Ucrania, servían de puente entre Europa y Eurasia, facilitando el intercambio de personas, bienes e ideas. Durante siglos, el territorio de Ucrania fue también el punto de encuentro (y el campo de batalla) de varios imperios, desde el romano hasta el otomano, desde el de los Habsburgo hasta el de los Románov. En el siglo XVIII se gobernó desde San Petersburgo, Viena, Varsovia y Estambul. En el siglo XIX solo quedaban dentro las dos primeras capitales. En la segunda mitad del siglo pasado, Moscú dominaba en solitario la mayor parte del territorio ucraniano. Todos los imperios reclamaron terrenos y botines, lo que dejó su huella no solo en el paisaje, sino también en el carácter de la población. Esto contribuyó a formar su identidad y espíritu fronterizos únicos.

El concepto de nación es una categoría de análisis importante, aunque no el dominante, y un elemento de la historia que, junto con la noción siempre cambiante de Europa, marcan el rumbo de mi narración. Este libro cuenta la historia de Ucrania dentro de las fronteras trazadas por los etnógrafos y los cartógrafos de finales del siglo XIX y principios del XX que, a menudo (pero no siempre), coinciden con las fronteras del actual Estado ucraniano. Sigue el desarrollo de las ideas y de las identidades que vinculan a estas tierras desde la época del Estado medieval de Kíiv, conocido en la historiografía como la Rus de Kíiv, hasta el surgimiento del nacionalismo moderno, y arroja luz sobre los orígenes del Estado ucraniano moderno y de su nación política. El libro se centra en los ucranianos como el mayor grupo demográfico y, con el tiempo, la mayor fuerza detrás de la creación de la nación y el Estado modernos. También presta atención a las minorías de Ucrania, en especial a los polacos, los judíos y los rusos, y aborda la nación ucraniana moderna, multiétnica y multicultural como un proceso

continuo. La cultura ucraniana siempre ha existido en un espacio compartido con otras culturas y desde el principio tuvo que aprender a convivir con los «otros». La capacidad de la sociedad ucraniana para superar fronteras internas y externas, así como para gestionar las identidades creadas por ellas, constituye la característica principal de la historia de Ucrania que presento en este libro.

El caleidoscopio de acontecimientos políticos, tanto internos como externos, proporciona un marco cronológico conveniente, pero al escribir este libro llegué a la conclusión de que los factores geográficos, medioambientales y culturales son los más perdurables y, por tanto, los más influyentes a largo plazo. La Ucrania contemporánea, vista desde la perspectiva de las corrientes históricas de la *longue durée*, es producto de la interacción de dos fronteras cambiantes: una delimitada entre las estepas euroasiáticas y el bosque estepario de Europa Oriental, y otra entre el cristianismo oriental y el occidental. La primera frontera fue también la de las poblaciones sedentarias y nómadas, y más tarde la del cristianismo y el islam. La segunda se remonta a la división del Imperio romano entre Roma y Constantinopla, y marca las diferencias de cultura política entre Europa Oriental y Occidental que existen todavía hoy. El movimiento de estas fronteras a lo largo de los siglos dio lugar a un conjunto único de características culturales que formó las bases de la identidad ucraniana actual.

No se puede contar la historia de Ucrania sin tener presente la de sus regiones. El espacio cultural y social creado por el movimiento de las fronteras no fue homogéneo. A medida que se desplazaban de diferentes maneras por el territorio étnico ucraniano, las fronteras estatales e imperiales crearon espacios culturales bien diferenciados que sirvieron de base a las regiones de Ucrania: Transcarpacia, en su día gobernada por Hungría; la Galitzia históricamente austriaca; Podolia y Volinia controladas por Polonia; la margen izquierda del Dniéper, perteneciente a los cosacos, con las tierras del curso inferior del río, Ucrania Slobodá (Ucrania Libre); y, por último, la costa del mar Negro y la cuenca del Donets, colonizada ya por el Imperio ruso. A diferencia de la

mayoría de mis predecesores, procuro no describir la historia de las regiones ucranianas (por ejemplo, las partes de Ucrania gobernadas por Rusia y Austria) en secciones separadas del libro, sino que las examino de forma conjunta, y ofrezco así un panorama comparativo de su desarrollo en tal o cual periodo.

Por último, unas palabras sobre la terminología. Los antepasados de los ucranianos modernos vivieron en decenas de principados, reinos e imperios medievales y modernos y, a lo largo de su historia, tuvieron diversos nombres e identidades. Para designar su tierra usaron principalmente dos términos: «Rus» y «Ucrania». (En el alfabeto cirílico Rus se escribe Русь: el último carácter [ь] es el signo suave, que no se transcribe al castellano, e indica que la consonante anterior debe pronunciarse palatalizada.) El término «Rus», llevado a la región por los vikingos en los siglos IX y X, fue adoptado por los habitantes de la Rus de Kíiv, que acogieron a los príncipes y guerreros vikingos en su seno y los eslavizaron. Los antepasados de los actuales ucranianos, rusos y bielorrusos adoptaron el nombre «Rus» en formas que van desde la «Rus» escandinava-eslava hasta la «Rossiya» helenizada. En el siglo XVIII Moscovia adoptó esta última forma como nombre oficial de su Estado e imperio.

Los ucranianos han recibido diferentes nombres según la época y la zona donde vivieran: rusinos en Polonia, rutenos en el Imperio Habsburgo y pequeñorrusos en el Imperio ruso. A lo largo del siglo XIX, los constructores de la nación ucraniana decidieron acabar con la confusión renunciando de una vez por todas al nombre Rus, distinguiéndose claramente del resto del mundo eslavo oriental, sobre todo de los rusos, y eligieron «Ucrania» y «ucraniano» para referirse a su tierra y a su grupo étnico, tanto en el Imperio ruso como en el austrohúngaro. El nombre «Ucrania», de origen medieval, designaba las tierras cosacas a orillas del río Dniéper y el Estado creado allí por los cosacos a principios de la Edad Moderna. En la conciencia colectiva de los románticos del siglo XIX, los cosacos, en su mayoría de origen local, eran la quintaesencia de Ucrania. Para que no se perdiera la vinculación entre la antigua Rus y la Ucrania naciente, Mijailo Grushevski dio a

su obra magna en diez volúmenes el título de *Historia de Ucrania-Rus*. De hecho, cualquiera que quiera escribir hoy sobre el pasado ucraniano debe utilizar dos o incluso más términos para referirse a los antepasados de los ucranianos modernos.

En este libro utilizo el término «Rus» de manera predominante, pero no exclusiva, para referirme al periodo medieval, «rutenos» para designar a los ucranianos de principios de la era moderna, y «ucranianos» cuando escribo sobre la época moderna. Desde la proclamación de la independencia de Ucrania en 1991, todos sus ciudadanos pasaron a llamarse «ucranianos», con independencia de cuál fuera su origen étnico. Este tratamiento refleja las convenciones actuales de la historiografía académica y, aunque entraña cierta complejidad, espero que no cause demasiada confusión.

«¡Vengan a ver!», instaba a los lectores el autor anónimo de *Historia de la Rus*, uno de los textos fundacionales de la historiografía ucraniana moderna, al final de su prefacio. No puedo concluir el mío con una invitación mejor.

PARTE I
EN LA FRONTERA PÓNTICA

1

En el límite del mundo

El primer historiador de Ucrania fue Heródoto, el «padre de la historia», un honor generalmente reservado a las historias de países y pueblos del mundo mediterráneo. Ucrania —una extensión de estepas, montañas y bosques al norte del mar Negro, conocida por los griegos como *Pontos euxeinos* ('Mar hospitalario', latinizado por los romanos como *Pontus euxinus*)— era una parte importante de ese mundo. Y su relevancia tenía un carácter peculiar. El centro del mundo en la época de Heródoto eran las ciudades-estado de la antigua Grecia, y se extendía hasta Egipto, al sur, y Crimea y las estepas pónticas, al norte. Si Egipto era una tierra de cultura y filosofía antiguas que había que estudiar e imitar, el territorio de la actual Ucrania fue la frontera por excelencia, donde la civilización griega se encontró con su *alter ego* bárbaro. Fue la primera frontera del espacio político y cultural que llegaría a conocerse como «mundo occidental». Fue allí también donde Occidente empezó a definirse a sí mismo y al «otro».

Heródoto, conocido en griego antiguo como Heródotos, procedía de Halicarnaso, una ciudad griega situada en territorio de la actual Turquía. En el siglo V a. C., época en que vivió, escribió y recitó su *Historia*, su ciudad natal formaba parte del Imperio persa. Heródoto pasó gran parte de su vida en Atenas, vivió en el sur de Italia, cruzó más de una vez el Mediterráneo y visitó Oriente Próximo, viajando a través de su inmensidad hasta Egipto y Babilonia, entre otros lugares. Admirador de la democracia ateniense, escribía en griego jónico, pero sus intereses se extendían

mucho más allá de Grecia, incluso se podría decir que eran todo lo globales que podían serlo entonces. En su *Historia*, dividida más tarde en nueve libros, arrojó luz sobre los orígenes de las guerras greco-persas, que comenzaron en el 499 a. C. y se prolongaron durante medio siglo. Heródoto fue contemporáneo de esas guerras y estudió la materia durante tres décadas después de que terminaran. Describió el conflicto como una batalla épica entre la libertad y la esclavitud, representadas por los griegos y los persas, respectivamente. Aunque tenía una profunda simpatía política e ideológica por los primeros, quiso contar no una, sino las dos caras de la historia, para «preservar la memoria del pasado plasmando las asombrosas hazañas tanto de los helenos como de los bárbaros».

Mientras preparaba los pasajes «bárbaros» de su *Historia*, Heródoto dirigió su atención a las estepas pónticas. En el año 512 a. C., trece años antes de que comenzaran las guerras, Darío el Grande, el rey más poderoso del Imperio persa, invadió la región para vengarse de los escitas, por haberle agraviado. Los reyes escitas, gobernantes nómadas de un vasto reino al norte del mar Negro, hicieron marchar a Darío desde el Danubio hasta el Don tras sus ejércitos móviles, sin darle la oportunidad de entablar batalla. Fue una derrota humillante para un monarca que, al cabo de apenas una década y media, supondría la principal amenaza para el mundo griego. En su *Historia,* Heródoto no escatimó esfuerzos para ofrecer al lector una descripción lo más completa posible de los misteriosos escitas, sus tierras, sus costumbres y su sociedad. Al parecer, pese a sus extensos viajes, nunca visitó la zona en persona y tuvo que confiar en las historias contadas por otros. Aun así, su detallada descripción de los escitas, así como de las tierras y de los pueblos que gobernaban, lo convirtió no solo en el primer historiador, sino también el primer geógrafo y etnógrafo de Ucrania.

Como sabemos por las investigaciones arqueológicas, las tierras al norte del mar Negro ya estaban habitadas por cazadores de mamuts neandertales hace 45.000 años. En el quinto milenio antes

de nuestra era, los portadores de la llamada cultura Cucuteni-Tripilia se asentaron en los bosques esteparios entre el Danubio y el Dniéper, se dedicaron a la agricultura y la ganadería, construyeron grandes asentamientos y crearon estatuillas de terracota y de cerámica polícroma. Hacia el 3500 a. C., los habitantes de las estepas pónticas domesticaron el caballo, y mil años después llevaron las lenguas indoeuropeas a Europa Central.

Antes de que Heródoto empezara a recitar extractos de su obra en los festivales públicos de Atenas, la mayoría de los griegos sabía muy poco de la costa norte del mar Negro. Consideraban que esas tierras lejanas estaban pobladas por bárbaros, un patio de recreo para los dioses. Algunos creían que fue allí, en una isla en la desembocadura del Danubio o del Dniéper, donde Aquiles, el héroe de la guerra de Troya y de la *Ilíada* de Homero, encontró su reposo eterno. En algún lugar cerca del Don vivían las amazonas, guerreras de la mitología griega que, para tensar el arco con más habilidad, se amputaban el pecho derecho. Y luego estaban los feroces táuricas de Crimea, una península conocida por los griegos como Táurica. Su princesa, Ifigenia, no tuvo piedad de los viajeros que se vieron obligaron a refugiarse de las tormentas del mar Negro en las costas escarpadas de la actual Crimea. Los sacrificó a la diosa Artemisa, que la había salvado de la pena de muerte que dictó contra ella su padre, Agamenón. Pocos querían viajar a tierras tan bárbaras como las que bordeaban el «mar hospitalario», que a pesar de su nombre era muy difícil de navegar y famoso por sus violentas tormentas que surgían de la nada.

La primera vez que los griegos oyeron hablar de las tierras y los pueblos de la costa septentrional del mar Negro fue a través de un pueblo de guerreros llamado cimerios, que aparecieron en Anatolia después de que los expulsaran los escitas de las estepas pónticas en el siglo VIII a. C. Los nómadas cimerios se adentraron primero en el Cáucaso y luego se desplazaron hacia el sur, hacia Asia Menor, donde se encontraron con culturas mediterráneas con una larga tradición de vida sedentaria y logros culturales. Allí, estos guerreros nómadas llegaron a ser conocidos como el epítome de la barbarie, una reputación que se recoge en la Biblia. El profeta

Jeremías los describe así: «Empuñan el arco y la lanza. Son crueles y no saben lo que es la compasión. Sus voces son como los rugidos del mar, y a galope tendido vienen contra ti, dispuestos ya a atacarte». La imagen de los cimerios como despiadados guerreros también llegó a la cultura popular contemporánea. Arnold Schwarzenegger interpretó el papel de Conan el Bárbaro —un personaje de ficción inventado en 1932 por el escritor Robert E. Howard— como rey de Cimeria, en una exitosa película de Hollywood de 1982.

Crimea y la costa norte del mar Negro pasaron a formar parte de la ecúmene griega en los siglos VII y VI a. C., después de que los cimerios se vieran obligados a abandonar su tierra natal. Entonces empezaron a aparecer colonias griegas en la región, la mayoría fundadas por colonos de Mileto, una de las polis más poderosas de la época. Sínope, fundada por los milesios en la costa sur del mar Negro, se convirtió en una metrópoli por derecho propio. Las colonias de la costa norte incluían Panticapeo, cerca de la actual ciudad de Kerch, Teodosia en el emplazamiento de la actual Feodosia, y Quersoneso, cerca de la actual ciudad de Sebastopol, todas situadas en Crimea. Pero la colonia de Mileto más conocida fue, con diferencia, Olbia, en la desembocadura del río Bug Meridional (también llamado Bog), donde desemboca en el estuario del Dniéper, cuyas aguas mezcladas desembocan en el mar Negro. La ciudad contaba con murallas de piedra, una acrópolis y el templo de Apolo en Delfos. Según los datos arqueológicos, en su época de esplendor la superficie de Olbia alcanzaba las cincuenta hectáreas y su población ascendía a 10.000 personas. La ciudad, que adoptó una forma de gobierno democrática, regulaba sus relaciones con su metrópoli, Mileto, mediante tratados.

La prosperidad de Olbia, como la de otras ciudades y emporios (lugares de comercio) griegos de la región, dependía de las buenas relaciones con la población local de las estepas pónticas. En la época de la fundación de la ciudad y durante su periodo más próspero —siglos V y IV a.C.— los habitantes eran escitas, una alianza de tribus de origen iraní. Los colonos griegos de Olbia y sus vecinos no solo hacían negocios y convivían, sino que también se

casaban entre sí, lo que dio lugar a una numerosa población cuya sangre era una mezcla de griega y «bárbara» y cuyas costumbres combinaban tradiciones helénicas y locales. Desde Olbia los mercaderes y los marineros transportaban por mar grano, pescado seco y esclavos a Mileto y otras ciudades griegas, mientras que a casa traían vino, aceite de oliva y productos artesanales griegos, incluidos textiles y artículos de metal, para venderlos en los mercados locales. Entre ellos, había lujosos artículos de oro, como sabemos hoy por las excavaciones en los túmulos funerarios de los reyes escitas. En las estepas del sur de Ucrania abundan este tipo de tumbas, ahora reducidas en su mayoría a pequeñas colinas y conocidas en ucraniano como *kurgani*.

Seguramente la pieza más admirable del llamado oro escita, un pectoral con tres filas de figuras, se descubrió en el sur de Ucrania en 1971, y en la actualidad puede verse en el Museo de Tesoros Históricos de Ucrania en Kíiv. El pectoral, que probablemente data del siglo IV a. C., y que en su día adornó el pecho de un rey escita, da una buena idea, entre otras cosas, de la estructura interna de su sociedad y su economía. En el centro están representados dos hombres con barba que se arrodillan y sostienen una piel de oveja. Por el material con el que está hecho el pectoral, recuerda el vellocino de oro de los argonautas, símbolo de realeza y autoridad. A la derecha y a la izquierda de la escena central hay imágenes de animales domésticos: caballos, vacas, ovejas y cabras. También hay representaciones de esclavos escitas: uno parece ordeñar una vaca, otro una oveja. El pectoral deja poco lugar a dudas de que los escitas vivían en una sociedad de guerreros esteparios predominantemente masculina, cuya economía dependía de la cría de animales.

Si las imágenes de personas y animales domésticos nos adentran en el mundo escita, las de animales salvajes presentes en el pectoral nos hablan más de cómo los griegos imaginaban la frontera más lejana de su mundo que sobre la vida real en las estepas pónticas. Leones y panteras acechan a jabalíes y ciervos,

mientras que grifos alados —mitad águilas y mitad leones, los animales más poderosos de la mitología griega— atacan a caballos, los animales más importantes para el modo de vida escita. El pectoral es, pues, un símbolo espléndido no solo de la transferencia cultural griega, sino también de la interacción de los mundos griego y escita en las estepas pónticas.

Siglos de entrelazamiento de culturas permitieron a Heródoto recopilar un tipo de información sobre la vida de los escitas que ninguna excavación arqueológica habría podido proporcionar. Por ejemplo, el mito fundacional de este pueblo nómada. En *Historia* de Heródoto se explica en estos términos: «Según los relatos de los escitas, su pueblo es el más joven de todas las naciones». Los nómadas creían que descendían de Targitaos y de sus tres hijos. «Durante el reinado de los tres hermanos [se refiere a Lipoxais, Arpoxais y Colaxais] cayeron del cielo sobre Escitia cuatro objetos de oro: un arado, un yugo, una *sagaris* (un hacha de doble filo) y una copa. El hermano mayor, que fue el primero en verlos, se acercó con el propósito de apoderarse de ellos; pero, al aproximarse, el oro se puso incandescente. Cuando el mayor se alejó, se dirigió a ellos el segundo, pero el oro volvió a hacer lo mismo. Así pues, el oro, al ponerse al rojo, rechazó a los dos primeros; sin embargo, cuando en tercer lugar se aproximó el benjamín, se apagó la incandescencia y el muchacho se lo llevó a su casa. Ante estos prodigios, los hermanos mayores convinieron en entregarle al menor la totalidad del reino» y dio origen a la tribu escita conocida como los escitas reales, que gobernaron las estepas pónticas y se quedaban con el oro caído del cielo. Al parecer, los escitas se veían a sí mismos como la población nativa de esa tierra. De lo contrario, no habrían afirmado que su fundador, Targitao, había nacido de un dios de los cielos y de una hija de Boristenes, ahora conocido como Dniéper, el principal río del reino. El mismo mito sugiere que, aunque gobernados por nómadas, los escitas también se veían a sí mismos como agricultores. Entre las herramientas que les cayeron del cielo se encontraba no solo un yugo, sino también un arado, un claro símbolo de la cultura sedentaria.

Al describir a los escitas, Heródoto los dividió en jinetes y agricultores, y asignó a cada grupo su propio nicho ecológico en la región norte del mar Negro. En la margen derecha del Dniéper, vista desde la perspectiva de un barco que viaja hacia el sur, un poco por encima de la colonia griega de Olbia —cuyos habitantes y visitantes eran la principal fuente de información del autor de *Historia*— identificó una tribu llamada calípidas, probablemente descendientes de matrimonios mixtos entre griegos y escitas locales. Más al norte, a lo largo del Dniéster y al norte de las estepas controladas por los escitas reales, se encontraban los alazonianos (alizones), que «llevan el mismo modo de vida que el resto de los escitas, pero siembran y comen grano, cebollas, ajos, lentejas y mijo». Más al norte, en la margen derecha del Dniéper, Heródoto localizó a los escitas labradores que producían trigo para vender. En la margen izquierda del río situó a los escitas agricultores, o boristenitas. Escribió que estas tribus eran muy diferentes de los escitas del sur, que vivían en las estepas pónticas.

Heródoto descubrió que las tierras a lo largo del Dniéper se encontraban entre las más productivas del mundo:

> Borístenes, el segundo río más grande de Escitia, es, en mi opinión, el más valioso y productivo no solo de los ríos de esta parte del mundo, sino también de cualquier otro lugar, con la única excepción del río Nilo, pues con este último no se puede comparar río alguno. Proporciona al ganado pastos excelentes y muy provechosos, cuantiosos peces de una calidad verdaderamente exquisita; la potabilidad de su agua es óptima y su curso es límpido, cuando los ríos de los alrededores bajan turbios; en sus riberas la siembra goza de magníficas condiciones y, donde no se siembra la tierra, la hierba es muy abundante.

Una descripción muy acertada. La tierra negra de la cuenca del Dniéper sigue siendo famosa por su fertilidad. Gracias a ella, Ucrania ha recibido el apodo de «granero de Europa».

El universo de Heródoto no terminaba en las tierras escitas del curso medio del Dniéper, pobladas por agricultores. Al norte también había pueblos, de los que no solo los griegos de las colonias, sino también los escitas de diferentes ámbitos sociales,

sabían poco o nada. Esos pueblos vivían en la última frontera. En la margen derecha del Dniéper, vivían los neuros; a la izquierda, más al este y al norte, residían los andrófagos (caníbales o «comedores de hombres»). Heródoto da muy poca información de ellos, pero la ubicación de los neuros en los pantanos de Prípiat, en la actual frontera entre Ucrania y Bielorrusia, coincide con una de las posibles patrias de los antiguos eslavos, donde se encuentra un grupo de algunos de los dialectos ucranianos más antiguos.

Según Heródoto y sus fuentes, el reino escita era un conglomerado de grupos étnicos y culturas en el que la geografía y la naturaleza determinaban el lugar de cada grupo en la división del trabajo y la jerarquía política. La costa estaba ocupada por griegos y escitas helenizados, que servían de intermediarios entre el mundo mediterráneo de Grecia y el interior, tanto en términos de comercio como de cultura. Las principales mercancías de exportación (esclavos, grano, pescado seco) procedían de las zonas verdes o las zonas de bosque estepario. Para llevarlos a los puertos del mar Negro, estos productos, principalmente cereales y esclavos, debían atravesar las estepas, gobernadas por los escitas reales. Estos controlaban el comercio y se quedaban con la mayor parte de los beneficios, como demuestran los adornos de oro encontrados en los túmulos de la región. La división del territorio en costa, estepa y bosque descrita por Heródoto desempeñaría un papel muy importante en la historia de Ucrania durante muchos siglos, si no milenios.

El polifacético mundo escita descrito en *Historia* terminó en el siglo III a.C. Los romanos, que tomaron el control de las colonias griegas en la región norte del mar Negro y les extendieron su protección en el siglo I a. C., tuvieron que lidiar con diferentes amos de las estepas.

Una nueva oleada de nómadas procedentes del este, los sármatas, derrotó, expulsó y, finalmente, sustituyó a los jinetes escitas, que dominaban las rutas comerciales entre las regiones agrícolas y las colonias griegas. Estos recién llegados, al igual que

los escitas, eran de origen iraní. Heródoto los situó al este del Don. También recogió la leyenda de que los sármatas descendían de amazonas, que huyeron del cautiverio griego, y de escitas. Al igual que los escitas, los sármatas incluían varias tribus y gobernaban sobre una multitud de pueblos, como los roxolanos, los alanos y los yázigos. Los sármatas dominaron las estepas pónticas durante medio milenio, hasta el siglo IV d. C. En el apogeo de su poder, controlaban toda la zona entre el Volga en el este y el Danubio en el oeste, y penetraron en Europa Central, hasta las orillas del Vístula.

Aunque este pueblo era temido por todos los que lo rodeaban tanto como los escitas, sabemos mucho menos de los sármatas. Esto se debe principalmente a que el comercio entre el interior de Ucrania y las colonias griegas, que había prosperado bajo los escitas, se interrumpió casi por completo con los sármatas, y, sin el intercambio de bienes, el flujo de información también se evaporó. Empujaron a los escitas hacia Crimea, donde los antiguos señores del territorio crearon un nuevo reino conocido como Escitia Menor. Los escitas conservaron el control de la península y de las estepas situadas al norte, incluidas las colonias griegas. Los sármatas tenían el resto de la estepa póntica, pero sin acceso a las colonias. Los escitas, a su vez, perdieron el control de la estepa y del interior. El conflicto entre los nuevos y los antiguos amos de las estepas socavó no solo la prosperidad y el comercio local, sino también, con el tiempo, la seguridad de las colonias griegas: los escitas y otros nómadas exigían tributos en dinero y bienes, al margen de si el comercio era próspero o no. El comercio se redujo también porque los mercados mediterráneos recibían ahora productos agrícolas de nuevos proveedores. A las costas de los mares Egeo y Jónico llegaba grano procedente de Egipto y Oriente Próximo, y se hacía a través de las rutas comerciales aseguradas por las conquistas de Alejandro Magno y la expansión del Imperio romano. Cuando los romanos extendieron su dominio a las costas del norte del mar Negro en el siglo I a. C., reactivaron parte del antiguo comercio al proporcionar a las colonias griegas una mayor protección. Pero incluso bajo la tutela romana, el bienestar pendía

de un hilo. Ovidio (Publio Ovidio Nasón), que fue desterrado por el emperador Augusto en el año 8 d. C. a un lugar a orillas del mar Negro llamado Tomis, en la actual Rumanía, donde moriría diez años después, nos dejó una vívida descripción de los peligros de la vida cotidiana en una colonia marítima griega en los albores del primer milenio d. C.:

> Alrededor, amenazan con crueles guerras innumerables pueblos
> que piensan que es algo vergonzoso no vivir de la rapiña.
> Fuera nada está seguro, y el mismo collado se defiende
> por medio de un muro bajo y la propia naturaleza del lugar...
> Las murallas apenas nos protegen y, a pesar de todo, dentro,
> una bárbara turba mezclada con griegos infunde temor.
> Pues los bárbaros habitan junto con nosotros, sin diferencia alguna,
> e incluso ocupan la mayor parte de las viviendas.

Esta deplorable situación, causada por las relaciones hostiles con los vecinos «bárbaros» y la falta de seguridad, no podía sino repercutir negativamente en el estado de las otrora prósperas colonias de la región. Dion Crisóstomo, orador y filósofo griego que afirmó haber visitado la ciudad de Olbia (conocida como Boristenes por los forasteros de su época) a finales del siglo I d. C., pintó un triste cuadro de una colonia en declive:

> La ciudad de Boristenes, por lo que al tamaño se refiere, no se corresponde con su antigua fama a causa de los continuos asedios y las guerras. Pues por estar situada desde ya hace tanto tiempo en medio de los bárbaros, y posiblemente de los bárbaros más belicosos de todos, siempre está sufriendo guerras... Por ello, los intereses de los griegos de esta zona quedaron muy menguados, porque las ciudades o no se constituyeron o no lo hicieron de la forma correcta. Además, muchísimos bárbaros se congregaron en ellas.

Esta era la situación de las colonias griegas más de un siglo después de la llegada de los romanos. La región nunca recuperó la

prosperidad, el comercio y los vínculos con las tierras del norte de los que había disfrutado en tiempos de Heródoto. Siempre en guerra con los «bárbaros» o en un tenso paréntesis entre guerras, los colonos sabían poco de sus vecinos. «Más allá se encuentran el Bósforo, el Don, las lagunas de Escitia —escribió Ovidio, mirando al norte y al este desde su exilio en Tomis—, un puñado de nombres de lugares en una región poco conocida. Más allá no hay sino un frío inhabitable. Ay, ¡cuán cerca estoy de los confines del mundo!»

Estrabón, contemporáneo de Ovidio y autor de la aclamada *Geografía*, sabía más sobre la estepa póntica que el célebre exiliado romano. Su obra dio los nombres de las tribus sármatas y las tierras que gobernaban. Según él, los yázigos y los roxolanos eran «habitantes de carros», o nómadas, pero no nos dice nada sobre la vida de la población sedentaria de las zonas de bosques esteparios alrededor del Dniéper, y mucho menos de las zonas boscosas más al norte. Sin embargo, a diferencia de Ovidio, Estrabón no vivió entre los pueblos de la región; tampoco sus fuentes eran tan fiables como las de Heródoto. No sabían nada de los «norteños», y Estrabón se quejaba de la ignorancia que reinaba «sobre el resto de los pueblos septentrionales; pues nada sabemos ni de los bastarnas ni de los saurómatas (sármatas), ni una palabra de los que viven por encima del Ponto, ni a qué distancia se hallan del océano Atlántico, ni si sus tierras limitan con él».

Los informantes de Estrabón procedían de una de las colonias, pero si Heródoto hizo numerosas referencias al Dniéper, Estrabón parecía estar más familiarizado con el Don. Sus fuentes debían de proceder de Tanais, una colonia griega en la desembocadura del Don que pertenecía al Reino del Bósforo, la unión más poderosa de colonias griegas que se benefició enormemente con la llegada de los romanos. Para Estrabón, el Don tenía un significado especial. Era la frontera más oriental de Europa, término utilizado en la Hélade para designar a las tierras en las que la influencia de los griegos se había extendido de un modo u otro. Si Europa se encontraba al oeste del Don, Asia comenzaba al este.

Así, a principios del primer milenio d. C., cuando los romanos

llegaron a las colonias pónticas, los territorios ucranianos volvieron a encontrarse en el umbral de lo que sería la civilización occidental. La frontera norte del mundo helénico se había convertido ahora en el límite oriental de Europa. Permanecería allí durante casi dos mil años, hasta que el ascenso del Imperio ruso en el siglo XVIII redibujó el mapa de Europa y desplazó su frontera oriental hasta los Urales.

La división de las estepas pónticas en partes europea y asiática tenía poca importancia en la época romana. Estrabón escribió sobre la presencia de los sármatas que se hallaban tanto en la orilla derecha como en la izquierda del Don, y Ptolomeo, uno de sus sucesores, escribió en el siglo II d. C. sobre dos Sarmatias, una europea y otra asiática, una división que se convertiría en un axioma para los geógrafos europeos durante otro milenio y medio. Mucho más importante que la frontera oriental imaginaria de Europa era la frontera de las civilizaciones real entre las colonias mediterráneas de la costa norte del mar Negro y las nómadas de las estepas pónticas. A diferencia de las colonias griegas con sus fortificaciones, esa frontera nunca se estableció de manera definitiva y creó una amplia zona de interacción entre colonos y lugareños, donde se mezclaban lenguas, religiones y culturas, lo que produjo fenómenos sociales y culturales nuevos.

La importante frontera entre los agricultores sedentarios del bosque estepario y los nómadas de la estepa, conocida por Heródoto, escapó por completo a la atención de Estrabón. Es difícil saber si desapareció del todo, o si los autores mediterráneos simplemente desconocían su existencia. La geografía y la ecología siguieron siendo las mismas, pero es probable que la población no. Sin duda, no desapareció a mediados del primer milenio d. C., momento en el que volvemos a encontrar referencias a la región en los escritos de los eruditos griegos.

2

La llegada de los eslavos

Mientras que el comercio y los intercambios culturales definían en gran medida las relaciones de los antiguos griegos con los pueblos esteparios ucranianos en los últimos siglos antes de nuestra era, los romanos de los primeros siglos después de Cristo no tuvieron más remedio que mezclar el comercio con la guerra. En el siglo IV sus contactos con los pueblos esteparios habían degenerado en una guerra casi permanente. Había empezado un periodo denominado «invasiones bárbaras» por la historiografía antigua y hoy conocido como el periodo de las migraciones. Grandes masas de población se desplazaron desde Eurasia y Europa Oriental hacia el centro y el oeste de Europa, lo que llevó al hundimiento del Imperio romano bajo la presión de los «bárbaros» en la segunda mitad del siglo V. Aunque debilitada, la parte oriental del imperio, conocida en la historiografía como Bizancio, logró sobrevivir al ataque de los nómadas esteparios y de los agricultores que venían del norte, y siguió existiendo hasta mediados del siglo XV.

Las tierras de la futura Ucrania desempeñaron un papel importante en el drama de las migraciones. Algunos de los protagonistas de las invasiones que condujeron a la caída del Imperio romano vivieron en su territorio o pasaron por él. Entre ellos estaban principalmente los godos y los hunos, estos últimos liderados por su rey, Atila el Huno. En las estepas pónticas las migraciones pusieron fin a los siglos de dominación de las tribus nómadas de origen iraní, como los escitas y los sármatas. Los godos eran de ascendencia germánica, mientras que los hunos, que la

mayoría de los estudiosos creen que son originarios de las estepas mongolas, llegaron a la región acompañados de numerosas tribus de Asia Central. A mediados del siglo VI, los hunos habían desaparecido, sustituidos por tribus que hablaban dialectos turcos.

Todos los actores mencionados en la historia de las migraciones llegaron a Ucrania, dominaron sus estepas, se quedaron un tiempo y luego se marcharon. Sin embargo, hubo un grupo que, una vez que entró en escena en medio de la agitación de las migraciones, se negó a abandonar el lugar. Se trata de los eslavos, un conglomerado de tribus en las que se observan similitudes lingüísticas y culturales, pero no una unidad política. Los orígenes indoeuropeos de sus lenguas hacen suponer que llegaron a Europa desde el este en algún momento entre el séptimo y el tercer milenio a. C., por lo que se asentaron en Europa Oriental mucho antes de que Heródoto describiera por primera vez la región y a sus habitantes. Al reclamar las zonas boscosas al norte de las estepas pónticas como su hogar, los eslavos permanecieron invisibles para los autores mediterráneos durante gran parte de su historia temprana.

Los eslavos atrajeron la atención general a principios del siglo VI d. C., cuando aparecieron de manera masiva en las fronteras del Imperio bizantino, debilitado por los godos y los hunos, y avanzaron hacia los Balcanes. Jordanes, un autor bizantino del siglo VI de ascendencia gótica, distinguió dos grupos principales entre los eslavos de su época: «Aunque sus nombres cambian según los diferentes clanes y lugares —escribió—, se llaman principalmente esclavenos y antes». Situó a los eslavos entre el Danubio y el Dniéster, reservando para los antes las tierras entre el Dniéster y el Dniéper, «donde el mar Ponto forma un recodo». Los datos lingüísticos sugieren que la patria ancestral de los eslavos estaba situada en los bosques y zonas de estepa boscosa entre el Dniéper y el Vístula, principalmente en Volinia y las marismas de Prípiat de la actual Ucrania. En la época en que Jordanes escribió esto, se supone que los eslavos se habían trasladado de sus retiros

en los bosques a las estepas, lo que fue un enorme quebradero de cabeza para el emperador Justiniano el Grande.

Justiniano reinó en el Imperio bizantino entre el 527 y el 565 y fue lo suficientemente ambicioso como para intentar restaurar el Imperio romano en su totalidad, tanto en el este como en el oeste. En la frontera del Danubio, donde las tribus locales atacaban sin cesar al imperio, Justiniano decidió pasar a la ofensiva. Procopio, un autor bizantino del siglo VI que nos dejó un relato detallado de las guerras de Justiniano, escribe que, a principios de la década de 530, Quilbudio, un comandante cercano al emperador, fue enviado a hacer la guerra al norte del Danubio. Obtuvo varias victorias sobre los antes, lo que permitió a Justiniano añadir el epíteto *Anticus* ('conquistador de los antes') a su título imperial. Pero el éxito fue efímero. Tres años después Quilbudio cayó en el campo de batalla, y el emperador volvió a su antigua estrategia de defender la frontera a lo largo del Danubio, en lugar de intentar expandirla.

Justiniano recuperó la vieja táctica romana de «divide y vencerás». A finales de la década de 530, y no sin el apoyo y los incentivos bizantinos, los antes ya luchaban contra los esclavenos, mientras que los generales bizantinos reclutaban a ambos grupos en el ejército imperial. Aun así, los ataques eslavos no cesaron. Aun estando en guerra con los esclavenos, los antes se las ingeniaron para invadir la provincia bizantina de Tracia, en los Balcanes orientales. Saquearon la tierra e hicieron muchos esclavos, a los que llevaron a la orilla izquierda del Danubio. Tras haber demostrado su potencial destructivo, los antes ofrecieron sus servicios al imperio. Justiniano no dudó en acogerlos bajo su protección, y les asignó como cuartel general la abandonada ciudad griega de Turris, al norte del Danubio.

Como muchos otros enemigos del imperio, los antes empezaron a defender sus fronteras a cambio de pagos regulares del tesoro imperial. Intentaron mejorar su estatus asegurando que habían capturado al mejor general del emperador, Quilbudio, al que querían reconocer como su líder. Dado que Justiniano había otorgado a Quilbudio el título de *magister militum*, o comandante

de todas las tropas imperiales de la región, tal reconocimiento habría convertido a los antes en ciudadanos legítimos del imperio, no en meros guardianes suyos. La conspiración fracasó. El verdadero Quilbudio había muerto hacía tiempo, y su impostor fue capturado y enviado a Justiniano. Los antes tuvieron que conformarse con el estatus de *foederati*, es decir, aliados y no ciudadanos del gran imperio.

¿Quiénes eran estos nuevos aliados del Imperio bizantino? ¿Qué aspecto tenían, cómo luchaban, en qué creían? Procopio subrayó en repetidas ocasiones que los antes y los esclavenos compartían lengua, religión y costumbres. Por tanto, podemos atribuir a los dos grupos su descripción, bastante detallada, del modo de vida eslavo. Según Procopio, los eslavos eran seminómadas y vivían «en miserables casuchas separadas unas de otras». Cambiaban a menudo de vivienda. Sus guerreros eran «hombres excepcionalmente altos y robustos». Y he aquí una descripción de su aspecto: «El color de su piel y de sus cabellos no es muy blanco ni muy rubio, tampoco tienden hacia el tipo moreno, sino que todos tienen un color levemente rosado». Llevaban un modo de vida «duro, sin prestar atención a las comodidades físicas... y... [estaban] siempre cubiertos de barro; pero, en sustancia, [no eran] en absoluto viles o malvados, sino que conservaban el carácter huno en toda su sencillez».

Aunque mugrientos, los eslavos entraron en la historia bajo la bandera de la democracia. Procopio escribió: «Porque estas naciones, los esclavenos y los antes, no están gobernadas por un solo hombre, sino que han vivido desde tiempos antiguos en democracia y, en consecuencia, todo lo que implica su bienestar, ya sea para bien o para mal, se confía al pueblo». Preferían ir a la batalla semidesnudos, pero, a diferencia de los escoceses medievales de la taquillera película *Braveheart* de Mel Gibson, eran más pudorosos con sus partes íntimas. Escribió Procopio: «Cuando van a la batalla, la mayoría de ellos avanzan a pie contra su enemigo, llevando pequeños escudos y jabalinas en las manos, pero

nunca llevan armadura. De hecho, algunos de ellos ni siquiera llevan camisa o capa, sino que, recogiendo sus pantalones hasta la ingle, entran en batalla con sus adversarios».

El *Strategikon* bizantino, escrito hacia el año 600 y atribuido al emperador Mauricio, ofrece información adicional sobre las costumbres militares de los eslavos. El autor pinta un cuadro muy detallado de la migración de los eslavos que cruzaron el Danubio y se establecieron en los Balcanes. Los encontró hospitalarios con los viajeros, pero con una actitud libre y reacia a cumplir los acuerdos o a acatar la opinión de la mayoría. En sus tierras natales, al norte del Danubio, construyeron sus viviendas en bosques a lo largo de los ríos y en zonas pantanosas de difícil acceso para los invasores. Su táctica favorita era la emboscada. Preferían no luchar en campo abierto y no eran partidarios de las formaciones militares regulares. Sus armas eran lanzas cortas, arcos de madera con flechas cortas, algunas untadas con veneno en la punta. Hacían esclavos a sus prisioneros, pero el periodo de esclavitud se limitaba a un plazo determinado.

Procopio hacía también comentarios interesantes sobre la religión eslava. Los eslavos eran de todo menos monoteístas. «Creen que un único dios, el hacedor del rayo, es el único soberano de todas las cosas, y le sacrifican ganado y otras víctimas», escribió. Sin embargo, a pesar de honrar a un dios principal, los eslavos no renunciaron en absoluto a sus viejas costumbres de adorar a la naturaleza y ofrecer sacrificios. Como escribió Procopio, «veneran... tanto a los ríos como a las ninfas, y a algunos otros espíritus, a todos ellos les ofrecen sacrificios, y en relación con estos sacrificios hacen sus adivinaciones».

Al autor bizantino le pareció sorprendente no la costumbre de los eslavos de hacer sacrificios a sus dioses, tradición que tenían en común con los romanos precristianos, sino su negativa a aceptar la religión cristiana, como habían hecho otros súbditos imperiales hacía tiempo. «No la conocen ni admiten en absoluto que tenga algún poder entre los hombres», escribió Procopio con cierto asombro, si no con desilusión, «pero siempre que sienten que se les acerca la muerte, ya sea por una enfermedad o por el estallido de

una guerra, prometen que, si escapan, harán de inmediato un sacrificio al dios a cambio de su vida; y si escapan, sacrifican exactamente lo que han prometido, y consideran que su salvación se ha comprado con ese mismo sacrificio.»

Lo que Procopio y otros autores bizantinos nos cuentan sobre los eslavos encuentra corroboración en parte por los hallazgos arqueológicos ucranianos. Los antes se suelen asociar con la cultura Penkivka, que lleva el nombre de una población en Ucrania. Los depositarios de esa cultura vivieron en los siglos VI, VII y principios del VIII en la zona de estepa boscosa de Ucrania, entre los ríos Dniéster y Dniéper, y ocuparon ambas orillas del Dniéper. Esa zona incluiría los territorios asignados por Jordanes a los antes. Al igual que los antes y los esclavenos de Procopio, las tribus de Penkivka vivían en chozas sencillas excavadas en el suelo. También ellos cambiaban de lugar de residencia a menudo. Los asentamientos eran habitados, abandonados y repoblados, lo que sugiere que sus habitantes practicaban una forma de agricultura itinerante. La arqueología nos ha abierto los ojos ante esta omisión de Procopio: las tribus de Penkivka construyeron ciudades fortificadas que servían de cuartel general a los gobernantes locales y como centros de poder administrativo y militar.

La autonomía de los eslavos en la región se vio truncada a principios del siglo VII, cuando la incursión de los ávaros, un grupo de tribus de habla turca procedentes de las estepas del norte del Caspio, destruyó el sistema político de los antes.

Los ávaros dejaron muy malos recuerdos en la región, algunos de los cuales perduraron hasta los siglos XI y XII, cuando los monjes cristianos de Kíiv que escribieron partes de un relato histórico que más tarde se conocería como *Primera crónica eslava*, o *Relato de los años pasados*, los retrataron con colores negros basándose en leyendas locales combinadas con fuentes bizantinas. Según estos anales, los ávaros «hicieron la guerra a los eslavos y hostigaron a los dulebios, que también eran eslavos», en referencia a una tribu eslava que vivía a lo largo del río Bug. «Incluso violaron a las

mujeres dulebias —escribió el cronista—. Cuando un ávaro emprendía un viaje, no mandaba enjaezar ni a un caballo ni a un buey, sino que ordenaba que tres, cuatro o cinco mujeres se engancharan a su carro y tiraran de él. Tal comportamiento fue castigado por la ira divina. Los ávaros eran de gran estatura y espíritu orgulloso, y Dios los destruyó —prosigue el cronista—. Todos perecieron, y no sobrevivió ni un solo ávaro. Aún hay un proverbio en la Rus que dice: "Perecieron como los ávaros".»

Los ávaros dieron paso, como señores de las estepas pónticas, a los búlgaros y luego a los jázaros, que pusieron fin a la era de las migraciones, y establecieron una relativa paz en la región a finales del siglo VI. Los jázaros dejaron un recuerdo mucho mejor entre los antiguos súbditos de los ávaros en las estepas ucranianas. Uno de los cronistas de Kíiv escribió en referencia a los eslavos del Dniéper: «Y los jázaros se acercaron a ellos, mientras vivían en las colinas y los bosques, y les exigieron un tributo». Según el cronista, los lugareños, anteriormente sometidos a una tribu eslava conocida como los drevlianos (gente del bosque), les pagaron el tributo con espadas, un signo de desafío y una promesa de futura venganza. Además de contar esta leyenda, que absolvía a los kievitas que habían aceptado pagar el tributo a los jázaros, el cronista de Kíiv mostró poca animosidad hacia los invasores.

El kaganato jázaro tenía un control limitado sobre la frontera de las estepas boscosas; el Dniéper delimitaba más o menos su dominio de las zonas boscosas. La nobleza turca jázara, interesada en el comercio pacífico, estaba abierta a otras culturas, y acogió a los misioneros cristianos en sus territorios e incluso se convirtió al judaísmo, lo que dio lugar a la falsa hipótesis sobre el origen jázaro de los judíos de Europa Oriental. El núcleo geográfico del Estado jázaro se encontraba en las regiones del bajo Volga y del Don, con las ciudades de Itil y Sarkel como sus principales centros, respectivamente. La élite jázara acumuló su riqueza mediante el control de las rutas comerciales, de las cuales la más importante era, con diferencia, la que recorría el Volga hasta el Imperio persa y las tierras árabes. La ruta del Dniéper hacia el Imperio bizantino no parecía demasiado atractiva en aquel momento.

En la década de 620 los jázaros firmaron un tratado con Bizancio, que para entonces ya había restablecido su presencia en la costa norte del mar Negro. Olbia, tomada por los godos en el siglo IV, quedó arrasada, pero los comandantes bizantinos lograron obtener una franja de tierra en la costa sur de Crimea, protegida de los nómadas esteparios por una cadena montañosa. Allí, en Quersoneso, tomó forma el centro administrativo de los territorios bizantinos en Crimea. Durante el reinado de Justiniano las guarniciones se apostaron en las principales ciudades, y también se unieron al servicio del imperio los godos de Crimea: un grupo disidente que permaneció en la región después de que sus hermanos se hubieran marchado al oeste, primero a Europa Central, y luego a la península ibérica. Para que los godos pudieran defender mejor el dominio bizantino, les enviaron ingenieros imperiales para que ayudaran a fortificar las ciudades excavadas en roca en lo alto de las montañas. Como aliados de los bizantinos, los jázaros no solo debían ayudar en las guerras contra los persas y los árabes, sino también vigilar las rutas comerciales hacia el mercado más rico del mundo: Constantinopla.

¿Qué sabemos de los eslavos que vivían en Ucrania durante el apogeo del Imperio jázaro, cuando controlaban su parte oriental y central? No mucho más que en periodos anteriores. La fuente principal de información, a menudo la única, es la crónica creada en Kíiv siglos después. Los arqueólogos afirman que Kíiv, que se convirtió en el puesto más occidental de los jázaros en la región boscosa de Ucrania, se fundó a finales del siglo V o principios del VI. Pero es la crónica la que proporciona una idea de por qué el lugar era tan importante y por qué fue elegido como asentamiento. Una leyenda local asociaba la fundación de Kíiv con el río cercano. Otros sostenían que el fundador de la ciudad era el gobernante local Ki, cuyos dos hermanos dieron sus nombres a las colinas, mientras que el río que atraviesa Kíiv hasta el Dniéper llevaba el nombre de su hermana, Líbid. En la orilla del río se alza una estatua de estos cuatro fundadores de la ciudad y actualmente es uno de los lugares emblemáticos de la capital ucraniana.

La crónica contó una docena de tribus eslavas al oeste de los

Cárpatos. En el norte, sus asentamientos se extendían hasta el lago Ládoga, cerca de la actual San Petersburgo; en el este, hasta el curso superior del Volga y el Oká; en el sur, hasta el curso inferior del Dniéster y la región del Dniéper medio. Estos eslavos fueron los antepasados de los actuales ucranianos, bielorrusos y rusos. Los lingüistas los denominan eslavos orientales sobre la base de las diferencias dialectales que comenzaron a desarrollarse en el siglo VI, distinguiéndolos de los eslavos occidentales —los antepasados de los actuales polacos, checos y eslovacos— y de los meridionales, que incluyen a los serbios, croatas y otros pueblos eslavos de la antigua Yugoslavia.

Siete de las doce tribus enumeradas por el cronista de Kíiv vivían en la actual Ucrania, en las orillas del Dniéper, el Dniéster, el Bug Meridional, el Prípiat, el Desna y el Sozh. Solo algunas estaban bajo el control de los jázaros. Al margen de sus gobernantes y políticas diferentes, el modo de vida de los eslavos orientales parecía casi idéntico al de sus vecinos. Esta es la impresión que transmite el cronista, que al fin y al cabo era un monje cristiano que consideraba salvajes a todas las tribus menos la suya. «Vivían en los bosques como cualquier animal salvaje, y comían cosas impuras», escribió el cronista, que despreciaba a sus predecesores y a sus contemporáneos paganos.

La arqueología demuestra que los eslavos orientales eran bastante más sedentarios. Vivían en cabañas de madera organizadas en aldeas que tenían entre cuatro y treinta casas. Las aldeas estaban dispuestas en grupos. En el centro de cada grupo, los eslavos construían una fortificación que les servía de cuartel general durante los ataques enemigos. Los eslavos se dedicaban a la agricultura y a la ganadería. Tenían sus propios jefes, y cabe suponer que practicaban la democracia militar, como los eslavos descritos por Procopio. Al igual que los antes y los esclavenos, consideraban al dios del trueno, al que llamaban Perún, su principal deidad.

Los eslavos del *Relato de los años pasados* se distinguen de los descritos por Procopio por haber hecho algunos progresos en su higiene personal. El cronista pone en boca de san Andrés, el

apóstol que supuestamente llevó el cristianismo a Kíiv, las siguientes palabras: «Vi la tierra de los eslavos y, mientras estaba entre ellos, me fijé en sus baños de madera. Los calientan hasta un calor extremo, luego se desvisten y, tras haberse untado con un líquido ácido, cogen ramas y se azotan el cuerpo. De hecho, se golpean con tanta fuerza que apenas salen vivos».

El cronista de Kíiv —que vivió y probablemente creció en las afueras de la ciudad— no perdió la oportunidad de burlarse de los baños tradicionales en el norte de la actual Rusia y en Escandinavia. Con mucha más dureza estigmatiza las costumbres precristianas de sus compatriotas, por considerarlas bárbaras. Sobre los antiguos gobernantes de Kíiv escribe: «Los drevlianos vivían de forma bestial, como el ganado: se mataban unos a otros, comían toda clase de cosas impuras, y no celebraban matrimonios, sino que raptaban a las doncellas».

Según el cronista, otras tribus eslavas no se comportaban mejor: «No había matrimonios entre ellos, sino que organizaban fiestas entre las aldeas, y cuando se reunían para el juego, el baile y todas las demás diversiones diabólicas, los hombres tomaban mujeres para sí mismos, y cada uno tomaba a cualquier mujer con la que hubiera llegado a un acuerdo. De hecho, incluso tendrían dos o tres esposas cada uno».

Sería un error considerar que el relato del cronista sobre las prácticas matrimoniales eslavas —o más bien sobre la falta de ellas — describe una norma y no una desviación. El autor, un fanático cristiano de una época posterior, combatía sin duda cualquier desviación de la moral cristiana, y centró su atención en las fiestas juveniles que iban en contra de la institución del matrimonio como tal. Ibrahim ibn Ya'qub, un judío del Califato de Córdoba, que visitó las tierras de los eslavos occidentales a mediados del siglo X, vio que los matrimonios eslavos eran fuertes y que la recepción de dotes era una de las principales formas de acumular riqueza. El viajero también señaló que las personas de ambos sexos consideraban normal tener experiencias sexuales antes del matrimonio: «Sus mujeres, cuando se casan, no cometen adulterio. Pero cuando una chica se enamora de algún hombre, va hacia él y

satisface su lujuria. Si un hombre se casa y descubre que su mujer es virgen, le dice: “Si hubiera algo bueno en ti, los hombres te habrían deseado y habrías encontrado a alguien que tomara tu virginidad”. Entonces la devuelve y la repudia».

Se sabe muy poco de los eslavos que poblaron el territorio ucraniano antes de los siglos X y XI, y nuestras fuentes son, en general, los relatos de sus adversarios bizantinos o góticos, o de los fanáticos cristianos de siglos posteriores, como el cronista de Kíiv, que veían a los eslavos como poco más que portadores de supersticiones paganas. En ambos casos aparecen descritos como bárbaros, enemigos del imperio cristiano o de la fe y los rituales cristianos. Lo que ignoraron los cronistas, y sigue siendo en gran medida desconocido para nosotros, es el proceso de su colonización, en su mayoría pacífica, de las extensiones de Europa Oriental, que los llevó desde su tierra natal (situada en parte en las regiones noroccidentales de la actual Ucrania) hasta las profundidades de los Balcanes hacia el sur, a través del Vístula y hacia el Óder en el oeste, hasta el mar Báltico en el norte, y hasta los ríos Volga y Oká en el este. Los eslavos eran agricultores que seguían la estela de las invasiones nómadas, cuando estos, tras sus atronadoras victorias, generalmente no sabían qué hacer con territorios que no estuvieran en la estepa inadecuada para el pastoreo. Las oleadas de colonización eslava fueron lentas y, en su mayoría, pacíficas, y los resultados serían duraderos.

3

Vikingos en el Dniéper

En Ucrania, como en casi todas las demás partes de Europa, la época de las migraciones, o de las «invasiones bárbaras», dio paso a la era vikinga, que duró desde finales del siglo VIII hasta la segunda mitad del XI. Como era de esperar, el fin de las «invasiones bárbaras» no supuso el fin de las invasiones en sí. Los nuevos atacantes procedían de lo que hoy es Suecia, Noruega y Dinamarca. Eran los vikingos, también conocidos como norteños o normandos en Europa Occidental y como varegos en Europa Oriental. Saquearon, conquistaron y dominaron países enteros o partes de ellos. También transformaron algunos de los regímenes existentes y crearon otros nuevos.

¿Cuándo empezó todo esto? Sabemos la fecha exacta del inicio de la era vikinga en Gran Bretaña: 8 de junio de 793. Ese día, piratas vikingos —que debían de haber zarpado de Noruega— atacaron y saquearon un monasterio cristiano en la isla de Lindisfarne, frente a la costa inglesa. Ahogaron a algunos de los monjes en el mar y tomaron a otros como esclavos antes de huir con los tesoros del monasterio en sus *drakkar* ('barcos largos'). Durante la misma década, los vikingos/normandos también se vieron atraídos por las costas de Francia y acabarían dando nombre a la provincia de Normandía. La era vikinga había comenzado.

La corte bizantina tuvo su primer contacto con los vikingos como muy tarde en el año 838, cuando unos emisarios en representación del rey de Rus (Rhos) se presentaron en

Constantinopla para ofrecer paz y amistad al imperio. Habían venido del norte, pero eran reacios a volver a casa por la ruta que habían tomado por temor a encontrarse con tribus hostiles, así que el emperador los envió de vuelta a través de Alemania. En la corte de Luis el Piadoso, hijo del célebre Carlomagno, rey de los francos, fueron reconocidos como suecos o nórdicos, y sospechosos de espionaje. En realidad, apenas había motivos para sospechar que fueran espías y tenían razones suficientes para temer un ataque —ya fuera de tribus eslavas o, más probablemente, de nómadas de las estepas pónticas— en su viaje de regreso al norte de Europa.

El encuentro entre Bizancio y los vikingos que comenzó de forma tan pacífica, pronto acabó en enfrentamiento. En el año 959 una flotilla vikinga apareció en el Mediterráneo. Al año siguiente otro grupo navegó por el Dniéper, cruzó el mar Negro, entró en el estrecho del Bósforo y atacó Constantinopla, la capital del poderoso Imperio bizantino. Como en el caso del ataque vikingo a Lindisfarne, conocemos la fecha exacta de este acontecimiento: el 8 de junio de 860. La ciudad y el imperio fueron tomados por sorpresa, ya que el emperador Miguel luchaba al frente de sus tropas en Asia Menor y su flota estaba en el Egeo y el Mediterráneo, defendiendo el imperio no solo de los árabes, sino también de los vikingos, que habían aparecido allí el año anterior. Nadie esperaba que llegaran también del norte.

Los atacantes no llevaban equipamiento para un asedio prolongado y no pudieron atravesar las murallas de la ciudad, pero saquearon los suburbios. Asolaron iglesias y mansiones, mataron o ahogaron a todo aquel que ofreciera resistencia, y aterrorizaron a los ciudadanos. Luego cruzaron el Bósforo, entraron en el mar de Mármara y continuaron el saqueo en las islas Príncipe, cerca de la capital. El patriarca Focio, máximo responsable cristiano e imperial de la ciudad, pedía la intercesión divina en sus sermones y oraciones. En una de sus homilías, describió así la impotencia de los habitantes ante la invasión: «Los barcos pasaron por delante de la ciudad mostrando sus tripulaciones con las espadas en alto, como si amenazaran a la ciudad con la muerte por espada, y toda esperanza humana se desvaneció de los hombres y la ciudad quedó

asegurada solo por el recurso a lo divino». Los intrusos partieron a más tardar el 4 de agosto, día en que Focio atribuyó la milagrosa supervivencia de Constantinopla a la protección de la Madre de Dios. Este fue probablemente el origen de la leyenda que constituye la base para la posterior celebración de la fiesta ortodoxa de la Intercesión de la Madre de Dios, o *Pokrova*. Irónicamente, esta fiesta nunca llegó a arraigar en Bizancio, pero se hizo muy popular en Ucrania, Bielorrusia y Rusia, las tierras desde las que los vikingos paganos habían partido para atacar Constantinopla.

Para Focio y sus coetáneos no eran precisamente unos desconocidos los vikingos que asolaron la capital bizantina en el verano de 860. En sus homilías el patriarca se refirió a ellos como los miembros de la embajada de Rus de 838. Incluso afirmó que eran súbditos de Bizancio los que se rebelaron contra el emperador y dejó a las generaciones posteriores de estudiosos la tarea de descifrar el significado exacto de sus palabras. ¿Quiénes eran? El debate se ha prolongado durante dos siglos y medio, si no más. La mayoría de los estudiosos actuales coinciden en que la palabra «Rus» es de origen escandinavo. Los autores bizantinos, que escribían en griego, probablemente la tomaron prestada de los eslavos, y estos, a su vez, de los finlandeses, que utilizaban el término «ruotsi» para referirse a los suecos (en sueco, la palabra significaba «remeros»). En efecto, remaron. Primero cruzaron el mar Báltico hasta el golfo de Finlandia, luego navegaron por los lagos Ládoga, Ilmen y Beloózero hasta llegar al curso superior del Volga. Este río, que más tarde se convirtió en un símbolo de Rusia, en su momento fue una parte esencial de la ruta sarracena (musulmana) hacia el mar Caspio y las tierras árabes.

La Rus vikinga, un conglomerado de suecos, noruegos y posiblemente finlandeses, llegó al este de Europa principalmente como mercaderes, no para conquistar: los bosques de la región no auguraban un botín abundante. Los verdaderos tesoros estaban en Oriente Próximo, más allá de las tierras para las que solo

necesitaban el derecho de paso. Pero, a juzgar por lo que sabemos de la Rus vikinga, nunca distinguieron de forma estricta entre comercio, saqueo y guerra. Al fin y al cabo, tenían que defenderse en la ruta, ya que las tribus locales no siempre los acogían con amabilidad. Y el comercio que practicaban implicaba coacción, pues no solo comerciaban con productos forestales —pieles y miel —, sino también con esclavos. Para obtenerlos, los vikingos debían establecer algún tipo de control sobre las tribus locales y recaudar tributos por las mercancías que podían enviar por la ruta sarracena. En los mercados del Caspio vendían las mercancías por dírhams de plata árabes, que los arqueólogos descubrieron después en tesoros que salpican la ruta comercial vikinga entre Escandinavia y el mar Caspio.

Sin embargo, los vikingos no fueron los pioneros en este modelo comercial. Se enfrentaron a la competencia de los jázaros, cuyos gobernantes controlaban las rutas comerciales a lo largo del Volga y el Don, y recaudaban tributos a las tribus locales. Los jázaros también tenían a Bizancio de su lado. Algunos académicos sospechan que la Rus atacó a Constantinopla en represalia por la ayuda que le prestó el imperio en la construcción de la fortaleza de Sarkel a los jázaros. Situada en la orilla izquierda del Don, Sarkel dio a los jázaros el control total del comercio en el mar de Azov. También tenían un puesto de avanzada en Kíiv, en la ruta comercial del Dniéper. En cualquier caso, su dominio no se extendía a las zonas boscosas al oeste del río, y pronto perderían también el control de Kíiv.

La *Primera crónica eslava*, fuente de la mayor parte de nuestros conocimientos sobre ese periodo, habla de una lucha por la ciudad que tuvo lugar en 882 entre diferentes grupos de vikingos. Dos de sus líderes, Askold y Dir (la tumba del primero aún puede visitarse en Kíiv), fueron asesinados por Helgi, conocido por el cronista como Oleg. Capturó la ciudad, supuestamente en nombre de la dinastía de Rorik (llamada Riúrik en la crónica), que ya reinaba en Nóvgorod (Veliki Nóvgorod), en la actual Rusia del norte. Aunque muchos detalles de esta historia se pueden y se deben cuestionar, incluida la dudosa cronología (el cronista reconstruyó gran parte

de ella basándose en fuentes bizantinas posteriores), la leyenda refleja probablemente la concentración del poder en manos de un grupo de vikingos en las regiones boscosas del este de Europa entre las actuales Veliki Nóvgorod y Kíiv.

En la literatura histórica el eje comercial de esta región se denomina tradicionalmente tierras de la «ruta entre los varegos y los griegos», pero varias investigaciones recientes sugieren que, si tal arteria existió de veras, no empezó a funcionar hasta la segunda mitad del siglo x, e incluso entonces no en todos los tramos con el mismo nivel de actividad. Algunos expertos prefieren hablar solo de una ruta desde el Dniéper hasta el mar Negro. Si no fueron los vikingos quienes utilizaron por primera vez esta ruta más corta, sin duda sí fueron ellos quienes la recuperaron cuando empezaron a encontrar cada vez más problemas en la «ruta sarracena» del Volga. En el siglo anterior, los disturbios internos que había sufrido el kaganato jázaro hicieron que la ruta del Volga se volviera peligrosa. Al mismo tiempo, el avance árabe por el Mediterráneo interrumpió el comercio bizantino con el sur de Europa. Los jázaros trataron de ayudar a sus aliados bizantinos (y a sí mismos) sirviendo de intermediarios en el comercio de Constantinopla con Oriente Próximo, que ahora se efectuaba a través del mar Negro y el mar de Azov. La ruta comercial del norte adquirió una nueva relevancia para los griegos, probablemente mayor que en cualquier momento desde la época de Heródoto. En ese tiempo, los principales productos que se suministraban al sur ya no era el grano de las estepas forestales ucranianas, sino esclavos, miel, cera y pieles obtenidas de las zonas boscosas situadas más al norte. El producto por el que preferían intercambiarlos los vikingos era la seda. Los vikingos de la Rus se aseguraron sus privilegios comerciales en Constantinopla al cerrar tratados con Bizancio, primero en 911 y luego en 944.

Hacia el año 950, el emperador bizantino Constantino vii Porfirogéneta escribió en *De Administrando Imperio* [Sobre la administración del Imperio]. Fue poco después de la firma del segundo tratado y explica que las mercancías procedían de las tribus eslavas controladas por los vikingos. «Comienza noviembre

—escribió el emperador—, sus jefes, junto con toda la Rus, abandonan inmediatamente Kíiv y parten hacia la *poliuddia*, que significa 'rondas', es decir, hacia las regiones eslavas de los vervianos, los dragovichos, los krivichos y los demás eslavos tributarios de la Rus.» No todas las tribus locales se mostraron igual de sumisas. Los drevlianos, que vivían en la margen derecha del Dniéper y antiguos señores de Kíiv, pagaban a los vikingos un tributo de «una piel de marta por cabeza». Pero cuando el tributo comenzó a aumentar año tras año, los drevlianos acabaron por rebelarse.

La descripción de la sublevación de los drevlianos y su posterior represión en la *Primera crónica eslava* nos permite imaginar el mundo de Kíiv, gobernado por los príncipes vikingos en el siglo X.

Según los anales, los drevlianos rebeldes capturaron y mataron a Ingvar (Igor), el sucesor de Helgi. El cronista explica los motivos de la revuelta de la siguiente manera: «Los drevlianos, al oír que se acercaba de nuevo, celebraron un consejo con Mal, su príncipe, que dijo: "Si un lobo va entre las ovejas, se llevará todo el rebaño, una por una, a menos que lo maten; y así también este: si no lo matamos ahora, nos destruirá a todos"». Después de haber matado a Ingvar como estaba planeado, los drevlianos decidieron dar un paso más audaz. El organizador del golpe, el príncipe drevliano Mal, propuso matrimonio a la viuda de Ingvar, Helga, a la que, dada su importancia en la tradición histórica eslava y en especial la ucraniana, llamaremos por la forma ucraniana de su nombre, Olga. El cronista explicó que Mal le hizo esa proposición para hacerse con el control del joven hijo de Ingvar, Sviatoslav (en escandinavo, Sveinald).

El relato indica que las comitivas vikingas y las élites eslavas locales se enfrentaron no solo por la cuestión del tributo. El comercio y el incipiente Estado también estaban en juego. Está claro que Mal quería ocupar el lugar de Ingvar como gobernante, no como marido de Olga, sin más. Pero esta última lo engañó y, después de invitarlo a él y a su gente a su castillo de Kíiv, mandó

quemarlos vivos, supuestamente en el barco en el que habían llegado. Luego invitó a otro grupo de casamenteros de la élite drevliana y también los mató, esta vez en un baño. Les dijo a sus invitados que no los recibiría hasta que se hubieran lavado. Evidentemente, los drevlianos no tenían ni idea de lo que era un baño de vapor escandinavo. Pronto hizo mucho calor, y todos murieron escaldados.

El hecho de que los barcos y los baños sean elementos importantes de la cultura nórdica revela los orígenes escandinavos de esta leyenda. Los ritos funerarios de la Rus y escandinavos consistían en quemar al difunto en una barca. Pero la historia también deja entrever la debilidad del poder vikingo en Kíiv. Antes de quemar vivo a Mal, Olga parece haberse asegurado del apoyo del pueblo de Kíiv. Siguiendo su consejo, los invitados drevlianos se negaron a ir a pie o a caballo hasta el castillo de Olga, y exigieron, en cambio, que los lugareños los llevaran en barco, lo que molestó a los habitantes de Kíiv. Según la crónica, se lamentaban: «La esclavitud es nuestro destino». En total, antes de entrar en combate contra el ejército drevliano, Olga recurrió a estratagemas para destruir a tres grupos de sus líderes. Al no poder derrotar al resto del ejército tribal y tomar su fortaleza, la quemó, recurriendo una vez más a ardides. Todo esto habría sido innecesario si los vikingos hubieran tenido una mayoría abrumadora en Kíiv.

Sviatoslav, el hijo de la princesa Olga, es el primer gobernante de Kíiv de quien tenemos una descripción física de una fuente más o menos fiable. El cronista de Kíiv escribió que Olga no solo era inteligente sino también bella, pero no queda ninguna descripción de su físico. León el Diácono, un cronista bizantino que conoció a Sviatoslav, describió al príncipe de Rus, que tomó el relevo de su madre a principios de la década de 960. Según León, Sviatoslav era un hombre de espaldas anchas y estatura media. Se afeitaba la barba, pero tenía un bigote tupido. También llevaba la cabeza afeitada, con un mechón de pelo intacto a un lado, señal de su

origen noble. El príncipe tenía los ojos azules y una nariz corta y ancha. Llevaba una sencilla ropa blanca. Un solo pendiente de oro, adornado con un rubí y dos perlas, era la única señal de su elevado estatus. El encuentro tuvo lugar en julio de 971, cuando León acompañó a su emperador, Juan Tzimisces, en una campaña militar en Bulgaria.

El encuentro de Sviatoslav con el emperador bizantino no fue en absoluto la cumbre de su carrera militar, que comenzó con la campaña contra los drevlianos emprendida por su madre, Olga. Cuando esta finalmente llevó a sus tropas a luchar en campo abierto contra las tribus rebeldes, al joven Sviatoslav le correspondió el honor de iniciar la lucha. Los anales dicen: «Cuando ambos ejércitos estaban listos para el combate, Sviatoslav arrojó su lanza contra los drevlianos. Pero la lanza apenas voló entre las orejas del caballo y golpeó su pata, pues el príncipe era un niño. Entonces Sveinald y Asmund [comandantes vikingos del ejército de Olga] dijeron: "El príncipe ya ha comenzado la batalla; adelante, vasallos, sigamos al príncipe"». El niño creció y se convirtió en un guerrero; compartió con su séquito las penurias de la vida militar y usó su silla de montar como almohada durante las campañas. León el Diácono señaló que el príncipe se sentaba en los remos al igual que sus hombres, y solo se distinguía de ellos por sus ropas más pulcras.

El breve reinado de Sviatoslav —asumió plenos poderes a principios de la década de 960 y murió en batalla en 972, probablemente con solo treinta años— estuvo marcado por una serie de exitosas campañas militares. Según algunos estudiosos, en la segunda mitad del siglo x los vikingos de la Rus se pasaron del comercio a la guerra para compensar las pérdidas sufridas después de que las minas de Asia Central, agotadas tras décadas de explotación, dejaran de producir plata, y se acabara el comercio en Europa Oriental, alimentado por las monedas de plata de Asia Central. En su primera campaña militar, Sviatoslav se hizo con el control de la última tribu eslava oriental, aún subordinada a los jázaros. Se trataba de la tribu de los viatichos, que vivía en la cuenca del río Oká, en tierras que incluyen los alrededores de la

actual Moscú. Una vez cumplida esta misión, Sviatoslav volvió sus armas contra los jázaros. En una serie de campañas, tomó Sarkel y convirtió este bastión jázaro en el puesto de avanzada de la Rus en el Don. Luego fueron al Volga y saquearon Itil, la capital del enemigo, y derrotaron a los búlgaros del Volga, que eran vasallos de los jázaros. El otrora poderoso kaganato dejó de existir. La disputa entre los jázaros y los vikingos por la lealtad de las tribus eslavas estaba prácticamente terminada. Ahora todo el mundo reconocía la supremacía de Kíiv.

Pero Sviatoslav no pasó mucho tiempo en la capital. De hecho, quería trasladarla al Danubio. Esta idea se le ocurrió a finales de la década de 960, durante una campaña balcánica que lanzó contra Bizancio. Los anales explican este deseo del príncipe, que se debía a que la mayoría de las mercancías procedentes de sus tierras se transportaban por ese río. Más que una mera conquista de nuevas tierras, al parecer, su plan consistía en tomar el control de una de las principales rutas comerciales de la época. Los dos predecesores de Sviatoslav en el trono de Kíiv, Helgi (Oleg) e Ingvar, habían conseguido un trato preferente para los mercaderes de la Rus que comerciaban en los ricos mercados bizantinos. Según la leyenda, Helgi llegó a clavar su escudo en las puertas de Constantinopla. No conquistó la ciudad, pero al parecer obtuvo valiosas concesiones comerciales del emperador.

Sviatoslav fue a los Balcanes como mercenario de los bizantinos, que le pagaron para que atacara a sus enemigos, los búlgaros de los Balcanes. El príncipe logró la victoria y ocupó gran parte de su territorio. Los bizantinos consideraban que debía entregarles ese territorio, pero Sviatoslav no estaba de acuerdo. Así que sobornaron a los pechenegos, una nueva tribu nómada llegada a las estepas pónticas, para que atacaran Kíiv. Sviatoslav tuvo que volver a casa para enfrentarse a los pechenegos, pero en 969 ya estaba de vuelta en Bulgaria. Al año siguiente sitió la ciudad bizantina de Adrianópolis, la actual Edirne, a unos 250 kilómetros de la capital imperial, Constantinopla. La corte entró en pánico y el emperador Juan Tzimisces envió a uno de sus mejores comandantes a levantar el asedio. El emperador no tardó en

adentrarse en Bulgaria y cercar lo que quedaba del ejército de Sviatoslav. Este último tuvo que retirarse.

León el Diácono asistió al primer y último encuentro entre Sviatoslav y Tzimisces. A cambio de la promesa de no hacer la guerra al imperio, de abandonar Bulgaria y de renunciar a cualquier reclamación sobre el sur de Crimea, el emperador concedió a Sviatoslav y a su gente un salvoconducto para regresar a casa. Esta fue la última campaña militar de Sviatoslav. Murió en el viaje de vuelta a Kíiv, cuando él y sus tropas desembarcaron cerca de los rápidos del Dniéper, un tramo de unos sesenta kilómetros de cataratas que ahora está sumergido bajo el agua, pero que supuso un gran obstáculo para la navegación hasta que se construyó una enorme presa a principios de la década de 1930. Los viajeros no tenían otra alternativa que evitar algunos de los principales rápidos por tierra. Menos de un cuarto de siglo antes de la muerte de Sviatoslav, Constantino VII Porfirogéneta describió así las dificultades del camino: «Cuando los rus llegan con sus barcos a las presas del río y no pueden pasar a menos que saquen sus barcos del río y los transporten por tierra sobre los hombros, entonces los hombres de esta nación de los pechenegos se lanzan sobre ellos y, como no pueden hacer dos cosas a la vez, son fácilmente derrotados y despedazados».

La necesidad de desembarcar junto a los rápidos probablemente dio a los caballeros pechenegos la oportunidad de atacar y matar a Sviatoslav. Se cuenta que el jefe de los pechenegos se hizo una copa con su cráneo. Y se rumorea que Juan Tzimisces fue quien avisó a los pechenegos e incluso que estaba detrás del ataque. Pero la muerte de Sviatoslav en la estepa junto a la orilla del Dniéper puso de relieve un problema mayor que ni él ni sus predecesores habían podido resolver. A pesar de todo el poder que habían acumulado en Kíiv y en las enormes zonas boscosas al norte de la ciudad, no pudieron establecer no solo ya el control total sobre las estepas, sino ni siquiera ni un paso seguro a través de ellas. Esto impidió a los monarcas de Kíiv controlar la orilla norte del mar Negro, lo que significaba que la Rus disfrutaría de forma limitada de las oportunidades, tanto económicas como culturales,

que ofrecía el mundo mediterráneo. No bastó con derrotar a los jázaros para tener acceso al mar.

Los historiadores se han referido a Sviatoslav como el «último vikingo». De hecho, sus expediciones militares y su idea de abandonar Kíiv y de trasladarse a una nueva capital para controlar el comercio entre el Imperio bizantino y las ciudades de Europa Central sugieren que tenía poco interés en administrar el reino construido por sus antepasados y ampliado gracias a sus esfuerzos militares. La muerte de Sviatoslav supuso el fin de la era vikinga en Ucrania. Aunque las comitivas varegas seguirían desempeñando un papel importante en la historia de Kíiv, los sucesores de Sviatoslav intentarían reducir su dependencia de los guerreros extranjeros. Su prioridad no sería conquistar tierras lejanas, sino gobernar el reino que poseían.

4

El norte de Bizancio

Ya los primeros relatos de los príncipes de la Rus en el Dniéper nos permiten apreciar hasta qué punto se sentían atraídos por el Imperio bizantino. Lo mismo que atrajo a los hunos y a los godos a Roma —riqueza, poder, prestigio— empujó a los guerreros mercantes vikingos a la capital bizantina, Constantinopla. Los vikingos nunca intentaron derrocar a Bizancio, pero se acercaron todo cuanto pudieron al imperio y a su capital, y lanzaron varias expediciones para tomar Constantinopla.

La muerte de Sviatoslav en 972 cerró un importante periodo en la historia de la Rus y las relaciones con su poderoso vecino del sur. Para las dos siguientes generaciones de gobernantes de Kíiv, la asociación con Constantinopla no fue menos deseada de lo que en su día lo había sido para Sviatoslav. Sus sucesores, sin embargo, no solo se preocupaban por el dinero y el comercio, sino también por el poder, el prestigio y la alta cultura que emanaban de Bizancio. En lugar de conquistar la ciudad a orillas del Bósforo, como habían intentado sus predecesores, decidieron construir una réplica a orillas del Dniéper. Este giro en las relaciones de la Rus con los griegos bizantinos, así como las nuevas expectativas de los príncipes de Kíiv, se produjeron durante los reinados de Volodímir y Yaroslav, hijo y nieto de Sviatoslav, respectivamente. Entre ambos gobernaron durante más de medio siglo y, a menudo, se les atribuye el mérito de haberlo transformado en un verdadero Estado medieval, con un territorio más o menos definido, un sistema de gobierno y, por último, con una ideología más o menos definida.

Gran parte de esta última procedía de Bizancio.

Como príncipe de Kíiv, el hijo de Sviatoslav, Volodímir, no eran tan belicoso y ambicioso como su padre, pero tuvo más éxito en la consecución de sus objetivos. Tenía quince años cuando su padre murió junto a los rápidos del Dniéper, y su trono peligró debido a sus hermanos, pues lo querían para ellos, pero una nueva oleada de desembarcos escandinavos le facilitó el camino hacia el poder. Antes de arrebatar el trono de Kíiv a uno de sus hermanos, Volodímir pasó más de cinco años refugiado en Escandinavia, la patria ancestral de su clan. Regresó a la Rus con un nuevo ejército vikingo. El cronista de Kíiv cuenta que, después de que Volodímir tomara Kíiv, sus soldados le exigieron un pago. Aquel prometió darles un tributo de las tribus locales, pero no pudo cumplirlo. En lugar de eso, reclutó a los comandantes vikingos como sus administradores locales en fortalezas que construyó en la frontera de la estepa, lo que permitió al resto del ejército emprender una expedición contra Bizancio. También ordenó a su pueblo que no dejara entrar a ese ejército en sus ciudades y que se les impidiera regresar.

Para Volodímir las tropas vikingas siguieron siendo esenciales para su ejército después de su ascenso al trono, pero la *Primera crónica* refleja las graves tensiones entre él y su séquito que caracterizaron su reinado. Esta «segunda venida» de los vikingos fue muy diferente a la primera. Ahora no venían como comerciantes o gobernantes, sino como mercenarios al servicio de un monarca de origen vikingo, pero cuya principal lealtad era hacia su reino principesco. Volodímir ni siquiera soñaba con trasladar su capital al Danubio, pues estaba satisfecho con las oportunidades disponibles en el Dniéper, y acabó librándose no solo del enorme poder del séquito principesco, sino también de la influencia de las élites tribales. Las contrarrestó nombrando a sus hijos y a miembros de su casa para que administraran distintas partes de su imperio, y así preparó el terreno para la aparición de los futuros principados bajo el auspicio de Kíiv.

Así terminó la era de los vikingos en la Rus, la tierra que había recibido su nombre de ellos. Este cambio se plasmó en las

páginas de la *Primera crónica*. En la descripción de la comitiva principesca los anales dicen que está compuesta por vikingos, eslavos locales y ugrofineses. El nombre colectivo de los dos primeros grupos era «Rus», pero con el tiempo empezó a aplicarse en general a los miembros del séquito del príncipe, luego a sus súbditos de todos los ámbitos de la vida y, finalmente, a la tierra que gobernaba. Durante los siglos X y XI los términos «rus» y «eslavo» pasaron a ser intercambiables. Esta impresión se desprende no solo de la *Primera crónica*, sino también de los relatos bizantinos de la época.

Volodímir accedió al trono en 980. Pasó la primera década de su gobierno en guerra, asegurándose de que el reino creado por su predecesor se mantuviera unido. Siguiendo los pasos de Sviatoslav, volvió a derrotar a los jázaros y a los búlgaros del Volga, reafirmó su poder sobre los viátichos en la cuenca del Oká y avanzó hacia el oeste de los Cárpatos, arrebatando varios bastiones a los polacos, entre ellos la ciudad de Premyshl (Przemyśl), en la actual frontera polaco-ucraniana. Sin embargo, su principal preocupación era la frontera meridional, donde los asentamientos de la Rus sufrían continuos ataques de los pechenegos y otras tribus nómadas. El príncipe reforzó las defensas en la frontera y ordenó construir fortificaciones a lo largo de los ríos locales, incluidos el Sulá y el Trubizh. Ocupó esas zonas con prisioneros de guerra y súbditos de otras partes del reino. La Rus, nacida de la conquista, buscaba ahora la estabilidad y, en lugar de atacar las fronteras de otros Estados, se ocupaba de defender las suyas.

Durante el reinado de Volodímir, también se produjo un cambio en las relaciones de Kíiv con Bizancio. Mientras que su predecesor en el trono de Kíiv, Helgi, se supone que había enviado tropas contra Bizancio para obtener preferencias comerciales, y Sviatoslav hizo exactamente lo mismo para adquirir nuevos territorios en los Balcanes, Volodímir invadió Crimea en la primavera de 989 en busca de matrimonio, que no de amor. Asedió la ciudad bizantina de Quersoneso y exigió la mano de la hermana

del emperador Basilio II, Ana. Unos años antes, el emperador le había pedido ayuda militar a Volodímir y le había ofrecido a cambio esa misma recompensa. El príncipe envió sus tropas en ayuda del emperador, pero Basilio no se apresuró a cumplir su promesa. Después de recibir tal bofetada, el príncipe se negó a poner la otra mejilla, y atacó al imperio. Su táctica funcionó. Alarmado por las noticias de la caída de Quersoneso, Basilio envió a su hermana Ana a Crimea. Esta llegó con un séquito que incluía a varios clérigos cristianos.

La petición de matrimonio de Volodímir (un jefe bárbaro, que era como se veía en Constantinopla al gobernante de Kíiv) fue aprobada con la condición de que se convirtiera al cristianismo. Volodímir aceptó. Su bautismo iniciaría el proceso de cristianización de la Rus de Kíiv y abriría un nuevo capítulo en la historia de la región. Tras el regreso de los novios a Kíiv, el príncipe mandó quitar de la colina sobre el Dniéper el panteón de dioses paganos, incluido el más poderoso de ellos —Perún, el dios del trueno— y encargó a los clérigos cristianos la tarea de bautizar a la población de Kíiv. La cristianización de la Rus había comenzado, un proceso largo y difícil que tardaría siglos en completarse.

Nuestra principal fuente sobre el bautismo de la Rus, la *Primera crónica*, cuenta que varios misioneros habían llamado a la puerta de Volodímir: búlgaros musulmanes, jázaros judíos, cristianos alemanes en representación del Papa y un «filosofo» griego que hablaba en nombre del cristianismo bizantino ortodoxo, la religión que el príncipe había elegido. Tal como se cuenta en los anales, la historia de la elección de la fe es, por supuesto, ingenua en muchos aspectos. Sin embargo, refleja ciertas alternativas reales a las que se enfrentó el gobernante de Kíiv, pues él mismo se encargó de tomar la decisión. Volodímir prefirió la fe del país más poderoso de la región, donde el emperador no era una figura eclesiástica menos importante —sino que lo era más, de hecho— que el patriarca. Al elegir el cristianismo, ganó el prestigio de emparentarse con la familia imperial, lo que elevó de inmediato el estatus de su linaje y de su reino. La elección de su nombre

cristiano, Volodímir, aclara aún más sus motivos para convertirse al cristianismo ortodoxo. Tomó el mismo nombre que el emperador, Basilio, lo que indica que había encontrado en Bizancio un modelo político y religioso para su país. Una generación más tarde, intelectuales de Kíiv como el metropolitano Hilarión los compararían, a él y a su bautismo de la Rus, con el emperador Constantino y su papel en el establecimiento del cristianismo como religión oficial del Imperio romano.

Sin duda, la élite política y eclesiástica bizantina ayudó al príncipe a tomar la «decisión correcta». Aunque descontentos con el matrimonio, la conversión los compensó. Los bizantinos habían comenzado a enviar misioneros a la región poco después de que los vikingos de la Rus atacaran Constantinopla en el año 860. En esa época el patriarca Focio de Constantinopla —el mismo clérigo que nos dejó una vívida descripción del ataque vikingo— había enviado a uno de sus mejores pupilos, Cirilo de Tesalónica, primero a Crimea y luego al kaganato jázaro. Junto con su hermano Metodio, Cirilo inventó el alfabeto glagolítico para transcribir los textos cristianos a las lenguas eslavas. Ambos pasaron a la posteridad como apóstoles de los eslavos y alcanzaron la santidad. Los intentos de que los príncipes de Kíiv abrazaran la ortodoxia se produjeron mucho antes de la conversión de Volodímir, como atestigua la historia del bautismo de su abuela Olga, que se convirtió en la primera gobernante cristiana conocida, y en la primera cristiana de Kíiv, con el nombre de Helena. Además de difundir el cristianismo, las élites bizantinas empezaron a extender su influencia sobre los gobernantes y pueblos «bárbaros», que no podían presumir de genealogías con profundas raíces, y muy poco de cultura sofisticada, pero sí de un gran poder destructivo.

Tras la conversión de Volodímir, el patriarca de Constantinopla creó el metropolitanato de la Rus, una de las pocas provincias eclesiásticas que llevaba el nombre de su población y no el de la ciudad donde residía el obispo o metropolitano. El patriarca se reservó el derecho de nombrar a los metropolitanos para dirigir la Iglesia de la Rus, la mayoría de los cuales serían

griegos. A su vez, el metropolitano controlaba el nombramiento de los obispos, muchos de los cuales procedían de las filas de la élite local. Los primeros monasterios se establecieron regidos por un estatuto bizantino. El eslavo eclesiástico, la primera lengua literaria de la Rus de Kíiv, funcionó sobre todo al principio como herramienta de traducción, y gracias a ella los textos griegos fueron comprensibles para las élites locales. Volodímir promulgó normas que definían los derechos y los privilegios del clero, y donó una décima parte de sus ingresos a la Iglesia. El cristianismo en la Rus de Kíiv comenzó en la cúspide y fue descendiendo poco a poco en la escala social, extendiéndose del centro a la periferia a lo largo de los ríos y las rutas comerciales. En algunas zonas remotas, en especial en el noreste de la Rus, los sacerdotes paganos se resistieron a la nueva religión durante siglos, y los misioneros de Kíiv que se aventuraron allí acabaron muertos aun a finales del siglo XII.

La elección de Volodímir iba a tener un gran impacto en su reino y en la historia de Europa Oriental en su conjunto. En lugar de continuar la guerra contra Bizancio, el nuevo régimen de la Rus formó una alianza con la única parte superviviente y continuadora del Imperio romano, con lo que se abrió a las influencias políticas y culturales del mundo mediterráneo. El hecho de que Volodímir no solo introdujera a la Rus en el mundo cristiano, sino que también la integrara en el cristianismo oriental, resultaría fatídico. Muchas de las consecuencias son hoy tan relevantes como lo fueron en los albores del segundo milenio.

Si bien Volodímir introdujo el cristianismo en la Rus, fue a sus sucesores a quienes les correspondió definir lo que esto significaría para la política, la cultura y las relaciones internacionales del reino, así como asegurar un lugar para la Rus en la comunidad cristiana de naciones liderada por el emperador bizantino.

Ninguno de los sucesores de Volodímir fue tan relevante en la construcción de estas definiciones como su hijo Yaroslav. Mientras que el abuelo de Yaroslav, Sviatoslav, pasó a ser conocido en la

historiografía como «el Valiente», y su padre, Volodímir, se hizo merecedor del epíteto «el Grande», Yaroslav se dio a conocer como «el Sabio». También se le habría podido llamar «Legislador» o «Constructor», porque durante su largo reinado, que duró más de un cuarto de siglo (1019-1054), los principales logros no se consiguieron en el campo de batalla, sino en el ámbito de la paz y la cultura, de la construcción del Estado y la nación.

Uno de los legados duraderos de Yaroslav fue la construcción a gran escala. La crónica dice: «Yaroslav construyó la gran ciudadela de Kíiv, cerca de la Puerta Dorada». Esta era la entrada principal a la nueva fortaleza que el príncipe había mandado construir alrededor de la zona conocida por los arqueólogos como la ciudad de Yaroslav. No se puede ignorar el paralelismo entre la Puerta Dorada de Yaroslav y la de Constantinopla, que servía de arco de triunfo y entrada oficial a la capital del imperio. La Puerta Dorada de Kíiv era de piedra (al igual que parte de la muralla que rodeaba el castillo), y sus cimientos aún son visibles. Sobre ellos se construyó una réplica de la antigua puerta a principios de la década de 1980.

Entre los proyectos de construcción de Yaroslav, el más majestuoso fue la catedral de Santa Sofía, que se levantó fuera de las murallas de la ciudad. Con sus cinco naves, cinco ábsides, tres galerías y trece cúpulas era un edificio impresionante. El material de los muros era granito y cuarcita, separados por hileras de ladrillos. En el interior, las paredes y los techos estaban decorados con mosaicos y frescos. Las obras de construcción terminaron como muy tarde en 1037. Los expertos coinciden en que Yaroslav no solo tomó el nombre de la catedral Santa Sofía de Constantinopla y los principales elementos de su diseño, sino que también inspiró a sus arquitectos, ingenieros y albañiles en el Imperio bizantino. No solo construyó la iglesia y las murallas, sino también una capital para su reino inspirada en la ciudad más bella y poderosa jamás vista por los rus: Constantinopla.

Por el cronista de Kíiv sabemos que en Yaroslav se fomentaban la instrucción y el estudio, así como la construcción de iglesias y el apoyo a la religión cristiana. «Era un devoto de los

libros, que leía sin cesar, noche y día —afirma la *Primera crónica*—. Reunió a muchos escribas y tradujeron del griego al eslavo. Copiaron y recopilaron muchos libros con los que los verdaderos creyentes se instruyen, y disfrutan de la enseñanza de una educación religiosa.» El reinado de Yaroslav marcó el inicio de la alfabetización en la Rus de Kíiv, que adoptó el eslavo eclesiástico, escrito en el alfabeto que crearon específicamente los santos Cirilo y Metodio para traducir los textos escritos en griego. Los profesores, los textos y la propia lengua llegaron a la Rus desde Bulgaria, cuyos gobernantes se habían convertido al cristianismo antes que los príncipes de Kíiv.

Durante el gobierno de Yaroslav, como señala el cronista, en Kíiv no solo se leían libros, sino que también se traducían. Al cabo de poco tiempo también empezaron a aparecer obras originales. Una de las primeras la escribió entre 1037 y 1054 el metropolitano Hilarión, elevado a este rango por el príncipe Yaroslav. El *Sermón sobre la ley y la gracia* integró a la recién cristianizada Rus en la familia de las naciones cristianas, equiparando a Volodímir con el emperador Constantino, como ya se ha señalado. Otro acontecimiento importante fue el inicio de la escritura histórica en Kíiv. La mayoría de los estudiosos cree que la primera crónica de Kíiv se elaboró en la década de 1030, durante el reinado de Yaroslav, y probablemente entre los muros de la catedral de Santa Sofía. Solo más tarde, la labor de redacción de crónicas se trasladó al Monasterio de las Cuevas de Kíiv, creado según el modelo de los monasterios bizantinos hacia el final del reinado de Yaroslav.

Si Kíiv imitó a Constantinopla, otras ciudades del reino imitaron a Kíiv. Por eso se empezó a construir catedrales de Santa Sofía tanto en Pólatsk como en Nóvgorod (donde antes había una iglesia de madera con ese nombre). También fue así como la ciudad de Vladímir, en el noreste de la Rus, tuvo posteriormente su propia Puerta Dorada. Más importante fue la difusión de la alfabetización y el conocimiento en los centros periféricos, con lo que se rompió el monopolio de Kíiv sobre el estudio de textos y la escritura histórica. Los historiadores de Nóvgorod pronto aportarían su sabiduría a las crónicas de Kíiv. Por un cronista de

Nóvgorod sabemos que Yaroslav el Sabio no solo era amante de los libros y un constructor de castillos e iglesias, sino también un legislador.

Tras llegar al poder en Kíiv, Yaroslav recompensó a los ciudadanos de Nóvgorod, donde había gobernado como príncipe en nombre de su padre, Volodímir, otorgando a la ciudad libertades de las que antes no había disfrutado. Era una muestra de agradecimiento por la ayuda que había recibido en su lucha por el trono de Kíiv. El cronista de Nóvgorod vinculó esta concesión de derechos y privilegios especiales con la redacción por parte de Yaroslav de un código de leyes conocido como la *Justicia de la Rus* [Rússkaia pravda]. Esta codificación del derecho consuetudinario tuvo un enorme impacto en el sistema jurídico de la Rus de Kíiv y sus Estados sucesores. No sabemos si la *Justicia de la Rus* se compiló realmente durante el reinado de Yaroslav, y es bastante probable que la tarea la emprendieran más tarde sus sucesores. Pero lo que sí es cierto es que no pudo hacerse antes de él, pues no fue hasta su reinado cuando aparecieron en Kíiv personas cultas, capaces de tal empresa.

Seguir los pasos de Constantinopla e imitar a los emperadores bizantinos implicaba alcanzar un grado de legitimidad, y también de independencia, que inevitablemente irritó a los griegos de la capital. Sabemos de al menos dos ocasiones en las que Yaroslav se atrevió a demostrar sin reparos su independecia del imperio. En primer lugar, nombró metropolitano a Hilarión, natural de la Rus y autor del aclamado *Sermón sobre la ley y la gracia*, en lugar de a un prelado griego enviado desde Constantinopla. Yaroslav imitaba el papel de los emperadores bizantinos en su Iglesia, pero su decisión era también un desafío al patriarca de Constantinopla, que se reservaba el derecho de nombrar a los metropolitanos de la Rus. El controvertido nombramiento de Hilarión no contó con el apoyo incondicional del clero de la Rus, por lo que se volvió a la antigua práctica tras la muerte de Yaroslav en 1054. El sucesor de Hilarión en Kíiv sería ya nombrado por Constantinopla.

Pero antes Yaroslav ya había desafiado abiertamente a Constantinopla en 1043, cuando envió allí una flotilla comandada por uno de sus hijos. Este exigió dinero a los griegos, con la amenaza de atacar la ciudad en caso de no recibirlo. No está claro el motivo de esta vuelta a las formas vikingas de hacer negocios con Bizancio. ¿Eran demasiado costosos para la tesorería los esfuerzos de Yaroslav por construir una Constantinopla en Kíiv? Solo podemos especular. Es probable que fuera una señal de insatisfacción con algo que los bizantinos hubieran hecho antes, o un recordatorio de que la Rus no era una potencia que se pudiera tomar a la ligera. Fuera cual fuera la razón, los griegos se negaron a pagar y prefirieron entrar en combate. La flotilla de la Rus derrotó a los bizantinos, pero llegó una tormenta que casi los aniquiló y regresaron a Kíiv de vacío. Las prácticas vikingas ya no daban resultados.

Si consideramos los esfuerzos bizantinos por convertir a la Rus al cristianismo, que comenzaron inmediatamente después del primer ataque de la Rus a Constantinopla en el año 860, como una forma de poner fin a estos ataques y asegurar las relaciones pacíficas con los bárbaros de la Rus, entonces estos esfuerzos lograron claramente su objetivo ya durante el reinado de Yaroslav. En general, a diferencia de sus predecesores, este príncipe vivió en paz e incluso en armonía con Bizancio. Pero el lobo no se transformó en cordero por la religión. Durante el reinado de Yaroslav, la expansión dejó de ser el principal objetivo de los príncipes de la Rus: su prioridad era mantener y gobernar de los que poseían. Por tanto, era mucho más ventajoso ver a Bizancio como aliado, así como fuente de conocimiento y prestigio, que como enemigo.

En aquella época, la Rus se convirtió en miembro de pleno derecho de la comunidad de naciones cristianas. Los historiadores posteriores lo llamarían el «suegro de Europa», ya que casó a muchas hijas y hermanas con gobernantes europeos. La adopción del cristianismo de Bizancio por parte de su padre y la posterior importación de influencias culturales de Constantinopla a suelo eslavo oriental se convirtieron en importantes requisitos para este

éxito diplomático. A diferencia de su padre, Yaroslav no se casó con una princesa bizantina, pero su hijo Vsévolod sí: desposó a una hija del emperador bizantino Constantino ix Monómaco. Yaroslav se casó con una hija del rey de Suecia Olaf Eriksson (lo que refleja los orígenes vikingos de la dinastía). Su hija Yelizaveta (Isabel) fue la consorte de Harald Hardrada, rey de Noruega. Su hijo Iziaslav se casó con una hermana del rey polaco Casimiro, que estaba casado con una de las hermanas de Yaroslav. En cuanto a las hijas de Yaroslav, Anastasía se convirtió en la esposa de Andrés el Blanco de Hungría, y Ana se casó con Enrique i de Francia.

Cualesquiera que sean las razones políticas de estos matrimonios, en términos puramente culturales beneficiaron más a los monarcas europeos que a los príncipes de Kíiv. El caso de Ana es el mejor ejemplo. A diferencia de su marido, Ana sabía leer y firmar con su nombre, señal de que los elogios del cronista de Kíiv a Yaroslav por su amor a los libros y su difusión del saber no eran exagerados.

5

Las llaves de Kíiv

El término «Rus de Kíiv», al igual que el de «Bizancio», es de origen posterior a la formación de los territorios: los contemporáneos de estos reinos no utilizaban esos nombres. En el caso del primero fueron los estudiosos del siglo XIX quienes lo acuñaron. En la actualidad llamamos «Rus de Kíiv» a una entidad política con centro en Kíiv, que existió entre el siglo X y mediados del XIII, cuando se desintegró debido a la embestida de los mongoles.

¿Quién es el legítimo heredero del legado de la Rus de Kíiv y en manos de quién están las proverbiales llaves de la ciudad? Estas preguntas han provocado el recelo en gran parte de los escritos históricos sobre la Rus durante los últimos dos siglos y medio. Al principio, el debate se centró en los orígenes de su dinastía principesca: ¿eran escandinavos o eslavos? Luego, desde mediados del siglo XIX, se amplió para incluir la disputa ruso-ucraniana sobre el legado de la Rus de Kíiv. En el siglo XX, la batalla por los restos mortales de Yaroslav el Sabio, cuyo reinado se analizó en detalle en el capítulo anterior, muestra la intensidad de esta disputa.

Yaroslav murió el 28 de febrero de 1054 y fue enterrado en la catedral de Santa Sofía, erigida durante su reinado. Sus restos mortales fueron depositados en un sarcófago de mármol blanco decorado con tallas: una cruz cristiana y plantas mediterráneas, entre ellas palmeras, que no eran autóctonas de la Rus de Kíiv. Según una teoría, el sarcófago (un monumento en piedra del imperialismo cultural de Bizancio) había sido en su día el lugar de reposo final de un notable bizantino, pero fue llevado a Kíiv por

saqueadores vikingos o griegos aventureros. El sarcófago se conserva en la catedral, pero los restos de Yaroslav desaparecieron de Kíiv como muy tarde en 1943, durante la ocupación alemana de la ciudad. Según algunos informes, acabaron en manos de jerarcas ortodoxos ucranianos de Estados Unidos y, al parecer, fueron localizados en Manhattan después de la guerra. Algunos sospechan que ahora pueden estar en la iglesia de la Santísima Trinidad de Brooklyn.

¿Qué podría explicar el traslado de los restos del príncipe Yaroslav al continente americano? La respuesta no tiene nada que ver con el imperialismo cultural estadounidense. Está estrechamente relacionado con la reivindicación ucraniana del legado de la Rus de Kíiv. Los clérigos ucranianos, al abandonar su patria, se llevaron las reliquias para evitar que cayeran en manos del ejército soviético en su avance. Ni siquiera después de la guerra quisieron devolverlas a Kíiv, por temor a que acabaran en Rusia. Eso explica la persistente negativa de los custodios de la iglesia de Brooklyn a discutir la cuestión con representantes del Gobierno ucraniano.

Tanto Moscú como Kíiv reivindican la figura de Yaroslav el Sabio como uno de sus eminentes gobernantes medievales, y su efigie aparece en los billetes de ambos países. En el de las grivnas ucranianas, el príncipe luce un bigote al estilo ucraniano, similar al que llevaba su abuelo Sviatoslav y fiel a la tradición de los cosacos. En el de rublos rusos, vemos un monumento dedicado a él como fundador legendario de la ciudad rusa de Yaroslavl, mencionada por primera vez en una crónica diecisiete años después de su muerte. Ahí, Yaroslav aparece con la barba típica de Iván el Terrible y los zares moscovitas de su época.

¿Podría Yaroslav haber sido un monarca ruso o ucraniano? Y si no era ni una cosa ni la otra, ¿cuál era su «verdadera» identidad nacional y la de sus súbditos? Intentaremos encontrar una respuesta a esta pregunta examinando los acontecimientos de las décadas posteriores a su muerte. Su desaparición de la escena

política de la Rus de Kíiv puso fin a la época de consolidación del reino e inauguró otra, en la que siguió los pasos del Imperio carolingio. Menos de un siglo después de la muerte de su fundador, Carlomagno (814), el imperio se desintegró en una serie de Estados más pequeños. Las razones del declive y la caída de ambos imperios fueron casi las mismas: persistentes disputas por la sucesión al trono, guerras intestinas entre los miembros de la dinastía gobernante, el auge de los centros políticos y económicos locales y la incapacidad de hacer frente con eficacia a las amenazas externas y repeler las invasiones extranjeras. La consecuencia a largo plazo del derrumbe fue el surgimiento de regímenes considerados a menudo como precursores de las naciones modernas: Francia y Alemania en el caso del Imperio carolingio; Ucrania y Rusia en el caso de la Rus de Kíiv.

Yaroslav, que era un hombre sabio, previó las dificultades a las que se enfrentarían sus descendientes. Debió de recordar lo largo y sangriento que había sido su propio ascenso al poder. Comenzó en 1015 con la muerte de su padre, Volodímir, y no terminó hasta dos décadas después, en 1036, cuando murió su hermano Mstislav, con quien se vio obligado a dividirse el reino. Entre esos dos decesos hubo muchas batallas y conflictos, salpicados por las muertes de los numerosos hermanos de Yaroslav. Dos de ellos, Borís y Glib, fueron privados del trono de Kíiv, pero en cambio alcanzaron la santidad, y hoy son celebrados como príncipes mártires. Algunos historiadores sospechan que Yaroslav planeó sus asesinatos. En cualquier caso, hacia el final de su vida parece que quiso salvar a sus hijos de las luchas fratricidas.

Según la *Primera crónica*, Yaroslav dejó un testamento en el que dividía su reino entre sus hijos, que recibieron cada uno un principado propio. El trono de Kíiv, que no solo incluía las tierras de Kíiv y Nóvgorod, sino también el poder supremo sobre los demás príncipes, debía ser para el hermano mayor. Los demás reinarían bajo su tutela y supervisión en sus respectivos feudos. Se suponía que el trono de Kíiv debía pasar del hermano mayor al mediano, y luego al menor, hasta que se extinguiera la generación entera de príncipes. La nueva generación volvería a iniciar este

ciclo, a partir del primogénito del hermano mayor. La mayoría de los expertos cuestionan la autenticidad del testamento de Yaroslav el Sabio, pero, tanto si existió como si no, el texto que supuestamente constituye este testamento refleja la práctica imperante tras la muerte del príncipe.

A este lo sobrevivieron cinco hijos, cuatro de los cuales se mencionan en su «testamento», y solo tres saborearon el poder supremo tras la muerte de su padre. El trono de Kíiv recayó en el hijo mayor, Iziaslav, que lo compartió con dos de sus hermanos, cuyas ciudades —Cherníguiv y Pereiáslav— estaban situadas no muy lejos de Kíiv. Juntos formaron una suerte de triunvirato informal cuyas decisiones eran en general vinculantes para el resto de los príncipes ruríkidas, la dinastía gobernante de Kíiv cuyas raíces se remontaban al legendario Riúrik. Una de las medidas para fortalecer el poder del triunvirato fue el arresto del hermano que gobernaba Pólatsk (en la actual Bielorrusia) y su encarcelamiento en Kíiv. Sus capitales se convirtieron en los centros de lo que las crónicas denominan la Tierra de Rus.

El término no era del todo nuevo, pues el metropolitano Hilarión lo usó en el *Sermón sobre la ley y la gracia,* por lo que puede atribuirse a la época de Yaroslav el Sabio. Alcanzó su máxima popularidad a finales del siglo XI y principios del XII, cuando los triunviros ya habían abandonado el escenario de la historia y sus hijos y sobrinos intentaban ajustar cuentas entre las diferentes ramas de la dinastía, al tiempo que resistían los ataques de los nómadas del sur. Volodímir Monómaco, nieto de Yaroslav el Sabio y del emperador bizantino Constantino IX Monómaco, adquirió la costumbre de profesar y demostrar con palabras y hechos su amor por la Tierra de Rus, y fue generosamente recompensado. Hijo de uno de los triunviros, se convirtió en el príncipe de Pereiáslav, un inmenso territorio que se extendía desde las estepas fronterizas del sur hasta los bosques del noreste alrededor de Moscú, poblados por la tribu rebelde de los viátichos.

La principal preocupación de Monómaco no eran los viátichos, que no abandonaban el paganismo y se resistían a la cristianización, y a veces mataban a los misioneros enviados desde

Kíiv, sino la creciente actividad nómada en la frontera sur del principado. En cuanto los príncipes de la Rus consiguieron frenar a los pechenegos (Yaroslav los derrotó en 1036), surgieron nuevas tribus más agresivas en las fronteras del reino de Kíiv. Se trataba de los polovtsianos o cumanos, que a finales del siglo XI dominaban gran parte de la estepa euroasiática, desde el río Irtish en el este hasta el Danubio en el oeste. Los principados de la Rus no podían hacer frente solos a las incursiones polovtsianas. Había que unir fuerzas, y nadie insistió más en esto que el príncipe de Pereiáslav, Volodímir Monómaco, a quien el cronista atribuye la organización de una serie de expediciones exitosas contra los polovtsianos.

Monómaco, gran impulsor de la unidad de la Tierra de Rus, inició la reforma del sistema de sucesión al trono. En un congreso organizado con ayuda de Monómaco en la ciudad de Liúbech en 1097, los príncipes decidieron deshacerse del engorroso y conflictivo sistema de sucesión lateral (horizontal) introducido por Yaroslav el Sabio. En lugar de que los hijos y nietos de los triunviros rotaran en sus puestos principescos, tratando de culminar con la llegada a Kíiv, cada uno reinaría sobre su propio dominio. Solo los descendientes del hijo mayor de Yaroslav, Iziaslav, heredarían el trono de Kíiv. Pero el sistema no funcionó en la práctica. El propio Monómaco no lo respetó cuando reclamó el trono de Kíiv en 1113; tampoco lo hicieron sus sucesores. En menos de cuatro décadas, entre 1132 y 1169, dieciocho gobernantes se sucedieron en la capital, cuatro más que en toda la historia anterior del reino de Kíiv.

La mayoría de los nuevos príncipes accedieron al trono de Kíiv mediante golpes de Estado o tomas de poder hostiles. Todos los príncipes soñaban con la capital, y los que intuían que tenían una oportunidad probaban suerte. Sin embargo, en 1169 se rompió el patrón. Ese año el ejército de uno de los príncipes más poderosos y ambiciosos de la Rus, Andréi Bogoliubski, gobernante del principado de Vladímir-Súzdal (en la actual Rusia), tomó Kíiv. El príncipe ni siquiera lideró la campaña en persona, sino que envió a

su hijo a librar la batalla. Una vez capturada la ciudad, los vencedores la saquearon durante tres días consecutivos. El príncipe se negó a trasladarse a Kíiv y establecer allí su capital.

La preferencia de Bogoliubski por su propia capital, Vladímir, a orillas del río Kliazma, reflejaba los cambios que se estaban produciendo en la política, la economía y la sociedad de la Rus del siglo XII. Los principales principados de la periferia de la Rus de Kíiv se enriquecían y se fortalecían en una época en que las constantes luchas intestinas hacían estragos en Kíiv y la región del Dniéper medio. El principado de Gálich, en las laderas de los Cárpatos, en lo que hoy es la Ucrania occidental, se dedicaba al comercio con los Balcanes a lo largo del Danubio con la bendición de Constantinopla. Para prosperar la élite local no necesitaba la ruta del Dniéper. En el principado de Vladímir-Súzdal, Bogoliubski desafió con éxito a los búlgaros por el control de la ruta del Volga. Nóvgorod, al noroeste, se enriqueció gracias al comercio báltico. La importancia de Kíiv y de la ruta comercial del Dniéper no había menguado; el volumen de comercio aumentaba incluso, a pesar de la hostilidad de los polovtsianos. Sin embargo, la ruta del Dniéper ya no era el único, ni siquiera el principal, sustento económico del reino.

Cuanto más se enriquecían los príncipes locales y más poder tenían, más aspiraban a reafirmar su autonomía, o total independencia, de Kíiv. Es natural que dieran preferencia a las tierras heredadas de sus padres y abuelos antes que a la lejana Tierra de Rus cercana a Kíiv, Cherníguiv y Pereiáslav. Andréi Bogoliubski fue uno de los primeros en hacerlo. Aunque su saqueo de Kíiv en 1169 dejó cicatrices muy profundas en la memoria de los habitantes, efectuó otros intentos no menos evidentes de convertirse en un gobernante independiente. Todo comenzó cuando Andréi abandonó Víshhorod, cerca de Kíiv, en contra de los deseos de su padre, Yuri Dolgoruki, y partió hacia el noreste. Yuri, que había fundado Moscú en 1147, representaba una antigua manera de pensar. Hijo de Monómaco, a partir de su patrimonio creó el principado de Súzdal y luego se dedicó a expandirlo y fortalecerlo. Pero su objetivo final era el trono de Kíiv, que obtuvo

utilizando sus poderes como príncipe de Súzdal. Murió en el trono y fue enterrado en una iglesia de la capital.

El hijo rebelde de Dolgoruki no quería nada de eso. Trasladó la capital de su principado de Súzdal a Vladímir e hizo todo lo posible por convertirla en una Kíiv a orillas del Kliazma. Andréi no llegó de Víshgorod con las manos vacías: se llevó consigo un icono local de la Madre de Dios (*Theotokos*) que más tarde adquirió notoriedad con el nombre de Madre de Dios de Vladímir. El traslado de la reliquia religiosa de la región de Kíiv a Vladímir ilustra a la perfección la voluntad de Bogoliubski de trasladar el poder simbólico de la capital de la Rus del sur al norte. El hecho de que Kíiv fuera la sede del metropolitanato de toda la Rus acrecentó su importancia. Bogoliubski, que nunca había considerado su reino como parte de la Tierra de Rus, quería un metropolitanato propio. Hacia 1162, siete años antes del saqueo de Kíiv, envió una misión a Constantinopla a fin de pedir permiso para nombrar a su propio candidato como nuevo metropolitano. Recibió una negativa, lo cual fue una gran decepción para el ambicioso gobernante, que ya había hecho todos los preparativos para establecer una sede metropolitana. De hecho, la recién construida catedral de la Dormición con cúpulas doradas, al igual que la catedral de San Miguel de las Cúpulas Doradas en Kíiv, estaba destinada a albergar a un metropolitano, pero tuvo que conformarse con acoger a un obispo.

El otro proyecto de Andréi Bogoliubski con indudables raíces en Kíiv fue la construcción de una Puerta Dorada en Vladímir. Tanto la catedral como la Puerta Dorada siguen en pie y sirven como recordatorio de los ambiciosos planes del príncipe de Vladímir. Como Yaroslav el Sabio antes que él, Andréi imitó a la capital imperial del sur para afirmar su independencia de esta. Pero fue más allá que su predecesor: no solo trasladó iconos, ideas y nombres para sus proyectos arquitectónicos de Kíiv a Vladímir, sino que también dio nombres de Kíiv a lugares emblemáticos locales. De ahí la denominación de los ríos de los alrededores de Vladímir según sus prototipos de Kíiv: Líbid, Pochaína e Irpín.

Tanto Yaroslav el Sabio como Andréi Bogoliubski eran

príncipes de la Rus y es probable que compartieran una identidad etnocultural similar. Sin embargo, los templos y las fortificaciones que erigieron demuestran que, como gobernantes, tenían diferentes lealtades cuando se trataba de las tierras de la Rus. Yaroslav profesaba una clara lealtad a Kíiv y al vasto reino que se extendía desde esa ciudad hasta Nóvgorod, lo que le diferenciaba tanto de Sviatoslav, que no tenía ese sentimiento, como de Volodímir Monómaco, cuya principal lealtad era a la Tierra de Rus alrededor de Kíiv, Cherníguiv y Pereiáslav. Bogoliubski se distinguía de sus predecesores por su apego a su propia herencia dentro del amplio reino de la Rus. Estas lealtades cambiantes de los príncipes de la Rus se inscriben en el contexto del desarrollo de las múltiples identidades de la Rus, tal como se desprende de las páginas de las crónicas y de los textos legales del territorio.

Los autores de la *Primera crónica* (la laboriosa tarea de consignar y comentar los acontecimientos transmitidos de una generación de monjes a la siguiente) tuvieron que conciliar tres identidades históricas distintas en su relato: la identidad rus de los gobernantes escandinavos de Kíiv, la identidad eslava oriental de las élites cultas y la identidad tribal local. Aunque los gobernantes de Kíiv y sus súbditos adoptaron la designación Rus, fue la identidad eslava asociada a ese nombre, y no la escandinava, la que se convirtió en la base de su autoidentificación. La mayoría de los súbditos de los ruríkidas, que gobernaban su reino desde un centro neurálgico eslavo, eran eslavos. Y lo que es aún más importante, la expansión de la identidad eslava más allá de la región de Kíiv estaba estrechamente relacionada con la aceptación del cristianismo bizantino y la introducción del eslavo eclesiástico como lengua de la liturgia, los sermones y el discurso intelectual de la Rus.

El cristianismo ortodoxo surgía en las partes eslavas y no eslavas del reino de Kíiv, bajo el manto de las lenguas y la cultura eslavas de los primeros. Por tanto, cuanto más cristiana se volvía la Rus, más eslava se volvía también. Los cronistas de Kíiv integraron la historia local en el contexto más amplio del desarrollo de los

eslavos de los Balcanes, en la historia de Bizancio y la cristiandad mundial.

A nivel local, la identidad tribal dio paso, de forma lenta pero segura, a la identificación con los principados locales, los centros de poder militar, político y económico asociados a Kíiv. En los anales, los habitantes de tal o cual tierra, por regla general, no eran nombrados por su etnónimo tribal, sino por el nombre de las ciudades principescas. Así, al describir el ejército que saqueó Kíiv en 1169 se dice que está compuesto por gente de Smolensk, Súzdal y Cherníguiv, en lugar de por radimichos, viátichos o merios, o severianos, respectivamente. Había un sentido de unidad entre todas las tierras bajo el dominio de los gobernantes de Kíiv y, a pesar de los conflictos y guerras entre los príncipes ruríkidas, sus habitantes se consideraban un «nosotros» en contraposición a los extranjeros y paganos. La cuestión esencial era reconocer la supremacía de los príncipes de la Rus y, cuando algunas de las tribus nómadas turcas de la estepa aceptaron esa autoridad, pasaron a llamarse «nuestros paganos».

La unificación política y administrativa de los diferentes territorios tribales implicó la estandarización de su estructura social. En la cúspide se encontraban los príncipes de la dinastía ruríkida, concretamente los descendientes de Yaroslav el Sabio. Por debajo se encontraban los miembros de la *druzhina*, el séquito principesco, al principio de origen vikingo, pero también un número creciente de eslavos que se habían fusionado con las élites tribales locales para formar el estrato aristocrático conocido como los boyardos. Eran guerreros, pero en tiempos de paz administraban sus reinos. Eran la principal clase terrateniente y, dependiendo del principado, tenían más o menos influencia sobre las acciones del príncipe. Los jerarcas de la Iglesia y su círculo también figuraban entre los privilegiados.

El resto de la población pagaba impuestos a los príncipes. Los habitantes de las ciudades, entre los que había comerciantes y artesanos, tenían cierto poder político que ejercían en asambleas de ciudadanos, donde se decidían asuntos de gobierno local. Ocasionalmente, como en Kíiv, o con mucha más frecuencia en

Nóvgorod, estas asambleas influían en la sucesión de los príncipes locales. Los campesinos, que eran la gran mayoría de la población, no tenían voz en la política. Se dividían en campesinos libres y siervos semilibres. Estos últimos podían perder la libertad, generalmente por deudas, y recuperarla después de haberlas saldado, o bien pasado un periodo de tiempo determinado. Por debajo de ellos estaban los esclavos, guerreros o campesinos hechos prisioneros durante las campañas militares. La esclavitud de los guerreros podía ser temporal, pero la de los campesinos era permanente.

Los castigos para los diferentes delitos establecidos en la *Justicia de la Rus*, el código legal, reflejan bien la estructura jerárquica de la sociedad de la Rus de Kíiv. Para abolir o limitar las disputas sangrientas y llenar las arcas principescas, los legisladores introdujeron penas pecuniarias que debían abonarse al tesoro del principado por asesinato, que variaban según la categoría de la víctima: un miembro del séquito del príncipe o de su casa, un boyardo (ochenta grivnas), un hombre libre al servicio del príncipe (cuarenta grivnas), un comerciante (doce grivnas), un siervo o un esclavo (cinco grivnas); pero era perfectamente legal matar a un esclavo si había agredido a un hombre libre. Aunque en las diferentes regiones de la Rus de Kíiv no siempre prevalecieron las mismas leyes consuetudinarias, la introducción de un código legal común contribuyó a homogeneizar el reino, como ocurrió con la difusión del cristianismo y de la cultura eslava eclesiástica que emanaba de Kíiv. Al parecer, este proceso empezó a cobrar fuerza en el mismo momento en el que la fragmentación política del reino de Kíiv se hacía casi inevitable: la explosión del número de príncipes ruríkidas que querían tener sus propios principados, la inmensidad del reino de Kíiv y los diferentes intereses geoestratégicos y económicos de sus regiones contribuyeron a debilitar un sistema de gobierno que durante un tiempo logró unir las tierras entre el mar Báltico y el mar Negro.

Los cambiantes objetivos geopolíticos de los príncipes de Kíiv, desde Yaroslav el Sabio hasta Andréi Bogoliubski, reflejan el estrechamiento de sus lealtades políticas desde todo el reino de la

Rus de Kíiv a un conjunto de principados definidos por el término «Tierra de la Rus» y, finalmente, a los principados periféricos que llegaron a ser lo suficientemente fuertes como para rivalizar con Kíiv en el siglo XII y a principios del XIII. Los historiadores recurren a estas identidades basadas en los principados en busca de los orígenes de las actuales naciones eslavas orientales. El principado de Vladímir-Súzdal fue el precursor de la primera Moscovia moderna y, posteriormente, de la actual Rusia. Los historiadores bielorrusos buscan sus raíces en el principado de Pólatsk. Y los historiadores ucranianos estudian el principado de Galitzia-Volinia para descubrir los cimientos de los proyectos de construcción de su nación. Pero los orígenes de todas estas identidades conducen en última instancia a Kíiv, lo que da a los ucranianos un privilegio singular: pueden explorar sus orígenes sin salir de su capital.

6

Pax Mongolica

La Rus de Kíiv, una entidad política sin fecha de nacimiento oficialmente reconocida, sí tiene una fecha de defunción definida. Se produjo el 7 de diciembre de 1240, cuando una nueva oleada de invasores procedentes de las estepas euroasiáticas, los mongoles, conquistaron la ciudad de Kíiv.

En muchos sentidos, la invasión mongola de la Rus devolvió a las estepas el protagonismo en la vida política, económica y, hasta cierto punto, cultural de la región. Como consecuencia, perdieron su independencia los sistemas políticos y sociedades forestales que habían estado unidos por un tiempo dentro de las fronteras de la Rus de Kíiv. También perdieron sus vínculos con la costa del mar Negro (principalmente con Crimea) y con el mundo mediterráneo en general. Los mongoles hicieron retroceder el reloj a la época de los escitas, los sármatas, los hunos y los jázaros, cuando los regímenes esteparios controlaban el interior y se beneficiaban de las rutas comerciales hacia los puertos del mar Negro. El poderío militar del Imperio mongol superaba todo lo visto hasta entonces. Sus predecesores habían dominado, a lo sumo, la parte occidental de la estepa euroasiática, el espacio comprendido entre la cuenca del Volga en el este y el estuario del Danubio en el oeste. Los mongoles, al menos al principio, controlaban todo desde el río Amur y las estepas de Mongolia en el este hasta el Danubio y las llanuras húngaras en el oeste. Instituyeron la *Pax Mongolica*, un conglomerado de tierras conquistadas y Estados vasallos de los que las tierras de la Rus pasaron a ser una parte periférica, pero

importante.

La llegada de los mongoles disipó la ilusión de unidad política del reino de Kíiv y puso fin a su unidad eclesiástica. Aun así, los mongoles asignaron un papel importante a dos principados: el de Vladímir-Súzdal, en la actual Rusia, y el de Galitzia-Volinia, en el centro y el oeste de Ucrania. Constantinopla siguió su ejemplo y el metropolitanato de la Rus se dividió en dos partes. El Estado de Kíiv salió de la escena histórica. Los príncipes de Vladímir y de Galitzia se dedicaron a construir sus propias Tierras de Rus en sus territorios de origen. Aunque ambos principados reclamaban el mismo nombre, Rus, siguieron trayectorias geopolíticas muy diferentes. Sus caminos se separaron, a pesar del origen común de su dinastía, las leyes, la lengua literaria, las tradiciones religiosas y culturales. Los dos perdieron la soberanía bajo la dominación extranjera de los mongoles, pero la naturaleza de su dependencia no fue la misma.

En el territorio de lo que hoy es Rusia, gobernado desde Vladímir, la presencia mongola duró hasta finales del siglo XV y llegó a conocerse como el «yugo tártaro», llamado así por las tribus de habla turca que habían formado parte de los ejércitos mongoles y que permanecieron en la región después de que el reducido número de mongoles se hubo marchado. La visión del dominio mongol como una opresión insoportablemente atroz y duradera ha sido característica de la historiografía tradicional rusa. Aún hoy determina la interpretación de este periodo de la historia de la Europa del Este en su conjunto. Sin embargo, en el siglo pasado los defensores de la escuela euroasiática de la escritura histórica rusa se rebelaron contra esta actitud negativa hacia el dominio mongol. La historia de su presencia en territorio ucraniano aporta correcciones adicionales a la tradicional condena del «yugo tártaro». Los invasores interfirieron menos en la vida del principado de Galitzia-Volinia, en la actual Ucrania, y fueron menos opresivos que en Rusia. Su dominio también fue más breve, ya que terminó a mediados del siglo XIV. Esta diferencia tendría un profundo impacto en los destinos de los dos países y de sus pueblos.

La vertiginosa transformación de los mongoles en una fuerza de fama mundial comenzó en las estepas de la actual Mongolia en 1206, cuando Temujin, conocido después de su muerte como Gengis Kan, un líder tribal y comandante local, unió varias confederaciones tribales y se proclamó Gran Kan. Tras haber unido a las hordas mongolas, pasó gran parte de su primera década como gobernante supremo en guerra, principalmente contra China, cuyas tierras fueron las primeras que incorporó a su imperio en rápida expansión. El siguiente gran objetivo era Asia Central, al oeste de China, en la Ruta de la Seda. En 1220, Bujara, Samarcanda y Kabul estaban en manos de los mongoles. Los polovtsianos y los búlgaros del Volga fueron los siguientes, derrotados (junto con algunos príncipes de la Rus) en 1223. En esta época, los mongoles también invadieron Crimea y tomaron la fortaleza de Sudak, uno de los centros comerciales clave de la Ruta de la Seda, que entonces pertenecía al reino polovtsiano.

Antes de su muerte en 1227, Gengis Kan dividió su reino entre sus hijos y nietos. Las tierras occidentales, que entonces incluían partes de Asia Central y las estepas al este del Volga, fueron a parar a manos de dos de sus nietos. Uno de ellos, Batú Kan, se sintió insatisfecho con su herencia y empujó las fronteras de su reino hacia el oeste. Sus campañas se conocieron como la invasión mongola de Europa. En 1237, sitiaron y tomaron Riazán, en la frontera oriental del principado de Vladímir-Súzdal. En febrero del año siguiente cayó Vladímir, la capital del principado. Cuando sus defensores tomaron su última posición en la catedral de la Dormición, erigida por orden de Andréi Bogoliubski, los mongoles la incendiaron. La población de las ciudades que se opusieron con tenacidad a los invasores fue totalmente masacrada. Es lo que ocurrió en Kozelsk, que cayó tras un asedio de siete semanas. Los príncipes de la Rus resistieron el ataque del nuevo enemigo lo mejor que pudieron, pero sus acciones dispersas y su mala organización anularon sus posibilidades de éxito. No fueron rivales para la muy móvil y bien coordinada caballería mongola.

En noviembre de 1240 llegó el turno de Kíiv. El ejército mongol causó una terrible impresión en los defensores. En la crónica se describe así el asedio: «No se oía nada por encima del chirrido de sus carros, el berrido de sus innumerables camellos [de Batú] y los relinchos de sus manadas de caballos, y la Tierra de Rus estaba llena de enemigos». Cuando los habitantes de la ciudad se negaron a rendirse, Batú ordenó destruir con catapultas las murallas de la ciudad, hechas de piedras y troncos en la época de Yaroslav el Sabio. Cuando fue imposible retenerlos por más tiempo, los kievitas corrieron a refugiarse a la catedral de la Dormición, la primera iglesia de piedra construida por Volodímir para celebrar su bautismo, pero el peso de la gente, sumado al de sus pertenencias, resultó excesivo para los muros, que se derrumbaron, y sepultaron a los refugiados. La catedral de Santa Sofía sobrevivió, pero, al igual que otras iglesias de la ciudad, robaron sus iconos y utensilios. La rica y populosa ciudad con la que sus príncipes habían deseado eclipsar a Constantinopla quedó reducida a ruinas. Los pocos supervivientes que no abandonaron el lugar después de la derrota vivían aterrorizados. Giovanni da Pian del Carpine, embajador del papa Inocencio IV pasó por Kíiv en febrero de 1246 en su camino de visita al kan mongol, y dejó la siguiente descripción de los estragos del ataque: «Cuando atravesábamos esas tierras, encontramos un sinfín de cráneos y huesos de muertos esparcidos por el suelo». Kíiv sufrió un golpe fatal debido a la agresión mongola y no recuperaría su antigua importancia y prosperidad durante siglos. Sin embargo, la población de las tierras de Kíiv y Pereiáslav no abandonó por completo la región ni se trasladó en bloque a las cuencas del Volga y el Oká, como apuntaban algunos estudiosos rusos en el siglo XIX. Si los habitantes de las tierras de Kíiv tuvieron que huir de las estepas fronterizas, no les faltaron oportunidades para encontrar refugios más cercanos, en los bosques del norte de Ucrania a lo largo de los ríos del Prípiat y el Desná. No es casualidad que los dialectos ucranianos más antiguos se hablaran en los bosques del Prípiat y en las laderas de los Cárpatos, zonas protegidas de los ataques nómadas por los bosques, los pantanos y el terreno

montañoso.

Cuando Kíiv cayó en manos de los mongoles, dejó de gobernar a los demás y pasó a ser gobernada por extranjeros. La defensa de la ciudad fue comandada por un voivoda llamado Dmitró al servicio del príncipe Danilo (Daniel), señor de Galitzia y Volinia en la actual Ucrania occidental. El año anterior el príncipe Danilo había tomado la capital de la Rus bajo su protección mediante un acuerdo con el príncipe Mijailo (Miguel) de Kíiv que, después de resistir en un principio a los mongoles, perdió Cherníguiv, su principal fortaleza, y huyó de Kíiv.

Danilo de Gálich (Daniel de Galitzia) era una de las figuras emergentes del tablero político de la Rus del siglo XIII. Al igual que Gengis Kan, se había quedado huérfano en la infancia. En 1205, cuando perdió a su padre, nombrado en las crónicas como «autócrata de la Rus», tenía cuatro años. Su progenitor, de nombre Román, cayó en la batalla contra los polacos. En los años anteriores, Román, cuyo patrimonio incluía inicialmente el principado de Volinia, había conseguido hacerse con el control del vecino principado de Galitzia, con lo que se convirtió en gobernante de todas las tierras de la Rus al oeste de Kíiv. Pero Danilo y su hermano menor, Vasilko, heredaron solo los títulos, pero no los territorios de su padre. Estos fueron disputados por príncipes rivales de la Rus, así como por boyardos rebeldes de Galitzia, y luego por los polacos y los húngaros. No fue hasta 1238, año del ataque mongol a la Rus nororiental, cuando Danilo restableció finalmente el poder sobre Volinia y Galitzia. Inmediatamente después estableció su propio voivodato en Kíiv.

La invasión mongola puso a prueba la capacidad de Danilo como soberano y comandante militar. Y lo que es más importante, reveló su talento como diplomático. Cuando el comandante militar mongol le exigió entregar su capital, Gálich, Danilo fue a ver a Batú Kan a su capital, Sarái, en el Volga. Otros príncipes de la Rus ya habían hecho antes ese tipo de visita al kan para jurar lealtad a los mongoles y recibir el *yárlik*, o el derecho condicional para

gobernar sus principados. «¿Bebes leche negra, nuestra bebida, kumis de yegua?», preguntó el kan a Danilo, según el cronista de Rus. «Hasta ahora no la he tomado. Si me lo ordena, lo haré», mostrando respeto y obediencia al kan. De este modo, el cronista describía metafóricamente la sumisión de Danilo y su iniciación a la élite mongola.

El cronista, crítico con la idea de que los gobernantes cristianos de la Rus juraran lealtad a los kanes mongoles paganos, describió los tres modelos de comportamiento hacia los mongoles. El príncipe Mijailo de Cherníguiv ejemplificó el primero y se ganó los elogios del cronista. Como supuestamente se había negado a la exigencia de Batú de arrodillarse ante un arbusto y comprometer su fe cristiana, fue asesinado por orden del kan. El príncipe Yaroslav de Vladímir-Súzdal representaba el segundo modelo: la apostasía. Supuestamente aceptó inclinarse ante el arbusto y mereció así la condena del cronista. Danilo, por su parte, siguió un tercer modelo, que no implicaba ni el rechazo absoluto ni la sumisión total al dominio mongol. Según el cronista, que sentía simpatía por Danilo, afirma que se limitó a beber kumis, con lo que mostró que reconocía la autoridad secular del kan sin mancillar su fe cristiana.

De hecho, los mongoles nunca obligaron a los príncipes de la Rus a que abandonaran su fe y, en general, mostraron la máxima tolerancia hacia la Iglesia ortodoxa. Pero la distinción del cronista entre estos tres modelos de comportamiento reflejaba gradaciones muy concretas en cuanto a la colaboración y la resistencia de los príncipes de la Rus hacia la autoridad mongola. El príncipe Mijailo, asesinado por orden de Batú, se negó a capitular ante los mongoles en 1239 e incluso mató a los emisarios del kan que le transmitieron una propuesta de rendición. Yaroslav de Vladímir, por el contrario, fue el primero de los príncipes de la Rus que se reconoció formalmente como vasallo de los mongoles, lo que le valió el título de gran príncipe de la Rus y el derecho a nombrar a su *voevoda*, o comandante, en Kíiv. Permaneció fiel a los invasores hasta su muerte en 1246, al igual que su hijo y sucesor, Aleksandr Nevski, canonizado posteriormente por la Iglesia ortodoxa rusa por su

papel en la defensa de las tierras de la Rus contra los agresores occidentales: los suecos y los caballeros teutónicos. Danilo eligió un camino diferente: aunque había jurado lealtad a Batú Kan, no mantuvo su juramento durante mucho tiempo.

El kan concedió el *yárlik* a Danilo para Galitzia y Volinia a cambio de su promesa de pagar tributo y participar en las campañas militares mongolas en la zona. La soberanía mongola le protegía de las reclamaciones de su territorio no solo por parte de los príncipes rivales de la Rus, sino también de los agresivos vecinos del oeste y del norte. Tras las prolongadas guerras se produjo una tregua con estabilidad política que Danilo aprovechó para iniciar la recuperación económica de su reino. Su territorio quedó menos arrasado que otras partes de Ucrania y muchos refugiados huyeron allí para alejarse de las estepas cercanas, donde los mongoles tenían sus puestos de avanzada y ejercían un control directo. Si nos fiamos de los cronistas de la Rus, la prosperidad de las ciudades de Galitzia y Volinia bajo la égida del príncipe Danilo atrajo a muchos refugiados de la región de Kíiv.

Danilo trasladó su capital más lejos de la estepa, a la recién construida ciudad de Jolm (la actual Chełm en Polonia). Hizo todo lo posible para que la ciudad floreciera. Los anales cuentan: «Cuando el príncipe Danilo vio que Dios favorecía aquel lugar, empezó a llamar a pobladores: alemanes y rus, miembros de otras tribus y lendianos [polacos]. Llegaban día tras día jóvenes y maestros de todo tipo huyendo de los tártaros: guarnicioneros, arqueros y flecheros, forjadores de hierro, cobre y plata. Y comenzó la actividad, y y llenaron de casas los campos y las aldeas alrededor de la ciudad». Jolm no fue el único objeto de interés de Danilo. Fortificó las ciudades antiguas y fundó nuevas como Lviv, la futura capital de la región, mencionada por primera vez en la crónica en 1256 y nombrada así en honor del hijo de Danilo, Lev.

Durante el reinado de Danilo y sus sucesores, el principado de Galitzia-Volinia reunió dentro de sus fronteras la mayor parte de las tierras ucranianas pobladas en aquella época. Sus logros se debieron a los mismos factores políticos, económicos y culturales que debilitaron el poder de Kíiv y favorecieron la aparición de

principados en las tierras fronterizas. La invasión mongola facilitó este proceso. Algunos historiadores han argumentado que la sumisión a los mongoles era la mejor estrategia que podían seguir los príncipes de la Rus para preservar la vida y el bienestar de sus súbditos. El dominio mongol, según la argumentación, trajo una relativa estabilidad e impulsó el comercio. Es cierto que Kíiv quedó reducida a ruinas, y la antigua gloria no regresaría hasta siglos después. Sin embargo, su prolongada decadencia tuvo más que ver con el desplazamiento de las rutas comerciales del Dniéper al Don y del Volga al este y del Dniéster al oeste que con el alcance de la destrucción.

Crimea tampoco se vio demasiado afectada por su toma a manos de los mongoles. En contra del mito popular basado en la historiografía antigua, no fueron los mongoles los que expulsaron a los tártaros de Crimea a la península. Se limitaron a facilitar la conquista turca (*kipchak*), que comenzó mucho antes de la invasión mongola. La fortaleza de Sudak, tomada por los mongoles en la década de 1220, acabó dando paso a Feodosia, o Caffa, primero bajo dominio veneciano y luego genovés, como importante centro comercial. Crimea siguió siendo un centro comercial en la región y unía las estepas euroasiáticas con el mundo mediterráneo durante el periodo de dominio mongol.

Los mongoles eran una fuerza poderosa pero a menudo ausentes en tierras ucranianas durante la segunda mitad del siglo XIII. Los gobernantes de Galitzia-Volinia estaban ansiosos por aprovechar esta circunstancia y trataron de independizarse de la Horda creando alianzas locales.

Danilo centró su política exterior en reconstruir las relaciones con sus vecinos occidentales y en forjar alianzas que pudieran acudir en su ayuda en una futura revuelta contra los mongoles. En 1246, en su viaje de regreso a casa tras una visita a Batú, Danilo se encontró con el emisario papal Giovanni del Carpine, cuyo relato de la destrucción mongola de Kíiv se ha citado antes. Comentaron la posibilidad de establecer relaciones entre Danilo y el Papa. A su

vuelta a Galitzia, Danilo envió a un clérigo ortodoxo de confianza a Lyon, donde estaba instalado el pontífice en ese momento. Inocencio IV quería que los príncipes de la Rus lo reconocieran como su líder supremo. Danilo, por su parte, quería tener al Papa de su parte para consolidar el apoyo de los monarcas católicos de Europa Central contra los mongoles.

Este contacto diplomático se vio coronado por el éxito: en 1253 el pontífice promulgó una bula en la que llamaba a los gobernantes cristianos de Europa Central y los Balcanes a participar en una cruzada contra los mongoles. También envió a su legado a Danilo para otorgarle la corona de rey cristiano, por lo que ahora podía llamarse *rex ruthenorum* (rey de la Rus). Además de conseguir el apoyo del Papa, Danilo concertó una alianza con el rey de Hungría, que aceptó casar a su hija con un vástago de Danilo. Otro hijo suyo se casó con la hija de un duque austriaco. En 1253, animado por las promesas de apoyo de Europa Central, Danilo inició una acción militar contra los mongoles. Pronto se hizo con el control de partes de Podolia y Volinia, que habían estado bajo el dominio de los invasores. No podía haber elegido un momento mejor para su ofensiva, pues Batú Kan de la Horda de Oro murió en 1255. Sus dos sucesores gobernaron menos de un año cada uno.

Los mongoles tardaron un lustro en regresar a Galitzia y Volinia con un nuevo ejército, con la intención de recuperar esas tierras. El apoyo occidental era crucial en ese momento, pero resultó que eran palabras huecas. Los monarcas centroeuropeos ignoraron la bula del papa Inocencio, que había hecho un llamamiento a favor de una cruzada antimongola. Los lazos de parentesco tampoco sirvieron de mucho, pues Hungría se resentía de su reciente derrota ante los checos. Por tanto, Danilo tuvo que enfrentarse solo al nuevo ejército mongol. Un gran ejército dirigido por Burundai, comandante militar mongol, invadió Galitzia-Volinia, lo que exigió la participación de Danilo en las campañas contra los lituanos y los polacos, destruyendo las alianzas que había forjado en la región. Burundai también ordenó a Danilo derribar las fortificaciones que había construido alrededor de las

ciudades, lo que dejaba al principado vulnerable a un posible ataque desde la estepa. El príncipe no tuvo más remedio que obedecer y declararse, una vez más, vasallo de la Horda.

La alianza de Danilo con el Papa en la década de 1250 tuvo un precio, no solo por lo que respecta a la infructuosa cruzada contra los mongoles, sino también en sus relaciones con el clero ortodoxo, tanto en Constantinopla como en la Rus. Tras el asedio de Constantinopla en 1204 por los participantes en la Cuarta Cruzada, el cisma entre la cristiandad oriental y la occidental se convirtió en algo más que una cuestión de sutilezas teológicas y jurídicas. Dieron paso a una hostilidad abierta, exacerbada en la Rus por los metropolitanos enviados desde Constantinopla. Danilo consiguió por fin acallar la oposición del clero local a su alianza con Roma, pero no la de Constantinopla. Cuando en 1251, Cirilo, protegido del príncipe, acudió a Constantinopla para recibir la bendición, fue confirmado como metropolitano con la condición de que no residiera en Galitzia, cuyo príncipe era conocido por conspirar con el Papa. Cirilo, natural de Galitzia, se trasladó al principado de Vladímir-Súzdal.

El traslado de la sede metropolitana se hizo oficial en 1299, durante el mandato del sucesor de Cirilo, un metropolitano griego llamado Máximo. En 1325, un homólogo suyo de Galitzia llamado Petró trasladó la sede metropolitana a Moscú. Esto se convertiría en un factor importante para el fortalecimiento del principado de Moscú, el núcleo del futuro Estado ruso. El dominio mongol sobre gran parte de la actual Rusia fue mucho más estricto y prolongado que sobre otras partes de la Rus. Las áreas alrededor de Moscú estaban más cerca del centro de la Horda de Oro. Se creó el cargo de Gran Príncipe de la Rus para ayudarles a administrar su reino y recaudar tributos. Primero recayó en los príncipes de Vladímir-Súzdal, pero más tarde fue disputado por los dos principales principados de la región, Moscú y Tver. A la larga, los príncipes de Moscú, «dueños» de la sede metropolitana, salieron victoriosos en la lucha por mantener esa capitalidad y, sobre todo, por el dominio de la parte mongola de la Rus.

La sede se trasladó de Kíiv a Vladímir, y Moscú conservó el

estatus de metropolitanato de toda la Rus. En compensación, Constantinopla permitió a los galitzianos que fundaran su propio metropolitanato en 1303. Esta nueva sede, establecida en la ciudad de Gálich, capital del principado homónimo (Galitzia en latín), recibió el nombre de metropolitanato de la Pequeña Rus. Incluía seis de las quince eparquías, o diócesis, que habían estado en algún momento bajo la jurisdicción de Kíiv. Entre ellas se encontraban no solo las eparquías del territorio de la actual Ucrania, sino también la eparquía de Turaŭ, en la actual Bielorrusia. Así nació el concepto de Pequeña Rus, que algunos estudiosos creen que los griegos entendían como la Rus «interior» o «más cercana». Mucho más tarde, el término se convertiría en la manzana de la discordia en las disputas sobre la identidad nacional de los ucranianos. En el siglo XX el apelativo de «pequeñorrusos» se aplicó a los defensores de toda identificación rusa o prorrusa entre los ucranianos.

La invasión mongola, y su prolongada presencia en las estepas pónticas, enfrentó por primera vez a las élites de la Rus con el dilema de elegir entre Oriente, representado tanto por los nómadas de las estepas como por la tradición cristiana de Bizancio, y Occidente, personificado por los monarcas centroeuropeos que reconocían la autoridad eclesiástica del Papa. Al verse por primera vez en la gran línea de fractura política y cultural de Europa, los sucesores de los príncipes de Kíiv en las tierras de la actual Ucrania iniciaron un ejercicio de equilibrio que prolongó su independencia efectiva tanto de Oriente como de Occidente durante al menos otro siglo.

Los historiadores suelen considerar el principado de Galitzia-Volinia como el último Estado independiente en territorio ucraniano hasta el surgimiento del Hetmanato cosaco a mediados del siglo XVII. Este juicio requiere algunas matizaciones. Aunque a menudo estaba en desacuerdo y, a veces, en guerra con los kanes de la Horda de Oro, Galitzia-Volinia siguió siendo vasalla y pagó tributos hasta el final de su existencia en la década de 1340. A cambio de los tributos, los kanes concedieron a los gobernantes de

Galitzia-Volinia una independencia total en sus asuntos internos. En el ámbito internacional, Galitzia-Volinia se benefició de la *Pax Mongolica* hasta el final. El debilitamiento y la ruptura final de ese orden internacional en Europa del Este facilitó la caída de Galitzia-Volinia como Estado unificado.

Esta desintegración comenzó con un acontecimiento que hoy parecería trivial, pero que tuvo una importancia capital para los regímenes medievales y de principios de la Edad Moderna: la extinción de una casa gobernante, en este caso la dinastía principesca de Galitzia-Volinia. En 1323 murieron los dos bisnietos del príncipe Danilo: algunos historiadores creen que hallaron la muerte en un combate contra los mongoles, una empresa extremadamente peligrosa en aquella época. Como Danilo no tenía más descendientes varones, el príncipe Bolesław de Mazovia (Polonia), sobrino materno de los últimos príncipes, tomó el control del principado. Católico de nacimiento, Bolesław abrazó la ortodoxia y cambió su nombre por el de Yuri; para él, ese premio político bien valía una misa. Esto no le granjeó el afecto de la nobleza local, los boyardos, que despreciaron a su nuevo soberano por descuidar sus intereses y rodearse de gente venida de Polonia. En 1340, los boyardos envenenaron a Yuri-Bolesław, el último gobernante que se hizo llamar *dux totius Russiae Minoris* (príncipe de todas las Rusias Menores). Esto condujo a un periodo de prolongadas luchas por Galitzia-Volinia y a la desaparición final del principado. En la segunda mitad del siglo XIV, el antiguo y poderoso principado se dividió en dos: Galitzia y Podolia occidental pasaron a Polonia y Volinia al Gran Ducado de Lituania.

El rey Casimiro iii de Polonia fue el principal protagonista en el drama de la toma de Galitzia por los polacos. Primero intentó tomar Lviv, capital de Galitzia desde la década de 1270, en 1340. Las élites locales, lideradas por el boyardo de Galitzia Dmitró Dedko, pidieron ayuda a los mongoles y repelieron el ataque polaco con su ayuda. Pero en 1344 Casimiro lanzó una segunda campaña y esta vez se apoderó de parte del principado. Cinco años más tarde, cuando Dedko ya estaba muerto, las tropas polacas tomaron Lviv y el resto del principado de Galitzia-Volinia. Al año

siguiente, las tropas lituanas y locales los expulsaron de Volinia, pero Galitzia estaba llamada a permanecer bajo el dominio polaco durante siglos. A mediados del siglo XIV cientos de nobles polacos de otras partes del reino se trasladaron allí en busca de tierras ofrecidas a cambio de servicios militares. Desde el punto de vista de Casimiro, la posesión condicional de tierras era un medio de garantizar que la nobleza no descuidara su deber de defender la nueva provincia.

El Reino de Polonia no incorporó plenamente las tierras de la Rus de Galitzia y Podolia occidental hasta la década de 1430, como palatinado de la Rus (Rutenia) y Podolia. También en esa época, en respuesta a las demandas de la nobleza local (tanto polaca como ucraniana), se extendió el derecho a la propiedad incondicional de la tierra a los residentes nobles. El acontecimiento político más importante asociado a la incorporación de Galitzia y partes de Podolia al Reino de Polonia fue, con mucho, la extensión a la nobleza local de los derechos políticos de los que gozaban sus homólogos polacos. Entre ellos se encontraba el derecho a participar en las dietinas, o asambleas locales de nobles, en las que se discutían no solo asuntos locales, sino también cuestiones de Estado y de política exterior. Los nobles también recibieron el derecho a elegir representantes en las Dietas (órganos de gobierno parecidos a las asambleas) de todo el reino, y, como la defensa de la frontera de Galitzia y Podolia de las incursiones de las tribus esteparias adquirió mayor importancia entre los siglos XIV y XVI, lo usaron al máximo para presionar en favor de sus intereses en la corte.

La integración de Galitzia y Podolia occidental en el Reino de Polonia —que abrió la región a la influencia del modelo polaco de democracia noble, el modelo alemán de autogobierno urbano y los beneficios de la educación renacentista italiana— tuvo un precio que algunos historiadores de Ucrania consideran demasiado alto. La región perdió su estatus semindependiente, y la aristocracia boyarda, su poder principesco y su dominio en la política local. La polonización cultural no solo afectó a la aristocracia, sino también a la nobleza local; los artesanos de la Rus se veían expulsados de

las ciudades a un ritmo acelerado, y la ortodoxia se enfrentaba a la poderosa competencia de la Iglesia Católica Romana.

El Gran Ducado de Lituania ofrecía otro modelo de incorporación de las tierras ucranianas a un Estado vecino. El Gran Ducado se apoderó de Volinia en una feroz lucha contra sus rivales polacos. Pronto extendieron su poder al territorio de Kíiv que, a diferencia de Galitzia-Volinia, había estado bajo dominio mongol más o menos directo hasta el siglo XIV. El modelo lituano era más favorable a la conservación de la influencia política, el estatus social y las tradiciones culturales de las élites locales que el modelo polaco.

El Gran Ducado se convirtió en protagonista de la escena ucraniana en la primera mitad del siglo XIV bajo el reinado del gran duque Gediminas, hábil constructor del imperio y fundador de la dinastía reinante lituana. Según algunos relatos, Gediminas consiguió colocar a un hombre suyo como príncipe en Kíiv ya a principios del siglo XIV. Esto no parece haber tenido ningún efecto inmediato en el estatus del principado, pero el cambio llegaría en el momento en que los príncipes lituanos, apoyados por los séquitos locales, comenzaron a empujar a los tártaros hacia las estepas. La batalla decisiva tuvo lugar en 1362. Ese año, las tropas lituanas y de la Rus dirigidas por el hijo de Gediminas, Algirdas (Olgerd), derrotaron a las fuerzas de los tártaros nogayos —la principal tribu de la Horda de Oro en las estepas pónticas— en la batalla de Sini Vodi, un río situado en el centro de la actual Ucrania. Como resultado, la frontera del Gran Ducado de Lituania se desplazó hacia el sur, hasta el estuario del Dniéster, en la costa del mar Negro. El Gran Ducado de Lituania se convirtió no solo en un poderoso sucesor de la Rus de Kíiv, sino también en el dueño de la mayoría de las tierras ucranianas.

Los lituanos llevaron a la Rus a representantes de su propia dinastía, pero los descendientes de Gediminas se asimilaron con más rapidez que sus predecesores ruríkidas en el siglo X. Los monarcas lituanos se casaron con familias locales de la Rus, aceptando de buena gana la ortodoxia y los nombres cristianos eslavos. El abrumador dominio de la Rus en la esfera cultural

facilitó la aculturación lituana. La autoridad de la ortodoxia bizantina se impuso a la élite lituana, que fue pagana hasta el siglo XV. La lengua oficial de la Rus, basada en el eslavo eclesiástico llevado a Kíiv a finales del siglo X por los misioneros cristianos, sirvió como lengua administrativa en todo el Gran Ducado; su código de leyes, que se conoció en el siglo XVI como el Estatuto de Lituania, era una versión de la *Justicia de la Rus*. El Gran Ducado se convirtió en heredero de la Rus de Kíiv en todos los aspectos, excepto en el de la continuidad dinástica. Algunos historiadores se referían a él no como un Estado lituano, sino como un régimen lituano-ruso o incluso ruso-lituano.

Cuando el Reino de Polonia y el Gran Ducado de Lituania se apoderaron de la mayor parte de las tierras ucranianas, se produjeron cambios políticos, sociales y culturales. Los dos Estados tenían políticas muy diferentes en cuanto a la acomodación y asimilación de las élites y la sociedad de la Rus. Pero en ambos casos se observan la aparición y el fortalecimiento de tendencias similares que condujeron al declive de los derechos de autonomía de los principados de la Rus. A finales del siglo XV, se erradicarían del mapa político de la región, con lo que se puso fin a la era principesca que había comenzado en la Rus de Kíiv en el siglo X.

PARTE II
EL ESTE SE ENCUENTRA CON EL OESTE

7

La construcción de Ucrania

Con los territorios ucranianos integrados a finales del siglo XIV en el Reino de Polonia y el Gran Ducado de Lituania, los regímenes de estos dos Estados, así como las relaciones entre ambos, empezaron a determinar la vida política, económica y cultural de Ucrania. Una serie de acuerdos entre las dos naciones a lo largo de los siglos XIV y XVI fueron de enorme relevancia para el futuro de los territorios ucranianos.

En 1385, en la ciudad de Kreva (en la actual Bielorrusia), el gran duque de Lituania, Jogaila, de treinta y tres años, que se autodenominaba, por la gracia de Dios, «Gran Duque de los Lituanos y Señor de la Rus», firmó un decreto que era, en todo menos el nombre, un acuerdo prenupcial con los representantes de la reina de Polonia de apenas doce años, llamada Jadwiga. A cambio del trono polaco, Jogaila aceptó el catolicismo para él y su reino, y estableció una unión entre las tierras del Reino de Polonia y el Gran Ducado de Lituania. Un año después Jogaila fue coronado rey de Polonia. Pasó otro año, y en 1387 las fuerzas polacas y lituanas se combinaron para expulsar a los húngaros de Galitzia, que fue anexionada de nuevo al reino polaco.

Tras la Unión de Kreva (conocida también como Unión de Krewo o Ley de Kreva), la integración de las dos entidades políticas se consolidó con varios tratados nuevos y culminó con la Unión de Lublin (1569), en virtud de la cual se creó la Mancomunidad de Polonia-Lituania. Las fronteras entre el reino y el ducado se reajustaron dentro de la Mancomunidad, con lo que se transfirió la

mayoría de las tierras ucranianas al Reino de Polonia, mientras que las tierras bielorrusas quedaron dentro del Gran Ducado. Así pues, la unión de Polonia y Lituania supuso la separación política y administrativa de Ucrania y Bielorrusia. Esta fue una de las consecuencias más importantes de la Unión de Lublin, y marcaría el inicio de la formación del territorio de la Ucrania moderna y su apropiación intelectual por parte de las élites locales.

Desde el punto de vista de las élites rus del Gran Ducado de Lituania, la unión con el Reino de Polonia solo trajo consigo desgracias. El resultado inmediato de la Unión de Kreva fue la pérdida de la influencia sobre el gran príncipe Jogaila: no solo abandonó el ducado, sino que se hizo católico. Así sentó un precedente para sus hermanos, algunos de los cuales eran ortodoxos. La esperanza de los jerarcas locales de establecer el cristianismo bizantino en lugar del latino en el último reino pagano de Europa se evaporó.

Pero el verdadero desafío al estatus político de la Rus fue la Unión (o Pacto) de Horodło en 1413. En la historiografía se suele tratar como una unión dinástica entre los dos mismos Estados, el Reino de Polonia y el Gran Ducado de Lituania, una suerte de reedición de la Unión de Kreva. Cerraron el nuevo acuerdo Jogaila, ahora rey de Polonia, y su primo Vitautas (o Vitold), gran duque de Lituania. La nobleza lituana recibió muchos de los derechos y privilegios de la nobleza polaca, incluido el derecho a la propiedad incondicional de la tierra. Cincuenta familias aristocráticas del Reino de Polonia se ofrecieron a compartir sus escudos con otras tantas familias del Gran Ducado. Pero con una condición: solo los católicos lituanos estaban invitados a la fiesta. A la élite ortodoxa no se le concedieron nuevos derechos y privilegios. Fue el primer caso de discriminación de las élites de la Rus a nivel estatal. Al negárseles los nuevos privilegios, se impidió a los aristócratas ortodoxos ocupar altos cargos en la administración central del Gran Ducado. Y por si esta afrenta fuera poco, a la Unión de Horodło siguió la reducción de la autonomía de la Rus por parte

del gran duque Vytautas, que sustituyó al príncipe de Volinia y a los gobernantes de otros territorios por sus propios designados.

Los nobles ortodoxos tuvieron la oportunidad de expresar su descontento con esta usurpación de su estatus poco después de la muerte de Vytautas, en 1430. La lucha por la sucesión al trono de Lituania pronto degeneró en una guerra civil. Los nobles de la Rus, liderados por los boyardos de Volinia, apoyaron a su candidato, el príncipe Švitrigaila. Su rival, el príncipe Žygimantas (Sigismundo), reaccionó en 1434 con la ampliación de los derechos y privilegios concedidos por la Unión de Horodło a las élites ortodoxas del Gran Ducado, lo que hizo que el rumbo de la guerra se decantara a su favor. Aunque los príncipes de la Rus y nobles de Volinia y de las tierras de Kíiv seguían desconfiando de las intenciones de Žygimantas, su apoyo a Švitrigaila se debilitó, lo que permitió que el Gran Ducado volviera a un escenario de relativa paz. Una vez eliminada la religión como fuente de discordia entre las élites de la Rus, la corte lituana tuvo más margen de maniobra en sus persistentes esfuerzos por restringir lo que consideraban una excesiva autonomía de los principados y tierras de la Rus.

En 1470, Casimiro iv, gran duque y rey de Polonia, abolió el último vestigio de la era principesca: el propio principado de Kíiv. Diez años después, los príncipes de Kíiv conspiraron para matar a Casimiro y entronizar a uno de los suyos, pero el complot fracasó. Esto llevó a la detención de los cabecillas y obligó a los demás conspiradores a huir del Gran Ducado. Con su marcha se acabó por enterrar todas las esperanzas de restaurar el modo de vida asociado a las tradiciones principescas de la Rus de Kíiv. En los albores del siglo XVI, tanto el mapa político de Ucrania como su paisaje institucional, social y cultural, poco tenían que ver con lo ocurrido en los dos siglos antes, cuando Galitzia-Volinia había intentado derrocar la soberanía mongola y convertirse en un actor totalmente independiente en la región. Aunque el derecho y la lengua de la Rus seguían vigentes, empezaron a perder su anterior predominio. Estos elementos esenciales de la cultura de la Rus ya no podían competir con las influencias latinizantes y la lengua polaca, que se impusieron en el Gran Ducado de Lituania tras la Unión de Kreva.

En toda Europa, el siglo XVI se caracterizó por el fortalecimiento de la autoridad monárquica, la centralización del Estado y la regularización de las prácticas políticas y sociales. La otra cara de la moneda era la creciente oposición aristocrática al aumento del poder real. En el caso polaco-lituano procedía de las casas aristocráticas del Gran Ducado, muchas de ellas profundamente arraigadas en la tradición principesca de la Rus de Kíiv y Galitzia-Volinia. Sin embargo, a mediados del siglo XVI, la oposición de las élites al incremento de poder de la Corona disminuyó en respuesta a la cada vez mayor amenaza externa para el Gran Ducado, a la que solo se podía hacer frente con la ayuda polaca. La amenaza venía del este, donde una nueva potencia había surgido durante el siglo xv: el Gran Ducado de Moscovia.

En 1476, el gran príncipe Iván ii, el primer gobernante moscovita en llevar el título de zar, declaró su reino independiente de la Horda y se negó a pagar tributo a los kanes. También lanzó una campaña para «reunificar las tierras de la Rus», tomó Nóvgorod, Tver y Viatka y reclamó otras tierras de la Rus fuera del antiguo reino mongol, incluidas las de la actual Ucrania. En las últimas décadas del siglo XV, el recién creado zarato de Moscovia y el Gran Ducado de Lituania se enzarzaron en un largo conflicto por la herencia de la Rus de Kíiv. Moscovia se mantuvo a la ofensiva y, a principios del siglo XVI, los grandes duques tuvieron que reconocer el dominio del zar sobre dos de sus antiguos territorios: Smolensk y Cherníguiv. Fue la primera vez que Moscovia estableció su autoridad sobre parte de lo que hoy es Ucrania.

El avance hacia el oeste de Moscovia, detenido por los grandes duques a principios del siglo XVI, se reanudó en la segunda mitad. En 1558, el zar Iván el Terrible, decisivo y carismático, pero también errático, brutal y finalmente autodestructivo, atacó la Confederación livonia, un territorio de compleja soberanía contiguo al Gran Ducado que incluía partes de las actuales Letonia y Estonia. La guerra de Livonia duró un cuarto de siglo, hasta 1583. También se vieron implicadas Lituania, Suecia, Dinamarca y,

finalmente, Polonia. En 1563, las tropas moscovitas invadieron el Gran Ducado, tomaron la ciudad de Pólatsk y saquearon Vitsebsk (Vítebsk), Shkloŭ (Shklov) y Orsha (todas en la actual Bielorrusia). Esta derrota llevó a la nobleza lituana menor a apoyar la unificación del Gran Ducado con Polonia.

En diciembre de 1568 Segismundo Augusto, que era a la vez rey de Polonia y gran duque de Lituania, convocó dos Dietas (asambleas) en la ciudad de Lublin, una para cada uno de los regímenes que gobernaba. Tenía la esperanza de que sus representantes pudieran negociar las condiciones de la nueva unión. Las negociaciones empezaron de forma positiva: ambas partes acordaron la elección conjunta del rey, una Dieta o parlamento común, y una amplia autonomía para el Gran Ducado, pero los magnates se negaron a devolver las tierras reales en su poder, la principal exigencia de los nobles polacos. Los delegados lituanos hicieron el equipaje, reunieron a su séquito de nobles clientes y se marcharon. Pero esta decisión fue contraproducente. Para sorpresa de los lituanos que se marcharon, la Dieta del Reino de Polonia (Sejm) comenzó a emitir decretos con la bendición del rey, según los cuales se transfirió provincia tras provincia del Gran Ducado a la jurisdicción del Reino de Polonia.

Los magnates lituanos, que habían temido perder sus provincias a manos de Moscovia, las perdían ahora a manos de Polonia. Para detener la incautación hostil por parte de sus poderosos socios polacos, los lituanos volvieron a Lublin para firmar un acuerdo dictado por los delegados polacos. Pero era demasiado tarde. En marzo de 1569, el reino se apropió del palatinado (o voivodato) de Podlaquia, en la frontera entre Ucrania, Bielorrusia y Polonia. En mayo Volinia corrió la misma suerte, y el 6 de junio, un día antes de la reanudación de las conversaciones entre Polonia y Lituania, los territorios de Kíiv y Podolia también se transfirieron a Polonia. La aristocracia del Gran Ducado no tuvo más remedio que aceptar la nueva realidad: se arriesgaban a perder aún más si seguían resistiéndose a la unión. Jan Matejko, un renombrado artista polaco del siglo XIX, retrató de forma magistral la Dieta de Lublin, y eligió como una de las figuras

centrales al principal opositor de la unión, Mikalojus Radvilas, arrodillado frente al rey, pero con la espada desenvainada.

La Unión de Lublin creó la Mancomunidad de Polonia-Lituania, un Estado unificado con una única Dieta y un rey elegido por toda la nobleza. Los derechos de la nobleza polaca se extendieron a sus homólogos del Gran Ducado de Lituania, que conservaron sus instituciones, su tesorería, su sistema judicial y su ejército. El nuevo Estado, conocido en la historiografía como Mancomunidad de las Dos Naciones —Polonia y Lituania—, era un régimen cuasifederal dominado por el Reino de Polonia, ampliado geográficamente y fortalecido desde el punto de vista político. Los palatinados de Ucrania se incluyeron por separado, no como un grupo, sin más garantías que las relativas al uso de la lengua rutena (ucraniano medio) en los tribunales y la administración y la práctica de la religión ortodoxa con libertad.

En la Dieta (Sejm) de Lublin, la aristocracia local —príncipes y boyardos, el mismo estamento que se había opuesto a la unión en Lituania— representaba a los territorios ucranianos. Pero, a diferencia de sus homólogos lituanos, los delegados ucranianos optaron por unirse al reino, a la vez que pedían garantías para conservar su religión, su lengua y sus leyes. ¿Por qué las élites ucranianas, en especial los clanes principescos, aceptaron este acuerdo? La cuestión no era en absoluto baladí, pues la nueva frontera entre Polonia y Lituania se convertiría posteriormente en la base de las divisiones administrativas que determinarían la frontera moderna entre Ucrania y Bielorrusia.

¿Se unieron las provincias ucranianas del Gran Ducado al Reino de Polonia porque su identidad y su modo de vida diferían de los de Bielorrusia, o la frontera de Lublin sirvió para diferenciar a los dos pueblos eslavos orientales? No hay pruebas de que a mediados del siglo XVI los ucranianos y los bielorrusos hablaran dos lenguas distintas. Hoy, en las zonas fronterizas de Ucrania y Bielorrusia se oyen dialectos de transición entre el ucraniano y el bielorruso, como es probable que se oyeran en aquella época. Por

tanto, es casi imposible trazar una línea divisoria clara basada exclusivamente en criterios lingüísticos. No obstante, parece que la frontera de Lublin, basada en los límites de las tierras históricas de la Rus, reforzó las antiguas diferencias. Históricamente, la Tierra de Kíiv y Galitzia-Volinia se diferenciaban de manera considerable de las tierras bielorrusas del norte. Desde el siglo X hasta el XIV fueron zonas centrales de principados independientes o semindependientes. En los siglos XV y XVI la ubicación de los territorios ucranianos en la periferia del Gran Ducado de Lituania y los retos a los que se enfrentaban en la frontera abierta de la estepa también los diferenciaban del resto del mundo lituano.

A diferencia de la aristocracia lituana, las élites ucranianas veían poco beneficio en mantener la independencia *de facto* del Gran Ducado, pues no estaban preparadas para defenderse de las crecientes amenazas de los tártaros crimeos y de los nogáis. El Reino de Polonia había acudido a su ayuda en su guerra contra Moscovia, pero le importaban poco las incesantes escaramuzas fronterizas con los tártaros. La incorporación de las provincias fronterizas a Polonia habría podido cambiar el equilibrio de poder en la estepa. En cualquier caso, los príncipes ucranianos aprobaron la incorporación de sus tierras a Polonia. No tenemos ningún indicio de que se arrepintieran de la elección. Las familias principescas de Volinia no solo conservaron sus dominios, sino que los aumentaron de forma considerable bajo la tutela polaca.

Kostiantín Ostrozki, el más influyente de los príncipes locales, decidió el destino de la unión al dar su apoyo al rey. Mantuvo sus anteriores cargos de capitán de la ciudad de Volodímir y palatino (voivoda) de Kíiv. Ostrozki fue haciéndose con nuevas tierras y, a finales del siglo XVI, su imperio personal constaba de 40 castillos, 1.000 ciudades y 13.000 pueblos. A principios del siglo siguiente su hijo Janusz disponía de oro, plata y monedas en su tesorería privada para cubrir dos presupuestos anuales de toda la comunidad. Ostrozki podía reunir a un ejército de hasta 20.000 soldados a pie y a caballo, diez veces más de los que el rey tenía en las fronteras. A lo largo de su carrera Ostrozki fue varias veces aspirante a los tronos polaco y moscovita. Los nobles menores no

estaban en condiciones de desafiar a este poderoso magnate, del que dependían política y económicamente. Así, Ostrozki continuó presidiendo una extensa red de clientes nobles que cumplían sus órdenes en las Dietas (Sejms) y las Dietinas (Sejmiks). Este rey no coronado de la Rus no solo era temido por la nobleza local: ni siquiera el rey ni la Dieta se atrevían a desafiarlo. La Dieta prohibía a los príncipes reclutar sus propios ejércitos en tiempos de guerra, pero, debido al constante peligro de las incursiones tártaras en la frontera esteparia, el ejército permanente de la Mancomunidad no podía prescindir de la fuerza militar de los príncipes.

Los Ostrozki eran los príncipes ucranianos más ricos, y mantuvieron y aumentaron su riqueza e influencia después de la Unión de Lublin, aunque no fueron los únicos: más adelante otra familia no se quedaría a la zaga. El linaje principesco Vishnevetski de Volinia era muy influyente. El príncipe Mijailo Vishnevetski, cuyas tierras en la región de Volinia parecían insignificantes en comparación con el imperio de los Ostrozki, se convirtió en uno de los pioneros en la expansión hacia las tierras al este del Dniéper. Se trataba de tierras no colonizadas o abandonadas por los colonos en la época de la dominación mongola, y que ahora estaban expuestas a los ataques de los tártaros de Crimea y nogáis. La familia Vishnevetski se expandió por las estepas: crearon nuevos asentamientos, fundaron ciudades y financiaron monasterios. Los dominios de los Vishnevetski en la margen izquierda (oriental) de Ucrania pronto empezaron a rivalizar con los de los Ostrozki en Volinia. Estas dos familias principescas eran los mayores terratenientes de Ucrania.

Los cambios introducidos en la región tras la Unión de Lublin ayudaron en sus esfuerzos a los príncipes de Volinia, principales impulsores de la colonización de las tierras fronterizas de la estepa. La Corona polaca formó un pequeño, pero móvil ejército permanente que se financiaba con los beneficios de las tierras del reino, lo que ayudó a repeler las incursiones tártaras y a promover el asentamiento continuo de la estepa. Otro poderoso incentivo para la colonización de las tierras fronterizas de la estepa fue su

inclusión en el comercio a través de los puertos del Báltico. Con la creciente demanda de grano en los mercados europeos, Ucrania comenzó a ganarse su futura reputación como granero del continente. El grano ucraniano se convirtió en un producto de exportación por primera vez desde los tiempos de Heródoto. Los campesinos se trasladaron masivamente a la zona, huyendo de la servidumbre en las tierras más cercanas a los centros de gobierno. Emigraron a las estepas fronterizas de Ucrania, donde príncipes y nobles establecían asentamientos francos que permitían a los recién llegados no aportar *corvée* (mano de obra gratuita) ni pagar impuestos durante un periodo de tiempo considerable. A cambio, tenían que asentarse y trabajar la tierra.

La migración hacia el este también creó nuevas oportunidades económicas y culturales para los judíos ucranianos. Según estimaciones prudentes, el número de judíos en Ucrania pasó de 4.000 a más de 50.000, es decir, se multiplicó por más de diez entre mediados del siglo XVI y mediados del XVII. Crearon nuevas comunidades, construyeron sinagogas y fundaron escuelas (*jéders*). Las nuevas oportunidades, sin embargo, tuvieron un precio, pues los judíos pasaron a ocupar un lugar entre dos grupos con intereses opuestos: los campesinos y los terratenientes. Al principio, ambos grupos eran ortodoxos, pero, a mediados del siglo XVII, muchos miembros de la nobleza se convirtieron al catolicismo. Además, bastantes nobles polacos se trasladaron a la región. Así, los judíos se vieron atrapados entre el martillo católico y el yunque ortodoxo; esto es, entre señores católicos codiciosos y siervos ortodoxos resentidos. Era una bomba de relojería.

En contra de las expectativas del rey Segismundo Augusto, la Unión de Lublin no frenó a la aristocracia opositora. En su lugar, la posición de Ostrozki y otros príncipes ucranianos cobró más protagonismo. Pero su historia no se limita a la acumulación de riqueza y el acaparamiento de tierras. Tras la caída del principado de Galitzia-Volinia, los príncipes empezaron a implicarse como mecenas en proyectos culturales y educativos. Este despertar cultural se produjo a ambos lados de la nueva frontera polaco-lituana, alimentado no solo por las aspiraciones políticas de los

príncipes, sino también por los conflictos religiosos de la época.

En el Gran Ducado de Lituania, la familia Radvilas es un ejemplo de cómo la política, la religión y la cultura estaban estrechamente vinculadas. El principal opositor a la Unión de Lublin, Mikalojus Radvilas el Rojo, fue también el líder del calvinismo polaco y lituano y el fundador de una escuela para jóvenes calvinistas. Su primo, Mikalojus Radvilas el Negro, financió la impresión de la primera traducción polaca completa de la Biblia, que se publicó en Brest, en la frontera étnica entre Ucrania y Bielorrusia. En la década de 1570, Kostiantín Ostrozki inició su proyecto editorial en la ciudad de Ostrig, en Volinia. Allí, Ostrozki reunió a un grupo de eruditos que corrigieron las traducciones de las Sagradas Escrituras mediante el cotejo de los textos en griego y en eslavo eclesiástico. Gracias a ellos, se publicó la versión más autorizada de las Escrituras en eslavo eclesiástico elaborada por eruditos ortodoxos. Se trató de un proyecto de dimensión internacional. Los expertos no solo procedían de la Mancomunidad de Polonia-Lituania, sino también de Grecia, y los ejemplares de las biblias con los que trabajaron procedían de lugares tan diversos como Moscú y Roma. La Biblia de Ostrig se publicó en 1581 en una edición estimada en unos 1.500 ejemplares. De estos ejemplares han sobrevivido menos de cuatrocientos, y actualmente los visitantes pueden ver uno de ellos en la Biblioteca Houghton de la Universidad de Harvard.

La publicación de una traducción de la Biblia al eslavo eclesiástico en Ostrig, antes de que apareciera en Moscú o Constantinopla, demostró la preponderancia de Ucrania en el mundo ortodoxo. Ostrozki no se detuvo con la publicación de la Biblia. No solo continuó con su programa de publicaciones tanto en eslavo eclesiástico como en ruteno, mucho más accesible para el público, sino que la creación de una escuela para la juventud ortodoxa, no muy diferente de la fundada por Radvilas para los calvinistas, amplió las actividades del círculo académico del príncipe. Según claros indicios, el ambicioso príncipe llegó a explorar la idea de trasladar la sede del Patriarca Ecuménico de Constantinopla a Ostrig. La idea no se llegó a concretar, pero a

finales del siglo XVI Ostrig se convirtió en la capital de la erudición ortodoxa.

Ostrozki, rey no coronado de la Rus, buscaba una justificación histórica y teológica para su supremacía en la región. Los textos introductorios de la Biblia de Ostrig y las obras de los autores reunidos que trabajaron bajo su égida presentan al príncipe como un continuador de la labor religiosa y educativa iniciada en la Rus por los príncipes Volodímir el Grande y Yaroslav el Sabio. «Porque Volodímir iluminó a la nación con el bautismo / mientras que Kostiantín [Ostrozki] la alumbró con los escritos de la santa sabiduría», así elogiaba al mecenas uno de los que trabajaron en la edición. Y añadía: «Yaroslav embelleció Kíiv y Cherníguiv con edificios eclesiásticos religiosos / mientras que Kostiantín levantó la única iglesia universal con escritos». El renombrado teólogo Guerasim Smotritski, el más probable autor de los versos citados anteriormente, procedía de la «Rus polaca», es decir, de Galitzia y Podolia occidental. Allí, los nobles y burgueses rutenos (ucranianos y bielorrusos) saborearon los frutos de la educación renacentista polaca mucho antes que sus homólogos en el Gran Ducado de Lituania.

El equipo de intelectuales reunido o apoyado por Ostrozki era internacional, y algunos de sus miembros más destacados eran de origen polaco. Los panegiristas de Ostrozki, procedentes de las filas de la nobleza polaca, tenían poco interés en su contribución a la causa ortodoxa, pero hicieron todo lo posible por consolidar sus credenciales como monarca semindependiente. Si los intelectuales ortodoxos lo representaron como un digno descendiente de Volodímir y Yaroslav, los panegiristas polacos (católicos) lo equipararon, desde el punto de vista histórico, con Danilo de Gálich, el gobernante más célebre de la Volinia natal de Ostrozki. Los polacos que sirvieron a los Ostrozki, así como a los príncipes Zaslavski, unidos por lazos matrimoniales con los Ostrozki, construyeron para sus patrones un nuevo espacio histórico y político que no coincidía ni con las fronteras existentes de la Iglesia ortodoxa ni con las tierras rutenas (ucranianas y bielorrusas) del Gran Ducado de Lituania. Ese espacio era la «Rus polaca», las

tierras ortodoxas del Reino de Polonia. Al imponer sobre el antiguo mapa de la Rus ortodoxa las fronteras establecidas por la Unión de Lublin, los panegiristas crearon una nueva realidad histórica y política que más tarde proporcionaría un esquema geográfico para la formación de la moderna nación ucraniana.

Más allá del ámbito de las artes y las letras, la imposición de las fronteras de Lublin en el antiguo mapa también afectó a la cartografía. En la década de 1590, Tomasz Makowski elaboró un mapa titulado *Gran Ducado de Lituania y territorios colindantes* en el que mostraba la nueva frontera entre la Rus polaca y la lituana o, en términos modernos, entre Ucrania y Bielorrusia. También incluía las tierras ucranianas y el río Dniéper (en un recuadro). Los investigadores creen que Kostiantín Ostrozki proporcionó los materiales para la parte ucraniana del mapa. Gracias al príncipe o a su séquito, llegó probablemente al mapa de Makowski el término local «Ucrania». Con ese topónimo se designaba el territorio al sur del de la nueva frontera, refiriéndose a las tierras de la margen derecha del río Dniéper que se extiende entre Kíiv, en el norte, y Kániv, en el sur. Más allá de Kániv, según el cartógrafo, había estepas salvajes, marcadas como *campi deserti citra Boristenem* (llanuras desérticas a este lado del Borístenes). Así, Ucrania abarcaba una gran parte de la estepa fronteriza de la región. Parece haber sido una zona próspera, salpicada de numerosos castillos y asentamientos que no aparecían en los mapas anteriores. El nombre alternativo para Ucrania usado en el mismo mapa es *Volinia ulterior* (Volinia lejana), que subrayaba el estrecho vínculo entre la nueva «Ucrania» y la antigua Volinia, patria de los Ostrozki.

La Unión de Lublin creó un nuevo espacio político para la dominación y explotación de la élite principesca ortodoxa en particular. Lejos de perder su influencia y su prestigio, se vieron fortalecidos. Cuando servidores intelectuales de los príncipes empezaron a llenar este espacio con contenidos relacionados con las ambiciones de sus señores, buscaron precedentes en el pasado: en las actividades de Volodímir el Grande, Yaroslav el Sabio y Danilo de Gálich. Pero, a pesar de su atención al pasado, surgió

algo nuevo como resultado de su labor, algo que estaba destinado a convertirse en la Ucrania moderna, un término que apareció por primera vez en la región durante este resurgimiento del poder principesco en el siglo xvi. El nombre y el nuevo espacio creado por la Unión de Lublin tardarían en coincidir.

8

Los cosacos

Durante los siglos XV y XVI las estepas ucranianas sufrieron una importante transformación en términos políticos, económicos y culturales. Por primera vez desde los tiempos de la Rus de Kíiv, la línea de asentamientos en la frontera dejó de retroceder hacia las marismas de Prípiat y los Cárpatos para desplazarse hacia el este y el sur. Las investigaciones lingüísticas indican que dos grandes grupos de dialectos ucranianos, el polesio y el carpático-volinio, empezaron a converger desde el norte y el oeste, respectivamente, desplazándose hacia el este y el sur para crear un tercer grupo de dialectos esteparios que hoy cubre el territorio ucraniano desde Zhitómir y Kíiv en el noroeste, hasta Zaporiyia, Lugansk y Donetsk en el este, y que se extiende hacia el sureste, hasta Krasnodar y Stávropol, en la actual Rusia. Esta mezcla de dialectos reflejaba el movimiento de la población en conjunto.

Los orígenes de ese profundo cambio se encuentran en la propia estepa. Las luchas iniciadas a mediados del siglo XIV en el seno de la Horda de Oro, también conocida como el Kanato de Kipchak, condujeron a su desintegración a mediados del siglo XV. Los sucesores de la Horda fueron los kanatos de Crimea, Kazán y Astracán, y ninguno de ellos fue capaz de unirla y algunos incluso perdieron su independencia. Crimea se independizó de la Horda de Oro en 1449 bajo el liderazgo de un descendiente de Gengis Kan, Haci Devlet Giray. La dinastía Giray, fundada por aquel, perduraría hasta finales del siglo XVIII, pero su reino no consiguió mantener la independencia. En 1478, el Kanato de Crimea se había convertido

en un Estado vasallo del Imperio otomano. Esta gran potencia musulmana, liderada por los turcos, sustituyó a Bizancio como potencia principal en las regiones del Mediterráneo occidental y el mar Negro de los siglos XIV y XV. En 1453, los otomanos conquistaron Constantinopla y trasladaron allí su capital, dando a la ciudad un nuevo nombre: Estambul. Después tomaron el control directo de la costa sur de Crimea, estableciendo su centro principal en la ciudad portuaria de Caffa, actual Feodosia. Los Giray controlaban las estepas de Crimea al norte de las montañas, así como las tribus nómadas del sur de Ucrania, y entre ellas la Horda de Nogái se convirtió en la más poderosa en el siglo XVI.

La preocupación por la seguridad y los intereses comerciales atrajeron a los otomanos a la región. Se interesaban especialmente por los esclavos, cuyo comercio siempre había sido importante para la economía de la región, pero ahora pasó a ser dominante. El Imperio otomano, cuyas leyes islámicas solo permitían la esclavitud de los no musulmanes y fomentaban la emancipación de los esclavos, siempre necesitó mano de obra gratuita. Los nogáis y los tártaros de Crimea respondieron a la demanda, ampliando sus expediciones de búsqueda de esclavos a las tierras del norte de las estepas pónticas y, a menudo, adentrándose mucho más en Ucrania y el sur de Moscovia que en las zonas fronterizas. El comercio de esclavos complementaba los ingresos que los nogáis obtenían de la ganadería, y los tártaros de Crimea, tanto de la ganadería como de las formas sedentarias de agricultura. Las malas cosechas solían dar lugar a más incursiones hacia el norte y el envío de más esclavos hacia Crimea.

Las cinco rutas que los tártaros seguían hacia las zonas pobladas en sus incursiones en busca de esclavos pasaban por Ucrania. Dos de ellas, al este del Dniéster, conducían a Podolia occidental y luego a Galitzia; otras dos, a través del río Bug Meridional, llevaban a Podolia occidental y Volinia, y luego a Galitzia; la última atravesaba lo que sería la región de Ucrania Slobodá [Ucrania Libre], alrededor de Járkiv hasta el sur de Moscovia. Si la demanda de grano llevó a la incorporación de las tierras ucranianas ya en el siglo XVI a la órbita del comercio báltico,

su conexión con el comercio mediterráneo se debió en gran medida a las incursiones tártaras en busca de esclavos. Los ucranianos, que constituían la mayoría absoluta de la población de las tierras fronterizas de la estepa al norte del mar Negro y que se desplazaban a las estepas en busca de cereales, se convirtieron en los principales objetivos y víctimas de la economía, dependiente de la esclavitud, del Imperio otomano. Ocupaban el segundo lugar los rusos étnicos del noreste de Crimea.

Miguel el Lituano (Michalo Lituanus), un autor de mediados del siglo XVI que visitó Crimea, describió el alcance del comercio de esclavos citando una conversación que tuvo con un judío local que, «al ver que nuestra gente era constantemente enviada allí como cautivos en un número incalculable, nos preguntó si nuestras tierras rebosaban de gente y de dónde habían venido tantos mortales». Las estimaciones del número de ucranianos y rusos llevados a los mercados esclavistas de Crimea en los siglos XVI y XVII varían entre 1,5 y 3 millones. Los niños y los adolescentes eran los más cotizados. Los esclavos corrían suertes distintas. La mayoría de los esclavos varones solía acabar en las galeras otomanas o como fuerza de trabajo en los campos, mientras que muchas mujeres se convertían en empleadas domésticas. Algunos, se podría decir, tuvieron suerte. Los jóvenes con talento hicieron carrera en la administración otomana, pero casi siempre eran eunucos. Algunas mujeres acabaron en los harenes de los sultanes y de altos funcionarios otomanos.

Una joven ucraniana que pasó a la historia como Roxolana se convirtió en la esposa de Solimán el Magnífico, el más poderoso sultán otomano, que gobernó entre 1520 y 1566. El hijo de ambos, Selim i, lo sucedió en el sultanato. Roxolana, o Hürrem Sultan, patrocinó obras de caridad como dicta el islam. Financió algunos de los mejores ejemplos de arquitectura otomana, como los baños públicos cerca de Santa Sofía en Estambul que llevan su nombre. Los construyó Mimar Sinan, el más célebre arquitecto otomano. Durante los dos últimos siglos, Roxolana ha protagonizado novelas y varias series de televisión en Ucrania y Turquía. Sin duda, su vida y su carrera fueron la excepción, no la regla.

Los ataques tártaros y la trata de esclavos dejaron profundas cicatrices en la memoria histórica ucraniana. El destino de los esclavos se convirtió en el tema de numerosas *dumas*: canciones épicas ucranianas que lamentaban el destino aciago de los cautivos, relataban sus intentos de fuga de Crimea y glorificaban a los hombres que salvaban y liberaban a los esclavos. Esos héroes populares, conocidos con el nombre de cosacos, lucharon contra los tártaros, emprendieron expediciones marítimas contra los otomanos y, de hecho, de vez en cuando liberaron a cautivos.

¿Quiénes eran los cosacos? La respuesta depende del periodo histórico que se tenga en mente. Sabemos con certeza que los primeros cosacos eran nómadas. La palabra en sí es de origen turco y, según el contexto, podía referirse a un «guardia», a un «saqueador» o a un «hombre libre». Los primeros cosacos eran todo lo anterior. Formaban pequeñas bandas y vagaban por la estepa, fuera de los asentamientos permanentes o campamentos temporales de sus hordas. Como vivían de la estepa, se alimentaban de la pesca, la caza con trampas y el bandolerismo. Muchas rutas comerciales atravesaban la estepa, y esos primeros cosacos se cebaban con los mercaderes que se aventuraban por allí sin la protección necesaria. La primera vez que oímos hablar de la existencia de cosacos en la estepa, que no venían del este o del sur sino del norte, la zona poblada del Gran Ducado de Lituania, es en relación con uno de esos ataques a comerciantes.

En 1492, cuando los reyes Fernando de Aragón e Isabel de Castilla firmaron un decreto de expulsión de los judíos de sus reinos y Cristóbal Colón desembarcó en una isla caribeña que bautizó como San Salvador, los cosacos se dieron a conocer en la escena internacional. Según una queja enviada ese mismo año por el kan de Crimea al gran duque Alejandro de Lituania, súbditos de este último procedentes de las ciudades de Kíiv y Cherkasi habían capturado y saqueado un barco tártaro en lo que parece que era el curso inferior del Dniéster. En su carta de respuesta, el gran duque no trató de demostrar que procedían de otros lugares ni inventó

excusas. Ordenó a sus funcionarios fronterizos (el término que utilizó fue «ucranianos») que investigaran a los cosacos que pudieran haber participado en el asalto. Si capturaban a los saqueadores, debían ejecutarlos, y sus bienes, incluido el botín, había que entregarlos a un representante del kan.

Si las órdenes de Alejandro se cumplieron, no tuvieron ningún efecto duradero. Al año siguiente el kan de Crimea acusó a los cosacos de Cherkasi de atacar a un embajador moscovita. En 1499, se vio a los cosacos en el estuario del Dniéper saqueando los alrededores de la fortaleza tártara de Ochákiv. Para detener las expediciones cosacas que bajaban por el Dniéper hacia el mar Negro, el kan consideró bloquear el estuario del Dniéper con cadenas. No parece que el plan se pusiera en práctica ni impidiera las incursiones de los cosacos. Tampoco sirvieron de mucho las quejas del kan al gran duque.

Los oficiales fronterizos lituanos intentaban detener las incursiones cosacas con una mano, mientras que con la otra utilizaban a los cosacos para proteger la frontera de los tártaros. En 1553 el gran duque envió al príncipe Dmitró Vishnevetski, capitán (*stárosta*) de Cherkasi y Kániv, más allá de los rápidos del Dniéper para que construyera una pequeña fortaleza con el fin de impedir que las expediciones cosacas siguieran avanzando río abajo. Vishnevetski llevó a cabo la tarea con la ayuda de sus siervos cosacos. No es de extrañar que el kan de Crimea viera la fortaleza cosaca como una invasión de su reino, y cuatro años después envió a un ejército para expulsar a Vishnevetski de su baluarte. En la tradición popular, el príncipe Vishnevetski se convirtió en un héroe, el primer *hetman* cosaco (título que el ejército polaco reservaba a sus comandantes supremos) y un luchador implacable contra los tártaros y los otomanos.

A mediados del siglo XVI, las tierras del sur de Kíiv se llenaron de nuevos asentamientos. Miguel el Lituano no ocultó su alegría: «La afortunada y próspera tierra de Kíiv es también rica en población, pues en el Borístenes y en otros ríos que desembocan en ella hay muchas ciudades populosas y muchos pueblos». También explicó el origen de los colonos: «Algunos se esconden de la

autoridad paterna, o de la esclavitud, o del servicio, o del [castigo por] crímenes, o de las deudas, o de cualquier otra cosa; otros se sienten atraídos [a la región], especialmente en primavera, por la caza más abundante y lugares más fértiles. Y, después de probar suerte en sus fortalezas, nunca vuelven de allí». A juzgar por la descripción del autor, los cosacos se ganaban la vida no solo con la pesca y la caza, sino también con el robo. Escribió que algunas chozas pobres y sucias de los cosacos estaban «llenas de sedas caras, piedras preciosas, martas y otras pieles, y especias». Allí encontró «seda más barata que en Vilna, y pimienta más barata que la sal». Los comerciantes exportaban productos delicados y artículos de lujo desde el Imperio otomano hasta Moscovia o el Reino de Polonia.

Si bien los primeros cosacos ucranianos eran habitantes de las ciudades a lo largo de los ríos Dniéper y Prípiat, a finales del siglo XVI sus filas se vieron engrosadas con campesinos locales. Esta afluencia puso fin a la incertidumbre sobre la identidad política, étnica y religiosa de los cosacos: si eran tártaros de Crimea y nogáis, súbditos ucranianos de duques y reyes, o una mezcla multiétnica y multiconfesional. La inmensa mayoría de los cosacos eran ucranianos que procedían sobre todo de las enormes fincas, o latifundios, de los magnates y la nobleza para evitar lo que los historiadores llaman la «segunda servidumbre». Como se ha comentado en el capítulo 7, los magnates y la nobleza intentaron atraer a nuevos colonos a sus fincas recién adquiridas en las tierras fronterizas ucranianas, que eran peligrosas para vivir debido a la incesante amenaza de las incursiones tártaras, con la promesa de periodos exentos de impuestos. Cuando estos expiraron, muchos campesinos quisieron eludir los gravámenes y se adentraron en la peligrosa estepa. Bastantes de ellos se unieron a los cosacos, a los que contagiaron su radicalismo social.

La colonización de Ucrania —la zona fronteriza de la estepa a lo largo del curso medio del Dniéper, tal como se representa en el mapa de Tomasz Makowski, como se ha descrito en el capítulo anterior— fue un proyecto común de los príncipes de Volinia y los cosacos del Dniéper. En 1559, Kostiantín Ostrozki fue nombrado

palatino de Kíiv, virrey de los vastos territorios de la Ucrania del Dniéper. Su jurisdicción se amplió hasta Kániv y Cherkasi, y entre sus responsabilidades estaban los cosacos, que tanto permitían como obstaculizaban los continuos asentamientos de las estepas con sus expediciones de saqueo contra los tártaros y los otomanos. Gracias a Ostrozki, se reclutó a cosacos por primera vez para el servicio militar, no tanto para utilizarlos como fuerza de combate como para sacarlos de las tierras más allá de los rápidos y establecer alguna forma de control sobre esa multitud revoltosa. Durante la guerra de Livonia hubo que concentrar fuerzas en la frontera lituana con Moscovia y, en la década de 1570, se formaron varias unidades de cosacos, una de las cuales llegó a contar con quinientos hombres.

La reorganización de los cosacos, que pasaron de ser guardias al servicio de los funcionarios fronterizos locales a formar destacamentos militares bajo el mando de oficiales del ejército, inauguró una etapa en su historia. Por primera vez, se empezó a utilizar el término «cosaco registrado». Los cosacos incorporados al servicio militar y, por tanto, incluidos en el «registro» estaban exentos de pagar impuestos y no estaban sujetos a la jurisdicción de los funcionarios locales. También percibían un salario. Por supuesto, no faltaban los que querían estar registrados, pero la Corona polaca solo reclutaba a un número limitado, y los salarios se pagaban y los privilegios se reconocían solo durante el servicio activo. Pero los que no estaban incluidos en el registro desde el principio o eran excluidos de este al final de una guerra o campaña militar concreta se negaban a renunciar a su estatus, lo que daba lugar a interminables disputas entre los cosacos y los oficiales fronterizos. La creación del registro resolvió un problema para el Gobierno, solo para crear otro.

En 1590 la Dieta de la Mancomunidad decretó la creación de una tropa de mil cosacos registrados para proteger las tierras fronterizas ucranianas de los tártaros, y a los tártaros de los cosacos no registrados. Aunque el rey emitió la ordenanza

requerida, sirvió de poco. En 1591, los cosacos iniciaron su primera rebelión en Ucrania. Hasta ese momento habían atacado las posesiones otomanas: el Kanato de Crimea, el principado de Moldavia (vasallo del Imperio otomano) y la costa del mar Negro, pero ahora sus energías se volcaron hacia el interior. Los cosacos no se rebelaron contra el Estado, sino contra sus propios «padrinos», los príncipes de Volinia, en particular el príncipe Janusz Ostrozki (en polaco, Ostrogski) y su padre, Kostiantín. Janusz era el capitán (*stárosta*) de Bila Tserkva, un castillo y fortaleza cosaca en el sur de Kíiv, mientras que Kostiantín, el palatino de Kíiv, «supervisaba» las actividades de su hijo. Los Ostrozki, padre e hijo, tenían el control pleno sobre la región. Nadie de la nobleza local se atrevía a cuestionar a los poderosos príncipes, que estaban ocupados en extender sus dominios mediante la toma de las tierras de la pequeña nobleza.

Una de las víctimas nobles de los Ostrozki, Krzysztof Kosiński, resultó ser también un jefe cosaco. Cuando Janusz se apoderó de las tierras de Kosiński, que poseía por una concesión real, este no perdió el tiempo en ir a quejarse al monarca, pues habría sido inútil. En su lugar, reunió a sus cosacos y atacó el castillo de Bila Tserkva, el cuartel general del joven Ostrozki. Un ejército privado reunido por los Ostrozki y otro príncipe de Volinia, Oleksandr Vishnevetski, finalmente lo derrotó. Los aristócratas lograron sofocar la rebelión sin pedir ayuda a las autoridades reales. Irónicamente, los padrinos de los cosacos castigaron a sus jóvenes rebeldes con la ayuda de otros cosacos a su servicio privado. Entre los jefes cosacos a sueldo de la familia Ostrozki, el más conocido era, con diferencia, Severín Nalivaiko. Dirigió victoriosamente a los cosacos de Ostrozki en la batalla contra el ejército de Kosiński y luego reunió a los rebeldes dispersos en las estepas de Podolia para conducirlos lo más lejos posible de los dominios de los Ostrozki.

Los Ostrozki manipulaban y controlaban a los rebeldes cosacos, pero con un límite. Los cosacos elegían a su comandante, al que obedecían en la batalla, pero, cuando terminaba la campaña y volvía la vida en tiempos de paz, eran libres de destituirlo o incluso ejecutarlo si actuaba en contra de sus intereses. Además,

había grandes divisiones entre los cosacos, que no se limitaban a los hombres que estaban registrados frente a los que no. Los primeros eran reclutados entre la clase cosaca terrateniente y sus miembros residían en ciudades y asentamientos entre Kíiv y Cherkasi. Tenían la posibilidad de obtener derechos especiales asociados al servicio real. Pero también había otro grupo: los cosacos zapórogos, muchos de ellos antiguos campesinos, que tenían un asentamiento fortificado llamado Sich (por la empalizada de madera que lo protegía) en las islas más allá de los rápidos. Estaban fuera del alcance de los funcionarios reales, causaban la mayor parte de los conflictos con los tártaros de Crimea y, en épocas turbulentas, eran un polo de atracción para los habitantes de las ciudades y los campesinos descontentos que huían a las estepas.

Nalivaiko, encargado por los Ostrozki para que mantuviera a raya a la «chusma» cosaca —en su mayoría campesinos huidos—, pronto se encontró en una incómoda alianza con los rebeldes zapórogos. Hacia 1596 ya no cumplía las órdenes de Ostrozki, sino que actuaba por su cuenta, liderando una revuelta mayor que la iniciada por Kosiński. A principios de la década de 1590 se produjeron varios años de malas cosechas que provocaron hambrunas. La escasez de alimentos hizo que más campesinos abandonaran las fincas de los nobles y se unieran a las filas cosacas. Esta vez las comitivas principescas carecían de tropas suficientes para reprimir el levantamiento, por lo que llamaron al ejército de la Corona, encabezado por el hetman polaco. En mayo de 1596, el ejército polaco rodeó el campamento cosaco en la margen izquierda del Dniéper. Los viejos cosacos (de ciudad) se volvieron contra los «nuevos» y entregaron a Nalivaiko a los polacos a cambio de una amnistía. El líder de los insurgentes fue ejecutado en Varsovia. El siervo principesco convertido en rebelde cosaco se convirtió en un mártir de las causas cosacas y ortodoxas a los ojos de los cronistas y poetas cosacos de la época romántica. Entre ellos, estaba el poeta ruso Kondrati Riléiev, que fue ejecutado en 1825 por participar él mismo en una revuelta contra las autoridades.

A finales del siglo XVI, los cosacos entraron en los cálculos de la política exterior no solo de la Mancomunidad de Polonia-Lituania y del Imperio otomano, sino también de las potencias de Europa Central y Occidental. En 1593, Erich von Lassota, un emisario del emperador del Sacro Imperio Romano Germánico, Rodolfo ii, visitó a los cosacos zapórogos con una propuesta para unirse a la guerra de su amo contra los otomanos. Tres años después, un representante papal, Alessandro Comuleo, llegó a Ucrania con una misión similar. Poco se sabe de estas misiones, aparte de las cartas de Comuleo y el diario de Lassota, que describen el orden democrático que prevalecía en el Sich de Zaporiyia, y han enriquecido nuestros conocimientos sobre la historia temprana de los cosacos. Pero los cosacos, ahora conocidos en Viena y Roma, pronto se darían a conocer en lugares tan lejanos como París y Londres. Para Moscú representarían una grave amenaza.

Los cosacos ucranianos, cuya carrera internacional se había iniciado en la década de 1550 con su servicio al zar de Moscovia, Iván el Terrible, hicieron una visita espontánea, no solicitada, a Moscú durante la primera década del siglo XVII. Moscovia se encontraba entonces sumida en una crisis dinástica, política y económica que pasó a conocerse en la historiografía como Periodo Tumultuoso. Comenzó en los albores de este siglo con una serie de hambrunas devastadoras, causadas en parte por lo que hoy llamamos la Pequeña Edad de Hielo, un enfriamiento global que duró medio milenio, desde aproximadamente 1350 hasta 1850, y que alcanzó su punto álgido a principios del siglo XVII. La crisis afectó a Moscovia en el momento más inoportuno: la dinastía ruríkida se había extinguido y varios clanes aristocráticos impugnaban la legitimidad de los nuevos gobernantes. La crisis dinástica terminó en 1613 con la elección al trono moscovita del primer zar Románov. Pero antes de que se resolviera la crisis, varios candidatos al trono, algunos de ellos «pretendientes» que decían ser parientes supervivientes de Iván el Terrible, probaron suerte en la política, lo que abrió la puerta a la intervención extranjera.

Durante el largo interregno, los cosacos apoyaron a los dos aspirantes al trono moscovita: el falso Dmitri i y el falso Dmitri iI, impostores que se hicieron pasar por hijos de Iván el Terrible. Hasta 10.000 cosacos se unieron al ejército del hetman polaco Stanisław Żółkiewski cuando marchó hacia Moscú en 1610. Tres años después, la elección al trono moscovita del zar Mijaíl Románov, fundador de la dinastía que se mantendría en el poder hasta la Revolución de 1917, no puso fin a la participación cosaca en los asuntos moscovitas. En 1618, un ejército cosaco ucraniano de 20.000 personas se unió a las tropas polacas en su marcha hacia Moscú y participó en el asedio de la capital. Con su ayuda, la guerra terminó en condiciones favorables para el Reino de Polonia. Una de ellas fue la transferencia a Polonia de las tierras de Cherníguiv, que el Gran Ducado de Lituania había perdido a principios del siglo XVI. A mediados del siglo XVII, Cherníguiv se convertiría en una parte fundamental del mundo cosaco. Sin embargo, los cosacos, como siempre, ayudaron y obstaculizaron a los reyes polacos en su política exterior. En su guerra contra Moscovia, la Mancomunidad de Polonia-Lituania nunca obtuvo el apoyo que esperaba del Imperio otomano, entre otras cosas debido a continuas expediciones marítimas cosacas y los ataques al litoral otomano.

En 1606, los cosacos descendieron por el Dniéper, entraron en el mar Negro con sus barcos llamados «gaviotas» (*chaiki*) y asaltaron Varna, uno de los bastiones otomanos más fuertes de la costa occidental del mar Negro. En 1614 saquearon Trabzon (Trebisonda), en la costa suroccidental y, un año después, entraron en el puerto de Estambul del Cuerno de Oro y saquearon los suburbios, de forma muy parecida a como lo habían hecho los vikingos unos 750 años antes. Pero, si bien los vikingos también habían comerciado con el imperio, las expediciones de los cosacos eran similares a los ataques de los piratas que asolaron las costas no solo del Mediterráneo, sino también del Caribe. Venían a robar, a vengarse por las ofensas y, como cuentan las canciones populares ucranianas, a liberar a los sufridos esclavos. En 1616 la expedición cosaca culminó con la captura del principal mercado de esclavos

del mar Negro —Caffa— y la liberación de todos los cautivos.

El sultán, su corte y los embajadores extranjeros que presenciaban un ataque cosaco tras otro contra el poderoso Imperio otomano estaban atónitos. Los monarcas cristianos empezaron a considerar a los cosacos como potenciales aliados en una guerra contra los turcos. El embajador francés en Estambul, el conde Philippe de Harlay de Césy, escribió a Luis xiii en julio de 1620: «Cada vez que los cosacos están cerca de aquí, en el mar Negro, se apoderan de un botín extraordinario a pesar de sus escasas fuerzas, y tienen tal reputación que hay que dar garrotazos a los soldados turcos para obligarlos a combatir contra ellos en varias galeras que el *grand seigneur* [el sultán] envía allí con gran dificultad».

Mientras el conde Philippe informaba a su rey de la incapacidad de los otomanos para frenar las expediciones marítimas cosacas, los asesores del sultán Osmán ii, de dieciséis años, se planteaban cómo hacer la guerra en dos frentes: contra el ejército polaco por tierra y contra los cosacos en el mar. En el verano de 1620, el ejército otomano marchó hacia el río Prut (en la actual Moldavia) contra la Mancomunidad, cuyas tropas incluían ejércitos cosacos privados de magnates polacos y ucranianos. El objetivo de la campaña era, aparentemente, castigar a la Mancomunidad por la connivencia con las incursiones cosacas antes descritas. En realidad, los otomanos perseguían otros objetivos, en especial evitar que sus vasallos se vieran arrastrados a la órbita de la Mancomunidad de Polonia-Lituania, cuya influencia crecía de manera notable. El ejército polaco, que contaba con unos 10.000 soldados, y la fuerza otomana, el doble de grande según algunas estimaciones, se enfrentaron en septiembre de 1620 cerca de Ţuţora o Cecora (en la actual frontera moldavo-rumana). Tras veinte días de batalla, los polacos sufrieron una aplastante derrota.

Como la Mancomunidad no tenía ejército permanente, el pánico se apoderó de la corte real y de todo el país: todos esperaban una invasión turca. Y así fue. Al año siguiente, un ejército otomano mucho más numeroso —unos 120.000 soldados— y dirigido por el propio sultán, atravesó Moldavia en su camino

hacia la Mancomunidad. Los otomanos se encontraron con un ejército de 40.000 hombres, la mitad de ellos cosacos ucranianos. Actuaban a las órdenes de Petró Konashévich-Sagaidachni, líder de la incursión de los cosacos en 1616 en Caffa y comandante de la campaña de Moscú dos años después. La batalla duró un mes entero y se libró a orillas del río Dniéster, cerca de la fortaleza de Jotín, que los otomanos tenían sitiada. No dio una victoria clara a ninguno de los dos bandos, pero ese resultado incierto fue recibido con júbilo en Varsovia, como un triunfo para el Reino de Polonia. Los polacos habían detenido al enorme ejército otomano en sus fronteras y habían firmado un tratado de paz que no implicaba pérdidas territoriales. Todo el mundo comprendió que este resultado habría sido casi imposible sin los cosacos. Por primera vez, por poco tiempo, los cosacos se convirtieron en los favoritos de la Mancomunidad de Polonia-Lituania. Los libros que aparecieron poco después de la batalla ensalzaban a Sagaidachni, cuyo monumento se encuentra hoy en día en el distrito Podil de Kíiv, al principio de la calle que lleva su nombre, como uno de los más grandes guerreros polacos.

El logro militar de los cosacos en Jotín les permitió reafirmar su agenda política y social en la Mancomunidad. Su principal reivindicación fue el estatus de nobleza para los oficiales cosacos, si no para todo el ejército. En 1622, cuando Petró Konashévich-Sagaidachni murió en Kíiv a causa de las heridas que había sufrido en Jotín, Kasián Sakóvich, profesor de la escuela de la Hermandad de Kíiv, escribió unos versos sobre la muerte del hetman cosaco que la prensa del Monasterio de las Cuevas de Kíiv no tardó en publicar. En ellos alababa a los cosacos como herederos de los príncipes de Kíiv que asaltaron Constantinopla en los tiempos de la Rus de Kíiv. Según el autor, los cosacos merecían la «libertad dorada», pues se la habían ganado con la espada. Con libertad dorada se designaban los derechos y libertades de los que gozaba la nobleza polaco-lituana. «Todos se esfuerzan en conseguirla —escribió Sakóvich—. Pero no se les puede dar a todos. Solo a los

que defienden la patria y al Señor. Los caballeros se la ganan con su valor en el campo de batalla: no se compra con dinero, sino con sangre.» El reconocimiento de los cosacos como caballeros los dejaba a solo un paso de la nobleza.

Pero los cosacos no lograron su objetivo en el plano social. En 1632 quisieron participar en la Dieta (Sejm) para elegir al nuevo rey (restringida a los nobles), pero no se les permitió. Esta humillación llegó tras una serie de derrotas militares. Las autoridades aplastaron los levantamientos cosacos de 1625 y 1630. Si en Jotín habían contado con 20.000 guerreros, ahora en el registro se limitaron primero a seis mil y, luego, a ocho mil cosacos. En 1637-1638 se produjo otra rebelión, que otra vez sofocó el ejército de la Corona. Alegaron que luchaban no solo por las libertades de los cosacos, sino también por la fe ortodoxa. Aunque esto les valió el apoyo inicial, los esfuerzos del Gobierno por acomodar a la Iglesia ortodoxa hicieron cada vez más difícil mantener el vínculo entre esta y los cosacos. Mientras que en 1630 una parte del clero kievita había apoyado a los rebeldes, en 1637 y 1638 sus llamamientos cayeron en saco roto, así que los cosacos se sintieron traicionados. Los panegíricos publicados en la imprenta del Monasterio de las Cuevas ya no elogiaban a los hetmans cosacos. En cambio, alabaron a los nobles ortodoxos que habían luchado contra ellos.

La represión de los levantamientos cosacos de 1637 y 1638 llevó a las autoridades a intentar un acuerdo a largo plazo. El modelo era relativamente sencillo: la concesión de un estatus legal para los guerreros a condición de que se integraran en la estructura legal y social de la Mancomunidad bajo un nuevo liderazgo impuesto por el rey y en el que confiara el Gobierno. La ordenanza de los cosacos de 1638 satisfizo muchas demandas de los líderes cosacos. Reconocía a los cosacos como un estamento separado con sus propios derechos y privilegios que no se limitaban a los periodos de servicio militar. También se les concedió el derecho a legar ese estatus y la propiedad de la tierra a sus descendientes. El Gobierno tomó medidas para controlar el nuevo estado reconocido limitando el acceso a él por parte de otros estratos de la población,

especialmente la gente de ciudad, con los que los cosacos convivían en la frontera esteparia.

Además, las autoridades polacas redujeron el número de cosacos registrados a seis mil (la mitad de la cuota de 1625) y los pusieron bajo la jurisdicción del gran hetman de la Corona, el comandante en jefe del ejército polaco. El comisario cosaco y los seis coroneles cosacos eran todos nobles polacos. El máximo rango que podía alcanzar un cosaco en este ejército era el de capitán. Los seis regimientos debían turnarse para servir como tropas de guarnición en el Sich de Zaporiyia, el bastión rebelde de los cosacos más allá de los rápidos. Para poner fin a las expediciones marítimas de los cosacos y mejorar las relaciones con los otomanos, las autoridades reconstruyeron la fortaleza de Kodak, en la parte alta de los rápidos del Dniéper, construida originalmente en 1635, pero incendiada después por los cosacos. Para supervisar la reconstrucción enviaron a un ingeniero francés llamado Guillaume Levasseur de Beauplan, que en 1639 elaboró el primer mapa de Ucrania: las zonas fronterizas esteparias de la Mancomunidad de Polonia-Lituania, incluidos los palatinados (voivodatos) de Podolia, Brátslav y Kíiv. Gracias a los numerosos mapas de Beauplan de la región, «Ucrania» se convirtió en una palabra familiar entre los cartógrafos europeos de la segunda mitad del siglo XVII.

Después de la pacificación de los cosacos y su incorporación hasta cierto punto en la jerarquía social polaca, el Dniéper cerrado como vía para expediciones al mar Negro y el Sich de Zaporiyia bajo control, la Mancomunidad entró en una década que se daría a conocer como la Paz Dorada. Se continuó la colonización de las tierras fronterizas de la estepa y la expansión de los dominios nobiliarios y los latifundios. La población creció a medida que nuevos magnates, nuevos campesinos y colonos judíos que actuaban como nuevos intermediarios se trasladaron para aprovechar las florecientes oportunidades económicas. Al final, era la calma antes de la tormenta. Se estaba gestando una nueva, y mucho mayor, revuelta cosaca.

Los cosacos habían recorrido un largo camino: de pequeñas

bandas de pescadores y cazadores que buscaban comida en las estepas del sur de Kíiv a colonos de nuevas tierras a lo largo de la frontera esteparia; de milicianos privados al servicio de los príncipes a combatientes de una fuerza independiente que los extranjeros trataban con respeto; y, por último, de refugiados y aventureros a miembros de una cohesionada hermandad militar que se consideraba a sí misma un orden social distinto y exigía al Gobierno no solo dinero, sino también el reconocimiento de su condición de guerreros. El Estado polaco solo podía beneficiarse del poderío militar y del potencial económico de los cosacos si lograba satisfacer sus demandas sociales. Como los acontecimientos posteriores demostrarían en repetidas ocasiones, no era una tarea fácil.

9

Las reformas orientales

Una de las muchas percepciones estereotipadas de la Ucrania contemporánea es su imagen de país escindido en un este ortodoxo y un oeste católico. En el célebre libro *El choque de civilizaciones* de Samuel P. Huntington se incluye un mapa en el que se traza una línea entre la civilización cristiana oriental y la occidental que atraviesa Ucrania. Deja las regiones occidentales del país, incluidas Galitzia y Volinia, en el lado católico, y el resto de Ucrania, en el ortodoxo. El problema de este mapa es que hay muy pocos católicos romanos en la parte supuestamente católica del país. Volinia es una tierra predominantemente ortodoxa, mientras que en Galitzia los católicos constituyen una mayoría, pero no la mayoría de los creyentes cristianos. En cualquier caso, no es fácil para un observador externo distinguir sus iglesias y liturgias de las de los ortodoxos, ya que la mayoría de los católicos ucranianos se adhieren al rito bizantino. Sin embargo, no hay que juzgar con demasiada dureza a los cartógrafos. En un país como Ucrania es difícil, si no imposible, trazar una línea clara. Esto mismo es válido para todas las fronteras culturales, pero la existencia de una Iglesia híbrida, con elementos del cristianismo oriental y occidental, complica aún más el análisis. Originalmente esta Iglesia se llamaba uniata, lo que refleja su propósito: la unión de dos ramas del cristianismo: la ortodoxa y el catolicismo. Hoy su nombre oficial es Iglesia greco-católica ucraniana —el «greco» se refiere al rito bizantino—, o simplemente Iglesia católica ucraniana. Sin duda, es el intento institucional más logrado de reparar una grieta que

estropea la fachada del cristianismo desde hace tiempo. Esta Iglesia nació a finales del siglo XVI, una época que vio el avance hacia el este de los modelos políticos y religiosos occidentales y su adaptación a tierras tradicionalmente ortodoxas. Pero la resistencia y la creciente autoafirmación de las sociedades autóctonas acompañaron a menudo ese proceso. Tanto la acomodación como la resistencia a las tendencias encontraron su plasmación en la ortodoxia ucraniana, que sufrió una considerable transformación en la primera mitad del siglo XVII en respuesta al desafío planteado por Occidente.

El movimiento prooccidental se inició en el seno de la Iglesia ortodoxa rusa a principios de la década de 1590, como respuesta a la crisis en la que estaba sumido el metropolitanato de Kíiv. Dado que la Iglesia poseía vastas extensiones de tierra, la nobleza consideraba como una buena salida profesional para sus hijos los cargos eclesiásticos. Estos candidatos, por supuesto, pocas veces pensaban en Dios; más bien, soñaban con riquezas. Los obispos y archimandritas de los principales monasterios eran nombrados a menudo por el rey con la ayuda de benefactores seculares de la Iglesia, pero los votos monásticos significaban tan poco que ni siquiera los hacían. Los sacerdotes solo tenían una educación elemental, igual que los obispos a menudo. Incluso si querían formarse mejor, no tenían adónde ir. Entretanto, los hijos de los aristócratas ortodoxos empezaron a ser admitidos en las escuelas calvinistas y católicas. Esto se dio sobre todo en los colegios jesuitas. Uno de ellos, que pronto se convertiría en una academia, se estableció en Vilna, cerca de la frontera con Bielorrusia, y otro se fundó cerca de las fronteras occidentales de Galitzia, en la ciudad de Jarosław (hoy Polonia).

La corrupción en el metropolitanato de Kíiv no difería mucho de la que se observaba en otras partes de Europa Occidental antes de la Reforma protestante y del inicio de la Contrarreforma católica. En muchos aspectos, todo seguía igual, pero una parte de la élite ortodoxa empezó a percibirlo como una crisis. La Iglesia

católica de la Mancomunidad de Polonia-Lituania estaba ocupada reinventándose a sí misma con la ayuda de las escuelas y colegios jesuitas, lo que suponía un desafío implícito a la ortodoxia no reformada. Las actividades editoriales y educativas del círculo erudito en torno al príncipe Kostiantín Ostrozki fueron una primera respuesta a ese desafío. No menos preocupados por el estado de los asuntos eclesiásticos estaban los miembros de las hermandades ortodoxas, asociaciones de comerciantes y mercaderes de la Rus en las principales ciudades ucranianas. La más rica e influyente era la hermandad de Lviv, que cuestionaba la autoridad del obispo ortodoxo local, al que consideraban corrupto y, por tanto, un lastre en sus relaciones con los católicos dominantes. En 1586, los burgueses de Lviv consiguieron independizarse del obispo, y cinco años más tarde abrieron una escuela propia sin esperarlo.

Los jerarcas ortodoxos se encontraron en una posición poco envidiable. Su estatus en la Mancomunidad, gobernada por los católicos, era claramente inferior al de sus homólogos católicos, que eran miembros del Senado y tenían acceso directo al rey. (Ostrozki y otros príncipes y nobles ortodoxos se consideraban los verdaderos dueños de la Iglesia.) Las hermandades se rebelaron abiertamente, en detrimento del monopolio de la enseñanza del dogma eclesiástico por parte de los obispos, y el patriarca de Constantinopla, en lugar de ayudar a los obispos, tomó a los rebeldes bajo su protección (sabían cómo apelar al jerarca, que no tenía dinero). De repente, se encontró una solución sencilla a este problema: la unión con Roma. La visión de la unión eclesiástica compartida por los jerarcas ortodoxos se basaba en un modelo propuesto ya en 1439 en el Concilio de Florencia, al que asistieron tanto ortodoxos como católicos. En los años crepusculares del Imperio bizantino tanto el emperador como el patriarca estaban desesperados por salvarlo de los ataques otomanos. Roma ofreció su ayuda, pero el precio era unir las dos iglesias bajo la autoridad papal. En Constantinopla aceptaron esa condición, que subordinaba su Iglesia a Roma y sustituía los dogmas ortodoxos por los católicos. En particular, estuvieron de acuerdo con los católicos en la importantísima cuestión del *filioque*; esto es, la

admisión de que el Espíritu Santo procedía no solo de Dios Padre, sino también de Dios Hijo, Jesucristo. Por lo demás, se mantuvo el derecho a casarse para el clero ortodoxo, así como la lengua griega y la liturgia bizantina.

En el verano de 1595, dos obispos ortodoxos emprendieron el largo viaje a Roma, con una carta que recogía el deseo de sus compañeros jerarcas ortodoxos de ser aceptados en la Iglesia católica en condiciones parecidas a las de la Unión de Florencia. En Roma, el papa Clemente VII acogió el «regreso» de los obispos y su Iglesia en una ceremonia en la Sala de Constantino en el Vaticano. Los obispos volvieron a casa con una bula papal y muchas cartas para el rey y sus dignatarios para convocar un concilio eclesiástico que aprobaría la unión y anunciaría la transferencia del metropolitanato de Kíiv a la jurisdicción de Roma. El rey no dudó en fijar la fecha y el lugar: se celebraría en octubre de 1596 en la ciudad de Brest, en la frontera polaco-ucraniano-bielorrusa.

Durante un tiempo pareció que era un hecho, pues el Papa, el rey y los obispos querían la unión. Pero los pastores se olvidaron del rebaño o, más exactamente, de los principales interesados en la Iglesia. Entre ellos figuraban el príncipe Ostrozki y sus compañeros magnates ortodoxos, los miembros de las hermandades, el clero monástico y buena parte de los parroquianos. Los magnates temían perder el control de la Iglesia, un valioso activo político y religioso que no debía tomarse a la ligera en la época de la Reforma. Las hermandades querían una reforma desde abajo, no un mayor poder para los obispos. Algunos de los archimandritas, que dirigían los monasterios sin hacer votos monásticos, querían seguir gestionando las tierras de la Iglesia. Y algunos monjes, clérigos y fieles de base se indignaban ante la idea de que se traicionara a la Iglesia ortodoxa con el abandono del patriarca de Constantinopla. Fue una azarosa pero poderosa coalición de reformistas y conservadores, devotos y oportunistas, la que puso en peligro los planes de Roma, Varsovia y los jerarcas ortodoxos.

El príncipe Kostiantín Ostrozki, posiblemente el hombre más poderoso de Ucrania, estaba decidido a impedir la unión eclesiástica. En la forma sugerida por los obispos amenazaba

arrebatarle el control sobre la Iglesia ortodoxa y limitar su capacidad de utilizarla como arma contra las pretensiones del monarca para mantener un lugar privilegiado para los príncipes rutenos en la sociedad de la Mancomunidad. También debió de sentirse personalmente traicionado. Uno de los dos obispos que habían ido a Roma a pedir la unión era su viejo amigo Ipati Poti, a quien Ostrozki había convencido de que abandonara la carrera política para que se hiciera obispo con el objetivo de reformar la Iglesia. Ostrozki le dijo a Poti que estaba a favor de la unión, pero solo con el consentimiento del patriarca de Constantinopla. Poti, que sabía que ese consentimiento no se iba a dar, optó por otro camino: la unión sin Constantinopla. Su compañero de viaje a Roma era el obispo Cirilo Terletski, que no solo era el exarca (o representante personal) del patriarca de Constantinopla, encargado de defender los intereses patriarcales en la región, sino también el obispo en la eparquía de Volinia, bastión de Ostrozki.

Al enterarse de que los dos habían ido a Roma, el anciano príncipe, consternado, había enviado a sus hombres armados para interceptarlos, pero escaparon ilesos. Al cabo de poco, Ostrozki se dirigió a Brest para participar en el concilio eclesiástico con un pequeño ejército de simpatizantes formado por nobles y sirvientes ortodoxos. También contaba con el apoyo de sus aliados protestantes, los magnates del Gran Ducado de Lituania. Uno de ellos ofreció su propia casa como sede del concilio eclesiástico, pues el rey había ordenado el cierre de las iglesias ortodoxas de la ciudad. Los representantes del rey Segismundo II llegaron a Brest con sus propias comitivas armadas: el ambiente se caldeó. La unión de las iglesias que estaba pendiente podía desembocar no solo en una desunión, sino también en un baño de sangre.

El episodio único conocido en la historiografía como el Concilio de Brest nunca llegó a celebrarse. Se celebraron dos reuniones en paralelo, la católica y la ortodoxa. El concilio católico, al que asistió el metropolitano ortodoxo y la mayoría de los obispos, proclamó la unión. El Consejo Ortodoxo, presidido por un

representante del patriarca de Constantinopla, contó con la participación de dos obispos ortodoxos, así como de decenas de archimandritas y sacerdotes, y rechazaron la unión, al mismo tiempo que juraron fidelidad al patriarca de Constantinopla. El metropolitanato de Kíiv estaba ahora dividido: una parte declaró su lealtad a Roma y otra parte se mantuvo en la ortodoxia. Sobre el mapa este cisma dentro del metropolitanato tenía el siguiente aspecto: Galitzia, junto con Lviv y Peremyshl, se convirtió en un bastión de la ortodoxia, mientras que Volinia y las eparquías bielorrusas apoyaron a la nueva Iglesia uniata. En realidad, la situación sobre el terreno era mucho más compleja de lo que sugiere esta descripción general: las lealtades religiosas a veces dividían a las familias, mientras que las parroquias y los monasterios cambiaron de lealtad más de una vez.

A pesar de la firme oposición a la Unión de Brest, el monarca se aferró a ella. Solo reconoció un concilio de Brest —el del metropolitano y la mayoría de los obispos que proclamaron la unión—, y, en adelante, reconoció a la Iglesia uniata como la única Iglesia cristiana oriental legítima en su país. Dos obispos, decenas de abades, miles de párrocos y cientos de miles (si no millones) de fieles ortodoxos eran ahora considerados infractores de la ley. La nobleza ortodoxa abrió un segundo frente en las Dietas locales y de la Mancomunidad, y acusó a la Corona de violar la libertad de culto garantizada a la nobleza. Y así era.

Ya en la década de 1570, inmediatamente después de la muerte de Segismundo Augusto, los nobles protestantes habían hecho de la libertad de religión un principio central de los «artículos» a los que todo monarca electo debía jurar lealtad. Ahora los nobles protestantes apoyaban a sus homólogos ortodoxos, contribuyeron a convertir las Dietas en campos de batalla religiosos y plantearon la «acomodación de la nación de Rus al rito griego» en cada Dieta de la Mancomunidad. Pero no se produjo ningún cambio sustancial antes de la muerte del rey Segismundo ii en 1632. Durante más de treinta años, la Iglesia ortodoxa existió sin estatus oficial ni reconocimiento. Como no se podían nombrar nuevos obispos sin el consentimiento del monarca,

los uniatas esperaban que la Iglesia ortodoxa se quedara sin obispos después de que murieran los que se negaban a aceptar la unión. La Iglesia solo sobrevivió a costa de desobedecer la voluntad del rey y a las autoridades reales: la Unión de Brest, en lugar de fortalecer el poder real, se convirtió en una carga más. Al igual que la Unión de Lublin, la unión eclesiástica produjo resultados contrarios a los esperados.

La lucha a favor y en contra de la unión no se limitó a las Dietas, sino que se extendió a un ámbito público mucho más amplio a través de una abundante «literatura polémica»: ataques y contraataques vertidos en una explosión de tratados y protestas por autores ucranianos y bielorrusos. Sin embargo, tanto los uniatas, los futuros greco-católicos, como los ortodoxos demostraron estar poco preparados para las discusiones teológicas serias, por lo que recurrían a la ayuda de sus partidarios polacos. Piotr Skarga, un jesuita que había asistido al Concilio de Brest, fue uno de los que utilizó su pluma en apoyo de la unión. El príncipe Ostrozki usó el talento de uno de sus clientes protestantes para contraatacar. Los autores protestantes se ocultaban bajo seudónimos (generalmente griegos) para subrayar sus credenciales ortodoxas y la autoridad de sus textos. En consecuencia, escribieron la mayoría de los primeros tratados en polaco, que siguieron utilizando incluso en el periodo posterior, cuando los autores locales comenzaron a escribir en su propia lengua, el ruteno.

Con el paso del tiempo, tanto los uniatas como los ortodoxos recurrieron cada vez más a eruditos de su entorno, que pudieran enfrentarse a la otra parte en cuestiones de política religiosa, historia de la Iglesia y teología. Entre los ortodoxos brilló Meletius (Meleti), hijo de Guerasim Smotritski, uno de los editores de la Biblia de Ostrig. El polifacético talento del joven Smotritski se manifestó también en su gramática de la lengua eslava eclesiástica, la primera, que se convirtió en la de referencia durante los dos próximos siglos. A juzgar por el número de publicaciones, los ortodoxos fueron más activos que los uniatas, quizás porque carecían de otros canales para defender su causa, así como del apoyo de los tribunales.

La Unión de Brest y el auge del movimiento cosaco provocaron un desplazamiento hacia el sur y el este de las dos principales fronteras culturales de Ucrania: la frontera entre cristianos y musulmanes y la frontera entre el cristianismo oriental y el occidental. Este desplazamiento provocó una serie de cambios importantes en la vida económica, social y cultural de Ucrania. Uno de los más emblemáticos fue que la ciudad de Kíiv volvió al centro de la historia ucraniana por primera vez desde la invasión mongola de mediados del siglo XIII. Cuatrocientos años después, en la primera mitad del siglo XVII, la antigua capital de la Rus se convertiría en el centro de la Reforma ortodoxa; es decir, de los esfuerzos del clero desde Constantinopla hasta Moscú por ponerse al día con la Reforma y la Contrarreforma en Europa, y seguir el mismo camino de renovación y perfección.

El renacimiento de Kíiv como centro religioso y cultural comenzó a principios del siglo XVII, cuando intelectuales ortodoxos de Galitzia se refugiaron en la antigua ciudad. Allí les resultaba más fácil llevar a cabo su labor religiosa y educativa que en el oeste de Ucrania, donde Varsovia presionaba cada vez más a los ortodoxos para que se adhirieran a la unión con Roma. La clave para convertir a Kíiv en un centro ortodoxo fue la continuidad del control ortodoxo (a pesar de la Unión de Brest) sobre el Monasterio de las Cuevas de Kíiv, la institución monástica más próspera de Ucrania y Bielorrusia. En 1615, el archimandrita Yeliséi Pletenetski trasladó a Kíiv la imprenta que antes gestionaba el obispo ortodoxo de Lviv. De Galitzia no solo llegó la imprenta, sino que también llegaron escritores, correctores e impresores que crearon un nuevo centro intelectual bajo la dirección y protección de Pletenetski. Ese mismo año se fundó en Kíiv una hermandad ortodoxa, que abrió una escuela propia, siguiendo el ejemplo de Lviv. Con el tiempo la escuela se convertiría en un colegio de estilo occidental, mientras que la imprenta publicaría once libros antes de la muerte del archimandrita Pletenetski en 1624. Para entonces, Kíiv había sustituido a Ostrig y Vilna como sede principal de la actividad

editorial ortodoxa.

Desde finales del siglo XVI la región al sur de Kíiv se había convertido en un feudo cosaco en todo menos en el nombre, lo que ayudó al ascenso de Kíiv como centro de actividades religiosas, educativas y culturales, opuesto a la autoridad católica polaca. Los cosacos contribuyeron al renacimiento de Kíiv principalmente de dos maneras. En primer lugar, su presencia minimizó la amenaza de las incursiones tártaras. Ahora la ciudad era un lugar mucho más seguro para que los disidentes religiosos vivieran y trabajaran, así como para los monjes y campesinos que cultivaban las tierras del Monasterio de las Cuevas a fin de producir los ingresos necesarios para financiar la publicación y la educación. En segundo lugar, cuando los monjes de Kíiv se vieron sometidos a la creciente presión del Gobierno polaco de Varsovia, los cosacos proporcionaron a los refugiados ortodoxos de Galitzia la protección que necesitaban. En 1610 su hetman prometió por escrito matar a un representante del metropolitano uniata enviado a Kíiv para convertir a los ortodoxos locales. Ocho años después los cosacos lo ahogaron en el Dniéper: las suyas no eran amenazas huecas. «Lo que otras naciones se esfuerzan por ganar con palabras y discursos, los cosacos lo consiguen con hechos», escribió el intelectual ortodoxo Iov Boretsky, que durante algún tiempo fue apologista de los cosacos.

Gracias a los cosacos fue posible consagrar a una nueva jerarquía ortodoxa, un acto crucial que salvó a la Iglesia de la extinción. Como el rey se negaba obstinadamente a permitir la entronización de nuevos obispos, la Iglesia se veía abocada a la desaparición. En el otoño de 1620, Petró Konashévich-Sagaidachni, el líder cosaco más conocido y respetado de la época, convenció al patriarca Teófanes de Jerusalén, que entonces viajaba por Ucrania, para que ordenara a nuevos obispos. La ceremonia de consagración no solo insufló nueva vida al metropolitanato ortodoxo, sino que restableció a Kíiv como capital eclesiástica. Ocurrió casi de manera espontánea. El rey Segismundo ii no reconoció al nuevo metropolitano Iov Boretsky, y emitió una orden de arresto para él y para el resto de la nueva jerarquía. Eso hizo que Boretsky no

pudiera vivir en Navagrudak, una ciudad cercana a Vilna donde habían residido los metropolitanos de Kíiv desde el siglo XIV. No tuvo más remedio que instalarse a orillas del Dniéper, el centro de la región del Dniéper controlada por los cosacos. La Iglesia ortodoxa tenía ahora su propio ejército en los cosacos, mientras que estos ganaban ideólogos ortodoxos y una imprenta para difundir su programa social y político. La alianza entre cosacos y ortodoxos se volvió especialmente preocupante para Varsovia en el otoño de 1632, cuando el ejército moscovita cruzó la frontera de la Mancomunidad en un intento de reconquistar Smolensk y otros territorios perdidos durante el Periodo Tumultuoso. La Mancomunidad de Polonia-Lituania no estaba preparada para la guerra, con pocas tropas para defender sus fronteras, casi como en 1621 cuando Sagaidachni había salvado al país en la batalla de Jotín. Para colmo, en la Mancomunidad reinaba la preocupación: Segismundo III había muerto en primavera, y la elección de un nuevo rey siempre era larga y difícil. Por otra parte, la muerte del monarca que había contribuido a la Unión de Brest supuso para las élites de la Mancomunidad tanto un problema como una oportunidad para encontrar nuevas formas de afrontar la crisis religiosa. Hacía tiempo que estaba claro que la unión, lejos de apaciguar las diferencias religiosas, había dividido a la sociedad de la Rus y puesto a muchos en contra del Gobierno.

La salida del atolladero, ideada en Varsovia, se denominó «Acomodación de la nación rutena de culto griego». La Iglesia ortodoxa recibiría un estatus oficial y los mismos derechos que la uniata. El acuerdo, alcanzado en la Dieta de la mancomunidad con representantes de la nobleza ortodoxa y con el apoyo de Vladislao IV, el futuro rey, benefició a ambas partes. A corto plazo, la Mancomunidad se aseguró la lealtad de los ortodoxos y la participación de los cosacos en la guerra de Smolensk contra el zarato moscovita. El reconocimiento de la Iglesia también abrió una brecha entre la jerarquía ortodoxa y los cosacos. La Iglesia ya no necesitaba la protección de estos últimos para sobrevivir y, en

adelante, se orientaría hacia Varsovia. Tal como lo veían los patrocinadores del acuerdo, el acercamiento de la Iglesia ortodoxa a las autoridades reales exigía un nuevo liderazgo eclesiástico. Para reforzar la «paz con Varsovia», los participantes ortodoxos en la Dieta eligieron a un nuevo metropolitano, Pedro Moguila, archimandrita del Monasterio de las Cuevas. Al entrar en Kíiv, Moguila arrestó a su predecesor y lo mandó encerrar en un sótano del Monasterio de las Cuevas. Antiguo oficial del ejército polaco, el nuevo líder ortodoxo sabía lo que se hacía. Como hombre del entorno de Smotritski y Boretsky, no le servían los cosacos y no se anduvo con miramientos con sus protegidos en la Iglesia. Además, contaba con el pleno apoyo de las autoridades reales, pues era el vástago de una familia gobernante. Pedro Moguila no era de sangre real, pero como hijo del gobernante ortodoxo (*gospodar*) del principado de Moldavia, era un miembro de la aristocracia de la Mancomunidad. Los panegiristas de Moguila lo celebraron como el nuevo líder de la Rus. Ocupó el lugar de príncipes como Ostrozki y de cosacos como Sagaidachni, a quienes los intelectuales ortodoxos habían glorificado como herederos y continuadores de los príncipes de Kíiv, Volodímir el Grande y Yaroslav el Sabio. Uno de los poetas, hablando «en nombre» de la catedral de Santa Sofía (legado arquitectónico del príncipe Yaroslav, reconstruido por Moguila), formuló su elogio con una pregunta retórica al metropolitano: «¿Recuerdas cuán famosa era la Rus, la cantidad de mecenas que tenía?». «Ahora son pocos; la Rus quiere tenerte.»

Moguila se dedicó con gran fervor a restaurar las iglesias construidas durante la Rus de Kíiv, y consiguió hacer mucho en este sentido. Sin embargo, a mediados del siglo XVII la «restauración» no era en absoluto lo que hoy entendemos con ese témino. Como muestra el exterior de la catedral de Santa Sofía incluso ahora, Moguila y sus arquitectos nunca intentaron volver a los modelos bizantinos originales. El nuevo estilo con el que «restauraron» sus iglesias vino de Occidente y estuvo influenciado por el barroco europeo. Santa Sofía, tal como la conocemos hoy, es un ejemplo perfecto de mezclas de estilos y tendencias culturales que definieron la esencia de las actividades de Moguila como

metropolitano. Aunque los frescos bizantinos embellecen su interior, la catedral tiene el aspecto de un templo barroco.

La occidentalización de la herencia bizantina y la adaptación de la Iglesia ortodoxa a los retos de la Reforma y la Contrarreforma fueron los motores de las innovaciones eclesiásticas y educativas de Moguila. Como en el caso de la arquitectura, no se trataba simplemente de que los modelos vinieran de Occidente, sino de que fueran también católicos. Los uniatas y los ortodoxos competían por emular la reforma católica, pero sin renunciar a su herencia bizantina. Mientras que los uniatas podían enviar a sus estudiantes a Roma y a los colegios jesuitas de Europa Central y Occidental, los ortodoxos no podían permitirse ese lujo. ¿Qué debían hacer estos últimos? Moguila abordó el reto con la fundación del primer colegio ortodoxo en Kíiv para adaptar el plan de estudios del colegio jesuita a sus necesidades. El colegio, creado en 1632, mediante la fusión de la escuela de la Hermandad de Kíiv y la del Monasterio de las Cuevas, más tarde pasó a llamarse Academia Moguila de Kíiv, y actualmente es una de las principales universidades de Ucrania. Al igual que en el siglo XVII, la academia es la universidad más occidental del país.

Moguila aseguró el papel de Kíiv como principal centro editorial en las tierras ortodoxas de la Mancomunidad y más allá. Los libros publicados en Kíiv en la década de 1640 se leían mucho más allá de las fronteras de Ucrania. Uno de ellos, el *Liturgicon*, fue el primer libro que sistematizó las prácticas litúrgicas ortodoxas. Otro, titulado *Confesión de la fe ortodoxa*, presentaba la primera discusión exhaustiva de los fundamentos de la fe ortodoxa y ofrecía respuestas a 260 preguntas como un catecismo. Fue redactada hacia 1640, aprobada por un concilio de patriarcas orientales en 1643 y publicada en Kíiv en 1645. Muy influenciada por los modelos católicos, *Confesión* se convirtió en una respuesta al catecismo de orientación protestante de 1633 en Constantinopla publicado por el patriarca Cirilo Lucaris de Constantinopla. La aprobación por parte de los patriarcas orientales la convirtió en una obra de referencia para todo el mundo ortodoxo, incluida Moscovia.

Los proyectos educativos y editoriales iniciados por Moguila tenían como objetivo principal la reforma de la ortodoxia de Kíiv. El clero bien formado, la confesión de fe claramente definida y las prácticas litúrgicas estandarizadas fueron acompañados por los esfuerzos del metropolitano por aumentar el poder de los obispos en la Iglesia, reforzar la disciplina eclesiástica y mejorar las relaciones con las autoridades reales. Todas estas medidas respondían a los retos de la Reforma y la Contrarreforma, que marcaron la confesionalización en toda Europa. Este término implicaba varios fenómenos interrelacionados. Durante la mayor parte del siglo XVI, todas las iglesias situadas a lo largo de la línea divisoria entre católicos y protestantes se dedicaron a formular profesiones de fe, a educar a sus clérigos, a reforzar la disciplina y a normalizar las prácticas litúrgicas en colaboración con las autoridades seculares. A mediados del siglo siguiente, bajo el liderazgo de Pedro Moguila, los ortodoxos se unieron a esta tendencia general europea.

Sorprendentemente, el papel clave en la Reforma ortodoxa no lo desempeñó Constantinopla, tampoco Moscú, sino Kíiv, una ciudad que apenas aparecía en el mapa del mundo ortodoxo desde la invasión mongola de 1240. Esta evolución se debe a una serie de razones, además de las expuestas anteriormente. Tras el Periodo Tumultuoso, los patriarcas de Moscú se vieron aislados no solo del mundo cristiano occidental, sino también del oriental, por considerar que no existía la verdadera religión fuera del zarato moscovita. Constantinopla, bajo el control de los otomanos, intentó llevar a cabo una reforma según el modelo protestante, pero no llegó muy lejos. En 1638, el patriarca Cirilo Lucaris, que nueve años antes había publicado una profesión de fe ortodoxa en latín (*Confessio*) muy influenciada por la doctrina protestante, fue estrangulado por orden del sultán, por haber instigado supuestamente un ataque cosaco contra el Imperio otomano. Ese mismo año, un concilio eclesiástico de Constantinopla lo anatematizó por sus opiniones teológicas. En la contienda entre Moguila y Lucaris y entre los modelos católico y protestante para la reforma de la ortodoxia, el modelo de Moguila salió victorioso.

Sus reformas tendrían un profundo impacto en el mundo ortodoxo durante otro siglo y medio.

La Unión de Brest dejó a la sociedad rutena (ucranianos y bielorrusos) de la Mancomunidad en general, y a las élites ucranianas en particular, divididas entre dos iglesias, una división que perdura en la Ucrania actual. Pero las luchas por el destino de la unión también hicieron que esa sociedad fuera mucho más consciente de sus puntos comunes, como la historia, la cultura y la tradición religiosa. A pesar de su ferocidad verbal y su ocasional violencia física, esa lucha contribuyó a formar una nueva cultura política y religiosa pluralista que permitía el debate y el desacuerdo. La ubicación de Ucrania en la frontera religiosa entre el cristianismo occidental y el oriental no produjo una Iglesia «fronteriza» que combinaba elementos de ambas tradiciones cristianas (una distinción que suele atribuirse solo a los uniatas), sino dos. Los ortodoxos también adoptaron las nuevas tendencias religiosas y culturales de Occidente cuando intentaron reformarse y adaptarse a las condiciones de las décadas posteriores a la Unión de Brest. A principios del siglo XVII, era aún más difícil que hoy trazar una línea clara entre Oriente y el Occidente cristiano en Ucrania.

La controversia sobre la Unión de Brest contribuyó a que la sociedad rus, a ambos lados de la barrera religiosa, despertara de un largo letargo intelectual. Entre los temas debatidos por los polemistas figuraban el bautismo de la Rus, la historia del metropolitanato de Kíiv, los derechos de la Iglesia y de las tierras de la Rus bajo el dominio de los duques lituanos, así como de los ortodoxos bajo la Unión de Lublin, y los decretos reales y las resoluciones de la Dieta de la época posterior. Para los que sabían leer y participaban en los acontecimientos políticos, sociales y religiosos de la época, los polemistas crearon un sentido de identidad propia que no había existido antes. Al margen de las discrepancias en materia de religión, todos los polemistas mostraban la más alta consideración por la entidad que llamaban

la nación rutena (*narod Ruski*), en interés de la cual, supuestamente, llevaban a cabo sus luchas.

10

La Gran Rebelión

El levantamiento cosaco, que comenzó en la primavera de 1648, y pasó a la historia con el nombre de la Gran Rebelión, fue la séptima gran insurrección cosaca desde finales del siglo XVI. La Mancomunidad había aplastado las seis anteriores, pero esta vez era demasiado grande para reprimirla. La guerra rediseñó el mapa político de Europa del Este y dio origen a un Estado cosaco que muchos consideran la base de la Ucrania moderna. También inició un largo periodo de de participación rusa en Ucrania que se considera el punto de partida en la historia de las relaciones entre Rusia y Ucrania como naciones separadas.

La Gran Rebelión comenzó exactamente igual que el primer levantamiento cosaco —liderado por Krzysztof Kosiński en 1591—: con una disputa por una concesión de tierras entre un magnate y Bogdán Jmelnitski, un pequeño noble que también era oficial cosaco. A sus cincuenta y tres años, era un improbable líder de la rebelión cosaca, pues había servido lealmente al rey en numerosas batallas, y se convertiría en comandante del ejército cosaco tras la insurrección de 1638. Después de que el criado de un destacado funcionario de la Mancomunidad le arrebatara su hacienda de Subotiv, Jmelnitski recurrió sin éxito a los tribunales. Además, sus poderosos adversarios lo encarcelaron. Escapó y se dirigió directamente al Sich de Zaporiyia, donde los cosacos rebeldes lo acogieron como a uno de los suyos y lo eligieron su hetman. Era marzo de 1648. La Paz Dorada había concluido; la Gran Rebelión había comenzado.

Hasta ese momento, los acontecimientos se asemejaban a los de anteriores levantamientos cosacos, pero Jmelnitski iba a cambiar el patrón habitual. Antes de marchar hacia el norte, capturar ciudades y enfrentarse al ejército de la Mancomunidad, se dirigió al sur en busca de aliados. En una dramática inversión de la política esteparia establecida, ofreció al kan de Crimea su amistad y una oportunidad. El cauteloso kan permitió a sus vasallos, la Horda de Nogái del norte de Crimea, unirse a los cosacos. Para Jmelnitski y los rebeldes cosacos, fue un gran golpe. Aunque la imagen popular del cosaco hoy en día es la de un hombre a caballo, a mediados del siglo XVII la mayoría de los cosacos eran, de hecho, soldados de infantería. Carecían de una caballería propia porque mantenerla era demasiado caro: solo los nobles podían permitirse mantener un caballo preparado para la batalla, a menudo más de uno. La nueva alianza de Jmelnitski con los tártaros, que luchaban a caballo, resolvió el problema de la caballería. A partir de entonces, los cosacos no solo podían tomar ciudades fronterizas mal fortificadas o defenderse en campamentos fortificados, sino también enfrentarse al ejército polaco en el campo de batalla.

La alianza no tardó en demostrar su eficacia. En mayo de 1648, las fuerzas cosacas y tártaras derrotaron a dos ejércitos polacos, uno cerca del río Zhovti Vodi (‘aguas amarillas’), cerca de los accesos septentrionales al Sich de Zaporiyia, y el otro cerca de la ciudad de Korsún, en la región del Dniéper medio. La clave del éxito cosaco, además de la participación de la caballería nogái (cerca de cuatro mil jinetes) en ambas batallas, fue la decisión de unos seis mil cosacos registrados de cambiar de bando, abandonar a sus amos polacos y unirse a la revuelta de Jmelnitski. El ejército permanente polaco fue completamente aniquilado. Sus dos comandantes principales, el gran hetman de la Corona y el hetman de campo de la Corona, así como cientos de oficiales, acabaron en cautiverio tártaro.

Mientras que el repentino éxito de los cosacos conmocionó a la Mancomunidad, Jmelnitski y sus partidarios más cercanos no podían estar más satisfechos. El hetman no sabía qué movimiento

hacer a continuación. En junio de 1648, con los ejércitos polacos desaparecidos y la Mancomunidad desorganizada, Bogdán Jmelnitski se tomó una especie de descanso estival y se retiró a su Chiguirín natal para pensar qué hacer. Pero los rebeldes se negaron a tomarse un descanso. Con los viejos cosacos registrados reunidos cerca de Bila Tserkva, una ciudad al sur de Kíiv, la revuelta popular se extendió con fuerza al resto de Ucrania. Inspirados por las noticias de las victorias cosacas, los campesinos y los habitantes de las ciudades se tomaron la justicia por su mano, atacaron las fincas de los grandes terratenientes, se enfrentaron a sus ejércitos privados en retirada, ajustaron cuentas con los nobles y persiguieron a los sacerdotes católicos. Sin embargo, fueron los judíos de Ucrania los que más sufrieron la revuelta campesina del verano de 1648.

Las primeras cartas que Jmelnitski envió a las autoridades al principio de la revuelta ya mencionaban a los arrendatarios judíos. El hetman cosaco se quejaba de las «intolerables injusticias» que sufrían los suyos a manos de los oficiales del rey, los coroneles —comandantes polacos de los cosacos registrados— e «incluso» los judíos. Jmelnitski mencionó a los judíos de pasada, situándolos en el tercer o incluso cuarto escalón de los enemigos de los cosacos, pero los rebeldes de la margen derecha de Ucrania, donde los judíos empezaron a sufrir ataques en masa en junio de 1648, tenían sus propias prioridades. Asaltaron y, a menudo, asesinaron a los judíos (especialmente a los hombres), lo que llevó a la destrucción de comunidades enteras, a las que prácticamente borraron del mapa en el transcurso de los tres meses del verano de 1648. No sabemos el número de víctimas, ya que desconocemos el número de judíos que vivían en la región antes de la revuelta, pero la mayoría de los estudiosos estiman las pérdidas judías entre 14.000 y 20.000 víctimas, una cifra muy elevada, teniendo en cuenta la época y el lugar. A pesar de su rápido desarrollo económico, la Ucrania del siglo XVII estaba relativamente poco poblada.

Los historiadores judíos y ucranianos del siglo XX han hecho mucho hincapié en las causas sociales subyacentes del antagonismo

antijudío en la Ucrania del Dniéper de ese periodo. La rivalidad entre comerciantes y artesanos judíos y cristianos en las ciudades y pueblos, así como el papel de los arrendatarios judíos como intermediarios entre los nobles y los campesinos, contribuyeron efectivamente a la violencia desatada por la revuelta cosaca. Pero no hay que perder de vista los motivos religiosos en los ataques a los judíos ucranianos. La religión era esencial para la identidad social a ambos lados de la división entre cristianos y judíos. No en vano, el cronista judío más conocido de las masacres, Nathan Hannover, llamó a los atacantes «griegos», refiriéndose a su religión ortodoxa, no a su nacionalidad. Algunos rebeldes se sentían en una misión religiosa para convertir a los judíos que habían escapado de la masacre. La conversión forzada al cristianismo salvó la vida de muchos hombres judíos. Algunos de ellos se unieron a las filas cosacas, mientras que otros volvieron al judaísmo una vez que la amenaza de aniquilación terminó.

Cuando Jmelnitski y sus ejércitos empezaron a desplazarse al oeste del Dniéper en el otoño de 1648, habían aniquilado a los judíos, a los nobles polacos y a los sacerdotes católicos en toda la región hasta los bastiones polacos de Kamianets en Podolia y Lviv en Galitzia. Los uniatas también desaparecieron, ya fuera retirándose hacia el oeste o convirtiéndose a la ortodoxia. Esto último era fácil de hacer, ya que las dos iglesias cristianas orientales solo se diferenciaban en la jurisdicción. Pocas personas entendían o se preocupaban por los dogmas. El ejército polaco recién reunido intentó detener la marcha conjunta cosaco-tártara hacia el oeste, pero sufrió otra gran derrota en Piliavtsi, Podolia. A finales de año, unidades cosacas y tártaras asediaban Lviv y la ciudad de Zamość en la frontera étnica polaco-ucraniana. Pero no avanzaron mucho más. Las consideraciones políticas dictaron el fin de la ofensiva, no las militares, ya que no había tropas entre los ejércitos cosacos y Varsovia.

La nueva agenda de Bogdán Jmelnitski ya no era la mera defensa de los derechos y privilegios de los cosacos, como en los primeros

meses de la revuelta, pero tampoco lo era la destrucción de la Mancomunidad. El hetman cosaco expuso su nuevo programa durante las negociaciones con los emisarios polacos que lo visitaron en enero y febrero de 1649 en la ciudad de Pereiáslav, al sureste de Kíiv. Jmelnitski declaró que ahora era el único dueño de la Rus y amenazó con expulsar a los polacos más allá del río Vístula. Jmelnitski debía pensar en sí mismo como heredero de los príncipes de la Rus de Kíiv.

Tal era su estado de ánimo que se dispuso a preparar una entrada triunfal en Kíiv en enero de 1649. Allí el metropolitano de Kíiv saludó al hetman, al igual que el patriarca de Jerusalén, que se dirigió a Jmelnitski como a un príncipe y le dio su bendición para la guerra contra los polacos. Los profesores y alumnos de la Academia de Kíiv, creada por Moguila, estaban impacientes por dar la bienvenida al nuevo líder de la Rus. Le llamaron Moisés por haber liberado a la nación rusa de la esclavitud polaca, una distinción que nunca se atrevieron a conceder a su anterior patrón, el metropolitano Moguila, que había muerto dos años antes, en diciembre de 1647. El hetman cosaco asumía el liderazgo de toda la nación, ya no luchaba solo por los derechos de los cosacos. La manera de asegurar los derechos de la nación de la Rus era crear un «principado» o un Estado. Se trataba de un acontecimiento revolucionario. Los cosacos, que habían surgido al margen de la sociedad, en oposición a una política establecida, pensaban ahora en crear un Estado propio.

Las fronteras del nuevo Estado se dibujarían en la batalla, y la batalla más crucial para ese proceso se libró en el verano de 1649 cerca de la ciudad de Zboriv, en Podolia. Allí, las fuerzas de Jmelnitski, ayudadas por los tártaros de Crimea al mando de kan İslâm iii Giray, atacaron al ejército del nuevo rey polaco, Juan ii Casimiro. La batalla se saldó con la victoria de los cosacos, que, con la ayuda de sus aliados de Crimea, obligaron a los oficiales polacos a firmar un acuerdo que otorgaba el reconocimiento, por parte de la Corona, de un Estado cosaco oficialmente autónomo y verdaderamente independiente dentro de la Mancomunidad. El rey aceptó aumentar el registro de cosacos a 40.000 (en realidad, el

ejército cosaco en Zboriv alcanzó una fuerza de 100.000 cosacos, campesinos y ciudadanos armados). Los cosacos obtuvieron el derecho a residir —en la práctica, a gobernar— en los tres palatinos orientales de la Mancomunidad. Se trataba de los tres palatinos orientales —Kíiv, Brátslav y Cherníguiv—, que constituían el territorio del nuevo Estado cosaco que pasó a la historia como Hetmanato. Una buena parte de su territorio se encontraba en las estepas que, décadas antes, los cartógrafos polacos y franceses habían llamado «Ucrania». Pronto el Hetmanato pasaría a conocerse con ese nombre.

El jefe del nuevo Estado, así como su comandante militar, era el hetman. Gobernaba el reino cosaco con la ayuda de su estado mayor, que incluía un canciller, un comandante de artillería, un juez y otros oficiales. La democracia militar cosaca de los primeros tiempos, que también había sido esencial en los primeros meses de la sublevación, empezaba a ser cosa del pasado. Los consejos generales en los que todo cosaco tenía derecho a participar dieron paso a los consejos de coroneles y miembros del estado mayor, que decidían los asuntos de mayor importancia. Como la revuelta contra el sistema de latifundios había destruido la antigua economía y matado o expulsado a sus principales actores, incluidos los judíos, y ahora que los campesinos se habían declarado cosacos y se negaban a trabajar los campos de la nobleza, el nuevo Estado llenaba su tesorería con la ayuda del botín de guerra, los derechos de aduana y el impuesto aplicado a los molinos de grano.

El antiguo sistema administrativo de la Mancomunidad se mantuvo en teoría, y el cargo de palatino de Kíiv recayó en un noble ortodoxo leal al rey, pero en realidad gobernaba el hetman cosaco, sin siquiera informar al rey de sus acciones. En las zonas bajo su control, los cosacos introdujeron un sistema administrativo basado en su experiencia en zonas fronterizas y una organización social de tipo militar, influenciada por los modelos militares/administrativos del Imperio otomano. Dividieron el territorio del Hetmanato en «regimientos», y nombraron a un coronel como responsable de los órganos administrativos, judiciales y fiscales, pero, sobre todo, de la organización militar de cada regimiento.

Cada uno de los veinte regimientos, que llevaban el nombre de la ciudad principal en la que se encontraban, estaba obligado a formar un regimiento militar cosaco listo para cualquier batalla. La misma combinación de poderes militares, administrativos y judiciales en una sola oficina se introdujo en el ámbito de las ciudades y pueblos más pequeños. Los capitanes cosacos los dirigían y se encargaban principalmente de reunir una compañía (un «centenar») en tiempos de guerra.

La alianza con los tártaros de Crimea hizo posible las victorias cosacas de los dos primeros años de la revuelta. Esta alianza hizo que Jmelnitski entrara en la red geopolítica del Imperio otomano, que tenía una serie de dependencias en la región norte del mar Negro. Estas incluían Crimea, Moldavia y Valaquia (parte de la actual Rumanía), y sus relaciones con Estambul proporcionaron a Jmelnitski un modelo para establecer su independencia del rey sin perjuicio del Estado cosaco que tanto le había costado conseguir. La Ucrania cosaca estaba dispuesta a unirse a otras dependencias otomanas como protectorado de los sultanes, y esa fue la esencia de las negociaciones que Jmelnitski llevó a cabo con Estambul en la primavera y el verano de 1651. Preparándose para otro gran enfrentamiento con la Mancomunidad, llegó a firmar un documento que reconocía la soberanía del sultán.

A cambio, Jmelnitski quería protección inmediata: tropas otomanas sobre el terreno, atacando al ejército polaco como habían hecho en Ţuţora, en 1620, y en Jotín, en 1621. Sin embargo, los otomanos estaban inmersos en batallas navales contra los venecianos y, en lugar de enviar sus propias tropas, los consejeros del nonagenario sultán Mehmed IV ordenaron al kan de Crimea que proporcionara apoyo militar a Jmelnitski. Esto no era lo que el hetman había deseado: los crimeos estaban jugando su propio juego, trataban de mantener el conflicto en la región el mayor tiempo posible para evitar que los cosacos lograran una victoria decisiva sobre la Mancomunidad. Así había ocurrido en Zboriv en 1649, donde el kan había negociado la paz con el rey en

lugar de ayudar a Jmelnitski a derrotar al ejército polaco. La misma situación podría repetirse fácilmente ahora.

De hecho, así fue, y en las peores circunstancias posibles. En el verano de 1651, en una batalla cerca de la ciudad de Berestechko, en Volinia, los tártaros de Crimea abandonaron el campo de batalla en mitad de la contienda, lo que permitió el asedio y la aniquilación del núcleo del ejército cosaco. Jmelnitski, que se había retirado con el kan, se convirtió en rehén de su aliado hasta que se liberó, reorganizó su defensa e impidió la completa destrucción del Estado cosaco. Su dependencia de los tártaros de Crimea había resultado en un total desastre. En el otoño de 1651, Jmelnitski negoció un nuevo acuerdo con la Mancomunidad: el registro de cosacos se reduciría a la mitad, a 20.000 hombres, y su territorio cosaco se limitaría al palatinado de Kíiv; los de Brátslav y Cherníguiv volverían a la jurisdicción directa de la Mancomunidad. Al no cumplirse esta condición, era obvio que se avecinaba otra guerra.

El Estado cosaco necesitaba nuevos aliados, y Jmelnitski se centró en especial en el principado de Moldavia, que, aunque oficialmente era un Estado vasallo de los otomanos, tradicionalmente había mantenido un equilibrio entre Estambul y Varsovia. En 1650, el hetman cosaco forzó a Moldavia a una alianza formal mediante el envío de un ejército cosaco allí, y convenció al gobernante moldavo, Vasile Lupu, a prometer a su hija Roxanda en matrimonio con el hijo de Jmelnitski, Tymish. Tras la derrota cosaca en Berestechko, Lupu intentó sin éxito romper el compromiso. En 1652, Jmelnitski volvió a enviar a miles de cosacos «casamenteros» a Moldavia. De camino derrotaron a un gran ejército polaco en la batalla de Batig, y luego celebraron la boda de Tymish y Roxanda en la corte de Vasile Lupu. Con este recurso, Jmelnitski se unió a las filas de los gobernantes con reconocimiento internacional.

Sin embargo, había límites a lo que Jmelnitski podía conseguir aliándose con los otomanos y sus territorios. Esto se hizo dolorosamente evidente en el otoño de 1653, cuando los cosacos se enfrentaron al ejército real cerca de la ciudad de Zhvanets, en

Podolia. Una vez más, los tártaros de Crimea estuvieron de su lado e impidieron que los cosacos ganaran la batalla. Terminó exactamente como deseaba el kan de Crimea, sin un resultado decisivo. El Reino de Polonia y el Hetmanato cosaco volvieron al acuerdo que habían alcanzado en Zboriv: un registro cosaco de 40.000 personas y tres palatinados bajo control cosaco. Todo el mundo sabía que se trataba de otro alto el fuego, no de un compromiso significativo con una paz duradera. Los cosacos querían toda Ucrania y partes de Bielorrusia, mientras que el rey, y especialmente la Dieta, se resistían a reconocer el dominio cosaco, incluso sobre los tres principados orientales que ya controlaban.

Jmelnitski y el Estado cosaco necesitaban nuevos aliados. Llegar a un compromiso con las autoridades de la Mancomunidad resultaba imposible, y los cosacos no podían sobrevivir solos en un conflicto con un enemigo tan poderoso. Los crimeos les habían permitido hacer frente a los polacos, pero no derrotarlos. Los otomanos no estaban dispuestos a comprometer a sus tropas, y la alianza con Moldavia terminó en una tragedia personal para Jmelnitski. En septiembre de 1653, su hijo mayor, Tymish, de veintiún años, murió defendiendo la fortaleza de Suceava (en la actual Rumanía) contra las fuerzas unidas de Valaquia y Transilvania, cuyos líderes estaban descontentos con la alianza Jmelnitski-Lupu. A finales de diciembre de 1653, Jmelnitski enterró a su hijo en su finca de Subotiv, cerca de Chiguirín. Una leyenda afirma que el entierro tuvo lugar en la iglesia de San Elías, un ejemplo de arquitectura barroca en las estepas cosacas que aún sobrevive y aparece en los billetes ucranianos. Con el entierro de Tymish, también vencieron los planes del anciano hetman de integrar su país en la red política otomana.

El punto de inflexión en la internacionalización de la rebelión de Jmelnitski se produjo el 8 de enero de 1654 en la ciudad de Pereiáslav. Ese día, Bogdán Jmelnitski y un grupo de oficiales cosacos reunidos apresuradamente juraron lealtad al nuevo soberano de Ucrania, el zar Alekséi Románov de Moscovia. Ahí

comenzó la larga y compleja historia de las relaciones ruso-ucranianas. En 1954, la Unión Soviética celebró por todo lo alto el tricentenario de la «reunificación» de Ucrania y Rusia, dando a entender que toda Ucrania había elegido reintegrarse a Rusia en Pereiáslav y aceptado la soberanía del zar. Sin embargo, lo que realmente ocurrió en 1654 no fue ni la reunificación de Ucrania con Moscovia (que sería rebautizada como «Rusia» por Pedro i) ni la reunión de dos «pueblos hermanos», como sugieren los historiadores soviéticos. Nadie en Pereiáslav o Moscú pensaba o hablaba en términos étnicos en 1654.

El discurso de Bogdán Jmelnitski ante el consejo de oficiales cosacos, que quedó registrado en los archivos de la embajada de Moscú, nos da una idea de cómo el hetman ucraniano presentó y explicó sus acciones:

> Hemos convocado un consejo abierto a toda la población para que, junto con nosotros, elijan a un soberano de entre los cuatro: el primero es el zar [sultán] turco, que a menudo ha apelado a través de sus enviados para que nos sometamos a su gobierno; el segundo es el kan de Crimea; el tercero es el rey polaco que, si lo deseamos, nos aceptará de nuevo en su favor; el cuarto es el soberano ortodoxo de la Gran Rus, el zar y gran príncipe Alekséi Mijáilovich, el soberano oriental de toda la Rus, a quien desde hace seis años hemos rogado con incesantes peticiones. ¡Escoged, pues, al que deseéis!

Sin duda, Jmelnitski estaba jugando. La elección ya estaba hecha: él y los oficiales cosacos se habían decidido por el soberano de Moscovia. Según el informe de la embajada, el hetman argumentó apelando a la solidaridad ortodoxa de sus oyentes. Los participantes en el consejo gritaron su deseo de tener como gobernante al zar ortodoxo «oriental».

Se parecía a una de las muchas alianzas de base religiosa de la Reforma y la Contrarreforma: la Guerra de los Treinta Años, en la que los países de Europa se alinearon en gran medida en función de sus propias identidades religiosas, había terminado solo cinco años antes. No tiene sentido culpar a las élites moscovitas ni a sus homólogos ucranianos por no considerarse hermanos y miembros

de la misma nación rusa. Ambas partes necesitaron intérpretes para entenderse, y las cartas de Jmelnitski al zar han sobrevivido en los archivos rusos, en su mayoría en traducciones realizadas por intérpretes oficiales. La tradición de la Rus de Kíiv, representada por la memoria histórica y las creencias religiosas, seguía existiendo, pero solo tomaba forma a través de su presencia en unas pocas crónicas manuscritas.

Cuatro siglos de existencia, sometidos a diferentes condiciones políticas y bajo el dominio de diferentes Estados, habían endurecido las antiguas diferencias lingüísticas y culturales que dividían a las actuales Bielorrusia y Ucrania de la futura Rusia. Estas diferencias salieron a la luz cuando Jmelnitski y los coroneles decidieron discutir las condiciones del acuerdo con el enviado ruso, Vasili Buturlín; este les había dicho que el zar los trataría mejor que el rey, pero se negaba a negociar. Jmelnitski objetó diciendo que estaban acostumbrados a negociar con el rey y sus funcionarios, pero Buturlín respondió que el rey polaco, al ser un monarca electo, no era igual al zar ruso, que lo era por herencia. También se negó a prestar juramento con respecto a las amplias promesas que había hecho a los cosacos: el zar, dijo Buturlín, no jura a sus súbditos. Jmelnitski, que quería que las tropas moscovitas entraran en combate lo antes posible, aceptó jurar lealtad al zar a pesar de la falta de reciprocidad formal.

Los cosacos consideraron el Tratado de Pereiáslav como un contrato con obligaciones vinculantes para ambas partes. En lo que respecta a Jmelnitski, él y su comunidad entraban como en un protectorado bajo la autoridad del zar. Había prometido lealtad y servicio militar a cambio de la protección ofrecida por Moscovia. El zar, sin embargo, consideraba a los cosacos como nuevos súbditos con los que no tenía ninguna obligación después de haberles concedido ciertos derechos y privilegios. En cuanto a su derecho al nuevo territorio, pensaba en términos dinásticos. Para él y su cancillería, el zar se apoderaba de su patrimonio: las ciudades de Kíiv, Cherníguiv y Pereiáslav.

Independientemente de la base legal e ideológica del acuerdo de Pereiáslav, el zar cumplió la promesa de Buturlín y concedió a los cosacos lo que el rey polaco nunca había aceptado darles: el reconocimiento del Estado cosaco, un registro de 60.000 personas y un estatus privilegiado para el patrimonio cosaco. También reconoció las libertades de las que disfrutaban otros estratos sociales bajo el gobierno de los reyes polacos.

Sobre todo, el acuerdo sentó las bases de una alianza militar. El territorio cosaco no tenía una frontera occidental delimitada: podían llegar hasta donde los llevaran sus sables. Los ejércitos moscovita y cosaco hicieron la guerra contra la Mancomunidad en frentes separados: los cosacos, ayudados por un cuerpo moscovita, llevaron a cabo ofensivas en Ucrania hasta las fronteras con el Reino de Polonia, y las tropas moscovitas lanzaron una ofensiva cerca de Smolensk y avanzaron hacia el oeste a través de Bielorrusia y luego hacia Lituania, al norte de la frontera de Lublin entre el Gran Ducado y el reino. La ofensiva conjunta de las tropas moscovitas y cosacas dio resultados inesperados. Mientras que en 1654 las tropas polacas y lituanas, ayudadas por el kan de Crimea, habían logrado resistir la ofensiva desde el este, en el verano y el otoño de 1655 la contraofensiva polaco-lituana se derrumbó: los cosacos volvieron a rodear Lviv y las tropas moscovitas entraron en Vilna, la capital del Gran Ducado.

Se abrió así un capítulo conocido en la historia polaca como el Diluvio. No solo los ejércitos moscovitas y cosacos se adentraron en la Mancomunidad, sino que en julio de 1655 los suecos lanzaron una ofensiva a través del mar Báltico. En octubre, tanto Varsovia como la antigua capital polaca de Cracovia estaban en manos de Suecia. Alarmados por la perspectiva de un colapso general de Polonia y una dramática expansión sueca, que ahora reclamaba las regiones del Gran Ducado de Lituania conquistadas por las tropas moscovitas, en el otoño de 1656 los diplomáticos moscovitas concluyeron un acuerdo con la Mancomunidad en Vilna que ponía fin a las hostilidades polaco-moscovitas. Jmelnitski y los oficiales cosacos se enfurecieron porque se les negó el acceso a las negociaciones. La paz con Polonia dejaría a los cosacos solos

con su tradicional enemigo. En lo que a ellos respecta, el zar faltaba a su principal obligación según el acuerdo de Pereiáslav: la protección militar de sus súbditos.

Bogdán Jmelnitski ignoró el acuerdo moscovita-polaco y envió a su ejército a ayudar a un aliado de Suecia, el gobernante protestante de Transilvania, en su lucha contra los polacos. Ahora, incluso la alianza militar entre el zar y los cosacos estaba en duda. Jmelnitski había buscado nuevos aliados desde la entrada de Suecia en la guerra con Polonia, y los suecos parecían decididos a destruir la Mancomunidad, algo que Jmelnitski también deseaba. Ante lo que el hetman interpretó como la traición del zar a Ucrania, las negociaciones para establecer un acuerdo ucraniano-sueco que pusiera fin a la Mancomunidad y asegurara la inclusión no solo de Ucrania, sino también de partes del actual territorio bielorruso en el Estado cosaco, cobraron un nuevo impulso.

Sin embargo, Jmelnitski no vivió para ver el resultado de la nueva alianza internacional. Murió en agosto de 1657, dejando al Estado que había creado y a los cosacos que había liderado en una encrucijada. Aunque Jmelnitski creía que su alianza con el zar ya había llegado a su fin, cumplió formalmente el acuerdo suscrito en Pereiáslav. Los acontecimientos que allí se produjeron se convirtieron en una parte importante del extenso y contradictorio legado del viejo hetman. Los cronistas cosacos del siglo XVIII lo celebraron de forma muy similar a como lo hicieron los profesores y estudiantes de la Academia de Kíiv cuando entró en la ciudad en diciembre de 1648. Lo elogiaron como el padre de la nación, el liberador del yugo polaco y como el hetman que negoció el mejor acuerdo posible con el zar: los artículos de Bogdán Jmelnitski, aprobados por el zar después de Pereiáslav, se consideraron como la Carta Magna de las libertades ucranianas en el Imperio ruso.

11

Las particiones

La rebelión de Jmelnitski desencadenó un largo periodo de guerras que llevó a muchos historiadores a denominar las décadas posteriores a la revuelta como la Ruina. Aunque la destrucción y la despoblación de las tierras ucranianas, sobre todo en la margen derecha del río Dniéper, supusieron un duro golpe para la vida económica, política y cultural de la región, la principal consecuencia de estas guerras a largo plazo fue la división de Ucrania a lo largo del Dniéper entre Moscovia y Polonia. La frontera del Dniéper se convirtió en un factor extremadamente importante en la historia ucraniana de principios de la Edad Moderna, y algunos incluso la consideran relevante hoy, dada su influencia en las preferencias culturales, y a veces políticas, de los ucranianos de ambos lados de la antigua frontera polaca.

La visión de Bogdán Jmelnitski del Estado cosaco era la de un territorio en expansión y no fragmentado. Sin embargo, las diferencias entre la clase de los oficiales cosacos, que acabaron provocando divisiones en el Hetmanato, se hicieron evidentes poco después de la muerte del anterior hetman en agosto de 1657. El desencadenante fue la impugnación de la sucesión al cargo más alto del país, un problema que asoló a más de un régimen en las épocas medieval y moderna. Jmelnitski pensaba crear su propia dinastía y, poco antes de morir, consiguió que se eligiera hetman a su hijo Yuri, un joven de dieciséis años enfermizo que sufría ataques ocasionales de epilepsia. Lo que ocurrió a continuación no sorprenderá a nadie que haya leído *Borís Godunov*, de Aleksandr

Pushkin. Un experimentado cortesano, designado como regente del joven, lo destituyó —en el caso ucraniano, sin derramar una gota de sangre— y se las ingenió para urdir su propia elección al liderazgo.

El drama que conduciría a las particiones había comenzado. Aunque Jmelnitski había esperado que la sucesión en el Hetmanato funcionara como en Polonia, con sucesivos miembros de la misma dinastía elegidos para el trono, el sistema adoptado no iba mucho más allá del aplicado en Moldavia, donde los nuevos líderes eran elegidos y descartados según la voluntad o la aprobación de los otomanos. A diferencia de Moldavia, surgirían tres grandes potencias que se disputarían Ucrania: la moscovita, la polaca y la otomana. Al margen de quién ganara, la pérdida de los cosacos sería invariable. Su sistema de sucesión era profundamente disfuncional y servía para desestabilizar toda la región.

El hombre que tomó el mando del Hetmanato tras destituir a Yuri Jmelnitski en el otoño de 1657 fue Iván Vigovski. Su trayectoria vital y su carrera no podían ser más diferentes de las de Bogdán Jmelnitski. Nacido en el seno de una próspera familia ortodoxa, Vigovski no tuvo dificultades para que se le reconociera su condición de noble. Su elección como hetman representó una victoria para los nobles de la élite cosaca frente a los oficiales, que eran veteranos del registro cosaco anterior a 1648. En este sentido, fue muy reveladora la elección de un nuevo canciller general. El puesto no recayó en un oficial cosaco veterano, sino en un magnate ucraniano cuyas tierras rivalizaban con las de los príncipes Vishnevetski. Su nombre era Yuri Nemirich.

Excepcionalmente educado para los estándares de la época, Nemirich pertenecía al ala radical de la Reforma polaca, el grupo conocido como Antitrinitarios. (Uno de los fundadores de la Iglesia Unitaria, Joseph Priestley, llevaría sus opiniones religiosas a Estados Unidos a finales del siglo XVIII.) Nemirich había estudiado en una escuela antitrinitaria de Polonia y luego se trasladó a Europa Occidental, donde siguió cursos en las universidades de

Leiden, Basilea y, según algunas fuentes, Oxford y Cambridge. En la época del Diluvio en Polonia, había estado del lado de un compañero protestante, el rey Carlos x de Suecia. Sin embargo, pronto se desilusionó con los suecos y se convirtió a la ortodoxia, se hizo amigo de Bogdán Jmelnitski y se trasladó a la Ucrania cosaca, cerca de sus posesiones, que el hetman le había devuelto.

Muchos en las filas cosacas estaban descontentos con el ascenso al poder de la facción noble liderada por Iván Vigovski. Los cosacos establecidos más allá de los rápidos del Dniéper expresaron claramente su desaprobación. Habían elegido al hetman Jmelnitski en la primavera de 1648. Desde entonces, el nuevo Estado cosaco que había nacido al norte de las estepas, en la zona del Dniéper medio, les había arrebatado no solo el derecho exclusivo a elegir al hetman, sino también su propio nombre. El Hetmanato pasó a llamarse de forma oficial Hueste de Zaporiyia. Los zapórogos, ahora marginados, argumentaron que la elección de un nuevo hetman debía tener lugar más allá de los rápidos. Cuestionaron la legitimidad de la elección de Vigovski, y algunos coroneles cosacos estaban dispuestos a escucharlos e incluso a ofrecerles su apoyo. No menos importante fue el estímulo de Moscú en la oposición a Vigovski al reconocer el derecho de los cosacos zapórogos a comunicarse directamente con los funcionarios del zar. Las autoridades moscovitas trataron de explotar la división en las filas cosacas para debilitar al hetman y hacerlo menos independiente que su predecesor, Bogdán Jmelnitski.

Vigovski no aceptaría ninguno de estos argumentos. En junio de 1658, su ejército, apoyado por los tártaros de Crimea, se enfrentó a los zapórogos y a sus aliados entre los cosacos del Hetmanato cerca de la ciudad de Poltava, en la margen izquierda de Ucrania. Vigovski salió victorioso, pero el balance de bajas fue terrible. Según algunas estimaciones, murieron cerca de 15.000 personas. Era la primera vez desde 1648 que los cosacos se enfrentaban entre sí, estableciendo un precedente que llegaría a arruinar su Estado. Vigovski no dudaba de que Moscú estaba detrás de los rebeldes, pero ¿cómo debía protegerse?

El hetman creía, al igual que Jmelnitski, que había firmado un acuerdo condicional con el zar (lo llamaba «subordinación voluntaria») y que podía renunciar a él si el zar no cumplía su parte del trato. El zar, por su parte, no creía en las condiciones: las únicas condiciones que reconocía eran las que podía imponer a sus súbditos. Aunque insatisfecho con su acuerdo con el zar de Moscovia, Jmelnitski no veía otra alternativa que recurrir a los suecos y los otomanos. Entretanto, sus sucesores descubrieron otra opción: un nuevo acuerdo con Polonia. Eran parte integrante del sistema político polaco, conocían sus puntos fuertes y débiles, y creían que un acuerdo que reincorporara a su país a la Mancomunidad como entidad autónoma no solo era deseable, sino posible.

En septiembre de 1658, Vigovski convocó un consejo cosaco en la ciudad de Gádiach, en la margen izquierda, que aprobó las condiciones que permitirían al Hetmanato volver a la jurisdicción de los reyes polacos. El acuerdo resultante, llamado Tratado de Gádiach, fue obra de Yuri Nemirich, mano derecha de Vigovski. El tratado supuso la realización de los sueños alimentados por la nobleza ucraniana de la primera mitad del siglo XVII. En las luchas por la Unión de Brest, los nobles ortodoxos habían desarrollado una interpretación anacrónica de la Unión de Lublin, que veían como un acuerdo que reconocía no solo al Gran Ducado de Lituania, sino también a las tierras de la Rus de Polonia-Lituania como socio igualitario en la Mancomunidad. Ahora, Nemirich había decidido hacer realidad esa visión convirtiendo el Hetmanato en el principado de la Rus, que, junto con Polonia y Lituania, se uniría a la Mancomunidad como un tercer socio en igualdad de condiciones.

La Gran Rebelión había hecho que algunos miembros de la élite polaca fueran más receptivos que nunca a la idea de un principado de la Rus, pero el nacimiento de una autoridad cosaca también dificultó la reincorporación de un reino que había desarrollado su propia organización política y social. Así,

respondiendo a las demandas anteriores a 1648 de la élite cosaca, el Tratado de Gádiach ofreció de forma inmediata el estatus de nobleza a mil familias cosacas y, después, a otras cien por año en cada uno de los regimientos. Además de satisfacer las demandas sociales de los cosacos, el tratado también abordaba las preocupaciones religiosas de estos y las de los nobles. Solo los ortodoxos tendrían derecho a ocupar cargos administrativos en el nuevo principado. Curiosamente, el tratado también contenía una cláusula relativa a la Academia de Kíiv fundada por Pedro Moguila, reconociéndola como tal. Los nobles que negociaron el acuerdo por parte de los cosacos estaban claramente interesados en algo más que los derechos de los cosacos.

La noticia de la firma del tratado con Polonia llevó al zar a hacer un llamamiento a los cosacos para que se rebelaran contra el «traidor» Vigovski. Las tropas moscovitas y los cosacos enemigos de Vigovski, incluidos los zapórogos, tomaron el control de la parte sur del Hetmanato. En la primavera de 1659, Vigovski hizo su propio llamamiento, explicando que el zar estaba violando su acuerdo con los cosacos al privarlos de sus derechos y libertades. Convocó a sus aliados de Crimea y atacó al ejército moscovita, que entretanto había avanzado. La batalla de Konotop, que tuvo lugar en la actual frontera ruso-ucraniana en junio de 1659, se saldó con una espectacular victoria de Vigovski. El ejército moscovita, de unos 70.000 efectivos, fue derrotado, con la muerte de hasta 15.000 soldados y la aniquilación de la flor y nata de la caballería. Los tártaros siguieron su avance y saquearon las tierras fronterizas del sur de Moscovia, mientras corría el rumor en la ciudad de que el zar estaba a punto de abandonar la capital.

Vigovski no se movió de allí. A pesar de la victoria en Konotop, las guarniciones moscovitas en Ucrania resistieron, y la revuelta cosaca contra Vigovski cobró fuerza. Las noticias sobre la ratificación del Tratado de Gádiach por parte de la Dieta polaca le dieron un nuevo impulso. La versión del tratado aprobada por la Dieta no cumplía una serie de promesas hechas a Vigovski por los negociadores polacos. Limitó las tierras del nuevo principado a los palatinos de Kíiv, Brátslav y Cherníguiv, aunque el hetman

también quería el territorio correspondiente a la actual Ucrania occidental, incluyendo Volinia y Podolia. También limitó el registro de cosacos a 30.000, junto con 10.000 mercenarios, para un total de 40.000 combatientes, es decir, 20.000 menos de los que Jmelnitski había negociado con el zar justo después de Pereiáslav. Yuri Nemirich fue a Varsovia en persona para defender el tratado ante la Dieta. «Nacimos libres, crecimos libres y, como hombres libres, volvemos», dijo a los representantes. Estos aprobaron la unión, pero no en la forma que habían querido Nemirich y Vigovski. Cuando Vigovski recibió el texto final de manos del emisario, Vigovski le dijo que le había llevado la muerte.

La mayoría de la élite cosaca veía ahora a Vigovski como un traidor. Nemirich había muerto en una escaramuza con los oponentes de Vigovski. Los otros delegados cosacos enviados a la Dieta polaca fueron ejecutados en un consejo cosaco convocado por los enemigos del hetman. El propio Vigovski se había visto obligado a huir. Había ganado todas las batallas tanto contra sus oponentes, como Poltava, como contra las fuerzas moscovitas en Konotop, pero había perdido la batalla dentro de sus propias filas por las relaciones con Polonia. Al dejar el cargo de hetman, se marchó a Ucrania occidental, donde se convirtió en capitán de Bar, en Podolia, al tiempo que mantenía su título de palatino de Kíiv y el escaño en el Senado polaco que le correspondía. Esta fue la única cláusula del Tratado de Gádiach que se aplicó de manera efectiva.

El Hetmanato de Vigovski inició un nuevo capítulo en la historia de la Ucrania cosaca, un periodo marcado por luchas internas y guerras fratricidas. Dado que las fuerzas cosacas eran insuficientes para defender el Hetmanato, quien ostentaba el cargo de hetman tenía que mantener unidas las filas cosacas al tiempo que controlaba constantemente a los principales poderes de la región. Era una tarea que pocos podrían haber llevado a cabo. Jmelnitski había conseguido mantener a raya a los oficiales cosacos con duras medidas disciplinarias, como encadenar a los alborotadores a los cañones, al igual que hizo con el agitador de las masacres de 1648, el coronel Maksim Krivonis, o incluso ordenar la

ejecución de los rebeldes cosacos. Vigovski había fracasado en su intención de mantener el reino cosaco unido. La tarea pasó de nuevo al hijo de Bogdán Jmelnitski, Yuri, que fue reelegido para el Hetmanato tras la destitución de su predecesor. La dinastía había vuelto, pero los problemas de Ucrania estaban lejos de solucionarse.

Yuri Jmelnitski llegó al poder en el otoño de 1659 con el apoyo de los oficiales cosacos, que creían que podrían llegar a un acuerdo con el zar en condiciones no peores que las negociadas por Bogdán Jmelnitski. Se equivocaron. Cuando Yuri Jmelnitski y sus partidarios iniciaron las negociaciones con los moscovitas, se encontraron en una trampa. Un nuevo consejo cosaco, convocado por un gobernador militar moscovita (*voevoda*) y rodeado por un ejército moscovita de 40.000 hombres, confirmó la elección del joven Jmelnitski, pero con condiciones que reducían los derechos y privilegios otorgados a su padre. En adelante, la elección del hetman requeriría el permiso expreso del zar, y aquel ya no tendría derecho a establecer relaciones con el extranjero ni a nombrar coroneles sin el consentimiento de Moscú; además, las guarniciones militares moscovitas estarían estacionadas en todas las ciudades importantes del Hetmanato.

La deserción de Vigovski al bando polaco no se tradujo en nuevas concesiones por parte de los moscovitas, como esperaban sus oponentes, sino en una restricción de los derechos anteriores del Hetmanato. Los funcionarios del zar querían que sus súbditos se dieran cuenta de que en ningún caso se toleraría la ruptura de la unión con Moscovia. En enero de 1660, la voivodía moscovita envió un mensaje a Jmelnitski para dejar claros sus propósitos. El cadáver de Danilo Vigovski, hermano del antiguo hetman y primo de Yuri Jmelnitski, que había caído en manos moscovitas durante un ataque fallido a la guarnición de Kíiv, fue entregado a la residencia del joven hetman en su finca solariega de Subotiv. Los captores de Danilo lo habían torturado hasta la muerte. Lo que el hetman vio en el ataúd le hizo romper en lágrimas. «Le habían

desgarrado todo el cuerpo a latigazos, le habían sacado los ojos y rellenado las cuencas con plata, le habían retorcido las orejas con un perforador y las habían rellenado con plata —escribió un diplomático polaco que, casualmente, estaba allí en ese momento —. Le habían cortado los dedos. Le habían herido las piernas a lo largo de las venas. En suma, una salvajada inaudita.»

Si el zar y sus oficiales querían intimidar al joven hetman y a su corte, lo cierto es que no lo consiguieron. Según la misma fuente, la llegada de los restos del oficial cosaco masacrado no solo hizo llorar al joven Jmelnitski, sino que provocó la indignación de toda la corte. La joven viuda de Danilo Vigovski maldijo a los asesinos de su marido. La venganza llegó ese mismo año. En el otoño de 1660, durante una batalla entre un ejército moscovita y un destacamento polaco apoyado por los tártaros de Crimea, el joven Jmelnitski y sus tropas cambiaron de bando y juraron lealtad al rey polaco. El ejército moscovita fue derrotado. Su comandante pasó veinte años de cautiverio en Crimea.

Aunque esta victoria polaca alegrara a los cosacos, no sirvió para asegurar el Hetmanato. Los cosacos volvieron a la jurisdicción del rey en condiciones aún menos favorables que las ofrecidas en la versión del Tratado de Gádiach aprobada por la Dieta polaca. El nuevo tratado incluso excluía el nombre del principado de la Rus, tan importante para los autores cosacos del tratado. Cada vez que los cosacos cambiaban de bando en la guerra entre Polonia y Moscú por el control de Ucrania, perdían elementos de soberanía. La presión ejercida sobre el régimen cosaco por sus adversarios, mucho más poderosos, el zarato de Moscovia y el Reino de Polonia, pronto fue demasiado fuerte para que el Hetmanato pudiera resistir y se dividió en dos partes a lo largo del río Dniéper.

En 1660, cuando Yuri Jmelnitski estableció su cuartel general en la margen derecha del Dniéper, los regimientos de la margen izquierda, con el apoyo moscovita, eligieron a su propio hetman. Jmelnitski organizó varias expediciones para someter a los regimientos rebeldes, pero no logró su objetivo. La región estaba ahora cerca de la frontera moscovita y los gobernadores militares del zarato habían reforzado sus posiciones. A principios de 1663,

totalmente desesperado, el joven hetman de veintidós años renunció y entró en un monasterio. Este fue el fin oficial del Hetmanato unido. Ese mismo año, los cosacos de la margen derecha eligieron a un hetman subordinado a Polonia, mientras que los de la margen izquierda eligieron a un hetman que reconocía la soberanía del Gran Ducado de Moscú. Cuatro años más tarde, en 1667, los diplomáticos moscovitas y polacos firmaron el Tratado de Andrúsovo, que dividía la Ucrania cosaca, con lo que la margen izquierda pasó a Moscú y la derecha a Polonia.

El antiguo Hetmanato no cayó sin presentar batalla. El coronel Petró Doroshenko, heredero de una de las familias cosacas más conocidas, lideró a los que se oponían a la división del Estado, que consideraban su verdadera patria, en la contienda. Su abuelo había sido un hetman cosaco en la década de 1620, y su padre un coronel bajo el mando de Bogdán Jmelnitski. Originario de Chiguirín, Petró Doroshenko comenzó a servir en la corte del hetman. Tras su ascenso a coronel, había participado en varias misiones diplomáticas, incluyendo negociaciones con Suecia, Polonia y Moscú. Incluso había estado a cargo de una de las embajadas cosacas en Moscú. Partidario de Yuri Jmelnitski, fue a parar a la margen derecha de Ucrania, y en 1665 los cosacos locales lo eligieron hetman. La noticia de la inminente partición de la Ucrania cosaca conmocionó y galvanizó a la élite cosaca, y Doroshenko ganó las elecciones con el propósito de provocar una nueva revuelta contra Polonia y unir a Ucrania a ambos lados del Dniéper. Al igual que Bogdán Jmelnitski, Doroshenko recibió el apoyo de los tártaros de Crimea. Juntos atacaron a los ejércitos polacos en el otoño de 1667, obligando al rey a garantizar la autonomía del Hetmanato de la margen derecha. Doroshenko cruzó entonces el Dniéper y tomó el control de la margen izquierda, que ya se había rebelado contra Moscú. Los funcionarios del zar habían provocado un gran descontento al intentar elaborar un censo con fines fiscales. La noticia de la partición de Ucrania en

Andrúsovo había hecho estallar una rebelión.

Doroshenko, que ya era hetman de la margen derecha, fue elegido ahora también en la margen izquierda. El Hetmanato cosaco volvió a estar unido, a pesar de las dos potencias al cargo que lo dividían. Sin embargo, la unidad no duró mucho. Doroshenko se vio obligado a abandonar la margen izquierda de Ucrania para enfrentarse a una nueva ofensiva polaca y a un nuevo hetman nombrado por Polonia. Entretanto, las tropas moscovitas ocuparon la margen izquierda. Los otomanos eran ahora la única esperanza de Doroshenko. En julio de 1669, el sultán Mehmed IV le envió nuevas insignias, entre ellas una maza y una bandera. El sultán tomó a Doroshenko y a sus cosacos bajo su protección sometiéndolos a las mismas condiciones acordadas con los gobernantes de Moldavia y Valaquia: debían movilizar tropas cuando los convocara. Las tierras reclamadas por Estambul incluían no solo la Ucrania cosaca a ambos lados del Dniéper, sino también las tierras de la Rus hasta el Vístula en el oeste y el Niemen en el norte.

Se trataba de una agenda ambiciosa, pero las condiciones parecían favorecer los esfuerzos de los cosacos por hacer realidad los sueños de Jmelnitski de hacía veinte años al poner todas las tierras de la Rus bajo su dominio. Esta vez, los otomanos no solo ofrecieron la insignia del hetman, sino que también pusieron tropas sobre el terreno. En 1672, un poderoso ejército otomano de 100.000 hombres cruzó el Danubio y, con el apoyo de sus vasallos de Crimea, Valaquia, Moldavia y, ahora, de los cosacos, avanzó contra las fuerzas polacas. Fueron mucho más allá de Jotín, el lugar de la batalla crucial de más de medio siglo antes, y sitiaron la fortaleza de Kamianets en Podolia. Situada en un alto acantilado y rodeada por un profundo barranco, se consideraba inexpugnable, pero cayó en manos de los otomanos tras un asedio de solo diez días. Pronto el ejército del sultán sitió Lviv. Los polacos pidieron la paz y renunciaron a Podolia y la región del Dniéper medio. Doroshenko y sus partidarios celebraron la victoria.

Sin embargo, los deseos de Doroshenko no se hicieron realidad. Los otomanos tomaron el control de la fortaleza de

Kamianets y la región adyacente de Podolia, mientras que los cosacos obtuvieron sus antiguas posesiones en el Dniéper medio en lugar de un Estado independiente. No había planes para extender la ofensiva a la margen izquierda o hacia el norte, hasta Volinia y Bielorrusia. Pero estos fueron solo los primeros problemas de Doroshenko. Los otomanos despertaron la indignación al convertir algunas iglesias cristianas en mezquitas y al permitir que los tártaros de Crimea realizaran incursiones de caza de esclavos en la región. El apoyo a Doroshenko se desvanecía tan rápidamente como la población de la margen derecha bajo su control nominal. Se estaba quedando desierta a medida que los habitantes huían tanto hacia el este como hacia el oeste. Muchos cruzaron el Dniéper hacia la margen izquierda, donde los moscovitas aplastaron la oposición de las élites cosacas, instalaron a un hetman leal y promovieron la recuperación económica. La margen derecha se convirtió en una ruina, dando ese nombre a todo un periodo de la historia ucraniana.

Era solo cuestión de tiempo que Doroshenko abandonara la escena política ucraniana. En lugar de unificar Ucrania bajo un protectorado otomano poco estricto, llevó a la región otra potencia particionista, que demostró ser más destructiva que cualquiera de sus predecesoras. En 1676, cuando las tropas moscovitas apoyadas por sus aliados cosacos de la margen izquierda cruzaron el Dniéper y llegaron a la capital de Doroshenko, Chiguirín, el hetman cosaco renunció a su cargo y juró lealtad al zar. Se le perdonó la vida y, como alguien que había «visto la luz», recibió el título de *voevoda* y pasó a servir al zar en Viatka (actual Kírov), a casi novecientos kilómetros al este de Moscú. Se le permitió retirarse a la aldea de Yaropolets, en la actual provincia de Moscú. Después de casarse con una noble rusa (una de sus descendientes fue Natalia, la esposa de Aleksandr Pushkin), murió allí en 1698. Irónicamente, un grupo de nativos de la Podolia ucraniana, la región que más sufrió el dominio otomano que Doroshenko ayudó a llevar a Ucrania, reconstruyó una pequeña capilla sobre su tumba en 1999.

El dominio otomano directo sobre las regiones de Ucrania duró poco: los otomanos prestaban poca atención a esa parte de su

frontera, ya que necesitaban recursos en otros lugares, especialmente en el Mediterráneo. El año en que murió Doroshenko, Podolia volvió a estar bajo control polaco. Los otomanos desaparecieron, y la frontera moscovita-polaca del Dniéper, contra la que Doroshenko se había rebelado en 1666, se restableció. El Estado cosaco no desapareció del todo, pero su territorio y su autonomía, por no hablar de su independencia, se vieron gravemente comprometidos: solo sobrevivió en la margen izquierda de Ucrania. El territorio cosaco, que había florecido en la primera mitad del siglo XVI, había logrado reunir suficientes recursos humanos, económicos y militares para desafiar a las principales potencias de la región, pero no para defender los logros de la revolución cosaca. Cuando se trataba de alianzas con pueblos extranjeros, los cosacos lo intentaron todo, empezando por Crimea y los otomanos y terminando con el Gran Ducado de Moscú, los suecos y Polonia. Nada había funcionado: se perdió la unidad no solo de la Ucrania cosaca, sino de las tierras ucranianas en general. Hasta finales del siglo XVIII, la mayor parte de la Ucrania anteriormente controlada por Polonia seguiría dividida entre esta y Rusia. Esta división tendría un profundo impacto en la identidad y la cultura ucranianas.

12

El veredicto de Poltava

El Hetmanato cosaco, que sobrevivió bajo la soberanía de los zares moscovitas solo en la margen izquierda del Dniéper, sirvió de cuna a varios proyectos de construcción nacional. Uno de ellos, estrechamente asociado al nombre «Ucrania» y a la visión del Hetmanato como una entidad política y patria cosaca plenamente formada, está en el corazón de la identidad ucraniana moderna. Otro, asociado al nombre oficial ruso del Hetmanato, «Pequeña Rusia» (*Málorossiya*), sentó las bases de lo que más tarde se conocería como «pequeñorrusismo», la tradición de tratar a Ucrania como una «Rusia menor» (*Nedorossiya*) y a los ucranianos como parte de una nación rusa más amplia.

Ambas tradiciones intelectuales coexistieron en el Hetmanato antes de la última gran revuelta cosaca de 1708, dirigida por el hetman Iván Mazepa. La revuelta de Mazepa tenía como objetivos el Gran Ducado de Moscú y el fundador oficial del Imperio ruso, el zar Pedro I. Acabó en derrota, ya que los rusos aplastaron al ejército sueco que Carlos xIi había dirigido en Ucrania. La batalla de Poltava en 1709 cambió drásticamente el destino del Hetmanato cosaco y de Ucrania en su conjunto. La derrota de Carlos representó una doble pérdida para Mazepa y para su visión de Ucrania como entidad independiente de Rusia. En los años siguientes, la interpretación pequeñorrusa de la historia y la cultura ucranianas en su conexión con Rusia se convertiría en dominante en el discurso oficial del Hetmanato. La idea de Ucrania como una entidad política separada, como patria y, de hecho,

como nación verdaderamente independiente no desapareció del todo, pero dejó de representar el centro del debate ucraniano durante más de un siglo.

En las últimas décadas del siglo XVII, los moscovitas mantuvieron la margen izquierda de Ucrania bajo su control, no solo gracias a la superioridad de sus fuerzas militares, sino también porque demostraron ser mucho más flexibles que sus oponentes. Aunque los zares aprovecharon la elección de cada nuevo hetman para recortar los derechos y privilegios concedidos al Hetmanato de Bogdán Jmelnitski, también supieron cuándo ceder. En 1669, en medio de la revuelta liderada por Petró Doroshenko, Moscú aceptó volver a condiciones similares a las que se habían concedido a Jmelnitski. Lo hizo en un momento en el que los polacos, en su margen del río, estaban reduciendo el conjunto de privilegios cosacos vigentes, mucho menos sustanciales. El resultado fue previsible: la margen izquierda atrajo a nuevos colonos de las tierras cosacas bajo dominio polaco y siguió creciendo económicamente, mientras que la margen derecha se convirtió prácticamente en un desierto. Los zares concedieron más derechos a los cosacos, pero también consiguieron mantenerlos como súbditos.

En un plazo relativamente corto, la expansión económica de la margen izquierda condujo a un renacimiento económico y cultural de Kíiv. La enseñanza se reanudó en la Academia de Kíiv. Los profesores que habían huido de la ciudad en la década de 1650 recibieron a una nueva generación de estudiantes. Se impartían nuevas asignaturas, se componía poesía nueva y se representaban obras de teatro nuevas. La literatura barroca ucraniana, iniciada por Meleti Smotritski a principios del siglo XVII, alcanzó su apogeo en los escritos de poetas como Iván Velichkovski y en la prosa de Lázar Baranóvich, antiguo profesor de la academia convertido en arzobispo de Cherníguiv. Su alumno Simeón Polotski llevó la literatura de estilo barroco kievita a Moscú, donde contribuyó a plantar la semilla de la literatura secular rusa. La introducción de

textos, prácticas e ideas de Kíiv en el Gran Ducado de Moscú en la segunda mitad del siglo XVII sería una de las causas de la división en la Iglesia ortodoxa rusa. Mientras el zar y el patriarca apoyaban las reformas al estilo de Pedro Moguila, los conservadores se rebelaron y se agruparon en torno a los líderes de los Viejos Creyentes. No es casualidad que el nombre que les asignó la Iglesia oficial, *raskólniki*, o cismáticos, viniera de Ucrania.

Sin embargo, la influencia cultural fluyó en ambas direcciones. Si bien los clérigos de Kíiv llevaron los modelos culturales occidentales de Ucrania a Moscovia, también bebieron de la ideología política moscovita. Para esa ideología era esencial la imagen del zar ortodoxo como eje de un nuevo universo político y religioso. La intelectualidad ortodoxa de la Mancomunidad, que llevaba mucho tiempo sin un rey propio, aprovechó la oportunidad para adentrarse en un mundo ortodoxo idealizado, que se inspiraba en la visión bizantina de la armonía entre un gobernante autocrático y una única Iglesia verdadera. Al final, sin embargo, las consideraciones prácticas tuvieron más peso que el idealismo. A principios de la década de 1620, los obispos ortodoxos recién consagrados, presionados por Varsovia, se dirigieron al Gran Ducado de Moscú como fuente de apoyo y eventual destino del exilio. El deseo de contar con la protección del zar aumentó tras el Tratado de Pereiáslav (1654) y alcanzó su punto álgido tras el Tratado de Andrúsovo (1667), que dividió la Ucrania cosaca en dos.

Según las condiciones establecidas durante la tregua, Kíiv, situada en la margen derecha del Dniéper, debía pasar a Polonia tras un periodo de gracia de dos años. Pero la perspectiva de someterse de nuevo a un rey católico aterrorizó al clero de Kíiv. Recurrieron a los poderes de la retórica más persuasiva, adquiridos en la Academia de Kíiv y en las escuelas jesuitas de Occidente, para convencer al zar de que la ciudad de Kíiv debía permanecer bajo su dominio. Lo consiguieron con creces. Innokenti Gizel, archimandrita del Monasterio de las Cuevas de Kíiv y una de las principales figuras de la campaña para «persuadir al zar», quería mantener a Kíiv bajo el dominio zarista, pero garantizar la

independencia del metropolitanato de Kíiv. El resultado no fue el esperado. En la década de 1670, el zar mantuvo su control sobre la ciudad, pero en la siguiente década, los funcionarios moscovitas y sus partidarios en Ucrania consiguieron transferir el metropolitanato de Kíiv de la jurisdicción de la lejana Constantinopla a la de Moscú. El traslado tuvo lugar en 1685; el clero de Kíiv recibió la protección del zar a costa de su independencia.

Las disputas sobre el destino de Kíiv dieron lugar a uno de los textos más influyentes de la época premoderna del Imperio ruso, el primer «libro de texto» impreso de la historia de la Rus, publicado en el Monasterio de las Cuevas bajo la supervisión de Gizel. Tenía un título largo y barroco: *Sinopsis o breve compendio de varias crónicas sobre el origen de la nación eslavo-rusa y los primeros príncipes de la ciudad de Kíiv, protegida por Dios, y sobre la vida del santo y piadoso Gran Príncipe de Kíiv y de toda la Rus, el primer autócrata, Volodímir*. Apareció en 1674, cuando Kíiv se preparaba para un ataque otomano y los polacos exigían la devolución de la ciudad al Gran Ducado de Moscú. En la *Sinopsis*, Kíiv figuraba como la primera capital de los zares moscovitas y la cuna de la ortodoxia moscovita, una ciudad que simplemente no podía abandonarse a los infieles o a los católicos. Las referencias a la nación eslavo-rusa, que, según los autores de la *Sinopsis*, unía al Gran Ducado de Moscú y al Hetmanato cosaco en un solo cuerpo político, apoyaban aún más este argumento. Fue la base del mito que acepta la mayoría de los rusos en la actualidad, de que los orígenes de su propia nación se remontan a Kíiv. En el siglo XVII, sin embargo, las élites moscovitas aún no pensaban en términos de afinidad nacional. Los arquitectos del Imperio ruso no apreciarían plenamente la innovación de los monjes de Kíiv, que trataban a los habitantes de Moscú y Ucrania como una sola nación, hasta el siglo XIX.

La crisis provocada por la partición de Ucrania entre Moscovia y Polonia obligó no solo al clero kievita, sino también a los líderes cosacos, a buscar un nuevo modelo identitario. La élite cosaca ya no tenía que someterse al clero en ese sentido: la

Academia de Kíiv contaba entre sus alumnos no solo con sacerdotes y obispos, sino también con oficiales cosacos, entre los que se encontraban algunos hetmans. Si el clero no podía imaginar su patria sin un zar ortodoxo, los oficiales cosacos no necesitaban directamente ningún zar. Juraron lealtad a una «patria» cosaca común que abarcaba ambas orillas del Dniéper.

Hasta 1663, cuando se produjo *de facto* la primera partición de Ucrania, los oficiales cosacos utilizaban el término «patria» para referirse a toda la Mancomunidad o al Reino de Polonia. En la época de la Unión de Gádiach (1658), los embajadores de Jan Kazimir (Juan I Casimiro) los convencieron de que volvieran bajo el patrocinio de su rey apelando a la lealtad a la patria polaca. Pero las cosas cambiaron después de la partición. Un hetman tras otro empezaron a defender en sus circulares o universales la unidad de la patria ucraniana, esto es, el Hetmanato de ambos lados del Dniéper. Después del Tratado de Andrúsovo, todos ellos, incluidos Petró Doroshenko y Yuri Jmelnitski, se refirieron a los intereses de la patria ucraniana como su objeto supremo de lealtad, superando cualquier otra alianza o compromiso. A ojos de los cosacos, la patria era algo más que la Hueste de Zaporiyia, un motivo mucho más tradicional de su lealtad. Incluía no solo la hueste cosaca, sino también el territorio y los habitantes del Hetmanato. Llamaban a esa patria Ucrania. Después de 1667, los cosacos comenzaron a referirse a ella como Ucrania a ambos lados del Dniéper.

El último hetman cosaco que intentó unir las márgenes izquierda y derecha bajo su dominio fue Iván Mazepa (1639-1709). En los billetes de la Ucrania independiente solo aparecen dos hetmans ucranianos. El primero es Bogdán Jmelnitski, cuya imagen aparece en el billete de cinco grivnas, y el segundo es Iván Mazepa, en el de diez. Podría decirse que, comparado con Jmelnitski, Mazepa es más conocido fuera de Ucrania, especialmente en Occidente: Voltaire, Lord Byron, Aleksandr Pushkin y Victor Hugo escribieron sobre su vida y hazañas. Llegó a figurar en la ópera europea y en

las artes escénicas norteamericanas, ganando fama literaria y cultural como gobernante y joven amante, con la transliteración francesa de su apellido: Mazeppa. Durante su gobierno, las nociones de patria, Ucrania y Pequeña Rusia volvieron a ponerse en tela de juicio. El resultado fue la formación de un nuevo tipo de identidad para la Pequeña Rusia.

Mazepa gobernó el Hetmanato más tiempo que cualquiera de sus predecesores, durante más de dos décadas (1687-1709), y falleció de muerte natural. Eso fue un logro en sí mismo. Dos de sus predecesores fueron asesinados o ejecutados. Los dos hetmans que gobernaron inmediatamente antes de Mazepa fueron acusados de «traición», arrestados por los *voevodas* moscovitas y exiliados a Siberia. A los miembros de sus familias también se los persiguió. Para perder el cargo de hetman, la libertad o la propia vida, no era necesario conspirar contra el zar o desertar a los polacos, los otomanos o los suecos. Bastaba con caer en desgracia con los cortesanos de Moscú.

La trayectoria vital de Mazepa es hasta cierto punto paradigmática del destino de los cosacos en las últimas décadas del siglo XVII. Originario de la Ucrania de la margen izquierda, el futuro hetman nació en seno de una familia de nobles ortodoxos. Educado en el Colegio Moguila de Kíiv y en uno jesuita de Varsovia, aprendió el oficio de artillero en Europa Occidental. A su regreso, el joven Mazepa comenzó su carrera diplomática y militar en la corte del rey polaco. Más tarde se unió al hetman Petró Doroshenko, pero los cosacos zapórogos, aliados de Moscovia, lo capturaron. Según la historia que Voltaire relató por primera vez a los lectores europeos occidentales, y luego repetida por otros, Mazepa acabó cautivo con los zapórogos como resultado de un desafortunado romance. Al parecer, se convirtió en el amante de la joven esposa de un importante dignatario polaco que, al descubrirlo, ordenó que Mazepa fuera desnudado y atado a un caballo, para luego soltarlo por la estepa salvaje. Cuenta la leyenda que los cosacos zapórogos encontraron a Mazepa moribundo y lo curaron. Sea cual sea la verdad de la historia, los zapórogos se convirtieron, en efecto, en posibilitadores de la carrera de Mazepa

entre los cosacos. Entregaron al prisionero a Iván Samoílovich, hetman de la Ucrania de la margen izquierda, que alistó al muy instruido y viajado oficial en su servicio.

Mazepa formaba parte de un numeroso grupo de notables cosacos, cosacos ordinarios, burgueses y campesinos que en las últimas décadas del siglo XVII emigraron de la Ucrania de la margen derecha a la de la margen izquierda, controlada por Rusia. La estabilidad política de la región, unida a la relativamente amplia autonomía concedida al Hetmanato por los zares, ayudó a reactivar la economía y la vida cultural, que, como en tiempos de Pedro Moguila, se centró en Kíiv, la sede metropolitana, el Monasterio de las Cuevas y la Academia de Kíiv. Después de asumir la maza de hetman, Mazepa hizo todo lo posible para promover la reactivación económica del Hetmanato, sin olvidar el florecimiento de la vida religiosa y cultural.

Además, Mazepa sufragó la restauración de las iglesias que se habían deteriorado durante el medio siglo de guerras cosacas. Entre ellas se encontraba la catedral de Santa Sofía, cuya primera restauración inició Moguila, así como la catedral de la Dormición y la iglesia de la Puerta de la Trinidad en el Monasterio de las Cuevas, tres ejemplos del legado arquitectónico de la Rus de Kíiv. También encargó la construcción de nuevas iglesias, como la de la Natividad de la Madre de Dios en el Monasterio de las Cuevas y otras tantas no solo en Kíiv, sino también en la ciudad de Baturin, en el extremo noreste del Hetmanato, cerca de la frontera moscovita. La mayoría de las iglesias situadas fuera del Monasterio de las Cuevas no sobrevivieron a la década de 1930: los equipos de demolición las destruyeron una tras otra cuando los bolcheviques intentaron convertir Kíiv en una verdadera capital socialista. Pero los templos ubicados en el interior del monasterio levantados por Mazepa, así como parte de sus muros, siguen en pie y son una prueba fehaciente no solo de la generosidad, sino también de la riqueza del hetman. Fue el primer proyecto de construcción de nuevos edificios en Kíiv desde el metropolitano Moguila. El estilo arquitectónico de esa época se conoce como barroco cosaco o de Mazepa.

A diferencia de los anteriores hetmans, Mazepa logró concentrar en sus manos tanto el poder económico como el político. Esto se debió al apoyo sin precedentes que recibió de la cúspide de la pirámide imperial. El zar Pedro I consideraba a Mazepa un servidor leal. En 1689, cuando Pedro se enfrentó a su hermanastra regente, Sofía Alekséievna, Mazepa se puso del lado del futuro gobernante. Posteriormente, Pedro lo convirtió en el primer receptor de la Orden de San Andrés, un prestigioso reconocimiento creado por el propio zar. Cuando los oficiales cosacos se quejaron al zar de su hetman y le acusaron habitualmente de traición, Pedro devolvió las denuncias a Mazepa, en contra de la arraigada tradición de los gobernantes moscovitas de utilizar tales denuncias para socavar el poder del hetman cosaco. Pedro mostró aún más confianza en Mazepa al permitirle ejecutar a sus acusadores entre las filas de la élite cosaca.

La alianza entre Pedro I e Iván Mazepa se rompió repentinamente en el otoño de 1708, en plena Gran Guerra del Norte (1700-1721) que libraron Moscovia y Suecia en el Báltico, ayudados cada uno por sus respectivos aliados. Al principio de la guerra, Suecia parecía sacar ventaja. Tras derrotar al aliado polaco de Moscovia, Augusto i el Fuerte, y obligarle a abdicar, el joven y ambicioso rey de Suecia, Carlos xiI, inició una campaña hacia Moscú. El ejército petrino estaba en retirada y obstaculizó el avance del enemigo con tácticas de tierra quemada.

Estas drásticas medidas exacerbaron las viejas heridas de las élites cosacas, alejándolas de Pedro i y acercándolas a Carlos xIi. Durante años, los coroneles se quejaron a Mazepa del uso de los regimientos cosacos fuera del Hetmanato por parte de Pedro i, como obligarlos a cavar canales en el lugar y los alrededores de la futura capital del Imperio ruso, San Petersburgo, en la desembocadura del Nevá, que el zar fundaría en 1702. Allí los cosacos murieron como moscas por el frío y las enfermedades. Además, la introducción de nuevos impuestos y reformas administrativas amenazaba con convertir el Hetmanato en una

provincia más del Estado moscovita, y no en un enclave de autonomía privilegiada. Todo ello, argumentaban los coroneles, violaba el acuerdo de protectorado alcanzado entre Bogdán Jmelnitski y Alejo i.

Mazepa mantuvo correspondencia con los aliados polacos de Carlos xIi y tanteó sus opciones en política exterior, pero se abstuvo de actuar. Solo cuando el rey sueco decidió dar un rodeo por Ucrania en su camino hacia Moscú, y el zar se negó a ayudar con tropas —Mazepa debía defender el Hetmanato por su cuenta y quemar las ciudades y pueblos que salieran al paso de Carlos—, el hetman cedió a las exigencias de los coroneles y cambió de bando. Moscovia no cumplía su principal función —la defensa del Hetmanato— en virtud de los numerosos acuerdos contraídos con los hetmans cosacos. Era el momento de pensar en otra opción incluso en la Ucrania de la margen izquierda. Los oficiales cosacos empezaron a estudiar las condiciones de la Unión de Gádiach, de cincuenta años de antigüedad. En noviembre de 1708, con un grupo de cortesanos de confianza y un pequeño destacamento de cosacos, Mazepa partió de su capital, Baturin, y se unió al avance del ejército de Carlos xIi.

En aras del secreto, Mazepa no llevó a cabo ninguna agitación contra Pedro i en el Hetmanato antes de su repentina salida de Baturin. Fue una decisión prudente en lo que respecta a su seguridad personal, pero un claro error de cálculo para cualquier revuelta. Al enterarse de la deserción de Mazepa, Pedro envió un ejército a Ucrania bajo el mando de su mano derecha, Aleksandr Ménshikov, pero no se habían movilizado fuerzas cosacas para detenerlo. Las tropas moscovitas lograron tomar por asalto la capital del hetman, Baturin, apoderándose de los suministros militares y las provisiones que Mazepa había preparado para su propio ejército y el de los suecos. Aún más perjudicial fue el efecto de la toma de Baturin en la sociedad ucraniana en general. Ménshikov no solo tomó la ciudad, sino que ordenó la masacre de su población. Más de 10.000 defensores y ciudadanos de Baturin, incluidos mujeres y niños, murieron a manos de sus captores. Los arqueólogos que hoy trabajan allí (Baturin es un importante

destino turístico, además de un lugar de excavación) siguen encontrando esqueletos de los que perecieron. El mensaje de Ménshikov fue alto y claro: el zar no tendría piedad con los desertores.

La batalla por la lealtad de los cosacos y otros habitantes del Hetmanato había comenzado. Pedro intentó mantenerla mediante proclamas, a las que Mazepa respondía de la misma manera. La llamada guerra de los manifiestos duró del otoño de 1708 a la primavera de 1709. El zar acusó a Mazepa de traición, tachándolo de Judas e incluso ordenando que se preparara un simulacro de Orden de San Judas, a modo de burla, para concedérselo a Mazepa una vez capturado. Mazepa negó las acusaciones. Al igual que Vigovski antes que él, consideraba que las relaciones entre el zar y el hetman eran contractuales. En su opinión, el zar había violado los derechos y libertades de los cosacos garantizados a Bogdán Jmelnitski y a sus sucesores. Su lealtad, argumentaba el hetman, no era hacia el soberano, sino hacia la hueste cosaca y la patria ucraniana. Mazepa no se olvidó de prestar juramento de lealtad a su pueblo. «Moscú, es decir, la gran nación rusa, desde tiempos inmemoriales ha sido odiada por nuestra pequeña nación rusa; en sus maliciosas intenciones ha resuelto llevar a nuestra nación a la destrucción», escribió Mazepa en diciembre de 1708.

La guerra de manifiestos, junto con las acciones decisivas de las tropas moscovitas y la elección de un nuevo hetman por orden de Pedro, provocaron otra división en las filas de Mazepa. Aterrorizados ante la perspectiva de represalias, los coroneles cosacos que habían presionado antes a Mazepa para que se rebelara no consiguieron que las tropas se unieran a él. Muchos se sumaron al bando moscovita. El apoyo a Mazepa por parte de los cosacos de a pie, los burgueses y los campesinos era escaso. La población prefería al zar ortodoxo antes que al gobernante católico, musulmán o, en este caso, protestante. Cuando llegó el momento del enfrentamiento entre Carlos xIi y Pedro i, había más cosacos en el bando moscovita que en el sueco.

A principios de julio de 1709, un cuerpo sueco de 25.000 efectivos se enfrentó a un ejército moscovita dos veces más

numeroso en la llanura cercana a la ciudad de Poltava. Los cosacos lucharon en ambos bandos como auxiliares, lo que refleja no solo que su lealtad era sospechosa, sino también que no eran rivales para los ejércitos regulares europeos: la otrora formidable fuerza de combate cosaca era agua pasada. Entre tres mil y siete mil cosacos apoyaron a Mazepa y a los suecos; al menos tres veces más hicieron lo propio en el bando moscovita. La superioridad numérica del enemigo nunca fue un problema para Carlos xIi, que había derrotado a fuerzas rusas y polacas mucho más numerosas en el pasado. Pero esta batalla era diferente. El invierno pasado en territorio hostil había debilitado a su ejército. Carlos xIi, que solía dirigir las tropas personalmente, había sido herido en la víspera de la batalla y delegó el mando no en un único comandante sino en varios oficiales, lo que creó confusión en las filas suecas en el momento de la batalla.

El resultado fue una victoria decisiva para las fuerzas moscovitas. Carlos xIi y Mazepa tuvieron que huir de Ucrania y buscar refugio en la Moldavia otomana. Iván Mazepa murió en el exilio en la ciudad moldava de Bender en el otoño de 1709. Carlos tardó cinco años en volver a su reino. Los historiadores suelen considerar la batalla de Poltava como un punto de inflexión en la Gran Guerra del Norte. Por un extraño capricho del destino, el conflicto militar por el control del Báltico se decidió en un campo de batalla ucraniano: socavó la hegemonía de Suecia en el norte de Europa y lanzó a Rusia en la carrera por el estatus de gran potencia europea. Sin embargo, la batalla de Poltava afectó sobre todo al destino de las tierras donde se libró.

La victoria moscovita abrió una nueva etapa en las relaciones entre el clero kievita y las autoridades zaristas. En el otoño de 1708, el zar había obligado al metropolitano de Kíiv a condenar a Mazepa como traidor y a declararlo anatema. Tras la batalla, el rector de la Academia de Kíiv, Teófanes Prokopóvich, que antes había comparado a Mazepa con el príncipe Volodímir, pronunció un largo sermón condenando a su antiguo benefactor en presencia del

zar. Lo que para Mazepa habría sido un acto de traición, a ojos de Pedro i era una declaración de lealtad. Prokopóvich se convertiría pronto en el principal ideólogo de las reformas de Pedro. Apoyaría el afán de poder absoluto del zar y desarrollaría un argumento a favor de su derecho a transferir el trono más allá de la línea normal de sucesión de padre a hijo: Pedro juzgó a su hijo Alejo Petróvich por traición y lo castigó a latigazos en prisión hasta la muerte. Prokopóvich fue el principal autor del *Reglamento espiritual*, que justificaba la abolición del Patriarcado en la Iglesia ortodoxa por el gobierno del Santo Sínodo, presidido por un procurador en jefe secular. También fue el artífice de la idea de llamar a Pedro «padre de la patria», una nueva designación llevada a Moscovia por Prokopóvich y otros clérigos kievitas, los mismos que anteriormente la utilizaron para glorificar a Mazepa.

La fulgurante carrera imperial de Teófanes Prokopóvich reflejaba un fenómeno más amplio: el reclutamiento al servicio imperial de antiguos alumnos occidentalizados de la Academia de Kíiv, a los que Pedro necesitaba para reformar la cultura eclesiástica y la sociedad moscovita según las pautas occidentales. Decenas, y más tarde cientos, de antiguos alumnos de la Academia de Kíiv se trasladaron a Moscovia y desarrollaron allí su carrera. Asumieron cargos que iban de jefe de la Iglesia ortodoxa a obispo y capellán militar. Uno de los kievitas, el metropolitano Demetrio de Rostov (también conocido como Danilo Tuptalo), fue incluso canonizado por su lucha contra los Viejos Creyentes. Ayudaron a Pedro el Grande no solo a occidentalizar Moscovia, sino también a convertirla en una entidad política moderna. Sentaron las bases de la idea de una nueva patria rusa y, de hecho, de una nueva nación panrusa de la que los ucranianos o rusos pequeños se los consideraba parte integrante.

Si las políticas de Pedro destinadas a reforzar su régimen autoritario y a centralizar las instituciones del Estado ofrecían nuevas y emocionantes oportunidades a los líderes eclesiásticos, para los oficiales cosacos eran nada menos que un desastre. La deserción de Mazepa añadió urgencia al deseo del zar de integrar el Hetmanato en las estructuras institucionales y administrativas

del imperio. Un residente ruso supervisaba ahora al nuevo hetman, Iván Skoropadski. Su capital fue trasladada más cerca de la frontera moscovita, desde la destruida Baturin a la ciudad de Glújiv. Las tropas moscovitas se estacionaron en el Hetmanato de forma permanente. Los familiares de los oficiales cosacos que habían seguido a Mazepa al exilio fueron arrestados y sus propiedades, confiscadas. Hubo más casos una vez que la Gran Guerra del Norte terminó con una victoria moscovita en 1721. El zar Pedro cambió el nombre del zar de Moscovia por el de Imperio ruso y se hizo proclamar su primer emperador. Al año siguiente, el zar aprovechó la muerte de Skoropadski para liquidar por completo el cargo de hetman. Puso el Hetmanato bajo la jurisdicción del llamado Colegio de la Pequeña Rusia, dirigido por un oficial imperial nombrado por Pedro. Los cosacos protestaron y enviaron una delegación a San Petersburgo para luchar por sus derechos, pero fue en vano. El zar ordenó el arresto del líder de la oposición cosaca, el coronel Pavló Polubótok, que moriría en una celda de la fortaleza de San Pedro y San Pablo en San Petersburgo.

Mazepa apostó y perdió, además, el futuro del Estado que intentó proteger. No sabemos cuál habría sido el destino del Hetmanato si Carlos xIi no hubiera sido herido antes de la batalla de Poltava y los cosacos hubieran apoyado a Mazepa en mayor número. Podemos decir, sin embargo, qué tipo de país soñaban construir los sucesores de Mazepa gracias al documento *Pacta et constitutiones* presentado a Pilip Orlik, el hetman elegido por los cosacos exiliados en Moldavia tras la muerte de Mazepa. Ni que decir tiene que no reconocieron a Skoropadski, elegido por orden de Pedro, como su legítimo líder. La *Pacta*, conocida hoy en Ucrania como la Constitución de Pilip Orlik, se considera a menudo como la primera constitución del país, adoptada, dicen muchos con orgullo, incluso antes que la estadounidense. En realidad, el paralelismo más cercano a la *Pacta* serían las condiciones en las que las Dietas polacas elegían a sus reyes. El documento trataba de limitar los poderes del hetman garantizando los derechos de los oficiales cosacos y de los cosacos comunes, especialmente los zapórogos, muchos de los cuales habían seguido

a Mazepa al exilio.

La *Pacta* presentaba una visión única del pasado, el presente y el futuro del Hetmanato. Los orígenes de los oficiales cosacos reunidos en torno a Orlik, que había sido canciller general de Mazepa, no se remontaban a Kíiv y al príncipe Volodímir —un mito fundacional que ya reivindicaban los partidarios kievitas del zar—, sino a los jázaros, que figuraban entre los predecesores nómadas de la Rus de Kíiv. El argumento era más bien lingüístico que histórico y, aunque hoy en día resulte irrisorio, era bastante sólido para los estándares de la filología moderna temprana: «cosaco» y «jázaro» (*kozak* y *jazar*) sonaban en ucraniano bastante parecido, casi idéntico. Lo que estaba en juego era la reivindicación de la existencia de una nación cosaca separada e independiente de la de Moscú. Orlik y sus oficiales la describían como cosaca, rutena o rusa pequeña, según las circunstancias. La mayoría de las ideas de Orlik permanecieron desconocidas o no fueron reivindicadas por sus compatriotas. En casa, en Ucrania, los cosacos luchaban con ahínco para preservar lo que quedaba de su autonomía.

Los cosacos del Hetmanato consideraron la muerte de Pedro i en febrero de 1725, unas semanas después del fallecimiento del coronel cosaco encarcelado Polubótok, como un castigo divino por su trato desalmado. También lo vieron como una oportunidad para recuperar algunos de los privilegios usurpados por el zar. La restauración del cargo de hetman era lo más codiciado. En 1727 los oficiales cosacos lograron su objetivo al elegir a uno de los primeros oponentes de Pedro i, el coronel Danilo Apostol, para el recién restablecido hetman. Celebraron esta restauración de uno de los privilegios otorgados a Bogdán Jmelnitski redescubriendo un retrato del antiguo hetman y reviviendo su culto no solo como el liberador de Ucrania de la opresión polaca, sino también como garante de los derechos y libertades cosacos. En su nueva encarnación, Jmelnitski se convirtió en el símbolo de la identidad de la élite del Hetmanato, que implicaba la conservación de un

estatus especial y unos derechos particulares a cambio de lealtad política.

¿En qué consistía exactamente esa nueva identidad? Era una tosca amalgama de la retórica prorrusa del clero y de las aspiraciones autonomistas de la clase oficial cosaca. El principal rasgo distintivo de la idea de la Pequeña Rusia era la lealtad a los zares rusos. Al mismo tiempo, la identidad hacía hincapié en los derechos y privilegios de la nación cosaca dentro del imperio. La Pequeña Rusia de la élite cosaca se limitaba a la margen izquierda de Ucrania, distinta en términos políticos, sociales y culturales de los territorios bielorrusos del norte y de las tierras ucranianas al oeste del Dniéper. Al mismo tiempo, el ADN de la nueva política e identidad conservaba una clara huella de anteriores proyectos de construcción nacional. Los textos cosacos de la época (a principios del siglo XVIII surgió un nuevo fenómeno literario, la historiografía cosaca) utilizaban indistintamente términos como Rus/Rutenia, Pequeña Rusia y Ucrania. Este uso tenía su lógica, ya que los términos reflejaban entidades políticas estrechamente interconectadas e identidades relacionadas.

A la hora de definir la relación entre estos términos y los fenómenos que representaban, la mejor analogía es la de una *matrioshka*. La muñeca más grande sería la identidad de la Pequeña Rusia que cobró fuerza después de Poltava; dentro de esta identidad estaría la muñeca de la patria ucraniana cosaca de ambas orillas del Dniéper; y dentro de esta, la muñeca de la identidad rusa o rutena de la Mancomunidad polaco-lituana. En su núcleo, la identidad de la Pequeña Rusia conservaba la memoria de la antigua Mancomunidad rusa y de la más reciente Ucrania cosaca. Nadie podía saber, tras la batalla de Poltava, que era solo cuestión de tiempo que el núcleo ucraniano saliera del caparazón de la muñeca pequeñorrusa y reclamara los territorios que antes poseían o codiciaban los cosacos del pasado.

PARTE III
ENTRE IMPERIOS

13

Las nuevas fronteras

El último cuarto del siglo XVIII fue testigo de un cambio espectacular en la geopolítica de Europa Oriental y Central. La principal característica y su causa fue el creciente poderío militar y el peso político del Imperio ruso. La carrera por el estatus de superpotencia europea comenzó con la batalla de Poltava de 1709. Oleksandr Bezborodko, descendiente de una próspera familia de oficiales cosacos del Hetmanato y gran canciller del Imperio ruso bajo el reinado de Pablo i, dijo en una ocasión a un interlocutor más joven: «En nuestros tiempos, ni un solo cañón de Europa disparaba sin nuestro consentimiento». Las fronteras del Imperio ruso avanzaron rápidamente hacia el oeste y el sur, provocando la retirada de los otomanos de la región norte del mar Negro y la partición de la Mancomunidad polaco-lituana, que desapareció del mapa de Europa.

Estos cambios radicales se produjeron con la participación de muchos ucranianos. Bezborodko, que desempeñó un papel clave en la formulación de la política exterior rusa en la década de 1780 y principios de la de 1790, fue uno de ellos. Los cambios que Bezborodko ayudó a introducir afectaron a sus compatriotas. Ucrania se encontró en el centro de un ciclón geopolítico, del que fue víctima y beneficiario. En ese momento, el Hetmanato desapareció del mapa de Europa y del Imperio ruso. Las dos principales fronteras culturales de Ucrania —una entre el cristianismo oriental y el occidental, y la otra entre el cristianismo y el islam— también empezaron a cambiar. El cambio de las

fronteras de la Rusia imperial alteró también los espacios culturales. En el oeste, las autoridades rusas detuvieron el avance de las iglesias católica y uniata en el Dniéper y lo hicieron retroceder; en el sur, el «cierre» de la frontera esteparia dio un nuevo impulso al avance ucraniano hacia el mar Negro y el mar de Azov.

Los historiadores especializados en política, ideas y cultura reconocen el siglo XVIII como el Siglo de las Luces, una época que se extendió desde mediados del siglo XVII hasta finales del XVIII y que se definió, tanto en la filosofía como en la política, por la afirmación de los conceptos del individualismo, el escepticismo y la razón, por lo que este periodo también se conoce como el Siglo de la Razón. La razón, sin embargo, se entendía en más de un sentido. Las ideas de libertad y protección de los derechos individuales ocuparon el foco de los escritos de la época, pero también las nociones de gobierno racional y absolutismo monárquico. Los libros de los pensadores franceses sirvieron de base para la construcción de la teoría tanto de la república como de la monarquía modernas. Tanto los padres fundadores de Estados Unidos como los gobernantes absolutos de la Europa del siglo XVIII fueron discípulos de la Ilustración. Tres de estos últimos —Catalina ii de Rusia, Federico ii de Prusia y José ii de Austria— pasaron a la historia como «déspotas ilustrados». Además de ser los segundos monarcas de sus respectivos países en llevar esos nombres, así como de su creencia en la administración racional, la monarquía absoluta y su derecho a gobernar, les unía otro rasgo común: todos participaron en las particiones de Polonia (1772-1795), que dejaron a los polacos, inspirados por la misma Ilustración, sin posibilidad de renovar la Mancomunidad. La primera partición fue acogida con satisfacción nada menos que por Voltaire, que la consideró una victoria para la causa del liberalismo, la tolerancia y, sí, la razón. Escribió a Catalina, sugiriendo que el Gobierno ruso podría finalmente poner orden en esa parte de Europa.

El poder absoluto del gobernante, el buen gobierno y la

aplicación de normas universales en todas las partes del imperio y a todos sus súbditos: estos fueron los principios que inspiraron el pensamiento y las reformas de Catalina ii, que estuvo al frente del Imperio ruso durante más de treinta años, de 1762 a 1796. Ninguno de estos principios auguraba nada bueno para el Hetmanato, un enclave autónomo cuya propia existencia descansaba en la idea de un estatus especial dentro del imperio. La abolición de las fronteras interiores y la plena incorporación del Estado cosaco al imperio se convirtieron en una de las primeras prioridades de la emperatriz en la región. «La Pequeña Rusia, Livonia y Finlandia son provincias gobernadas conforme a unos privilegios confirmados —escribió Catalina en 1764—. Estas provincias, así como Smolensk, deben ser rusificadas de la manera más sencilla posible para que dejen de parecer lobos yendo al bosque. El planteamiento es fácil si se eligen hombres sabios como gobernadores de las provincias. Cuando los hetmans se hayan ido de la Pequeña Rusia, se debe hacer todo lo posible para erradicar de la memoria el periodo y a los hetmans, y mucho menos promover a nadie a ese cargo.»

El primer gobernante ruso que eliminó el cargo de hetman fue Pedro i. Lo hizo tras la muerte de Iván Skoropadski en 1722. El restablecimiento de la autonomía del Hetmanato tras su muerte en 1725, con la elección de un nuevo hetman dos años después, no duró mucho. Llegó a su fin a mediados de la década de 1730, cuando el Gobierno imperial prohibió la elección de un nuevo líder cosaco tras la muerte del hetman Danilo Apostol. El Hetmanato volvió a estar bajo el control de un organismo gubernamental llamado Colegio de la Pequeña Rusia. Con la efímera restauración del Hetmanato en 1750, la maza no recayó en un coronel cosaco o en un miembro del estado mayor, sino en el presidente de la Academia Imperial de Ciencias de Rusia. Este hombre de muchos mundos y talentos era el joven de veintidós años Kirilo Rozumovski.

Oriundo del Hetmanato y educado en la Universidad de Gotinga, Rozumovski era, sobre todo, un cortesano imperial. El secreto de su temprana y espectacular carrera residía en sus

vínculos familiares. Su hermano mayor, Oleksi, un joven cosaco de la ciudad de Kozelets, entre Kíiv y Cherníguiv, era un cantante de talento y acabó en el coro de la corte de San Petersburgo, donde cantó, tocó la bandura y conoció a una nieta de Pedro i llamada Isabel, futura emperatriz de Rusia. Se convirtieron en amantes y, según algunos testimonios, se casaron en secreto. De un modo u otro, el cosaco Oleksi Rozum se convirtió en el conde ruso Alekséi Razumovski (ucraniano: Rozumovski). Y por consejo del «Emperador de la Noche», como algunos cortesanos llamaban a Rozumovski, la emperatriz Isabel restituyó el cargo de hetman, que le fue concedido a su hermano menor.

Si el mayor de los Rozumovski fue decisivo para llevar a Isabel al trono (dirigía la corte en el momento de su acceso, en 1741), el menor desempeñó un papel importante en la sucesión de Catalina II.

Se convirtió en emperatriz como resultado de un golpe de Estado que respaldó la guardia imperial: su marido y legítimo monarca, Pedro iii, fue asesinado. Aparte del crimen contra su marido, el derecho al trono imperial de Catalina, nacida como Sophie Friederike Auguste von Anhalt-Zerbst-Dornburg, era más bien dudoso. Los participantes en el golpe creían que tenía una deuda con ellos. «Todos los guardias, cuando me miran, podrían decir: Yo creé a esa mujer», escribió Catalina a Voltaire. Entre los que pensaban así estaba el hetman Kirilo Rozumovski de Ucrania. A cambio de sus servicios, quería una hetmancia hereditaria. Sus súbditos en el Hetmanato también querían una mayor autonomía y una legislatura local.

Algunos de los patriotas cosacos consideraban el Hetmanato, al que también llamaban ahora Pequeña Rusia, como una entidad política comparable al núcleo imperial, al que llamaban Gran Rusia. «No me sometí a ti, sino a tu soberano», escribió Semión Divovich en su poema «Una conversación entre la Gran Rusia y la Pequeña». Con estas palabras, escritas poco después de la llegada al trono de Catalina en 1762, una Pequeña Rusia personificada se dirige a la Gran Rusia. Divovich continúa: «No pienses que tú mismo eres mi amo, / pero tu soberano y el mío es nuestro

gobernante común». Esta visión de la unión dinástica de la Pequeña y la Gran Rusia se remonta a las ideas del Tratado de Gádiach. La soberana en cuestión, Catalina ii, no tenía la intención de presidir una confederación de entidades políticas que reclamaran derechos y privilegios especiales. Ella imaginaba un imperio centralizado y dividido racionalmente en unidades administrativas, no en enclaves como el Hetmanato.

El regreso del hetman a San Petersburgo y la abolición de la hetmancia en el otoño de 1764, por parte de Catalina, no solo frustró las esperanzas de Rozumovski, sino también las de muchos patriotas ucranianos de la margen izquierda. El nuevo gobernante del Hetmanato, o lo que quedaba de él, fue el general Piotr Rumiántsev. De etnia rusa, asumió el recién creado cargo de gobernador general de la Pequeña Rusia y tomó el mando del ejército ruso en la región. Su gobierno duró más de veinte años y fue testigo de la introducción de la servidumbre en el Hetmanato, así como de los sistemas fiscales y postales imperiales. A principios de la década de 1780, presidió la liquidación de la autonomía territorial del Hetmanato y la abolición del sistema administrativo y militar basado en los regimientos cosacos. El ejército regular incorporó los destacamentos militares, y las unidades administrativas cosacas se fusionaron para crear tres provincias imperiales de acuerdo con el nuevo sistema administrativo introducido por Catalina en todo el imperio.

La zarina no tenía prisa en poner en práctica su visión de Estado imperial bien estructurado. Todo el proceso de asimilación del Hetmanato, desde la abolición del cargo de hetman hasta la integración administrativa del Hetmanato en el imperio, duró casi dos décadas. La transición se produjo gradualmente, sin nuevas revueltas ni nuevos mártires para la causa de la autonomía ucraniana. Tuvo lugar con el apoyo de numerosos nativos del Hetmanato que creían que la incorporación imperial era un regalo del cielo. Muchas de las instituciones y prácticas del Hetmanato parecían anticuadas, incapaces de responder a los retos de la Ilustración. La integración imperial convirtió a los destacamentos auxiliares de cosacos en unidades disciplinadas del ejército e

introdujo servicios públicos como un sistema escolar y la entrega regular de correo. También trajo consigo la servidumbre, pero pocos oficiales cosacos protestaron, ya que se beneficiaban de la explotación de los siervos.

La élite cosaca gobernaba en el Hetmanato y en la Ucrania Libre —una región cercana a Járkiv y Sumi que había permanecido bajo administración rusa directa desde el siglo XVII—, pero los campesinos representaban la mayoría de la población en ambas zonas. A lo largo del siglo XVIII, se encontraron con que perdían cada vez más no solo sus tierras, sino también su libertad, el gran logro del levantamiento de Jmelnitski. En la segunda mitad del siglo, cerca del 90 % de los campesinos del Hetmanato y más de la mitad de los de la Ucrania Libre vivían en fincas propiedad de oficiales cosacos, ahora miembros de la nobleza, y de la Iglesia ortodoxa. Un decreto emitido por Catalina en mayo de 1783 prohibía a cerca de 300.000 campesinos que vivían en fincas de la nobleza abandonar sus lugares y les obligaba a realizar trabajos gratuitos para los terratenientes. Este fue el tercer inicio de la servidumbre.

Hay quien sostiene que al menos una voz abogó contra la esclavitud en el Hetmanato. Esa voz pertenecía a Vasil Kapnist, descendiente de una familia de oficiales cosacos de la región de Poltava, que escribió uno de los textos de oposición más conocidos de la época de Catalina, la «Oda a la esclavitud» (1783). Según algunos estudiosos, Kapnist protestaba contra la esclavitud del campesinado; otros consideran que defendía la disolución de las instituciones del Hetmanato. De hecho, es posible que se opusiera a ambos fenómenos, que coincidieron estrechamente en el tiempo y fueron promulgados por decretos del mismo gobernante. Kapnist no ocultó su decepción por el modo en que Catalina había tratado a su patria. En cuanto a las consecuencias de sus actos para el pueblo, lo expresó en estos términos: «Y los lastráis: ¡ponéis cadenas en las manos que os bendicen!».

Kapnist fue uno de los muchos miembros de la élite ucraniana que hicieron buena parte de su carrera en San Petersburgo y contribuyeron al desarrollo no solo de la literatura y la cultura

ucranianas, sino también de la rusa; su «Oda» se convirtió en un texto canónico de la literatura rusa. Mientras que en la época de Pedro los clérigos ucranianos se trasladaron a Rusia y se incorporaron a la Iglesia imperial, en la época de Catalina emigraron a San Petersburgo los hijos de los oficiales cosacos y los alumnos de la Academia de Kíiv que optaron por profesiones seculares. Solo entre 1754 y 1768, más de trescientos exalumnos de la academia eligieron el servicio imperial o se trasladaron a Rusia. Su educación los preparó bien para continuar sus estudios en el extranjero y posteriormente volver a servir al imperio. En el imperio había el doble de médicos ucranianos que rusos. En las dos últimas décadas del siglo, más de un tercio de los estudiantes de la Escuela de Magisterio de San Petersburgo procedían de las tierras del Hetmanato. Catalina dejó de sentar a ucranianos en los púlpitos de los obispos (cuando asumió el cargo, la mayoría de los obispos rusos habían emigrado de Ucrania), pero la afluencia de ucranianos a la administración pública y al ejército continuó a buen ritmo.

La carrera de Oleksandr Bezborodko es un buen ejemplo de cómo la nueva generación de oficiales cosacos combinó la lealtad al Hetmanato con una vida de servicio al imperio. Nacido en 1747 en la familia del canciller general del Hetmanato, Bezborodko recibió su educación en la Academia de Kíiv. Unas décadas antes, estos antecedentes habrían sido un perfecto arranque para una meteórica carrera en el Hetmanato. Pero los tiempos estaban cambiando. Bezborodko alcanzó el rango de coronel sirviendo no al hetman sino al gobernador imperial de la Pequeña Rusia, Piotr Rumiántsev. El joven Bezborodko participó en una guerra con los otomanos, demostró su valentía en varias batallas y sirvió con distinción como jefe de la cancillería de Rumiántsev. Ascendido a coronel en 1774, al año siguiente estaba en San Petersburgo, sirviendo a las órdenes de la emperatriz.

La Guerra ruso-turca de 1768-1774, que impulsó la carrera de Bezborodko y lo trasladó del antiguo Hetmanato a la capital

imperial, tuvo un gran impacto no solo en el Hetmanato sino también para todo el territorio ucraniano en general. Una rebelión iniciada en la Ucrania de la margen derecha en la primavera de 1768 desencadenó el conflicto.

De hecho, coincidieron dos revueltas. La primera fue un levantamiento o, en el lenguaje de la época y el lugar, una «confederación» de nobles católicos (polaca y polonizada) contra las resoluciones de la Dieta de la Mancomunidad polaco-lituana que concedía a los disidentes religiosos, especialmente a los ortodoxos, los mismos derechos que a los católicos. Catalina impuso la decisión de la Dieta a sus diputados católicos a través de su enviado, quien amenazó con que fueran las tropas rusas a su disposición quienes tuvieran la última palabra. Para Catalina, esta era una forma de demostrar sus credenciales rusas y ortodoxas. Los confederados se negaron a obedecer la resolución de la Dieta, que interpretaron como una estratagema rusa para socavar no solo su religión, sino también la soberanía de su Estado. Este levantamiento de la nobleza se conoció como la Confederación de Bar, por el nombre de la ciudad de Podolia donde estalló.

Cuando los miembros de la confederación persiguieron a los creyentes ortodoxos en la Ucrania de la margen derecha, sus acciones provocaron una revuelta. En ella participaron los cosacos ortodoxos, los habitantes de las ciudades y los campesinos que, alentados por el Gobierno ruso y los funcionarios eclesiásticos, se rebelaron contra los nobles católicos, lo que hizo temer una masacre de la magnitud de la de 1648, el primer año de la revuelta de Jmelnitski. Una vez más, los cosacos zapórogos sumaron sus fuerzas con los cosacos que servían a las autoridades. El primer grupo estaba liderado por Maksim Zalizniak, el segundo por Iván Gonta, dos futuros héroes de los relatos históricos populares ucranianos y, posteriormente, soviéticos. Al igual que en 1648, las víctimas fueron nobles polacos, sacerdotes católicos y uniatas, y judíos. Los últimos habían regresado a la región en el siglo XVIII y restablecieron su vida económica, religiosa y cultural en la Ucrania de la margen derecha. Muchos de ellos eran seguidores del rabino Israel Baal Shem Tov, que en la década de 1740 comenzó a

predicar el jasidismo en la ciudad de Medzhibizh, en Podolia. Los rebeldes católicos querían un Estado católico sin interferencia rusa, mientras que los ortodoxos querían uno cosaco bajo la jurisdicción del imperio. Los judíos querían simplemente que se les dejara en paz. Nadie consiguió lo que quería.

En el verano de 1768, el ejército ruso cruzó la frontera del Dniéper con la Mancomunidad, y atacó tanto a los confederados católicos como a los cosacos y campesinos ortodoxos. Esto sorprendió a estos últimos, ya que consideraban a las tropas zaristas como sus liberadores. Sin embargo, el imperio tenía su propia lógica. Ambas revueltas amenazaban la estabilidad de la región, y ambas fueron aplastadas, pero no antes de que un destacamento de cosacos ucranianos que decía estar al servicio de Rusia cruzara la frontera polaca por la ciudad de Balta y se adentrara en territorio del Imperio otomano, aparentemente en busca de miembros de la Confederación de Bar. Los otomanos, preocupados, junto con los franceses, por la creciente influencia rusa en la región, aprovecharon el incidente para declarar la guerra al Imperio ruso. Catalina aceptó el desafío.

El gobernador general de la Pequeña Rusia, Piotr Rumiántsev, dirigió uno de los ejércitos imperiales, junto con un destacamento de cosacos, hacia Moldavia y Valaquia. Tras varias batallas exitosas (Bezborodko se distinguió en las libradas en Larga y Cahul), los rusos tomaron el control de esos dos principados, incluidas sus capitales, Iași y Bucarest. También capturaron las fortalezas otomanas de Izmaíl y Kiliá en el Danubio, que ahora están en la Besarabia ucraniana. Las fuerzas rusas también tomaron Crimea, y la mayor parte del sur de Ucrania quedó bajo control ruso. Los otomanos se dieron a la fuga. En el Mediterráneo, la flota rusa destruyó la armada otomana con la ayuda de asesores británicos en la batalla de Çeşme.

El Tratado de Küçük Kaynarca, firmado en 1774, parecía un varapalo para las aspiraciones rusas en la región del mar Negro. Las tropas imperiales tuvieron que abandonar los principados danubianos de Moldavia y Valaquia. San Petersburgo también tuvo que retirar sus tropas de Crimea. La razón era sencilla: varias

potencias europeas estaban descontentas con el repentino aumento de la influencia rusa en la región. Pero el tratado benefició al Imperio ruso de otras maneras. Expulsó a los otomanos del norte del mar Negro y de Crimea. Rusia estableció sus puestos de avanzada en los mares de Azov y Negro. El Kanato de Crimea fue declarado ahora Estado independiente. Se trataba de una descripción unilateral: aunque la península se independizaba de Estambul, ahora dependía de San Petersburgo.

La anexión formal de Crimea al Imperio ruso tuvo lugar en 1783, cuando el ejército ruso entró en la península y envió al último kan de Crimea, Shahín Girai, al exilio en Vorónezh, en el centro de Rusia. Bezborodko, por entonces uno de los principales arquitectos de la política exterior rusa, desempeñó un papel importante en este acontecimiento. También fue autor del llamado «Proyecto griego», un plan para destruir el Imperio otomano y establecer un nuevo Bizancio bajo control ruso, además de proponer la creación de Dacia, un nuevo país del Danubio surgido de la unión de Moldavia y Valaquia. El proyecto nunca llegó a materializarse, pero sus ecos aún resuenan en los nombres griegos que las autoridades imperiales dieron a las ciudades de Crimea, como Simferópol, Eupatoria y la más famosa de ellas, Sebastopol, la base naval rusa establecida en la península dos años después de su anexión.

Alarmados por el viaje de Catalina a Crimea en 1787 y los rumores sobre el proyecto griego, los otomanos iniciaron una nueva guerra por el control de la costa norte del mar Negro. Volvieron a perder, esta vez ante las tropas aliadas rusas y austriacas. Según el tratado de paz firmado en Iași en 1792 por Oleksandr Bezborodko, el Imperio ruso extendió su control a todo el sur de Ucrania. Los otomanos reconocieron ahora tanto Crimea como la región de Kubán, al otro lado del estrecho de Kerch, como territorios rusos. De un plumazo, el Imperio ruso había cerrado la frontera esteparia ucraniana. La frontera cultural, sin embargo, seguía en pie, simplemente pasó a ser interna.

Las victorias militares no solo hicieron que la frontera esteparia pasara a la historia, sino que también abrieron las estepas a la colonización, alentada y dirigida desde el Gobierno imperial. Los cosacos ya no eran necesarios en la zona. De hecho, las autoridades querían su expulsión, por considerarlos potenciales rebeldes, provocadores de conflictos con las potencias vecinas. El Gobierno tuvo una confirmación de sus sospechas con la participación de los cosacos rusos en el levantamiento de Yemelián Pugachov de 1773-1774. Al año siguiente, las tropas imperiales rusas que regresaban del frente de Moldavia rodearon la Hueste de Zaporiyia y dispersaron a los cosacos. Algunos de ellos fueron reclutados en nuevas formaciones cosacas, entre ellas los cosacos del mar Negro, que finalmente fueron enviados a la península de Kubán, fronteriza con el turbulento Cáucaso Norte. Otros se quedaron, pero ya no como una fuerza organizada. Grigori Potemkin, el favorito de la emperatriz, se jactó en 1787 de sus asentamientos durante el viaje de Catalina I a Crimea. La presentación que dio origen a la expresión «aldea Potemkin» era imprecisa en el sentido de que no es que las aldeas no existieran, sino que no eran el resultado de los esfuerzos de Potemkin: ya estaban allí.

La colonización masiva de las estepas del sur de Ucrania comenzó cuando aún estaban bajo el control de los cosacos. Los propios zapórogos atrajeron a los refugiados campesinos a la región, y el Gobierno estableció posteriormente nuevos asentamientos en las tierras arrebatadas a los cosacos. Los refugiados serbios de la dominación otomana se instalaron al norte de Elisavetgrado (actual Kropivnitski) y Bajmut (hasta hace poco Artémivsk, en la provincia de Donetsk) en distritos llamados, respectivamente, Nueva Serbia y Slavoserbia. Cuando las líneas fortificadas rusas se desplazaron hacia el sur y el imperio absorbió nuevas tierras como resultado de las guerras ruso-turcas y la anexión de Crimea, todas las tierras zapórogas pasaron a formar parte de una provincia imperial llamada Nueva Rusia (Novoróssiya). (Sus fronteras fluctuaron con el tiempo, a veces incluyendo o excluyendo la región del río Donets y Crimea, pero nunca incluyó la región de Járkiv, en la Ucrania Libre, como

pretenden los idealistas rusos de la partición de Ucrania en 2014.) Centrada en las antiguas tierras de los cosacos zapórogos, Nueva Rusia se convirtió en el principal destino de la migración nacional y extranjera en las últimas décadas del siglo XVIII.

Entre 1789 y 1790, los primeros menonitas se trasladaron a la región desde Prusia —huían del servicio militar obligatorio— y se establecieron en la isla cosaca de Jórtitsia, más allá de los rápidos del Dniéper. Pronto se les unirían más correligionarios de su antigua patria, así como colonos alemanes protestantes y católicos de Europa Central. Sin embargo, la mayoría de los «extranjeros» procedían del Imperio otomano: griegos, búlgaros y moldavos. Las autoridades imperiales, que buscaban agricultores y artesanos sanos, les concedieron tierras, exenciones fiscales y privilegios que otros súbditos de Catalina II ni siquiera habían soñado.

Las élites imperiales celebraban la composición multiétnica de los colonos, que consideraban una prueba de la grandeza del imperio y de su soberana. «Para el moldavo, el armenio, el indio y el heleno o el negro etíope, sea cual sea el cielo bajo el que vino al mundo, Catalina es la madre de todos», escribió en 1778 el poeta Vasili Petrov. A finales de siglo, los «extranjeros» constituían un 20 % de la población masculina de la región, que era aproximadamente de medio millón. El resto eran eslavos orientales. Algunos de los últimos eran disidentes religiosos rusos exiliados a las tierras fronterizas, pero la mayoría eran cosacos ucranianos y campesinos del Hetmanato y de la Ucrania de la margen derecha. A pesar de sus orígenes imperiales y su tendencia multiétnica, la provincia de Nueva Rusia tenía una composición étnica mayoritariamente ucraniana.

Mientras que Nueva Rusia era mayoritariamente ucraniana, la provincia de Táurida, que incluía la península de Crimea, era predominantemente tártara de Crimea. San Petersburgo hizo todo lo posible para facilitar la incorporación de la península al imperio, ofreciendo a los nobles de Crimea el estatus de nobles rusos junto con las tierras que antes habían pertenecido a los kanes. Los demás acuerdos sociales del kanato, así como el papel dominante del islam, permanecieron inalterados. El imperio se tomaba su tiempo.

Al igual que con el Hetmanato, la incorporación del Kanato de Crimea llevaría más de una generación. La precaución era razonable por varias razones. Una de ellas era la emigración: antes de que finalizara el siglo XVIII, cerca de 100.000 antiguos súbditos del Kanato de Crimea habían abandonado la península y las estepas del mar Negro, al norte, para dirigirse al Imperio otomano. El deseo de vivir bajo un gobernante islámico fue una de las explicaciones de esta migración; el declive de las oportunidades económicas con el cierre de la frontera esteparia —el comercio de esclavos y el botín de guerra se habían agotado por completo— fue la otra.

En 1793, un año después de que Bezborodko firmara el Tratado de Iași, que aseguraba los derechos rusos en Crimea y la costa septentrional del mar Negro según el derecho internacional, tuvo lugar otro acontecimiento dramático en las fronteras occidentales del antiguo Hetmanato. La antigua frontera ruso-polaca a lo largo del Dniéper, que había dividido a Ucrania durante más de ciento veinte años, desapareció de repente. Las tropas rusas, algunas de ellas dirigidas por antiguos oficiales cosacos que ahora tenían un alto rango en el ejército imperial ruso, cruzaron el Dniéper y comenzaron a avanzar hacia el oeste. Ocuparon Podolia oriental, incluida la fortaleza de Kamianets-Podilski, y parte de Volinia, incluida la ciudad de Zhitómir. En el norte, el ejército ruso ocupó las ciudades bielorrusas de Minsk y Slutsk.

El acontecimiento que puso fin a la existencia de la frontera del Dniéper y cumplió el viejo sueño de los cosacos ucranianos de unir la Ucrania de la margen izquierda con la de la derecha fue la segunda partición de Polonia. La primera tuvo lugar en 1772, cuando tres grandes potencias europeas —Rusia, Austria y Prusia— se hicieron con partes de la Mancomunidad polaco-lituana. La parte prusiana incluía la zona de Danzig (actual Gdańsk), que conectaba sus principales posesiones con Prusia Oriental; Rusia se quedó con el este de Bielorrusia; y Austria reclamó Galitzia. Para el Imperio ruso, que había controlado toda la Mancomunidad durante

la mayor parte del siglo XVIII a través de sus Dietas, que eran vulnerables a la presión militar y política, y más recientemente con la ayuda de un rey leal, Estanislao I Poniatowski, la partición fue más un retroceso que una ganancia. De hecho, fue una forma de evitar el conflicto militar en dos frentes, para el que San Petersburgo no estaba preparado. Alarmada por las victorias rusas en la Guerra ruso-turca de 1768-1774, Austria se había puesto del lado del sultán y amenazaba con atacar Rusia. Al aceptar el primer reparto, Rusia sobornó a Austria para que se mantuviera al margen del conflicto con los otomanos.

Los austriacos mordieron el anzuelo. Querían Silesia, una provincia con el centro en la actual Wrocław (Breslavia), pero se les ofreció Galitzia. La emperatriz austriaca (de los Habsburgo) detestó el término «partición», que en su opinión implicaba el carácter ilegal de toda la empresa, y buscó una justificación histórica para la anexión de nuevos territorios. La encontró en las reivindicaciones históricas de los reyes húngaros sobre el principado medieval de Galitzia-Volinia, por lo que el nuevo territorio pasó a llamarse «Reino de Galitzia y Lodomeria». Los austriacos se tomaron muy en serio su inventada conexión galitziano-volinia. En 1774, reclamando el derecho de los príncipes galitzianos a Bucovina, los Habsburgo anexionaron ese territorio de Moldavia. Como toda la provincia de Transcarpacia (la región más occidental de la actual Ucrania) había estado bajo el control de Viena desde 1699, los Habsburgo unieron bajo su cetro tres futuras provincias ucranianas, un hecho con importantes implicaciones para la Ucrania moderna y la Europa Oriental en general.

La primera partición no añadió ninguna tierra ucraniana al Imperio ruso: todas sus ganancias territoriales estaban en Bielorrusia y Letonia. Pero la situación cambió en 1793, durante la segunda partición de Polonia, provocada por los acontecimientos de Varsovia. En mayo de 1791, los delegados de la Dieta polaca habían aprobado una nueva Constitución que prometía restaurar la Mancomunidad. Producto de la Ilustración y de las ideas de la Revolución francesa, la nueva Constitución promovía la centralización, el buen gobierno y la educación; también avanzaba

en el ámbito de la tolerancia religiosa. Y lo que es más importante, desde la perspectiva de las potencias partidoras, prometía hacer que el Gobierno polaco volviera a ser viable, reforzando la autoridad del rey y eliminando el requisito de aprobar todas las resoluciones de la Dieta por unanimidad, el famoso, o más bien infame, *liberum veto*.

Parecía que, a pesar de (o gracias a) la conmoción de la primera partición, la Mancomunidad saldría del caos de las luchas internas entre clanes aristocráticos y resurgiría como un Estado fuerte en el centro de Europa. Para evitarlo, Prusia y Austria se anexionaron aún más territorio polaco. Rusia hizo lo mismo con el pretexto de proteger los antiguos derechos y libertades polacos, incluido el *liberum veto*. La frontera del Dniéper en Ucrania tuvo que desaparecer; la nueva se estableció en Volinia y Podolia. Esto convirtió a los Habsburgo y a los Románov en vecinos, ya que los rusos habían trasladado la frontera imperial hasta el límite oriental de la Galitzia austriaca. Al igual que la emperatriz María Teresa, Catalina se preocupaba por la legitimidad. Después de la segunda partición, las autoridades imperiales rusas emitieron una medalla con un mapa que mostraba las nuevas fronteras y que llevaba la inscripción «Restauré lo que fue arrebatado», en referencia a las tierras que habían pertenecido a la Rus de Kíiv.

Las fronteras rusas pronto se desplazaron aún más hacia el oeste. Esto no tuvo nada que ver con la revisión de los mapas de la Rus de Kíiv, sino que fue el resultado de la indignación que cundió en la Mancomunidad provocado por la segunda partición. Lo lideró Tadeusz Kościuszko, nativo de Bielorrusia, partidario de la Confederación de Bar y participante en la Guerra de Independencia de Estados Unidos, durante la cual construyó fortificaciones en West Point y fue ascendido al rango de general de brigada por el Congreso Continental. En 1784 regresó a la Mancomunidad, donde sirvió como general de división en el ejército polaco. En 1794 inició la sublevación de Cracovia, asumiendo el mando de todas las fuerzas armadas de la Mancomunidad. Las tres potencias partidoras —Rusia, Prusia y Austria— enviaron sus tropas a través de las fronteras polacas para aplastar la revuelta. El resultado fue la

completa destrucción del Estado polaco.

Los déspotas ilustrados se repartieron lo que quedaba de la Mancomunidad tras la segunda partición. Austria compitió con Rusia por la adquisición de Volinia («Lodomeria»), pero acabó cediendo y se conformó con parte de Polonia y Cracovia. Para dar una apariencia de legitimidad a la adquisición, Austria trató el territorio como parte de Galitzia. Prusia extendió sus posesiones al sur del mar Báltico, llegando hasta Varsovia. Pero el mayor beneficiario fue Rusia, cuya parte del botín incluía las provincias bálticas, Lituania, el oeste de Bielorrusia y, en Ucrania, Volinia con ciudades como Rivne y Lutsk.

Algunos consideran las particiones de Polonia como reunificaciones de Ucrania; en efecto, esta fue la línea adoptada por la historiografía soviética. De hecho, tuvieron como resultado la reunificación de algunas de las tierras ucranianas y la división o partición de otras. Si antes de las particiones la Mancomunidad polaco-lituana y el Imperio ruso se repartieron la mayor parte de las tierras ucranianas, ahora la división fue entre el Imperio ruso y de los Habsburgo. En lo que respecta a las tierras ucranianas, Rusia pasó de ser una minoría a una «parte interesada» mayoritaria, controlando la mayor parte del territorio étnico ucraniano. Como resultado de las particiones, la proporción de ucranianos étnicos en el Imperio ruso aumentó del 13 al 22 %, mientras que la proporción de rusos étnicos disminuyó del 70 al 50 %. Más del 10 % de la población de los territorios ucranianos recién adquiridos era judía, mientras que aproximadamente el 5 % estaba formado por polacos y católicos polonizados. Era un mosaico étnico a la par, o incluso mayor, que el que el imperio promovía y celebraba en el sur de Ucrania. Pero la lealtad al imperio de sus nuevos súbditos polacos, judíos o incluso ucranianos («pequeños rusos», como se les llamaba entonces) era cualquier cosa menos un hecho. Los habitantes multiétnicos no eran recién llegados a la zona; el Estado que los reclamaba sí lo era. El Estado aceptó a algunos de sus nuevos súbditos, pero no al resto. Ya en 1791, el Gobierno imperial introdujo la Zona de Asentamiento, limitando disponibles para la residencia de judíos a las antiguas provincias de la

Mancomunidad y añadiendo posteriormente los territorios recién adquiridos en el sur. La mayor parte de Ucrania pasó a formar parte de la Zona.

La figura más importante en las negociaciones que condujeron al gran cambio de las fronteras ucranianas en la segunda mitad del siglo XVIII fue nada menos que el «príncipe cosaco» Oleksandr Bezborodko. Sabemos que en San Petersburgo siguió siendo un fiel patriota de su terruño, al que llamaba su patria. Ayudó a publicar una crónica cosaca y él mismo escribió la historia del Hetmanato, desde la muerte del hetman Danilo Apostol en 1734 hasta el comienzo de la Guerra ruso-turca de 1768. La crónica estaba repleta de descripciones de las guerras de los cosacos y de las batallas con los otomanos, los tártaros de Crimea y los polacos. Sin embargo, no sabemos si en sus propuestas de anexión de Crimea, en sus negociaciones en Iași sobre el destino de la región norte del mar Negro o, finalmente, en sus conversaciones con austriacos y prusianos sobre las particiones de la Mancomunidad, Bezborodko llegó a sentir la influencia de su educación e identidad de «pequeñorruso». Cuando ayudó a borrar Crimea y la Mancomunidad del mapa europeo, su propia patria también había dejado de existir en él. El siglo XVIII no solo fue una época de la Ilustración y la razón. Fue sobre todo una época imperial.

14

Los libros del Génesis

El himno nacional ucraniano arranca con las palabras «Ucrania aún no ha perecido», un inicio poco optimista para cualquier canción que se precie. Pero no es el único himno cuya letra no inspira optimismo. El himno nacional polaco comienza con la conocida frase «Polonia aún no ha perecido». La letra del himno polaco se escribió en 1797, y la del ucraniano, en 1862, así que está bastante claro quién influyó en quién. Pero ¿por qué ese pesimismo? En ambos casos, el polaco y el ucraniano, la idea de la muerte de la nación surgió de las experiencias de finales del siglo XVIII: las particiones de Polonia y la liquidación del Hetmanato.

Como muchos otros himnos, el polaco fue originalmente una canción de marcha escrita para las legiones polacas que luchaban bajo el mando del futuro emperador de Francia, Napoleón Bonaparte, en sus campañas italianas. La canción se conocía originalmente como «mazurca Dąbrowski», llamada así en honor al comandante de las tropas polacas, Jan Henryk Dąbrowski. Muchos de los legionarios polacos, incluido el propio comandante, habían participado en el Levantamiento de Kościuszko, y la letra pretendía insuflar ánimos tras la destrucción de su Estado por parte de las potencias partidoras. La segunda línea de la canción afirma que Polonia no perecerá «mientras vivamos». Al asociar la nación no con el Estado, sino con quienes se consideraban sus miembros, el himno polaco daba esperanza no solo a los polacos, sino también a los representantes de otras naciones sin Estado. Una nueva generación de patriotas en Polonia y Ucrania se negó a aceptar los

desastres del siglo anterior como la última palabra sobre sus naciones. Tanto los activistas polacos como los ucranianos promovieron una nueva idea de la nación como una entidad política democrática formada por ciudadanos patriotas y no por un Estado territorial.

En la primera década del siglo XIX, Napoleón y sus soldados llevaron las ideas de nación y soberanía popular al resto de Europa en sus canciones y a punta de bayoneta. En 1807, el sueño de los legionarios polacos estuvo más cerca de hacerse realidad cuando, tras derrotar a Prusia, el emperador francés creó el Ducado de Varsovia a partir de los territorios anexionados por ese país durante las particiones de Polonia. Para los polacos, esto ofrecía la emocionante perspectiva de la restauración de la patria. Los polacos que vivían bajo el dominio de Alejandro I se rebelaron: la invasión de los franceses les pareció una liberación. Adam Mickiewicz, el principal poeta polaco de la época, reflejó la emoción de la nobleza polaca ante el avance del ejército francés en la actual Bielorrusia en su poema épico *Pan Tadeusz*, que sigue siendo actualmente lectura obligatoria en las escuelas polacas (pero no en las bielorrusas). «La gloria ya es nuestra —dice uno de los personajes polacos del poema—, y así pronto recuperaremos nuestra República.»

En 1815, al ingresar en la Universidad de Vilna, Mickiewicz, de dieciséis años, indicó que su nombre era Adam Napoleón Mickiewicz. Para entonces, las esperanzas polacas de volver a tener «nuestra República» habían sido aplastadas. Napoleón, Dąbrowski y sus tropas francesas y polacas se habían retirado derrotados del Imperio ruso. Poco más de un año después, las tropas rusas tomaron París, mientras que Napoleón fue desterrado a la isla de Elba. Pero no todo fue en vano. El Congreso de Viena (1814-1815), que decidió el destino de la Europa posnapoleónica, devolvió a Polonia al mapa del continente. Sobre las ruinas del Ducado de Varsovia creado por Napoleón, con la adición de algunos territorios previamente anexionados por Austria, el congreso estableció el Reino de Polonia. Tendría el mismo gobernante que su poderoso vecino, el Imperio ruso, y en ruso se le llamó zarato,

no reino. El zar Alejandro i les concedió a los nuevos súbditos derechos de autonomía y privilegios con los que otros habitantes del imperio solo podían soñar.

El absolutismo ilustrado de Catalina, que implicaba la unificación imperial y la uniformidad de las prácticas administrativas y legales, era cosa del pasado; la era de los acuerdos especiales había vuelto. Los que habían perdido sus privilegios miraban a los polacos con envidia. Entre ellos estaban las élites del antiguo Hetmanato. Pero mientras que el nacionalismo polaco moderno creció bajo la égida de Napoleón, su equivalente ucraniano dio sus primeros pasos bajo la bandera de la defensa de la patria frente a la invasión de Bonaparte. Durante las guerras napoleónicas, las revistas imperiales rusas comenzaron a publicar los primeros poemas patrióticos escritos en ucraniano, no en ruso. Uno de los primeros apareció en 1807 con el título «¡Ah! Bonaparte, ¿ya has robado bastante, vicioso bastardo?». De un modo u otro, el emperador francés estaba despertando el patriotismo local y los sentimientos nacionales. Mientras los polacos y alemanes y los rusos daban rienda suelta a estos sentimientos en sus lenguas maternas, algunos ucranianos decidieron seguir el ejemplo. En Ucrania, como en el resto de Europa, la lengua, el folclore, la literatura y, por último, la historia, se convirtieron en los pilares de una identidad nacional moderna.

Entre los ucranianos dispuestos a combatir armas en mano a Napoleón estaba el fundador de la literatura ucraniana moderna, Iván Kotliarevski. Natural de la región de Poltava, en el antiguo Hetmanato, formó un destacamento de cosacos para unirse a la lucha. Hijo de un funcionario menor, Kotliarevski estudió en un seminario teológico, trabajó como tutor de hijos de la nobleza y sirvió en el ejército imperial ruso, con el que participó en la Guerra ruso-turca de 1806-1812. En 1798, mientras realizaba el servicio militar, apareció impresa la primera parte de su obra poética *Eneida*, una parodia basada en Virgilio, cuyos protagonistas no

eran griegos sino cosacos zapórogos. Y, por supuesto, se hablaba de los cosacos en ucraniano. Pero la elección de la lengua del poema solo parece lógica en retrospectiva. En la Ucrania de finales del siglo XVIII, Kotliarevski fue un pionero, el primero en escribir una obra poética importante en lengua vernácula.

¿Por qué lo hizo? No tenemos ningún indicio de que con ello intentara hacer una declaración política. De hecho, la elección del género paródico indica que estaba jugando con el lenguaje y el tema más que intentando producir una obra de gran seriedad. Es evidente que Kotliarevski tenía tanto talento literario como un fino sentido del espíritu de la época. A finales del siglo XVIII, los intelectuales de toda Europa estaban ocupados imaginando la nación no solo como una entidad política cuya soberanía recae en el pueblo, sino también como una comunidad cultural, una suerte de belleza dormida que despertaría un renacimiento nacional. En Alemania, Johann Gottfried Herder desarrolló el nuevo concepto de la nación sobre las bases de la lengua y la cultura. También en otros países de Europa Occidental y Central, los entusiastas que más tarde se llamarían folcloristas recopilaban cuentos y canciones populares, o los inventaban cuando no encontraban ejemplos «destacables». En Gran Bretaña, James Macpherson, el supuesto «descubridor» del antiguo bardo Ossian, consiguió destilar el folclore irlandés en el mito nacional escocés.

Kotliarevski escribió la primera parte de su *Eneida* cuando la superestructura eslava eclesiástica, que había dominado la literatura imperial rusa de la época anterior, se estaba resquebrajando y desmoronando, permitiendo que las literaturas basadas de una u otra manera en la lengua vernácula se abrieran paso en el ámbito público. Rusia encontró su primer gran poeta en Aleksandr Pushkin; Ucrania, en la figura de Kotliarevski. Fueran cuales fueran los motivos originales para utilizar el ucraniano, Kotliarevski nunca se arrepintió de su elección. Completaría la *Eneida* con cinco partes más. También firmaría las primeras obras de teatro escritas en ucraniano, entre ellas *Natalka-Poltavka* [Natalka de Poltava], una historia de amor ambientada en el mundo rural ucraniano. La lengua de la patria de Kotliarevski, la

región de Poltava del antiguo Hetmanato, se convertiría en la base del ucraniano estándar para los hablantes de numerosos dialectos desde el Dniéper hasta el Don, en el este, y hasta los Cárpatos, en el oeste. Con Kotliarevski nació una nueva literatura. En 1818 se publicó una obra científica de gran relevancia: *Gramática del dialecto pequeñorruso* de Oleksi Pavlovski. Un año después, apareció la primera antología de canciones populares ucranianas de Mikola (Nikolái) Tsertelev.

Kotliarevski y sus escritos podrían haberse quedado como una curiosidad, digna solo de una nota a pie de página en la historia de la literatura, si no le hubieran seguido decenas y luego cientos de autores talentosos. No todos ellos escribieron en ucraniano, pero la mayoría se inspiraron en las ideas del Romanticismo y compartían la fascinación de principios del siglo XIX por el folclore y la tradición, con un énfasis en la emoción más que en el raciocinio, como en la Ilustración. El lugar de nacimiento del romanticismo ucraniano fue en Járkiv, donde el Gobierno imperial fundó una universidad en 1805, invitando a profesores de todo el imperio a cubrir los puestos vacantes. Ser profesor en aquella época significaba a menudo interesarse por la historia y el folclore locales, y Járkiv tenía una rica tradición. Fue el centro administrativo y cultural de Ucrania Libre, poblada por descendientes de cosacos ucranianos y campesinos que huyeron en tiempos de Bogdán Jmelnitski. A finales del siglo XVIII y principios del XIX, esta tierra se denominaba a menudo «Ucrania». No es de extrañar que el primer almanaque literario que empezó a aparecer allí en 1816 se titulase *Ukrainski véstnik* [Heraldo de Ucrania]. Aunque la lengua principal era el ruso, también aceptaba textos en ucraniano, y muchos de sus autores trataban temas de la historia y cultura regional.

La importancia del pasado cosaco para los intereses literarios románticos, ya manifiesta en la obra *Eneida* de Kotliarevski, se hizo aún más patente por la disposición con que los literatos románticos de Járkiv querían hacer suyo y popularizar el texto histórico ucraniano más influyente de la época, *Istoria rusov* [Historia de la Rus]. La autoría de esta historia de los cosacos ucranianos se

atribuyó al arzobispo ortodoxo del siglo XVIII Georgui Koniski, pero el verdadero autor (o autores) procedía de las filas de los descendientes de los oficiales cosacos de la región de Starodub en el antiguo Hetmanato. Quien escribió la *Historia* se preocupó por la desigualdad entre los oficiales cosacos y la nobleza rusa y abogó, en términos más generales, por la igualdad de la Pequeña y la Gran Rusia, un viejo tema que ya figuraba en los escritos cosacos del siglo XVIII, pero que ahora se presentaba de una manera que se ajustaba a la sensibilidad de la época romántica.

La *Historia* presentaba a los cosacos como una nación distinta y glorificaba su pasado con descripciones de las hazañas de los hetmans ucranianos, sus batallas y su muerte a manos de sus enemigos. Esos enemigos, y los villanos de la narración, eran generalmente representantes de otras nacionalidades: polacos, judíos y rusos. La *Historia de la Rus* inflamó la imaginación de escritores y poetas románticos de todo el imperio. En San Petersburgo, entre ellos estaban Kondrati Riléiev, Aleksandr Pushkin y Nikolái Gógol; en Járkiv, el principal promotor del misterioso texto fue un profesor de la universidad local, Izmaíl Sreznevski. Al igual que Macpherson antes que él, no dejó de crear su propio folclore. Pero mientras que el primero utilizó los mitos irlandeses, Sreznevski se inspiró en la *Historia de la Rus*. La obra, que en las décadas de 1830 y 1840 se hizo muy popular en el antiguo Hetmanato, supuso un paso importantísimo hacia la creación de una nación ucraniana moderna, al convertir una historia del orden social cosaco en un relato de una comunidad nacional pujante.

El antiguo Hetmanato aportó un mito histórico clave, una tradición cultural y una lengua como elementos constructivos de la nación ucraniana moderna. También proporcionó arquitectos. Iván Kotliarevski, autor de *Eneida*, Mikola Tsertelev, editor de la primera colección de canciones populares ucranianas, y Oleksi Pavlovski, autor de la primera gramática del ucraniano, procedían del Hetmanato. La razón de tal prominencia o incluso dominio de las élites del Hetmanato en las primeras etapas de la construcción de la nación ucraniana era bastante sencilla: el territorio del

antiguo Estado cosaco era la única región de la Ucrania del siglo XIX en la que las élites terratenientes compartían la cultura de la población local. Los polacos católicos o los nobles ucranianos polonizados copaban la escena política y cultural de la Galitzia austriaca y la Volinia rusa, la Podolia y la Ucrania de la margen derecha. En las estepas del sur, colonizadas durante la época de Catalina II, la élite gobernante era étnica o culturalmente rusa. Los vástagos de la antigua nación cosaca del Hetmanato acabaron al frente de las batallas por la nueva nación casi por defecto. No es de extrañar que las tierras cosacas dieran a esa nación no solo su lengua, sino también su nombre, Ucrania.

Mientras que los inicios de la construcción de la nación ucraniana moderna —algunos estudiosos la llaman la etapa de recopilación del patrimonio— se produjeron durante e inmediatamente después de las guerras napoleónicas, el levantamiento polaco de 1830 influyó en la siguiente etapa, que condujo a la formulación del programa político del naciente movimiento nacional.

La sublevación se gestó durante mucho tiempo. Según las resoluciones del Congreso de Viena de 1814-1815, Alejandro I, el gobernante que ahora había añadido a su título de emperador el de zar de Polonia, dotó a su nueva posesión de una de las constituciones más liberales de Europa. Pero el zar pronto demostró que era un emperador no solo de nombre y que no renunciaría al poder absoluto tan fácilmente. El liberalismo de Alejandro se agotó poco después de que las potencias europeas reconocieran su soberanía sobre el reino. Sus representantes, a menudo, ignoraban a la Dieta, restringían la libertad de prensa y despreciaban otras libertades civiles que el zar originalmente había concedido. Cuando los jóvenes polacos descontentos formaron organizaciones clandestinas, se pondrían en el punto de mira de la policía.

La situación no hizo más que empeorar tras el Levantamiento Decembrista de 1825, en el que oficiales militares rusos, algunos de ellos descendientes de prominentes familias cosacas, dirigieron

sus tropas en una revuelta, exigiendo la adopción de una Constitución. En noviembre de 1830, un motín de jóvenes oficiales polacos en Varsovia se convirtió en un levantamiento que se extendió al resto del reino y a los antiguos territorios polacos en las actuales Lituania, Bielorrusia y Ucrania. Un cuerpo militar polaco fue enviado a Volinia, y los nobles polacos se rebelaron en Volinia, Podolia y la Ucrania de la margen derecha. Llamaron a los campesinos ucranianos a unirse a ellos, a veces prometiendo la emancipación de la servidumbre. El imperio utilizó su superioridad militar para sofocar el levantamiento. Muchos de sus líderes, participantes y partidarios, incluido Adam Mickiewicz, huyeron de Polonia, la mayoría a Francia. Los menos afortunados acabaron en prisiones rusas o en el exilio.

El Levantamiento de Noviembre no solo movilizó el patriotismo y el nacionalismo polacos, sino que también provocó una fuerte reacción nacionalista del lado ruso. El patriotismo imperial ruso, que había desarrollado claros tintes antifranceses durante las guerras napoleónicas, se volvió ahora ferozmente antipolaco. Personajes de la talla de Aleksandr Pushkin lideraron el ataque ideológico contra los rebeldes polacos y sus apoyos franceses. Uno de sus poemas, «A los calumniadores de Rusia», pedía a los defensores franceses de la causa polaca que dejaran la solución del conflicto ruso-polaco a los propios eslavos. En la insurrección polaca, Pushkin veía una amenaza para las posesiones rusas mucho más allá del Reino de Polonia. Desde su punto de vista, se trataba también de una contienda por Ucrania. En un poema sobre la toma rusa de la rebelde Varsovia, «El aniversario de Borodinó», Pushkin escribió:

> ¿Hacia dónde desplazar la línea de fortalezas?
> ¿Más allá del Bug, hacia el Vorskla, hacia el estuario [del Dniéper]?
> ¿De quién será Volinia?
> ¿Y el legado de Bogdán [Jmelnitski]?
> Reconocido el derecho a la rebelión,
> ¿despreciará Lituania nuestro gobierno?

Y Kíiv, decrépita, de cúpulas doradas,
esta antepasada de las ciudades rusas,
¿unirá sus santas tumbas a la temeraria Varsovia?

Durante el Levantamiento de Noviembre, Pushkin incluso contempló la posibilidad de escribir una historia de la «Pequeña Rusia».

La defensa de Ucrania y otras antiguas posesiones polacas contra la influencia occidental y, en particular, polaca, se convirtió en el *leitmotiv* de la política rusa en la región en las décadas posteriores al levantamiento. El imperio de los Románov estaba ahora preparado para «volverse nativo» y emplear el patriotismo ruso y el naciente nacionalismo para defender sus adquisiciones territoriales. En ese momento, el ministro imperial de Educación, el conde Serguéi Uvárov, formuló las bases de la nueva identidad imperial rusa: autocracia, ortodoxia y nacionalidad. Si los dos primeros elementos de la tríada de Uvárov eran marcadores tradicionales de la ideología imperial rusa, el tercero era una concesión a la nueva era de nacionalismo creciente. La «nacionalidad» de Uvárov no era general, sino específicamente rusa. Escribió que sus tres principios formaban «el carácter distintivo de Rusia, y solo pertenecen a Rusia». Reúnen «en un todo los restos sagrados de la nacionalidad rusa». Esa nacionalidad incluía a rusos, ucranianos y bielorrusos.

Aunque los historiadores siguen discutiendo sobre el significado exacto de la tríada de Uvárov, su estructura clara y sencilla proporciona un buen marco para la discusión de las políticas imperiales en las tierras fronterizas occidentales a partir de la década de 1830. El súbdito ideal de los Románov tenía que ser no solo leal al imperio (que había bastado durante la Ilustración) sino también ruso y ortodoxo. El levantamiento polaco de noviembre había puesto en duda la lealtad del campesinado ucraniano al imperio. A los ojos de las autoridades imperiales, los campesinos eran rusos, pero a menudo no eran ortodoxos: la mayoría de los territorios recién adquiridos seguían siendo uniatas. Por lo tanto, para asegurar la lealtad al imperio y crear un súbdito

ideal de los zares, tenían que convertir a los uniatas a la ortodoxia para romper la solidaridad religiosa entre los nobles católicos y los campesinos uniatas. La táctica utilizada para lograr ese objetivo invirtió esencialmente el método de la Unión de Brest. En lugar de hacer proselitismo entre los uniatas a título individual, el Gobierno y sus partidarios entre el clero uniata entregarían toda la Iglesia a los ortodoxos, más o menos como habían hecho las autoridades polacas con la Iglesia uniata a finales del siglo XVI y luego, de nuevo, a principios del XVIII.

En 1839, un consejo eclesiástico uniata, convocado con el apoyo expreso del Gobierno, declaró la «reunificación» de los uniatas con la Iglesia ortodoxa rusa y pidió la bendición del zar. El emperador aprobó la petición y trasladó el ejército a la región para asegurarse de que la unión a la inversa no se encontraría con una nueva revuelta. Más de 1.600 parroquias y, según algunas estimaciones, más de 1,5 millones de feligreses en Ucrania y Bielorrusia fueron «devueltos» a la Iglesia ortodoxa de la noche a la mañana. En Bielorrusia, Volinia, Podolia y buena parte de la margen derecha, la ortodoxia y la nacionalidad se pusieron al servicio de la autocracia. Fue el comienzo de un largo proceso de «ortodoxización» de los antiguos uniatas, acompañado de su rusificación cultural. Dado que los seminarios ortodoxos utilizaban el ruso como lengua de instrucción, la élite intelectual de la Iglesia se estaba convirtiendo no solo del catolicismo uniata a la ortodoxia, sino también de la nacionalidad ucraniana o rutena a la rusa.

Mucho más compleja y difícil fue la batalla por los «corazones y mentes» de las élites seculares en los territorios amenazados por la rebelión polaca. En un primer momento, el imperio adoptó su táctica habitual: la integración de la nobleza polaca en el imperio sin perjuicio de su estatus legal o de sus derechos de propiedad. El emperador Alejandro I se sirvió de los aristócratas e intelectuales polacos para promover sus reformas liberales. Fueron especialmente útiles las contribuciones polacas en el ámbito de la educación, en el que Polonia había hecho importantes progresos antes de ser aplastados en la partición de 1795 por sus vecinos.

El vástago de una familia aristocrática polaca, el príncipe Adam Jerzy Czartoryski, desempeñó un papel clave en la creación de un nuevo sistema educativo en las provincias ucranianas del imperio. Durante la primera década del siglo XIX, sirvió como asesor de Alejandro y, durante unos años, fue *de facto* el jefe de la política exterior rusa. Alejandro también puso a Czartoryski a cargo del distrito educativo de Vilna, cuyo principal centro era la Universidad de Vilna, que tenía jurisdicción sobre buena parte de la Ucrania occidental. Otro magnate polaco, Seweryn Potocki, administrador del distrito educativo de Járkiv, cuyo centro era la Universidad de Járkiv, supervisaba el resto de Ucrania. La fundación de ambas universidades y el desarrollo de un sistema escolar público en toda la región fueron algunos de los principales logros de la reforma, que supervisó el primer ministro de Educación de la Rusia imperial, Petró Zavadovski, exalumno de la Academia Moguila de Kíiv.

Si a principios del siglo XIX existía una política de nacionalidad en San Petersburgo, esta se basaba en la idea de la unidad eslava de los rusos (entendidos también los ucranianos) y los polacos. Esto cambió con el Levantamiento de Noviembre. Adam Czartoryski, que permaneció al frente del distrito educativo de Vilna hasta 1823, se convirtió en el líder del Gobierno revolucionario polaco en diciembre de 1830. Más tarde, desde su suite en el Hotel Lambert de París, dirigió las actividades de la «Gran Emigración», término con el que se conocía a los miembros del levantamiento que huyeron hacia el oeste. La alianza entre la autocracia rusa y la nobleza católica polaca llegó a su fin. También lo hizo el avance de la educación, que dependía de la participación y la lealtad polacas. El Gobierno imperial recogió el guante de la guerra cultural lanzado por los líderes del Levantamiento de Noviembre, instituyendo medidas para rusificar Ucrania y los otros antiguos territorios polacos del imperio. El conde Uvárov estaba ansioso por desarrollar la educación y la cultura en lengua rusa como contrapeso a la cultura polaca dominante en los territorios fronterizos.

La Universidad de Vilna, que rivalizó con la Universidad de

Oxford en número de matriculados durante algún tiempo, se cerró en 1832. El Gobierno no tuvo más paciencia con una escuela que consideraba un foco de nacionalismo polaco. Otras instituciones educativas polacas de la región también cerraron sus puertas, entre ellas un liceo en la ciudad de Kremianets, en Volinia. El Gobierno trasladó la rica biblioteca del liceo, la colección de esculturas y los árboles y arbustos del jardín botánico a Kíiv, donde creó un nuevo centro imperial de aprendizaje para sustituir a la Universidad de Vilna en 1834. La lengua polaca se prohibió en la nueva universidad; el ruso era la única lengua de enseñanza. La nueva universidad recibió el nombre del príncipe Volodímir (Vladímir) el Grande, el primer autócrata ortodoxo y ruso, según la historiografía oficial.

Las autoridades imperiales se propusieron convertir Kíiv, una ciudad de solo 35.000 habitantes que Pushkin calificaba de «decrépita» en comparación con Varsovia, en un bastión del imperio y de la «rusidad» en la frontera cultural europea. Restauraron las iglesias ortodoxas según el gusto imperial de la época y prohibieron la entrada de judíos a la ciudad. Construyeron nuevos bulevares y calles, y se les pusieron nuevos nombres a las calles. Uno de ellos fue la Vía de los Gendarmes, que reflejaba la importancia simbólica y práctica de la policía para el régimen y su estabilidad en las zonas fronterizas. En 1833, el nuevo gobernador de Kíiv, Podolia y Volinia, enviado a Kíiv con instrucciones de «fusionar» la Ucrania de la margen derecha con el resto del imperio, propuso construir un monumento al príncipe Volodímir. El zar Nicolás I examinó personalmente la propuesta y la aprobó con entusiasmo. Se tardó veinte años en finalizar el proyecto, pero en 1853 la ciudad tuvo su estatua. Su significado ideológico y su legado histórico se prestan a diversas interpretaciones, desde el símbolo de la unidad religiosa y étnica ruso-ucraniana hasta la conmemoración del fundador del primer Estado ucraniano. Pocas personas saben hoy que la estatua pretendía originalmente afirmar una reivindicación imperial sobre las antiguas posesiones polacas en la margen derecha del Dniéper.

La fundación de la nueva universidad de Kíiv (la tercera en

las tierras ucranianas tras las de Lviv y Járkiv) supuso un importante punto de inflexión en la historia de la región. El objetivo principal de la universidad era educar a los cuadros locales para que sirvieran como agentes de la influencia de San Petersburgo y promotores de la identidad rusa. El Gobierno también creó una comisión histórica con la tarea de recopilar y publicar manuscritos y documentos para establecer que la Ucrania de la margen derecha, Podolia y Volinia eran históricamente tierras rusas. Todo empezó como estaba previsto. Los talentos locales, en su mayoría descendientes de familias de oficiales cosacos e hijos de sacerdotes y funcionarios menores del antiguo Hetmanato, llegaron a Kíiv para unirse a las nuevas instituciones y entablar un combate intelectual con los tradicionales enemigos polacos de los cosacos. Pero a finales de la década de 1840, las autoridades imperiales se encontraron en una situación precaria: la universidad y la comisión histórica, concebidas como bastiones de la lucha por la identidad rusa contra el desafío polaco, se habían convertido en focos de una nueva identidad y un nuevo nacionalismo.

En febrero de 1847, un estudiante de Derecho de la Universidad de Kíiv llamado Alekséi Petrov se presentó en la oficina del distrito educativo de Kíiv para denunciar una sociedad secreta que pretendía convertir el Imperio ruso en una república. La investigación iniciada sobre las denuncias de Petrov descubrió la clandestina Hermandad de los Santos Cirilo y Metodio, llamada así por los misioneros cristianos que habían iluminado a los eslavos no solo con una nueva religión, sino también con una nueva lengua y un nuevo alfabeto. Entre sus miembros se encontraba un profesor de Historia de la Universidad de Kíiv, Mikola (Nikolái) Kostomárov —que más tarde se convertiría en el fundador de la historiografía ucraniana moderna— y un profesor de Dibujo recién nombrado, Tarás Shevchenko. Nacido en la familia de un noble ruso en la provincia de Vorónezh, en la frontera con Ucrania Libre, Mikola Kostomárov subrayaba a menudo que su madre era una campesina

ucraniana. Sea cierto o no, los intelectuales de Kíiv de mediados del siglo XIX valoraban los orígenes campesinos. Todos querían trabajar para el pueblo y estar lo más cerca posible de él.

Ningún miembro de la cofradía tenía mejores credenciales populares que uno de los conspiradores de Kostomárov, Tarás Shevchenko. Nacido en 1814 en el seno de una familia de siervos de la Ucrania de la margen derecha, el joven Shevchenko se unió a la casa de un rico terrateniente polaco y fue primero a Vilna y luego a San Petersburgo como miembro de su corte. Allí Shevchenko demostró su talento como artista. Un pintor ucraniano de San Petersburgo lo descubrió mientras dibujaba en el famoso Jardín de Verano de la capital. Shevchenko conoció a algunas de las principales figuras de la escena cultural rusa de la época, como el poeta más conocido de Rusia antes de Pushkin, Vasili Zhukovski, y un fundador del arte romántico ruso, Karl Briúllov. La obra, la personalidad y la historia de la vida de Shevchenko causaron tal impresión en la comunidad artística de San Petersburgo que sus miembros decidieron liberar al joven siervo como fuera. Compraron su libertad con 2.500 rublos, una suma asombrosa para los estándares de la época; los fondos fueron el fruto de la subasta de un retrato de Zhukovski, pintado específicamente para ese fin, por Briúllov.

Shevchenko se convirtió en un hombre libre a la edad de veinticuatro años. Resultó ser no solo un artista de talento, sino también un destacado poeta. En 1840, dos años después de obtener la libertad, Shevchenko publicó su primera recopilación de poemas, titulada *Kobzar* [Juglar]. Este se convertiría en su segundo nombre para las generaciones venideras. Aunque se publicó en San Petersburgo, el idioma de la publicación era el ucraniano. ¿Por qué Shevchenko, que abandonó Ucrania en su adolescencia y maduró como individuo, artista y poeta en San Petersburgo, decidió escribir en ucraniano y no en ruso, la lengua de las calles y los salones artísticos de San Petersburgo?

Las razones inmediatas fueron la influencia que ejercieron sobre Shevchenko sus conocidos ucranianos en San Petersburgo, que le ayudaron a sentirse libre. Uno de ellos, un nativo de Poltava

llamado Yevguen Grebinka, estaba terminando una traducción al ucraniano del poema de Aleksandr Pushkin sobre la batalla de Poltava (1709) cuando conoció a Shevchenko. Grebinka creía firmemente que los ucranianos debían tener una literatura, incluidas las obras traducidas, en su propia lengua. En 1847, Shevchenko explicó sus razones para escribir en ucraniano en un prefacio a una nueva edición de *Kobzar*:

> Una gran tristeza se ha apoderado de mi alma. Oigo y a veces leo: polacos, checos, serbios, búlgaros, montenegrinos, rusos... todos imprimen, pero de nosotros ni una palabra, como si fuéramos mudos. ¿Por qué es así, hermanos míos? ¿Acaso os asusta la invasión de periodistas extranjeros? No tengáis miedo, no les hagáis caso. No hagáis caso a los rusos. Dejad que escriban a su manera, y nosotros escribiremos de la nuestra. Ellos tienen el pueblo y la palabra, y nosotros también. Que el pueblo juzgue cuál es mejor.

Shevchenko criticó específicamente a Nikolái Gógol, nativo del antiguo Hetmanato, fundador de la prosa rusa moderna con sus libros sobre temas ucranianos, como *Tarás Bulba*. «Nos ponen el ejemplo de Gógol, que no escribió en su lengua sino en ruso, o de Walter Scott, que no lo hizo en la suya», escribió Shevchenko. Estos paralelismos no le convencían. «¿Por qué V. S. Karadžić, Šafárik y otros no se han convertido en alemanes —habría sido muy conveniente para ellos—, sino que han seguido siendo eslavos, verdaderos hijos de sus madres, y han ganado buena fama?», escribió sobre las principales figuras del renacimiento cultural serbio y eslovaco. «¡Ay de nosotros! Pero no desesperéis, hermanos míos, y trabajad sabiamente por el bien de Ucrania, nuestra malograda madre.»

Shevchenko escribió estas palabras después de abandonar San Petersburgo y trasladarse a Ucrania, donde entre sus amigos se encontraban los miembros de la Hermandad de los Santos Cirilo y Metodio. Si no sabemos por qué Iván Kotliarevski, el fundador de la literatura ucraniana moderna, escribió en ucraniano, Shevchenko, en su prefacio a *Kobzar*, no dejó dudas sobre sus propios motivos y los de sus amigos y compañeros conspiradores. Procedían del movimiento paneslavo de principios del siglo XIX,

que tomó forma en respuesta al movimiento pangermánico de la época. Creían que Ucrania se estaba quedando atrás en el desarrollo de su propia lengua, literatura y cultura, pero también suponían que tenía mucho que ofrecer al resto del mundo eslavo, si sus hijos, como Gógol, ponían su talento al servicio de su país. Imaginaban a Ucrania como una república libre en una unión eslava más amplia.

Mikola Kostomárov escribió el documento programático de la hermandad, titulado *Los libros de la génesis del pueblo ucraniano*. Una de las fuentes de inspiración fue *Libros del pueblo polaco y del peregrinaje polaco*, obra en la que Adam Mickiewicz desarrollaba la historia de Polonia como un relato de sufrimiento mesiánico de la nación polaca. Según Mickiewicz, la nación polaca se levantaría de la tumba y salvaría a todas las naciones esclavizadas. Kostomárov reservaba ese papel a Ucrania, cuyos orígenes cosacos garantizaban su naturaleza democrática e igualitaria: a diferencia de los rusos, los ucranianos no tenían zares y, a diferencia de los polacos, no tenían nobleza. Los miembros de la Hermandad de los Santos Cirilo y Metodio apreciaban el pasado cosaco ucraniano, aspiraban a la abolición de la servidumbre y abogaban por la transformación del imperio en una federación de repúblicas hermanas, una de las cuales sería Ucrania.

La sociedad tenía pocos miembros y no duró mucho más de un año. Sus miembros fueron pronto arrestados: Kostomárov unos días antes de su boda y Shevchenko a su llegada a Kíiv, donde había acudido para el matrimonio de su amigo. Algunos burócratas imperiales percibieron el inicio de una nueva y potencialmente peligrosa tendencia en las actividades de la hermandad. Calificaron las ideas de los sospechosos de «separatistas», y el propio emperador las calificó de resultado de la propaganda de París (es decir, del exilio polaco). Pero otros creían que los miembros de la hermandad eran súbditos leales del imperio, verdaderos defensores de la Rus contra la influencia polaca, que habían llevado su patriotismo local de la Pequeña Rusia demasiado lejos y no debían ser castigados con demasiada dureza. Al final, los funcionarios del Gobierno decidieron imponer penas relativamente suaves para no

llamar demasiado la atención sobre la hermandad y llevar a los ucranófilos —el término surgió en los círculos gubernamentales a mediados del siglo XIX— a una alianza con el movimiento nacional polaco.

Las autoridades rusas creían que las aspiraciones de la hermandad eran la unificación de los eslavos bajo el cetro del zar. Mantuvieron su verdadero programa en secreto incluso para los más altos funcionarios del imperio. Kostomárov fue condenado a un año de prisión. Otros miembros de la hermandad recibieron penas de prisión de entre seis meses y tres años o fueron enviados al exilio a las provincias remotas, normalmente trabajando en puestos burocráticos en las provincias más lejanas. El emperador Nicolás i dictó la sentencia más dura contra Shevchenko, enviándolo a servir como soldado raso en el ejército imperial durante diez largos años sin derecho a dibujar, pintar o escribir. El emperador estaba horrorizado por los ataques personales contra él y su esposa en los poemas y dibujos de Shevchenko. Este responsabilizaba a la autocracia de la situación de su pueblo y de su tierra, que no era Rusia sino Ucrania. Su obra atacaba así dos de los tres elementos de la «nacionalidad oficial» de Uvárov: la autocracia y la nacionalidad. Su ortodoxia tampoco era de tipo imperial.

A través de sus escritos y actividades, Kostomárov, Shevchenko y otros miembros de la Hermandad de los Santos Cirilo y Metodio habían iniciado lo que ahora llamaríamos un proyecto nacional ucraniano. Por primera vez, utilizaron los hallazgos de anticuarios, folcloristas, lingüistas y escritores para formular un programa político que condujera a la creación de una comunidad nacional. En el transcurso del siglo siguiente, las ideas defendidas por los miembros de la hermandad y presentadas a un amplio público en la apasionada poesía de Shevchenko transformarían profundamente a Ucrania y a toda la región. Hoy la señal más evidente de ese cambio es el monumento a Shevchenko, que se encuentra en el lugar donde antes de la revolución estaba la estatua de Nicolás i, fundador de la Universidad Imperial de San Volodímir de Kíiv y hostigador del poeta ucraniano.

15

La frontera permeable

En 1848, un año después de que las autoridades imperiales rusas reprimieran la Hermandad de los Santos Cirilo y Metodio, los ucranianos del Imperio de los Habsburgo crearon su primera organización política en Lviv, el Consejo Supremo (Rada) de Rutenia. Los ucranianos de Galitzia se llamaban a sí mismos rutenos o rusos y, generalmente, se les conocía en el imperio con esos nombres. La Rada era muy distinta a la organización que había existido en Kíiv entre 1846 y 1847. Mientras que la hermandad actuaba en secreto, tenía pocos miembros y fue destruida por las autoridades imperiales rusas, el consejo se puso en marcha con la ayuda y el estímulo del gobernador austriaco de Galitzia y contó con un gran número de miembros y un amplio apoyo público.

A pesar de las diferencias entre las dos organizaciones, el momento de su creación casi coincidió en el tiempo, lo cual señala un rasgo crucial del surgimiento de la cultura, la identidad nacional y la vida política ucranianas. El proceso seguía dos caminos paralelos: cuando el movimiento en uno se ralentizaba o se detenía, el avance en el otro podía continuar o incluso ganar velocidad. Separados por la frontera imperial ruso-austriaca, en el proceso de construcción nacional los renacentistas ucranianos estaban unidos por una miríada de vínculos que cruzaban las fronteras no solo políticas sino también, en el transcurso del siglo XIX, religiosas, dividiendo a los católicos ucranianos (uniatas) de los ortodoxos ucranianos. La mayoría de las veces, los contactos

entre los dos grupos de activistas ucranianos continuaron, a pesar de los deseos de las dos potencias imperiales rivales, y se desarrollaron por múltiples canales, lo que ayudó a las dos ramas del movimiento a generar una visión común del futuro de Ucrania.

A los partidarios del renacimiento nacional, separados por las fronteras políticas pero unidos en el espíritu y la ideología nacional, les ayudó a superar sus limitaciones el simple hecho de que los dos imperios seguían políticas muy diferentes hacia la minoría ucraniana. Donde esas diferencias fueron más pronunciadas fue en el tratamiento de la Iglesia uniata, que tanto los Habsburgo como los Románov habían heredado de la Mancomunidad de Polonia-Lituania. A diferencia de las autoridades rusas, las austriacas nunca habían perseguido a los uniatas ni habían intentado «reunificarlos» con la «Iglesia madre» dominante (en su caso, la católica). De hecho, trataron a los uniatas con respeto, como indica su nuevo nombre oficial, católicos griegos (es decir, del rito bizantino). Sus hermanos católicos polacos fueron llamados católicos romanos. El Gobierno también creó un seminario para educar al clero greco-católico, primero en Viena y luego en Lviv. A principios del siglo XIX, la Iglesia adquirió su independencia de los restantes obispados uniatas del Imperio ruso al elevar el obispado de Lviv a la categoría de metropolitano. Con la mayoría de la élite secular abrazando el catolicismo y la cultura polaca, el clero greco-católico era el único líder de la sociedad rutena y, con el tiempo, formó la columna vertebral del moderno movimiento nacional ucraniano.

¿Por qué los Habsburgo eligieron esta estrategia? Paradójicamente, por la misma razón que los Románov. Los dos imperios compartían la misma preocupación —el creciente nacionalismo polaco—, pero diferían en la manera de afrontarla. El Gobierno imperial ruso liquidó la Iglesia uniata y frenó el desarrollo del movimiento ucraniano en un esfuerzo por proteger a la nación imperial rusa contra la «propaganda polaca», mientras que las autoridades austriacas trataron de contrarrestarla

alentando el movimiento ruteno en su reino. Nunca intentaron germanizar a los rutenos y no tuvieron ningún problema con su desarrollo como nación diferenciada. De hecho, apoyaron ese proceso como contrapeso al ya plenamente formado movimiento polaco.

Esa fue la política que pusieron en práctica por primera vez las autoridades austriacas en el año de la Primavera de las Naciones de 1848. De Palermo a París y a Viena, el nacionalismo liberal estaba en auge en Europa, desafiando las fronteras del Congreso de Viena y los regímenes políticos. En marzo de 1848, inspirados por los acontecimientos revolucionarios de París, los húngaros se levantaron en armas para librarse del yugo de los Habsburgo. Les siguieron los polacos en Cracovia y, más tarde, en Lviv, con demandas de libertades civiles y autonomía. Muchas de estas reivindicaciones no gustaron ni al Gobierno de Viena ni a la mitad de la población de Galitzia. Los ucranianos representaban aproximadamente la mitad de los 4,5 millones de habitantes de la provincia. Los polacos, alrededor del 40 %, y los judíos cerca del 7 %. Los ucranianos constituían la mayoría absoluta en la llamada Galitzia oriental, mientras que los polacos eran mayoría en la Polonia Pequeña (Małopolska), ahora bautizada como Galitzia occidental, que incluía Cracovia. Los judíos vivían en toda la provincia imperial ampliada, y aproximadamente el 60 % de los judíos de Galitzia oriental residían en ciudades y pueblos pequeños.

La provincia era agrícola y menos desarrollada económicamente que la mayoría de las posesiones de los Habsburgo. Tras las particiones, el emperador José ii apartó a la élite tradicional polaca de la gestión del Gobierno y trajo a burócratas imperiales —en su mayoría checos germánicos de Bohemia— para crear un nuevo sistema administrativo; también se esforzó en elevar el nivel educativo y cultural de la población y protegió a los campesinos de los abusos de los terratenientes. Mientras desalojaba a la élite polaca del poder, José ignoró en un principio a los judíos, permitiéndoles mantener su autonomía a cambio de pagar el llamado «impuesto de tolerancia religiosa».

Más tarde, en 1789, promulgó un edicto de tolerancia, que supuso un gran paso hacia la emancipación de los judíos austriacos, pero también disolvió las instituciones judías tradicionales, prohibió el uso del yidis y el hebreo en los documentos oficiales, estableció escuelas de lengua alemana y el reclutamiento de los judíos en el servicio militar. Cuando la revolución llegó a Lviv, en marzo de 1848, muchos judíos se unieron a los insurgentes polacos. Sin embargo, cuando el ejército austriaco aplastó la revolución húngara con la ayuda de las tropas rusas, las esperanzas polacas de restauración de la Mancomunidad y las de los judíos de alcanzar la igualdad también se vieron frustradas.

Los habitantes de Galitzia que más se beneficiaron de la revolución fueron los ucranianos, sin duda los más leales al imperio y, en un principio, los más reacios a participar en los enfrentamientos. No estaban dispuestos a unirse a la revuelta polaca, ya que las proclamas polacas originales no contemplaban a la población ucraniana de la región ni sus necesidades. En abril de 1848, los líderes de la comunidad ucraniana, todos ellos clérigos de la Iglesia uniata, hicieron su propio llamamiento al emperador, declarando su lealtad y solicitando protección contra la dominación polaca y derechos para la lengua rutena. Con la bendición y el apoyo del gobernador austriaco de Galitzia, el conde Franz Stadion, el clero greco-católico creó su Rada de Rutenia. El jefe de la policía de Lviv, Leopold von Sacher-Masoch (padre del futuro escritor), aprobó la fundación del primer periódico ucraniano, *Zoria Galítskaia* [Estrella de Galitzia]. Stadion veía el nuevo consejo como «un medio para paralizar la influencia polaca y conseguir el apoyo al dominio austriaco en Galitzia».

Bajo su dirección eclesiástica, la Rada de Rutenia resultó ser un eficaz contrapeso al Consejo Nacional Polaco (Rada Narodowa), el catalizador de la revolución. El Consejo Supremo difería en sus exigencias del Consejo Nacional Polaco en casi todos los puntos relevantes. Si los polacos eran radicales, los ucranianos eran muy conservadores. En cuanto al futuro de Galitzia, mientras los

polacos querían la autonomía para toda la provincia, los líderes ucranianos pretendían su partición, una restauración de la antigua y más pequeña Galitzia, donde los ucranianos formaban una mayoría del 70 %. Doscientas mil personas firmaron una petición para dividir la provincia, en vano: Galitzia permaneció intacta. Pero los ucranianos salieron de la revolución con una organización política y un periódico propios, algo sin precedentes.

El acontecimiento más revolucionario fue, con mucho, la abolición de la servidumbre y la concesión del derecho de voto a los campesinos en la política electoral. Ambas cosas surgieron en Galitzia en respuesta a las demandas revolucionarias polacas, pero fueron introducidas por las autoridades austriacas y beneficiaron a los ucranianos, que constituían la mayor parte del campesinado de la provincia. En Galitzia, dieciséis de los veinticinco diputados ucranianos del parlamento austriaco eran campesinos; en Bucovina, los cinco ucranianos elegidos eran de origen campesino. La elección de estos diputados ucranianos tuvo un gran impacto en la comunidad, ya que introdujo a los ucranianos de los Habsburgo en la política electoral y les enseñó a organizarse no para sublevarse (también hubo ocasionales revueltas campesinas), sino para la acción política de defensa de sus intereses.

El final de la revolución supuso el declive de la Rada de Rutenia —el Gobierno la abolió en 1851—, pero no del movimiento ucraniano nacido de los acontecimientos de 1848. A lo largo de la década de 1850 y buena parte de la de 1860, personas de la misma estirpe eclesiástica lo dirigieron. Se les conoció como el Círculo de San Jorge, llamado así por la principal catedral greco-católica de la ciudad de Lviv. Su orientación étnica les dio un segundo apelativo: viejos rutenos. Los obispos y clérigos greco-católicos que lideraban el movimiento ruteno, leales al imperio y conservadores en sus opiniones políticas y sociales, se consideraban a sí mismos y a su pueblo en el Imperio de los Habsburgo como miembros de una nación rutena bien diferenciada. Sus principales enemigos eran los polacos y su principal aliado era Viena, mientras que poca atención prestaban a sus compatriotas ucranianos, o pequeñorrusos, al otro lado de la

frontera ruso-austriaca.

Aunque la Revolución de 1848 promovió la formación de una nueva nación ucraniana, no respondió a la pregunta de qué tipo de nación sería. La opción «rutena» representada por los líderes de la Rada de Rutenia incluía una serie de alternativas mejor representadas por las opciones identitarias de la Tríada Rutenia, un grupo de escritores y poetas románticos que aparecieron en la escena literaria en la década de 1830. Los tres principales miembros del grupo, Yakiv Golovatski, Markian Shashkevich e Iván Vaguilevich, eran estudiantes de la rama greco-católica del seminario teológico de Lviv. Al igual que otros «despertadores» de toda Europa, coleccionaban folclore y se apasionaban por la historia. Se inspiraron en las actividades culturales de otros eslavos de los Habsburgo, y sus ideas estaban arraigadas en las obras de los faros del renacimiento nacional de la región del Dniéper: la *Eneida* de Iván Kotliarevski, las colecciones de canciones populares ucranianas publicadas en el Imperio ruso y las obras de los románticos de Járkiv. En 1836 publicaron en Buda su primer y último almanaque, *Rusalka dnistrovaia* [La ninfa del Dniéster].

En el momento de la publicación, los tres líderes del grupo consideraban que los ucranianos de los Habsburgo formaban parte de una nación ucraniana más amplia. Con el tiempo, esa creencia se vería alterada y rebatida. Solo uno de los tres, Markian Shashkevich, es considerado hoy como el fundador de la literatura ucraniana en Galitzia. Murió en 1843, mucho antes de la Revolución de 1848 y de la agitación política e intelectual que esta provocó. Su colega Iván Vaguilevich se unió al Congreso ruteno propolaco en 1848, y los líderes del movimiento ucraniano lo consideraron posteriormente un traidor. En la década de 1850, el tercer miembro de la tríada, Yakiv Golovatski, se convirtió en líder de los rusófilos de Galitzia, que consideraban a los ucranianos de esta región como parte de una nación rusa más amplia. De este modo, utilizando términos de la historiografía posterior, los miembros de la tríada simbolizaron las tres variantes de orientación política para los habitantes de Galitzia: la proucraniana (Shashkevich), la propolaca (Vaguilevich) y la rusófila

(Golovatski).

Estas preferencias iban de la mano de la elección de un alfabeto para la lengua materna. Las «guerras del alfabeto» que sacudieron a la sociedad ucraniana en la década de 1830, y luego en la de 1850, enfrentaron tres variantes: el cirílico tradicional utilizado en los textos eslavos eclesiásticos; el cirílico civil, no muy diferente del utilizado en el Imperio ruso y, finalmente, el alfabeto latino. Las autoridades austriacas y las élites polacas preferían este último, ya que acercaba la incipiente literatura ucraniana al estándar imperial y la hacía más susceptible a la polonización cultural. Pero cuando en 1859 el Gobierno intentó introducir el alfabeto latino, los ucranianos se resistieron de forma unánime. Pronto quedó claro que la nueva nación que se estaba formando en Galitzia no utilizaría otro alfabeto que el cirílico. La cuestión de si esa nación sería una entidad separada o parte de una nación rusa o ucraniana más grande seguía siendo una cuestión abierta.

La guerra del alfabeto en la Galitzia de 1859 tuvo un fuerte eco al otro lado de la frontera imperial. Ese año las autoridades rusas prohibieron la publicación o importación desde el extranjero de textos ucranianos y bielorrusos en alfabeto latino. La medida se consideró antipolaca. Su impulsor, un censor kievita llamado Orest Novitski, informó a las altas esferas de que Austria, al cambiar el alfabeto, estaba convirtiendo a los «rusos» de Galitzia en polacos. Creía que el uso de la escritura latina en el Imperio ruso podría tener el mismo efecto. «Los campesinos de las *gubernias* occidentales, al encontrar aquí libros escritos en la lengua pequeñorrusa, pero en letras polacas, tendrán naturalmente una mayor preferencia por aprender el alfabeto polaco que el ruso», escribió Novitski. Eso, a su vez, podría inducirles a leer libros polacos y exponerles a influencias polacas, alejándoles del «espíritu y la tendencia de la literatura rusa». La prohibición se impuso sin demora.

La principal preocupación del censor eran los siervos, que estaban a punto de emanciparse. En efecto, en el Imperio ruso la

servidumbre fue abolida en 1861, doce años y medio después de la emancipación de los siervos en Galitzia y Bucovina. La abolición de la servidumbre no condujo a una revolución, sino que fue en enero de 1863 cuando los polacos se levantaron en armas. Al igual que los campesinos de la Ucrania de los Habsburgo, los súbditos del zar ruso obtuvieron la libertad personal pero muy pocas tierras, lo que los hizo depender económicamente de la nobleza. Pero a diferencia de los de los Habsburgo, a los campesinos ucranianos de los Románov no se les concedió ni el derecho a participar en la política electoral ni a instituciones propias. No tendrían cátedras universitarias ni libros en su lengua materna. Además, el Gobierno imperial prohibió la publicación de textos religiosos y educativos en el «dialecto pequeñorruso».

En el Imperio ruso, el mazazo a la cultura ucraniana se produjo con la prohibición de prácticamente todas las publicaciones en ucraniano en el verano de 1863, en plena sublevación polaca iniciada en enero de ese año. Una vez más estaba en juego la lealtad del campesinado ucraniano. El Gobierno decidió que, en lo que respecta a la lengua ucraniana, su principal preocupación era la consolidación de la nación rusa imperial, lo que requería proteger al campesinado de la indeseada agitación de los ucranófilos. «Las antiguas obras en lengua pequeñorrusa se destinaban únicamente a las clases cultas del sur de Rusia, pero ahora los partidarios de la nacionalidad pequeñorrusa han dirigido su atención a las masas incultas, y los que pretenden lograr sus ambiciones políticas han emprendido, bajo el pretexto de difundir la alfabetización y la educación, la publicación de cartillas de lectura, silabarios, libros de texto de gramática y geografía, etc.», escribió el ministro del Interior, Piotr Valúiev, en la directiva que prohibía las publicaciones en lengua ucraniana, ahora no solo en el alfabeto latino sino también en el cirílico. La circular de Valúiev no se extendía a las obras de ficción, de las que había muy pocas a principios de la década de 1860. En los cinco años transcurridos entre 1863 y 1868, cuando Valúiev dimitió de su cargo, el número de publicaciones en lengua ucraniana se redujo de treinta y tres a una.

Considerada en un principio como una medida temporal, la prohibición se convirtió en permanente en mayo de 1876. Aquel mes, el emperador Alejandro ii promulgó un decreto conocido como el Ucase de Ems (se encontraba descansando en un balneario de esta ciudad alemana). El nuevo decreto endurecía las disposiciones de la circular de Valúiev, ya que prohibía todas las publicaciones en ucraniano, así como la importación de libros en ucraniano desde el extranjero. También prohibió las representaciones teatrales en ucraniano y las actuaciones públicas de canciones ucranianas. Al igual que la circular de Valúiev, el Ucase de Ems se mantuvo en secreto para el gran público. Las restricciones se suavizaron en la década de 1880, con la eliminación de las obras de teatro y las canciones de la lista, pero la publicación o importación de cualquier texto en ucraniano siguió prohibida durante otro cuarto de siglo. El Gobierno se aferró a la fórmula atribuida a Piotr Valúiev, que afirmaba que «no había, no hay y no puede haber ninguna lengua pequeñorrusa especial». La lengua, la cultura y la identidad ucranianas llegaron a considerarse una amenaza no menos grave para la unidad del imperio que el nacionalismo polaco: la unidad de la nación rusa parecía estar en juego.

Mientras Alejandro ii firmaba el Ucase de Ems en la lejana Alemania, su principal artífice y promotor vivía en Kíiv. Mijaíl Yuzefóvich, de etnia ucraniana y procedente de la región de Poltava, en el antiguo Hetmanato, había estudiado en la pensión noble (liceo) de la Universidad de Moscú. Yuzefóvich, también poeta y amigo de Aleksandr Pushkin en su juventud, había luchado como oficial del ejército y fue herido en el Cáucaso. Se convirtió en una figura importante en la escena educativa y cultural de Kíiv en la década de 1840, cuando asumió una posición de liderazgo en el distrito educativo de Kíiv y participó activamente en el trabajo de la Comisión Arqueográfica, encargada de documentar que la margen derecha siempre había sido rusa. En sus opiniones políticas y culturales, Yuzefóvich era un «pequeñorruso» por excelencia. Era un patriota local que se veía a sí mismo trabajando en beneficio de la Pequeña Rusia en ambas orillas del Dniéper; un populista

moderado que creía en la necesidad de proteger al campesinado ruso de la nobleza polaca, los arrendatarios judíos y los clérigos católicos (y uniatas); y un creyente en la unidad de todas las «tribus» del pueblo ruso. Era un súbdito leal del imperio, en el que veía un aliado y protector de su tipo de patriotismo pequeñorruso.

Según el momento y las circunstancias, Yuzefóvich fue tanto aliado como adversario del grupo de intelectuales conocidos por los funcionarios como ucranófilos desde los tiempos de la Hermandad de los Santos Cirilo y Metodio. Fue un participante fundamental en la detención de los miembros de la cofradía, pero resultó estar de su lado y no del de las autoridades. Yuzefóvich se negó a aceptar una denuncia escrita del estudiante que acudió a él para informar sobre las actividades subversivas de la hermandad. Más tarde, advirtió a Mikola Kostomárov de un inminente registro policial y le ayudó a destruir documentos incriminatorios. Yuzefóvich no creía que las actividades de Kostomárov y sus amigos fueran perjudiciales para el Estado. Los veía como aliados en la lucha contra la dominación cultural polaca de la margen derecha y Volinia. El monumento a Bogdán Jmelnitski erigido en el centro de Kíiv con la participación de Yuzefóvich encarna sus creencias y lealtades. La inscripción original del monumento era «Rusia, una e indivisible, a Bogdán Jmelnitski».

Cuando se inauguró el monumento en 1888, Yuzefóvich ya no creía que los ucranófilos fueran un grupo inofensivo. En 1875 había escrito un memorando a las autoridades imperiales titulado «Sobre el llamado movimiento ucranófilo», en el que acusaba a sus oponentes de intentar separar Ucrania de Rusia. La directiva de Valúiev no había funcionado, argumentaba Yuzefóvich, ya que solo había servido para reforzar los lazos entre los ucranófilos del Imperio ruso y la Galitzia austriaca, donde estos últimos actuaban como agentes de los polacos. Por lo tanto, eran necesarias medidas más drásticas para detener las actividades nocivas de los ucranófilos. Mientras que los funcionarios locales, incluido el gobernador general de Kíiv, consideraban exageradas las acusaciones de Yuzefóvich, las autoridades de San Petersburgo, preocupadas por la unidad del imperio y las posibles intrigas no

solo de los polacos sino también de los Habsburgo, aceptaron sus argumentos y su lógica. El emperador firmó un decreto que no solo prohibía las publicaciones en lengua ucraniana y su importación al Imperio ruso, sino que además subvencionaba un periódico de Galitzia que debía combatir la ucranofilia en el reino de los Habsburgo.

¿Quiénes eran los ucranófilos que Yuzefóvich consideraba tan peligrosos para el Imperio ruso? Uno era Pavló Chubinski, el autor de la letra del himno «Ucrania aún no ha perecido». Otro era un profesor de Historia Antigua de la Universidad de Kíiv, Mijailo Dragománov. Ambos eran miembros de la Gromada (Comunidad) de Kíiv, una organización de la intelectualidad ucraniana dedicada casi exclusivamente a la actividad cultural. Ninguno de ellos sostenía que Ucrania debía separarse del Imperio ruso ni tenía simpatías favorables a los polacos. Sin embargo, criticaban a la antigua generación de líderes pequeñorrusos del movimiento ucraniano, que no habían conseguido levantar las prohibiciones introducidas por la directiva Valúiev. Lo que es más importante para los orígenes del Ucase de Ems de 1876, Dragománov y sus partidarios apartaron a Yuzefóvich de la dirección de la Sociedad Geográfica de Kíiv, el centro de las actividades académicas de la ciudad. Yuzefóvich contraatacó, con un resultado que nadie podía prever al principio del conflicto.

La tensión generacional entre los ucranófilos y los defensores de la idea de la Pequeña Rusia se convirtió en una tensión ideológica, ya que el Ucase de Ems radicalizó a los ucranófilos. Esto se aplicó particularmente a Mijailo Dragománov, quien, despedido de su cátedra universitaria, abandonó el imperio para marcharse a Suiza. Dragománov se instaló en Ginebra, donde produjo una obra escrita que le convirtió en el pensador político ucraniano más influyente del siglo XIX. También fue el primero en abrazar las ideas socialistas. En la década de 1880, defendió la distinción de la nación ucraniana y promovió la idea de una federación europea que incluyera a Ucrania, retomando las ideas expresadas por Kostomárov en sus *Libros de la génesis del pueblo ucraniano*. Sin embargo, la federación de Dragománov no debía ser

eslava, sino totalmente europea. A través de los escritos de Dragománov, el movimiento ucraniano resurgió de la conmoción creada por la destrucción de la Hermandad de los Santos Cirilo y Metodio y comenzó a pensar de nuevo en los objetivos políticos y las implicaciones de sus actividades culturales.

Dragománov fue también el primer pensador político cuyas ideas tuvieron un fuerte impacto en la evolución de la Ucrania austriaca. Aunque la mayoría de las acusaciones de Yuzefóvich contra los ucranófilos eran falsas, sus afirmaciones de que habían establecido estrechos contactos con Galitzia y que la circular de Valúiev no había hecho más que reforzar esos contactos eran ciertas. Sin posibilidad de publicar sus obras en ucraniano en el Imperio ruso, los ucranófilos aprovecharon las oportunidades existentes en Galitzia. El Ucase de Ems, inspirado por las denuncias de Yuzefóvich, hizo a Galitzia aún más atractiva para ese fin. Al estar prohibidas las publicaciones literarias en la Ucrania gobernada por Rusia, las figuras literarias más conocidas, como el escritor Iván Nechui-Levytsky y el dramaturgo Mijailo Staritski, publicaron sus obras en Galitzia. El Ucase de Ems no detuvo el desarrollo de la literatura ucraniana, pero creó una situación en la que la mayoría de los autores destacados residían en el Imperio ruso, mientras que sus lectores estaban al otro lado de la frontera, en Austria. Los escritores no tenían acceso directo a sus lectores, y viceversa. Irónicamente, esto ayudó a desarrollar una lengua literaria común para todos los ucranianos y a limar las diferencias culturales entre los habitantes de ambos imperios.

Cuando los ucranianos del este descubrieron Galitzia como un lugar para la libre expresión de sus ideas y un mercado editorial, los ucranianos de Galitzia se habían dividido, de hecho, en dos grupos rivales, los rusófilos y los ucranófilos. La división se agravó a raíz de la reforma constitucional de 1867 en el Imperio de los Habsburgo. Tras perder las guerras contra Italia y Prusia, dos Estados nacionales emergentes, el Gobierno austriaco decidió prolongar la existencia del imperio haciendo importantes

concesiones a sus integrantes más belicosos: los húngaros. El Compromiso austrohúngaro creó una monarquía dual conocida como Austria-Hungría. El Reino de Hungría obtuvo una amplia autonomía y un parlamento propio, vinculado al resto del imperio a través de la persona del emperador y de una política exterior y militar común. Pero los húngaros no fueron la única nacionalidad de los Habsburgo que se benefició del acuerdo: los polacos y los croatas también obtuvieron autonomía. Para horror de los ucranianos, la autonomía polaca se produjo a su costa: Viena entregó la provincia de Galitzia a su tradicional élite polaca.

Los líderes del movimiento ucraniano se sintieron traicionados: los Habsburgo habían castigado su lealtad mientras recompensaban a las nacionalidades rebeldes. El Compromiso de 1867 supuso la muerte del dominio de la jerarquía eclesiástica y de los antiguos rutenos. Reforzó el movimiento rusófilo, cuyos líderes, entre los que se encontraba el sacerdote greco- católico Iván Naumóvich, argumentaban que los rutenos no habían obtenido nada a cambio de su lealtad y debían cambiar su actitud hacia el Gobierno si querían resistirse a la polonización. También atacó los esfuerzos por establecer una nación rutena separada. De hecho, no había ninguna posibilidad de que resistiera la embestida política y cultural polaca. Según Naumóvich, los rutenos austriacos formaban parte de una nación rusa más amplia. Sus partidarios se consideraban a sí mismos pequeñorrusos, con el argumento de que la lengua rusa literaria era, de hecho, una interpretación del pequeñorruso y que un «pequeñorruso» podía dominarlo en una hora. La tarea resultó ser mucho más difícil: al intentar dominar el ruso, los líderes del movimiento crearon una mezcla de ruso y eslavo eclesiástico en la que intentaban comunicarse entre sí y escribir sus obras.

A finales de la década de 1860, los rusófilos se hicieron con el control de la mayoría de las organizaciones ucranianas de Galitzia y Bucovina. En Transcarpacia, los nuevos propietarios húngaros de la tierra detuvieron cualquier desarrollo cultural local introduciendo una política de magiarización agresiva. El Gobierno ruso apoyó las actividades rusófilas con estipendios y becas, lo que,

como era de esperar, despertó las sospechas de Viena. En 1882, las autoridades austriacas arrestaron a Naumóvich y lo acusaron de traición. Había sido el autor de una petición de los campesinos para establecer una parroquia ortodoxa en un pueblo tradicionalmente greco-católico, lo que se consideró un intento de propaganda prorrusa. Junto con Naumóvich, las autoridades juzgaron a otros líderes del movimiento rusófilo de Galitzia y Transcarpacia. Fueron condenados por varios delitos contra el Estado y enviados a prisión. Más tarde, muchos de los acusados, incluido el propio Naumóvich, emigraron al Imperio ruso.

Al juicio de 1882 le siguieron otros procesamientos de activistas rusófilos. Mientras las autoridades imperiales rusas perseguían a los que cuestionaban que los ucranianos formaran parte de la gran nación rusa, los austriacos perseguían a los que promovían esa idea. La represión oficial de las actividades rusófilas perjudicó al movimiento y ayudó a impulsar a otro grupo de activistas al centro de la escena política de Galitzia. Conocidos como populistas o ucranófilos, sus raíces suelen remontarse a la Tríada Rutenia y al principal ideólogo del grupo, Markian Shashkévich, pero sus orígenes inmediatos se encuentran en la sociedad Prosvita (Ilustración) establecida en 1868, un año después del Compromiso austrohúngaro. Al igual que los rusófilos, los ucranófilos creían que la antigua política consistente en la orientación del movimiento ruteno hacia el Gobierno imperial había llegado a su fin, al igual que el modelo de construcción nacional promovido por los antiguos rutenos. Pero el camino que proponían los ucranófilos difería bastante del de sus oponentes. Sugirieron que los rutenos de los Habsburgo formaban parte de una nación mayor, no de la nación imperial rusa, sino de la ucraniana que estaba al otro lado de la frontera. Los ucranófilos estaban en desacuerdo con la élite clerical, tradicional baluarte del movimiento ruteno, y se presentaban como defensores de los intereses del pueblo; de ahí el apelativo «populistas» (*narodovtsi*) que se les adjudicó.

Los populistas de Galitzia y sus publicaciones se convirtieron en aliados naturales de los ucranianos en el Imperio ruso. En 1873,

con la ayuda de un regalo de una pariente del hetman cosaco Iván Skoropadski, Yelizaveta Milorádovich, los populistas de Galitzia establecieron su propia sociedad académica. Para subrayar sus vínculos con la Ucrania gobernada por Rusia y su enfoque y aspiraciones totalmente ucranianas, recibió el apropiado nombre de «Tarás Shevchenko». Los ucranófilos de Kíiv ayudaron a sus homólogos de Galitzia a crear periódicos y revistas en ucraniano que sirvieran a ambas comunidades, la oriental y la occidental. Con la ayuda del este, los ucranófilos de Galitzia fueron ganando poco a poco la batalla a los rusófilos. A mediados de la década de 1880, los ucranófilos tomaron el control de las organizaciones rutenas en Bucovina. El apoyo intelectual de la Ucrania rusa resultó ser un factor crucial en el ascenso de los ucranófilos en ambas provincias austriacas, Galitzia y Bucovina. Las dos ramas del movimiento ucraniano se necesitaban mutuamente y se beneficiaron, cada una a su manera, de su cooperación. Los ucranianos de Galitzia radicalizaron el pensamiento de los ucranófilos de Kíiv, ayudándoles a imaginar su nación fuera del marco del proyecto imperial panruso.

Ucrania entró en la última década del siglo XIX dividida por la frontera austro-rusa, como lo había estado un siglo antes, durante las particiones de Polonia. Pero ahora también estaba unida de manera totalmente inaudita. La nueva unidad no provenía de la Iglesia: la división entre ortodoxos y uniatas se mantenía, ahora coincidiendo con la frontera imperial tras la «reunificación» de los uniatas bajo el dominio ruso. Procedía de la nueva idea de nacionalidad. El concepto de una nacionalidad greco-católica rutena diferenciada bajo el dominio de los Habsburgo, aunque reforzado por los acontecimientos revolucionarios de 1848, duró apenas veinte años y no sobrevivió a la transformación del Imperio de los Habsburgo en la Monarquía Dual. Desde finales de la década de 1860, el movimiento nacional en el Imperio de los Habsburgo se había despojado de su exclusividad eclesiástica. Tanto los rusófilos como los ucranianos estaban tendiendo puentes con sus hermanos

ortodoxos al otro lado de la frontera. En ambos campos, no había duda de que los rutenos de los Habsburgo y los pequeñorrusos de los Románov formaban parte de la misma nación. La cuestión era de cuál: ¿la rusa o la ucraniana?

Los activistas ucranianos del lado ruso de la frontera, también divididos entre los defensores de los proyectos panrusos y panucranianos, intentaron responder a la misma pregunta que sus homólogos de Austria-Hungría. La respuesta la daría, tanto en Austria-Hungría como en el Imperio ruso, la generación de activistas nacionales que surgió en la escena política en las últimas décadas del siglo XIX. La suya sería una época de rápido desarrollo industrial, urbanización, alfabetización y movimientos políticos de masas.

16

En marcha

En 1870, John James Hughes, un empresario galés, zarpó de Gran Bretaña al frente de una flota de ocho barcos. La carga consistía en equipos metalúrgicos, mientras que entre los pasajeros había cerca de un centenar de mineros y metalúrgicos cualificados. La mayoría de ellos, como el propio Hughes, eran originarios de Gales. Su destino era la estepa del río Donets, en el sur de Ucrania, al norte del mar de Azov. El objetivo de la expedición era construir una planta metalúrgica de ciclo completo. «Cuando comencé estos trabajos, me propuse formar a los obreros rusos que estarían adscritos al lugar», escribió Hughes más tarde. El proyecto duró varios años. Con la ayuda de mano de obra ucraniana y rusa no cualificada, Hughes y su equipo pronto construyeron no solo las obras de fundición de hierro y ferrocarril, sino también una pequeña ciudad a su alrededor. Estos fueron los comienzos de Yuzivka, la actual Donetsk, hasta hace poco una ciudad de más de un millón de habitantes y el principal centro del Donbás, la cuenca industrial del río Donets.

La llegada de Hughes marcó el inicio de una nueva era en la historia de Ucrania. A finales del siglo XIX y principios del XX se produjeron importantes cambios en la economía, la estructura social y la dinámica demográfica de la región. Estos cambios se debieron a la rápida industrialización, ya que el este y el sur de Ucrania se convirtieron en los principales beneficiarios de la expansión económica y la urbanización, y a la afluencia de campesinos rusos, que proporcionaron mano de obra en las

ciudades y se convirtieron en la columna vertebral del proletariado industrial. Los mismos procesos tenían lugar en Galitzia, donde la industria petrolera comenzó su carrera europea a mediados del siglo XIX. La rápida industrialización y urbanización fueron características comunes de la historia europea en ese periodo, y Ucrania fue un importante participante. Estos procesos cambiaron su paisaje económico, social y político durante generaciones.

En la Ucrania gobernada por Rusia, los primeros cambios comenzaron en septiembre de 1854 con el desembarco de fuerzas expedicionarias británicas y francesas en Crimea. La invasión fue el último acto de la Guerra de Crimea, que había comenzado un año antes con el conflicto entre Francia y Rusia por el control de los lugares sagrados cristianos en Palestina. Estaba en juego el futuro del decadente Imperio otomano y la influencia de las grandes potencias sobre sus vastas posesiones. Los británicos y los franceses sitiaron Sebastopol, la base de la armada imperial rusa, que los aliados veían como una amenaza para sus intereses en el Mediterráneo. Tras un largo asedio y operaciones militares que se saldaron con grandes pérdidas en ambos bandos (la desastrosa carga de la Brigada Ligera en la batalla de Balaklava dejó atónita a la opinión pública británica), Sebastopol cayó derrotada por las fuerzas invasoras en septiembre de 1855. Esto se convirtió en un momento imborrable de dolor y humillación en la memoria histórica rusa. El Tratado de Paz de París, que puso fin formalmente a la guerra, impidió que el Imperio ruso tuviera bases navales en Sebastopol o en cualquier otro lugar de la costa del mar Negro.

La derrota de Rusia en la Guerra de Crimea suscitó un amplio examen de conciencia en el Gobierno imperial y en la sociedad. ¿Cómo podía el ejército ruso, que había conquistado París en 1814, sufrir una derrota cuarenta años después en un territorio que consideraba suyo? La muerte del emperador Nicolás I, que, debilitado por el estrés de la guerra, falleció en marzo de 1855 tras treinta años en el trono, hizo casi inevitable un cambio de política

gubernamental. El nuevo emperador, Alejandro ii, lanzó un ambicioso programa de reformas para ponerse a la altura de Occidente y modernizar la sociedad, la economía y el ejército rusos. Durante la guerra, Rusia no tenía más que barcos de vela para enfrentarse a los de vapor de británicos y franceses. Hundió los barcos de su flota del mar Negro para impedir que los navíos enemigos entraran en el puerto de Sebastopol. Ahora Rusia necesitaba una nueva armada a toda costa. También necesitaba ferrocarriles, cuya falta había dificultado el traslado de tropas, municiones y provisiones a lugares tan alejados del centro del imperio como Crimea. Para vergüenza de San Petersburgo, fueron los británicos, y no los rusos, quienes construyeron el primer ferrocarril en Crimea para conectar Balaklava con Sebastopol durante el asedio de la ciudad.

Si Rusia quería conservar Crimea, necesitaba una conexión ferroviaria con la península y su base naval. El Gobierno decidió vender Alaska —otra parte remota del imperio que era difícil de defender y, según los funcionarios, vulnerable a la conquista por parte de los británicos— a Estados Unidos. Pero Rusia se quedaría con Crimea. Los tártaros de Crimea estaban emigrando al Imperio otomano, y la flota y las fortificaciones rusas habían desaparecido, pero Sebastopol se convirtió en un sitio de veneración popular, un nuevo lugar sagrado del Imperio ruso. El Gobierno aprobó un plan para conectar Moscú y Sebastopol por ferrocarril vía Kursk y Járkiv. El problema era la falta de fondos. El Tesoro no los tenía, y la represión rusa contra los rebeldes polacos en 1863 produjo una reacción que se asemejaría a las sanciones internacionales de una época posterior. El Gobierno francés convenció a James Mayer de Rothschild, uno de los principales financiadores de la construcción de ferrocarriles en Francia, para que dejara de prestar dinero a Rusia, mientras que las empresas británicas que estaban dispuestas a construir el ferrocarril no pudieron reunir suficiente capital en la City. La construcción de la línea Moscú-Sebastopol se pospuso hasta la década de 1870, pero la idea de construir ferrocarriles en el sur de Ucrania se afianzó en la mente de las élites gubernamentales, militares y empresariales rusas.

El primer ferrocarril construido allí fue mucho más modesto que la línea que uniría Moscú y Sebastopol. Conectaba Odesa (Odessa) en la costa del mar Negro, al noroeste de Crimea, con la ciudad de Balta en Podolia. El nuevo ferrocarril se construyó en 1865, cuatro años después de una línea ferroviaria que unía Lviv con Peremyshl (Przemyśl), Cracovia y Viena. A diferencia de la línea de Lviv, la que comenzaba en Odesa no tenía nada que ver con la política, la estrategia o la administración. Su razón de ser empezaba y terminaba en la economía. A mediados del siglo XIX, Ucrania representaba el 75 % de todas las exportaciones del Imperio ruso. Los tiempos de las pieles siberianas como principal producto de exportación habían pasado, mientras que los del petróleo y el gas siberianos aún no habían llegado. Así pues, el grano ucraniano llenaba el vacío del presupuesto imperial. Podolia era una de las principales zonas productoras de grano, y Odesa, fundada en 1794 en el emplazamiento de un antiguo asentamiento nogái, se convirtió en la principal puerta de entrada del imperio a los mercados europeos.

El imperio, falto de liquidez, quería aumentar sus exportaciones, lo que requería un ferrocarril, que a su vez precisaba de dinero para su construcción. El gobernador de Odesa rompió ese círculo vicioso con la sugerencia de utilizar batallones punitivos del ejército ruso. Los trabajos forzados funcionaron, ni por primera ni por última vez, en la larga historia imperial. La línea Odesa-Balta, concebida como el primer tramo de un ferrocarril que uniera Odesa con Moscú, debía pasar por Kíiv, conectando la margen derecha, con su rebelde nobleza polaca, y el corazón imperial y reduciendo así la influencia de Varsovia. Pero el plan tenía poco sentido económico. Había poco que exportar desde la región de Kíiv y la zona boscosa del norte de la ciudad, por lo que los estrategas imperiales que soñaban con la integración política del imperio acabaron perdiendo la batalla frente al *lobby* empresarial. La línea de Balta no iba a Kíiv, sino a Poltava y Járkiv, donde más tarde conectaría con la línea Moscú-Sebastopol. Esta última se construyó en 1875 tras largos retrasos.

La línea Moscú-Sebastopol desempeñó un papel importante en

la construcción de una nueva armada rusa en Sebastopol: en 1871, tras la derrota francesa en la guerra franco-prusiana, el Imperio ruso recuperó su derecho a una armada en el mar Negro. Pero la principal importancia de la línea fue económica y cultural. Desde el punto de vista económico, contribuyó al comercio regional y al desarrollo del este y el sur de Ucrania; desde el punto de vista cultural, unió la lejana Crimea con el centro del imperio de un modo inimaginable hasta entonces, promoviendo la colonización cultural rusa de la península. A finales del siglo XIX, Yalta, originalmente un pequeño pueblo pesquero en la costa del mar Negro, se había convertido en la capital veraniega. El emperador y su familia construyeron espectaculares mansiones en la costa de Crimea y apoyaron la construcción allí de iglesias y monasterios ortodoxos. Además del zar y la familia imperial, numerosos cortesanos, funcionarios de alto y medio rango y, por último, escritores y artistas pasaban los meses de verano en Crimea. Antón Chéjov, que tenía una modesta casa en Yalta, describió las experiencias de los visitantes rusos en ese balneario de Crimea en su relato «La dama del perrito». La élite rusa hizo de Crimea parte de su expansivo hogar imperial.

En 1894, cuando el zar Alejandro iii murió en su mansión de Livadia, cerca de Yalta, su cuerpo fue trasladado en carruaje a Yalta, luego en barco a Sebastopol, y desde allí en ferrocarril a San Petersburgo. En el momento de su muerte, los ferrocarriles cruzaban Ucrania, uniendo Odesa con Poltava, Járkiv y Kíiv, así como con Moscú y San Petersburgo. Desde Odesa también se podía tomar un tren a Lviv, y Kíiv estaba conectada con Lviv y Varsovia. La primera línea Odesa-Balta tenía apenas 220 kilómetros; en 1914, la longitud total de las vías férreas en Ucrania superaba los 16.000 kilómetros. Los ferrocarriles promovieron el desarrollo económico, aumentaron la movilidad y rompieron las antiguas fronteras políticas, económicas y culturales. En ningún lugar ese cambio fue más profundo que en las nuevas posesiones del imperio: las regiones esteparias de Ucrania.

Las tierras de la estepa, antes reclamadas por los nómadas, pasaron al control de la nobleza y adquirieron la reputación de

granero de Europa. En la región parecía haber poca gente capaz de cultivar la tierra virgen. Chíchikov, el protagonista del clásico de Nikolái Gógol, intenta resolver el problema vendiendo las almas de los campesinos fallecidos al Gobierno y «trasladándolas» a la región. Pero en la práctica, menos «almas» y más tierras significaba un campesinado más acomodado, y en ningún otro lugar del imperio les iba tan bien a los campesinos como en el sur de Ucrania. A principios del siglo XX, el promedio de tierras de los campesinos de la *gubernia* de Táurida, que incluía Crimea y las estepas del norte de la península, era de cuarenta acres por hogar, en comparación con los nueve de Podolia y Volinia.

La diferencia secular entre las regiones esteparias y forestales asentadas y el sur nómada, marcada por la división cristiano-musulmana y la frontera otomana-polaca-rusa, iba quedando poco a poco en el pasado. El ferrocarril unía las zonas productoras de grano del norte con los puertos del mar Negro en el sur, conectando así el interior de Ucrania con el mar Mediterráneo y los ricos mercados europeos. Las rutas comerciales del Dniéper, el Dniéster y el Don, amenazadas por los ataques de los nómadas durante la mayor parte de la historia de Ucrania, eran ahora seguras y contribuyeron a la reactivación económica de la región. La ruta comercial entre el Dniéper y el mar Negro, en torno a la cual los vikingos habían construido el Estado de Kíiv, cumplía ahora su cometido, siendo los rápidos del Dniéper el único impedimento logístico que quedaba.

La construcción del ferrocarril contribuyó al rápido ritmo de urbanización, que una vez más benefició al sur. El crecimiento de las ciudades fue un fenómeno generalizado en Ucrania: a finales del siglo XX, Kíiv era la séptima ciudad más grande del Imperio ruso, y su población había pasado de 25.000 habitantes a principios de la década de 1830 a 250.000 en 1900. Pero incluso ese espectacular crecimiento palidecía en comparación con lo que ocurría en el sur. La población de Odesa pasó de 25.000 habitantes en 1814 a 450.000 en 1900. Gran parte del crecimiento urbano fue

resultado de la rápida industrialización, y ahí el sur también lideró el proceso. La ciudad de Yuzivka —cuya población se multiplicó por más de cinco en la década anterior a 1897, cuando alcanzó cerca de 30.000 habitantes, y se duplicó con creces en los veinte años siguientes, alcanzando los 70.000 en el año revolucionario de 1917— pone de manifiesto el estrecho vínculo entre la industrialización y la urbanización en el sureste de Ucrania.

La historia de Yuzivka comenzó en Londres en 1868. Ese año, el exitoso empresario, inventor y gerente de la Millwall Iron Works Company, John James Hughes, cuya salida de Gran Bretaña inicia este capítulo, decidió dar un giro brusco a su vida. Tras la conmoción de la Guerra de Crimea, el Gobierno ruso se dedicó a fortificar los accesos al imperio por tierra y por mar. Durante la guerra, la flota británica y francesa había bombardeado Kronstadt, la isla-fortaleza que protegía San Petersburgo del mar Báltico. Para reforzar sus fortificaciones contra un posible ataque británico, el Gobierno ruso recurrió, irónicamente, a la Millwall Iron Works. Nada menos que el general Eduard Totleben, héroe de la defensa rusa de Sebastopol, dirigió las negociaciones. Hughes fue a San Petersburgo para organizar el proyecto. Allí los rusos le ofrecieron una concesión para lanzar el negocio metalúrgico en su imperio. Hughes aceptó el reto.

Al llegar a las estepas de Azov, el galés y su grupo se establecieron en el caserío de Ovechi, un pequeño asentamiento que fundaron los cosacos zaróporogos en el siglo XVII. Pero a Hughes apenas le interesaba el pasado cosaco de la región. Había comprado el terreno y llegado a Ovechi por una sencilla razón: cuatro años antes, los ingenieros rusos habían designado esa zona como lugar perfecto para una futura metalurgia, con mineral de hierro, carbón y agua en las proximidades. El Gobierno había intentado construir una planta en esa zona, pero fracasó por falta de experiencia en la construcción y el funcionamiento de fábricas metalúrgicas. Hughes aportó su experiencia en ambas cosas. En enero de 1872, su recién construida fábrica de hierro produjo su primer arrabio. A lo largo de la década de 1870, añadió más altos hornos. La fábrica empleaba a cerca de 1.800 personas,

convirtiéndose en el mayor productor de metales del imperio. El lugar donde vivían los trabajadores pasó a llamarse Yuzivka por el apellido del fundador («Hughesivka»). La ciudad siderúrgica y minera pasaría a llamarse Stalino en 1924 y Donetsk en 1961.

Hughes fue uno de los pocos empresarios occidentales que se trasladó a Ucrania, pero cientos de trabajadores cualificados llegaron a las estepas ucranianas desde Gran Bretaña, Francia y Bélgica. Perseguían millones de francos y libras esterlinas transferidas a esa región desde sus países de origen. Principalmente los banqueros franceses, británicos y belgas aportaron el capital financiero que transformó el sur ucraniano. En las primeras décadas del siglo XX, las empresas extranjeras producían más del 50 % de todo el acero ucraniano, más del 60 % de su arrabio, el 70 % de su carbón y el 100 % de su maquinaria. Las empresas rusas disponían de un capital y unos conocimientos técnicos limitados, que dedicaban sobre todo a desarrollar el potencial industrial de Moscú y San Petersburgo.

El imperio podía suministrar un recurso en cantidades casi ilimitadas: la mano de obra no cualificada. La mejora de las condiciones sanitarias y los avances tecnológicos hicieron que sobrevivieran más niños, y los que lo hacían vivieron más tiempo. Un mayor número de personas en un pueblo significaba parcelas más pequeñas por hogar. La superpoblación relativa se convirtió en un problema importante en los pueblos de Ucrania y Rusia en las décadas siguientes a la emancipación de los siervos. La Revolución industrial, que llegó al imperio con un retraso considerable, hizo que el «excedente» de población pudiera canalizarse hacia las ciudades en crecimiento. Desde la década de 1870, las florecientes ciudades industriales del sur de Ucrania se convirtieron en polos de atracción para cientos de miles de campesinos que abandonaban sus empobrecidas aldeas. La mayoría llegaba a la región desde las provincias del sur de Rusia, donde el suelo era mucho menos productivo que en Ucrania y el hambre de tierras más pronunciado.

Entre los campesinos rusos atraídos por los trabajos disponibles en Yuzivka, que eran peligrosos, pero bien pagados

para los estándares de la época, estaba el joven Nikita Jrushchov. Tenía catorce años en 1908, cuando se trasladó de la aldea rusa de Kalínovka, a unos 65 kilómetros al noreste de la capital cosaca de Glujiiv, a Yuzivka para reunirse con su familia. Su padre, Serguéi, trabajador temporero en un ferrocarril de la región de Yuzivka antes de trasladar a su familia allí y convertirse en minero a tiempo completo, nunca abandonó su sueño de ahorrar suficiente dinero para comprar un caballo y volver a Kalínovka. Su hijo, que no compartía su sueño, abrazó la vida en la ciudad y se convirtió en mecánico minero antes de unirse al Partido Bolchevique en plena Revolución de 1917 y emprender una impresionante carrera política. Sería el líder de la Unión Soviética durante el lanzamiento del Sputnik en 1957 y la crisis de los misiles cubanos de 1962.

Nikita Jrushchov no fue el único futuro líder soviético cuya familia abandonó un pueblo de Rusia para beneficiarse del auge industrial del sur de Ucrania. Unos años antes que los Jrushchov, Ilia Brézhnev, padre de Leonid Brézhnev, antiguo protegido de Jrushchov y sucesor al frente de la Unión Soviética, se trasladó a la ciudad industrial ucraniana de Kamianske (hasta hacía poco Dniprodzerzhynsk). Leonid nació en esa ciudad siderúrgica en 1906. Los Jrushchov y los Brézhnev participaron en una importante migración campesina rusa hacia el sur de Ucrania que contribuyó a la escasa representación de los ucranianos étnicos en las ciudades. En 1897, el año del primer y único censo imperial ruso, aproximadamente 17 millones de ucranianos y 3 millones de rusos residían en las *gubernias* ucranianas del imperio, una proporción de casi seis a uno. Pero en las ciudades estaban a la par, con algo más de un millón de rusos y algo menos de un millón de ucranianos. En las principales ciudades y centros industriales, los rusos eran mayoría. Representaban más del 60 % de la población de Járkiv, más del 50 % en Kíiv y casi el 50 % en Odesa.

Pocos ucranianos étnicos se incorporaron a la clase empresarial, y los que lo hicieron vivían principalmente en el centro de Ucrania, donde en la segunda mitad del siglo XIX el desarrollo de la industria azucarera, dependiente de la producción local de remolacha, hizo la fortuna de varios empresarios

ucranianos, sobre todo de la familia Simirenko. Uno de sus miembros, Platón Simirenko, apoyó a Tarás Shevchenko tras su regreso del exilio y financió una edición de su *Kobzar*. (En la actualidad, la familia es conocida principalmente por la manzana Renet Semerenko, bautizada en honor a Platón por su hijo Lev, que desarrolló la fruta.) Los Simirenko fueron más la excepción que la regla. Los empresarios rusos, polacos y judíos superaban en número a los ucranianos por un margen considerable.

Con el inicio de la rápida industrialización y urbanización, la misma proporción étnica se aplicó a la clase obrera industrial, que era mayoritariamente rusa. Los artesanos judíos dominaban los oficios a medida que se desplazaban desde las pequeñas ciudades de la Ucrania anteriormente gobernada por los polacos a los grandes centros del este y el sur. Járkiv, en el este, estaba más allá de la Zona de Asentamiento —la zona en la que se permitía la residencia de los judíos— pero el resto de Ucrania, incluidas las ciudades de Odesa y Katerinoslav (actual Dniepropetrovsk), estaba disponible para el asentamiento de los judíos. Estos constituían entre el 12 y el 14 % de la población total de Volinia, Podolia y el sur de Ucrania, pero eran mayoría en los pueblos pequeños y constituían minorías significativas en las ciudades. Representaban el 37 % de los odesitas y eran el segundo grupo étnico más grande de Katerinoslav.

¿Por qué la mayoría de los ucranianos no participaron en los procesos de industrialización y urbanización, a pesar de ser la mayoría étnica del país? También en este caso, las historias de los Jrushchov y los Brézhnev son útiles para comprender la situación. Ambas familias llegaron al sureste de Ucrania desde la *gubernia* rusa de Kursk, donde en la segunda mitad del siglo XIX el tamaño de una propiedad campesina media no superaba las 2,8 hectáreas. Llegaron a la *gubernia* de Katerinoslav, donde esa cifra era de 10,1, y la tierra, la llamada tierra negra, era mucho más fértil que en la región de Kursk. Como se ha señalado anteriormente, los campesinos locales estaban mejor que los de cualquier otro lugar del Imperio ruso. Preferían, y a menudo podían permitirse, quedarse en casa. Si se les presionaba, muchos preferían reubicarse

como agricultores en las lejanas estepas del este imperial que trasladarse a una ciudad siderúrgica o minera cercana y trabajar en las condiciones de explotación de la industria de principios del siglo XX.

Esto se aplicaba sobre todo a los campesinos de las provincias del centro y del norte de Ucrania, como la *gubernia* de Cherníguiv, donde la media de los hogares no superaba las 6,8 hectáreas de tierra más bien pobre. La historia de la familia de otro líder soviético, Mijaíl Gorbachov, supone un atisbo de esa parte de la historia de las migraciones ucranianas. A principios del siglo XX, el abuelo materno de Gorbachov, Panteleimón Hopkalo, se trasladó de la *gubernia* de Cherníguiv a las estepas de la región de Stávropol, donde Gorbachov nació en 1931. Las condiciones en Stávropol y el Cáucaso Norte eran lo más parecido a las de Ucrania que se podía imaginar en esas circunstancias. Muchos campesinos ucranianos que no querían mudarse a la ciudad y buscaban tierras libres emigraron mucho más lejos, hasta el Lejano Oriente ruso. En las dos décadas anteriores al comienzo de la Primera Guerra Mundial, más de 1,5 millones de ucranianos se asentaron en las fronteras del sur y del este del Imperio ruso, donde había tierras disponibles.

La migración de los ucranianos impulsada por la avidez de tierras fue una historia verdaderamente ucraniana, incluso más importante en la Galitzia austriaca, Bucovina y Transcarpacia que en el Imperio ruso. A principios del siglo XX, el tamaño medio de una finca en la Galitzia oriental era de seis acres, tres acres menos que en la provincia ucraniana más superpoblada, Volinia, en el lado ruso de la frontera. Además, las tierras de los Cárpatos solían ser mucho menos productivas que las de Volinia y Podolia. Los campesinos abandonaban la región en masa. «Esta tierra no puede albergar a tanta gente y soportar tanta pobreza», dice un personaje del cuento «La cruz de piedra» del escritor ucraniano de origen galitziano Vasil Stefanik. «La cruz de piedra», escrito en 1899, se inspiraba en el éxodo masivo de campesinos de Galitzia a

Norteamérica. Solo en la aldea natal de Stefánik, quinientos campesinos abandonaron sus hogares en busca de una mejor vida.

Aproximadamente 600.000 ucranianos se despidieron de Austria-Hungría antes de 1914. Se dirigieron a Pensilvania y Nueva Jersey, en Estados Unidos, donde los emigrantes ucranianos trabajaron en las minas y molinos, y a las provincias de Manitoba, Saskatchewan y Alberta, en Canadá, donde los campesinos recibieron tierras y poblaron las praderas. Los ucranianos no eran el único grupo que buscaba una vida mejor en Norteamérica. Los judíos de las pequeñas ciudades de Galitzia y Bucovina les precedieron a menudo. Aproximadamente 350.000 judíos partieron de Galitzia hacia Estados Unidos en las décadas previas a la Primera Guerra Mundial.

La razón era sencilla: al igual que los campesinos, los habitantes de los pueblos empobrecidos tenían pocas expectativas económicas en las provincias orientales de Austria-Hungría. Emigrantes de todas las etnias y afiliaciones religiosas contribuyeron generosamente a las economías y culturas de sus nuevas patrias. Entre los emigrantes procedentes de Galitzia emigrados a Estados Unidos se encontraban los antepasados de muchas estrellas de Hollywood y celebridades del mundo del espectáculo, como los padres ucranianos de Jack Palance (Palahniuk) y los abuelos judíos de Barbra Streisand. Los padres de Ramon (Roman) Hnatyshyn, gobernador general de Canadá de 1990 a 1995, procedían de Bucovina; los de Andy Warhol, de la región de Lemko. Galitzia era la provincia más pobre del imperio, situación que denunció el empresario polaco y miembro de los parlamentos imperial y provincial Stanisław Szczepanowski en su libro *Nędza Galicyi* [Miseria en Galitzia] (1888). Comparando la productividad laboral y el consumo con el resto de Europa, escribió: «Cada residente de Galitzia hace la cuarta parte del trabajo de un hombre y se alimenta con la mitad de la comida». La industrialización no pasó por alto a Galitzia del todo, pero no mejoró notablemente su suerte económica ni el bienestar de su población. El petróleo que salía a la superficie alrededor de las ciudades de Drogobich y Borislav no había causado más que

problemas a los residentes locales desde tiempos inmemoriales, y solo a mediados del siglo XIX la maloliente sustancia negra fue utilizada por primera vez por los farmacéuticos locales, que aprendieron a extraer queroseno. Entre los primeros beneficiarios del nuevo descubrimiento estuvieron los médicos y pacientes del Hospital General de Lviv. En 1853, se convirtió en el primer edificio público del mundo en utilizar únicamente lámparas de petróleo para la iluminación.

Szczepanowski fue uno de los primeros empresarios que hizo fortuna con el petróleo de Galitzia al introducir los taladros de vapor. Idealista y constructor de la nación polaca por convicción, proporcionó asistencia sanitaria a sus trabajadores, muchos de los cuales eran emigrantes polacos a la región, y trató de mejorar sus condiciones de vida, pero acabó quebrando. Los negocios y la construcción de la nación no iban necesariamente de la mano en la Galitzia austriaca. En las últimas décadas del siglo XIX, empresas británicas, belgas y alemanas se instalaron en la región, empleando métodos de perforación profunda introducidos por primera vez por el ingeniero y empresario canadiense William Henry McGarvey. Los nuevos directivos sustituyeron a los pequeños empresarios, muchos de ellos judíos. La mano de obra no cualificada de los campesinos ucranianos y polacos (los primeros constituían hasta la mitad de la mano de obra, los segundos alrededor de un tercio) ya no era necesaria. En 1910, la producción de petróleo había aumentado a 2 millones de toneladas, lo que representaba alrededor del 4 % de la producción mundial, siendo los mayores productores por aquel entonces Estados Unidos y el Imperio ruso.

El petróleo trajo consigo más dinero y oportunidades educativas a la región. En Borislav se abrió una escuela minera. Varios edificios de la ciudad construidos en esa época siguen en pie, recordando a los visitantes los «buenos tiempos». Pero en general, el *boom* del petróleo tuvo un impacto limitado en la situación económica de la región. La población de Borislav, la ciudad en el centro de la acción, se triplicó en el transcurso de la segunda mitad del siglo XIX y alcanzó los 12.500 habitantes. Lo mismo ocurrió con la población de todo el distrito petrolífero, que

creció hasta los 42.000 habitantes en la última década del siglo. Pero eso era una gota de agua si se toma Galitzia en su conjunto. La población de la capital, Lviv, pasó de unos 50.000 habitantes a más de 200.000 entre 1870 y 1910. Esto parece impresionante, pero solo si no se compara con el impacto del desarrollo económico en el mismo periodo en las ciudades ucranianas del Dniéper. La población de Katerinoslav, en el centro del auge metalúrgico, se multiplicó por once en algo más de cincuenta años, alcanzando los 220.000 habitantes en 1914. La mayor ciudad de Ucrania era Odesa, con 670.000, seguida de cerca por Kíiv, con sus 630.000 habitantes. Esto representaba que la población de Kíiv se había multiplicado casi por diez desde mediados del siglo XIX.

A pesar de las diferencias en los niveles de industrialización y urbanización de las provincias rusas y austrohúngaras de Ucrania, ambas partes del país experimentaron una importante transformación económica y social a finales del siglo XIX y principios del XX. La circulación cada vez más rápida de capitales, bienes y personas, así como de ideas e información, marcó el nacimiento de la sociedad moderna. La nueva división del trabajo cambió la importancia relativa de los grupos sociales tradicionales y ayudó a crear otros nuevos, especialmente la clase obrera industrial, lo que provocó el ascenso económico de algunas regiones y el declive de otras. Entre los beneficiarios del cambio estaba el sur de Ucrania, con su floreciente comercio internacional canalizado a través de los puertos del mar Negro y su base industrial en rápido crecimiento.

Una nueva frontera económica y cultural sustituyó a la antigua que distinguía el norte y el centro agrícola de Ucrania de su sur nómada. El sur se convirtió en el motor industrial y agrícola del país. Su población rural recordaba los tiempos de los cosacos zapórogos, apenas había experimentado la servidumbre, y estaba mejor situada que el resto del país. El descubrimiento de yacimientos de hierro y carbón convirtió a la región en una zona de auge industrial. Al llegar a la mayoría de edad bajo el control de

la administración imperial rusa, con una población más diversa desde el punto de vista étnico y religioso que en las zonas más al norte y con la mayor tasa de urbanización de Ucrania, esta región conduciría al país a la agitación política, social y cultural del siglo XX.

17

La revolución inacabada

En una fría mañana de invierno, el 9 de enero de 1905, unos 20.000 trabajadores, junto con sus esposas y sus hijos, iniciaron una marcha desde las afueras de San Petersburgo hasta el centro de la ciudad. La manifestación la encabezaba el padre Gueorgui Gapón, de treinta y cinco años, oriundo de la *gubernia* de Poltava y graduado en la Academia Teológica de San Petersburgo. Quienes iban en primera fila portaban un retrato del emperador Nicolás ii, además de estandartes e iconos. La multitud entonaba canciones religiosas y rezaba oraciones por el zar. Los trabajadores querían presentar a este último una petición, redactada por Gapón, en la que solicitaban al soberano que los protegiera de los abusos de sus superiores.

Las principales fábricas de la capital se declararon en huelga, pero los propietarios rechazaron las demandas de los «alborotadores»; entre ellas, la introducción de la jornada laboral de ocho horas. La Revolución industrial había creado un nuevo fenómeno social, la clase obrera, que ahora reclamaba al zar que se reconocieran sus derechos elementales. «No pedimos mucho; solo queremos aquello sin lo que la vida no es vida, sino solo trabajo duro y sufrimiento constante», escribió el padre Gapón. En la petición también se recogía una serie de demandas políticas, que incluían la convocatoria de una asamblea constituyente. La última vez que se exigió públicamente al zar una constitución había sido en diciembre de 1825. Entonces el régimen aplastó una sublevación de oficiales, más tarde conocida como los

decembristas, con la ayuda de la artillería. El zar y el Gobierno consideraron que debían mostrar de nuevo su determinación y no repetir los errores de Luis xvi, cuya indecisión, según ellos, le había costado la vida y el trono durante la Revolución francesa.

Cuando los manifestantes se acercaron al Palacio de Invierno del zar (el edificio que ahora alberga el Hermitage), los militares abrieron fuego y mataron en el acto a más de cien personas e hirieron a más de quinientas. El padre Gapón sobrevivió, pero nunca más rezó por el zar ni esperó su protección. En un discurso escrito esa misma noche calificó al zar de bestia. También pidió venganza. «¡Así que venguémonos, hermanos, del zar, que el pueblo ha maldecido, de todos los traidores engendros zaristas, de sus ministros y de todos los ladrones de la desdichada tierra rusa!» Para la venganza completa habría que esperar otros trece años —los bolcheviques fusilaron al zar Nicolás ii y a su familia en julio de 1918—, pero la revolución que el entorno zarista esperaba evitar comenzó de inmediato. Estos acontecimientos abrieron un nuevo capítulo en la historia del imperio y, en particular, de las provincias ucranianas: una época de movimientos políticos masivos, caracterizada por la formación de partidos, elecciones parlamentarias, el sufragio masculino y un gobierno cada vez más dependiente del apoyo nacionalista.

En Ucrania la revolución se produjo tres días después de los sucesos del Domingo Sangriento en San Petersburgo. El miércoles 12 de enero, los trabajadores de la planta de fabricación de maquinaria de Rusia del Sur, en Kíiv, se pusieron en huelga. Pronto se les unieron los metalúrgicos de Katerinoslav, Yuzivka y el resto del Donbás. Ahora las llamas de la lucha de clases envolvían esos distritos donde durante los quince años anteriores se había producido un rápido crecimiento económico. Si antes de enero de 1905 los trabajadores se limitaban a pedir mejores condiciones laborales, mejores salarios y una jornada de trabajo de ocho horas, ahora apoyaban sus demandas con huelgas, manifestaciones y una abierta resistencia a las autoridades. El campo, superpoblado y

empobrecido, se sumó a las reivindicaciones de la ciudad. Los campesinos empezaron por talar los bosques de los terratenientes y luego pasaron a atacar las mansiones de los nobles. Se produjeron más de trescientos ataques de este tipo, sobre todo en los antiguos territorios cosacos de la margen izquierda del Dniéper. Los campesinos esperaban que el zar emitiera un bando para entregarles las tierras de la nobleza. Sin embargo, nunca ocurrió. En su lugar, el Gobierno lanzó un ejército contra los insurgentes y, en diciembre de 1905, sesenta y tres personas fueron asesinadas en la aldea de Veliki Soróchintsi, en la *gubernia* de Poltava, la tierra natal de Gógol. La tragedia de Veliki Soróchintsi no fue en absoluto una excepción.

En el verano de 1905 el régimen empezó a perder el apoyo incondicional de los hombres de uniforme, la mayoría antiguos campesinos. En junio estalló una rebelión de la tripulación del acorazado Potemkin de la flota del mar Negro. La mayoría de sus líderes y de los participantes eran marineros ucranianos. Aunque el levantamiento estaba planeado para octubre, se adelantó a junio de 1905 cuando a los marineros se les sirvió *borsch* (sopa de remolacha) con carne podrida. El suboficial Grigori Vakulenchuk, de la región de Zhitómir, se dirigió en ucraniano a sus compañeros, según algunos relatos, con las palabras: «¿Hasta cuándo seremos esclavos?». Después de que un oficial superior disparara y matara a Vakulenchuk, Opanas Matiushenko, un marinero de veintiséis años de la región de Járkiv, asumió el liderazgo de la revuelta. Los rebeldes mataron a los comandantes, izaron la bandera roja y marcharon desde alta mar hasta Odesa, donde apoyaron la huelga de los trabajadores que tenía lugar en la ciudad. La llegada del acorazado que transportaba el cadáver de Vakulenchuk provocó nuevas protestas, disturbios y enfrentamientos con la policía.

Varias unidades de cosacos rusos bloquearon el acceso al puerto, incluida la famosa Escalera Potemkin, representada como escenario de masacres y acontecimientos dramáticos en la película clásica *El acorazado Potemkin* (1925), de Serguéi Eisenstein. No hay pruebas de que hubiera un derramamiento de sangre en las escaleras, pero cientos de personas murieron a manos del ejército y

la policía en Odesa. El acorazado se hizo de nuevo a la mar para evitar un combate con una flotilla leal al trono y se dirigió a Rumanía, donde los marineros rebeldes se rindieron a las autoridades. Su líder, Matiushenko, pasó algún tiempo en Europa y Estados Unidos antes de regresar a Odesa para continuar la lucha revolucionaria. Fue detenido, condenado y ejecutado en Sebastopol, en la base naval del Potemkin. En el momento de su ejecución, Matiushenko, que se había convertido en un símbolo de la revolución, aunque se había negado a afiliarse a ningún partido político, tenía veintiocho años.

En octubre de 1905 la oleada de huelgas obreras alcanzó su punto álgido. Todo el imperio estaba paralizado por una huelga de trabajadores ferroviarios. En Ucrania los operarios de los principales nudos ferroviarios —Kíiv, Járkiv y Katerinoslav— dejaron de trabajar. Hasta mediados de octubre 120.000 trabajadores ucranianos y cerca de dos millones de trabajadores en todo el imperio habían abandonado el trabajo. Entonces el zar Nicolás ii cambió de táctica e hizo concesiones a sus súbditos rebeldes. En un manifiesto emitido el 17 de octubre concedió derechos civiles básicos, como la libertad de conciencia, de expresión, de reunión y de asociación. El mismo decreto introdujo el sufragio universal masculino en el imperio y estipuló que en las elecciones a la Duma —el primer parlamento de Rusia— se garantizaría la representación de todos los sectores de la sociedad. El zar prometió no aprobar ninguna ley nueva sin la aprobación de la Duma. La monarquía absoluta estaba a punto de convertirse en constitucional. La intelectualidad liberal acogió el manifiesto con júbilo.

Entre las personas que se encontraban entre las multitudes que llenaban las calles de las principales ciudades de Ucrania tras la publicación del manifiesto estaban minorías nacionales, sobre todo judíos. Los partidarios conservadores de la monarquía veían a los judíos estrechamente relacionados con la revolución. También los culparon de todas las desgracias que había sufrido la población

local desde el inicio de la industrialización y la rápida urbanización. En muchos pueblos y ciudades ucranianos las celebraciones acabaron en pogromos. Este fenómeno no era algo nuevo en Ucrania ni en las Zonas de Asentamiento, que incluían las antiguas provincias de la Mancomunidad de Polonia-Lituania y el sur de Ucrania. La primera gran oleada importante se produjo en 1881, tras el asesinato del zar Alejandro ii: se culpó a los judíos de su muerte. El pogromo de 1903 en Kishiniov (Chisináu, en la actual Moldavia) duró dos días y se cobró 49 vidas, lo que causó un revuelo en la prensa estadounidense, además de una nueva oleada de emigración judía. Pero los pogromos del pasado palidecen en comparación con lo ocurrido en 1905. En octubre fueron asesinados cientos de residentes en Kíiv, Katerinoslav y Odesa. Miles de personas resultaron heridas y decenas de miles de hogares y de negocios judíos quedaron destruidos.

En Kíiv, el pogromo estalló tras una manifestación que era a la vez una celebración de la victoria y una condena del manifiesto del 17 de octubre como un lavado de cara del régimen. Cuando los manifestantes asaltaron la prisión de la ciudad, liberaron a los presos políticos, profanaron el monumento a Nicolás i frente a la Universidad de Kíiv, retiraron los símbolos de los Románov de la fachada del edificio, arrancaron las banderas tricolores rusas y las sustituyeron por otras rojas, e incluso exigieron que el zar fuera ahorcado, la opinión pública conservadora culpó a los judíos. A la noche siguiente, bandas de trabajadores migrantes, fanáticos ortodoxos y delincuentes empezaron a atacar a los judíos y sus propiedades. «Aquí está vuestra libertad, vuestra constitución y vuestra revolución, vuestra corona y el retrato de nuestro zar», gritó uno de los atacantes. Veintisiete personas murieron, unas 300 resultaron heridas y unas 1.800 casas y negocios judíos fueron destruidos. En Jreschátik, la principal calle de Kíiv, solo una de las 28 tiendas judías escapó a la destrucción.

Tras sobrevivir al pogromo, uno de los autores judíos más famosos del siglo xx, Sholem Aleijem, abandonó la ciudad y el país para emigrar a la lejana Nueva York. La anticipación de un pogromo era un tema importante en su último relato de *Tevie el*

lechero. También ocupa un lugar destacado en los cuentos en los que se basó el clásico musical de Broadway *El violinista en el tejado*. Tanto en el cuento como en el musical, el policía del pueblo simpatiza con los judíos. Esto era cierto en relación con algunos policías, pero muchos se mantuvieron al margen durante los pogromos y alentaron la violencia. Ese parece haber sido el caso de Kíiv. Cuando la policía tomó medidas contra los autores del pogromo, este ya había empezado hacía dos días.

El pogromo de Kíiv fue en muchos aspectos una imagen representativa de lo que ocurrió en otras grandes ciudades ucranianas. Los autores solían ser obreros, migrantes recientes de pueblos empobrecidos de Rusia y, en menor medida, de Ucrania, que competían con los judíos por los puestos de trabajo y se sentían explotados y discriminados por las administraciones de las ciudades y las fábricas y los empresarios. Veían a los judíos como una presa fácil y un objetivo «legítimo»: al atacarlos, los malhechores podían mostrar y defender su «verdadera identidad rusa» y su lealtad a los principios imperiales de autocracia, ortodoxia y nacionalidad. Los campesinos ucranianos se unieron al saqueo de las casas en los pueblos pequeños y en las afueras de las grandes ciudades. Estos delincuentes se sintieron libres para atacar casas que antes no habrían atacado.

Aunque la gente común asociaba la revolución con los judíos, las multitudes, que tanto celebraron el manifiesto del zar como lo consideraron insuficiente, estaban dirigidas por figuras de varios partidos políticos, no todos de origen judío. Los bolcheviques de Vladímir Lenin, representantes del ala radical del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso, estuvieron al frente de las huelgas y manifestaciones obreras, y denunciaron el manifiesto. Este partido pretendía derrocar el régimen mediante una huelga y un levantamiento en todo el imperio. Los mencheviques, representantes de otra rama del mismo partido, se opusieron a los dictados de Lenin y elaboraron su propia propaganda. También fue muy activo el Partido Social-Revolucionario ruso (o eserista), que incluso antes de la revolución había establecido células en Járkiv, Zhitómir y Cherníguiv, entre otras grandes ciudades ucranianas.

Muchos judíos se unieron a los socialdemócratas (tanto mencheviques como bolcheviques), pero también tenían sus propios partidos políticos. Uno de los más activos en los acontecimientos de 1905 fue el Bund, un partido socialista que representaba a los trabajadores y artesanos judíos. Aunque la participación de los judíos en la revolución, la mayoría de las veces bajo la bandera del Bund, indicaba la importancia de las minorías nacionales y religiosas en la lucha revolucionaria que se avecinaba, los principales partidos «prorrusos» se negaron a hacer concesiones significativas a las nacionalidades del imperio. Los dirigentes del Bund se encontraban entre los organizadores del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia, pero lo abandonaron, a la vez que Lenin cuestionó el estatus autónomo de su organización y su derecho exclusivo a representar los intereses de los trabajadores judíos. Los bolcheviques y los socialdemócratas creían, en general, en un movimiento obrero unido e indivisible, así como en un Imperio ruso también unido e indivisible. Los social-revolucionarios se mostraron más flexibles, reconocían la importancia de la autonomía cultural y estaban dispuestos a considerar una estructura federal para el Estado ruso. Pero estas concesiones no bastaron para evitar que las minorías nacionales del imperio formaran sus propios partidos políticos.

Los ucranianos de ambos lados de la frontera ruso-austriaca se habían dedicado a fundar sus propios partidos políticos desde la década de 1890. Fue un periodo en el que las fuerzas políticas de toda Europa entraron en la fase de creación de partidos, y salieron a la calle para organizar a las masas en apoyo de sus consignas políticas. En las tierras ucranianas gobernadas por el Imperio ruso se creó el primer partido político en 1900. Su etapa de movilización comenzó en Poltava y Járkiv. Un grupo de estudiantes locales, que se negaron a unirse a partidos exclusivamente rusos y aspiraban a fusionar ideas socialistas y nacionalistas, formaron el Partido Revolucionario Ucraniano independiente. Los activistas crearon una red de células en Ucrania

y comenzaron a trabajar entre los campesinos, instándolos a la revuelta. También adoptaron un programa elaborado en un panfleto titulado *Ucrania independiente*, escrito por el abogado de Járkiv Mikola Mijnovski e impreso en Galitzia. Con él, se creó el primer partido político ucraniano en el Imperio ruso, que proclamó la independencia de Ucrania como su principal objetivo.

«El quinto acto de una gran tragedia histórica llamada "lucha de las naciones" ya ha comenzado, y el final se acerca, inexorable», escribió Mijnovski, casi prediciendo los desastres de la próxima guerra mundial. También sugirió que la salida de este terrible enfrentamiento entre grandes potencias la «mostraban las naciones recién liberadas que ya se habían levantado contra todas las formas de dominación extranjera». Y continuó: «Sabemos que nuestro pueblo también está en la posición de una nación esclavizada». Luego Mijnovski pasó a declarar el objetivo de la liberación nacional ucraniana y, además como abogado, elaboró un razonamiento jurídico e histórico para abolir el acuerdo ruso-ucraniano suscrito por Bogdán Jmelnitski en 1654. Mijnovski argumentó que Rusia había violado sus términos al infringir los derechos y privilegios concedidos a los oficiales cosacos en la época de Jmelnitski. Los hetmans Iván Vigovski e Iván Mazepa utilizaron argumentos similares en el siglo XVII y principios del XVIII. Sin embargo, a diferencia de ellos, Mijnovski pidió a sus compatriotas que se independizaran por completo, en lugar de aceptar un protectorado polaco o sueco.

Este panfleto supuso un punto de inflexión en el pensamiento político ucraniano en el Imperio ruso. Su adopción como programa del primer partido político ucraniano favoreció los ideales de independencia. Pero el partido no tardó en dividirse en torno a la cuestión de si debía dar prioridad al nacionalismo o al socialismo. La tesis de Mijnovski sobre la futura independencia de Ucrania quedó relegada a un segundo plano durante diecisiete años más. Volvería en enero de 1918, en el fuego de otra revolución. Entretanto, en la de 1905, la mayoría de los políticos ucranianos aspiraban a la autonomía en una Rusia democrática y federal «liberada», más que a la plena independencia. Una prueba de este

sentimiento en la sociedad fue el éxito de Spilka (Unión), un partido socialdemócrata surgido del Partido Revolucionario Ucraniano de Mijnovski, pero de composición multiétnica y con estrechos vínculos con los socialdemócratas rusos y el Bund judío. En abril de 1905, Spilka tenía unos 7.000 miembros. Su éxito se debió en parte a que era una rama regional de la socialdemocracia rusa.

El Manifiesto de Octubre estimuló nuevos cambios en el panorama político ucraniano. En un intento desesperado por recuperar la iniciativa política y dividir la oposición al Gobierno, el zar publicó su manifiesto para conceder a los ciudadanos de Rusia derechos civiles e introducir el sufragio masculino. El partido monárquico la Unión del 17 de octubre se fundó en apoyo del manifiesto. En octubre se formó el Partido Liberal Democrático Constitucional, seguido en noviembre por la creación de la Unión del Pueblo Ruso, nacionalista y antisemita. La escena política ucraniana estaba ahora dividida en tres bandos principales: los socialistas y socialdemócratas, representados por Spilka y una serie de «partidos y círculos totalmente rusos»; la intelectualidad liberal ucranófila, agrupada principalmente en una entidad de nombre algo engañoso, el Partido Democrático Radical Ucraniano, que colaboraba con los demócratas constitucionales rusos; y los sucesores de la tendencia de la Pequeña Rusia, que formaban el núcleo de organizaciones monárquicas como la Unión del Pueblo Ruso.

Los tres bandos, en la medida en que se interesaban por la cuestión nacional ucraniana, tenían sus raíces en el renacimiento cultural ucraniano de las décadas de 1830 y 1840 y consideraban a Tarás Shevchenko como su predecesor. Ninguno de ellos lo veía como un artista e intelectual de San Petersburgo: todos pensaban en él como un «poeta del pueblo» con bigote de cosaco, vestido con un *tulup* (abrigo de piel de oveja) de campesino. Shevchenko era su medio para llegar a las masas campesinas, y en la nueva era de la política de masas podía ser un billete ganador. Sin embargo, solo un bando, el de los liberales ucranianos, se dirigía a las masas en el idioma de Shevchenko. La Revolución de 1905 les permitió, por

fin, hacerlo tras más de cuarenta años de impedimentos. El avance se produjo en febrero de 1905 cuando la Academia Imperial de Ciencias de Rusia emitió un memorando en el que abogaba por el levantamiento de las prohibiciones a las publicaciones en lengua ucraniana. La comunidad académica reconoció el ucraniano (el «pequeñorruso») como una lengua independiente y no como un mero dialecto.

En octubre de 1905, cuando Nicolás ii emitió su manifiesto, se levantaron las restricciones oficiales a las publicaciones en ucraniano. En diciembre de 1905 ya había dos periódicos en lengua ucraniana en Lubní y Poltava. En septiembre de 1906, los liberales ucranianos comenzaron a publicar el primer diario en ucraniano, *Rada*, en Kíiv. En 1907 también se comenzó a publicar la primera revista en lengua ucraniana. Al año siguiente apareció la primera publicación académica en este idioma. Para entonces ya había nueve periódicos en ucraniano, con una tirada total de 20.000 ejemplares. Esto fue solo el principio: en los años siguientes se produjo una auténtica explosión de ediciones en ucraniano. El género principal era el del folleto ilustrado de contenido humorístico, con una tirada total de unos 850.000 ejemplares entre 1908 y 1913, seguido de la poesía, con una tirada total de unos 600.000 ejemplares. Resultó que los campesinos ucranianos preferían leer humor y poesía en su propia lengua.

La primera competición por las mentes y los corazones de las masas ucranianas llegó en la primavera de 1906, durante las elecciones a la primera Duma estatal. Los socialdemócratas no participaron en ellas y los liberales obtuvieron muchos votos. Los demócratas radicales ucranianos, que se aliaron con los demócratas constitucionales rusos, consiguieron varias decenas de escaños en la Duma para sus miembros y simpatizantes. Al llegar a San Petersburgo, formaron un club ucraniano para promover los intereses culturales y políticos de Ucrania, e incluía a 44 de los 95 diputados elegidos de Ucrania. Pero la Primera Duma duró poco: el zar la encontró demasiado revolucionaria y la disolvió al cabo de dos meses. Las elecciones a la Segunda Duma se celebraron a principios de 1907, con la participación de los socialdemócratas.

Spilka, con sus 14 diputados electos, superó a los demás partidos ucranianos, excepto a los monárquicos, que obtuvieron casi una cuarta parte de los votos. Los diputados ucranianos formaron un segundo club parlamentario, esta vez de 47 miembros. Uno de sus proyectos era introducir la lengua ucraniana en las escuelas públicas. Este club no duró mucho, ya que el declive de la actividad revolucionaria en el imperio permitió al zar disolver también la Segunda Duma. No funcionó mucho más tiempo que la primera, de marzo a junio de 1907. La disolución de la Duma marcó el fin de la revolución.

Los activistas ucranianos basaron gran parte de lo que hicieron entre 1905 y 1907 (desde la formación de grupos parlamentarios hasta la creación de instituciones científicas y educativas ucranianas) en los logros de sus homólogos en Austria-Hungría, donde la era de la política de masas había llegado décadas antes. En lugar de ser un obstáculo, la frontera ruso-austriaca sirvió de impulso al movimiento nacional ucraniano: cuando las cosas se ponían difíciles en un lado, los activistas del otro recogían el testigo y ayudaban a sus camaradas. A partir de la década de 1860, los ucranianos del Dniéper que sufrían debido a la prohibición de las publicaciones ucranianas recibieron la ayuda de los ucranófilos de Galitzia. A principios del siglo XX, los galitzianos se encontraron en condiciones de volver a ayudar a la Ucrania del Dniéper, transmitiéndoles la experiencia de su lucha.

Una figura clave en la transmisión de la experiencia de Galitzia a la región del Dniéper fue un profesor de historia ucraniana de cuarenta años en la Universidad de Lviv, Mijailo Grushevski. Graduado en la Universidad de Kíiv, Grushevski llegó a Galitzia en 1894 y se estableció como el principal especialista ucraniano a ambos lados de la frontera ruso-austriaca. En Lviv comenzó a escribir su *Historia de Ucrania-Rus* en varios volúmenes, la primera obra académica que establecía una narrativa histórica ucraniana bien diferenciada de la rusa. Presidió la Sociedad Científica Shevchenko, con sede en Lviv, y la convirtió en el equivalente de

la Academia Nacional de Ciencias, que Ucrania aún no tenía. Tras enterarse de la formación del club ucraniano durante la Primera Duma, Grushevski dejó a sus estudiantes en Lviv y se trasladó a San Petersburgo para editar la publicación del club y trabajar como asesor de los diputados ucranianos. En los años siguientes, Grushevski trasladó *Literaturno-naukovi visnik* [Heraldo Literario y Científico], la revista que dirigía, de Lviv a Kíiv, donde también fundó la Sociedad Científica Ucraniana siguiendo el modelo de la Sociedad Científica Shevchenko de Lviv.

Grushevski argumentó que la «liberación de Rusia» —el objetivo de la amplia coalición liberal que había surgido en vísperas de la revolución— era inalcanzable sin la «liberación» de Ucrania. Aspiraba a una Ucrania democrática y autónoma dentro de un Estado federal ruso democrático e instó a la intelectualidad ucraniana a unirse a los partidos políticos ucranianos en lugar de sacrificar su agenda nacional al servicio de los objetivos panrusos. Grushevski también trató de evitar una posible alianza entre los liberales rusos y los nacionalistas polacos en detrimento de los intereses políticos y culturales ucranianos. Sostenía que no debía haber acuerdos separados en lo que respecta a las nacionalidades, que debían ser tratadas todas por igual. Temía que un acuerdo ruso-polaco sobre la introducción de la lengua polaca en las escuelas de la antigua Mancomunidad de Polonia-Lituania supusiera la exclusión de la lengua ucraniana del sistema educativo. Grushevski temía que la polonización del campesinado ucraniano pasara a sustituir la rusificación del campo ucraniano en las provincias occidentales del imperio. Estos temores se revelaron como infundados.

Las preocupaciones de Grushevski se debían en gran medida a su experiencia en Galitzia. La política ucraniana allí estaba dominada por el Partido Nacional Democrático de Ucrania. Creado en 1899 con la ayuda de Grushevski y de su estrecho aliado Iván Frankó, el escritor ucraniano, aglutinó a populistas ucranófilos y radicales socialistas. Los nacionaldemócratas proclamaron que su objetivo final era la independencia de Ucrania (antes incluso que el Partido Revolucionario Ucraniano de Mijanovski), pero entre sus

objetivos prácticos inmediatos estaban la división de Galitzia en partes ucranianas y polacas y la equiparación de los grupos étnicos en el imperio. Nada de esto sentó bien a los partidos políticos polacos.

El Partido Nacional Democrático Polaco, dirigido por Román Dmowski, pretendía asimilar a los ucranianos a la cultura polaca, mientras que los socialistas polacos, dirigidos por el futuro jefe del Estado polaco Józef Piłsudski, abogaban por una solución federal a la cuestión ucraniana (dentro del Estado polaco). Había poco espacio para el compromiso sobre el futuro de Galitzia entre las opiniones polacas y ucranianas.

Las relaciones polaco-ucranianas se deterioraron de forma irremediable durante las elecciones de 1895, y llegaron a un antagonismo abierto durante las elecciones de 1907 a los parlamentos imperial y de Galitzia, las primeras elecciones en Austria-Hungría celebradas según el principio del sufragio universal masculino. Los ucranianos obtuvieron un resultado relativamente bueno en las elecciones imperiales, pero no lograron romper el control de Polonia en el parlamento de Galitzia: la ley electoral benefició a las clases altas polacas y fue manipulada aún más por los funcionarios polacos. El resultado fue la derrota ucraniana y violentos enfrentamientos que causaron varias muertes. Las relaciones entre los estudiantes pertenecientes a las dos comunidades nacionales se volvieron muy antagónicas. Grushevski consideró necesario llevar una pistola cuando iba a dar clases nocturnas. Las relaciones polaco-ucranianas se deterioraron aún más cuando en abril de 1908 un estudiante ucraniano asesinó al gobernador polaco de Galitzia.

Aunque los nacionaldemócratas ucranianos no lograron su principal objetivo —la partición de Galitzia y la obtención de la autonomía ucraniana dentro de Austria-Hungría—, sí tuvieron éxito en la promoción de su programa educativo y cultural. En la década de 1890, en una época de breve reconciliación entre los ucranófilos y la clase dominante polaca, se introdujo la ortografía fonética de la lengua ucraniana en las escuelas de Galitzia. Se mantuvo ese estatus a pesar del deterioro de las relaciones polaco-

ucranianas en la primera década del siglo XX. La primera generación de ucranianos de Galitzia que recibió una educación masiva (en vísperas de la Primera Guerra Mundial había unas 2.500 escuelas primarias de lengua ucraniana en la región) recibía ahora información sobre asuntos internacionales en ucraniano y lo veía como algo natural. Este simple hecho se convertiría en la base de una fuerte identidad ucraniana en la región para las generaciones venideras.

Los rusófilos, que promovieron la introducción de la lengua rusa, perdieron la batalla por el programa escolar. También perdieron la carrera electoral. En las elecciones de 1907 los políticos ucranianos se aliaron con los candidatos judíos (al menos dos diputados judíos ganaron las elecciones al parlamento austriaco con el apoyo de los votantes ucranianos), mientras que los polacos intentaron sin éxito apoyar a los rusófilos. Los partidos ucranianos obtuvieron 22 escaños en el parlamento imperial, mientras que los rusófilos solo obtuvieron dos. El movimiento rusófilo dejó de ser una amenaza seria para el populismo ucraniano de Galitzia.

Los partidos ucranianos del Imperio ruso se encontraron en una situación muy diferente después de la Revolución de 1905. Consiguieron el derecho a escribir en ucraniano, pero, en general, estaban perdiendo la batalla por la influencia sobre su propio pueblo. Nunca se permitió que las escuelas enseñaran en ucraniano y, tras el fin de la revolución, las autoridades empezaron a cerrar organizaciones ucranianas y a perseguir publicaciones en ucraniano. Por otro lado, las organizaciones nacionalistas rusas tuvieron total libertad para hacer propaganda entre el campesinado ucraniano.

El Gobierno del primer ministro conservador de Rusia, Piotr Stolipín, ganó apoyo político en las regiones occidentales del imperio movilizando el nacionalismo radical ruso. Una nueva ley electoral ayudó a los candidatos pronacionalistas a ganar las elecciones. En Ucrania, como en el resto del imperio, las

organizaciones nacionalistas rusas se aliaron con jerarcas y sacerdotes afines de la Iglesia ortodoxa rusa, y difundieron el nacionalismo ruso y el antisemitismo entre los campesinos ucranianos y los habitantes de la ciudad. Kíiv fue el escenario de uno de los juicios más escandalosos de la historia imperial rusa, el caso Beilis, en el que un judío fue acusado de asesinar en un ritual a un niño cristiano. El monasterio de Pochaiv, en Volinia, se convirtió en el centro del nacionalismo ruso y del antisemitismo en los años previos a la Primera Guerra Mundial. Los miembros de la Unión y de otras organizaciones similares afirmaban defender los intereses de los rusos (en el caso ucraniano, de los pequeñorrusos) contra los explotadores polacos y los judíos «extranjeros». Su propaganda representaba a los «extranjeros» como capitalistas chupasangres y radicales revolucionarios.

Los resultados de las elecciones ucranianas a la Tercera Duma (1907-1912) demostraron el atractivo del nacionalismo ruso imperial entre el campesinado ucraniano. De los 41 diputados elegidos en Ucrania, 36 se calificaban de «verdaderos rusos», un término usado en aquellos días para definir a los nacionalistas rusos. El asesinato de Piotr Stolipín a manos de un revolucionario socialista en Kíiv, en 1911, no cambió nada en la política imperial. Los partidos nacionalistas rusos obtuvieron el 70 % de los votos ucranianos en las elecciones a la Cuarta Duma, un resultado sorprendente si se tiene en cuenta que los rusos étnicos no representaban más del 13 % de la población ucraniana. La mayoría no solo de los votantes, sino también la mayoría de los elegidos en las listas nacionalistas rusas, eran ucranianos étnicos, como el fundador del Club de Nacionalistas Rusos de Kíiv y miembro destacado de la Cuarta Duma, Anatoli Savenko. Otro ucraniano étnico, Dmitri Pijno, dirigió la célula de Kíiv de la Unión del Pueblo Ruso. El periódico *Kievlianín* [El kievita], que él publicaba, se convirtió en el portavoz de las organizaciones nacionalistas. Durante la Revolución de 1905, el nacionalismo radical ruso sustituyó, realmente, lo que quedaba de la identidad ucraniana en las opiniones y simpatías políticas de los partidarios de una identidad pequeñorrusa.

Aunque inacabada en más de un sentido, la Revolución de 1905 fue un punto de inflexión en la historia del movimiento nacional ucraniano en el Imperio ruso. Fue la primera vez que los activistas ucranianos llevaron sus ideas al pueblo y experimentaron su fuerza y su popularidad. Por primera vez se les permitió dirigirse a las masas en la lengua vernácula ucraniana y utilizar los medios de comunicación para difundir sus ideas. Formaron clubes de ucranianos y crearon células de la sociedad Prosvita (Ilustración) en toda Ucrania. Los ucranófilos de antaño solo habían podido soñar con una irrupción semejante en la vida pública. Los activistas lograron mucho en un breve periodo de tiempo. Pero el fin de la revolución, seguido de políticas reaccionarias del Gobierno imperial, que encontraron apoyo en la dirección radical del nacionalismo ruso, dejaron a los partidos ucranianos en un estado de caos y desilusión. En la Ucrania austriaca, los ucranófilos derrotaron a los defensores de la idea de la Rusia total, pero fueron incapaces de aflojar el control de los partidos polacos en la política de Galitzia. Aunque las figuras ucranianas de ambos imperios formularon el objetivo de la independencia de Ucrania, incluso la consecución de la autonomía local parecía estar más allá del ámbito de lo posible. La consecución de los sueños ucranianos de independencia o incluso de autonomía requeriría un gran terremoto político. Los primeros temblores se produjeron en agosto de 1914.

PARTE IV
GUERRAS MUNDIALES

18

El nacimiento de una nación

En la mañana del 28 de junio de 1914 solo resonaron dos disparos en Sarajevo. El primer disparo, efectuado por un estudiante de diecinueve años, Gavrilo Princip, hirió al archiduque austriaco Francisco Fernando. El segundo alcanzó a su esposa, la archiduquesa Sofía. Ambos murieron antes del mediodía. Este acontecimiento tendría graves efectos secundarios. Al apretar el gatillo de la Browning, Princip desencadenó la Primera Guerra Mundial.

Gavrilo Princip, miembro de la organización nacionalista serbia, odiaba a los Habsburgo y soñaba con un Estado yugoslavo libre y unificado en los Balcanes. El Gobierno austrohúngaro tenía otros sueños. Trató de preservar el imperio y decidió usar el asesinato del archiduque como excusa para entrar en guerra contra Serbia y castigarla como instigadora del nacionalismo eslavo. San Petersburgo apoyó a Belgrado, Berlín apoyó a Viena. Francia y Gran Bretaña se pusieron del lado de Rusia. A principios de agosto casi toda Europa estaba en guerra. La Gran Guerra, como se llamaba entonces, se cobró 18 millones de vidas, tanto de militares como de civiles, con más de 22 millones de heridos.

Los expertos siguen discutiendo las causas de la primera guerra total de la historia de la humanidad. La mayoría de las veces se refieren a la división del mundo en dos bandos militares opuestos: la Triple Entente, formada por Gran Bretaña, Francia y Rusia, contra la Triple Alianza (las potencias centrales) de Alemania, Austria-Hungría e Italia (esta última sustituida más

tarde por el Imperio otomano). Lenin hizo hincapié en la rivalidad entre las grandes potencias por el control de los mercados y de los recursos naturales. Otros factores fueron el auge de los movimientos políticos de masas en Europa, así como la doctrina militar que enfatizaba la necesidad de una rápida movilización y la importancia del primer golpe. Todas estas razones contribuyeron al estallido del conflicto y al fracaso de los Estados beligerantes para ponerle fin antes de que pasaran los largos cuatro años de matanzas.

Al examinar las causas profundas de la guerra, no debe perderse de vista la cuestión más obvia: ¿qué llevó exactamente a Princip a apretar el gatillo en Sarajevo y qué empujó a Austria-Hungría a entrar en guerra? Esta razón fue el creciente conflicto entre el nacionalismo étnico, cada vez más agresivo, y los debilitados imperios multiétnicos. La guerra, instigada por el activismo nacionalista, causó graves daños a los imperios. Entre los derrotados estuvo no solo Austria-Hungría, sino también los imperios otomano y ruso: el primero se desintegró por completo, mientras que los dos últimos perdieron sus monarquías y parte de sus territorios, y sobrevivieron de forma diferente. En las filas de los vencedores hubo decenas de movimientos nacionales que comenzaron a construir sus Estados sobre las ruinas de los otrora invencibles gigantes imperiales. Aunque sería difícil calificar a los ucranianos de ganadores en esta guerra, ni siquiera «de refilón», estuvieron entre las naciones a las que la Primera Guerra Mundial les permitió establecer su propio Estado.

En los primeros meses e incluso años, la Gran Guerra no auguraba nada bueno para las minorías nacionales. Levantó una ola de apoyo popular a las dinastías dirigentes y al poder imperial. El Gobierno ruso aprovechó este arrebato para imponer más restricciones a las actividades de las organizaciones ucranianas. Los activistas ucranianos, a menudo llamados «mazepistas» por los funcionarios del Gobierno —en referencia al hetman del siglo XVIII que unió fuerzas con Suecia contra Rusia—, eran vistos como

agentes potenciales de los Habsburgo. Por mucho que juraran fidelidad a los Románov, el Gobierno cerró las organizaciones ucranianas, en particular las células de la sociedad Prosvita (Ilustración) y cerraron las publicaciones ucranianas que aún quedaban, incluido el diario *Rada*, el último vestigio del periodo liberal inaugurado por la Revolución de 1905. Todo esto destruyó las esperanzas de los líderes ucranianos, que habían visto en la guerra una oportunidad para crear una Ucrania autónoma y unida dentro del Estado ruso. Muchos de los liberales ucranianos se declararon neutrales y se negaron a apoyar a ninguno de los dos bandos enfrentados. Los radicales de izquierda volvieron su mirada hacia Austria con la esperanza de derrotar al Imperio ruso.

Para los ejércitos imperiales rusos, la guerra comenzó con victorias impresionantes. En el norte, las tropas rusas entraron en Prusia; en el sur, penetraron en Galitzia y Bucovina. A principios de septiembre tomaron Lviv y a finales de 1914 ya controlaban los pasos de montaña de los Cárpatos, y avanzaban hacia Transcarpacia. Las nuevas restricciones impuestas a las organizaciones ucranianas en el imperio provocaron ataques a los activistas ucranianos en Austria-Hungría. La ocupación rusa de la mayor parte de Galitzia y Bucovina duró hasta mayo de 1915, tiempo suficiente para mostrar el futuro que los Románov tenían reservado para la Ucrania de los Habsburgo. Las autoridades de la ocupación enarbolaron la bandera de la liberación y de la reunificación de la nación panrusa, llevando a los moscovitas, antes marginados, al centro de la política de Galitzia. El Gobierno ruso introdujo su idioma como lengua de enseñanza en las escuelas, en lugar del ucraniano, y rebautizó la Lemberg austriaca y judía (la Lwów polaca y la Lviv ucraniana) con el nombre ruso de Lvov.

Si bien los rusos apoyaban a los moscovitas, los austriacos empezaron a perseguirlos en cuanto estalló la guerra. El 4 de septiembre de 1914 los primeros activistas moscovitas fueron llevados a un campo abierto en el campo de Thalerhof, cerca de la ciudad de Graz, en Estiria. Pronto se les unieron miles de moscovitas detenidos y sus familiares. Entre ellos había muchas

figuras públicas —sacerdotes, profesores y miembros de las clases cultas—, pero la mayoría eran simples campesinos. Durante la guerra unas 20.000 personas fueron arrojadas a Thalerhof, que pasaría a conocerse como uno de los primeros campos de concentración de Europa. En torno a tres mil prisioneros murieron de frío y enfermedades. Hoy el único recuerdo de la tragedia de los rusos de Galitzia y Bucovina es el nombre de una carretera cercana al aeropuerto de Graz: Lagerstrasse, o «calle del campo». A otros prisioneros los enviaron al campo de Theresienstadt (Terezín), una fortaleza en la actual República Checa, donde Gavrilo Princip cumplió su condena. Allí murió de tuberculosis a finales de abril de 1918: quedaba poco más de medio año para que terminara la guerra que había contribuido a desencadenar. En Canadá, las autoridades internaron en torno a 4.000 ucranianos y ordenaron a otros 80.000 que se presentaran con regularidad ante la policía, tratándolos como «extranjeros de nacionalidad enemiga». Se les dio la nacionalidad austriaca, ya que todos eran emigrantes recientes de Austria-Hungría.

A diferencia de los moscovitas, los líderes del movimiento ucraniano de ese imperio declararon su lealtad a la monarquía. En esto tomaron el ejemplo de miles de campesinos, cuya canción favorita en los años de preguerra trataba sobre la esposa del emperador Francisco José, la emperatriz Isabel de Baviera (Sisi), asesinada por un anarquista italiano en 1898. En esta canción se referían a ella como «nuestra señora» (*pani*) y a Francisco José como «nuestro padre» (*batko*). Con el estallido de la guerra los activistas ucranianos fundaron el Consejo Supremo Ucraniano, cuyo nombre recordaba al principal Consejo Ruteno del año revolucionario de 1848. Gracias a este consejo se creó la primera formación militar ucraniana en el ejército austriaco. Los oficiales reclutaron a 10.000 voluntarios y un cuerpo de 2.500 hombres bajo el nombre de Fusileros de Sich, en referencia directa al Sich de Zaporiyia y a los cosacos del Dniéper, como expresión de la identidad y de las aspiraciones panucranianas de los voluntarios de Galitzia.

Los políticos ucranianos de Austria-Hungría tenían un

programa político doble que incluía la partición de Galitzia y la consecución de la autonomía para la parte ucraniana y el establecimiento de un Estado ucraniano bajo el protectorado austriaco de las tierras ucranianas que habían formado parte del Imperio ruso. Para lograr el segundo objetivo, los ucranianos austrohúngaros no solo se unieron al ejército imperial, sino que también lanzaron un proyecto para convertir a los pequeñorrusos hechos prisioneros de guerra rusos en ucranianos. Este esfuerzo fue dirigido por la Unión para la Liberación de Ucrania, constituida en Viena, pero formada en gran parte por emigrantes de la Ucrania del Dniéper. Sabían qué palabras utilizar para atraer a sus compatriotas. Entre ellos se encontraba Dmitró Dontsov, oriundo del sur de Ucrania, el futuro padre del nacionalismo radical ucraniano de los años veinte y treinta.

A finales de la primavera y el verano de 1915, una ofensiva combinada austroalemana permitió a los austriacos recuperar la mayor parte de Galitzia y Bucovina. Como resultado, la región quedó completamente libre de moscovitas, que se retiraron hacia el este con el ejército ruso. «Partieron familias enteras, encabezadas por los jefes de las aldeas, junto con los caballos, las vacas y otras posesiones que habían logrado llevarse»: así describió el éxodo de los moscovitas en el periódico *Kiévskaia misl* [Pensamiento kievita]. La mayoría de los refugiados acabaron en Rostov y en el bajo Don, en la frontera étnica ruso-ucraniana. Se estaban pasando las últimas páginas de la historia del movimiento moscovita como fuerza política de peso: los que pudieron escapar de Thalergoth abandonaban ahora su región para ir a Rusia. En la primavera y el verano de 1916, el ejército ruso, dirigido por el talentoso general Alekséi Brusílov, lanzó una gran ofensiva que reconquistó Volinia, Bucovina y parte de Galitzia. Pero resultó ser el último hurra de un imperio al borde del agotamiento económico y militar. La idea panrusa pronto se vería amenazada no solo en la Ucrania de los Habsburgo, sino también en el reino de los Románov.

La dinastía Románov, por no decir el propio imperio, dejó de

existir a principios de marzo de 1917. El mes anterior, la escasez de alimentos en Petrogrado (nombre de San Petersburgo durante la guerra) había provocado huelgas y disturbios en las filas del ejército. Los líderes de la Duma convencieron al emperador Nicolás ii, psicológicamente agotado por los años de guerra, para que abdicara del trono. Entregó la corona a su hermano, que declinó el honor (los líderes de la Duma preveían una nueva revuelta si aceptaba). La dinastía ya no existía: la presión de la calle, una revuelta de los soldados y las hábiles maniobras de la otrora leal Duma acabaron con ella. Sus líderes procedieron a establecer un gobierno provisional, una de cuyas tareas era celebrar elecciones a la Asamblea Constituyente que debía determinar el futuro del Estado ruso.

Los acontecimientos de Petrogrado, que pasaron a la historia como la Revolución de Febrero, tomaron por sorpresa a los dirigentes de las organizaciones ucranianas. Mijailo Grushevski, figura clave del movimiento nacional ucraniano en Galitzia (y durante la Revolución de 1905 en la Ucrania del Dniéper), estaba trabajando en un artículo en una biblioteca pública de Moscú cuando oyó ruidos y gritos en la calle. Cuando preguntó al bibliotecario qué ocurría, se enteró de que había estallado una revolución: los moscovitas se dirigían al Kremlin para tomar el control de ese símbolo de la estatalidad rusa. A principios de marzo, los representantes de las organizaciones políticas y culturales ucranianas crearon un órgano de coordinación en Kíiv al que llamaron Rada Central. Eligieron a Grushevski como responsable y esperaron su inminente llegada a Kíiv. A su llegada, el profesor de barba gris dio todo su apoyo a las iniciativas de una joven generación de activistas ucranianos, en su mayoría estudiantes o intelectuales de entre veinte y treinta años.

Pocos de los antiguos colegas de Grushevski, que pertenecían a la rama moderada del movimiento ucraniano (ahora se llamaban Sociedad de Progresistas Ucranianos), estaban dispuestos a unirse a los jóvenes revolucionarios: tras haber pasado por la experiencia de la Revolución de 1905, ya sabían que las revoluciones acaban en reacción y estaban dispuestos a cambiar su lealtad al régimen por

concesiones en la esfera cultural. Su máxima prioridad era que se introdujera la educación en lengua ucraniana. Grushevski creía que estaban equivocados: había llegado el momento no de pedir una reforma educativa, sino de exigir la autonomía territorial de Ucrania en un Estado ruso democrático reformado. Para muchos veteranos del movimiento ucraniano esto sonaba demasiado ambicioso, e incluso poco realista, dada la compleja historia de la relación de los ucranianos con el Gobierno imperial. Pero Grushevski y sus jóvenes y entusiastas seguidores pensaban lo contrario.

Sus actividades comenzaron en marzo, y trabajaban desde una sala en el sótano del Museo Pedagógico en el centro de Kíiv. Posteriormente se creó una Secretaría General, un gobierno de la Ucrania autónoma, dirigida por Volodímir Vinnichenko, el destacado escritor modernista. Vinnichenko, que escribía tanto en ucraniano como en ruso, se convirtió en el primer ucraniano desde Nikolái Gógol que consiguió un número considerable de lectores en Rusia. El nuevo Gobierno reclamó la jurisdicción sobre una gran parte de la actual Ucrania, en concreto las provincias de Kíiv, Podolia, Volinia, Cherníguiv y Poltava. En julio, el Gobierno Provisional de Petrogrado reconoció a la Secretaría General como gobierno regional de Ucrania.

¿Cómo pudo ocurrir todo eso? ¿Cómo pudo la idea ucraniana, marginada tras la Revolución de 1905, salir victoriosa de la lucha contra los liberales y socialdemócratas rusos, así como contra los partidarios del nacionalismo ruso de los «verdaderos rusos»? En el ambiente revolucionario de la época, la mezcla de nacionalismo liberal y socialismo ofrecida por los jóvenes líderes de la Rada resultó una ideología adictiva. El público políticamente activo llegó a considerar la autonomía territorial de Ucrania promovida por los partidos ucranianos como la única salida a la multitud de problemas militares, económicos y sociales que asediaban al país. La Rada Central se situó a la cabeza de este movimiento como la única institución capaz de satisfacer las dos principales reivindicaciones del momento: la tierra para los campesinos y la paz para la sociedad.

Los soldados, que querían terminar la guerra cuanto antes, apoyaron a la Rada en masa, con entusiasmo. Mientras el Gobierno Provisional de Petrogrado se ocupaba de lanzar una nueva ofensiva e instaba a los soldados a luchar hasta el final con Gran Bretaña y Francia, la Rada Central prometía la paz y se convertía en la única esperanza en la Ucrania arrasada por la guerra. Las unidades del ejército «ucranizado», formadas por soldados reclutados en las provincias ucranianas y enviados al sector suroccidental del frente durante 1917, declararon su lealtad a la Rada. En total había casi 300.000 soldados de este tipo. Estos campesinos cansados de la guerra y con uniformes de soldado no solo estaban ansiosos por volver a casa, sino que también querían llegar a tiempo para la redistribución de los dominios, que la Rada Central prometió llevar a cabo, a pesar de la fuerte oposición de las clases terratenientes. El campesinado ucraniano, influenciado por los social-revolucionarios ucranianos, que tenían la mayoría en la Rada, se convirtió en su pilar social.

Durante el verano de 1917, la Rada Central, que en un principio era poco más que un comité de coordinación de organizaciones políticas y culturales ucranianas, se convirtió en un parlamento de naciones. Los congresos de campesinos, obreros y soldados de toda Ucrania enviaron a sus representantes. Las minorías nacionales hicieron lo mismo. Mijailo Grushevski se empeñó en pedir a sus partidarios que no permitieran que se repitieran los pogromos contra judíos de 1905, y prometió a judíos, polacos y rusos una autonomía cultural en una república ucraniana autónoma federada con Rusia. A su vez, los partidos socialistas judíos se unieron a la Rada y apoyaron la idea de una autonomía territorial para Ucrania. También hicieron lo mismo los representantes de la izquierda de otras minorías. El número de miembros de la Rada superaba los ochocientos. Incluso antes, sus líderes crearon un órgano permanente más reducido, la Pequeña Rada, para coordinar el trabajo del nuevo parlamento revolucionario.

Decenas de eminentes ucranianos regresaron a Kíiv desde Petrogrado y Moscú, que los bolcheviques habían convertido en la

nueva capital de Rusia en marzo de 1918, para participar en la construcción de la nueva Ucrania. Uno de ellos, Georgui Narbut, artista de fama internacional, fundó la Academia de Bellas Artes de Ucrania. También fue el principal diseñador del escudo de Ucrania y de los primeros billetes y sellos postales del país. El escudo incluía dos símbolos históricos: un tridente inspirado en las monedas de Volodímir de Kíiv, y la imagen de un cosaco. Así, el nuevo Estado declaró a la Rus de Kíiv y el Hetmanato cosaco como sus predecesores. Los dos colores del escudo, azul y amarillo, eran originarios de Galitzia, donde formaban parte de su escudo local desde hacía siglos. Estos colores simbolizaban la unidad de las tierras ucranianas en ambos lados del frente oriental de la guerra mundial.

No todo iba bien en la recién creada autonomía ucraniana. La Rada no había logrado establecer un aparato estatal viable ni crear unas fuerzas armadas fiables de cientos de miles de oficiales y soldados dispuestos a jurarle lealtad. Los escritores, académicos y estudiantes al frente del nuevo parlamento vivían de sueños románticos de una revolución nacional y de la destrucción de la vieja maquinaria estatal. La falta de un Gobierno eficaz y de un ejército leal se convirtió en un problema en el otoño de 1917, cuando la Rada Central empezó a perder terreno debido a su incapacidad para cumplir las promesas anteriores. En las ciudades, donde el apoyo a la Rada cayó al 9-13 % (la excepción fue Kíiv, con un 25 %), el poder empezó a desplazarse hacia los soviets (consejos) bolcheviques. El campo se inquietó cada vez más, pues la Rada Central no lograba asegurar ni la tierra ni la paz. Los campesinos empezaron a apoderarse por sí mismos de las tierras estatales y nobiliarias.

El golpe bolchevique en Petrogrado, conocido posteriormente como la Revolución de Octubre, tuvo un impacto significativo en los acontecimientos de Ucrania. En respuesta, la Rada Central proclamó la República Popular Ucraniana, un Estado separado que permanecería en unión federal con Rusia. También reclamó nuevos

territorios al este y el sur: de las provincias de Katerinoslav, Járkiv y Jersón, así como partes de las provincias de Táurida, Kursk y Vorónezh, habitadas por ucranianos étnicos. Estas acciones supusieron el fin de la efímera cooperación entre la Rada Central y los bolcheviques, que habían coordinado sus acciones en Kíiv para derrotar a las tropas leales al Gobierno Provisional. Se inició un enfrentamiento abierto entre el Gobierno ucraniano de Kíiv y el Gobierno bolchevique de Petrogrado.

Los bolcheviques obtuvieron el poder en Rusia al tomar el control de los soviets, una nueva forma de gobierno creada por representantes de los obreros, campesinos y soldados. El golpe de octubre, que derrocó al Gobierno Provisional, fue aprobado por el Segundo Congreso de los Soviets de toda Rusia, que se celebró en Petrogrado durante el golpe y fue controlado por los bolcheviques y sus aliados. Intentaron aplicar la misma táctica en Ucrania, convocando una sesión del Congreso de los Soviets de toda Ucrania que se celebraría en Kíiv en diciembre de 1917. Pero la mayoría de los delegados resultaron ser campesinos e intelectuales que apoyaban la Rada Central: el golpe bolchevique planeado en Kíiv fracasó.

Este fracaso resultó ser un revés temporal. Los dirigentes bolcheviques se trasladaron de Kíiv a Járkiv, donde a finales de diciembre se celebró un congreso de soviets de las regiones industriales del este del país. El 25 de diciembre de 1917 este congreso declaró la creación de un nuevo Estado, la República Popular Ucraniana de los Soviets. A principios de enero de 1918, las tropas bolcheviques de Rusia entraron en Ucrania y marcharon en Kíiv bajo la bandera del Estado virtual proclamado en esa ciudad, que acabaría por convertirse en la capital de la Ucrania soviética. Bajo la dirección de Mijaíl Muraviov, avanzaron por ferrocarril y tomaron el control de los principales centros industriales, donde recibieron el apoyo de los destacamentos obreros movilizados por los bolcheviques. La Rada Central perdió todo el control sobre las grandes ciudades, donde tenía influencia sobre la intelectualidad liberal, pero no sobre los trabajadores. Además, contaba con muy pocos efectivos para defenderse de la

invasión bolchevique. Las unidades militares que habían declarado su apoyo a la independencia de Ucrania fueron enviadas al frente en el verano de 1917. Los dirigentes de la Rada Central ahora no tenían tropas para defender el país.

El 22 de enero de 1918, la Rada Central emitió su cuarto y último (decreto) universal, que proclamaba la independencia política de Ucrania. Se convirtió en ley dos días después. «A partir de ahora la República Popular de Ucrania se convierte en un Estado independiente, libre y soberano del pueblo ucraniano, no subordinado a ningún otro», proclama el texto. Al presentar el proyecto de ley a la Rada, Mijailo Grushevski subrayó sus dos objetivos inmediatos: facilitar la firma de un tratado de paz con Austria-Hungría y Alemania —solo un Estado independiente podría hacerlo— y proteger a Ucrania de la invasión de los bolcheviques y de las unidades insurgentes de la Guardia Roja, formada por unidades obreras organizadas por los bolcheviques en los grandes centros industriales. Pero la importancia histórica de la Cuarta Universal fue mucho más allá de sus objetivos inmediatos. Fue la primera ruptura abierta de Ucrania con Rusia desde los tiempos de Iván Mazepa. La idea de un Estado ucraniano independiente, formulada por primera vez en la Ucrania del Dniéper solo diecisiete años antes, recibió ahora apoyo político y legitimidad. El genio de la independencia había salido de la botella imperial.

«Queremos vivir en paz y concordia con todos los Estados vecinos: Rusia, Polonia, Austria, Rumanía, Turquía y demás, pero ninguno de ellos puede interferir en la vida de la República Ucraniana independiente», declaraba la Universal. Por supuesto, era más fácil decirlo que hacerlo. Las tropas bolcheviques se dirigían hacia Kíiv desde el norte y el este, mientras que en la propia ciudad los bolcheviques protagonizaron un levantamiento obrero en la fábrica militar del Arsenal, cuyos edificios albergan hoy un centro cultural y una sala de exposiciones. Las tropas leales escaseaban, ya que las promesas bolcheviques de paz, tierra y cambios revolucionarios en la sociedad tentaron a muchos. La Rada llamó a la movilización. En la estación de ferrocarril de Kruti, en la región de Cherníguiv, un destacamento de unos cuatrocientos

estudiantes y cadetes ucranianos se enfrentó a las tropas bolcheviques, formadas por marineros de la Flota del Báltico y unidades militares de Petrogrado. En un combate, veintisiete jóvenes ucranianos capturados por los bolcheviques fueron fusilados en represalia por la tenaz resistencia que opusieron al ataque bolchevique durante cinco horas. En la memoria histórica de Ucrania, los héroes de Kruti pasaron a ser honrados como los primeros mártires por la causa de la independencia nacional. Esto era solo el principio.

El 9 de febrero de 1918, la Rada Central abandonó Kíiv y se retiró hacia el oeste. Esa noche, en la ciudad de Brest- Litovsk, en la actual frontera polaco-bielorrusa, sus representantes firmaron un tratado de paz con las potencias centrales: Alemania, Austria-Hungría y sus aliados. Tras negarse a formar un ejército regular en el verano y el otoño de 1917, la Rada Central no tuvo más remedio que buscar protección más allá de sus fronteras. Los delegados ucranianos pidieron ayuda militar alemana y austriaca, que se les concedió de inmediato: agotados por la larga guerra, los ejércitos y las economías de las potencias centrales necesitaban productos agrícolas, y Ucrania ya tenía fama de ser el granero de Europa. El tratado de paz estipulaba «el intercambio recíproco de los excedentes de... productos agrícolas e industriales». A cambio del grano ucraniano, las potencias centrales ofrecieron su maquinaria de guerra bien armada y engrasada. Entró en Ucrania diez días después de la firma del tratado. Antes del 2 de marzo había expulsado a los bolcheviques de Kíiv, y la Rada Central regresó al edificio del Museo Pedagógico, mientras que los estudiantes que murieron en Kruti fueron enterrados con honores militares en la Tumba de Askold, el legendario lugar de enterramiento del primer gobernante vikingo de Kíiv.

Los bolcheviques se batían en retirada, y al no poder detener el avance de las tropas alemanas y austriacas (unos 450.000 hombres) por la fuerza militar, intentaron hacerlo por medios legales y diplomáticos. A principios de año comenzaron a

proclamar repúblicas soviéticas en el sur y el este de Ucrania para oponerse a la Rada Central de Kíiv. En febrero y marzo, a la República Popular de Odesa y la República de Donetsk-Krivoy Rog, creadas para oponerse a la Rada Central, se unió ahora la República de Táurida. Las potencias centrales no prestaron atención. Con la ayuda de las tropas ucranianas incluso se apoderaron de Crimea —que la Rada Central nunca había reclamado—, pero no la anexionaron a la República Popular de Ucrania con sede en Kíiv. Pronto los bolcheviques se encontraron fuera de Ucrania, cuya independencia se vieron obligados a reconocer para concluir un tratado de paz con las potencias centrales.

El nuevo Estado ucraniano era ahora independiente de Rusia no solo *de iure* sino también *de facto*. Pero su independencia de las potencias centrales, a las que había acordado suministrar un millón de toneladas de grano, era todo menos real. Esto se hizo bastante evidente a finales de abril de 1918, cuando las autoridades militares alemanas disolvieron la Rada Central, al no confiar en que su gobierno, dominado por los socialistas, cumpliera su plan de «desvío de grano». La disolución se produjo apenas unos días después de que la Rada aceptara suministrar a sus aliados el mencionado millón de toneladas de grano, así como cantidades significativas de otros productos agrícolas. El golpe planeado por los alemanes llevó al poder al gobierno del general Pavló Skoropadski, descendiente de un hetman cosaco del siglo XVIII, de ideas muy conservadoras, que representaba los intereses de la clase terrateniente de Ucrania. Se declaró hetman del nuevo Estado, apelando a la memoria histórica de las masas. Siguiendo la tradición de los hetmans de antaño, gobernó como un dictador, es decir, sin parlamento; su poder solo estaba limitado por autoridades extranjeras: el mando alemán y el austriaco.

Producto del entorno cultural ruso, Skoropadski experimentó una rápida ucranización durante el año revolucionario de 1917, cuando el Gobierno Provisional le puso al frente de sus nuevas formaciones militares ucranianas, un intento desesperado de Petrogrado por continuar la guerra apaciguando las

nacionalidades. Abrazó la idea ucraniana, primero en su versión autónoma y luego independiente, y permaneció fiel a ella (y a sus patrocinadores alemanes) durante el resto de su vida, que se vio truncada en abril de 1945 cuando una bomba aliada lo mató en Baviera. El gobierno de Skoropadski supuso un gran impulso para la construcción del Estado y las instituciones ucranianas. Por primera vez, el país tuvo sus propios bancos y un sistema financiero que funcionaba por primera vez. El hetman contrató a funcionarios de la época imperial para que dirigieran los ministerios y los gobiernos locales, y antiguos oficiales imperiales crearon unidades militares. En el ámbito de la educación, Ucrania creó su propia Academia de Ciencias, la primera Biblioteca Nacional y los Archivos Nacionales. También se fundaron tres nuevas universidades, en Katerinoslav, Kamianets-Podilski y Kíiv. Aunque Skoropadski nunca llegó a dominar del todo la lengua ucraniana, contribuyó a cumplir un viejo sueño de la intelectualidad ucranófila: la introducción del ucraniano en el sistema escolar, un proceso iniciado por la Rada Central.

Al margen de los logros institucionales y culturales de Skoropadski, su gobierno fue condenado por los líderes socialistas de la Rada Central. Se negaron a cooperar con el nuevo régimen, al que consideraban, a menudo con razón, una creación y un refugio para los conservadores rusos expulsados de Rusia por la revolución bolchevique. Muchos líderes socialistas ucranianos pasaron a la clandestinidad y comenzaron a preparar su regreso a la escena política. El levantamiento contra el hetman estaba en el aire. El régimen era muy impopular entre los obreros, cuya jornada laboral se amplió a doce horas, y entre los campesinos, cuyas cosechas fueron confiscadas por las autoridades. A finales del verano de 1918, miles de trabajadores estaban en huelga, y unos 40.000 campesinos se habían agrupado en destacamentos armados (en la Ucrania de la posguerra escaseaba el personal militar entrenado). Las expediciones punitivas llevadas a cabo por las tropas alemanas no hicieron más que empeorar la situación. A principios del otoño, el régimen estaba inmerso en una espiral mortífera. Intentó salvarse enarbolando la bandera del federalismo con la Rusia no

bolchevique, pero este intento tardío de apaciguar a la Entente, que apoyaba la idea de un Estado ruso unido, fracasó. Esta pérdida simbólica de la independencia ucraniana no hizo sino enfurecer a los dirigentes socialistas de la Rada Central, que trabajaban activamente para derrocar al hetman. Pero, sobre todo, el final de la Gran Guerra supuso la caída del régimen de Skoropadski.

El 11 de noviembre de 1918, en el bosque de Compiègne, al norte de París, los representantes del mando militar alemán firmaron un armisticio con sus oponentes franceses y británicos. El fin de las hostilidades suponía la salida de las tropas alemanas y austriacas de Ucrania. Tres días después, el 14 de noviembre, el Directorio, un comité revolucionario que tomaba el nombre del gobierno de la Francia revolucionaria del siglo XVIII y que estaba presidido por Volodímir Vinnichenko, antiguo presidente de la Rada Central, lanzó una revuelta abierta contra el hetman. El Directorio permitió la retirada de las tropas alemanas y austriacas, y el 15 de diciembre sus tropas, formadas por campesinos rebeldes y unidades militares que habían abandonado el Hetmanato, entraron en Kíiv. El Hetmanato dejó de existir. Producto de la guerra, creado con el apoyo de una de las partes del conflicto, se mostró incapaz de sobrevivir por sí solo. La República Popular Ucraniana regresó y dio vida a las instituciones creadas por su predecesor. Pero su control de Kíiv no era en absoluto firme. Los bolcheviques, que habían tenido que retirarse ante el avance alemán y austriaco a principios de ese año, se preparaban ahora para recuperar Ucrania.

En Galitzia, al otro lado del frente, el final de la guerra mundial aceleró la creación de otro Estado ucraniano que pronto se conocería como la República Popular de Ucrania Occidental. Su formación empezó en octubre, tras una declaración del nuevo emperador Carlos i sobre la federalización del Imperio austrohúngaro. Los líderes ucranianos reclamaron sus territorios étnicos de Galitzia, Bucovina y Transcarpacia. Austria-Hungría vivía sus últimos días: su último acto, la firma del acuerdo de armisticio con la Entente, a la que ahora se unía Estados Unidos,

tuvo lugar el 3 de noviembre de 1918. Las nacionalidades, gobernadas desde Viena y Budapest, se apresuraron a liberarse de la jaula imperial, pero la caída de la monarquía dual, que no sobrevivió a aquel noviembre, desató una avalancha de reivindicaciones territoriales contrapuestas. En particular, ucranianos y polacos se disputaron el control de Galitzia. A pesar de las numerosas promesas, el Gobierno de Viena nunca pudo dividir el territorio de la Corona en dos, una parte oriental y otra occidental, y ahora los polacos la reclamaban en su totalidad.

Los ucranianos atacaron primero en la mañana del 1 de noviembre de 1918 y tomaron el control de Lviv, una ciudad rodeada por una campiña poblada de ucranianos, pero de composición étnica mayoritariamente polaca y judía. Ese día proclamaron la independencia del flamante Estado ucraniano. Los polacos contraatacaron y recuperaron la ciudad al cabo de veinte días. Los dirigentes de la República Popular de Ucrania Occidental, dirigida por el destacado abogado y activista social Yevguén Petrushévich, tuvieron que trasladarse al este, primero a Ternópil y luego a Stanislaviv (la actual Ivano-Frankivsk). Así comenzó la larga y sangrienta guerra ucraniano-polaca. El 1 de diciembre de 1918, los representantes de las dos repúblicas ucranianas, la oriental y la occidental, decidieron unir fuerzas y crear un único Estado. Necesitaban toda la unidad que pudieran aglutinar. Las perspectivas para ambas repúblicas parecían sombrías. La Primera Guerra Mundial, que muchos esperaban que pusiera fin a todas las guerras, desencadenó otras nuevas inmediatamente después de terminar.

La Gran Guerra había comenzado con el intento de Austria de mantener el control sobre las nacionalidades eslavas que estaban bajo su dominio y con las acciones de Rusia, que se veía a sí misma como protectora de todos los eslavos y trataba de difundir su identidad panrusa entre los ucranianos de Austria-Hungría. En Europa Oriental y Central, la guerra primero debilitó y luego destruyó los imperios, mientras que la revolución social acabó con el viejo orden. Ambos gobiernos imperiales cayeron. Al igual que el resto de Europa, Ucrania emergió de las calamidades de la guerra

muy diferente: psicológicamente conmocionada y embrutecida, con una economía ruinosa, una población diezmada, identidades étnicas movilizadas e ideologías más antagónicas que nunca. Pero el colapso de los imperios también dio a los ucranianos una nueva identidad, creó un Estado ucraniano con su propio gobierno y ejército, y situó a Ucrania en el mapa político de Europa. La nueva política, nacida de la guerra, dio a los ucranianos de ambos lados de la antigua frontera imperial un claro objetivo político: la independencia. Poco más que una fantasía de preguerra, pasó a formar parte de una ideología compartida por los líderes socialistas de la Rada, los partidarios conservadores de Skoropadski y los combatientes de la República Popular Ucraniana Occidental en Galitzia. La mayoría de las veces, la causa de la independencia movilizó a los ucranianos, pero también puso a los vecinos en contra del nuevo país y alejó a los vecinos. Una cosa era declarar la independencia y otra muy distinta conseguirla. Los ucranianos tendrían que luchar por ella, y en más de un frente.

19

Un sueño perdido

El miércoles 22 de enero de 1919 era un buen día de invierno en Kíiv, con ligeras heladas, pero sin nieve. Lo sabemos porque un equipo de rodaje estaba ese día en la ciudad haciendo una de las primeras filmaciones de un acto público multitudinario en la capital. Había pasado un año desde que la Rada Central proclamara la independencia de Ucrania en su Cuarta Universal. Ahora, de vuelta al poder, algunos de sus antiguos líderes aprovecharon esta oportunidad para hacer otra declaración importante: proclamar la unificación de las antiguas partes austriaca y rusa del país en un único Estado.

Construyeron un arco de triunfo desde la calle Volodímir hasta la plaza de Santa Sofía, y eligieron la catedral de la época de la Rus de Kíiv como telón de fondo para una concentración masiva, un servicio religioso y un desfile militar: unas ceremonias fastuosas para celebrar lo que hacía solo unos meses no parecía más que el sueño de un pequeño círculo de intelectuales ucranianos de ambos lados de la frontera ruso- austriaca.

Cuando las campanas de Santa Sofía empezaron a tañer al mediodía, la cámara captó imágenes de rostros felices, mujeres con flores, multitudes de hombres con uniforme militar. En el centro de atención estaban los miembros del Directorio —el nuevo gobierno revolucionario—, liderados por un hombre alto con perilla vestido con un abrigo de cuero oscuro y un sombrero de lana de ala ancha. Se trataba del presidente del Directorio y ex primer ministro del gobierno de la Rada Central, Volodímir Vinnichenko. A su derecha

marchaban los representantes de la República Popular de Ucrania Occidental, que habían sido autorizados por las asambleas populares de las tierras ucranianas que antes estaban bajo el dominio del antiguo imperio de los Habsburgo, para suscribir un acta de unificación de los dos Estados ucranianos. Pero no fueron Vinnichenko ni Lev Bachinski, el vicepresidente del parlamento de la República Popular de Ucrania Occidental, los que más llamaron la atención de la cámara. Sobre todo se fijó en un hombre de mediana edad, de complexión media, que llevaba un sombrero de piel de cordero, igual que los oficiales que lo rodeaban. En algunas tomas aparece de pie junto a Vinnichenko, fumando un cigarrillo y ajustándose el cinturón y la ropa. Se trata de Simon Petliura, el jefe otamán, o comandante en jefe de las tropas del Directorio.

Nacido en la ciudad de Poltava en 1879, Petliura tenía treinta y nueve años en el momento en que se filmaron las imágenes. Al igual que Iósif Stalin, que era medio año mayor que él, Petliura comenzó sus actividades revolucionarias como estudiante en un seminario teológico. Ascendió hasta convertirse en uno de los líderes del Partido Obrero Socialdemócrata Ucraniano. Tras la derrota de la Revolución de 1905, dirigió varias revistas y periódicos ucranianos, primero en Kíiv, luego en San Petersburgo y, desde 1911, en Moscú. En 1917, como presidente del Comité Militar General de Ucrania y, más tarde, como secretario general de asuntos militares en la Rada Central, dirigió la formación de unidades ucranianas en las filas del ejército ruso. Las autoridades imperiales asignaron al futuro hetman Pavló Skoropadski el mando de una de estas unidades.

En la cinta grabada el 22 de enero de 1919 en Kíiv, Petliura está junto a Volodímir Vinnichenko, pero no le habla. Los dos políticos se detestaban. Su rivalidad se remontaba a antes de la guerra, cuando ambos eran miembros destacados del Partido Obrero Socialdemócrata de Ucrania. Vinnichenko, que tenía fuertes simpatías bolcheviques, acusaba a Petliura de haber provocado la invasión bolchevique. En diciembre de 1917, en vísperas de esa invasión, Petliura se vio obligado a dimitir. Aunque Petliura y Vinnichenko se unieron para liderar el levantamiento contra el

hetman, su rivalidad continuó en el Directorio. En marzo de 1919, Vinnichenko, cuyos sentimientos seguían siendo prosoviéticos y probolcheviques, estaría fuera del Directorio, fuera de Ucrania y prácticamente fuera de la política. A principios de mayo de 1919, Petliura sería elegido presidente del Directorio con plenos poderes.

Hubo importantes factores políticos y militares que contribuyeron a la creciente influencia de Petliura en un momento en el que no solo Vinnichenko, sino también Mijailo Grushevski, otra figura importante de 1917, emigraron. Petliura fue ganando protagonismo a medida que sus cargos de secretario de gobierno para los asuntos militares y luego de comandante en jefe adquirían una importancia decisiva en un momento en el que la revolución ucraniana pasaba de una fase parlamentaria a una militar. A principios de 1919, cuando Ucrania se hallaba de nuevo bajo el ataque bolchevique, Petliura se convirtió en un ministro clave del Gobierno. El 2 de febrero de 1919, menos de dos semanas después de celebrar el Acta de Reunificación, el Directorio fue obligado a abandonar Kíiv. Se trasladó primero a Vínnitsia y luego estableció su sede en Kamianets-Podilski, aún más cerca de la antigua frontera ruso-austriaca, en aquel entonces frontera con la República Popular de Ucrania Occidental.

No hubo alternativa a la retirada porque el ejército ucraniano estaba de nuevo desorganizado. Los destacamentos de campesinos que Petliura había dirigido a finales de 1918 contra el hetman Skoropadski prácticamente habían desaparecido: de 100.000 soldados campesinos, solo una cuarta parte permaneció con Petliura, mientras que los demás regresaron a sus pueblos, creyendo que ya habían cumplido su misión y dejando que el gobierno al que habían ayudado a llegar al poder hiciera el resto. La mayoría de los que se quedaron estaban dirigidos por otamanes (una palabra de la época cosaca para designar a los comandantes que ahora se aplicaba a los caudillos independientes). El título de jefe otamán de Petliura reflejaba una triste realidad: presidía un grupo de caudillos revoltosos, no un ejército disciplinado. Petliura y sus oficiales nunca consiguieron hacer la transición de una fuerza insurgente a un ejército regular. Como insurgentes exitosos, los

políticos ucranianos resultaron ser unos aficionados en cuanto a la construcción de un Estado y la organización de las fuerzas armadas.

Las únicas unidades fiables al servicio de la República Popular Ucraniana fueron las compuestas por soldados de Galitzia: ucranianos al servicio de Austria capturados por los rusos durante la Primera Guerra Mundial que se habían unido a las fuerzas de la república tras la revolución de febrero de 1917. Resultaron ser las formaciones más disciplinadas de los sucesivos gobiernos ucranianos. En julio de 1919, Petliura recibió nuevos refuerzos de Galitzia. Los 50.000 efectivos del ejército ucraniano de Galitzia cruzaron el río Zbruch, que anteriormente había dividido los imperios Habsburgo y Románov, y se unieron a las tropas de Petliura en Podolia. La unificación de Ucrania oriental y occidental, proclamada medio año antes en Kíiv, parecía dar sus primeros frutos. Pero las circunstancias en las que se produjo esta unificación eran realmente nefastas: tanto las fuerzas de Petliura como el ejército de Galitzia estaban al borde de la derrota, y este último se vio obligado a abandonar Galitzia por el avance del ejército polaco.

¿Cómo y por qué ocurrió esto? A pesar de la toma de Lviv por los polacos en noviembre de 1918, el Gobierno ucraniano occidental consiguió establecer un control efectivo sobre la mayor parte de la Galitzia oriental, poblada por ucranianos. Creó un sistema administrativo que realmente funcionaba, propuso una serie de reformas que incluían la redistribución de la tierra, lo que benefició al campesinado, y movilizó a la población ucraniana en torno a la idea de la independencia de Polonia. El punto de inflexión en la guerra polaco-ucraniana fue la llegada a Galitzia, en abril de 1919, de un ejército de 60.000 hombres al mando del general Józef Haller von Hallenburg. Este se formó en Francia con prisioneros de guerra polacos (que al principio habían luchado en el bando austriaco) armados por la Entente. Algunos de los oficiales al mando del cuerpo de ejército eran franceses. El ejército

fue enviado al frente oriental para luchar contra los bolcheviques, pero Haller lo desplegó contra las tropas ucranianas en Galitzia. Los franceses protestaron y enviaron telegramas al respecto, pero los polacos empujaron al ejército ucraniano, mal abastecido, hacia el este y se aseguró a los franceses que todos los ucranianos eran bolcheviques. En el verano de 1919, el ejército ucraniano de Galitzia se retiró al Zbruch y lo cruzó para unirse a las fuerzas de Petliura en Podolia.

Entre los 50.000 soldados del ejército de Galitzia, los 35.000 soldados leales a Petliura y unos 15.000 insurgentes bajo el mando de los otamanes aliados, las tropas ucranianas constituían una importante fuerza de combate. La llegada de los galitzianos dio a Petliura la oportunidad de recuperar los territorios perdidos a manos de los bolcheviques en el centro y el este de Ucrania. Pero la unidad de las dos Ucranias resultó ser menos duradera de lo que parecía. Los dirigentes conservadores de la República Popular de Ucrania Occidental tenían dificultades para hacer causa común con los miembros de izquierdas del gobierno del Directorio, los comandantes galitzianos no podían comprender la laxa disciplina de los antiguos rebeldes, y los dos grupos empezaron a buscar posibles aliados en distintas direcciones.

No solo el Gobierno ucraniano de Kíiv, sino también los gobiernos nacionalistas de otras partes del imperio, especialmente del Báltico y del Cáucaso Norte, se resistieron al golpe bolchevique que tuvo lugar en Petrogrado en octubre de 1917. En el sur de Rusia, los antiguos oficiales imperiales y los cosacos del Don unieron sus fuerzas para crear el Ejército Blanco, que luchó por la restauración del orden político y social anterior a los bolcheviques. Las potencias occidentales, incluidas Gran Bretaña y Francia, apoyaron al Ejército Blanco bajo el mando del general Antón Denikin cuando lanzó una ofensiva contra los bolcheviques en Ucrania a principios del verano de 1919. La aparición de Denikin en el sur de Ucrania y su avance hacia el norte plantearon una nueva cuestión para el Gobierno ucraniano y sus fuerzas armadas. ¿Debían formar una alianza con Denikin contra los bolcheviques, o desconfiar de él, ya que su objetivo no era solo destruir la

revolución social que propugnaban los dirigentes ucranianos, sino también restaurar un Estado ruso único e indivisible?

Los ucranianos de Galitzia y los del Dniéper respondieron de forma diferente a esta pregunta. Los occidentales no vieron ningún problema en aliarse con el Ejército Blanco antibolchevique y antipolaco. Los orientales, por su parte, consideraban a los polacos, a los que los de Galitzia despreciaban, como aliados potenciales en la lucha contra los bolcheviques y los blancos, mientras que algunos otamanes no se oponían a la unión con el Ejército Rojo. Unidos por la ideología y las circunstancias, los dos bandos lucharon bajo una misma bandera, aunque siguieron luchando cada uno por su propia causa. En agosto, cuando la Guardia Blanca y las unidades de Galitzia entraron a la vez en Kíiv, los galitzianos se retiraron amablemente, dejando la ciudad a los Blancos, lo que provocó un grave conflicto entre Petliura y los comandantes de Galitzia. La ruptura total se produjo en noviembre de 1919, cuando una gran epidemia de tifus estuvo a punto de acabar con los dos ejércitos, y obligó a los supervivientes de Galitzia a unirse a los Blancos y a Petliura a pactar con los polacos.

El año 1919, que había comenzado por todo lo alto y con grandes esperanzas para los dos Estados ucranianos, terminó en un desastre. A finales de año, las fuerzas armadas ucranianas ya no existían, y con ellas se acabó la condición de Estado. Los ucranianos del este fueron derrotados porque estaban divididos políticamente y mal organizados, mientras que los galitzianos perdieron porque, superados en número y armas, no recibieron ayuda de sus hermanos del este. La unificación de los dos Estados y ejércitos dio lugar a una alianza militar más que a la creación de un único Estado o ejército. Su larga existencia en imperios separados con órdenes políticos y sociales diferentes influyó enormemente en la cultura política y militar de las dos élites ucranianas y sus seguidores, que creían pertenecer a la misma nación. Pero, a pesar de los desastres de 1919, no estaban dispuestos a renunciar a esa idea.

Cuando los ejércitos ucranianos abandonaron el campo de batalla y la idea de la independencia pareció desvanecerse, tres grandes fuerzas se enfrentaron en la lucha por el control de Ucrania. Los ejércitos polacos, impulsados por la visión de restaurar el Estado polaco a unas fronteras cercanas a las que habían existido antes de las particiones de la Mancomunidad de Polonia-Lituania, gobernaron en Galitzia y se adentraron en Podolia y Volinia. Los ejércitos blancos, apoyados por la Entente, avanzaron hacia el norte desde el sur de Ucrania en dirección a Rusia, con el objetivo de restaurar un Estado ruso unido e indivisible de la época zarista. Luego estaban los bolcheviques, cuyo objetivo a largo plazo era la revolución mundial, mientras que su imperativo urgente era la supervivencia militar. Ninguna de las dos aspiraciones, como admitió abiertamente Vladímir Lenin, podría lograrse sin el carbón y el pan ucranianos.

De todos los regímenes y ejércitos que lucharon en Ucrania en 1919, los bolcheviques fueron los que dejaron la huella más profunda y los que mantuvieron Kíiv en su poder por más tiempo: de febrero a agosto y, luego, de nuevo en diciembre. Pero controlar la capital y las principales ciudades industriales de la estepa ucraniana no significaba controlar toda Ucrania. El campo se rebeló contra los nuevos amos bolcheviques. Durante su gobierno se enemistaron los liberales y los socialistas ucranianos, muchos de los cuales acogieron con satisfacción el poder soviético, aunque no a costa de su programa de construcción estatal. Lo mismo ocurrió con los campesinos, que apoyaron las promesas bolcheviques de darles la tierra a precio de saldo, pero que luego fueron obligados a renunciar a sus cosechas a punta de pistola. Dirigidos por diversos caudillos, los campesinos se rebelaron, y sus revueltas se convirtieron en un factor tan importante en la pérdida bolchevique de Ucrania como el Ejército Blanco de Denikin y los ejércitos de Galtizia y de la Ucrania oriental de Petliura. Tras la derrota de Denikin y la reconquista de Kíiv en diciembre de 1919, los bolcheviques decidieron aprender de sus errores del año anterior.

Vladímir Lenin explicó a sus seguidores la «lección de 1919». En su opinión, los bolcheviques tuvieron problemas en Ucrania

porque descuidaron la cuestión nacional. No es casualidad que el ejército bolchevique regresara a Ucrania a finales de 1919 y principios de 1920 bajo la bandera de la República Socialista Soviética de Ucrania, formalmente independiente, e intentara hablar a los ucranianos en su lengua materna. Se eliminó la rusificación flagrante y comenzó una adaptación cultural del régimen bolchevique a las exigencias de la revolución nacional. En un movimiento que recordaba a la cooptación imperial de las élites locales, los bolcheviques abrieron las puertas de su partido a la izquierda ucraniana, los antiguos social-revolucionarios que abrazaron la idea de la organización soviética del futuro Estado ucraniano y pasaron a la historia como *borotbistas* (por el nombre de su principal revista, el periódico *Borotba* [Lucha]). Admitidos individualmente en el Partido Bolchevique, proporcionaron a los bolcheviques unos cuadros de habla ucraniana muy necesarios y una élite cultural. La reconciliación también llegó con los campesinos, que recibieron la tierra que se les había prometido durante tanto tiempo: en la primavera de 1920, los bolcheviques pospusieron sus planes de establecer grandes granjas colectivas en las tierras confiscadas a la nobleza y permitieron a los campesinos dividir las tierras de sus antiguos propietarios.

La nueva estrategia funcionó. En 1920 los bolcheviques lograron establecer el control sobre Ucrania central y oriental y eliminar la última amenaza real en la región. A finales de abril de 1920, los ejércitos polacos de Józef Piłsudski, apoyados por los restos del ejército de Petliura, lanzaron un ataque contra Kíiv desde el frente de Volinia y Podolia. El objetivo de Piłsudski era crear un Estado ucraniano tapón entre Polonia y la Rusia soviética. Al principio, la ofensiva tuvo éxito. El 7 de mayo Petliura volvió a entrar en Kíiv como jefe del Gobierno ucraniano, pero esta vez no había ningún ejército de Galitzia de su lado. El precio que tuvo que pagar por su apoyo a los aliados polacos no fue grande en términos prácticos, pero tuvo una gran importancia simbólica. El jefe otamán aceptó reconocer el control polaco sobre Galitzia, asestando el golpe final a la incómoda relación entre los dos Estados ucranianos.

El éxito de Petliura fue efímero. Los bolcheviques lanzaron una contraofensiva que expulsó al ejército polaco-ucraniano de Kíiv el 13 de junio. El Primer Ejército de Caballería, dirigido por Semión Budionni, uno de los comandantes de caballería soviéticos más conocidos de la guerra, rompió las defensas, bloqueó la retirada del enemigo y causó estragos entre las líneas polacas y ucranianas. El Ejército Rojo avanzó a lo largo de todo el frente, no solo en Ucrania sino también en Bielorrusia, recorriendo hasta 32 kilómetros al día. Pronto se acercó a Lviv, que Iósif Stalin, entonces comisario de uno de los frentes del Ejército Rojo, había decidido tomar al asalto para ganarse los laureles de gran comandante. Irónicamente, la ciudad se salvó de la invasión bolchevique gracias a las tropas polacas y ucranianas. Estas últimas, los soldados de Petliura, procedentes del este de Ucrania, defendieron Lviv contra la embestida del Ejército Rojo. Su exitosa defensa de la ciudad resultó ser un factor importante que condujo a la derrota final de los soviéticos en la guerra contra Polonia.

La suerte de la guerra volvió a cambiar a mediados de agosto de 1920. Con la ayuda de las armas recibidas de la Entente y con el asesoramiento de oficiales británicos y franceses (entre estos últimos se encontraba el futuro presidente francés Charles de Gaulle), las unidades polacas detuvieron el avance soviético en las afueras de Varsovia y derrotaron al enemigo en una batalla que pasó a conocerse como el Milagro del Vístula. Uno de los responsables del milagro en el lado soviético fue Stalin. Fue él quien animó a Budionni a desobedecer las órdenes de sus comandantes y a intentar tomar Lviv, en lugar de avanzar hacia Varsovia. Ahora el Ejército Rojo estaba en caótica retirada. En octubre, cuando las dos partes firmaron el armisticio, la frontera polaco-soviética había retrocedido hasta Bielorrusia en el norte y Ucrania en el sur. En Ucrania los polacos volvieron a controlar Volinia y parte de Podolia. A pesar de este éxito, los intentos polacos de crear un Estado tapón con Kíiv como capital fracasó, al igual que las esperanzas ucranianas de resucitar su Estado independiente. El Milagro del Vístula también puso fin a los planes soviéticos de llevar su revolución al corazón de Europa.

El «cronista» más famoso de la guerra polaco-soviética fue el escritor judío ruso nacido en Odesa Isaak Bábel. Luchó en las filas del Primer Ejército de Caballería de Budionni y llevó un diario, que luego utilizó para escribir una colección de relatos titulada *Ejército de caballería*. Criticado por Budionni por distorsionar la imagen heroica de sus soldados, el libro describe la brutalidad de los tiempos de guerra, la violencia de la Caballería Roja y la trágica situación de la población judía de Ucrania en condiciones de guerra permanente. Debido a los numerosos ejércitos que lucharon entre sí durante casi tres años, cambiando sin cesar de frente, la población civil de Ucrania sufrió nuevos episodios de terror y destrucción antes de tener la oportunidad de recuperarse de los estragos de la guerra mundial. A ningún grupo le fue peor que a los judíos, que fueron atacados desde todos los frentes: por parte de rojos, blancos, ejércitos ucranianos y líderes rebeldes.

Los pogromos no eran un fenómeno nuevo en Ucrania y en la Zona de Asentamiento en general, pero ahora los llevaban a cabo agresores armados. El número de víctimas creció exponencialmente, y superó la marca de los 30.000 solo en Ucrania. A las razones habituales de los pogromos —deseo de saqueo, la rivalidad económica, antijudaísmo cristiano y antisemitismo moderno— se añadieron la política y la ideología de la época revolucionaria. Por un lado, los judíos eran vistos como explotadores capitalistas, odiados por los propagandistas comunistas y socialistas y, además, como fervientes partidarios del bolchevismo.

Los principales pogromos comenzaron en la primavera de 1918, el último año de la guerra, con el avance de las tropas alemanas y austrohúngaras en Ucrania. Sin embargo, los primeros responsables no fueron los alemanes ni las tropas de la Rada Central, sino los bolcheviques en retirada. Sustituyeron el celo cristiano por la rectitud comunista y justificaron su ataque a los judíos de Nóvgorod-Siverski y Glújiv —la capital del antiguo Hetmanato— como un ataque a la burguesía. En la primavera de

1919, cuando el ejército de Petliura se retiraba hacia el oeste bajo los ataques bolcheviques, las unidades ucranianas llevaron a cabo una serie de pogromos, el mayor de los cuales —en la ciudad de Proskúriv (la actual Jmelnytsky)— se cobró unas 1.700 vidas. Ese mismo año, los asentamientos judíos fueron saqueados por los atamanes insurgentes y sus unidades descontroladas, que no se preocupaban por las consignas políticas y solo estaban interesados en enriquecerse. En otoño llegaron las fuerzas de Denikin, que llevaron a cabo sus propios pogromos bajo el nuevo lema antisemita «Golpead a los judíos, salvad a Rusia». El mayor de ellos tuvo lugar en Fástiv, al sur de Kíiv, y en él murieron unas mil víctimas inocentes. Según los investigadores, los blancos fueron responsables de un 20 % de los pogromos, los rojos de un 10 %, los atamanes rebeldes de un 25 % y las tropas de Petliura de un 40 %, la mayor parte durante la guerra. El Ejército Blanco era la única fuerza armada organizada cuyos soldados llevaron a cabo pogromos con el consentimiento de sus comandantes. Los únicos soldados que, al parecer, se mantuvieron al margen de los pogromos fueron los ucranianos de Galitzia.

Los judíos de los *shtetls* ucranianos organizaron unidades de autodefensa, que fueron eficaces a la hora de detener a los señores de la guerra, pero no pudieron hacer frente a los grandes ejércitos. Los jóvenes judíos también se alistaron en masa al Ejército Rojo: su líder político, Lev Trotski, era natural de Ucrania y, a menudo, era visto como un símbolo del bolchevismo judío. Pero la razón de la popularidad del Ejército Rojo entre los judíos iba mucho más allá de la personalidad de Trotski. Los revolucionarios judíos siempre habían participado activamente en los movimientos socialdemócratas, ya fueran bolcheviques o mencheviques. Además, los jóvenes judíos se alistaban en el ejército, que, a juzgar por el número de pogromos, parecía más amigable con ellos. Desde este punto de vista, la historia de Isaak Bábel que se alistó en el Ejército de Caballería de Budionni como comisario político y reportero, tras un breve paso por la Cheká (la policía secreta de Lenin), no era típica para un joven judío de Odesa.

Los pogromos de 1919 acabaron con la alianza ucraniano-

judía de los primeros meses de la revolución. También convirtieron a Simon Petliura en un terrible símbolo del antisemitismo ucraniano. Su identificación con el antisemitismo se reforzó aún más cuando, en 1926, mientras vivía exiliado en París, un exsoldado del Ejército Rojo llamado Sholom Schwartzbard lo asesinó a tiros. Muchos creyeron que Schwartzbard había eliminado al líder de la emigración política ucraniana por instrucciones de la policía secreta soviética. Pero él afirmó que había actuado por su cuenta y que había matado a Petliura para vengar a sus parientes judíos, a los que habían asesinado en los pogromos ucranianos. El tribunal de París dejó en libertad al culpable.

¿Fue Petliura realmente responsable de los pogromos? Petliura, socialdemócrata en sus años prerrevolucionarios y líder del Directorio de izquierdas, era internacionalista por convicciones políticas, al igual que su entorno. Compartía la opinión de Mijailo Grushevski y otros miembros de la Rada Central de que los judíos eran aliados naturales de los ucranianos en la lucha contra la opresión nacional y social. Ese motivo se plasmó en las órdenes que dio a sus tropas. «Es hora de comprender que toda población judía —sus esposas, sus hijos— ha sido esclavizada y privada de la libertad nacional, al igual que nosotros —escribió en su orden de agosto de 1919—. No deben alejarse de nosotros; han vivido con nosotros desde tiempos remotos, compartiendo nuestro destino y nuestra desgracia. Ordeno firmemente que todos los que os inciten a cometer pogromos sean expulsados de nuestro ejército y juzgados como traidores a la Patria.»

Para Petliura, atacar a los judíos equivalía a traicionar a Ucrania. El problema era que, mientras emitía decretos, solo castigaba a los autores en contadas ocasiones o tardíamente. El otamán Iván Semesenko, cuyo destacamento llevó a cabo el pogromo de Proskúriv en febrero de 1919, fue juzgado y fusilado por orden de Petliura solo en marzo de 1920, demasiado tarde para que tuviera un impacto en el ejército en el momento álgido de los pogromos. Petliura era reacio a aplicar sus órdenes, ya que tenía una influencia limitada sobre su ejército. Las razones por las que el

ejército participó en los pogromos fueron las mismas que las de su pérdida en la lucha por la independencia: sus unidades eran ingobernables y estaban desorganizadas. Los líderes socialistas ucranianos, como Petliura, se encontraron en la cresta de la ola de la revolución campesina, que llegó demasiado pronto en términos del movimiento nacional ucraniano. Antes de que su país ardiera en las llamas de la revolución, nunca había habido una oportunidad para que las figuras ucranianas trabajaran con las masas campesinas y las educaran en los fundamentos de la nueva fe socialista e internacionalista. En vísperas de la Primera Guerra Mundial solo los defensores de la idea de la Pequeña Rusia y los activistas de las organizaciones nacionalistas rusas, para quienes el antisemitismo era un factor ideológico clave, tenían vía libre para hacer propaganda en Ucrania. La Ucrania de la margen derecha, que había sido un bastión del nacionalismo ruso antes de la guerra, se convirtió también en el escenario de los peores pogromos de 1919.

El único otamán que intentó, aunque con éxito desigual, alejar a sus tropas de los pogromos y combatió el antisemitismo en las filas de su ejército campesino fue Néstor Majnó. Hombre bajo y delgado, con bigote y pelo largo, era el carismático comandante del mayor ejército campesino del antiguo Imperio ruso, que en su mejor momento llegó a contar con 40.000 soldados. Campesino de origen y anarquista por ideas políticas, Majnó era el más ideológico de los caudillos. Su base y zona de operaciones era la ciudad de Guliaipolé, en el sur de Ucrania, un territorio campesino situado entre las minas de carbón del Donbás y las minas de hierro de Krivi Rig. A principios del siglo xx, un ferrocarril que cruzaba la línea Moscú-Sebastopol por la ciudad de Aleksándrovsk (la actual Zaporiyia), no muy lejos de la ciudad natal de Majnó, conectó las dos regiones industriales de Ucrania. La ubicación de las vías férreas situó a Majnó y a su ejército en el centro de la lucha por el control del sur de Ucrania.

Los soldados campesinos de Majnó compartían pocos de sus

principios y sueños anarquistas y miraban con desprecio a los anarquistas ideológicamente motivados en torno a su *batko*, o padre, como se referían a él en la tradición del paternalismo campesino. Los campesinos aborrecían cualquier tipo de control estatal —una actitud que atraía a los ideólogos anarquistas de Majnó— y aspiraban a la expropiación y la redistribución de la tierra. Al igual que los cosacos zapórogos de principios de la era moderna, el ejército de Majnó, que operaba en las antiguas tierras fronterizas cosaco-tártaras, mantenía las distancias con los gobiernos ucranianos del norte y a menudo luchaba contra ellos. Aunque la mayoría absoluta de los combatientes de Majnó eran ucranianos étnicos, y la causa nacional ucraniana no le era ajena (su esposa maestra la promovía activamente), los puntos de vista del líder de la revolución anarquista eran básicamente internacionalistas.

De entre todas las fuerzas que lucharon por Ucrania, Majnó solo consideraba a los bolcheviques como los únicos aliados potenciales, pero se volvieron contra él inmediatamente después de que les ayudara a derrotar a su principal enemigo, el Ejército Blanco del general Piotr Wrangel, cuyos restos habían convertido a Crimea en el último bastión de la Rusia prerrevolucionaria. El Gobierno de Wrangel fue el octavo de Crimea en menos de tres años. El primero lo establecieron los tártaros de Crimea, que proclamaron una República Popular de Crimea el 25 de diciembre de 1917. Tras dos grandes oleadas de emigración al Imperio otomano, los tártaros constituían en torno al 30 % de la población de la península (el resto eran rusos, ucranianos, griegos, búlgaros, judíos y representantes de otras nacionalidades). Su república representó uno de los primeros intentos de cualquier grupo musulmán de construir un Estado laico, que fue resultado de las actividades culturales y educativas de la generación anterior de personalidades tártaras de Crimea, liderados por Ismail Gaspirali (o Gasprinski), el padre de la nación tártara moderna de Crimea. Pero la República Popular de Crimea no duró mucho tiempo. En enero de 1918 el poder en la península pasó a los bolcheviques, que proclamaron una República de Crimea independiente, pero pronto

se vieron invadidos por tropas ucranianas y alemanas.

Bajo el dominio alemán, Crimea siguió siendo independiente de Ucrania, pero en septiembre de 1918, el hetman Skoropadski declaró un bloqueo económico de la península y obligó al Gobierno de Crimea a unirse al Estado ucraniano como región autónoma. Este acuerdo no duró mucho, ya que tras la retirada de los alemanes llegó al poder un nuevo gobierno dirigido por un político liberal de origen caraíta, Salomón Krim. Su ministro de Justicia era Vladímir Nabokov, padre del famoso escritor. Pero los bolcheviques ya estaban en marcha. Ejecutaron al emperador Nicolás ii y a su familia en los Urales en julio de 1918. El 7 de abril de 1919, los miembros supervivientes de la familia imperial Románov abandonaron sus mansiones cerca de Yalta y fueron puestos a salvo por el acorazado británico Marlborough. A partir de junio de 1919, Crimea quedó bajo el control del Ejército Blanco, primero bajo el mando del general Denikin y luego, tras su dimisión en abril de 1920, bajo el del general Wrangel.

Wrangel decía dirigir el gobierno del sur de Rusia, pero en realidad solo controlaba la península de Crimea y una franja de tierra al norte de esta. Él y sus ministros querían restaurar todo el Imperio ruso, lo que era más fácil de decir que de hacer. A pesar del apoyo ofrecido por la Entente, Wrangel estaba perdiendo la guerra contra los bolcheviques. El 8 de noviembre de 1920, el Ejército Rojo y las unidades aliadas de Majnó lanzaron un ataque a Crimea desde el continente, y avanzaron en un clima frío por las aguas poco profundas de la laguna de Sivash y asaltaron las fortificaciones del Ejército Blanco en el istmo de Perekop, una franja de seis kilómetros de ancho que conectaba la península con el continente. El 17 de noviembre entraron en Yalta. El general Wrangel evacuó los restos de su ejército a Estambul. Los que se quedaron —cerca de 50.000 oficiales y soldados— fueron masacrados en la mayor matanza de la guerra. No solo fue la última masacre de una sangrienta guerra revolucionaria, sino también el preludio del no menos sangriento dominio de los bolcheviques sobre un vasto país al que habían incorporado por la fuerza a la mayor parte del territorio de Ucrania.

En marzo de 1921, los representantes de la Rusia soviética, la Ucrania soviética y Polonia firmaron un tratado de paz en Riga (Letonia) que establecía una nueva frontera polaco- soviética. Según los términos del tratado, Polonia no solo conservó Galitzia, sino que también recibió Volinia, que anteriormente había pertenecido a Rusia. Ucrania ya no estaba dividida entre dos países, como en vísperas de la Primera Guerra Mundial, sino entre cuatro. Bucovina, que había sido ocupada por Rumanía en 1918, quedó bajo el control de Bucarest, mientras que Transcarpacia fue arrebatada a la derrotada Hungría y entregada al recién creado Estado checoslovaco. Los checos y los eslovacos, los polacos y los lituanos —los vecinos occidentales de Ucrania— obtuvieron sus propios Estados independientes, mientras que los ucranianos, a pesar de sus repetidos esfuerzos por independizarse, solo recibieron autonomía dentro del Estado soviético controlado por Rusia.

¿Cómo se explica este desenlace? Las razones son muchas. Una de ellas es la presencia de vecinos más poderosos y agresivos que reclamaban territorios ucranianos. Pero el factor clave fue la inmadurez del movimiento nacional ucraniano y la llegada tardía de la idea de un Estado independiente tanto en la Ucrania gobernada por los Habsburgo como en la gobernada por los Románov. Mientras que en la Galitzia austriaca la división entre los partidarios de la identidad ucraniana y los de la rusa se había superado en 1918, en la Ucrania del Dniéper continuó durante la guerra y la revolución. El regionalismo, derivado de las diferentes trayectorias históricas de las distintas partes de Ucrania, fue un grave obstáculo tanto en la Ucrania austriaca, donde la dinámica de la construcción de la nación difería significativamente entre Galitzia, Bucovina y Transcarpacia, como en la Ucrania del Dniéper, donde la idea de la estatalidad ucraniana tenía mucho más apoyo en el antiguo Hetmanato y en la antigua margen derecha polaca, que en las regiones esteparias del este y el sur. Las ciudades, sobre todo las grandes, pobladas por no ucranianos, quedaron al margen del alcance del movimiento independentista

ucraniano, que dependía casi exclusivamente del apoyo de las masas campesinas.

Teniendo en cuenta estas limitaciones del proyecto nacional ucraniano, surge otra cuestión importante: ¿cómo pudo el movimiento nacional recién nacido, que no formuló por primera vez el objetivo político de la independencia hasta principios del siglo XX y no lo percibió como un objetivo práctico hasta 1918, conseguir hacer incursiones significativas en una escena política dominada por las antiguas fuerzas imperiales y un movimiento nacional mucho más desarrollado? El impacto revolucionario de la Primera Guerra Mundial y el derrumbe de dos imperios crearon oportunidades inesperadas para el movimiento ucraniano en 1917 y 1918, y este las aprovechó al máximo. El proyecto nacional ucraniano salió de la sangrienta agitación de la Primera Guerra Mundial y de la lucha por la independencia mucho más maduro que antes. A pesar del intento fallido de crear un Estado unificado a partir de la Ucrania de los Habsburgo y la del Dniéper, el ideal de un Estado unificado e independiente se convertiría en el centro del nuevo credo ucraniano.

20

Comunismo y nacionalismo

En el periodo de entreguerras (1918-1939) los ucranianos eran la mayor nación de Europa con su cuestión nacional sin resolver. Ucrania carecía de un Estado propio, y cuatro Estados europeos se habían repartido sus territorios: la Unión Soviética, Polonia, Rumanía y Checoslovaquia. La RSS de Ucrania, que pasó a formar parte de la Unión Soviética liderada por Rusia en 1922, comprendía las tierras ucranianas centrales y orientales; tenía una frontera común con Polonia en Volinia y Podolia, de acuerdo con la Paz de Riga en 1921, y a lo largo del río Dniéster estaba la frontera con Rumanía. Las potencias de la antigua Entente reconocieron esta última frontera al firmar el Tratado de París con Rumanía en 1920, pero las autoridades soviéticas lo impugnaron.

Los gobiernos en cuyas manos cayeron las tierras ucranianas se propusieron resolver la cuestión ucraniana cada cual a su manera: unos con maniobras, otros con ataques frontales. En la Europa del Este del siglo XX compitieron dos ideologías, dos visiones del mundo: el comunismo y el nacionalismo. En el caso de Ucrania (y no solo) el nacionalismo y el comunismo no solo se opusieron, sino que también conformaron una forma híbrida: el nacionalcomunismo. Las diferentes formas de movilizar la identidad política y cultural ucraniana dieron lugar a la aparición de nuevos proyectos nacionales que sustituyeron a los liberales y socialistas nacidos antes de la Primera Guerra Mundial. Los dos proyectos más influyentes fueron el comunismo nacional en la República Socialista Soviética de Ucrania, o RSS ucraniana, y el

nacionalismo radical en la Galitzia y Volinia controladas en gran medida por Polonia. La interacción entre estos dos modelos de identidad ucraniana determinaría en gran medida la historia del país en el siglo XX.

En diciembre de 1922, la República Socialista Soviética de Ucrania (su nombre pasaría a ser República Soviética Socialista de Ucrania en 1937) —entidad política comunista que comprendía las tierras centrales y orientales de Ucrania— firmó un acuerdo formal con la Rusia soviética y las repúblicas de Bielorrusia y Transcaucasia para formar la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS). La URSS apareció en el mapa mundial gracias a la intervención de Vladímir Lenin en la disputa entre Iósif Stalin, que acababa de asumir el recién creado cargo de secretario general del Comité Central del Partido Comunista Ruso, y los líderes de Ucrania y Georgia. Stalin quería incorporar Ucrania y las demás repúblicas a la República Socialista Federativa Soviética de Rusia (RSFSR) con derechos de autonomía. Los líderes comunistas ucranianos se opusieron, tanto los antiguos bolcheviques como los socialistas ucranianos, que creían que la revolución social traería consigo la liberación nacional y que el mejor medio para alcanzar ambos objetivos sería mediante la creación de la unión de repúblicas soviéticas soberanas. Lenin, que soñaba con una revolución mundial y veía a China, India, Alemania, Francia y Estados Unidos como futuros miembros de la Unión, apoyó la postura ucraniana.

La Unión se creó teniendo muy en cuenta Ucrania. Su objetivo inmediato era mantener a los polacos fuera, a los ucranianos dentro y a los rusos bajo control. Los líderes del movimiento ucraniano, sobre todo Simon Petliura, demostraron que eran capaces de impulsar revueltas campesinas masivas y, por ello, el Kremlin puso a los ucranianos en primer lugar entre las minorías étnicas rebeldes, aunque Moscú también consideraba el nacionalismo y el chovinismo rusos como una amenaza para la unidad de un Estado multiétnico. Además, Polonia era un adversario que, con el respaldo de Occidente, podría volver a

atacar a la Unión y arrebatarle partes de Ucrania. El carácter federal del tratado de unión otorgaba a la RSS ucraniana una autonomía *de facto*, limitada únicamente por el papel central del Partido Comunista en el poder. Se podría afirmar que la autonomía de la república en la década de 1920 superó las expectativas de los políticos ucranianos de la época zarista, en las décadas anteriores a la Primera Guerra Mundial, e incluso de los líderes de la Rada Central en los primeros meses de la Revolución de 1917.

La nueva etapa en la construcción de la nación ucraniana tendría lugar dentro del marco político y jurídico establecido por el régimen soviético, que se autodenominaba «dictadura del proletariado». A principios de la década de 1920, el régimen bolchevique intentaba consolidar el poder sobre un país asolado por la guerra, la revolución y los conflictos civiles. Se tuvo que abandonar el comunismo de guerra y aceptar que algunos aspectos de la economía de mercado volvieran a entrar en la muy centralizada economía soviética por la puerta trasera de la Nueva Política Económica (NEP). Los líderes soviéticos buscaron nuevas formas de mantener el control de la vida política y cultural de la periferia del antiguo imperio a la antigua usanza. Encontraron una solución provisional a este problema en la *korenizatsia* (korenización o indigenización): la estimulación del desarrollo económico de los grupos étnicos autóctonos no rusos de la periferia y el apoyo de las culturas locales.

En el xii Congreso del Partido Comunista (bolchevique), celebrado en Moscú en abril de 1923 —en los albores de la creación formal de la URSS—, se aprobó la *korenizatsia* como política oficial del partido y del Gobierno.

Uno de los objetivos que Moscú intentó alcanzar con su política de indigenización fue la formación de élites leales entre la población local. En la época de la revolución la táctica de los Románov de ampliar las fronteras incorporando a los nobles nativos al aparato imperial ya no funcionaba. En Ucrania, en 1920, los revolucionarios locales (los *borotbistas*) fueron admitidos en el Partido Comunista, pero este movimiento socavó la unidad ideológica de los bolcheviques y solo pudo conseguirse hasta cierto

punto en el futuro. Aun así, Ucrania carecía de una élite comunista autóctona lo suficientemente numerosa como para que el Kremlin no temiera por la estabilidad de su poder sobre el país. La población de la RSS de Ucrania a mediados de la década de 1920 era de menos de 30 millones de habitantes: aproximadamente el 80 % eran ucranianos, menos del 10% eran rusos y un 5,5 % de judíos. La composición étnica del partido variaba considerablemente. En 1922, de entre los casi 55.000 miembros del Partido Comunista (bolchevique) de Ucrania los rusos eran la mayoría absoluta, con más del 53 %, mientras que los ucranianos apenas representaban el 24 %, el mismo porcentaje que los representantes de todas las otras nacionalidades, la mayoría de los cuales eran de etnia judía. Los campesinos ucranianos a menudo veían a los representantes del nuevo gobierno poco menos que como invasores extranjeros. El régimen trató de mitigar esta desconfianza para neutralizar una posible amenaza de las zonas rurales de Ucrania.

En la dirección del Partido Comunista (bolchevique) ucraniano había un grupo de nacionalcomunistas, partidarios de la revolución como forma de liberar a los grupos étnicos no rusos gobernados por estos últimos de la opresión social y nacional. Sostenían que el partido solo podría superar las contradicciones entre la ciudad proletaria y la aldea pequeñoburguesa si adoptaba la lengua y la cultura de la población mayoritaria, es decir, la lengua y la cultura ucranianas. La ideología comunista no arraigó bien fuera de la ciudad, por lo que el campesinado parecía ser el principal problema del partido en aquel momento, como confirmaba la experiencia de la revolución y la guerra civil. Los nacionalcomunistas ucranianos proponían una estrategia similar a la adoptada por los predicadores bizantinos a finales del primer milenio: utilizar la lengua y la cultura locales para inculcar una nueva fe, esta vez el comunismo. El triunfo del enfoque bizantino sobre el enfoque romano, que insistía en la necesidad de una lengua franca para comunicarse entre todos los creyentes, permitió que la postura defendida por los nacionalcomunistas se impusiera como la línea oficial del partido. Aun así, no fue nada sencillo.

La resistencia más tenaz provino de los miembros del mismo partido, en su mayoría no ucranianos. Según un informe, solo el 18 % de los miembros del partido en la administración pública tenía un buen dominio del ucraniano, frente al 44 % de los empleados de la administración en su conjunto. Los nacionalcomunistas ucranianos, liderados por Oleksandr Shumski, exigieron que se efectuara la ucranización con mayor vigor. Shumski quería sustituir a Lazar Kaganóvich, judío ucraniano de habla rusa cercano a Stalin que consideraba que la lengua ucraniana era un problema, por Vlas Chubar, de origen étnico ucraniano, presidente del Sovnarkom de la RSS de Ucrania, como secretario general del Partido Comunista de Ucrania. Shumski también pidió a Stalin que se promoviera la lengua ucraniana entre el proletariado. Esta política se había aplicado hasta entonces solo a los ucranianos étnicos, excluyendo a los rusos de Ucrania, así como a otros grupos étnicos, para los que se habían diseñado programas específicos de korenización. El partido era muy reacio a ganarse la antipatía de la clase obrera rusa o muy rusificada con una política lingüística que rechazara. Shumski se enfrentó a una situación difícil.

Stalin se negó a destituir a Kaganóvich y alegó que la propuesta no había llegado en el momento oportuno. Se obstinó, a pesar de que necesitaba imperiosamente la lealtad de la organización del partido ucraniano, el mayor de la Unión Soviética, para luchar por el poder supremo tras la muerte de Lenin en enero de 1924. Stalin también se negó a hacer concesiones en cuanto a la ucranización de la clase obrera. En abril de 1926, Stalin escribió a Kaganóvich y a otros miembros del Politburó ucraniano, máximos dirigentes bolcheviques de Ucrania: «Es posible y necesario ucranizar, a un cierto ritmo, nuestro partido, el Estado y otros aparatos al servicio de la población. Pero no se puede ucranizar al proletariado desde arriba. Es imposible obligar a las masas trabajadoras rusas a abandonar la lengua y la cultura rusas y a reconocer el ucraniano como su lengua y su cultura». Stalin era especialmente crítico con los llamamientos a distanciar la cultura ucraniana de la rusa, algo que vinculaba con los textos del autor ucraniano Mikola Jviliovi, de origen étnico

ruso (su verdadero nombre era Nikoláy Fitiliov). «Mientras los proletarios de Europa Occidental y sus partidos comunistas rebosan de simpatía por "Moscú", esta ciudadela del movimiento revolucionario internacional y del leninismo; mientras los proletarios de Europa Occidental miran con admiración la bandera que ondea en Moscú, el comunista ucraniano Jviliovi no tiene otra cosa que decir a favor de Moscú que exhortar a los activistas ucranianos a huir de "Moscú"... lo antes posible», escribió Stalin.

Decidido a arrebatarles la iniciativa a los nacionalcomunistas, Stalin ordenó a su protegido Kaganóvich que dirigiera con mano férrea la campaña de ucranización y respondiera así a las quejas de Shumski sobre su lentitud. Kaganóvich le obedeció y así, esa política llevada a cabo antes de 1926 «por decreto» se volvió mucho más coherente y eficaz. En 1927, Kaganóvich consiguió incluso presentar en ucraniano su informe al congreso del Partido Ucraniano. También adoptó una línea dura en cuanto al uso del ucraniano en las instituciones educativas y en la propaganda y el trabajo cultural entre la clase obrera. En 1928, Kaganóvich fue trasladado a Moscú, y su sucesor, Stanislav Kosior, de origen polaco, continuó su política. Según los datos oficiales, la enseñanza del ucraniano en los centros de enseñanza superior pasó del 33 % en el curso 1926-1927 al 58 % en 1928-1929. El porcentaje de periódicos en lengua ucraniana pasó del 30 % en 1926 al 92 % en 1932. En junio de 1932, el 75 % de las conferencias a los mineros en Ucrania se dieron en ucraniano.

La ucranización fue la columna vertebral de la política de indigenización en la RSS de Ucrania, pero esta no se limitó a los ucranianos étnicos. Se crearon numerosas regiones nacionales en el país —rusas, alemanas, polacas, judías— con sus propias administraciones. Las editoriales publicaban libros en las diferentes lenguas, y en las escuelas enseñaban a los niños en su lengua materna. Sin embargo, el foco principal del proceso de korenización estaba en el campo. En las ciudades, las minorías étnicas se rusificaron aún con mayor rapidez que los ucranianos. En 1926, en Járkiv, el 62 % de los ucranianos declaraba que el ucraniano era su lengua materna, mientras que solo el 41 % de los

judíos así lo hacían. Entre los intelectuales judíos algunos eligieron el ucraniano —por ejemplo, Grigori Kerner (Hrytsko Kernerenko), oriundo de Guliaipolé, la capital de Néstor Majnó—, pero la mayoría optó por el ruso como vía más directa hacia la modernidad. Muchos se fueron a Moscú, donde hicieron carreras brillantes. Los escritores Iliá Ilf (Fainzilberg) y Vasili Grossman —nativos de los dos centros judíos más conocidos de Ucrania: Odesa y Berdíchiv— emprendieron ese camino.

El apoyo de Stalin a la ucranización era principalmente táctico, por lo que no podía durar mucho. Creía que rusos y ucranianos eran un mismo pueblo y, a finales de la década de 1920, el partido decidió que la supervivencia del régimen dependía del apoyo del mayor grupo étnico: los rusos. Había que mantener a raya las ambiciones de los ucranianos de desarrollar una cultura totalmente independiente.

En 1929, la policía secreta soviética (la OGPU) desató una oleada de detenciones de las que saldrían los acusados en el que sería uno de los primeros juicios espectáculo de la Unión Soviética. El juicio, celebrado en Járkiv, se centró en gran medida en los líderes de la intelectualidad ucraniana, a quienes se acusó de pertenecer a una organización llamada «Unión para la Liberación de Ucrania», inventada por los chekistas. Los fiscales alegaron que los detenidos estaban en contacto con emigrados ucranianos y con las autoridades polacas para llevar a cabo un levantamiento y formar un Estado ucraniano independiente. Como jefes de los conspiradores nombraron al vicepresidente de la Academia de Ciencias de Ucrania y exvicepresidente de la Rada Central, Serguí Yefrémov, y al ex primer ministro de la República Popular de Ucrania, Volodímir Chejivski. Este último también era una figura destacada de la Iglesia ortodoxa ucraniana autocéfala, independiente de Moscú e identificada por los fiscales como una rama de la organización de los conspiradores. Las acusaciones eran falsas, pero el tribunal dictó quince sentencias de muerte. Otros 192 fueron condenados a diversas penas de prisión y 87 al exilio

interno. El juicio asestó un duro golpe a los intelectuales que estaban al frente de la campaña de ucranización. El partido cambiaba de rumbo y señalaba con ese juicio que ya no tenía como objetivo la persecución del chovinismo ruso. Ahora, en cambio, el nacionalismo periférico estaba en el punto de mira. Los nacionalcomunistas ucranianos, entre los que se encontraba el influyente comisario de Educación, Mikola Skripnik, presionaron al Kremlin para que organizara un juicio similar contra los «chovinistas de la gran potencia» rusa, pero no les hicieron caso.

La ucranización lingüística y cultural no logró cambiar la cultura del este y el sur industriales de la república. En ningún lugar fue más revelador que en la entonces capital de Ucrania: Járkiv. A pesar de todas las medidas tomadas para ucranizar esta ciudad, entre 1926 y 1939 el porcentaje de los que afirmaban que el ucraniano era su lengua materna pasó solo del 24 al 32 %, un aumento insignificante, pero aún más preocupante fue el hecho de que el porcentaje de personas con el ruso como lengua materna no disminuyó y se mantuvo en torno al 64 %. Además, hay que tener en cuenta que siguió siendo así incluso cuando la población de Járkiv se duplicó durante este periodo (de 417.000 a 833.000 habitantes) y que había más ucranianos étnicos: el 49 % en lugar del 39 %. La ucranización se suspendió y no hubo oportunidad de arrastrar la ciudad al ámbito cultural ucraniana, un fracaso con hondas consecuencias a largo plazo para la autoidentificación de los habitantes del este de Ucrania. Pero esa política también dejó su huella en la sociedad ucraniana, pues creó unas condiciones en las que un número cada vez mayor de ucranianos habitantes de la ciudad identificaban su nacionalidad como ucraniana, y no rusa, a pesar de que hablaran ruso en su vida cotidiana. El número de ucranianos de habla rusa crecía y constituía un puente cultural entre los ucranianos y los rusos que habían permanecido fieles a sus lenguas étnicas. De hecho, los tres grupos —ucranianos rusófonos, ucranianos ucraniófonos y rusos rusófonos— veían facilitada su comunicación con una suerte de lengua franca llamada *súrzhik*, una mezcla de ambos idiomas.

En la década de 1920, los líderes soviéticos soñaban con una revolución mundial y llevaban a cabo una activa labor clandestina entre los ucranianos de los Estados vecinos, tratando de alterar el delicado equilibrio en los Estados multiétnicos de Europa del Este. Francia y las otras potencias occidentales, por su parte, trataron de consolidad la postura de esos mismos Estados como una barrera a la expansión del bolchevismo por Europa. Los dirigentes de la RSS de Ucrania presentaron su república como un nuevo Piamonte ucraniano, un Estado que traería la liberación nacional y social de sus compatriotas que languidecían temporalmente bajo la opresión de la burguesía extranjera. Este término recordaba la reunificación de Italia en la década de 1860, cuando el Piamonte dirigió a otras regiones italianas hacia la formación de un Estado-nación. Los polacos, y más tarde los ucranianos, aplicaron la metáfora del Piamonte a Galitzia, que ambos consideraban el centro de sus respectivos movimientos nacionales, y luego los bolcheviques ucranianos la adoptaron. Con la campaña de ucranización en marcha, presentar la Ucrania soviética como un faro de la nación ucraniana no fue difícil. Muchas de las tierras ucranianas del oeste se encontraban bajo una ocupación *de facto*, y la opresión extranjera impedía que la vida social y cultural de la población autóctona se desarrollara con normalidad.

La población de la Galitzia gobernada por Polonia fue la más perjudicada. De una población de cinco millones, los ucranianos ascendían a cerca de 4,4 millones. Los tratados de paz de Versalles y Riga, así como la Constitución polaca, garantizaban la igualdad de derechos a la minoría ucraniana: el derecho a tener sus propias escuelas y a utilizar su lengua materna en la esfera pública. En realidad, el joven Estado polaco incumplía sus obligaciones internacionales. Los amargos recuerdos de la guerra polaco-ucraniana estaban todavía frescos, ya que las autoridades polacas habían internado a cerca de 70.000 ucranianos durante la guerra e inmediatamente después. En respuesta, los ucranianos boicotearon las instituciones polacas de la región: abrieron y dirigieron su propia universidad clandestina e ignoraron el censo polaco de

1920 y las elecciones de 1922. Pero estas tácticas se revelaron ineficaces después de marzo de 1923, cuando la Conferencia de Embajadores establecida en la Conferencia de Paz de París decidió reconocer Galitzia como parte de Polonia. Esa decisión hizo que se desvanecieran las esperanzas de los ucranianos de Galitzia con respecto a que la intervención de los países occidentales pudiera mejorar su situación y los dejó que se enfrentaran a las nuevas circunstancias políticas como mejor pudieran. La Conferencia de Embajadores tomó esta decisión con la suposición de que los ucranianos recibirían alguna forma de autonomía. Esto nunca llegó a materializarse, ya que el nuevo Estado polaco aspiraba no solo a la unificación política, sino también a la asimilación cultural de las minorías étnicas. Las autoridades consideraban a estas últimas —que, además de ucranianos, incluían a los bielorrusos, los alemanes y los judíos— como la principal amenaza interna para la estabilidad del régimen. En 1926 pasó de ser una república a una suerte de dictadura. La discriminación contra la mayoría ucraniana en Galitzia se manifestó en la llamada Lex Grabski de 1924, que lleva el nombre del que sería ministro de Educación. La ley impuso restricciones al uso de la lengua ucraniana en el sistema educativo y allanó el camino para la conversión de los centros educativos de lengua ucraniana en escuelas bilingües polaco-ucranianas.

El factor lingüístico fue crucial para la política de polonización cultural de las minorías. El censo de 1910 en la Galitzia oriental mostraba un 65 % de ucranianos y un 21 % de polacos. A principios de la década de 1930 el porcentaje de ucranianos, o, mejor dicho, de los que declaraban el ucraniano como su lengua materna, había descendido al 59 %, mientras que el porcentaje de polacos había aumentado al 29 %. Esta tendencia se debió en parte a la política educativa del régimen, con su apoyo a las escuelas de lengua polaca y con sus medidas contra la enseñanza en ucraniano. En 1930 había 58 gimnasios (escuelas secundarias) estatales polacos en la parte ucraniana de Galitzia, frente a los seis ucranianos. Aunque los ucranianos abrieron gimnasios privados, también fueron superados en número: en el mismo año había veintidós gimnasios privados polacos frente a

catorce ucranianos. Salvo algunas excepciones, solo se nombraron a polacos para las vacantes en los puestos de enseñanza. De los casi 12.000 profesores de Galitzia, menos de 3.000 eran ucranianos; el resto eran polacos. Unos 600 profesores ucranianos sin empleo fueron trasladados a zonas de población polaca.

El aumento del número de polacos según los datos del censo fue consecuencia no solo del apoyo oficial a la lengua polaca, sino también del fomento de la emigración polaca a la Galitzia oriental, ahora llamada Pequeña Polonia Oriental. Poco después de obtener la independencia, los dirigentes polacos decidieron dividir las grandes propiedades y distribuir los terrenos entre los campesinos. En Galitzia, y otras partes del Estado pobladas por ucranianos, esta reforma supuso un golpe para los terratenientes polacos, que poseían la mayor parte de la tierra, mientras que enriqueció a los campesinos ucranianos. En respuesta, el Gobierno introdujo políticas que beneficiaban a los veteranos del ejército polaco y a los campesinos que se reasentaban en Galitzia. La misma política se aplicó en Volinia, una antigua provincia imperial rusa donde la proporción de polacos era menor que en la Galitzia austriaca. En Volinia, el Gobierno asignó a los *osádniks* (colonos) polacos el 40 % de las tierras que quedaron disponibles en el curso de la reforma. Durante el periodo de entreguerras, unos 300.000 polacos se instalaron en las tierras ucranianas del Estado polaco: Galitzia, Volinia y Podlaquia.

Otros acontecimientos animaron a los ucranianos, que eran la mayoría absoluta en los pueblos, y a los judíos, que representaban más del 70 % de la población en las pequeñas ciudades de Galitzia, a abandonar la región y el país. El estancamiento económico y el abandono de la zona fronteriza oriental por parte del Gobierno privaron de perspectivas de futuro a quienes deseaban quedarse en su tierra natal. La extracción de petróleo en Galitzia cayó un 70 % con respecto a su máximo en vísperas de la Primera Guerra Mundial, pero no había ninguna otra industria, aparte de los pequeños sectores forestal y agrícola, para sustituirla. A principios de la década de 1930, la clase obrera del distrito de Drogóbich no superaba las 45.000 personas. Los campesinos ucranianos trataron

de mejorar su situación reactivando el movimiento cooperativo ya existente bajo el dominio austriaco. La más exitosa, con diferencia, fue la Unión Lechera, que no solo compitió con éxito en su país, sino que también exportó sus productos a Checoslovaquia, Austria, Alemania y otros países europeos. Casi todos los agricultores ucranianos se unieron a la Unión Lechera. Pero las cooperativas no pudieron hacer demasiado para mejorar la situación del pueblo ucraniano. Con los empleos en la ciudad casi inexistentes y los campesinos hambrientos de tierra (cerca de la mitad de las explotaciones campesinas no superaban las dos hectáreas), muchos tuvieron que optar por la emigración.

Durante el periodo de entreguerras, hasta 200.000 campesinos ucranianos abandonaron Polonia. Muchos se fueron a Estados Unidos y, tras el endurecimiento de las normas de entrada a mediados de la década de 1920, a Canadá y Argentina. Un número similar de judíos también se marchó: unos 75.000 a Palestina, y el resto a Argentina y Estados Unidos. La mayoría de los judíos de Galitzia, y de hecho de Polonia, vivían en la pobreza, pero también estimuló la emigración el creciente antisemitismo: los nacionalistas polacos organizaron un boicot a las tiendas judías e incluso se produjeron agresiones físicas. En la segunda mitad de la década de 1930, tras la muerte del jefe de Estado Józef Piłsudski, que había intentado moderar la xenofobia, decenas de judíos murieron y cientos resultaron heridos en pogromos y altercados a lo largo de todo el país. El Gobierno polaco pensó en una manera de «resolver» la «cuestión judía»: pidieron a las potencias occidentales y a las diásporas judías instaladas allí que ayudaran con dinero a los empobrecidos judíos de Polonia, o bien que los acogieran como refugiados. Los gobiernos occidentales acogieron esta propuesta con silencio.

Las políticas económicas y culturales que las autoridades polacas aplicaron en las tierras ucranianas en la década de 1920 eran las contrarias a las que siguieron los bolcheviques en el mismo momento en la Ucrania soviética. En lugar de impulsar el

desarrollo industrial, las autoridades polacas apostaron por la agricultura; en lugar de integrar a la población autóctona en la élite gobernante, se fomentó su emigración y trataron de sustituirla por polacos en la administración e incluso en el campo. Por otra parte, el Estado polaco podía presumir de una democracia electoral, algo que la Unión Soviética nunca tuvo. Incluso después del golpe de Estado de Józef Piłsudski en 1926, el Estado polaco conservó elementos de pluralismo político y tolerancia religiosa, lo que permitió a los ucranianos crear sus propios partidos políticos, organizaciones culturales o acudir a sus iglesias.

Tras el derrumbe de la República Popular Ucraniana Occidental en 1919, la Iglesia greco-católica recuperó su función allí como principal institución nacional, mientras que su jerarca, el metropolitano Andréi Sheptitski, siguió siendo el líder indiscutible de Galitzia. Si la autoridad de la Iglesia no era nada nuevo —la Iglesia había desempeñado esa función al menos desde la Revolución de 1848—, el hecho de que Sheptitski asumiera el papel de líder nacional era toda una novedad. Descendiente de una familia noble rutena que había dado a la Iglesia un metropolitano en el siglo XVIII, Sheptitski fue bautizado católico romano y sus padres y abuelos llevaban un estilo de vida típicamente polaco. Entre los ucranianos, muchos vieron su adhesión a la Iglesia greco-católica, seguida de su ascenso a la posición más alta de la jerarquía a principios del siglo XX, como una tentativa polaca de apoderarse de la última institución «nacional» ucraniana del país. Pero Sheptitski, que se sentía un súbdito leal de Austria-Hungría más que un hijo de Polonia, hizo todo lo posible por proteger su Iglesia y a los feligreses de los esfuerzos polonizadores del nuevo Estado polaco. Con la difusión de la lengua polaca y la negativa de las autoridades de tener en cuenta la nacionalidad en el censo, la religión, en este caso el catolicismo griego, se convirtió en uno de los principales signos de la identidad ucraniana en la Galitzia de entreguerras.

La vida política de la Galitzia de entreguerras, precisamente, estaba dominada por la Alianza Democrática Nacional —un partido que hundía sus raíces en la preguerra—, cuyos líderes

surgieron de las filas del Partido Nacional Democrático de Ucrania de la época austriaca. La política de Galitzia entró en una nueva era en 1929, cuando la Organización Militar Ucraniana, una red clandestina dirigida por el coronel Yevguén Konovalets, que había participado activamente en la lucha por la independencia en el este de Ucrania en 1918 y 1919, se convirtió en un partido político con el nombre de Organización de Nacionalistas Ucranianos (OUN). La nueva organización heredó de su predecesora el objetivo de unir a Ucrania en un Estado independiente e irredentista, así como su estructura clandestina y las tácticas terroristas. La novedad era la ideología del nacionalismo radical, no profesada por los veteranos de la lucha independentista de 1918 a 1921. La nueva generación rechazaba el nacionalismo liberal de los líderes del movimiento ucraniano de preguerra, a los que la OUN culpaba de ser derrotistas y de limitarse a asuntos lingüísticos. Proclamaba la nación como valor supremo y se propuso crear un «hombre nuevo». Dmitró Dontsov, natural del este de Ucrania y antiguo socialdemócrata, fue quien formuló esta ideología. Él mismo nunca se unió a la OUN, pero tuvo una enorme influencia en la nueva generación de líderes con sus escritos.

Casi inmediatamente, la OUN, que en el mejor de los casos parecía destinada a ser una fuerza marginal en la escena política ucraniana, demostró su influencia mucho más allá de su peso político real. La OUN consiguió un gran éxito en junio de 1934, cuando sus miembros asesinaron al ministro del Interior polaco, Bronisław Pieracki, alegando que había desempeñado un papel fundamental en la Pacificación, una serie de medidas punitivas contra los activistas ucranianos en el otoño de 1930. Al asesinato de Pieracki le siguió el de un diplomático soviético en Lviv en otoño de 1933, como venganza por la hambruna de 1932-1933 en la Ucrania soviética. El mismo hombre —un estudiante de veinticinco años del Instituto Politécnico de Lviv, Stepán Bandera — estuvo detrás de ambos ataques. En junio de 1933 se convirtió en el dirigente de la OUN en Galitzia. Bandera se hizo muy conocido, al igual que la ideología de la OUN, cuando fue capturado por la policía polaca y juzgado en Varsovia por el

asesinato de Pieracki. En 1936 volvió a sentarse en el banquillo de los acusados, en Lviv, ahora por el asesinato, en julio de 1934, un mes después de su detención, de Iván Babi, el venerable director de un gimnasio ucraniano de la capital de Galitzia, al que la OUN había calificado de colaborador de la policía polaca.

En su declaración final en el juicio de Lviv, Bandera explicó por qué él y sus colegas se deshacían tan fácilmente de sus propias vidas y de las de los demás: «La OUN valora mucho la vida de sus miembros, pero tal y como entendemos nuestra idea es tan grande que, si se trata de llevarla a cabo, no solo hay que ofrecer sacrificios individuales, sino la de cientos y miles de víctimas». Bandera se refería a la independencia de Ucrania. Por su papel en el asesinato de Pieracki, Bandera fue condenado a muerte, pena que se conmutó por siete cadenas perpetuas. Permaneció en prisión hasta septiembre de 1939, cuando la invasión de los ejércitos alemán y soviético causó el derrumbe del Estado polaco y la liberación de muchos prisioneros, entre ellos Bandera.

La Organización de Nacionalistas Ucranianos tenía raíces en Galitzia, pero en la década de 1930 trató de establecerse en otros territorios ucranianos, especialmente en la antigua provincia rusa de Volinia. Allí las relaciones interétnicas eran notablemente diferentes a las de Galitzia. Según el censo de 1931, el 68 % de los habitantes de Volinia declararon que el ucraniano era su lengua materna, mientras que para el 17 % era el polaco y para el 10 % el yidis. Antes de la Primera Guerra Mundial, en Volinia floreció el chovinismo ruso. Los campesinos ucranianos locales aún no tenían una identidad nacional definida y elegían a miembros de la Unión del Pueblo Ruso y de asociaciones afines para la Duma. Tras su incorporación al Estado polaco, la provincia se convirtió en objeto de una intensa colonización polaca, y dos proyectos de construcción de la nación ucraniana rivalizaron en esta zona. Uno, procedente de Galitzia, era marcadamente antipolaco; el otro, del este de Ucrania, era leal al régimen polaco, aunque cultural y lingüísticamente ucraniano.

Las autoridades polacas hicieron todo lo posible para proteger a los habitantes de Volinia de la «perniciosa» influencia del nacionalismo de Galitzia. Establecieron la llamada frontera de Sokal, que lleva el nombre de una ciudad situada entre Galitzia y Volinia, para limitar el alcance de las actividades de las instituciones ucranianas de Galitzia. La Iglesia greco-católica ucraniana se vio privada de la posibilidad de tener parroquias en Volinia, Polisia, Podlaquia o la región de Jolm, y los fieles quedaron subordinados a los jerarcas de la Iglesia católica romana polaca. Al norte de la frontera de Sokal se prohibieron las actividades de la sociedad Prosvita (Ilustración) y se restringió la distribución de literatura de Galitzia. Fueron especialmente celosos parar tratar de impedir la formación de células de la OUN en Volinia.

Uno de los más firmes defensores y artífices de la frontera de Sokal fue Henryk Józewski, antiguo ministro del Interior polaco y gobernador de Volinia de 1928 a 1938. Polaco educado en Kíiv, había sido viceministro del Interior en el Gobierno ucraniano de Simon Petliura. Hizo mucho a favor de la alianza Petliura-Piłsudski en 1921 y, como jefe de la cancillería y ministro del Interior de Piłsudski, defendió la normalización de las relaciones polaco-ucranianas. Consideraba que la condición necesaria para esa normalización era la protección de Volinia de las influencias negativas de Galitzia. Józewski colaboró estrechamente con los ucranianos «leales», representantes de la emigración de Petliura en Polonia —sus antiguos compañeros de armas de la Ucrania del Dniéper— para lanzar un proyecto ucraniano polonófilo en Volinia. También defendió la formación de una Iglesia ortodoxa polaca autónoma de Moscú bajo la jurisdicción del metropolitano de Varsovia y el patriarca de Constantinopla. También apoyó en las elecciones parlamentarias a los políticos ucranianos moderados. Entre ellos estaba Stepán Skrypnyk, sobrino de Petliura, miembro del parlamento polaco y futuro obispo ortodoxo, que ganaría la elección como patriarca de la Iglesia ortodoxa ucraniana independiente de Moscú en 1991.

Los sentimientos nacionalistas antipolacos penetraron en

Volinia no solo desde Galitzia, con los miembros de la OUN, sino también a través del Partido Comunista de Ucrania Occidental, desde la Ucrania soviética. Este partido tenía el doble de afiliados a mediados de los años treinta, unos mil seiscientos frente a los ochocientos de la OUN. Ambos movimientos ofrecieron a los campesinos ucranianos una ideología que combinaba la revolución social con la nacional.

A finales de la década de 1930 las autoridades intensificaron la represión contra comunistas y nacionalistas por igual, con muchas más detenciones entre los comunistas: la policía detuvo a cerca de tres mil simpatizantes de organizaciones comunistas y a unos setecientos nacionalistas. A pesar de la persecución política desatada por el régimen de Stalin en la década de 1930, en vísperas de la invasión soviética de Polonia en septiembre de 1939, los jóvenes de Volinia siguieron escuchando la radio soviética y mirando a la Ucrania soviética.

Józewski contrarrestó la influencia soviética intentando cerrar la frontera polaco-soviética a las incursiones bolcheviques y reprimiendo las insurrecciones campesinas prosoviéticas en Volinia, pero también se inspiró en la política de ucranización soviética e intentó convertir Volinia en un Piamonte ucraniano. En un importante cambio de la política educativa adoptada por el Gobierno polaco en Galitzia, Józewski apoyó la creación de escuelas ucranianas en Volinia. También contribuyó a que el ucraniano fuera una asignatura obligatoria en las escuelas bilingües polaco-ucranianas. El experimento de Volinia llegó a su fin en 1938 con la dimisión de Józewski como gobernador y el endurecimiento general de la actitud polaca hacia las minorías nacionales tras la muerte de Piłsudski en 1935. A pesar de todos sus esfuerzos, Józewski no logró detener la propagación de las ideas nacionalistas en Volinia.

Los nacionalistas y los comunistas consiguieron cruzar tanto las barreras internas (como la frontera de Sokal en Polonia) como las internacionales, representadas por las fronteras de los Estados de

entreguerras. El caso de los ucranianos en la Rumanía de entreguerras demuestra la capacidad de ambos grupos para hacer eso: ignorar las fronteras internacionales. Menos de un millón de ucranianos étnicos vivían en la Rumanía de entreguerras, asentados en el norte de Bucovina, el sur de Besarabia y Maramureş. Al igual que Polonia en ese periodo, Rumanía varió sus políticas hacia los diferentes grupos de ucranianos.

El Gobierno rumano acogió a los antiguos veteranos del ejército de Petliura y dotó de escuelas ucranianas a los territorios de Ucrania anteriormente gobernados por los rusos, en particular el sur de Besarabia. La política oficial fue muy diferente con respecto a los antiguos territorios gobernados por Austria, con un nivel de movilización étnica mucho mayor. En la antigua región austriaca del norte de Bucovina, el régimen rumano, cada vez más dictatorial, impuso restricciones a las actividades culturales y políticas ucranianas que superaban las introducidas por el régimen polaco en Galitzia. Además de introducir una reforma agrícola que favoreció el asentamiento de rumanos en la región a expensas de los campesinos ucranianos, el Gobierno emprendió una importante rumanización de los ucranianos, tratándolos como rumanos que de alguna manera habían olvidado su lengua materna. El rumano se convirtió en la única lengua de la administración y la educación en el norte de Bucovina, e incluso la liturgia ortodoxa (la región era predominantemente ortodoxa) debía oficiarse en rumano en lugar de en eslavo eclesiástico.

El régimen rumano era todo menos popular entre los ucranianos, que buscaban ideologías y partidos políticos alternativos que representaran sus intereses. Si el sur de Besarabia estaba más abierto a la propaganda comunista, el norte de Bucovina se convirtió en un terreno fértil para la difusión de las ideas nacionalistas. El mayor partido político ucraniano del norte de Bucovina, los demócratas nacionales, hizo todo lo posible por desarrollar organizaciones culturales y defender los intereses de la población ucraniana en el parlamento. Tuvieron cierto éxito a finales de la década de 1920, pero en general fueron incapaces de cambiar las políticas gubernamentales. Esto abrió la puerta a

grupos más radicales, como los miembros de la OUN, que formaron su primera célula en Bucovina en 1934. Los nacionalistas, en su mayoría estudiantes, no tardaron en actuar en Besarabia y Maramureş y publicaron el popular periódico *Svoboda* [Libertad], que llegó a tener 7.000 suscriptores antes de que las autoridades rumanas lo prohibieran en 1937. Las medidas represivas contra los nacionalistas ese año les obligaron a pasar a la clandestinidad, donde la organización sobrevivió al estallido de la Segunda Guerra Mundial.

En la década de 1920 y principios de la de 1930, los comunistas resultaron ser más eficaces que los nacionalistas a la hora de cruzar otra frontera europea, la de Checoslovaquia. La desintegración de la antigua monarquía de los Habsburgo pilló a aproximadamente medio millón de ucranianos en Transcarpacia, parte del reino húngaro de Austria-Hungría, antes de que hubieran conseguido decidir quiénes eran realmente: rusos, ucranianos o un grupo étnico separado llamado rutenos. Se enfrentaron a las mismas opciones que los rutenos de Galitzia en la segunda mitad del siglo XIX, pero en este caso el proceso llevó mucho más tiempo y esfuerzo. En 1919, la región se unió voluntariamente al recién creado Estado paneslavo de Checoslovaquia, donde adoptó el nombre de Rus subcarpática. El Gobierno checoslovaco, aunque en un principio era neutral con respecto a la cuestión de la identidad, acabó apoyando el desarrollo de una identidad rutena políticamente neutral. Esto supuso una mejora respecto a la época austrohúngara, cuando Budapest había intentado «magiarizar» a la población local. Praga también apoyó el desarrollo económico de la región, que era un remanso agrícola y solo representaba el 2 % de la producción manufacturera nacional. Sin embargo, al igual que en Polonia y Rumanía, el Gobierno checoslovaco no dio la mayoría de los puestos administrativos a ucranianos, sino a checos y eslovacos étnicos, y apoyó un programa de reasentamiento en la región, reservando gran parte de sus tierras para colonos.

Checoslovaquia fue el único país de Europa del Este que no

solo declaró, sino que actuó de acuerdo con los valores democráticos en el periodo de entreguerras. En el caso de Transcarpacia, eso significaba elecciones libres y justas. Dada la difícil situación económica de la región, el hambre de tierras entre los campesinos y el correspondiente aumento de las tensiones sociales, los principales beneficiarios de las libertades democráticas concedidas por Praga fueron los partidos comunistas y de izquierda radical: en 1924, los comunistas obtuvieron el 40 % de los votos. Los constructores de la nación en Transcarpacia estaban desesperadamente divididos. Los defensores de las tres vertientes de la identidad nacional ucraniana —rusófila, ucranófila y rutena — competían entre sí. Los más fuertes eran los rusófilos y los ucranófilos. La sociedad proucraniana Prosvita (Ilustración) tenía 96 salas de lectura en la región, frente a las 192 establecidas por la sociedad rusófila Dujnovich. La Iglesia ortodoxa estaba en manos de los rusófilos, mientras que los ucranófilos hacían incursiones en la Iglesia católica griega, tradicionalmente controlada por elementos prohúngaros. La identidad ucraniana moderna llegó tarde a Transcarpacia, pero en la década de 1920 se convirtió en la fuerza política más dinámica de la región, vinculándola con otros territorios ucranianos en un proyecto diverso pero cohesionado para construir una nación ucraniana moderna.

De todos los regímenes que controlaban partes del territorio ucraniano durante el periodo de entreguerras, solo las autoridades comunistas de Moscú permitieron al proyecto nacional ucraniano alguna forma de estatalidad y ofrecieron apoyo al desarrollo de la cultura ucraniana. El proyecto comunista de construcción de la nación ucraniana tuvo un amplio atractivo tanto en la Ucrania soviética como en los países vecinos de Europa del Este con grandes comunidades ucranianas. Pero el comunismo nacional como medio para resolver la cuestión ucraniana se encontró con serios obstáculos para su aplicación. En Europa del Este, los defensores de una Ucrania comunista se encontraron con diversos obstáculos: políticas anticomunistas y antiucranianas aplicadas por

los gobiernos nacionales; la oposición de los principales partidos ucranianos que buscaban un *modus vivendi* con los regímenes existentes; y la creciente competencia de la ideología nacionalista ucraniana radical. Pero la razón principal del fracaso del comunismo nacional radicó en los drásticos cambios de la política soviética que se produjeron en la década de 1930. Convirtieron a la Ucrania soviética, antes imaginada como un Piamonte comunista, en una Pompeya comunista: la erupción del volcán estalinista redujo a cenizas las grandes esperanzas que los constructores de la nación ucraniana habían abrigado alguna vez con respecto al régimen revolucionario de Moscú.

21

La fortaleza de Stalin

El 21 de diciembre de 1929, Iósif Stalin celebró su quincuagésimo cumpleaños. El acontecimiento se celebró a nivel estatal y quedó claro tanto en la Unión Soviética como en el extranjero que, tras casi una década de disputas entre los sucesores de Vladímir Lenin, había surgido un nuevo líder supremo. En los años que precedieron a su triunfo, Stalin había transformado el cargo menor de secretario general del partido en el más poderoso del país, sirviéndose de la maquinaria del partido para hacerse con el control del Gobierno y de su aparato represivo, representado por el Directorio Político Unificado del Estado (OGPU), un eufemismo para referirse a la policía secreta.

Nunca en tiempos de paz se había dependido tanto de las opiniones, acciones y caprichos de un solo individuo. Stalin superó a Lenin y a todos sus predecesores imperiales en poder e influencia, incluido Pedro i. Aunque sería un error explicar todo lo ocurrido en la Unión Soviética señalando solo a Stalin (a menudo reaccionaba a los acontecimientos en lugar de iniciarlos), no hay duda de que el mandatario y un estrecho círculo de colaboradores tomaron todas las decisiones cruciales de ese periodo. La mayoría de estos ayudantes estaban impresionados por la autoridad y el intelecto de Stalin; con el tiempo, se volvieron cautelosos a la hora de alzar la voz contra la opinión de su líder, cuyo culto a su personalidad creció sin cesar durante la década de 1930. A sus ojos, Stalin era la mejor esperanza para la supervivencia de un régimen revolucionario que creían asediado desde el exterior por el

Occidente capitalista y desde el interior por los jóvenes procedentes del campesinado, que constituía la mayoría de la población y cuya mentalidad consideraban pequeñoburguesa.

En un número especial del periódico *Pravda*, publicado con motivo del aniversario de Stalin, numerosos artículos escritos por sus leales ayudantes lo elogiaban no solo como el continuador de la causa iniciada por Karl Marx, Friedrich Engels y Vladímir Lenin, sino también como «organizador y líder de la industrialización socialista y la colectivización». El primer término, «industrialización socialista», se refería a la revolución industrial de tipo soviético, un programa financiado por el Gobierno y dirigido por el Estado que pretendía lograr un aumento revolucionario de la producción industrial. Se dio prioridad al desarrollo de la industria pesada, a la producción de energía y la construcción de maquinaria. El segundo término, «colectivización», suponía la creación de granjas colectivas gestionadas por el Estado, en parcelas de tierra que se distribuían a los campesinos en el afán de ganarse su apoyo a la causa bolchevique durante y después de las guerras revolucionarias. La aplicación de estos dos programas a finales de la década de 1920 supuso el fin de la Nueva Política Económica (NEP), que limitaba el control estatal a los sectores punteros de la industria y permitía aspectos de la economía de mercado en la agricultura, la industria ligera y el sector de los servicios.

Los dirigentes soviéticos consideraron que los programas de industrialización y colectivización, junto con la Revolución Cultural (un conjunto de estrategias destinadas a formar una nueva generación de cuadros que sustituyera a la antigua clase de dirigentes y burócratas), eran el mejor medio para garantizar la supervivencia del régimen comunista en un entorno capitalista hostil. Los tres programas eran elementos clave del plan bolchevique para transformar una sociedad agrícola tradicional en una potencia industrial moderna con un proletariado que sustituyera al campesinado como clase dominante. A lo largo de la década de 1920, los dirigentes soviéticos discutieron sobre la rapidez con la que debía aplicarse su concepto. Desde el principio

quedó claro que solo podrían financiar la industrialización desde dentro (Occidente no estaba dispuesto a financiar a un país que aspiraba a que se produjera una revolución mundial) y que la única fuente interna para la llamada acumulación socialista de capital era la agricultura; es decir, el campesinado. Al principio, Stalin había defendido una «industrialización natural y evolutiva», pero luego cambió de posición y empezó a insistir en una transformación económica y social más rápida.

El Kremlin consideraba Ucrania, la segunda república soviética más poblada, con algo más del 2 % del territorio y en torno al 20 % de población de la URSS, tanto como una fuente de fondos para la industrialización, dados su producción y potencial agrícola, como un área de inversión, y el potencial industrial ya existente en el este y el sur de la república. Pero con el centro ejerciendo un control pleno sobre los recursos, los dirigentes ucranianos tuvieron que presionar a Moscú para que invirtiera el capital extraído originalmente de las aldeas ucranianas en las ciudades ucranianas. A Ucrania le fue relativamente bien durante el primer plan quinquenal (1928-1932), pues recibió alrededor del 20 % de todas las inversiones, lo que coincidía con su porcentaje respecto a la población total de la Unión Soviética. Pero después de 1932 Ucrania se vio excluida, con el desvío de los recursos para la industrialización de los Urales y Siberia, en lo más profundo del este soviético, lejos de la peligrosa frontera con Polonia. La mayor parte del capital asignado a Ucrania se destinó a las zonas industriales tradicionales del sureste, más alejadas de la frontera. La orilla derecha del Dniéper siguió siendo una región agrícola: la mayoría de los fondos asignados allí se destinaron a la construcción de líneas de defensa para el Ejército Rojo.

Sin duda, el mayor proyecto de construcción puesto en marcha en Ucrania durante el primer plan quinquenal fue, con mucho, Dniprogues, la presa hidroeléctrica y la central eléctrica del Dniéper, construidas inmediatamente detrás de los rápidos del Dniéper. El emplazamiento se eligió cerca de la ciudad de

Oleksandrivsk, rebautizada con el nombre de Zaporiyia («sitio más allá de los rápidos») en 1921, un recuerdo del pasado cosaco de la región y un reconocimiento de la importancia del mito cosaco en los años revolucionarios. Zaporiyia había pasado de ser una pequeña ciudad adormecida a convertirse en un importante centro industrial con complejos metalúrgicos que habían crecido en torno a una central eléctrica, un importante proveedor de electricidad para las regiones industrializadas del Donbás y Krivi Rig. Además de contribuir a la producción de electricidad, la presa resolvió un importante problema que había obstaculizado el desarrollo económico de la región al aumentar la profundidad del Dniéper lo suficiente como para ahogar los rápidos y hacer el río navegable. La Dniprogues, la central hidroeléctrica del Dniéper, se convirtió en el símbolo de unión del primer plan quinquenal soviético, mientras que la población de Zaporiyia se cuadruplicó en el transcurso de una década, con lo que pasó de 55.000 personas en 1926 a 243.000 en 1937. Como la mayoría de los marxistas de su época, Lenin creía en el poder transformador de la tecnología y, en una ocasión, llegó a declarar que el comunismo era el poder soviético más la electrificación de todo el país. La propaganda soviética afirmaba que la Dniprogues era el primer gran paso hacia el comunismo, pero los de arriba se dieron cuenta de que necesitaban no solo el poder soviético sino también la eficiencia del capitalismo para alcanzarlo. «Combinar el empuje revolucionario ruso con la perspicacia empresarial estadounidense es la esencia del leninismo en la actividad del Partido y del Estado», afirmó Stalin en 1924. Los asesores estadounidenses, que vivían en Zaporiyia en unas casitas de obra vista como en una «ciudad-jardín americana», con dos pistas de tenis y campos de golf, compartieron su experiencia capitalista con los directivos e ingenieros de la Dniprogues. El principal consultor estadounidense fue el coronel Hugh Lincoln Cooper, un ingeniero civil que se había curtido durante la construcción de la central eléctrica de Toronto en las cataratas del Niágara y de la presa Wilson, que formaba parte de la Tennessee Valley Authority, de propiedad estatal. Defensor de la libre empresa que en una ocasión había testificado

ante el Congreso en contra de la participación directa del Gobierno estadounidense en proyectos de desarrollo, Cooper aceptó la oferta de los bolcheviques cuando depositaron la suma de 50.000 dólares en su cuenta bancaria, antes incluso de que se iniciaran las negociaciones sobre el volumen de sus servicios para el proyecto.

El «empuje revolucionario ruso» que Stalin quería combinar con la perspicacia empresarial estadounidense atrajo a decenas de miles de campesinos ucranianos no cualificados a la Dniprogues, pero deseosos de ganarse la vida. El número de trabajadores empleados en la construcción de la presa y de la central eléctrica pasó de 13.000 en 1927 a 36.000 en 1931. La rotación de la mano de obra era extremadamente alta, a pesar de que las autoridades abandonaron el principio de igualdad salarial para todas las categorías de trabajadores. Ahora los jefes cobraban a veces diez veces más que los trabajadores no cualificados, mientras que los trabajadores cualificados cobraban tres veces más que estos últimos. Los campesinos tuvieron que convertirse en obreros no solo aprendiendo el oficio, sino también acostumbrándose a llegar al trabajo a tiempo, a tomar descansos no a su antojo, sino a instancias de sus jefes. Esto fue difícil para muchos de los recién llegados a la obra del comunismo. En 1932, la administración de la Dniprogues contrató a 90.000 trabajadores y despidió a 60.000.

El 1 de mayo de 1932, tras cinco años de construcción, los ingenieros realizaron las primeras pruebas de turbinas y de generadores fabricados por empresas estadounidenses, entre ellas la Newport News Shipbuilding and Drydock Company y General Electric. En octubre la flamante planta, cuyo coste estimado de 50 millones de dólares se había multiplicado por ocho al final de la construcción, se inauguró oficialmente para su puesta en marcha. El jefe formal del Estado soviético, Mijaíl Kalinin, presidente del Soviet Supremo, acudió a las obras para presidir la ceremonia de inauguración de la planta. Se pronunciaron discursos de exaltación del comunismo. Poco después, el coronel Cooper y otros cinco asesores estadounidenses recibieron la Orden de la Bandera Roja del Trabajo por su contribución a la construcción del comunismo.

La construcción de la Dniprogues hizo historia en más de un

sentido. Por primera vez desde el inicio del desarrollo industrial en Ucrania, la mano de obra principal estaba formada por ucranianos, no por rusos étnicos. Los primeros representaban en torno al 60 % de todos los empleados, mientras que los últimos solo representaban el 30 %. Las razones de este cambio habrían sido obvias para cualquiera que hubiera abandonado las obras de Dniprogues en octubre de 1932 y explorado el campo, que se preparaba ya para la hambruna que se avecinaba.

A finales de la década de 1920, la vida en el campo ucraniano se hizo insoportable para sus habitantes, más o menos como lo había sido en el campo ruso antes de la revolución, o puede que más. No se debió a la pobreza del suelo ni al mal tiempo, sino a un cambio drástico en el clima político, que convirtió el campo ucraniano en un infierno para los campesinos, pues los obligó a abandonar sus hogares hacia obras de construcción como la presa hidroeléctrica del Dniéper. Fue una consecuencia de la política de colectivización forzosa de Stalin, que expulsó a los campesinos de su entorno natural en el proceso de extraer todos los recursos posibles de la aldea.

En el otoño de 1929, con el apoyo de Lazar Kaganóvich, ex secretario general del Comité Central del Partido Comunista de Ucrania, que fue llamado a Moscú y nombrado responsable de la industria agrícola, Stalin lanzó la colectivización de la tierra y de las granjas campesinas, exigiendo que todas las fuerzas y recursos del Estado se volcaran en la implementación de esta política. Introducida en toda la URSS, la campaña afectó sobre todo a las regiones productoras de cereal, entre las que Ucrania era una de las más productivas. Decenas de miles de oficiales de la OGPU, funcionarios y miembros de base del partido llegaron al campo para obligar a los campesinos a unirse a las granjas colectivas, lo que significaba renunciar a sus parcelas privadas de tierra, así como a sus caballos y a los aperos de labranza. En marzo de 1930, las autoridades informaron de la colectivización de hasta el 70 % de toda la tierra cultivable, un aumento de más de diez veces en

comparación con el año anterior, cuando menos del 6 % de toda la tierra era propiedad de las granjas colectivas y estatales. A la mayoría de los campesinos los presionaron para unirse a las granjas colectivas, pero muchos se resistieron. En la primavera de 1930, una oleada de revueltas campesinas recorrió el campo ucraniano. Solo en marzo de 1930, las autoridades registraron más de 1.700 levantamientos y protestas campesinas. Los insurgentes mataron a decenas de administradores y activistas soviéticos, y otros cientos fueron atacados y maltratados. En las regiones de Ucrania fronterizas con Polonia, pueblos enteros se levantaron y marcharon hacia la frontera para escapar de los horrores de la campaña de colectivización estalinista.

Contra los insurgentes en las regiones fronterizas de importancia estratégica y la ola de disturbios campesinos que se extendía a otras partes de la Unión Soviética el Gobierno soviético empleó el ejército y la policía secreta para perseguirlos. Su objetivo era principalmente el campesinado rico, que no tenía ningún incentivo para unirse a las granjas colectivas y a menudo lideraba las protestas contra la colectivización forzada de la propiedad agraria. Las autoridades no solo detuvieron y encarcelaron a los líderes de las revueltas campesinas, sino que también deportaron y reubicaron a todo aquel que fuera considerado un *kurkul* (en ruso, *kulak*), término que primero se aplicó a los campesinos acomodados y luego se extendió a todo aquel que no formara parte de la población rural más pobre. En 1930 los soviéticos deportaron a 75.000 familias de supuestos *kurkul* de Ucrania a zonas remotas de Kazajistán y Siberia. Muchos fueron llevados en tren a bosques remotos y se los dejó morir de enfermedad y desnutrición.

Pero la oposición en el campo era demasiado grande para poder contrarrestarla solo con represión, y el Gobierno decidió hacer una retirada táctica. En marzo de 1930 Stalin publicó un artículo con el revelador título de «Mareados por el éxito», en el que culpaba de la colectivización forzosa a los funcionarios locales demasiado entusiastas. Los activistas del partido interpretaron el artículo como una orden para poner fin a este fenómeno, y en los meses siguientes la mitad de las tierras previamente colectivizadas

volvieron a manos de los campesinos que habían abandonado las granjas colectivas. Pero la retirada fue temporal. En otoño de 1930 se reanudó la campaña de colectivización forzosa. Esta vez los campesinos optaron por formas de resistencia principalmente pasivas, como negarse a cultivar más grano y más productos agrícolas de los necesarios para subsistir, o sacrificar animales domésticos para evitar su confiscación por parte del Estado y huir a centros industriales como Zaporiyia, donde se unieron al nuevo proletariado socialista.

Ante esta nueva forma de resistencia campesina, Stalin y sus acólitos se negaron a admitir la derrota y acusaron a los campesinos de sabotaje y de intentos de matar de hambre a la población de las ciudades y de dinamitar la industrialización. Las autoridades declararon que los campesinos escondían el grano y exigían grandes cuotas tanto al campesinado colectivizado como a los que se negaban a unirse a las granjas colectivas. El régimen fue especialmente duro con Ucrania, ya que era crucial para el cumplimiento de los planes económicos de Moscú. A mediados de 1932, el 70 % de los hogares ucranianos se habían colectivizado, mientras que la media era del 60 % en toda la Unión Soviética. La república, que producía el 27 % de todo el grano soviético, pasó a ser responsable del 38 % de todas las entregas de grano al Estado. La nueva política trajo consigo una hambruna masiva y la inanición en Ucrania en el invierno y la primavera de 1932, que afectó a las áreas más densamente pobladas de la zona de bosque-estepa en Ucrania.

Cientos de miles de personas murieron de hambre, y solo en la provincia de Kíiv más de 80.000 murieron de inanición. Las zonas de cultivo de remolacha azucarera al suroeste de Kíiv, alrededor de las ciudades de Bila Tserkva y Umán, se vieron especialmente afectadas. Vlas Chubar, jefe del Gobierno ucraniano, admitió en junio de 1932 que la hambruna se debía a las excesivas requisas que dejaban a los campesinos sin nada que comer. Escribió a Stalin:

> Dada la imposibilidad general de cumplir el plan de

> requisición de grano, cuya razón principal es la cosecha menor en Ucrania en su conjunto y las colosales pérdidas sufridas durante la cosecha (resultado de la débil organización económica de las granjas colectivas y de su gestión totalmente inadecuada desde los distritos y desde el centro), se puso en marcha un sistema de confiscación de todo el grano producido por los agricultores individuales, incluidas las reservas de semillas, y la confiscación casi total de todos los productos de las granjas colectivas.

Según Chubar, los más afectados por la hambruna fueron los campesinos no colectivizados, cuya propiedad fue confiscada por el Estado por no cumplir los objetivos de la requisición de grano. Los siguientes en la lista fueron los miembros de las granjas colectivas con familias numerosas. En marzo y abril de 1932, miles de personas se morían de hambre en cientos de pueblos. En mayo de 1932, un representante del Comité Central del Partido Comunista de Kíiv eligió al azar siete pueblos del distrito de Umán. En ese mes se registraron 216 muertes por inanición, y se preveía que otras 686 personas murieran en los días siguientes. En una de esas aldeas, Gorodnitsia, el funcionario del partido escribió a sus superiores en Járkiv, la capital de la RSS ucraniana: «Ya han muerto un centenar de personas; el número de muertos diarios es de entre 8 y 12; la gente está hinchada de hambre en cien de seiscientas granjas». Chubar pidió a Stalin que ayudara a la población famélica de Ucrania, pero el secretario general no quiso ni oír hablar del tema. Negó la realidad de la hambruna y prohibió el uso de la palabra en la correspondencia oficial.

Stalin atribuyó el fracaso de su política no solo a la resistencia de los campesinos a la colectivización y a las cuotas de obtención de grano, sino también a la resistencia latente de los cuadros del partido ucraniano. «*Lo más importante* ahora es Ucrania», escribió Stalin a Kaganóvich en agosto de 1932.

> Dicen que en dos óblasts de Ucrania (Kíiv y Dniepropetrovsk, creo), unos cincuenta comités de distrito se han manifestado en *contra* del plan de requisición de cereal, calificándolo de *poco realista*. [...] Si no tomamos medidas inmediatas para rectificar la situación en Ucrania, podríamos perderla. Hay que tener en cuenta que Piłsudski no pierde el tiempo... También hay que tener en

> cuenta que en el Partido Comunista de Ucrania (500.000 miembros, ja, ja), no faltan (¡sí, no faltan!) elementos corruptos, petliuritas comprometidos, latentes, y, en fin, agentes confesos de Piłsudski. En cuanto las cosas empeoren, estos elementos no dudarán en abrir un frente dentro (y fuera) del partido, *contra* el partido.

El amo del Kremlin estaba claramente preocupado por las perspectivas de supervivencia del régimen. Nunca se recuperó del repentino ataque de las tropas polacas y ucranianas a Kíiv en la primavera de 1920. En ese momento, los antiguos social-revolucionarios ucranianos se unieron a las tropas de avance de Józef Piłsudski y Simon Petliura. Stalin temía que se repitiera lo ocurrido en 1920 a mayor escala. A principios de la década de 1930, el número de miembros del partido en Ucrania alcanzó el medio millón, el 60 % de los cuales eran ucranianos étnicos, resultado de las políticas de ucranización. ¿Seguirían esos cuadros siendo leales a Stalin en caso de repetirse la invasión de Piłsudski? Tenía serias dudas al respecto. En julio de 1932, la Unión Soviética había firmado un pacto de no agresión con el mismo Piłsudski, que garantizaba la no agresión de Occidente durante los tres años siguientes. En opinión de Stalin, había llegado el momento de «asegurar a Ucrania» requisando el grano y dando un escarmiento a los campesinos que se resistieran a la colectivización y de purgar el aparato del partido ucraniano de aquellos que se negaran a cumplir sus órdenes.

La carta de Stalin de agosto de 1932 a Kaganóvich incluía un plan detallado para evitar «perder» Ucrania. Propuso sustituir a los entonces dirigentes del partido y del Gobierno ucranianos, así como a la dirección de la policía secreta, por nuevos cuadros. «Debemos fijarnos el objetivo de convertir a Ucrania, en el menor tiempo posible, en una auténtica fortaleza de la URSS, una república verdaderamente ejemplar», escribió. En noviembre, Stalin envió a Ucrania a un alto mando de la OGPU para que tomara el control del aparato policial secreto en la república. En diciembre, el líder convirtió una reunión del Politburó sobre la cuestión de requisición de grano en una plataforma para lanzar un ataque a la dirección del partido ucraniano, acusándola no solo de

no cumplir las cuotas, sino también de distorsionar la línea del partido sobre la ucranización. «El Comité Central y el Soviet de Comisarios del Pueblo constatan», se decía en la resolución preparada por orden de Stalin, «que en lugar de la correcta aplicación bolchevique de la política de nacionalidad en una serie de distritos de Ucrania, la ucranización se llevó a cabo de manera mecánica, sin tener en cuenta las características específicas de cada distrito, sin una cuidadosa selección de los cuadros bolcheviques ucranianos, lo que facilitó la creación por parte de elementos nacionalistas burgueses, a los petliuritas y a otros, crear sus tapaderas legales, sus células y organizaciones contrarrevolucionarias.»

La resolución del Politburó supuso el fin de la ucranización en las zonas pobladas por ucranianos en el Cáucaso Norte y el Extremo Oriente. También se convirtió en la base para un ataque a la política de ucranización y a sus cuadros en la propia Ucrania, lo que llevó al despido o la detención de cientos, si no miles, de funcionarios del partido y al suicidio de Mikola Skripnik, comisario del pueblo para la Educación y principal promotor de la ucranización a nivel estatal. Stalin acusó a los nacionalistas ucranianos, tanto en el interior como en el exterior, de incitar al campesinado ucraniano a sabotear la política del partido y a ocultar el grano al Estado, lo que iba en detrimento de la campaña de industrialización. El ataque al campesinado ucraniano fue paralelo al ataque a la cultura ucraniana. La hambruna que comenzó en Ucrania cuando el Politburó emitió su resolución sobre las requisiciones de grano y la ucranización fue resultado no solo de las políticas de Stalin hacia el campesinado y los cuadros del partido, sino también de los cambios en la política de nacionalidad, que equiparó la resistencia a las requisiciones de grano con el nacionalismo.

En diciembre de 1932, Stalin envió a Ucrania a Kaganóvich y al presidente del Gobierno soviético, Viacheslav Mólotov, para asegurarse de que se cumpliera el irrealista plan de requisición de grano. Dirigidos por los plenipotenciarios de Moscú e intimidados por la OGPU, los funcionarios del partido ucraniano sacaron todo

cuanto pudieron del campesinado, que se moría de hambre en muchos casos. Las autoridades castigaron a las aldeas que no podían cumplir con sus cuotas mediante la interrupción de todos los suministros de productos básicos, incluidas las cerillas y el queroseno, y confiscando no solo el grano sino también el ganado y todo lo comestible. Los informes de las primeras muertes causadas por la nueva hambruna aparecieron ya en diciembre de 1932; en marzo del siguiente año, las muertes por inanición se convirtieron en un fenómeno masivo. Los líderes del partido, alarmados, bombardearon Járkiv y Moscú con peticiones de ayuda. Esta llegó de manera insuficiente y demasiado tarde para salvar a los millones de campesinos hambrientos. La mayoría de las víctimas murieron a finales de la primavera y principios del verano, cuando los suministros de alimentos se agotaron por completo. Muchos murieron porque habían comido hierba o verduras muy tempranas: sus estómagos no podían digerir los alimentos crudos después de tantos meses de hambre.

Las más afectadas fueron las zonas de bosque-estepa de los entonces óblasts de Kíiv y Járkiv, que sufrieron la hambruna a principios de la primavera: demasiado débiles para hacer una siembra correcta, los campesinos de la zona tenían pocas provisiones y fueron los primeros en morir. A finales de 1933, las provincias de Kíiv y Járkiv habían perdido hasta un millón de habitantes cada una. Las principales zonas de cultivo de cereales de la estepa ucraniana (Odesa y Dniepropetrovsk) perdieron más de 300.000 personas. Menos afectada se vio la región industrial del Donbás, donde 175.000 personas murieron de hambre en 1933. Las zonas de estepa se vieron menos afectadas por la hambruna que las de la estepa-bosque, porque no habían padecido la hambruna del año anterior; además, si la situación se volvía realmente insoportable, los campesinos podían encontrar refugio en las obras de Zaporiyia, Krivi Rig y el Donbás. Y aun más: en la primavera de 1933 el Gobierno central estaba mucho más dispuesto a suministrar al sur grano a modo de ayuda que al centro de Ucrania: Moscú necesitaba más grano, y la única manera de conseguirlo era mantener a la gente viva en las principales zonas productoras para

que recogieran las cosechas. Al resto se los dejó morir. Según el último recuento, la hambruna en Ucrania mató a unos 4 millones de personas, diezmando con creces el país: una de cada ocho personas murió por este motivo entre 1932 y 1934.

La hambruna creó otra Ucrania soviética. Stalin se las arregló para mantenerla en su poder y purgó el aparato del partido y del Estado de aquellos cuya conciencia les impedía ir contra su pueblo y llevarse los últimos alimentos que le quedaban a la población hambrienta: en la primera mitad de 1933, de entre los más de trescientos secretarios de los comités de distrito del partido, más de la mitad perdieron sus cargos, muchos de los cuales fueron detenidos y deportados. El resto siguió la línea del partido, fuera cual fuera. Esos eran los cuadros que Stalin quería conservar, al menos por el momento. También consiguió un nuevo campesinado «socialista». Los que habían sobrevivido a la hambruna habían aprendido la lección: solo se podía sobrevivir uniéndose a las granjas colectivas controladas por el partido, que tributaban menos que las granjas unipersonales, y en la primavera de 1933 eran las únicas que recibían ayudas del Gobierno. La colectivización de la gran mayoría de las explotaciones campesinas y de las tierras, que ya era un hecho, cambió radicalmente la economía, la estructura social y la política del campo ucraniano

¿Fue la Gran Hambruna Ucraniana (el Holodomor) un acto deliberado de genocidio contra Ucrania y su pueblo? En noviembre de 2006, el parlamento ucraniano lo reconoció como tal. Varios parlamentos y gobiernos de todo el mundo aprobaron resoluciones similares, mientras que el Gobierno ruso lanzó una campaña internacional para refutar la posición ucraniana. Las polémicas políticas y los debates académicos sobre la naturaleza de la hambruna ucraniana continúan hasta hoy, centrándose principalmente en la definición del término «genocidio». Pero existe un amplio consenso en torno a los hechos decisivos de la hambruna de 1932-1933 y su interpretación. La mayoría de los investigadores coinciden en que la hambruna fue un fenómeno artificial impulsado por la política oficial. Aunque la hambruna también se extendió por el Cáucaso Norte, el bajo Volga y

Kazajistán, solo en Ucrania fue el resultado de una política con un claro matiz etnonacional: la hambruna comenzó poco después de la decisión de Stalin de poner fin a la política de ucranización, combinada con una purga de los cuadros del Partido Comunista ucraniano. Esta catástrofe infligió un grave trauma a la sociedad ucraniana y la privó de la capacidad de resistir abiertamente al régimen durante una generación.

Stalin utilizó la Gran Hambruna para convertir a Ucrania en una «república soviética ejemplar», como escribió en una carta a Kaganóvich. El traslado de la capital en 1934 de Járkiv a Kíiv, cuya intelectualidad, devastada por las purgas, ya no suponía una amenaza para el régimen soviético en Ucrania, completó la transformación de una república autónoma de mentalidad independiente en una provincia ordinaria del Imperio soviético.

Tal como quería el amo del Kremlin, Ucrania se convirtió en un modelo de industrialización y colectivización soviética. A finales de la década de 1930, la producción industrial de Ucrania era 8 veces superior a la de 1913, solo ligeramente por detrás de la mayor de las repúblicas soviéticas: Rusia. El sector agrícola estaba totalmente colectivizado: el 98 % de los hogares y el 99,9 % de las tierras cultivables eran de propiedad colectiva. Pero las impecables estadísticas de la colectivización fueron desacreditadas por la pésima producción de la agricultura. En 1940, Ucrania produjo 26,4 millones de toneladas de grano, solo 3,3 millones más que en 1913, lo que supone un aumento de solo el 13 %. El campo, devastado por el Holodomor y la colectivización, no pudo seguir el ritmo del rápido crecimiento de la industria en la ciudad. Aunque Ucrania experimentó una rápida industrialización y modernización, pagó un precio enorme por este «salto adelante». Entre 1926 y 1937, la población de la Ucrania soviética se redujo de 29 a 26,5 millones de habitantes, pasando a poco más de 28 millones en 1939.

Muchos ucranianos de todos los grupos étnicos murieron durante el Gran Terror (o Gran Purga): las numerosas oleadas de

detenciones, ejecuciones y exilios que hubo en la Unión Soviética entre 1936 y 1940, y que se cobró el mayor número de víctimas en 1937. Entre 1937 y 1938, fueron detenidas en Ucrania 270.000 personas de las que casi la mitad fueron ejecutadas. El Gran Terror tenía el mismo propósito que la mayoría de las medidas de Stalin en la década de 1930: asegurar la supervivencia del régimen y su posición como líder supremo. Hizo fusilar a sus antiguos aliados, y posteriormente enemigos, como Lev Kámenev, Grigori Zinóviev y Nikolái Bujarin. En Ucrania corrieron la misma suerte los dirigentes del partido, del Estado y del aparato de la policía secreta que habían mostrado su lealtad a Stalin durante el Holodomor. El régimen necesitaba nuevos cuadros obedientes que desconocieran los crímenes del pasado y sirvieran con fidelidad a su líder. Además de los cuadros del partido, el terror afectó más a los antiguos miembros de los partidos no bolcheviques y a las minorías nacionales. Ucrania, como república fronteriza con numerosas minorías de cuya lealtad dudaba el régimen, volvió a estar bajo el escrutinio del centro. En la cúspide de la jerarquía enemiga estaban los polacos y los alemanes étnicos. Los polacos representaban en torno al 20 % de los detenidos y los alemanes un 10 %. La URSS tenía en la mira a ambos grupos, cuya proporción de la población total era inferior al 1,5 %, por considerarlos espías potenciales y «quintacolumnistas» de Polonia y Alemania, sus principales adversarios en ese momento.

En 1938, Stalin envió a Ucrania a su nuevo lugarteniente, Nikita Jrushchov, para que llevara a cabo las últimas medidas represivas y preparara la república para el posible estallido de una guerra. La tarea de Jrushchov era la misma que la de sus predecesores: convertir Ucrania en una fortaleza socialista. «Camaradas —dijo Jrushchov a los delegados del Congreso del Partido ucraniano en junio de 1938—, debemos hacer todo lo posible para asegurar que las tareas y las directrices del Comité Central del Partido Comunista de toda la Unión [bolchevique] y del camarada Stalin —hacer de Ucrania una fortaleza inexpugnable para los enemigos— se cumplan con honor.» Los años siguientes pondrían a prueba la fortaleza del «reducto» de Jrushchov.

En octubre de 1938, el Gobierno de la Checoslovaquia «recortada» (que estaba siendo desmembrada por Hitler) nombró a una figura ucraniana, el padre Avgustin Voloshin, para dirigir el Gobierno de la Transcarpacia autónoma, que pasó de llamarse Rus subcarpática a Ucrania carpática. La decisión se tomó tras el traspaso a Hungría de zonas de Transcarpacia pobladas por húngaros, junto con sus dos principales centros urbanos, Úzhgorod y Mukácheve. El nuevo gobierno ucraniano sustituyó a la efímera administración de orientación rusófila y adoptó el ucraniano como lengua oficial. También creó sus propias unidades paramilitares para combatir a las formaciones militares húngaras y polacas. Bautizadas con el nombre de Sich de los Cárpatos —en honor a los fusileros de Sich de Galitzia y a los cosacos zapórogos—, estas unidades incluían no solo a locales, sino también a ucranianos de otras regiones, en particular jóvenes miembros de la Organización de Nacionalistas Ucranianos (OUN), que habían llegado desde Polonia para luchar por la causa del Estado ucraniano.

El año 1939 comenzó con rumores en los ministerios de Asuntos Exteriores europeos de que Hitler planeaba utilizar la Ucrania de los Cárpatos para atacar la Ucrania soviética y «reunificar» todos los territorios étnicos ucranianos. En enero, Hitler propuso al ministro de Asuntos Exteriores polaco, Józef Beck, que estaba de visita en Alemania, intercambiar Danzig y el corredor polaco al mar Báltico por nuevos territorios en Ucrania que se obtendrían como resultado de la invasión alemana de la URSS. Beck rechazó la oferta. Al margen de la posición de Beck, Hitler decidió no jugar la carta de Ucrania contra Stalin, al menos no de inmediato. Cuando sus tropas entraron en Praga en marzo de 1939 para poner fin a la existencia de Checoslovaquia, Hitler se opuso a la creación de un Estado ucraniano independiente y entregó Transcarpacia a su aliada Hungría. El Gobierno de la región autónoma de Transcarpacia recibió esta decisión con sorpresa y decepción.

El 15 de marzo de 1939, mientras las tropas de Hitler entraban en Praga, el parlamento de la Ucrania de los Cárpatos proclamó la independencia de su tierra. El nuevo país eligió el azul

y el amarillo como colores de su bandera nacional y adoptó como propio el himno nacional de la actual Ucrania: «Ucrania aún no ha perecido». La declaración de independencia no detuvo al ejército húngaro, que avanzó hacia la región, sin encontrar resistencia por parte de las tropas checoslovacas. La única fuerza que luchó contra la embestida húngara fueron los combatientes de la unidad Sich de los Cárpatos. «Cuando ocho millones de checos se sometieron a las autoridades alemanas sin ofrecer la más mínima resistencia, miles de ucranianos se enfrentaron a un ejército húngaro de varios miles», escribió un periodista ucraniano de la época. En total, el Sich de los Cárpatos contaba con unos dos mil combatientes. Como las fuerzas eran desiguales, la resistencia de los ucranianos no tardó en ser aplastada. El Gobierno de Voloshin se marchó del país, y los soldados húngaros o los guardias fronterizos polacos capturaron a muchos miembros de la OUN supervivientes en su camino de vuelta a Galitzia. Este fue el primer bautismo de fuego para los combatientes nacionalistas: vendrían muchas más batallas.

Stalin estaba lo suficientemente preocupado por los acontecimientos en Transcarpacia como para ridiculizar la idea del apoyo alemán a la independencia de Ucrania en un discurso en el congreso del partido en Moscú en marzo de 1939. La presencia de importantes territorios ucranianos fuera de la Unión Soviética que podían ser utilizados por Hitler para desafiar la legitimidad del control de Stalin sobre la Ucrania soviética, se convirtió en una de las principales preocupaciones de los «constructores de la fortaleza» en vísperas de la Segunda Guerra Mundial. Se produjo una importante grieta en la muralla defensiva de la Unión Soviética: la amenaza del irredentismo ucraniano.

22

El *Lebensraum* de Hitler

Adolf Hitler expuso sus puntos de vista sobre el futuro del mundo en *Mein Kampf* (*Mi lucha*), el libro que dictó en la cárcel de Landsberg, en Baviera, durante el encarcelamiento por su participación en el Putsch de la cervecería de Múnich en noviembre de 1923. En su celda, el antiguo súbdito de los Habsburgo se comprometió a luchar contra la llamada conspiración judía para dominar el mundo y propuso la creación de un imperio alemán que proporcionara a la raza aria un *Lebensraum* (espacio vital) en Europa del Este. Hitler solo pasó un año en prisión. A partir de 1933, cuando se convirtió en canciller de Alemania y el Partido Nazi llegó al poder, dispuso de recursos suficientes para empezar a poner en práctica sus planes. Las ideas de Hitler, esbozadas por primera vez en 1923, tuvieron una profunda repercusión en el mundo, pero en pocos lugares su impacto fue tan devastador y sus consecuencias tan trágicas como en Ucrania, que se convirtió en la pieza central de la idea de *Lebensraum* hitleriana.

La noción de un espacio vital para los alemanes no fue una creación de Hitler. Formulada por primera vez en vísperas de la Primera Guerra Mundial, preveía que acabarían por poseer territorios en todo el mundo. La derrota de Alemania en la guerra había hecho casi imposible la expansión colonial por las rutas marítimas controladas por los británicos, y Hitler solo vio oportunidad de crecimiento hacia Europa del Este. «Será más práctico emprender esa lucha militar por nuevos territorios en

Europa que hacer la guerra por la adquisición de dominios fuera de ella», escribió en *Mein Kampf*. El Tratado de Brest-Litovsk (1918), que incluía el reconocimiento de una Ucrania independiente de Rusia y ocupada por tropas alemanas y austriacas, proporcionó un modelo para la expansión alemana hacia el este. Pero Hitler no tenía un interés particular en construir allí una nación. Su objetivo era muy diferente: eliminar la población existente hasta el Volga y repoblar las fértiles tierras de Europa del Este, especialmente Ucrania, con colonos alemanes. «Nunca se insistirá lo suficiente en la necesidad de adoptar una política que permita mantener una clase campesina sana como base de la comunidad nacional —escribió Hitler en *Mein Kampf*—. Muchos de nuestros males actuales tienen su origen exclusivamente en la desproporción entre las fracciones urbana y rural de la población.»

La utopía rural de Hitler para los alemanes requería no solo la apropiación de nuevos territorios, sino también su desurbanización y despoblación. Su visión de Europa Oriental era radicalmente distinta de la que propugnaban los líderes bolcheviques, incluido Stalin. Ambos dictadores estaban dispuestos a derramar toda la sangre que hiciera falta para hacer realidad sus utopías, y ambos necesitaban la tierra negra ucraniana y la agricultura para alcanzar sus objetivos, pero tenían actitudes distintas hacia las ciudades y la población en general. Ucrania aprendería lo que eso significaba en la práctica y evaluaría el grado de diferencia entre ambos regímenes durante su ocupación de tres años por la Alemania nazi, de 1941 a 1944. Con su reputación anterior a 1914 de ser el granero de Europa y una de las mayores concentraciones de judíos del continente, Ucrania se convertiría tanto en un objeto principal del expansionismo alemán como en una de las principales víctimas de los nazis. Entre 1939 y 1945 perdería casi siete millones de ciudadanos (cerca de un millón de ellos judíos), es decir, más del 16 % de su población de antes de la guerra. Solo Bielorrusia y Polonia —dos países más en la esfera del *Lebensraum* de Hitler— sufrieron pérdidas proporcionales mayores.

En *Mein Kampf*, Hitler preveía una alianza con Gran Bretaña para derrotar a Francia y un pacto con Rusia para aniquilar a Polonia. En última instancia, se suponía que Rusia —o, más bien, la Unión Soviética— proporcionaría a Hitler lo que quería: tierras para asentarse y riqueza de recursos naturales que convertirían a Alemania en un imperio continental cuyos vínculos con sus colonias la marina británica no podría cortar. La alianza con Gran Bretaña nunca se materializó, pero para el otoño de 1939 Hitler sí había logrado un acuerdo con la Unión Soviética y la destrucción de Polonia.

Cuando la Segunda Guerra Mundial comenzó con un ataque alemán a Polonia el 1 de septiembre de 1939, Hitler y Stalin ya habían acordado un reparto de los territorios polacos sobre la base del Pacto Mólotov-Ribbentrop, firmado menos de diez días antes. Mientras Stalin retrasaba la entrada soviética en la guerra, preocupado por la reacción de Gran Bretaña y Francia, así como por el conflicto soviético-japonés en Mongolia, la diplomacia alemana utilizó la carta ucraniana para acelerar la ofensiva soviética contra Polonia. Afirmaron que, si la URSS seguía retrasando la invasión, Alemania no tendría más remedio que crear Estados separados en los territorios asignados a la Unión Soviética. La formación de un Estado ucraniano respaldado por Alemania en Galitzia y Volinia era lo último que Stalin quería en esa zona. Cuando finalmente envió sus tropas a través de la frontera polaca, marcharon con el pretexto de defender a los «fraternales» pueblos ucranianos y bielorrusos.

A principios de octubre de 1939, el ejército polaco había dejado de existir, destruido por los ataques de los dos poderosos vecinos. Los soviéticos capturaron —pero luego liberaron— a la mayoría de sus soldados rasos. A los oficiales, sin embargo, les esperaba un destino diferente. La URSS retuvo a unos 15.000 en tres campos de detención, uno en Ucrania y dos en Rusia. En la primavera de 1940, la mayoría fueron asesinados en el bosque de Katyn, cerca de Smolensk, y en otros lugares de masacres masivas. Al principio, sin embargo, poca gente —especialmente entre los no polacos— sospechaba de las malas intenciones de los soviéticos. El

Ejército Rojo, que no estaba a la altura de los alemanes en cuanto a mecanización, demostró su superioridad sobre las tropas polacas en la calidad de su armamento, que incluía nuevos tanques, aviones y modernos cañones, todos ellos producto del esfuerzo de industrialización estalinista. Pero, para sorpresa de muchos, los oficiales y soldados soviéticos iban a menudo mal vestidos, estaban mal nutridos, y se escandalizaban de la relativa abundancia de alimentos y productos en las tiendas polacas. Los lugareños consideraban a los oficiales soviéticos ideológicamente adoctrinados, incultos y poco sofisticados. Durante años, contaban y repetían historias sobre las esposas de los oficiales del Ejército Rojo que supuestamente acudían a los teatros en camisón, creyendo que eran vestidos de noche. Pero los ciudadanos no polacos del antiguo Estado polaco estaban dispuestos a convivir con los bien armados e incultos «liberadores» siempre que prometieran mejorar sus vidas, y durante un tiempo parecía que cumplirían sus promesas.

En cuanto el Ejército Rojo tomó Lviv y otros centros importantes de Galitzia y Volinia, los ocupantes celebraron elecciones al estilo soviético para la Asamblea Nacional de Ucrania Occidental, que a su vez pidió a Kíiv y a Moscú la anexión de Galitzia y Volinia a la Ucrania soviética. Nikita Jrushchov, el recién nombrado jefe del partido en Kíiv, insistió en que el norte de Polesia, incluida la ciudad de Brest, también se transfiriera a Ucrania, pero Stalin decidió asignar ese territorio a la República de Bielorrusa. El nuevo gobierno permitió a los ucranianos y los judíos locales ingresar en el servicio público y ocupar puestos en las instituciones educativas, médicas y de otro tipo que se les había negado bajo el dominio polaco. Trataron bien a los judíos locales, pero a menudo devolvieron a la frontera a los que los alemanes expulsaron de Polonia. Las autoridades lanzaron una amplia campaña de ucranización, convirtiendo la universidad, las escuelas, los teatros y las editoriales de lengua polaca en ucranianas. También nacionalizaron grandes propiedades y repartieron la tierra entre los campesinos pobres. Las simpatías prosoviéticas, siempre fuertes entre los miembros del Partido

Comunista y de las organizaciones de izquierdas de la región, se hicieron aún más fuertes.

Pero la luna de miel en las relaciones entre las autoridades soviéticas y los ucranianos locales no duró mucho. Los soviéticos, que nunca habían tenido una buena disposición hacia la religión organizada —la base institucional de la identidad ucraniana en la antigua república polaca—, confiscaron las tierras de la Iglesia greco-católica e intentaron limitar la presencia en la vida pública de las iglesias tradicionales, tanto ortodoxas como greco-católicas. Más sorprendente fue el trato que los soviéticos dieron a los antiguos dirigentes y a los miembros de las bases del Partido Comunista de Ucrania Occidental, de los que a menudo se sospechaba que eran nacionalistas y acababan en el punto de mira de la policía secreta soviética. La misma sospecha recayó pronto sobre los cuadros ucranianos ascendidos a puestos de responsabilidad en el gobierno local y la educación.

En 1940, las fuerzas de ocupación iniciaron las detenciones y deportaciones masivas de la población local al Extremo Norte, Siberia y Asia Central. Antiguos funcionarios del Gobierno y de la policía polaca, miembros de partidos políticos polacos y colonos militares llevados a la región durante el periodo de entreguerras encabezaban la lista de «enemigos del pueblo». En febrero de ese año, el NKVD, la policía secreta de Stalin, llevó a cabo la primera deportación masiva de cerca de 140.000 polacos. Casi cinco mil deportados no llegaron a su destino porque murieron de frío, enfermedad y desnutrición durante el trayecto. En total, entre otoño de 1939 y junio de 1941, cuando Alemania atacó la URSS, la policía secreta soviética deportó a unos 1,25 millones de ucranianos. El NKVD también persiguió a los miembros de la Organización de Nacionalistas Ucranianos (OUN), cuyos líderes, entre ellos Stepán Bandera, huyeron a la zona polaca controlada por los alemanes. Stalin los veía como un peligro claro y manifiesto para su régimen.

La caída de París ante el avance de los ejércitos alemanes en junio de 1940 cogió a Stalin por sorpresa y le hizo creer que Hitler se dirigiría pronto hacia el este para atacar a la Unión Soviética. El

régimen tenía que consolidar su control sobre los territorios recién adquiridos y eliminar a los potenciales «quintacolumnistas». Stalin también decidió ocupar todas las partes de Europa Oriental asignadas a su esfera de influencia según el Pacto Mólotov-Ribbentrop. Esto incluía las repúblicas bálticas de Estonia, Letonia y Lituania, así como partes de Rumanía, que incluían Besarabia y Bucovina. En agosto de 1940, el líder soviético anexionó el sur de Besarabia y el norte de Bucovina, poblados en gran medida por ucranianos, a la Ucrania soviética. Allí las autoridades soviéticas introdujeron las mismas políticas que habían aplicado antes en Galitzia y Volinia, incluyendo la nacionalización de la tierra, la promoción de los cuadros locales no rumanos y la ucranización de las instituciones. Siguieron las detenciones y deportaciones masivas.

Stalin se preparaba para un ataque de su aliado, Adolf Hitler. Esperaba que ocurriera en 1942, pero sucedió un año antes, cogiendo al dictador soviético por sorpresa. Hitler necesitaba cuanto antes los recursos soviéticos, incluidos el trigo y el carbón ucranianos, sobre todo, porque seguía en guerra con Gran Bretaña, y tras el león británico acorralado en sus islas se cernía la economía mucho mayor de Estados Unidos, la más poderosa del mundo. Hitler atacó la URSS contra las objeciones de los principales economistas del Reich, que argumentaban que la invasión no resolvería ninguno de los problemas de Alemania y se convertiría en una sangría para su economía. Pero la cúpula militar prefería la guerra con los soviéticos a la guerra con Occidente, y Hitler estuvo encantado de complacerlos.

En diciembre de 1940 firmó una directiva que establecía los preparativos para la guerra contra la Unión Soviética. La operación recibió el nombre en clave de Barbarroja, en honor al rey alemán y emperador del Sacro Imperio Romano Germánico del siglo XII que dirigió la Tercera Cruzada. Se ahogó al intentar cruzar un río con una pesada armadura en lugar de hacerlo por el puente que habían utilizado sus tropas. Fue sin duda un mal presagio, pero en aquella

época los entendidos no prestaron atención a los precedentes históricos. Al igual que Barbarroja antes que él, Hitler estaba preparado para asumir riesgos y tomar atajos. Los planificadores pretendían derrotar a los soviéticos y llevarlos más allá del Volga en el curso de una campaña que no duraría más de tres meses. Hitler quería que sus ejércitos tomaran primero Leningrado, capturaran las minas de carbón del Donbás en segundo lugar y que luego conquistaran Moscú. La Wehrmacht envió a los soldados alemanes al frente sin proporcionarles ropa de invierno. Esto resultó ser un error, aunque tuvo a corto plazo el beneficio de confundir a Stalin, que se resistió a creer que los alemanes atacarían sin prepararse para una campaña de invierno y, por tanto, se vio sorprendido cuando atacaron.

La invasión comenzó en las primeras horas del 22 de junio de 1941, a lo largo de un frente que se extendía desde el mar Báltico, en el norte, hasta el mar Negro, en el sur. Alemania y sus aliados, entre los que se encontraban Rumanía y Hungría, desplegaron unos 3,8 millones de soldados. El Grupo de Ejércitos Sur de Alemania atacó Ucrania, avanzando desde posiciones en Polonia y a lo largo de la antigua ruta entre la vertiente norte de los Cárpatos y los pantanos del Prípiat. Los rumanos atacaron por el sur, adentrándose en Ucrania entre la vertiente sur de los Cárpatos y el mar Negro. Cuando invadieron Europa Central, los hunos utilizaron estas rutas en el siglo V, y los mongoles, en el XIII. Ahora las tropas se movían en dirección contraria, pero avanzaban por las mismas carreteras sin asfaltar, con divisiones mecanizadas, no de caballería, levantando nubes de polvo. En el frente soviético, los alemanes concentraron unos 4.000 tanques y más de 7.000 piezas de artillería. Desde el aire, más de 4.000 aviones cubrían el avance. Los alemanes tenían un control casi total del cielo: un ataque sorpresa de la Luftwaffe destruyó el grueso de la aviación militar soviética en los aeródromos antes de que pudieran despegar.

El Ejército Rojo tenía aproximadamente el mismo número de hombres en la frontera occidental soviética que los alemanes y muchos más tanques, armas y aviones. Sin embargo, el equipo material soviético era inferior a los últimos modelos alemanes, y

los oficiales inexpertos, que sustituían a los comandantes más experimentados víctimas de las purgas estalinistas, dirigían a sus hombres en la batalla. Los comandantes abandonaron sus unidades, mientras que la moral de los soldados, muchos de ellos campesinos que habían sobrevivido a la hambruna y la colectivización, era baja. Y con cada día que pasaba bajaba aún más, ya que los alemanes, aprovechando su superioridad en el ataque por sorpresa, se apoderaron rápidamente del territorio e infligieron pérdidas devastadoras a las fuerzas soviéticas en retirada. Lo que Stalin había considerado un éxito personal —la adquisición de nuevos territorios tras la firma del Pacto Mólotov-Ribbentrop— resultó ser una trampa. En el mes anterior a la invasión, había trasladado sus tropas al oeste de las líneas de defensa construidas durante la década anterior para proteger las nuevas fronteras, y ahora tenían que defender una frontera que no habían tenido tiempo de fortificar. Tal y como habían previsto los planificadores de la guerra relámpago, las divisiones Panzer alemanas atravesaron las defensas soviéticas, rodearon ejércitos enteros y crearon el caos en la retaguardia del Ejército Rojo.

En el oeste de Ucrania, los comandantes del Ejército Rojo lanzaron una gran contraofensiva en la región de Lutsk, Brodi y Rovno, enviando todas sus unidades de tanques a la batalla, solo para ser rodeados y derrotados por una fuerza de tanques de la Wehrmacht mucho más pequeña. A partir de ese momento, todo iría de mal en peor. En tres semanas, la Wehrmacht consiguió avanzar hacia el este entre trescientos y seiscientos kilómetros. No solo se perdieron Galitzia y Volinia, recientemente ocupadas por las fuerzas soviéticas, sino también grandes extensiones de la margen derecha de Ucrania. Más de 2.500 tanques soviéticos y cerca de 2.000 aviones fueron destruidos. Las bajas fueron difíciles de calcular. En agosto, las divisiones alemanas rodearon y capturaron a más de 100.000 soldados del Ejército Rojo cerca de la ciudad de Umán, en Podolia, pero el mayor premio lo obtuvieron cerca de Kíiv al mes siguiente. En contra del consejo de los comandantes del Ejército Rojo, incluido el principal estratega militar soviético, Gueorgui Zhúkov, Stalin se negó a retirar sus

tropas de la región de Kíiv, dada la importancia simbólica de la ciudad, y provocó probablemente el mayor desastre militar soviético de toda la guerra.

Las unidades del Ejército Rojo bajo el mando de un general oriundo de la región de Cherníguiv, el general Mijailo Kirponós, resistieron el avance, pero poco pudieron hacer contra las divisiones mecanizadas alemanas. Kíiv cayó en manos de los alemanes el 19 de septiembre de 1941. El general Kirponós murió en combate al día siguiente cerca de la ciudad de Lójvitsia. La Wehrmacht rodeó e hizo prisioneros a más de 660.000 soldados del Ejército Rojo en la bolsa de Kíiv. En octubre, cerca de 100.000 hombres corrieron la misma suerte entre Melitópol y Berdiansk, en el sur de Ucrania, y otros 100.000 se rindieron cerca de Kerch, en Crimea, en noviembre. A finales de año, cuando el Ejército Rojo se vio obligado a abandonar casi toda Ucrania, más de 3,5 millones de sus oficiales y soldados estaban en manos del enemigo. Los soviéticos en retirada siguieron una política de tierra quemada, llevándose equipos industriales, ganado, suministros y personas de las zonas que iban a abandonar. En total, evacuaron hacia el este unas 550 grandes fábricas y 3,5 millones de trabajadores cualificados.

Muchos en Ucrania dieron la bienvenida al avance alemán en el verano de 1941, esperando el fin del terror desatado por las autoridades de ocupación soviéticas en los años previos a la guerra. Esto era cierto no solo para las regiones recientemente invadidas de Ucrania occidental, sino también para Ucrania central y oriental, donde la población nunca perdonó al régimen los horrores de la hambruna y la colectivización. Algunos esperaban que el «nacionalsocialismo» trajera el verdadero socialismo. Otros simplemente esperaban una mejora del nivel de vida. Con los salarios soviéticos insuficientes para comprar siquiera un par de zapatos, no era difícil alimentar falsas esperanzas e imaginar que los alemanes «europeos» mejorarían la vida de la población que estaban «liberando» del control de Moscú. Muchos recordaron a los

austriacos del periodo anterior a la Primera Guerra Mundial y la ocupación alemana de Ucrania en 1918, que fue benigna para los estándares del terror estalinista. Algunos veían el regreso de los alemanes como el preludio de la restauración de un Estado ucraniano como el que había existido bajo el mandato del hetman Pavló Skoropadski. Quienes habían depositado tales esperanzas en los alemanes pronto se convencieron de su falsedad, a menudo totalmente insostenible, independientemente de las razones que alimentaban sus esperanzas de una vida mejor bajo la ocupación alemana.

El ministro alemán para los territorios orientales ocupados, Alfred Rosenberg, un alemán báltico educado en Moscú, entre otros lugares, elaboró los primeros planes alemanes para Ucrania. Quería apoyar las aspiraciones de los ucranianos, los bálticos, los bielorrusos, los georgianos y de las otras nacionalidades soviéticas que aspiraban a tener un Estado independiente para resquebrajar la Unión Soviética. A su modo de ver, una política ucraniana independiente de Rusia se convertiría en un Estado cliente del Reich junto con la federación báltica, Bielorrusia y Finlandia. De hecho, los expertos de Rosenberg abogaban por la expansión del territorio ucraniano hasta el Volga. Pero Rosenberg perdió la contienda política frente al jefe de las fuerzas de seguridad alemanas y posterior ministro del Interior, Heinrich Himmler, el presidente del Reichstag y ministro de Aviación, Hermann Göring, y otros líderes nazis deseosos de poner en práctica su ideología racial y exprimir los recursos económicos que tuvieran los territorios recién conquistados. El modelo de Brest-Litovsk de 1918, que preveía Estados de Europa Oriental, entre ellos Ucrania, controlados por Alemania, dio paso en el verano de 1941 a un modelo derivado del *Mein Kampf* de Hitler de desmembramiento y explotación colonial.

Los alemanes dividieron los territorios ucranianos bajo su control en tres partes: Galitzia se unió con lo que había sido Galitzia occidental y la región de Varsovia en una entidad llamada Gobierno General; la mayor parte de Ucrania, desde Volinia en el noroeste hasta Zaporiyia en el sureste, junto con el sur de

Bielorrusia alrededor de las ciudades de Pinsk y Gómel, se convirtió en el *Reichskommissariat* (Comisariado imperial) de Ucrania; y el este de Ucrania, desde Cherníguiv en el norte hasta Luganos y Stálino (Yuzivka, Donetsk) en el sur, quedó bajo el mando militar por ser una zona demasiado cercana al frente para ser asignada a la administración civil. La división de Galitzia y Volinia y la unificación de Volinia con la Ucrania del Dniéper reflejaban el pensamiento alemán sobre la región en términos de la división establecida por la frontera ruso-austriaca a finales del siglo XVIII. La partición de Ucrania no fue la única decepción que sufrieron aquellos a quienes antes aterrorizaron los soviéticos. Pronto descubrirían que los alemanes de 1941 no se parecían en absoluto a los de 1918.

Los primeros en sentir la decepción del régimen nazi fueron los miembros de la Organización de Nacionalistas Ucranianos. La OUN se había dividido en 1940, poco después de que uno de sus líderes más radicales, Stepán Bandera, fuera liberado de una prisión polaca en septiembre de 1939. Bandera lideró una revuelta contra los antiguos cuadros y pronto se encontró al frente de la facción más numerosa de la OUN y de los miembros más radicales. En febrero de 1941, llegó a un acuerdo con los líderes de la inteligencia militar alemana (la Abwehr) para formar dos batallones de fuerzas de operaciones especiales con sus partidarios. Un batallón, el Nachtigall, estuvo entre las primeras tropas alemanas que entraron en Lviv el 29 de junio. Al día siguiente, participó en la proclamación de la independencia de Ucrania por parte de los miembros de la facción Bandera de la OUN. Esto supuso el fin de la cooperación alemana con los seguidores de Bandera. Los alemanes, que tenían planes muy diferentes para Ucrania, se volvieron contra sus antiguos aliados y arrestaron a decenas de miembros de la facción banderista, incluido al propio Bandera, a quien pidieron que revocara la declaración de independencia. Este se negó y fue enviado al campo de concentración de Sachsenhausen, donde pasó la mayor parte de la guerra. Dos hermanos suyos también fueron detenidos y murieron en Auschwitz.

De la noche a la mañana, la facción de Bandera en la OUN pasó de ser una leal aliada de los alemanes a su adversaria. La facción más moderada de la OUN, encabezada por el coronel Andrí Mélnik, trató de aprovechar el conflicto alemán con sus rivales y trasladó sus grupos expedicionarios al centro y al este de Ucrania para establecer su red, influir en la selección de cuadros ucranianos para la administración de la ocupación y llevar a cabo labores educativas y de propaganda entre la población local. Las operaciones de la facción se detuvieron a finales de 1941, cuando la administración alemana asumió un control cada vez más estricto sobre el *Reichskommissariat* de Ucrania. La policía nazi mandó fusilar a centenares de miembros de la OUN en Kíiv y otras ciudades y pueblos ucranianos. A principios de 1942, ambas facciones de la OUN estaban en guerra contra los alemanes.

El trato de los prisioneros de guerra soviéticos por parte de los nazis envió otra señal, esta vez a los ciudadanos del centro y el este de Ucrania, de que los alemanes de 1941 no se parecían a los de 1918. Si los primeros eran simples ocupantes, los segundos eran colonizadores que trataban a los conquistados como infrahumanos.

Antes de la guerra, Stalin se había negado a firmar la Convención de Ginebra de 1929 que regulaba el trato a los prisioneros de guerra: la URSS era una potencia revolucionaria que no acataba las normas de conducta capitalistas. Cuando lo intentó en el verano de 1941, ya era demasiado tarde: los alemanes no aceptaron dar a los prisioneros soviéticos el trato del que gozaban los prisioneros de guerra del oeste. Mientras que a estos últimos los trataban con cierto respeto, reconociéndoles el rango y dándoles acceso a la atención médica, así como a paquetes de comida y ropa, a los prisioneros de guerra soviéticos se les negaba todo. Además, no les perdonaron la vida a todos los que quisieron rendirse y a muchos los fusilaron en el acto. El 6 de junio de 1941, más de dos semanas antes de la invasión, el cuartel general había dado la orden de que las tropas fusilaran en el momento de la captura a comisarios y oficiales políticos del Ejército Rojo, así

como a miembros del NKVD y a judíos. Los musulmanes que no pudieron demostrar que su circuncisión no tenía nada que ver con la religión judía a menudo también hallaron la muerte, al igual que, ocasionalmente, los comandantes del Ejército Rojo que cayeron en cautiverio. A los que sobrevivían se les enviaba a campos de concentración improvisados: antiguas fábricas, patios de colegio, a menudo campos rodeados de alambre de espino.

Durante las «marchas de la muerte» forzadas a los campos de concentración, los guardias disparaban a los prisioneros heridos, enfermos y cansados incapaces de caminar. Los lugareños trataban de alimentar a los exhaustos prisioneros de guerra y de ayudarles en todo lo que podían, suponiendo que otros alimentaban y ayudaban a sus propios hijos, maridos y padres movilizados en el Ejército Rojo antes de la guerra y que probablemente se enfrentaban al mismo calvario. Una vez en el campo, los prisioneros solían carecer de comida y agua, lo que provocaba hambre, inanición y, en última instancia, canibalismo. Las enfermedades se cebaron con los que lograron sobrevivir con las escasas raciones. La propaganda nazi presentaba a los prisioneros de guerra soviéticos como infrahumanos, y su trato era ciertamente inhumano. La ideología solo fue responsable en parte. Los alemanes no habían planeado tomar cientos de miles, incluso millones, de prisioneros. En los primeros meses de la guerra, cuanta más gente muriera en cautividad, menos problemas tendría la Wehrmacht. Hasta noviembre de 1941, los responsables de la economía del Reich no empezaron a considerar a los prisioneros de guerra como mano de obra, que escaseaba en Alemania. En el transcurso de la guerra, más del 60 % de los capturados en el frente oriental murieron en cautividad.

Los ucranianos, al igual que otras nacionalidades de la parte occidental de la URSS, tuvieron, en general, mejor suerte en los campos que los rusos y los musulmanes. Al principio, los alemanes incluso les permitieron salir en libertad, por considerarlos una amenaza menor que los rusos. Así, en septiembre de 1941, los nazis emitieron una directiva que permitía la liberación de ucranianos, bielorrusos y bálticos. Los presos podían salir de los

campos si un pariente los reclamaba (a veces, las mujeres reclamaban a desconocidos como sus maridos) o si procedían de una región concreta. La política fue revocada en noviembre, pero probablemente decenas —incluso cientos— de miles de ucranianos reclutados por el Ejército Rojo y capturados por los alemanes en el verano y el otoño de 1941 lograron sobrevivir y regresar con sus familias. Más adelante, los ucranianos, bielorrusos y bálticos tuvieron más probabilidades que los rusos de ser reclutados en batallones de policía y entrenados para asegurar el territorio de Europa del Este, limpiado de habitantes locales y poblado por colonos alemanes. Algunos de ellos fueron enviados por los nazis a vigilar los campos de concentración en Polonia, cuando los dirigentes del Tercer Reich se dieron cuenta de que el paraíso colonial prometido a los alemanes en Europa del Este se posponía de manera indefinida.

En el retorcido mundo de la ocupación nazi, el Holocausto pasó a convertir a los antiguos prisioneros de guerra soviéticos, víctimas, en criminales. En Auschwitz, el campo de concentración nazi de sobra más conocido, los primeros en morir en las cámaras de gas fueron los prisioneros de guerra soviéticos: los alemanes probaron el gas Zyklon B con ellos en septiembre de 1941. Más tarde, los guardias reclutados en los campos de prisioneros de guerra —los hombres de Trawniki, llamados así por el lugar donde recibieron entrenamiento— ayudaron a trasladar a los judíos que llegaban al campo a las cámaras de gas. Los varones judíos seleccionados de transportes precedentes recogían y clasificaban la ropa de las víctimas. En los campos, sobrevivir significaba a menudo participar en la destrucción de otros seres humanos. Ucrania, bajo la ocupación alemana, se convirtió en un modelo de campo de concentración a gran escala. Al igual que en los campos, la línea entre la resistencia y la colaboración, la condición de víctima y la complicidad en los crímenes del régimen se difuminó, pero en ningún caso fue indistinguible. Cada uno tomó una decisión personal, y los que sobrevivieron tuvieron que vivir con sus decisiones después de la guerra, muchos en armonía, algunos con una angustia interminable. Pero casi todos sufrieron la culpa

del superviviente.

El Holocausto fue el episodio más horrible de la ocupación nazi de Ucrania, a la que no le faltaron horrores. La mayoría de los judíos ucranianos que se convirtieron en víctimas nunca llegaron a Auschwitz ni a ningún otro campo de exterminio. Los *Einsatzgruppen* de Heinrich Himmler, con la ayuda de la policía local establecida por la administración alemana, los mataron a punta de pistola en las afueras de las ciudades, pueblos y aldeas en las que vivían. Los fusilamientos comenzaron en el verano de 1941 en todos los territorios tomados por la Wehrmacht de los soviéticos en retirada. En enero de 1942, cuando los altos cargos nazis se reunieron en el suburbio berlinés de Wannsee para coordinar la aplicación de la Solución Final —la erradicación de los judíos europeos—, los escuadrones de la muerte nazis habían asesinado a cerca de un millón de hombres, mujeres y niños judíos. Lo hicieron a plena luz del día, a veces, a la vista de todos y casi siempre al alcance de la población local no judía. El Holocausto en Ucrania y en el resto de la Unión Soviética occidental no solo destruyó a la población judía y su vida social, como ocurrió en Europa en general, sino que también traumatizó a quienes lo presenciaron.

Uno de cada seis judíos que murieron en el Holocausto —en total, cerca de un millón de personas— procedía de Ucrania. La masacre más conocida y con el mayor número de víctimas tuvo lugar en Babi Yar (en ucraniano, Babyn Yar, o Barranco de la Vieja) en las afueras de Kíiv. Allí, en el transcurso de dos días, el fuego automático del Sonderkommando 4a del *Einsatzgruppe C*, asistido por la policía alemana y local, mató a 33.761 ciudadanos judíos de Kíiv. Los fusilamientos tuvieron lugar los días 29 y 30 de septiembre de 1941, por orden del general de división Kurt Eberhard, gobernador militar de Kíiv, que se suicidaría bajo custodia estadounidense al finalizar la guerra.

Eberhard ordenó la ejecución masiva como represalia por los actos de sabotaje llevados a cabo por agentes soviéticos. Cinco días después de que Kíiv cayera en manos de los alemanes, el 19 de

septiembre, bombas colocadas antes de la retirada soviética volaron varios edificios emblemáticos del centro de la ciudad. Como era de esperar, el mando militar alemán había instalado allí sus estructuras, y las explosiones mataron a bastantes oficiales alemanes de alto rango. La propaganda nazi afirmaba que los alemanes estaban librando la guerra en el este contra la «comuna judía», como los propagandistas se referían al régimen soviético, relacionando los orígenes judíos y las creencias comunistas de algunos de sus primeros líderes. Tal y como lo veían las autoridades alemanas, existía una asociación directa entre los agentes soviéticos y los judíos. Ya habían hecho explícito ese vínculo en Lviv, Kremenets y otras ciudades y pueblos del oeste de Ucrania. Allí el NKVD había fusilado a decenas de miles de prisioneros, muchos de ellos ucranianos y polacos residentes, antes de abandonar las ciudades y retirarse hacia el este. Por aquel entonces, los alemanes habían fomentado los pogromos antijudíos «en represalia» por las atrocidades soviéticas. Sin embargo, a partir de agosto cambiaron su política: el *Reichsführer* de las SS (las *Schutzstaffel*), Heinrich Himmler, autorizó el asesinato de mujeres y niños judíos y la aniquilación de comunidades enteras judías. Los pogromos ya no eran suficientes. Los judíos tenían que desaparecer.

«¡Judíos de la ciudad de Kíiv y alrededores! —rezaba un folleto distribuido en Kíiv a finales de septiembre—. El lunes 29 de septiembre deben presentarse antes de las 8:00 horas con sus pertenencias, dinero, documentos, objetos de valor y ropa de abrigo en la calle Digtiarevska, junto al cementerio judío. La incomparecencia será castigada con la muerte.» Los ciudadanos judíos de Kíiv —en su mayoría mujeres, niños y ancianos, ya que los hombres habían sido llamados al servicio militar— pensaron que se les reunía para su reasentamiento y que no sufrirían ningún daño. Al día siguiente era Yom Kipur, el Día de la Expiación. Los que respondieron a la llamada fueron escoltados hasta las puertas del cementerio judío, obligados a entregar sus documentos y objetos de valor, desnudados y luego fusilados en grupos de diez en la pendiente de un barranco. La masacre de Babi Yar figura en

la historia como el primer intento de aniquilar a toda la comunidad judía de un gran centro urbano europeo. Pero otras numerosas masacres de espantosas proporciones la precedieron y la sucedieron. A finales de agosto, un batallón de policía alemán ejecutó con armas de fuego a más de 23.000 judíos, en su mayoría refugiados de la Transcarpacia húngara. En octubre, cerca de 12.000 judíos de Dniepropetrovsk fueron fusilados en un barranco a las afueras de la ciudad, futura sede de la Universidad Nacional de Dniepropetrovsk. En diciembre, unos 10.000 judíos de Járkiv corrieron la misma suerte en las instalaciones de la fábrica de tractores de la ciudad, el orgullo del plan de industrialización soviético.

El dictador rumano Ion Antonescu —quien recuperó el norte de Bucovina y Besarabia, que Stalin le había obligado a entregar en 1940, y sometió a Odesa y partes de Podolia a su control— trató a los judíos con el mismo desprecio y brutalidad que sus jefes nazis. En octubre de 1941, en un episodio que reproducía la masacre de Babi Yar, Antonescu ordenó la ejecución de 18.000 judíos en represalia por la demolición por parte de los soviéticos del edificio que albergaba el cuartel general rumano en Odesa y en el que murió un oficial rumano de alto rango. En total, entre 115.000 y 180.000 judíos murieron bajo la ocupación rumana en Odesa y sus alrededores. Además, entre 100.000 y 150.000 judíos de Bucovina y Besarabia perecieron en la versión rumana del Holocausto hitleriano. La mayoría de los judíos de Galitzia, al igual que los judíos polacos que residían en el Gobierno General, murieron en el transcurso de 1942 tras pasar meses aislados del resto de la población en guetos creados por orden de los nazis. Siguiendo instrucciones de los mandos policiales alemanes, la policía judía y ucraniana los acorraló y los envió a campos de exterminio. Motivados más a menudo por la codicia que por el antisemitismo, los lugareños intentaban a menudo aprovecharse de las desgracias de sus vecinos judíos, denunciándolos a las autoridades o apoderándose de sus bienes. Pero la mayoría simplemente miraba hacia otro lado.

El Holocausto en Ucrania también se diferenciaba del

Holocausto en Europa Central y Occidental en que quienes intentaban rescatar a los judíos eran objeto no solo de arresto sino también de ejecución. También lo fueron los miembros de sus familias. Aun así, muchos intentaron salvar a sus vecinos judíos. Hasta la fecha, el Estado de Israel ha reconocido a más de 2.500 ciudadanos de Ucrania como «Justos entre las Naciones» por haber acogido a judíos durante el Holocausto. La lista está incompleta y sigue creciendo. Una persona que falta en ella es el metropolitano Andréi Sheptitski de la Iglesia católica ucraniana, que escondió a cientos de judíos de Galitzia en su residencia y en monasterios. En febrero de 1942 envió una carta a Himmler protestando por el uso de la policía ucraniana en la redada y el exterminio de los judíos de Galitzia. La carta no tuvo ningún efecto. Los que entregaron la respuesta de Himmler le dijeron al metropolitano que, si no fuera por su edad, lo habrían fusilado. Unos meses después, Sheptitski publicó su carta pastoral más conocida, «No matarás», sobre la santidad de la vida humana. Se leyó en todas las iglesias católicas ucranianas y se entendió como una condena del Holocausto. El nombre de Sheptitski no aparece en la lista de los «justos» porque en el verano de 1941 dio la bienvenida a la toma de Galitzia por parte de los alemanes tras dos años de ocupación soviética. Fueran cuales fueran las esperanzas de Sheptitski y de sus compatriotas respecto al dominio alemán, se desvanecieron muy rápidamente.

La dureza del régimen de ocupación difería de una parte a otra del *Lebensraum* ucraniano. Los rumanos, que nunca quisieron Odesa y sus alrededores, sino que soñaban con intercambiarla por la Transilvania septentrional controlada por los húngaros, se limitaron a despojar al sur de Ucrania de todo lo que pudieron conseguir. La política alemana fue algo más suave y el trato a los ucranianos algo más humano bajo el mando militar y en las antiguas posesiones austriacas.

Lo peor ocurrió en el *Reichskommissariat* de Ucrania. El hombre responsable de algunos de los crímenes más atroces cometidos por el régimen de ocupación nazi en Ucrania fue el

Reichskommissar de Ucrania, Erich Koch. Fornido y bocazas, con un bigote al estilo hitleriano, Koch, de cuarenta y cinco años, era el administrador del partido en Prusia Oriental. Tenía fama de brutal y de hacer las cosas bien. En Ucrania se encargó de explotar los recursos y despoblar el territorio conquistado. Trató a la población ucraniana como los colonizadores europeos trataban a los negros y asiáticos en sus colonias de ultramar, afirmando: «Ningún soldado alemán morirá jamás por ese pueblo de negros». Koch no quería que los ucranianos progresaran más allá del cuarto grado de la escuela primaria y cerró las universidades y escuelas para los estudiantes mayores de quince años. «Si encuentro un ucraniano que sea digno de sentarse a la misma mesa que yo, tendré que fusilarlo», declaró en una ocasión. Sus subordinados llevaron a cabo muchos fusilamientos, algunos de ellos en el barranco de Babi Yar, el mismo lugar donde unos meses antes los alemanes habían asesinado a casi 34.000 judíos de Kíiv. Cuando terminó la ocupación de Kíiv en noviembre de 1943, otras 60.000 víctimas nazis —prisioneros de guerra soviéticos, nacionalistas ucranianos, miembros de la resistencia soviética y gitanos— habían encontrado su lugar de reposo final en las laderas de Babi Yar.

Koch estableció su cuartel general ucraniano en la ciudad de Rivne, en Volinia, que había formado parte de la Polonia de entreguerras. Era la tercera capital de sistema de gobierno llamado «Ucrania» en poco más de dos décadas: mientras que en la década de 1920 los soviéticos habían elegido la industrial y altamente rusificada Járkiv en lugar de la «nacionalista» Kíiv, los alemanes prefirieron la provinciana Rivne, con una población de 40.000 habitantes, en lugar de la grande y ahora muy sovietizada Kíiv. Bloqueada y hambrienta, Kíiv asistió a sus primeros casos de hambruna desde 1933. La visión de los nazis sobre el *Lebensraum* incluía la pastorización de Ucrania y la eliminación de los principales centros urbanos, cuya población debían por lo demás alimentar, desviando recursos del Reich y su ejército. Así, la política consistía en matar de inanición a las ciudades, cuyos habitantes, empujados por el hambre hacia el campo, se convertirían en una fuerza productiva, alimentándose a sí mismos

y al Reich alemán. Los alemanes dejaron intactas las granjas colectivas, aprovechando el invento soviético para desviar los recursos de la población rural. También se negaron a privatizar las grandes empresas, regulando lo que quedaba de la economía ucraniana con un nuevo banco, una moneda colonial y el control de los precios. Controlaron el movimiento de la población con tarjetas de identidad.

A partir de enero de 1942, los nazis explotaron Ucrania como fuente no solo de productos agrícolas, sino también de mano de obra. Ese mes, el primer tren de los llamados *Ostarbeiter* (trabajadores del este) partió de Kíiv hacia Alemania, llevando a jóvenes ucranianos atraídos por la promesa de puestos de trabajo, buenas condiciones de vida y la posibilidad de conocer Europa. «¡Alemania te llama! Ve a la bella Alemania», rezaba un anuncio en un periódico de Kíiv. Un cartel con el título «El muro ha caído» mostraba a los ucranianos mirando a través de una abertura en el muro que aislaba a la Unión Soviética de Europa. En el horizonte se veían las siluetas de las ciudades alemanas. «Stalin colocó un alto muro a su alrededor —decía la leyenda—. Sabía muy bien que cualquiera que viera el mundo exterior se daría cuenta del lamentable estado del régimen bolchevique. Ahora se ha abierto una brecha en ese muro y el camino hacia un futuro nuevo y mejor.» Era una oportunidad para que la generación más joven saliera de los pueblos y viera mundo. Muchos respondieron con interés e incluso entusiasmo.

Los anuncios resultaron ser una trampa. Tanto si trabajaban en fábricas como en los hogares de algunos alemanes, los jóvenes, hombres y mujeres, acabaron siendo trabajadores esclavos, obligados a llevar un distintivo en el que se leía «OST» y considerados infrahumanos por las autoridades alemanas y por buena parte de la sociedad alemana. Cuando las noticias sobre la explotación en Alemania empezaron a llegar a Ucrania, las autoridades de ocupación tuvieron cada vez más dificultades para cumplir con las cuotas mensuales de 40.000 trabajadores ucranianos: empezaron a reunir a la gente arbitrariamente y a enviarla a Alemania por la fuerza. En total, cerca de 2,2 millones

de ucranianos fueron detenidos y enviados a Alemania en 1942 y 1943. Muchos murieron por desnutrición, enfermedades y por los bombardeos de los Aliados sobre las fábricas militares y de municiones donde trabajaban. A los que sobrevivieron y fueron liberados por los soldados del Ejército Rojo a finales de 1944 y 1945 (solo 120.000 personas registradas como desplazados al final de la guerra) se los trató, a menudo, como traidores, y a algunos se les envió directamente desde los campos de concentración alemanes a los soviéticos del sistema del Gulag. Ucrania no fue la única parte de la Unión Soviética en la que los alemanes llevaron a cabo expediciones de captura de esclavos, pero fue con diferencia el mayor coto de caza. Los ciudadanos de Ucrania constituían cerca del 80 % de todos los *Ostarbeiter* llevados desde las zonas ocupadas de Europa del Este a Alemania en el transcurso de la guerra.

En el verano de 1943, poco quedaba del plan original alemán de establecer un paraíso para los agricultores alemanes en Ucrania. Hitler había pasado allí buena parte del verano y el otoño de 1942, donde los ingenieros alemanes, sirviéndose de los trabajos forzados de los prisioneros de guerra soviéticos, construyeron su cuartel general más oriental, con el nombre en clave de Werwolf (hombre lobo), en un pinar cerca de la ciudad de Vínnitsia. También estuvo allí en la primavera de 1943, pero el 15 de septiembre de ese año abandonó Werwolf para siempre. Ese día ordenó a sus tropas en Ucrania que se retiraran a la línea defensiva del Dniéper. Una semana después, las tropas soviéticas cruzaron el Dniéper al norte de Kíiv, abriendo la primera brecha en el muro oriental de Hitler. Los alemanes volarían toda la estructura subterránea de Werwolf antes de retirarse de la zona en la primavera de 1944.

El sueño de la conquista y el *Lebensraum* terminaron, pero permaneció el horror que habían desatado. Ucrania se convirtió en un cementerio para millones de ucranianos, rusos, judíos y polacos, por enumerar solo los grupos étnicos más afectados. El Holocausto erradicó a la mayor parte de los judíos ucranianos. También desaparecieron los colonos alemanes y menonitas del sur de

Ucrania y Volinia; si los soviéticos no los habían deportado en 1941, ahora huyeron con la Wehrmacht en retirada. La población polaca de Volinia y Galitzia fue atacada por los nacionalistas ucranianos. Cuando el Ejército Rojo comenzó su avance en Ucrania tras la victoriosa batalla de Kursk en julio de 1943, los líderes soviéticos se enfrentaron a un país muy diferente del que habían abandonado a toda prisa en el verano y el otoño de 1941. Las ciudades estaban vacías y sus fábricas completamente destruidas.

Los supervivientes saludaron a las tropas del Ejército Rojo como liberadores, pero los funcionarios soviéticos dudaban de su sinceridad. Las personas que los acogieron habían logrado sobrevivir bajo un régimen hostil y habían vivido el tiempo suficiente fuera del control soviético como para dudar del sistema estalinista. Los creyentes ortodoxos se habían acostumbrado a la única libertad que les proporcionaba Hitler: la libertad de culto. Los que no pensaban en sí mismos principalmente en términos etnonacionales empezaron a hacerlo después de vivir bajo la ocupación nazi, cuando la vida y la muerte se decidían, a menudo, en función de la etnia. Todo ello amenazaba al victorioso régimen comunista. Hasta la década de 1980, los ciudadanos soviéticos rellenaban numerosos formularios que incluían preguntas sobre si ellos o sus familiares habían vivido en territorio ocupado por Alemania. Esas preguntas estaban junto a las relativas a los antecedentes penales del individuo.

23

Los vencedores

El 6 de noviembre de 1943, las tropas soviéticas reconquistaron Kíiv a los alemanes en retirada. El teniente general Nikita Jrushchov, de cuarenta y nueve años, comisario político del Primer Frente Ucraniano —el grupo de ejércitos que entró en la ciudad—, estaba henchido de alegría. Como líder del partido en Ucrania antes de la guerra conocía bien la ciudad y sus alrededores, y ahora entraba en Kíiv por la carretera que había utilizado antes de la guerra para ir y volver de su casa de campo. Jrushchov encontró los edificios del centro de Kíiv intactos —los alemanes, a diferencia en 1941 de los soviéticos en retirada, no habían intentado volarlos —, pero la ciudad estaba completamente desierta, ya que había ordenado bombardearla el día anterior para acelerar la retirada alemana.

Cuando Jrushchov, acompañado por los líderes del partido ucraniano, se acercó a la Ópera situada en el centro de Kíiv, que había sobrevivido milagrosamente al intento soviético de volarla en 1941, vio a un hombre que corría hacia ellos gritando. «¡Soy el único judío que queda! ¡Soy el único judío de Kíiv que sigue vivo!», gritaba el hombre. Jrushchov trató de calmarlo y le preguntó cómo había sobrevivido. «Tengo una esposa ucraniana — fue la respuesta—, y ella me tuvo escondido en el ático. Me alimentó y cuidó de mí.» La gente empezó a salir de sus escondites, y unos minutos después otro kievita, un anciano con una enorme barba, abrazó y besó a Jrushchov, que más tarde recordó «emocionarse mucho». Los soldados del régimen, para los que

muchos en el verano de 1941 no habían deseado más que la derrota, volvían ahora como salvadores. No fue tanto lo que hicieron los soviéticos tras su regreso como lo que habían hecho los alemanes durante la ocupación lo que cambió la actitud de los supervivientes, llevándolos a dar la bienvenida a los soldados del Ejército Rojo no solo como vencedores sino también como liberadores. Los que pensaban lo contrario, incluida buena parte de la élite intelectual ucraniana, se habían ido con los alemanes.

El Ejército Rojo pasaría el año siguiente liberando el resto de los territorios ucranianos de la ocupación alemana, pero los soviéticos no se harían con el control total de esas tierras hasta la victoria final de los Aliados sobre Alemania en mayo de 1945. En junio de ese año, el Gobierno soviético trazaría una nueva frontera ucraniana occidental anexionando a la URSS no solo las tierras reclamadas en el Pacto Mólotov-Ribbentrop, sino también la región de Transcarpacia de la Checoslovaquia de entreguerras. Era la justicia del vencedor en su despiadada versión soviética tan característica.

Nikita Jrushchov soñaba con volver a Kíiv desde la pérdida de la ciudad a manos de los alemanes en septiembre de 1941. En la primavera de 1942, poco después de que el Ejército Rojo detuviera a los alemanes en los accesos a Moscú, impulsó una contraofensiva soviética en Ucrania con el objetivo de capturar su antigua capital, Járkiv, y avanzar hacia el centro industrial de Dniepropetrovsk. La ofensiva, que comenzó el 12 de mayo de 1942, vio cómo las formaciones de tanques soviéticos rompían las líneas enemigas y se adentraban más allá de Járkiv en las estepas de Ucrania de la margen izquierda. Pero a medida que las tropas avanzaban hacia el suroeste, encontrando poca o ninguna resistencia por parte de los alemanes, se dieron cuenta de que estaban cayendo en una trampa. Los alemanes habían cerrado filas, creando un cerco similar al que había sufrido el Ejército Rojo el año anterior. Jrushchov suplicó a Stalin que detuviera la ofensiva, pero este se negó. De todos modos, ya era demasiado tarde para remediar la situación. En una

operación desastrosa que duró dieciocho días, los soviéticos perdieron 280.000 hombres muertos, desaparecidos en combate y capturados. Cuando Stalin preguntó a Jrushchov si la cifra de 200.000 prisioneros de guerra que comunicaron los alemanes era mentira, Jrushchov dijo que era más o menos correcta. Stalin le culpó de la derrota; solo la presencia de otros miembros del Politburó cuando Stalin se negó a seguir su consejo y detener la operación, claramente destinada al fracaso, salvó a Jrushchov de una posible ejecución.

La batalla por Ucrania fue prolongada y sangrienta. Las tornas cambiaron en Stalingrado en febrero de 1943, cuando el Ejército Rojo derrotó al formado por millones de soldados alemanes y sus aliados. Inmediatamente después de Stalingrado, el Ejército Rojo continuó su ofensiva y recuperó Kursk, Belgorod y Járkiv bajo control alemán. Pero el mariscal de campo Erich von Manstein lanzó una contraofensiva, recuperando Járkiv y Belgorod y derrotando a cincuenta y dos divisiones soviéticas. Hasta el 23 de agosto de 1943, tras la victoria en Kursk, el Ejército Rojo no logró recuperar Járkiv. El 8 de septiembre, los soviéticos izaron la bandera roja sobre la ciudad de Stálino (la antigua Yuzivka y futura Donetsk). En los meses siguientes, las fuerzas soviéticas tomaron el resto de la margen izquierda de Ucrania. Rompieron el Muro del Este, la línea defensiva establecida por Hitler para detener el avance soviético en la margen derecha del Dniéper, en numerosos puntos de un frente de más de 1.400 kilómetros. El Ejército Rojo llegó a contar con más de 2,5 millones de efectivos frente a unos 1,25 millones de alemanes. Los combates fueron feroces: según estimaciones conservadoras, los soviéticos perdieron más de un millón de soldados, entre muertos y heridos, y los alemanes más de medio millón. Nadie contó las pérdidas entre la población civil. Fueron enormes.

Como líder del partido en la Ucrania ocupada, Jrushchov estuvo muy involucrado en la organización de unidades partisanas tras las líneas alemanas. La política de ocupación nazi provocó resentimiento, indignación y, finalmente, desafío, lo que arrastró a la gente a las filas de la resistencia. Aunque había numerosas

células urbanas clandestinas, el campo proporcionaba un hábitat natural para grandes grupos de partisanos, que libraron una larga y agotadora guerra contra los ocupantes. La ecología era un factor clave. Dado que la estepa no ofrecía una buena cobertura a los combatientes de la resistencia, estos lucharon en los bosques de las regiones del norte de Kíiv y Cherníguiv, en los bosques y pantanos del norte de Volinia y en las estribaciones de los Cárpatos. Aparte del hábitat, los partisanos estaban unidos por su patriotismo ucraniano y su odio a los ocupantes. Sin embargo, la antigua frontera soviético-polaca y la ideología los dividieron. Al oeste de la frontera, los nacionalistas dirigían a los partisanos, mientras que al este predominaban los comunistas.

Por regla general, la policía secreta soviética organizaba a los guerrilleros comunistas, que recibían órdenes y suministros de un organismo llamado Estado Mayor Ucraniano del Movimiento Partisano, dirigido por un general del NKVD y que formaba parte del Estado Mayor Central del Movimiento Partisano con sede en Moscú. Uno de los líderes partisanos más conocidos de Ucrania, Sidir Kovpak, fue jefe del consejo de la ciudad antes de la guerra. Además de su experiencia como comandante de guerrilla durante la ocupación alemana de Ucrania en 1918, se había graduado en una escuela del NKVD que formaba cuadros para la guerra partisana. Los partisanos soviéticos comenzaron sus actividades a principios de 1942 con ataques a las unidades alemanas detrás de las líneas y a los centros de administración de la ocupación. Con el tiempo, cuando el Ejército Rojo inició su avance hacia el oeste tras la batalla de Stalingrado, las actividades de los partisanos soviéticos aumentaron en número y alcance. Si en 1942 había 5.000 combatientes, en 1944 su número se había multiplicado casi por diez.

Los alemanes trataron de hacer frente al creciente movimiento partisano, que no solo desafiaba su control sobre Ucrania, sino que también interrumpía las comunicaciones y las entregas de suministros, desatando el terror en la población local. Esto incluyó la quema de pueblos que las autoridades de ocupación creían que estaban bajo el control de los partisanos o que se

sospechaba que los apoyaban. Como los recursos humanos de los propios alemanes eran insuficientes, las autoridades recurrieron a batallones de policía reclutados entre la población local. A menudo, los batallones de policía estaban formados por antiguos miembros comunistas y del Komsomol (organización juvenil comunista) que querían escapar de la persecución o incluso del exterminio por parte de las autoridades de ocupación. Como había lugareños a ambos lados de la línea divisoria, la guerra partisana se convertía a menudo en una brutal venganza en la que los familiares de los partisanos y los policías pagaban el precio más alto de las decisiones tomadas por sus parientes. Cuando el curso de la guerra se volvió contra los alemanes en 1942, cada vez más policías cambiaron de bando y se unieron a los partisanos. A veces era difícil distinguir a un colaborador de un combatiente de la resistencia. Fue una guerra larga, y muchos tuvieron tiempo de cambiar de bando, incluso más de una vez.

Tras la captura de Kíiv, Jrushchov se puso inmediatamente a trabajar en la reintegración de los antiguos territorios soviéticos en la República Socialista Soviética de Ucrania (RSS ucraniana) y reincorporando las tierras que los soviéticos no habían controlado antes de la guerra. Resultó ser una tarea larga y formidable que le llevaría la mayor parte de su tiempo y energía. A principios de 1944, el frente se había desplazado al oeste del Dniéper. En marzo, las tropas soviéticas habían reconquistado la Ucrania de la margen derecha y cruzado la frontera anterior a la guerra, adentrándose en Rumanía. En octubre de 1944, el Ejército Rojo cruzó los Cárpatos y se hizo con el control de Transcarpacia, lo que la propaganda oficial consideró el acto final de la reunificación de las tierras ucranianas. No se habló de una posible devolución del territorio ni a Hungría ni a Checoslovaquia. Más de medio millón de soldados del Ejército Rojo murieron en la lucha por el oeste de Ucrania.

«Mientras empujamos a los alemanes hacia el oeste, nos encontramos con un viejo enemigo: los nacionalistas ucranianos», recordaba Jrushchov al describir sus esfuerzos en 1944 y 1945 por

reincorporar Ucrania occidental al Estado soviético. Las autoridades soviéticas solían referirse a estos nacionalistas como «banderistas», dado el control general de la insurgencia nacionalista por parte de la facción de Stepán Bandera de la Organización de Nacionalistas Ucranianos (OUN). Con el tiempo, este término pasó a designar a cualquiera que luchara en las filas del Ejército Insurgente Ucraniano (también conocido por sus siglas en ucraniano, UPA), controlado por los seguidores de Bandera. El nombre era engañoso en más de un sentido. En primer lugar, no todos los combatientes del UPA compartían la ideología nacionalista ni pertenecían a la OUN. En segundo lugar, el propio Bandera nunca regresó a Ucrania tras su detención por los alemanes en el verano de 1941 y no tenía ningún control operativo sobre las fuerzas que llevaban su nombre. Se convirtió en un líder simbólico y en un proverbial «padre de la nación», encarcelado por los alemanes durante la mayor parte de la guerra y viviendo después exiliado en Alemania Occidental.

El Ejército Insurgente Ucraniano, que contaba con cerca de 100.000 soldados en su apogeo del verano de 1944, combatía detrás de las líneas soviéticas, interrumpiendo las comunicaciones del Ejército Rojo y atacando a las unidades más alejadas del frente. Entre los comandantes que dirigieron la insurgencia, el más famoso fue Román Shujévich, antiguo comandante del batallón Nachtigal. Al igual que Shujévich, muchos comandantes del UPA tenían formación alemana que recibieron como miembros de unidades auxiliares de policía. Abandonaron esas unidades con sus armas a principios de 1943. Aunque consideraban a los alemanes como sus principales enemigos, en 1943 el UPA luchó sobre todo contra la insurgencia polaca. La larga historia de animosidad entre ucranianos y polacos en Volinia y Galitzia, exacerbada por las crecientes sospechas de cada bando sobre las intenciones del otro, condujo en la primavera y el verano de 1943 a acciones masivas de limpieza étnica que incluían la quema de pueblos y el asesinato en masa de civiles inocentes.

Poco después de la victoria soviética en Stalingrado en febrero de 1943, la afluencia a Volinia de unidades partisanas

soviéticas dirigidas por Sidir Kovpak desencadenó el conflicto ucraniano-polaco. Recibieron el apoyo de algunos colonos polacos en Volinia, que consideraban a los soviéticos como potenciales aliados contra los ucranianos. Los historiadores ucranianos y polacos siguen discutiendo sobre si los dirigentes de la OUN autorizaron los ataques ucranianos a las aldeas polacas y, en caso afirmativo, a qué nivel. Sin embargo, no hay duda de que la mayoría de las víctimas de la limpieza étnica fueron polacos. Las estimaciones de ucranianos que murieron como resultado de las acciones polacas en Galitzia y Volinia varían entre 15.000 y 30.000, mientras que las estimaciones de las víctimas polacas se sitúan entre 60.000 y 90.000, unas dos y tres veces más. En un principio, los alemanes intentaron detener el conflicto militar en la retaguardia, pero acabaron suministrando armas a los combatientes. Si no podían controlar el campo, al menos podían mantener a sus enemigos divididos. También se beneficiaron de las operaciones del UPA contra el avance del Ejército Rojo.

Uno de los mayores éxitos del UPA fue el asesinato de un importante comandante soviético, el general Nikolái Vatutin. El 29 de febrero de 1944, los combatientes del UPA tendieron una emboscada e hirieron a Vatutin cuando regresaba de una reunión con sus subordinados en Rivne, la antigua capital del *Reichskommissariat* de Ucrania. Murió en Kíiv a mediados de abril. Jrushchov, que asistió al funeral de Vatutin, enterró a su amigo en el centro gubernamental de Kíiv. Después de la guerra, ideó una inscripción para el monumento: «Al general Vatutin de parte del pueblo ucraniano». Jrushchov creía que la inscripción enfurecería a los nacionalistas ucranianos, pero los funcionarios del partido en Moscú la trataron como una expresión del propio nacionalismo ucraniano. Jrushchov apeló directamente a Stalin, que le permitió seguir adelante con su plan original. La inscripción en ucraniano se colocó en el monumento, que se erigió en 1948 y sigue en pie en el centro de Kíiv, uno de los muchos recordatorios de la compleja memoria ucraniana de la Segunda Guerra Mundial.

En la Segunda Guerra Mundial, los ucranianos lucharon en diferentes bandos del conflicto. La inmensa mayoría lo hizo en las filas del ejército soviético. Moscú alistó a más de siete millones de ucranianos de diversas nacionalidades: uno de cada cinco o seis soldados soviéticos procedía de Ucrania. Más de 3,5 millones fueron llamados a filas al comienzo de la guerra y, aproximadamente, otros tantos fueron reclutados de nuevo en el transcurso de esta. Muchos de los soldados que sobrevivieron al ataque alemán y a su encarcelamiento en 1941 fueron liberados y devueltos a sus familias para ser reclutados inmediatamente después de que el Ejército Rojo retomara las zonas en las que vivían. Se les conoció como los «chaquetas negras», ya que la mayoría fueron enviados al campo de batalla inmediatamente después de ser reclutados, sin los uniformes adecuados, sin entrenamiento, sin munición e incluso sin armas. Como personas que habían permanecido bajo la ocupación alemana, el mando militar los tenía por traidores y los consideraba prescindibles. La mayoría de los «chaquetas negras» murieron en combate en las afueras de sus ciudades y pueblos días después de la tan esperada «liberación».

Mientras que los soviéticos no tenían reparos en incorporar a los ucranianos al ejército y enviarlos al combate, los alemanes se negaron durante mucho tiempo a alistar a los hombres de los territorios conquistados en sus unidades regulares. Sin embargo, los acogieron como auxiliares: *Hilfswillige* (ayudantes voluntarios), o Hiwis. Se calcula que un millón de antiguos ciudadanos soviéticos se alistaron en las unidades auxiliares de los Hiwis, de los cuales los ucranianos y los nativos de Ucrania constituían aproximadamente una cuarta parte. La política empezó a cambiar después de Stalingrado, ya que los alemanes empezaron a tener escasez de mano de obra. Las unidades no alemanas recién formadas quedaron bajo la supervisión directa de Heinrich Himmler y pasaron a formar parte de las Waffen-SS, la rama militar de las SS (*Schutzstaffel*), la brutal fuerza policial de Himmler. Entre las divisiones de las Waffen-SS había unidades reclutadas de casi todas las nacionalidades europeas, incluyendo

franceses, suecos, rusos y ucranianos. Alrededor de 20.000 ucranianos sirvieron en el transcurso de la guerra en la 14.ª División de Granaderos de las Waffen-SS, conocida como la División Galitzia.

El gobernador alemán del Distrito de Galitzia, Otto von Wächter, fue quien promovió la idea de crear la división. Originario de Viena, Wächter siguió el viejo juego austriaco de apoyar a los ucranianos contra los polacos, y durante su gobierno se aumentó el número de escuelas ucranianas en el distrito. Prohibió las organizaciones políticas y persiguió a los agentes de la OUN, pero toleró las instituciones ucranianas de asistencia social, culturales e incluso académicas, lo que supone una notable diferencia con el resto de Ucrania. Wächter creía que los ucranianos eran lo suficientemente leales como para confiarles armas. En Berlín, sin embargo, muchos dudaban tanto de su lealtad como de su condición racial. Finalmente, los dirigentes decidieron llamar a la división galitziana en lugar de ucraniana, por considerar que los de Galitzia, como antiguos súbditos austriacos, eran un grupo más «civilizado» y fiable que los ucranianos en general. Berlín no solo dividió Ucrania a lo largo de la antigua frontera ruso-austriaca, sino que también llevó a cabo su política hacia las distintas partes del país siguiendo los antiguos esquemas austriacos. La división estaría formada únicamente por galitzianos, y su nombre y símbolos no harían referencia a Ucrania ni a los ucranianos.

El reclutamiento de voluntarios para la división, anunciado en abril de 1943, provocó inmediatamente una división en la clandestinidad nacionalista: la facción de Bandera se opuso con vehemencia, mientras que los seguidores de su oponente, el coronel Andrí Mélnik, apoyaron la iniciativa. Los principales líderes políticos ucranianos, incluidos los obispos de la Iglesia católica, también estaban divididos. Los que respaldaban la formación de la división pensaban tanto en el pasado austriaco de Galitzia como en la decisión alemana de crearla. En 1918, la existencia de una legión ucraniana en el ejército austriaco había permitido a los ucranianos formar cuadros y adquirir armas que

utilizaron en la guerra por la independencia. Muchos en la comunidad ucraniana pensaron que esta historia podría repetirse. Pocos estaban contentos con el dominio alemán en Ucrania, menos aún compartían la ideología nazi, y nadie creía en un futuro alemán después de Stalingrado y de Kursk. Aparte de un cálculo sobrio, solo su anticomunismo compartido unió a los políticos ucranianos y a las autoridades alemanas.

Con el apoyo de los políticos ucranianos más importantes y presentado a los jóvenes ucranianos como una alternativa a ir al bosque para unirse a los insurgentes de Bandera o a permanecer bajo la inminente ocupación soviética, el alistamiento en la división parecía un mal menor para los padres que enviaban a sus hijos a unirse a sus filas. La mayoría pronto tendría motivos para arrepentirse de su elección. Entrenada y comandada por oficiales alemanes, la división tuvo su bautismo de fuego en julio de 1944 cerca de la ciudad galitziana de Brodi. Fue tanto un bautismo como un velatorio. Las fuerzas soviéticas rodearon a la División Galitzia, junto con otras siete divisiones alemanas. Las bajas totales fueron de cerca de 38.000, con 17.000 prisioneros. La División Galitzia, que contaba con cerca de 11.000 hombres, fue prácticamente aniquilada: solo unos 1.500 lograron escapar. La batalla de Brodi supuso el fin de la división como fuerza de combate. Más tarde, ese mismo año, repuesta con nuevos reclutas, fue enviada primero a Eslovaquia y luego a Yugoslavia para luchar contra los partisanos. Allí la historia se repitió como farsa, acaso como tragedia: los viejos recuerdos de 1918 de unidades ucranianas con uniforme austriaco que aseguraban la independencia de Ucrania dieron paso a las realidades de 1944, cuando ucranianos con esvásticas nazis en sus uniformes reprimieron los movimientos de liberación de sus hermanos eslavos.

El 27 de julio de 1944, el Ejército Rojo reconquistó Lviv. La toma de esta ciudad y del oeste de Ucrania planteó a Nikita Jrushchov y a la dirección política de la Ucrania soviética nuevos retos. La principal preocupación con Lviv era la posible formación de una

administración municipal polaca que declarara su lealtad al Gobierno polaco en el exilio londinense. Jrushchov se apresuró a entrar en la ciudad que habían dejado libre los alemanes en retirada. «Temíamos que pudieran surgir allí algunos organismos locales que resultaran hostiles al gobierno soviético —recordó más tarde—. Teníamos que actuar rápidamente para poner a nuestra gente al mando de la ciudad. Y eso es lo que hicimos.» En 1944, Lviv era una ciudad mayoritariamente polaca rodeada de un territorio en gran parte ucraniano. Se convirtió en la manzana de la discordia entre Stalin, por un lado, y el Gobierno polaco en el exilio, apoyado por los aliados occidentales, por el otro. El nombramiento de una administración soviética por parte de Jrushchov significaba que Stalin no iba a satisfacer las aspiraciones de los polacos de conservar la ciudad.

Dos días antes de la toma de Lviv, Stalin había intimidado a los miembros del Comité Polaco de Liberación Nacional —el Gobierno comunista en la sombra creado por los soviéticos para sustituir al Gobierno polaco en el exilio en Londres— para que aceptaran las futuras fronteras del Estado polaco, que seguirían aproximadamente la línea Mólotov-Ribbentrop de 1939 y dejarían a Lviv en el lado soviético de la frontera. Una carta que Stalin había recibido unos días antes de Jrushchov le ayudó en este esfuerzo. El jefe del partido ucraniano quería adscribir a su república no solo Lviv y otras zonas al este de la línea Mólotov-Ribbentrop, sino también la ciudad de Jolm (Chełm), situada en una región de población predominantemente ucraniana, de donde era la esposa de Jrushchov, Nina Petrivna Kujarchuk. Stalin amenazó a sus interlocutores polacos con la petición de Jrushchov y les dio a entender que, si no accedían a entregar Lviv, presionaría también por Jolm. Cedieron, aceptando Jolm y abandonando sus pretensiones sobre la capital de Galitzia. Jolm, capturada por el Ejército Rojo el 23 de julio, se convirtió en la primera ciudad al oeste de la línea Mólotov-Ribbentrop tomada por los soviéticos y en la primera sede del Gobierno polaco dependiente de Moscú.

En septiembre de 1944, el Gobierno polaco, dominado por los comunistas, y la administración de la Ucrania soviética, dirigida

por Jrushchov, firmaron un acuerdo sobre las nuevas fronteras y un intercambio de población con el fin de que las fronteras no fueran solo políticas, sino también étnicas. La idea del acuerdo era bastante sencilla: los polacos debían ir al oeste, a zonas más allá de la línea Mólotov-Ribbentrop, mientras que los ucranianos pasarían al este de dicha línea. Stalin deseaba desplazar no solo las fronteras, sino también a los pueblos, para estabilizar las futuras fronteras, deshacerse de las minorías y prevenir así cualquier posibilidad de movimientos irredentistas en los territorios soviéticos. Mientras que los nacionalistas habían planeado ajustar las fronteras de la preguerra a los límites étnicos, Stalin dio un paso más, ajustando los límites étnicos para que se ajustaran a las fronteras que estableció por la fuerza de las armas.

En febrero de 1945, cuando el presidente estadounidense Franklin Delano Roosevelt y el primer ministro británico Winston Churchill acudieron a Yalta, en Crimea, para discutir con Stalin el futuro del mundo de la posguerra, el líder soviético insistió en trazar una nueva frontera entre la Unión Soviética y Polonia siguiendo la línea Mólotov-Ribbentrop. Los líderes occidentales aceptaron, con lo que se otorgó legitimidad retroactiva al desplazamiento de población que ya había tenido lugar. Stalin también se aseguró de que Ucrania y Bielorrusia, con sus nuevas fronteras occidentales, se convirtieran en miembros de las Naciones Unidas, legitimando además las nuevas fronteras soviéticas. La Conferencia de Potsdam, en la que participaron de nuevo los líderes de Estados Unidos, Gran Bretaña y la Unión Soviética y que tuvo lugar en el verano de 1945, tras la derrota de Alemania y el fin de las hostilidades en Europa, dio cabida a la demanda de Stalin de asignar a Polonia las antiguas tierras alemanas del oeste como compensación por los territorios que había perdido en el este. Moscú expulsó a más de 7,5 millones de alemanes étnicos del territorio del nuevo Estado polaco, para hacer sitio a los polacos reasentados desde el este. Los soviéticos comenzaron a enviar polacos hacia el oeste incluso antes de que las tropas del Ejército Rojo capturaran los territorios alemanes del este. Así, en septiembre de 1944, los ciudadanos polacos de Lviv

que debían ir a Breslavia (Wrocław, en polaco) fueron «estacionados» temporalmente en el antiguo campo de concentración y exterminio nazi de Majdanek, cerca de la ciudad de Lublin. Solo más tarde llegarían a su destino final en el antiguo territorio alemán.

Dada la guerra abierta entre la resistencia ucraniana y polaca y la limpieza étnica que la acompañaba, muchos polacos y ucranianos estaban realmente más que dispuestos a abandonar sus hogares y salvar sus vidas, no ya sus posesiones. Pero algunos se negaron a desplazarse. Al final, no importaba mucho. Stalin y sus seguidores polacos estaban más que dispuestos a utilizar la experiencia que el NKVD había adquirido en el curso de las deportaciones masivas de la época de la guerra para lograr su objetivo de crear Estados sin minorías. Los funcionarios soviéticos llamaron a la campaña de deportación «repatriación». Las «patrias» eran imaginarias, ya que la mayoría de los deportados no regresaban a sus países de origen, sino que los abandonaban. Alrededor de 780.000 polacos fueron «repatriados» al lado oeste de la línea Mólotov- Ribbentrop solo desde Ucrania. Aproximadamente el mismo número fue trasladado desde Bielorrusia y Lituania al territorio del nuevo Estado polaco. Entre los deportados había cerca de 100.000 judíos que habían sobrevivido al Holocausto en la Unión Soviética. La mayoría de los reasentados acabaron en las antiguas tierras alemanas asignadas a Polonia por Stalin con el acuerdo reticente de los líderes occidentales.

Mientras los polacos y los judíos se dirigían al oeste, los ucranianos se fueron al este. En dos años, entre 1944 y 1946, cerca de medio millón de ucranianos fueron deportados desde las tierras situadas al oeste de la línea Mólotov-Ribbentrop a la RSS de Ucrania. Al mismo tiempo, más de 180.000 ucranianos del oeste de Ucrania fueron arrestados y deportados a Siberia y al interior de la Unión Soviética por su colaboración real o supuesta con la resistencia nacionalista. Otros 76.000 ucranianos fueron deportados en octubre de 1947. Las deportaciones tenían como objetivo principal frenar la resistencia nacionalista ucraniana, que

continuó en el oeste de Ucrania mucho después del final de la guerra. Nikita Jruhschov afirmó posteriormente que Stalin estuvo dispuesto a deportar a todos los ucranianos al este, pero que eran demasiados.

Esa parecía ser una opción abierta a las autoridades comunistas polacas, aunque a menor escala. En 1947, en una operación denominada Vístula, deportaron de sus fronteras orientales a la totalidad de la población ucraniana que aún permanecía en Polonia —un total de 140.000 hombres, mujeres y niños— y la sustituyeron por personas de etnia polaca. Expulsaron a los deportados de sus hogares y los reasentaron en los antiguos territorios alemanes del oeste y el norte de Polonia. La accidentada frontera polaco-ucraniana, con su población étnica y religiosamente mezclada, se estaba convirtiendo en una clara frontera soviético-polaca, con los polacos a un lado y los ucranianos al otro. La propia Ucrania, que había sido un territorio multiétnico durante la mayor parte de su historia, se iba transformando en un condominio ucraniano- ruso como resultado del exterminio de los judíos y la deportación de polacos y alemanes.

Stalin desplazó a la población no para apaciguar a los nacionalistas, sino para luchar contra el nacionalismo y consolidar su control sobre las zonas fronterizas. Selló las fronteras soviéticas no solo con nuevas líneas de demarcación y guardias fronterizos, sino también con una interminable campaña contra el Occidente capitalista, cerrando las puertas ucranianas a Europa con más fuerza que durante el periodo de entreguerras o, de hecho, que en cualquier otro momento de la historia. La realidad de la ocupación nazi de Ucrania había aplastado el sueño de la intelectualidad ucraniana de unirse a Europa. La Europa que los alemanes trajeron a Ucrania llegó en forma de imperio colonial, cuyos agentes se guiaban por nociones de raza, explotación y exterminio de los «subhumanos» (*Untermenschen*). Los soviéticos aprovecharon esta reciente decepción con Occidente para alimentar la propaganda de la Guerra Fría. Durante años vincularon el nacionalismo ucraniano con el fascismo alemán al referirse constantemente a los

insurgentes ucranianos como «nacionalistas germano-ucranianos».

El régimen soviético también pretendía borrar las antiguas fronteras culturales. En marzo de 1946, a través de sus agentes, el NKVD convocó un concilio especial de la Iglesia católica ucraniana en el que se obligó a los participantes a disolver su Iglesia y unirse a la Iglesia ortodoxa rusa. El concilio se celebró en ausencia de los obispos, a los que el NKVD había arrestado un año antes. La decisión de destruir la Iglesia llegó inmediatamente después de la Conferencia de Yalta y se llevó a cabo dentro de las fronteras definidas por la reunión de los «Tres Grandes». Como Transcarpacia aún no formaba parte oficialmente de la Ucrania soviética, se permitió que la Iglesia católica existiera durante otros tres años hasta que fue aplastada con el inicio de la Guerra Fría en 1949. Los soviéticos sospechaban que la Iglesia católica en su conjunto estaba al servicio del Vaticano y de las potencias occidentales. Había que cortar todos los vínculos institucionales, religiosos y culturales con Occidente, destruyendo una institución que había servido durante mucho tiempo de puente entre el Occidente católico y el Oriente ortodoxo. En pocos años, más de cinco millones de católicos ucranianos se convirtieron a ortodoxos nominales.

En 1945, la victoriosa Unión Soviética, haciendo uso de su fuerza militar, había desplazado sus fronteras hacia el centro- este de Europa. Los dirigentes soviéticos explotaron las consignas del nacionalismo ucraniano, ampliando nominalmente la República de Ucrania y, de hecho, la Unión Soviética mediante la anexión de los territorios polacos, checoslovacos y rumanos tradicionalmente habitados por los ucranianos.

Estas adquisiciones territoriales plantearon nuevos retos para el régimen soviético en Ucrania. Tras la Revolución de 1917, los soviéticos habían conseguido anclar la Ucrania del Dniéper a la URSS reconociendo la reivindicación ucraniana de los centros industriales del este y el sur de Ucrania, a menudo poblados por rusos étnicos. Al apoderarse de partes de la antigua Austria-

Hungría habitadas mayoritariamente por ucranianos y reclamadas durante el periodo de entreguerras por Polonia, Rumanía y Checoslovaquia, Stalin introdujo en la Ucrania soviética tradiciones bastante desarrolladas de autonomía, democracia parlamentaria y autoorganización social y nacional que habían estado prácticamente ausentes en las tierras ucranianas centrales y orientales. El régimen soviético también se encontró con una nueva amenaza ideológica: el nacionalismo radical, representado por una estructura política bien organizada con su propia fuerza militar partisana, el Ejército Insurgente Ucraniano.

La plena incorporación de esos territorios, que incluía su integración económica, social y cultural en la Ucrania soviética y en la URSS, tardaría décadas en producirse. Moscú todavía tenía que pacificar esas zonas llevando a la insurgencia nacionalista a la clandestinidad y destruyéndola después, un proceso que no se completó hasta la década de 1950. Para convertirse en plenamente soviéticas, esas tierras tendrían que someterse a la colectivización e industrialización, y su juventud tendría que ser adoctrinada en los fundamentos del marxismo soviético. Pero incluso con el paso del tiempo, los lazos históricos entre los territorios soviéticos recién adquiridos y Europa Central y Occidental no dejaron de existir. El desplazamiento de las fronteras soviéticas hacia el oeste convirtió las antiguas partes no soviéticas de Ucrania en zonas fronterizas internas, donde durante décadas el régimen impuso políticas diferentes a las que aplicaba en el resto de Ucrania.

Los soviéticos utilizaron la carta ucraniana no solo para legitimar la posesión de la región, sino también para sovietizarla. Moscú retomó su política de ucranización de los años veinte, ofreciendo a la región la oportunidad de integrarse en la sociedad soviética mediante la ucranización de su vida política y cultural. Pero el régimen tardó en integrar a los cuadros locales, en los que no confiaba, por lo que trajo a ucranianos del este y del centro de la república. Esto retrasó la plena integración de la región. Al mismo tiempo, la oferta de cultura ucraniana a cambio de lealtad política contribuyó a frenar la rusificación en el resto de Ucrania. Esta política de ucranización a regañadientes, unida a la tradición

histórica de gran movilización nacional dentro de las fronteras de Austria- Hungría y luego de Polonia, así como a los recuerdos de la insurgencia nacionalista, convertirían a Ucrania occidental, en particular a Galitzia, en el centro de la cultura nacional y el activismo político de Ucrania durante el resto de la era soviética.

PARTE V
EL CAMINO A LA INDEPENDENCIA

24

La Segunda República Soviética

El ingreso de Ucrania en las Naciones Unidas, que admitió a la república como miembro fundador en la Conferencia de San Francisco de abril de 1945, elevó su estatus internacional a uno comparable con los dominios británicos de Canadá y Australia o incluso con Estados soberanos como Bélgica o Brasil. Sin embargo, se necesitaría casi medio siglo para que la fachada de independencia construida apresuradamente, necesaria para ser miembro de la ONU, se ajustara a la consecución de la independencia real. Al tomar ese camino, Ucrania contribuyó a la desintegración de los imperios y a la formación de nuevos Estados-nación sobre sus ruinas, un proceso que casi triplicó el número de países independientes en el mundo, de unos 70 en 1945 a más de 190 en la actualidad.

Salvo un puesto en las Naciones Unidas y su estatus internacional mejorado, al final de la guerra, Ucrania presentaba un panorama lamentable. Aunque el mapa la hacía parecer uno de los principales beneficiarios de la guerra —el territorio ucraniano aumentó en más de un 15 %—, la república fue en realidad una de las principales víctimas de esta. Perdió hasta siete millones de sus ciudadanos, que era más del 15 % de su población. De los 36 millones de ucranianos que quedaban, unos 10 millones no tenían un techo sobre sus cabezas, ya que aproximadamente 700 ciudades y pueblos y 28.000 aldeas estaban en ruinas. Ucrania perdió el 40 % de su riqueza y más del 80 % de su maquinaria industrial y agrícola. En 1945, la república producía solo una cuarta parte de

su producción industrial anterior a la guerra y el 40 % de la agrícola.

Con su infraestructura industrial devastada por las tácticas soviéticas de tierra quemada, las políticas de desindustrialización y desurbanización de los alemanes y los incesantes combates entre los dos ejércitos, en algunos lugares Ucrania tuvo que ser reconstruida casi desde cero. Los asesores occidentales sugirieron que era más fácil construir nuevas plantas industriales que restaurar las antiguas, pero las autoridades decidieron reconstruir las plantas que habían levantado con tan enormes sacrificios en los años treinta. Al igual que entonces, dieron prioridad a la industria pesada. Para el Kremlin, el resto podía esperar.

En 1948, la alianza soviética en tiempos de guerra con Estados Unidos y Gran Bretaña había dado paso a la Guerra Fría entre Moscú y Occidente. Estaba en juego el control soviético sobre Europa Central y Oriental, así como las posiciones occidentales en Irán, Turquía y Grecia. Con el ejército soviético estacionado tan al oeste como Alemania, Ucrania ya no era una república fronteriza que se enfrentaba a lo que se consideraba el Occidente hostil, como lo había sido durante el periodo de entreguerras, pero su importancia para el potencial industrial y agrícola de la Unión seguía siendo tan grande como antes de la guerra. Ucrania tenía que producir armas, alimentos y soldados para luchar contra lo que muchos consideraban un conflicto inminente entre el este comunista y el oeste capitalista. Para los ucranianos, eso significaba muchas armas y muy poca mantequilla. Ucrania había reconstruido su potencial económico en 1950, pero la producción agrícola quedó rezagada y no se alcanzaron los niveles anteriores a la guerra hasta la década de 1960.

La primera década de la posguerra en Ucrania consistió, en gran medida, en reconstruir la destrozada economía, rehabilitar una sociedad conmocionada y traumatizada, y restaurar el control ideológico y político del partido sobre las tierras perdidas temporalmente por Alemania y sus aliados en el transcurso de la

guerra. En Ucrania occidental —las antiguas provincias polacas, rumanas y checas del país— la restauración del control del partido significó, de hecho, su instauración, ya que el régimen soviético había durado menos de dos años antes de la invasión alemana. En toda Ucrania, este periodo vio la (re)implementación de los modelos políticos, sociales y económicos desarrollados en la década de 1930. En sus últimos años, Stalin no estaba dispuesto a emprender nuevos experimentos: el estalinismo tardío estaba claramente agotando su celo revolucionario. La experiencia de la guerra que acababa de terminar y los preparativos para la confrontación bélica con Occidente, que el Kremlin creía que estaba a punto de comenzar, influyeron en la mayoría de las decisiones políticas, sociales y culturales que tomaron Stalin y sus secuaces.

Entre los proyectos de reconstrucción a los que los más altos cargos de la pirámide política soviética daban máxima prioridad estaba uno de los gigantes de la industrialización soviética de los años de preguerra: la central eléctrica del Dniéper en Zaporiyia. Los soviéticos en retirada volaron parte de la presa en 1941, pero en 1943 consiguieron salvar los restos cuando los alemanes quisieron completar el trabajo: los zapadores soviéticos cortaron el cable e impidieron la detonación. La reconstrucción de la presa y de la central eléctrica se convirtió en una prioridad para el recién nombrado jefe del partido en la región de Zaporiyia y futuro líder de la Unión Soviética, Leonid Brézhnev. Cuando llegó a la ciudad en el verano de 1946 vio que la central y las fábricas construidas a su alrededor estaban en ruinas.

> La hierba ya había brotado entre los cascotes y el hierro, el aullido de los perros enloquecidos se oía a lo lejos, y alrededor no había más que ruinas y nidos de cuervos negros que colgaban de las ramas de los árboles quemados —escribió Brézhnev al recordar sus primeras impresiones al visitar lo que quedaba del complejo industrial de Zaporiyia—. Ya había tenido ocasión de ver algo parecido después de la guerra civil, pero entonces lo que asustaba era el silencio sepulcral de las fábricas, mientras que ahora habían quedado completamente reducidas a polvo.

Según el informe de una comisión gubernamental, la ciudad de Zaporiyia no tenía electricidad ni agua corriente. Más de mil edificios de apartamentos, 74 escuelas, cinco cines, dos universidades y 239 tiendas habían sido destruidos. Pero Moscú envió a Brézhnev a Zaporiyia no tanto para reconstruir la ciudad como para poner en funcionamiento la central eléctrica y la acería, llamada Zaporizhstal. Hizo lo que se le pidió en un tiempo récord. La central eléctrica suministró energía por primera vez en marzo de 1947, y las primeras planchas de acero se produjeron en septiembre de ese mismo año. En noviembre de 1947, en reconocimiento a los logros de Brézhnev, el Kremlin lo retiró de Zaporiyia y lo ascendió a jefe del partido en la vecina región de Dniepropetrovsk, uno de los principales motores industriales de la economía ucraniana. Brézhnev dejó Zaporiyia aún en ruinas, aunque con gigantes industrias en funcionamiento. Ese fue el modelo de reconstrucción de Ucrania tras la guerra: las empresas industriales tuvieron prioridad. El pueblo, mientras tanto, sufría e incluso moría.

En sus memorias, publicadas por primera vez en 1978, Brézhnev escribe sobre los tiempos difíciles en las ciudades, pero no dice ni una palabra de los pueblos. Y en 1946 y 1947 sufrieron una hambruna a una escala comparable a la que siguió a la colectivización en la década de 1930. Murieron en torno a un millón de personas. El sur de Ucrania era especialmente pobre, incluidas las regiones de Zaporiyia y Dniepropetrovsk, que estaban al cargo del futuro secretario general Brézhnev. No es de extrañar que guardara silencio sobre el nuevo crimen del régimen en el que ocupaba un cargo destacado: la muerte por hambre de cientos de miles de sus ciudadanos. Un destacado funcionario que se negó a guardar silencio fue el jefe de Brézhnev en aquel momento, Nikita Jrushchov. En sus memorias, enviadas de contrabando a Occidente y publicadas en Estados Unidos en 1970, pero desconocidas por los lectores de la URSS hasta finales de la década de 1980 (las de Brézhnev, por el contrario, aparecieron en la década de 1970 con una tirada cercana a los quince millones de ejemplares), Jrushchov describió no solo la hambruna, sino también la incapacidad de los

dirigentes republicanos de hacer algo para salvar a las víctimas: las decisiones que se convirtieron en sentencias de muerte para cientos de miles de ucranianos se siguieron tomando solo en Moscú.

Jrushchov culpó de la nueva hambruna ucraniana a Stalin, al igual que hizo con gran parte de lo que ocurrió en el país en los años treinta y cuarenta. En este caso, dio en el clavo. En el verano de 1946, se produjo en Ucrania la peor sequía en medio siglo, pero las autoridades de Moscú siguieron exigiendo cereal al campo ucraniano, arrasado por la guerra y una mala cosecha. Esta vez no solo había que alimentar a los que trabajaban en las fábricas y las obras, sino también a los aliados de Europa del Este. Stalin mantuvo a flote los nuevos regímenes comunistas con entregas de millones de toneladas de grano. Para evitar otra catástrofe, Jrushchov le pidió personalmente al secretario general que introdujera cartillas de racionamiento para los campesinos, como se había hecho para los habitantes de las ciudades. No recibió ninguna respuesta. Además, corrían rumores que acusaban a Jrushchov de nacionalismo ucraniano: era demasiado celoso en su protección de los habitantes de la república. Jrushchov no tardó en caer en desgracia con Stalin y perdió su puesto en el partido. Aunque mantuvo su puesto como jefe del Gobierno ucraniano, perdió su posición como líder del partido. Su nuevo jefe, y su sustituto a la cabeza del partido en Ucrania, fue Lazar Kaganóvich, promotor de la política de ucranización de la década de 1920 y uno de los causantes del Holodomor a principios de los años treinta. Kaganóvich consideraba que su nueva tarea en Ucrania era reforzar el control ideológico de Moscú. El poeta neoclásico Maksim Rilski, que hasta 1946 había sido presidente de la Unión de Escritores de la RSS de Ucrania, se convirtió en la principal víctima de la caza de brujas ideológica del nuevo líder. En otoño de 1947 fue atacado en la prensa por su nacionalismo ucraniano. Aunque Stalin pronto llamó a Kaganóvich a Moscú y Jrushchov volvió a estar al mando del Partido Comunista de Ucrania, los ataques a las figuras culturales ucranianas no cesaron. Se extendió entonces por toda la Unión Soviética la persecución de escritores y artistas por «falta de claridad ideológica», por su «individualismo

burgués» y por «doblegarse a Occidente». Dirigió estas campañas Andréi Zhdánov, uno de los principales guardianes de la pureza ideológica. Entre las víctimas se encontraban dos escritores satíricos, el ruso Mijaíl Zóschenko y el ucraniano Ostap Vishnia. Los autores solo podían representar un conflicto en sus obras: el que existe entre lo bueno y lo mejor, lo cual dejaba a los satíricos sin trabajo. Tras empezar con los escritores, los dirigentes del partido siguieron buscando desviaciones ideológicas entre los músicos y los historiadores. En Ucrania, la caza de «nacionalistas burgueses» alcanzó su punto álgido en 1951 con un ataque en *Pravda* al famoso poeta Volodímir Sosiura por poemas patrióticos como «Ama a Ucrania», escrito en 1944. El régimen comenzó a considerar lo que durante la guerra había contribuido a la movilización del patriotismo ucraniano contra la agresión alemana como una manifestación de nacionalismo, ya que pretendía consolidar el control sobre los territorios previamente ocupados.

La Gran Guerra Patria, como se denominó en la Unión Soviética a la guerra soviético-alemana de 1941-1945, proporcionó una legitimidad adicional al régimen que había logrado resistir la invasión del Tercer Reich y repeler la invasión extranjera. Pero la guerra había cambiado el panorama político de la Unión, dando a los ciudadanos de a pie una autonomía que no habían tenido desde la revolución. Los intentos de Moscú de devolver la homogeneidad ideológica y un cierto grado de centralización a los niveles de antes de la guerra solo tuvieron un éxito parcial, especialmente en una república como Ucrania, donde la resistencia nacionalista al régimen soviético había durado años. La lucha nacionalista armada en el oeste de Ucrania se prolongó hasta mediados de la década de 1950. Galitzia y Volinia permanecieron prácticamente bajo la ley marcial durante muchos años, y las autoridades no pudieron aplicar allí las mismas políticas que en otras partes de la URSS.

El Ejército Insurgente Ucraniano (UPA) continuó desafiando la dominación soviética en el interior de Ucrania occidental desde principios de la década de 1950, cuando los partisanos

antisoviéticos que quedaban en el este de Europa habían abandonado las armas hacía tiempo. Alrededor de 1947, el mando del UPA cambió su táctica: los grandes destacamentos se dividieron en unidades de no más de cincuenta hombres, y luego en unidades aún más pequeñas de hasta diez. Ahora se evitaban los enfrentamientos directos con las poderosas tropas soviéticas, reservando así a los hombres para la nueva guerra entre la URSS y Occidente que esperaban que estallara en cualquier momento. Pero incluso los pequeños grupos militantes siguieron creando problemas al régimen soviético: atacaron a funcionarios del partido y del Estado, interrumpieron la colectivización rural y la sovietización de la población a través del sistema educativo. El Kremlin respondió con una ola de represión, que incluyó la deportación a Siberia de cientos de miles de ucranianos sospechosos de simpatizar con la resistencia.

No fue hasta la primavera de 1950 que los oficiales de los servicios de seguridad soviéticos pudieron localizar y asesinar a Román Shujévich, el comandante en jefe del UPA. Le sustituyó Vasil Kuk, pero en los años siguientes se aplastó la resistencia organizada. Los grupos individuales que lograron eludir la persecución perdieron el contacto entre sí. Algunos se dirigieron hacia el oeste a través de Polonia o Checoslovaquia y se unieron a la emigración nacionalista en la RFA, donde Stepán Bandera era el máximo dirigente. En 1951, Estados Unidos y Gran Bretaña empezaron a dejar caer (más exactamente, a lanzar en paracaídas) a simpatizantes de Bandera y de otras organizaciones nacionalistas en Ucrania, con el objetivo de utilizarlos como espías. Moscú intensificó entonces la caza de los líderes de la emigración ucraniana en Alemania Occidental. En otoño de 1959, el agente del KGB Bogdán Stashinski mató a Bandera rociándole la cara con cianuro de potasio con una pistola especial. En 1961 el asesino desertó a Occidente y confesó el asesinato y el de otro líder de la emigración ucraniana, Lev Rebet, en 1957. Su testimonio en un tribunal de Alemania Occidental disipó cualquier duda: en ambos casos, la orden procedía de la cúpula dirigente de la Unión Soviética.

El nacionalismo ucraniano, real o imaginario, no fue el único objetivo de la propaganda gubernamental y de las operaciones de la policía secreta a finales de la era estalinista. En esa época, también se declaró enemigos jurados a los judíos soviéticos. Por supuesto, bastantes de ellos habían figurado entre las víctimas de las purgas estalinistas de finales de los años treinta, pero no fue hasta finales de la década siguiente cuando se los atacó como grupo por sus orígenes. Este cambio se produjo con el estallido de la Guerra Fría y la fundación del Estado de Israel. Los ciudadanos judíos de la URSS estaban ahora bajo sospecha de doble lealtad y colusión con Occidente contra su patria soviética.

En enero de 1948, Stalin ordenó el asesinato de Solomón Mijoels, el famoso actor, director y líder de los judíos soviéticos. Un año más tarde detuvieron a Polina Zhemchúzhina, esposa de Viacheslav Mólotov, mano derecha de Stalin. Zhemchúzhina, una judía del sur de Ucrania, había ayudado mucho a Mijoels en su época. La prensa comunista declaró la guerra a los «cosmopolitas» (un eufemismo para referirse a los judíos). Muchos de ellos fueron expulsados del partido y de los órganos de seguridad. En la URSS, los judíos ucranianos fueron inmediatamente discriminados. En 1952, en una nueva oleada de represiones antisemitas, muchos médicos fueron detenidos y acusados —junto con sus colegas eslavos— del fallecimiento prematuro de los más altos dirigentes de la Unión, entre ellos Andréi Zhdánov, que había muerto por causas naturales en 1948. Solo la muerte de Stalin puso fin a la campaña antisemita. Los dirigentes soviéticos frenaron la campaña en seco y excarcelaron a los médicos supervivientes, pero el antisemitismo permaneció en los pasillos del poder en Moscú, Kíiv y otros centros soviéticos.

Iósif Stalin murió el 5 de marzo de 1953. El periodo más terrible de la historia de la Unión Soviética llegó a su fin. El legado del líder pendería como una espada de Damocles sobre una sexta parte del mundo durante las siguientes décadas. Además de la campaña contra los judíos, dejó muchas otras «bombas de relojería» a sus

sucesores. La lucha contra el estalinismo se convertiría en uno de los *leitmotiv* del Gobierno de Jrushchov. Sin embargo, el antiguo líder del Partido Comunista de Ucrania tardaría en manejar todos los resortes del poder y desafiar abiertamente a su predecesor muerto.

El ascenso de Nikita Jrushchov a la cima del Kremlin comenzó en diciembre de 1949, cuando Stalin lo convocó a Moscú desde Lviv, donde estaba en guerra con la resistencia nacionalista, y le entregó su antiguo puesto como jefe de la organización del partido en la capital soviética. Llegó unos días antes de las fastuosas celebraciones del septuagésimo cumpleaños de Stalin. Durante la ceremonia oficial, el dictador sentó a Jrushchov a su lado, y al invitado de China, Mao Zedong, al otro.

Inmediatamente después de la muerte de Stalin, Jrushchov se convirtió en uno de los cuatro líderes soviéticos más poderosos. En junio de 1953 organizó la detención de su rival más peligroso, el zar de la seguridad del Estado, Lavrenti Beria. En febrero de 1955 se deshizo del que había sido su aliado, el jefe del Gobierno soviético, Gueorgui Malenkov. En junio de 1957 aplastó la oposición de los antiguos ayudantes de Stalin, Viacheslav Mólotov y Lazar Kaganóvich, y en marzo de 1958 se convirtió en jefe del Partido Comunista y del Gobierno soviético. La ayuda de sus acólitos en Ucrania hizo posible el éxito de Jrushchov. La república contaba con la mayor organización del partido en la Unión (en términos de afiliación), dado que los comunistas rusos no tenían partido propio, y por tanto con el mayor bloque de votos en el Comité Central de toda la Unión.

Jrushchov recompensó generosamente a sus partidarios ucranianos destinándolos a Moscú. Uno de los primeros en hacerlo fue Oleksi Kirichenko, el primer ucraniano étnico en el puesto de jefe del partido de Ucrania desde la revolución. En 1957 se convirtió en secretario del Comité Central del sindicato y en el segundo hombre más poderoso del país. Entre los protegidos de Jrushchov también se encontraba el antiguo secretario del partido de Zaporiyia y Dniepropetrovsk, Leonid Brézhnev, que llegó a ser jefe del Soviet Supremo y jefe *de iure* del Estado soviético bajo el

mandato de Jrushchov. Otro producto de la maquinaria del partido ucraniano fue Nikolái Podgorni (Mikola Pidgorni), antiguo primer secretario del Partido Comunista de Ucrania, nombrado por Jrushchov para el Comité Central de todos los sindicatos en 1963. Estos, y otras docenas de protegidos de Jrushchov procedentes de Ucrania, aportaron sus propios protegidos al centro. Mientras que durante buena parte de su carrera Stalin se había apoyado en cuadros del Cáucaso, Jrushchov hizo lo propio con cuadros de Ucrania. Al promoverlos a puestos de poder en Moscú, Jrushchov convirtió la élite comunista ucraniana en un socio subalterno del partido ruso y de los jefes del gobierno en la gestión del imperio soviético multiétnico. Sus miembros ganaron influencia en las decisiones tomadas en el centro, así como más autonomía para decidir los asuntos internos en Ucrania.

El ascenso de Ucrania al segundo puesto honorífico en la jerarquía de las repúblicas y nacionalidades soviéticas comenzó en enero de 1954 con las celebraciones del tercer centenario del Tratado de Pereiáslav (1654). La propaganda oficial del partido aclamó el concilio, que aprobó el paso del Hetmanato cosaco bajo la protección del zar moscovita, como la «reunificación de Ucrania con Rusia». Esa fórmula tenía sus raíces en el paradigma imperial del siglo XIX de la «reunificación de la Rus» mediante los esfuerzos y bajo los auspicios del Estado autocrático ruso. Un documento especial aprobado oficialmente por el Comité Central en Moscú, las «Tesis sobre el tricentenario de la reunificación de Ucrania con Rusia», explicaba lo que significaba esa fórmula en las nuevas circunstancias. El documento se basaba en la política estalinista de tratar a los rusos como la «fuerza dirigente de la Unión Soviética entre todos los pueblos de nuestro país», fórmula acuñada por Stalin en un brindis que pronunció en el banquete de celebración del final de la guerra soviético-alemana en mayo de 1945. También elevó a los ucranianos al estatus de segunda nacionalidad soviética más importante. Según el documento, los rusos y los ucranianos eran pueblos distintos, aunque estrechamente vinculados por la historia y la cultura.

Las autoridades soviéticas ordenaron la construcción de una

serie de monumentos para conmemorar el aniversario y dieron el largo e incómodo nombre de «Tricentenario de la Reunificación de Ucrania con Rusia» a varias instituciones, incluida una universidad en la ciudad de Dniepropetrovsk. Irónicamente, el hetman Pavló Skoropadski había fundado la universidad en 1918, cuando las fuerzas rusas habían sido expulsadas de Ucrania y el país estaba bajo control alemán. Pero el gesto simbólico más fastuoso durante la celebración de la «amistad eterna» de los dos pueblos eslavos orientales fue la transferencia de la península de Crimea, en febrero de 1954, de la jurisdicción de la Federación Rusa a la de Ucrania. Diez años antes, los tártaros de Crimea habían sido deportados de la península, ya que toda la nación fue acusada de colaborar con los alemanes. A pesar del esfuerzo propagandístico por representar el traslado de la península como una manifestación de amistad fraternal entre las dos naciones, las verdaderas razones eran más prosaicas. El factor clave era la geografía. Aislada de Rusia por el estrecho de Kerch y conectada a la Ucrania continental por el istmo de Perekop y las vías de comunicación que lo atraviesan, Crimea necesitaba la ayuda de Ucrania para reconstruir su economía, que no solo la guerra y la ocupación alemana, sino también la expulsión de los tártaros de Crimea, habían socavado.

En 1950, Crimea entregó al Estado cinco veces menos grano que en 1940, tres veces menos tabaco y dos veces menos uva. Los colonos enviados a la península desde la Federación Rusa no estaban acostumbrados a las condiciones del sur y fueron de poca ayuda para levantar la economía. Cuando en el otoño de 1953 Nikita Jrushchov visitó la península, los colonos angustiados rodearon su coche y exigieron ayuda. Desde Crimea se encaminó directamente a Kíiv para iniciar las negociaciones sobre el traspaso de la península a Ucrania, al creer que la república estaba en condiciones de ayudar a la región económicamente deprimida y que sus expertos agrónomos sabían cómo afrontar las sequías y producir grano en condiciones esteparias. Los clientes de Jrushchov en Kíiv aceptaron, al igual que sus colegas en Moscú. En febrero de 1954, los Soviets Supremos ucraniano, ruso y de toda la Unión firmaron el acuerdo.

Crimea pasó a formar parte de Ucrania, la primera y última ampliación del territorio de la república basada no en consideraciones étnicas, sino geográficas y económicas. De los 1,2 millones de habitantes de Crimea, los rusos constituían el 71 % y los ucranianos el 22 %. La península se benefició del nuevo acuerdo y de las inversiones y conocimientos técnicos aportados por el Gobierno ucraniano. La producción de vinos de Crimea se duplicó entre 1953 y 1956, y la producción de electricidad aumentó casi un 60 %. Pero el mayor impulso a la economía de Crimea llegó en la década siguiente con la construcción del Canal de Crimea del Norte, cuya primera fase se completó en 1963. En los años siguientes, a medida que la construcción avanzaba, el canal posibilitó llevar hasta el 30 % de toda el agua del Dniéper a la península y regar más de 6.000 kilómetros cuadrados de tierras agrícolas. También abasteció de agua las ciudades de Feodosia, Kerch y Sudak.

El discurso secreto de Nikita Jrushchov en el xx Congreso del Partido, celebrado en Moscú en febrero de 1956, abrió una nueva era en la vida de la Unión Soviética y de sus repúblicas constituyentes. El nuevo líder atacó a Iósif Stalin por violar los principios de la legalidad socialista al instigar las purgas de los miembros del partido. No mencionó la persecución de millones de personas que no pertenecían al partido, la Gran Hambruna de 1932 y 1933 y las deportaciones de naciones enteras. Mientras continuaba la campaña de desestalinización lanzada por el discurso de Jrushchov, se rehabilitó políticamente a muchos antiguos dirigentes de Ucrania, como Stanislav Kosior, Vlas Chubar y Mikola Skripnik. El KGB ucraniano —el Comité de Seguridad del Estado, un nuevo nombre para la policía secreta— y la Fiscalía General de Ucrania revisaron cerca de un millón de casos de víctimas del terror político, rehabilitando a menos de 300.000 personas. Los cargos y las sentencias siguieron vigentes para los acusados de nacionalismo ucraniano, de participar en la clandestinidad nacionalista o de colaborar con los alemanes. Sin embargo, decenas

de miles de miembros de la clandestinidad nacionalista ucraniana fueron excarcelados del Gulag, al igual que los obispos y sacerdotes supervivientes de la Iglesia católica ucraniana. El KGB puso a la mayoría de estas personas bajo vigilancia tras su liberación.

Jrushchov creía, tenía fe, en el comunismo como orden social superior. A principios de la década de 1960, declaró públicamente al país y al mundo que en los próximos veinte años se establecerían las bases de una sociedad comunista. En el lenguaje marxista-leninista de la época, eso significaba la capacidad de producir abundantes bienes de consumo, que escaseaban en la URSS. Jrushchov también adoptó un nuevo programa del partido sobre la construcción comunista. La promoción de la nueva religión secular, ahora con una fecha en firme para el advenimiento del paraíso comunista, iba de la mano de la lucha contra la religión tradicional. Volviendo a las políticas estalinistas de la posguerra, Jrushchov desató nuevas campañas represivas contra los grupos religiosos, en las que prometía la extinción de la religión antes de la llegada del comunismo y mostrar al último creyente religioso en la televisión en un futuro no muy lejano. Miles de iglesias ortodoxas, mezquitas, sinagogas y lugares de culto fueron cerradas como parte de esta reactivación de la campaña antirreligiosa de las décadas de 1920 y 1930. En Ucrania, el número de iglesias ortodoxas se redujo casi a la mitad, de 8.207 a 4.565, entre 1960 y 1965. Las regiones del este y el centro de Ucrania se vieron especialmente afectadas: en Galitzia, las autoridades se cuidaron mucho de no cerrar demasiadas iglesias para no empujar a los creyentes ortodoxos recién convertidos a las filas de la Iglesia católica ucraniana clandestina.

Aunque para muchos estaba claro que la anunciada llegada del comunismo era poco más que una estratagema propagandística, el fin del terror estalinista, la liberación de algunas categorías de presos políticos y la publicación de obras que exponían los crímenes del régimen de Stalin (incluidos los escritos de Aleksandr Solzhenitsyn, prisionero del Gulag entre 1945 y 1953) crearon una atmósfera de relativa libertad conocida como el «deshielo de Jrushchov». En Ucrania estuvo marcado por el regreso a la vida

pública de la generación de escritores y artistas cuyas obras habían sido proscritas bajo el último estalinismo. Entre ellos, estaba el cineasta más conocido de Ucrania, Oleksandr Dovzhenko, que pudo abandonar su exilio en Moscú y reanudar su obra en su país. Los poetas Maksim Rilski y Volodímir Sosiura, que habían sido atacados en los años cuarenta y cincuenta, volvieron a la actividad. Ayudaron a formar un nuevo plantel de poetas ucranianos, la «generación de los sesenta». Autores como Iván Drach, Vitali Korotich y Lina Kostenko, entre otros, se convirtieron en figuras destacadas de la nueva literatura ucraniana que socavaron los cimientos del realismo socialista oficial.

La nueva línea del partido se presentó a los cuadros más preocupados como una vuelta a las «normas leninistas», lo que significaba, entre otras cosas, el fin de las purgas masivas del aparato del partido y cierta descentralización del poder. Ambos cambios empoderaron a las élites regionales y republicanas, y los cuadros ucranianos estuvieron más que encantados de aprovechar las nuevas oportunidades. Con la creación de consejos regionales encargados del desarrollo económico (otro retorno a las políticas de los años veinte), las autoridades ucranianas se encontraron con el control de más del 90 % de las empresas situadas en su territorio y de todas las explotaciones agrícolas. Ahora eran mucho más independientes del centro que sus predecesores. Desde principios de la década de 1950, los funcionarios locales dirigían Ucrania sin apenas afluencia de personal del partido y del Gobierno procedente de Rusia o de cualquier otra república soviética. Los cuadros locales estaban organizados en redes clientelares, y la posición de un jefe de partido en concreto (había muy pocas mujeres en el aparato del partido) dependía de su lealtad personal a su superior. Las redes del partido ucraniano se extendían hasta el Kremlin, siendo más estables e independientes que la mayoría de las redes republicanas de la Unión.

Las reformas de Jrushchov contribuyeron a la espectacular expansión de la industria soviética y a la creciente urbanización de la sociedad soviética. Su programa de construcción de bloques de apartamentos baratos de cinco plantas, conocidos como

jrushchovkas, cambió el perfil de todas las ciudades soviéticas y permitió que cientos de miles de ciudadanos pasaran de los refugios temporales y los estrechos apartamentos comunales a otros individuales con calefacción, agua corriente y aseos propios. Aunque en los años de Jrushchov la mayoría de los recursos estatales se destinaron al desarrollo de las tierras vírgenes de Kazajistán y los recursos naturales de Siberia, Ucrania se convirtió en uno de los principales beneficiarios —y víctimas— del nuevo crecimiento industrial.

En las décadas de 1950 y 1960, se construyeron tres nuevas centrales hidroeléctricas en el Dniéper, que desviaron el caudal natural del río, crearon gigantescos lagos artificiales, inundaron las tierras agrícolas y las minas cercanas, y cambiaron para siempre la ecología de la región. La construcción de complejos químicos destinados a producir pesticidas para la agricultura y bienes de consumo para las masas aumentó el potencial económico de la república, pero también incrementó la presión sobre su sistema ecológico. Ucrania también estuvo muy implicada en los proyectos atómicos y espaciales soviéticos, ambos productos de la carrera armamentística que acompañó la mayor parte de la Guerra Fría. En la ciudad de Zhovti Vodi, cerca del lugar de la primera batalla entre Bogdán Jmelnitski y el ejército real polaco en 1648, se descubrió y extrajo uranio. En la cercana ciudad de Dniepropetrovsk se construyó la mayor instalación de producción de misiles de toda Europa. La contribución de Ucrania al avance soviético en el espacio exterior fue inmensa. En reconocimiento a esa contribución y al lugar simbólico que ocupaba Ucrania en la jerarquía de las repúblicas soviéticas, un ucraniano se convirtió en el primer no ruso lanzado al espacio por un cohete soviético. Pavló Popóvich, natural de la región de Kíiv, hizo su primer viaje espacial en 1962. Su segundo vuelo tendría lugar en 1974.

Como era de esperar, el crecimiento del programa espacial soviético y del complejo militar-industrial no contribuyó al bienestar de la población, que a principios de la década de 1960 se encontró de nuevo al borde de la hambruna. La causa inmediata de la escasez de alimentos fue una serie de sequías que afectaron a la

agricultura soviética. Esta vez, en lugar de exportar grano como en 1932 y 1933 y en 1946 y 1947, el Gobierno decidió importarlo, evitando que se repitieran los desastres de aquellos años. Fue un marcado cambio respecto a los tiempos de Stalin. Jrushchov trató de mejorar la situación de los campesinos y la productividad de las granjas colectivas aumentando drásticamente los precios de compra de los productos agrícolas (el precio del cereal se multiplicó por siete). También redujo a la mitad las parcelas individuales de los agricultores colectivizados, creyendo que así se liberarían del esfuerzo extra en casa y tendrían más tiempo y energía para trabajar en las granjas colectivas.

Pero las políticas bienintencionadas de Jrushchov no dieron los resultados esperados. Siguió dictando qué debían cultivar las granjas colectivas y cómo, promoviendo el aumento de la producción de maíz, que no podía crecer ni crecía en los lugares designados por los *apparátchiks* del partido desde Moscú. Su intento de proporcionar a los campesinos más tiempo de descanso socavó la producción agrícola en lotes individuales. Entre 1958 y 1962, el número de animales domésticos de propiedad individual se redujo a más de la mitad, de 22 a 10 millones. Las reformas que supuestamente iban a aumentar la productividad y mejorar el nivel de vida en el campo hicieron que los productos fueran mucho más caros en las ciudades, donde los precios de la mantequilla subieron un 50 % y los de la carne un 25 %. Muchos habitantes de las ciudades recordaban los años cincuenta como un paraíso perdido. Los campesinos preferían los años sesenta.

En octubre de 1964, cuando los miembros del círculo íntimo de Jrushchov, entre los que se encontraban sus protegidos ucranianos Leonid Brézhnev y Nikolái Podgorni, lo apartaron del poder en un golpe de Estado, pocos ciudadanos soviéticos tenían algo bueno que decir sobre uno de los mayores reformistas de la Unión Soviética. Sin embargo, aprovecharon la oportunidad que les brindaba su política de desestalinización para quejarse públicamente de su derrocado líder y de sus iniciativas

económicas, que habían dejado los estantes de las tiendas vacíos y habían puesto los precios de los productos agrícolas por las nubes.

Los nuevos líderes, que habían orquestado el golpe en parte por temor a que Jrushchov les culpara de las dificultades económicas y los apartara del poder, decidieron ir sobre seguro. Volvieron al modelo centralizado de la economía soviética de la década de 1930, suprimiendo los consejos económicos regionales y restableciendo los ministerios de todos los sindicatos en Moscú como principales órganos de gobierno de la economía soviética. Sin embargo, dejaron en su lugar los precios de compra relativamente altos de los productos agrícolas, convirtiendo la agricultura de una fuente de ingresos, como en tiempos de Stalin, en un agujero negro económico que exigía siempre nuevas subvenciones. Las condiciones de vida de los agricultores colectivizados, que nunca habían sido fáciles, mejoraron algo, pero no su productividad; además, los nuevos dirigentes nunca restablecieron el tamaño original de las parcelas individuales y siguieron suprimiendo la iniciativa individual en el sector agrícola. Al igual que Jrushchov, se propusieron como objetivo oficial mejorar el nivel de vida de la población, pero temían el poder de la propiedad y la iniciativa privadas.

La destitución de Jrushchov y su sustitución como líder del partido por un Leonid Brézhnev menos motivado ideológicamente llevó a la atenuación de su campaña propagandística del «comunismo del mañana». También supuso el restablecimiento de los controles de la época de Stalin sobre el debate público y la vuelta a la represión política. Los nuevos dirigentes señalaron el cambio, por supuesto, con la detención y el juicio de Andréi Siniavski y Yuli Daniel, dos escritores que publicaron sus obras en Occidente y fueron acusados de actividades antisoviéticas. Las detenciones se produjeron en otoño de 1965, un año después de la destitución de Jrushchov. A principios de 1966 los dos intelectuales fueron condenados a siete y cinco años de trabajos forzados, respectivamente. El juicio marcó el fin del deshielo de Jrushchov.

En Ucrania, las detenciones comenzaron unos meses antes, en

el verano de 1965. El KGB se centró en los jóvenes intelectuales de Kíiv y Lviv que habían iniciado sus actividades literarias y culturales durante el Deshielo. Uno de los primeros activistas del movimiento disidente ucraniano, Yevguén Sverstiuk, lo caracterizó más tarde como esencialmente cultural e impulsado por «el idealismo juvenil... la búsqueda de la verdad y la honestidad... el rechazo, la resistencia y la oposición a la literatura oficial». Aunque se preocupaban por el destino de la nación ucraniana y su cultura, los jóvenes intelectuales presentaban sus argumentos en términos marxistas-leninistas, superando los límites de las campañas de desestalinización y «retorno al leninismo» de Jrushchov. Esto fue especialmente evidente en uno de los primeros textos de *samvidav* (en ruso: *samizdat*, o «autopublicado») del movimiento disidente ucraniano, titulado «¿Internacionalismo o rusificación?». Escrito poco después de las primeras detenciones de disidentes ucranianos en 1965 por el joven crítico literario Iván Dziuba, el tratado argumentaba que bajo Stalin la política de nacionalidad soviética había perdido su orientación leninista, rechazado el internacionalismo y convertido en rehén del chovinismo ruso.

A pesar de la creciente rigidez política del régimen y su progresiva intolerancia hacia cualquier forma de oposición, el «deshielo de Jrushchov» no terminó en Ucrania con las primeras detenciones de jóvenes intelectuales y continuó en algunos aspectos hasta principios de la década de 1970. Esto fue sin duda así en el caso del renacimiento del comunismo nacional, que encontró un fuerte apoyo en Petró Shélest, primer secretario del Comité Central del Partido Comunista de Ucrania y miembro del Politburó de todos los sindicatos. Hijo de campesinos de la región de Járkiv, en el este de Ucrania, se había afiliado al partido en la década de 1920. Al igual que los comunistas nacionales de aquella época (uno de los cuales, Mikola Skripnik, no solo fue rehabilitado, sino también celebrado en Ucrania en los años sesenta), Shélest creía que su principal tarea no era seguir las órdenes de Moscú, sino promover el desarrollo económico de Ucrania y apoyar su cultura. La lengua ucraniana estaba sometida a una presión cada

vez mayor por parte de la rusa: el número de alumnos en las escuelas de ucraniano había ido disminuyendo desde los años de preguerra, y la proporción de alumnos en las escuelas rusas aumentó del 14 % en 1939 al 25 % en 1955, y a más del 30 % en 1962.

Estas cifras inquietaron a Petró Shélest, que presidió la formación de un nuevo tipo de identidad ucraniana que se enorgullecía del papel de la república en la derrota de la agresión alemana y de su mayor estatus en la Unión, combinando elementos de lealtad al experimento socialista con el patriotismo local y la celebración de la historia y la cultura ucranianas. Esta nueva identidad era una amalgama de la identidad soviética formada en la década de 1920 y la identidad nacional que se había formado en la Polonia de entreguerras, Rumanía y, en cierta medida, en Transcarpacia. Aunque dominante, el componente soviético tuvo que ajustarse y volverse más culturalmente ucraniano y autosuficiente de lo que hubiera sido en otras circunstancias.

La situación política en Moscú, que se parecía en cierto modo a la de la década de 1920, favoreció que Shélest volviera a las ideas del comunismo nacional y a su capacidad para mantenerlas mucho tiempo después de la destitución de Jrushchov. Varias camarillas políticas luchaban por el control del partido y del Gobierno, y el apoyo de los cuadros del partido ucraniano era tan esencial en Moscú en la década de 1960 como lo había sido en la de 1920. Shélest estaba encantado de intercambiar su apoyo al grupo de Brézhnev, que competía con los cuadros dirigidos por el antiguo jefe del KGB, Aleksandr Shelepin, por una limitada autonomía política y cultural ucraniana. El acuerdo informal llegó a su fin en 1972, cuando Brézhnev, tras marginar a Shelepin, decidió actuar contra Shélest. Este último fue trasladado a Moscú en mayo de 1972 y, cuando aún era miembro del Politburó de Moscú, fue acusado de desviacionismo nacionalista por el contenido de su libro *Oh Ucrania, nuestra tierra soviética*, que rezumaba orgullo por la historia ucraniana y los logros de la república bajo el socialismo.

Brézhnev sustituyó a Shélest por su propio partidario,

Volodímir Scherbitski, natural de la región de Dniepropetrovsk, donde nació Brézhnev. El círculo de Dniepropetrovsk estaba apartando a otros cuadros ucranianos en Moscú y Kíiv y tomando un control cada vez mayor del partido soviético y de la maquinaria estatal. A la salida de Shélest de Ucrania le siguió una purga de sus leales y un ataque a los intelectuales ucranianos. Iván Dziuba, autor del libro «nacional-comunista» *¿Internacionalismo o rusificación?*, fue condenado a cinco años en campos de trabajo y cinco de exilio interior por la obra que había escrito en 1965. Fueron purgados de las instituciones de la Academia de Ciencias de Ucrania Mijailo Braichevski, además de decenas de historiadores y literatos que investigaban la historia de Ucrania anterior a 1917, especialmente en la época «nacionalista» cosaca. El KGB estaba recuperando el trabajo que no había podido realizar en Ucrania bajo el mandato de Petró Shélest. Pero la represión no puede hacer mucho y no puede durar demasiado. La próxima vez que las élites del partido y los intelectuales ucranianos establecieran un frente común contra Moscú, ya no sería bajo el lema del retorno a los ideales leninistas.

25

¡*Good Bye*, Lenin!

El 15 de noviembre de 1982, los ciudadanos de Ucrania, junto con los de las demás repúblicas de la Unión Soviética, estaban pegados a las pantallas de los televisores. Todos los canales emitían una noticia desde Moscú: los líderes de la Unión Soviética, representantes de numerosos países extranjeros y organizaciones internacionales, así como decenas de miles de moscovitas se habían congregado en la Plaza Roja para despedirse de Leonid Brézhnev, el ucraniano que había gobernado la superpotencia mundial durante dieciocho largos años. Enfermo crónico desde hacía tiempo, había fallecido unos días antes mientras dormía. Para muchos telespectadores que no habían conocido a ningún otro dirigente era difícil creer que Leonid Ilich Brézhnev, el «infatigable defensor de la paz mundial», como lo aclamaba la propaganda oficial, hubiera muerto. Su régimen de septuagenarios había congelado el ascenso social en el Imperio soviético, con lo que se había frustrado cualquier esperanza de cambio, y parecía capaz de detener el tiempo. El término operativo era «estabilidad». La era de Brézhnev no tardó en conocerse como el periodo del estancamiento.

En Ucrania, durante las dos décadas de 1966 a 1985, la tasa anual de crecimiento industrial había disminuido del 8,4 al 3,5 %; en el sector agrícola, que nunca llegó a ir bien, cayó del 3,2 al 0,5 %. Esas eran las cifras oficiales, que no significaban mucho en una época de informes falseados. La realidad era aún más sombría. La Unión Soviética era cada vez más dependiente de las divisas

procedentes de la venta de petróleo y gas en el extranjero. A principios de la década de 1970, mientras los ingenieros soviéticos y occidentales estaban ocupados construyendo gasoductos para llevar el gas a Europa desde Siberia y Asia Central, el gas ucraniano de los yacimientos de Dashava y Shebelinka se sustraía a los consumidores nacionales y se bombeaba a Europa Central a cambio de divisas. Con el tiempo, los yacimientos de gas se agotaron y Ucrania se convirtió en importador de gas.

La promesa de Jrushchov de que el pueblo soviético viviría bajo el comunismo nunca se cumplió, y los propagandistas del régimen la olvidaron del todo. La calidad de vida estaba en caída libre, ralentizada únicamente por los altos precios del petróleo en los mercados mundiales. En el momento de la muerte de Brézhnev, el escepticismo entre las élites y la población en general con respecto no solo al comunismo, sino incluso al «socialismo desarrollado» —el término que sustituyó a «comunismo» como definición del orden social soviético—, había alcanzado un máximo histórico. Mientras el féretro de Brézhnev se depositaba en una tumba recién cavada cerca del muro del Kremlin, los relojes de sus torres marcaban otra hora, y los cañones disparaban salvas que indicaban el fin de una era y el comienzo de otra nueva. Esta traería consigo un intento de reforma radical, un enorme declive económico y la fragmentación política de la poderosa Unión Soviética, un proceso en el que Ucrania abriría el camino hacia su propia independencia y la de repúblicas soviéticas menos decisivas.

Entre los miembros del Politburó que se reunieron en la tribuna del mausoleo de Lenin para elogiar al difunto Brézhnev, un hombre destacaba sobre el resto. Volodímir Scherbitski, el canoso líder del partido de Ucrania, no se cubrió la cabeza con el sombrero como muestra de respeto aquel frío día de noviembre. Protegido de Brézhnev durante la mayor parte de su carrera, Scherbitski tenía un motivo especial para llorar. Antes de la inesperada muerte de Brézhnev, se rumoreaba en los pasillos del Kremlin que en el próximo pleno del Comité Central dimitiría y transferiría sus

poderes a Scherbitski, para así asegurar la preeminencia del círculo de Dniepropetrovsk en la dirección del país. Scherbitski, natural de esa región, antes de llegar a Kíiv había sido el líder del partido allí. Pero Brézhnev murió antes de que se celebrara el pleno. El nuevo líder del partido, el exjefe del KGB Yuri Andrópov, no tenía nada que ver con la camarilla de Dniepropetrovsk y pronto perseguiría a los acólitos de Brézhnev por corrupción.

Tras el funeral, Scherbitski regresaría a Ucrania donde mantuvo un perfil bajo, con la intención de sobrevivir a esos tiempos inciertos. Con buena salud a sus sesenta y cuatro años, era un joven entre los miembros del Politburó. Sus competidores inmediatos eran mayores y estaban achacosos. Además, durante sus años al frente de la maquinaria del partido ucraniano, Scherbitski había logrado establecer una clientela fiel. Sobrevivió a Andrópov, que murió en diciembre de 1984, y a su sucesor, Konstantín Chernenko, que falleció en marzo de 1985, pero sus posibilidades de llegar a la cima del poder en Moscú eran ya agua pasada. La asociación entre las élites rusas y ucranianas establecida por Nikita Jrushchov y cimentada por Brézhnev había desaparecido. El nuevo y enérgico líder de la Unión Soviética, Mijaíl Gorbachov, que llegó al poder en marzo de 1985, no tenía vínculos con la maquinaria del partido ucraniano. Hijo de padre ruso y madre ucraniana, Gorbachov creció en el Cáucaso Norte —un territorio con una población mixta rusa y ucraniana— y aprendió canciones populares ucranianas de niño. Pero era, ante todo, un patriota soviético sin un apego especial por ninguna de las repúblicas, salvo Rusia. Veía las pirámides clientelares creadas por los aliados de Brézhnev en las repúblicas como una grave amenaza para su posición y para el programa de reformas que puso en marcha poco después de llegar al poder.

La cinta transportadora que había llevado cuadros ucranianos a Moscú durante los treinta años anteriores pronto dejó de funcionar. Gorbachov traía gente nueva de regiones rusas. Entre ellos estaba su futuro enemigo, Borís Yeltsin. En diciembre de 1986, Gorbachov violó la regla no escrita entre el centro y las repúblicas que había existido desde la muerte de Stalin: el jefe del

partido a cargo de cada república tenía que ser alguien local y de la nacionalidad mayoritaria. Gorbachov «catapultó» a un ruso étnico, Guennadi Kolbin, a Kazajistán para sustituir a un leal a Brézhnev, el kazajo étnico Dinmujamed Konaiev. El nombramiento de Kolbin, un producto (como Yeltsin) de la maquinaria del partido de Sverdlovsk (actualmente Ekaterimburgo, una ciudad industrial de los Urales) que no tenía ningún vínculo con Kazajistán y que nunca había trabajado allí, hizo salir a los estudiantes kazajos a la calle en la primera revuelta nacionalista de la historia de la URSS desde la posguerra.

Las desavenencias entre los nuevos dirigentes de Moscú y los de Ucrania salieron a relucir poco después de que el peor desastre tecnológico de la historia mundial —la explosión de abril de 1986 en la central nuclear de Chernóbil, situada a menos de 110 kilómetros al norte de Kíiv— afectara a Ucrania. La idea de llevar la energía nuclear a Ucrania había sido de científicos y economistas ucranianos; Petró Shélest, que quería crear nuevas fuentes de energía eléctrica para la pujante economía nacional, había presionado a favor de esta idea en la década de 1960, durante su mandato como jefe del partido de la república. Cuando la central nuclear de Chernóbil entró en funcionamiento en 1977, los intelectuales ucranianos, incluido uno de los líderes de la generación de los sesenta, Iván Drach, celebraron la llegada de la era nuclear a su país. Para Drach y otros patriotas ucranianos, Chernóbil representaba un paso hacia la modernización de Ucrania. Sin embargo, él y otros entusiastas de la nuclearización no se dieron cuenta de que el proyecto estaba bajo control directo de Moscú, y la mayor parte del personal cualificado y de la dirección de la central era de fuera de Ucrania. La república recibía energía eléctrica, pero apenas tenía voz sobre lo que ocurría en la planta, que, como todas las instalaciones nucleares soviéticas, y de hecho la mayoría de las empresas industriales de Ucrania, estaba bajo la jurisdicción de los ministerios de toda la Unión. No es casualidad que la propia central y el accidente que se produjo se dieran a conocer al mundo con el nombre ruso de la ciudad más cercana: Chernóbil, no Chornóvil.

Cuando en la noche del 26 de abril de 1986 el cuarto reactor de la central de Chernóbil explotó como consecuencia de una deficiente prueba de funcionamiento de la turbina, los dirigentes ucranianos se dieron cuenta, de pronto, del poco control que tenían sobre su propio destino y el de su república. A algunos funcionarios ucranianos se les invitó a formar parte de la comisión del Gobierno central que se ocupaba de las repercusiones del accidente, pero apenas tuvieron voz en ella, con lo que se vieron obligados a seguir las instrucciones de Moscú y de sus representantes en el lugar. Organizaron el reasentamiento de los habitantes de una zona de treinta kilómetros alrededor de la central, pero no se les permitió informar a la población de la república sobre el alcance del accidente y la amenaza que suponía para la salud de sus conciudadanos. Los límites del poder de las autoridades de la república sobre el destino de Ucrania quedaron muy claros en la mañana del 1 de mayo de 1986, cuando los vientos cambiaron de dirección y, en lugar de soplar hacia el norte y el oeste, lo hicieron hacia el sur, arrastrando nubes radiactivas a la capital ucraniana. Ante la rápida evolución de la situación radiológica en una ciudad de más de dos millones de habitantes, las autoridades ucranianas trataron de convencer a Moscú de que cancelara el desfile previsto para celebrar el Día Internacional de los Trabajadores. No lo consiguieron.

Mientras los organizadores del partido conducían a columnas de estudiantes y trabajadores al centro de Kíiv para iniciar el desfile en la mañana del primero de mayo, un hombre brillaba por su ausencia en el grupo de líderes de la república: Volodímir Scherbitski. Por primera vez en su larga carrera llegaba tarde al desfile del Día de los Trabajadores. Cuando su limusina apareció por fin en Jreschátik, la calle principal de Kíiv y el punto central del desfile, los líderes del partido ucraniano vieron a un Scherbitski visiblemente molesto. «Él me dijo: si estropeas el desfile, tendrás que dejar el carné del partido sobre la mesa», contó el jefe del partido ucraniano a sus colaboradores. Nadie dudó de la identidad del «él» no identificado: solo una persona en el país, Mijaíl Gorbachov, estaba en condiciones de amenazar a Scherbitski con la

expulsión del partido. A pesar del rápido aumento del nivel de radiación, Gorbachov ordenó a sus subordinados ucranianos que actuaran como de costumbre para mostrar al país y al mundo que la situación estaba bajo control y que la explosión de Chernóbil no representaba ningún peligro para la salud de la población. Scherbitski y otros dirigentes del partido sabían que no era cierto, pero consideraron que no tenían más remedio que seguir las órdenes de Moscú. El desfile continuó como estaba previsto. Lo único que pudieron hacer fue acortar su duración de cuatro a dos horas.

La explosión y fusión parcial del cuarto reactor de la central nuclear liberó a la atmósfera unos 50 millones de curíes de radiación, el equivalente a quinientas bombas de Hiroshima. Solo en Ucrania se contaminaron más de 50.000 kilómetros cuadrados de terreno, un área mayor que la de Bélgica. La zona de exclusión alrededor del reactor ascendió a 2.600 kilómetros cuadrados, de los que se evacuó a más de 90.000 habitantes en las primeras semanas posteriores a la explosión. La mayoría de ellos no volverían a ver sus casas. La ciudad de Prípiat, que albergaba a cerca de 50.000 trabajadores de la construcción y al personal operativo de la central, aún hoy sigue desierta, una Pompeya moderna que recuerda lo que fueron los últimos días de la Unión Soviética. En las paredes de Prípiat se conservan imágenes de Vladímir Lenin y de los constructores del comunismo, junto con eslóganes que ensalzan al Partido Comunista.

En Ucrania, la lluvia radiactiva afectó directamente a 2.300 poblaciones y a más de 3 millones de habitantes. Casi 30 millones de personas que se abastecían de agua del Dniéper y otros ríos estaban en peligro como consecuencia de la catástrofe. El accidente tuvo un impacto devastador en las zonas boscosas del norte de Ucrania, algunas de las regiones habitadas más antiguas del país, donde durante miles de años la población local se había escondido de los invasores de la estepa. Ahora los bosques que habían servido de refugio a los nómadas y de sustento a los supervivientes de la Gran Hambruna de 1932 y 1933 se convirtieron en fuentes de destrucción. Sus hojas emitían radiación, un enemigo invisible del

que no había defensa. Fue una catástrofe de proporciones planetarias, y salvo la vecina Bielorrusia, en ningún lugar golpeó más fuerte que en Ucrania.

El accidente de Chernóbil aumentó considerablemente el descontento con Moscú y sus políticas en todos los estratos del partido y de la sociedad: la radiación afectó a todos por igual, desde los miembros de la dirección del partido hasta los ciudadanos de a pie. Mientras los líderes del partido ucraniano movilizaban a la población para hacer frente a las consecuencias del desastre y arreglar el lío creado por el centro, muchos se preguntaban por qué estaban arriesgando sus propias vidas y las de sus familias. Alrededor de las mesas de sus cocinas, se quejaban de las políticas fallidas del centro y compartían su frustración con personas de confianza. Los escritores ucranianos fueron los primeros en romper el silencio oficial. En las reuniones organizadas por los miembros de la Unión de Escritores de Ucrania, muchos de los que habían acogido con satisfacción la llegada de la energía nuclear una década antes, la condenaban ahora como un instrumento de dominación de Moscú sobre la república. Entre los que lideraban la protesta estaba Iván Drach, cuyo hijo, estudiante del instituto médico de Kíiv, fue enviado a Chernóbil al poco de producirse el accidente sin las debidas instrucciones ni el equipo de protección adecuado y sufría de intoxicación por radiación.

La catástrofe de Chernóbil despertó a Ucrania, pues llevó a que se plantearan cuestiones fundamentales sobre las relaciones entre el centro de poder y las repúblicas, el Partido Comunista y el pueblo, y contribuyó a iniciar el primer gran debate público en una sociedad que luchaba por recuperar su voz tras décadas de estancamiento brezhneviano. La generación de los años sesenta estaba en primera línea. Entre ellos, el escritor Yuri Scherbak, que a finales de 1987 creó un grupo ecologista que sería la semilla del Partido Verde. El movimiento ecologista, que presentaba a Ucrania como víctima de las actividades de Moscú, se convirtió en una de las primeras formas de movilización nacional durante los años de las reformas de Gorbachov. El nuevo hombre del Kremlin no solo dio la espalda a la dirección del partido ucraniano, sino que

también dio poder a los intelectuales con mentalidad democrática y a la *intelligentsia* con conciencia nacional para movilizarse contra esa élite. Como resultado, los dos grupos en conflicto en Ucrania —la clase dirigente comunista y la recién nacida oposición democrática— descubrirían un interés común en oponerse a Moscú, en general, y a Gorbachov en particular.

Mijaíl Gorbachov era en muchos sentidos un miembro de la generación de los sesenta; su visión del mundo estaba en gran medida moldeada por la campaña de desestalinización de Jrushchov e inspirada por las ideas de reforma socialista promovidas en la década de los sesenta por economistas y politólogos liberales tanto en la URSS como en Europa del Este. Uno de los principales ideólogos de la Primavera de Praga, Zdeněk Mlynář, había sido compañero de habitación de Gorbachov en la residencia de la Facultad de Derecho de la Universidad de Moscú en la década de 1950. Gorbachov y sus asesores querían reformar el socialismo para hacerlo más eficiente y «fácil de manejar» o, como se decía en Praga antes de la invasión soviética de 1968, crear un socialismo con rostro humano.

Gorbachov comenzó con un programa de «aceleración» del desarrollo económico soviético que no exigía una reforma fundamental, sino que hacía hincapié en el uso más eficiente de las instituciones y los recursos disponibles. Pero la economía soviética no estaba en condiciones de acelerar otra cosa que no fuera su ritmo de decadencia. «Estábamos al borde del abismo —decía un chiste político de la época de Brézhnev—, pero desde entonces hemos dado un enorme paso adelante.» La retórica de la «aceleración» pronto dio paso a la política de la perestroika, o reestructuración, que retiró el poder de decisión de los ministerios en Moscú y lo invirtió no en las regiones y repúblicas, como bajo el mandato de Jrushchov, sino en compañías individuales. Esto molestó a las burocracias centrales y a los jefes locales, que también estaban enemistados con la política de Gorbachov de la glásnost, o apertura, que los exponía a las críticas desde abajo, que

ahora fomentaban los medios de comunicación con sede en Moscú. La perestroika movilizó, en un principio, el apoyo al nuevo líder y a sus ideas reformistas entre los intelectuales y la *intelligentsia* urbana, hartos de los controles de la vida pública de la época de Brézhnev y de las mentiras de la propaganda oficial.

Las reformas de Gorbachov crearon oportunidades para la movilización política desde abajo. En Ucrania, los disidentes de los años sesenta y setenta recién salidos del Gulag fueron de los primeros en aprovechar el nuevo clima político y social. En la primavera de 1988 fundaron la Unión Ucraniana de Helsinki, la primera organización abiertamente política de la Ucrania de la perestroika. La mayoría de sus miembros —incluido el jefe del movimiento, el abogado de formación moscovita Levkó Lukianenko, que había pasado más de un cuarto de siglo en la cárcel y en el exilio interno— habían pertenecido al Grupo Ucraniano de Helsinki de la época de Brézhnev. Esta organización disidente, fundada en 1976, se encargó de supervisar el cumplimiento por parte del Gobierno soviético de sus obligaciones en materia de derechos humanos en virtud de la Conferencia de Helsinki sobre Seguridad y Cooperación en Europa, que tuvo lugar en la capital finlandesa en el verano de 1975. Si muchos miembros del grupo, y luego de la Unión, empezaron en los años sesenta como marxistas que querían restablecer las «normas leninistas» de la política de nacionalidad, las detenciones practicadas en 1972 junto con la expulsión de Ucrania de Petró Shélest pusieron fin a sus ideales comunistas. El movimiento de Helsinki proporcionó a los disidentes ucranianos una nueva ideología: la de los derechos humanos, incluidos los individuales tanto de los individuos como de las naciones, definidos en términos políticos y culturales.

La defensa de la cultura nacional, especialmente de la lengua, fue uno de los temas clave que galvanizaron a la sociedad ucraniana durante los primeros años de la perestroika. La primera organización verdaderamente masiva que se creó en Ucrania fue la Sociedad [para la Protección] de la Lengua Ucraniana, que, a finales de 1989, año de su fundación, contaba con 150.000 miembros. Los intelectuales ucranianos consideraban que su lengua

y su cultura —fundamentos de la nación ucraniana— estaban amenazadas. La lengua suponía un reto especial. Según el censo de 1989, los ucranianos constituían el 73 % de los 51 millones de habitantes de la república, pero solo el 88 % declaraban que el ucraniano era su lengua materna, y solo el 40 % la utilizaba como lengua de conveniencia. Esto fue en gran parte el resultado de un proceso de urbanización en el que los ucranianos rurales se trasladaron a las ciudades solo para rusificarse culturalmente. En la década de 1980, había grandes mayorías étnicas ucranianas en la mayoría de las ciudades (Donetsk, donde los rusos seguían siendo mayoría, era una rara excepción), pero la lengua de conveniencia en todas las grandes ciudades, con la notable excepción de Lviv en el oeste de Ucrania, era el ruso. La Sociedad de la Lengua Ucraniana quería invertir el proceso, centrándose en primer lugar en los ucranianos étnicos que no hablaban ucraniano a diario, pero tenían una marcada identidad ucraniana y creían que ellos o sus hijos debían hablar la lengua. Esta era una batalla complicada.

A finales de la década de 1980, la Unión Soviética se presentaba a veces como un país no solo con un futuro imprevisible, sino también con un pasado imprevisible. Los ucranianos, al igual que las demás nacionalidades no rusas, intentaban recuperar un pasado que se les había ocultado por décadas de historiografía y propaganda oficial soviética. La «recuperación» comenzó con el regreso a la esfera pública de los textos históricos de Mijailo Grushevski, que se publicaron en cientos de miles de ejemplares. También se reimprimieron las obras de escritores y poetas de la década de 1920, representantes del llamado Renacimiento fusilado de la cultura ucraniana, muchos de los cuales no sobrevivieron al terror de los años treinta. Al igual que en Rusia y otras repúblicas, la asociación Memorial tomó la iniciativa en el descubrimiento de los crímenes de Stalin en el periodo de la Gran Purga. En este sentido, los intelectuales ucranianos tenían historias que contar que eran únicas de su país. La primera de ellas era la historia de la Gran Hambruna de 1932 y 1933, que el régimen había ocultado por completo. La segunda era la historia de la resistencia armada al régimen soviético a finales

de la década de 1940 y principios de los cincuenta, llevada a cabo por la Organización de Nacionalistas Ucranianos y los combatientes del Ejército Insurgente Ucraniano.

La hambruna formaba parte de la experiencia del este de Ucrania, mientras que la resistencia nacionalista y la insurgencia habían caracterizado a la Ucrania occidental, pero la renovada fascinación por un relato histórico fue capaz de unir el este y el oeste: la historia del pasado cosaco. Tras la destitución de Petró Shélest en 1972, las autoridades instituyeron una purga de los llamados cosacófilos entre historiadores y escritores, entendiendo el interés por la historia cosaca como una expresión de nacionalismo. Ahora, con el colapso de la cosmovisión histórica oficial, el mito cosaco volvió a la escena pública y, de hecho, como sostenían los propagandistas de Brézhnev, estaba estrechamente vinculado a la idea nacional.

En el verano de 1990, activistas ucranianos, muchos de ellos procedentes de Galitzia y del oeste de Ucrania, organizaron una «marcha hacia el este», una peregrinación masiva a Zaporiyia y a los emplazamientos cosacos del bajo Dniéper. La marcha pretendía «despertar» la identidad ucraniana en las regiones orientales de la república. Tuvo un gran éxito, movilizando a decenas de miles de personas y popularizando una versión de la historia ucraniana opuesta a la dominante en el sur de Ucrania, todavía muy procomunista. Al año siguiente, las autoridades, que en un principio se habían opuesto a la marcha, decidieron subirse al carro de la creciente mitología cosaca. Patrocinaron sus propios actos cosacos tanto en el este como en el oeste de Ucrania, pero no obtuvieron los resultados políticos esperados. El partido y su credibilidad fueron cayendo en picado.

«¿Qué idiota inventó la palabra “perestroika”?», preguntó Scherbitski a sus colaboradores cuando escuchó el término por primera vez. Cuando Gorbachov, en una visita a Kíiv, pidió a personas previamente seleccionadas por el KGB que presionaran a los líderes locales, Scherbitski, que estaba presente en la reunión, se dirigió a sus ayudantes y, llevándose un dedo a la sien, les dio a entender que la mente de Gorbachov estaba trastornada, y

preguntó: «¿En quién va a confiar entonces?». En septiembre de 1989, Gorbachov se sintió lo suficientemente fuerte como para enfrentarse a la última reliquia del régimen de Brézhnev en el Politburó: el propio Scherbitski. Ese mes, Gorbachov acudió a Kíiv para comunicar a la élite del partido que el Politburó de la Unión había votado la destitución de Scherbitski. El Comité Central ucraniano no tuvo más remedio que deponerlo también como primer secretario. Menos de medio año después, Scherbitski se suicidó, incapaz de enfrentarse no solamente al final de su carrera, sino también al del orden político y social al que había prestado servicio toda su vida.

El año 1989 fue un punto de inflexión en la historia política de Ucrania en más de un sentido. Supuso la llegada de la política de masas, con las primeras elecciones parcialmente libres al nuevo parlamento soviético; la creación de la primera organización política de masas, llamada Ruj —Movimiento Popular para la Perestroika—, cuyo número de miembros se acercó a la cifra de 300.000 en otoño de 1989 y se duplicó con creces a finales del año siguiente; y la legalización de la Iglesia católica ucraniana, que el régimen de Stalin había llevado a la clandestinidad, pero cuyos seguidores se contaban ahora por millones. En 1990, las elecciones al nuevo parlamento ucraniano cambiaron radicalmente el panorama político de Kíiv. Los diputados prodemocráticos formaron un bloque llamado Consejo del Pueblo que consiguió cambiar el tono de la política ucraniana, aunque solo comprende una cuarta parte de los diputados del parlamento. En el verano de 1990, el parlamento ucraniano siguió los pasos de sus homólogos de las repúblicas bálticas y de Rusia, declarando a Ucrania país soberano. La declaración no estipulaba la secesión de la Unión Soviética, pero daba preferencia a sus leyes sobre las de la Unión.

El centro se vio incapaz de detener la declaración de soberanía de las repúblicas. Gorbachov, el padre de las reformas soviéticas, ahora estaba en apuros. Se había distanciado de los *apparátchiki* comunistas y perdido el apoyo de la intelectualidad

del centro y de las repúblicas. Sus reformas desequilibraron el sistema económico, lo cual hizo que las cifras de producción cayeran en picado y empeoraran el nivel de vida ya de por sí bajo. Los jefes del partido no estaban contentos con unas reformas que amenazaban su poder y que les parecían condenadas al fracaso, lo que ponía en peligro su posición. Los intelectuales, por el contrario, consideraban que las reformas no eran lo suficientemente radicales y se aplicaban con retraso. Irónicamente, estos grupos mutuamente hostiles encontraron un enemigo común en Gorbachov y en el centro en su conjunto. La soberanía, y finalmente la independencia completa, se convirtió en una plataforma común que permitió la cooperación entre estas fuerzas opuestas en el espectro político ucraniano.

La movilización de masas en Ucrania siguió una serie de peculiaridades regionales definidas por la historia. En Galitzia, Volinia y, hasta cierto punto, Bucovina —áreas anexionadas a la Unión Soviética sobre la base del Pacto Mólotov- Ribbentrop— la movilización fue similar a la de los países bálticos, que la URSS también se había anexionado al comienzo de la Segunda Guerra Mundial. Allí, antiguos disidentes e intelectuales lideraron el movimiento bajo la bandera del nacionalismo democrático y tomaron el control de los gobiernos locales. En el resto del país, las élites del partido, cuya supervivencia Gorbachov hizo depender de su capacidad de ser elegidas para los consejos republicanos y regionales, estaban confundidas, pero se aferraron al poder. Cuando la Rada Suprema de Ucrania eligió como nuevo presidente a un natural de Volinia, Leonid Kravchuk, de cincuenta y seis años, la llegada de este nuevo líder originario de Ucrania occidental no parecía importar mucho. Sin embargo, los tiempos estaban cambiando. Las reformas de Gorbachov convirtieron al parlamento en la rama más importante del Gobierno. A finales de 1990, el astuto Kravchuk se había convertido en el líder más poderoso y popular de Ucrania. Era el único funcionario que podía hablar con el creciente movimiento de oposición, radicado principalmente en las regiones occidentales. También contaba con un importante número de seguidores entre la élite del partido, el grupo de los

llamados comunistas soberanistas que querían la autonomía política y económica de Ucrania.

A lo largo del año siguiente, Kravchuk demostró un gran talento político para maniobrar entre los distintos grupos de diputados y orientar al parlamento hacia la obtención de la soberanía y luego de la independencia. La primera prueba de sus habilidades llegó en el otoño de 1990. Alarmado por la declaración de independencia de Lituania en marzo de ese año y en respuesta al creciente movimiento independentista en las demás repúblicas, Gorbachov cedió a las presiones de los «halcones» del partido y del Gobierno y aprobó tácitamente el retroceso de las libertades democráticas. En Ucrania, la mayoría comunista del parlamento aprobó una ley que prohibía las manifestaciones cerca de su sede y aprobó la detención de un miembro del Consejo Popular en el parlamento. Pero los partidarios de la línea dura se encontraron con una resistencia que no esperaban. En la mañana del 2 de octubre de 1990, docenas de estudiantes de Kíiv, Lviv y Dniepropetrovsk acudieron a la Plaza de la Revolución de Octubre en el centro de Kíiv —la futura Plaza de la Independencia, conocida como Maidán— y comenzaron una huelga de hambre. Entre otras cosas, exigían la dimisión del primer ministro y la retirada de Ucrania de las negociaciones para el nuevo tratado de la Unión, una iniciativa de Gorbachov para salvarla dando mayor autonomía a sus repúblicas.

La actitud de las autoridades ante la huelga estudiantil estuvo dividida. Mientras que el Gobierno recurrió a la policía para dispersar a los manifestantes, el ayuntamiento de Kíiv dio permiso para que la protesta continuara. En los días siguientes el número de huelguistas de hambre ascendió a 150. Cuando el Gobierno organizó a sus partidarios para desalojar a los manifestantes, cerca de 50.000 ciudadanos de Kíiv acudieron a la plaza para defender a los estudiantes. Pronto todos los centros de enseñanza superior de la ciudad se declararon en huelga. Los manifestantes se dirigieron hacia el parlamento, ocupando la plaza situada enfrente. Bajo la presión de la calle, las maniobras de Kravchuk y los parlamentarios moderados, la mayoría comunista decidió retirarse. Dieron a los

líderes estudiantiles un espacio televisivo para presentar sus demandas y destituyeron al jefe de Gobierno, que había participado en las negociaciones para la nueva Unión. Fue una gran victoria para los estudiantes ucranianos y la sociedad ucraniana en su conjunto. Los acontecimientos de octubre de 1990 en el centro de Kíiv se conocerían más tarde como el «primer Maidán» (*maidán* significa, en ucraniano, «plaza»). El segundo llegaría en 2004 y el tercero en 2013-2014.

Cuando el presidente de Estados Unidos George H. W. Bush llegó a Kíiv el 1 de agosto de 1991, para convencer a Ucrania de que siguiera formando parte de la URSS, la clase política ucraniana estaba dividida en cuanto a sus objetivos. Una minoría democrática nacional deseaba la plena independencia, cuyas demandas se habían hecho oír cada vez más en Ucrania desde que Lituania declaró su independencia en marzo de 1990. La mayoría comunista del parlamento ucraniano aspiraba a una amplia autonomía dentro de una Unión reformada. Ese era también el objetivo de Gorbachov. A principios de 1991, tras fracasar en su intento de frenar el impulso independentista de las repúblicas bálticas de Lituania, Letonia y Estonia mediante el uso de la fuerza militar, Gorbachov convocó un referéndum sobre la continuidad de la Unión. Se celebró en marzo de 1991, y el 70 % de los participantes votaron a favor de una Unión reformada. Gorbachov también reanudó conversaciones con los líderes de las repúblicas, como Borís Yeltsin en Rusia y Nursultán Nazarbáiev en Kazajistán, tratando de persuadirlos de que formaran una unión más flexible. Llegaron a un acuerdo a finales de julio de 1991, pero Ucrania no estaba dispuesta a firmar. Leonid Kravchuk y su grupo abogaban por una solución diferente: una confederación con Rusia y otras repúblicas a la que Ucrania se uniría con sus propias condiciones.

Bush se puso del lado de Gorbachov en su intervención ante el parlamento ucraniano, bautizado por los medios de comunicación estadounidenses como discurso «del pollo a la Kíiv» por la reticencia del presidente estadounidense a apoyar las aspiraciones independentistas de los diputados nacional-demócratas. Bush era partidario de liberar a las repúblicas bálticas,

pero de mantener a Ucrania junto al resto de la URSS. No quería perder a un socio fiable en la escena mundial: Gorbachov y la Unión Soviética que él representaba. Además, a Bush y a sus asesores les preocupaba la posibilidad de una desintegración incontrolada de la Unión, que podía llevar a guerras entre repúblicas con armas nucleares en su territorio. Además de Rusia, entre ellas se encontraban Ucrania, Bielorrusia y Kazajistán. En su discurso ante el parlamento ucraniano, el presidente Bush pidió a los asistentes que rechazaran el «nacionalismo suicida» y evitaran confundir la libertad con la independencia. La mayoría comunista le aplaudió con entusiasmo. La minoría democrática se sintió decepcionada: la alianza de Washington con Moscú y los diputados comunistas del parlamento ucraniano suponía un gran obstáculo para la independencia de Ucrania. Era difícil imaginar que, antes de que finalizara el mes, el parlamento votaría casi por unanimidad a favor de la independencia y que, a finales de noviembre, la Casa Blanca, primero preocupada por la posibilidad de que estallara el caos y una guerra nuclear en la antigua Unión Soviética, apoyaría esta decisión.

El acontecimiento que provocó un punto de inflexión entre los diputados conservadores del parlamento ucraniano y, con el tiempo, en todo el mundo, fue el golpe de Estado llevado a cabo por «los halcones» contra Mijaíl Gorbachov en Moscú el 19 de agosto de 1991. De hecho, el golpe había comenzado un día antes en Ucrania, más concretamente en Crimea, donde Gorbachov se encontraba de vacaciones de verano. En la noche del 18 de agosto, los conspiradores se presentaron en la puerta de su villa costera, cerca de Foros, y exigieron la imposición de la ley marcial. Gorbachov se negó a firmar los documentos y así obligó a los conspiradores a actuar por su cuenta. Al día siguiente, en Moscú, los rebeldes, dirigidos por el jefe del KGB y los ministros de Defensa e Interior, declararon el estado de excepción en toda la URSS. Los dirigentes ucranianos, encabezados por Kravchuk, se negaron a aplicar las medidas de emergencia en su república, pero,

a diferencia del presidente ruso Borís Yeltsin en Moscú, no hicieron nada para contrarrestar el golpe. Mientras Kravchuk pedía al pueblo de Ucrania que mantuviera la calma, Yeltsin sacó a sus partidarios a la calle y obligó a los militares a retirarse de Moscú después de que los primeros enfrentamientos entre el ejército y los manifestantes se saldaran con víctimas mortales. Los conspiradores no pudieron seguir contando con las tropas y se vieron obligados a capitular. En menos de setenta y dos horas, el golpe había terminado y los conspiradores estaban detenidos. Los moscovitas se echaron a la calle para celebrar la victoria no solo de la libertad sobre la dictadura, sino también de Rusia sobre el centro.

Gorbachov regresó a Moscú, pero no pudo recuperar el poder. De hecho, fue víctima de otro golpe de Estado, orquestado esta vez por Yeltsin, que aprovechó el debilitamiento del centro para iniciar la toma de posesión de Rusia de las instituciones de la Unión Soviética. Obligó a Gorbachov a revocar los decretos que nombraban a sus hombres como jefes del ejército, la policía y las fuerzas de seguridad, y luego suspendió el Partido Comunista, sin dejar a Gorbachov más remedio que dimitir como secretario general. Rusia se hacía con el control de la Unión, un giro inesperado que asustó a las repúblicas que aún estaban dispuestas a seguir formando parte de la URSS. Ucrania fue la primera en tomar la iniciativa de abandonar la Unión.

El 24 de agosto de 1991, un día después de que Yeltsin tomara el control del Gobierno de la Unión, el parlamento ucraniano celebró una votación sobre la independencia. «En vista del peligro mortal que se cierne sobre Ucrania en relación con el golpe de Estado del 19 de agosto de 1991, y continuando la tradición milenaria de la construcción del Estado en Ucrania —decía la declaración de independencia redactada por Levkó Lukianenko, prisionero del Gulag con el más largo historial y ahora diputado—, el Soviet Supremo de la República Socialista Soviética de Ucrania proclama solemnemente la independencia de Ucrania.» Los resultados de la votación sorprendieron a todos, incluido el propio Lukianenko: 346 diputados votaron a favor, 5 se abstuvieron y solo 2 votaron en contra. La mayoría comunista que

se había opuesto a la independencia desde la primera sesión del parlamento en la primavera de 1990 ya no se hizo oír. Kravchuk y sus «comunistas soberanistas», atacados por la oposición por apoyar pasivamente el golpe, cerraron filas con los nacional-demócratas y se llevaron consigo del resto de los cuadros del Partido Comunista, que se sentían traicionados por Moscú y amenazados de muerte política por el ataque de Yeltsin al partido. Cuando el resultado de la votación apareció en la pantalla, la sala estalló en aplausos. La multitud frente al edificio del parlamento estaba exultante: ¡Ucrania por fin era libre!

La declaración de Lukianenko hizo referencia a la historia milenaria de la estatalidad ucraniana, es decir, a la tradición establecida durante la Rus de Kíiv. Su declaración fue, de hecho, el quinto intento de proclamar la independencia de Ucrania en el siglo XX: los dos primeros se hicieron en 1918 en Kíiv y luego en Lviv, el tercero en 1939 en Transcarpacia y el cuarto en 1941 en Lviv. Todos esos intentos se habían hecho en tiempos de guerra y fracasaron. ¿Sería esta vez diferente? Los siguientes tres meses lo dirían. Un referéndum popular previsto para el 1 de diciembre de 1991, el mismo día que las anteriores elecciones presidenciales, debía confirmar o rechazar el voto parlamentario a favor de la independencia. El nombramiento del referéndum era importante por muchas razones. El 24 de agosto de 1991 ayudó a los miembros de la mayoría comunista que tenían dudas sobre la independencia a votar a favor de esta; al fin y al cabo, la suya no era la decisión final y podía ser revocada en el futuro. El referéndum también dio a Ucrania la oportunidad de abandonar la Unión sin un conflicto abierto con el centro. En el anterior referéndum, organizado por Gorbachov en marzo de 1991, alrededor del 70 % de los ucranianos habían votado por seguir formando parte de una Unión reformada. Ahora otro referéndum iba a autorizar una ruptura total con ella.

Gorbachov creía que el apoyo a la independencia de Ucrania nunca llegaría al 70 %. Yeltsin no estaba tan seguro. A finales de agosto de 1991, poco después de que el parlamento ucraniano hubiera votado a favor de la independencia, dio instrucciones a su

secretario de prensa para que declarara que, si Ucrania y otras repúblicas declaraban la independencia, Rusia tendría derecho a plantear la cuestión de sus fronteras con esas repúblicas. El portavoz de Yeltsin señaló Crimea y las zonas orientales de Ucrania, incluida la región carbonífera del Donbás, como posibles territorios en disputa. Ucrania fue amenazada con la partición si insistía en la independencia. Yeltsin envió entonces una delegación de alto nivel encabezada por el vicepresidente, el general Aleksandr Rutskói, para obligar a Ucrania a reconsiderar su postura. Pero los ucranianos se mantuvieron firmes y Rutskói regresó a Moscú con las manos vacías. El chantaje fracasó, y Yeltsin no tenía ni la voluntad política ni los recursos para cumplir sus amenazas.

En septiembre de 1991, Ucrania entró en una nueva etapa política. Seis candidatos se disputaban la presidencia, y todos ellos hicieron campaña por la independencia. Kravchuk convenció a las autoridades de Crimea para que abandonaran sus planes de celebrar un referéndum separado sobre la independencia de la península de Ucrania. Las cifras de las encuestas mostraban un creciente apoyo a la independencia entre todos los grupos nacionales y en todas las regiones del país. Las dos minorías más importantes —los rusos, que sumaban más de 11 millones, y los judíos, cuyo número se acercaba a los 500.000— expresaban su apoyo a la idea de la independencia de Ucrania. En noviembre de 1991, el 58 % de los rusos étnicos y el 60 % de los judíos étnicos estaban a favor. Las minorías abrazaban ahora la causa ucraniana, como no lo habían hecho en 1918. Esta vez miraban a Moscú con más preocupación y recelo que a la capital de su propia república.

El 1 de diciembre de 1991, ucranianos de todos los grupos étnicos acudieron a las urnas para decidir su destino y el de su país. Los resultados fueron asombrosos incluso para los partidarios más optimistas de la independencia. La participación alcanzó el 84 %, y más del 90 % de los votantes apoyaron la independencia. El oeste de Ucrania lideró la votación, con un 99 % de los votantes del óblast de Ternopil, en Galitzia, votando a favor. Pero el centro, el sur e incluso el este no se quedaron atrás. En Vínnitsia, en el

centro de Ucrania, el 95 % votó por la independencia; en Odesa, en el sur, el 85 %; y en la región de Donetsk, en el este, el 83 %. Incluso en Crimea, más de la mitad de los votantes apoyaron la independencia: el 57 % en Sebastopol y el 54 % en toda la península. (En aquel momento, los rusos constituían el 66 % de la población de Crimea, los ucranianos el 25 % y los tártaros de Crimea, que acababan de empezar a regresar a su tierra ancestral, solo el 1,5 %.) En el centro y el este del país, muchos votaron a favor de la independencia y apoyaron la candidatura de Leonid Kravchuk a la presidencia. Kravchuk obtuvo el 61 % de los votos, con mayoría en todas las regiones de Ucrania excepto en Galitzia. Allí, la victoria fue para el antiguo prisionero del Gulag y jefe de la administración regional de Lviv, Viacheslav Chornóvil. Ucrania votó a favor de la independencia y confió su futuro a un candidato presidencial que, según muchos, podría lograr un equilibrio entre las distintas regiones y nacionalidades de Ucrania, así como entre el pasado comunista de la república y su futuro independiente.

El voto por la independencia de Ucrania supuso el fin de la Unión Soviética. Los que participaron en el referéndum habían cambiado no solo su propio destino, sino también la dirección de la historia mundial. Ucrania liberó al resto de las repúblicas soviéticas que aún dependían de Moscú. Yeltsin hizo un último intento de convencer a Kravchuk para que firmara un nuevo tratado de unión cuando se reunió con él el 8 de diciembre de 1991 en un pabellón de caza bielorruso en el bosque de Belavezha. Kravchuk se negó, alegando los resultados del referéndum en todos los óblasts de Ucrania, incluyendo Crimea y el este. Yeltsin se echó atrás. Si Ucrania no estaba dispuesta a firmar, Rusia tampoco lo haría, dijo al recién elegido presidente ucraniano. Yeltsin había explicado al presidente de Estados Unidos en más de una ocasión que, sin Ucrania, Rusia se vería superada en peso demográfico y votos por las repúblicas musulmanas. Una Unión que no incluyera ni a Ucrania ni a Rusia, con sus enormes recursos energéticos, no tenía ningún atractivo político ni económico para las demás repúblicas. En Belavezha, los tres líderes de las repúblicas eslavas —Yeltsin, Kravchuk y Stanislaŭ Shushkévich de Bielorrusia—

crearon un nuevo organismo internacional, la Comunidad de Estados Independientes (CEI), a la que las repúblicas de Asia Central se unieron el 21 de diciembre. La Unión Soviética ya no existía.

El día de Navidad, el 25 de diciembre de 1991, Gorbachov leyó su discurso de dimisión en la televisión nacional. La bandera roja de la Unión Soviética bajó del mástil del edificio del Senado del Kremlin, para ser sustituido por el tricolor ruso: rojo, azul y blanco. Los colores de Kíiv eran el azul y el amarillo. Ya no existía un vínculo simbólico entre Moscú y Kíiv. Tras cuatro intentos infructuosos, llevados a cabo por diferentes fuerzas políticas en diversas circunstancias, Ucrania no solo estaba unida, sino que era independiente y tenía libertad para seguir su propio camino. Lo que parecía imposible unos meses antes se había hecho realidad: el imperio había desaparecido y había nacido un nuevo país. Las viejas élites comunistas y los líderes de los jóvenes y ambiciosos demócratas nacionales habían sumado sus fuerzas para hacer historia, con Ucrania como sepulturera del último imperio europeo. Ahora tenían que encontrar la manera de construir el futuro.

26

La Plaza de la Independencia

La dimisión de Mijaíl Gorbachov, el 25 de diciembre de 1991, marcó el fin oficial de la Unión Soviética, pero su disolución no empezó hasta esa fecha. La URSS dejó como legado no solo una economía en ruinas, sino también una infraestructura socioeconómica, un ejército, una mentalidad y una élite política y social unidas por un pasado común y una cultura política compartida. No estaba nada claro qué entidad ocuparía el lugar del desaparecido imperio: si sería una comunidad de Estados verdaderamente independientes o una reencarnación de una entidad estatal dominada por Rusia. El primer reto al que se enfrentaron el recién elegido presidente de Ucrania, Leonid Kravchuk, y sus ayudantes tras la dimisión de Gorbachov fue convencer a los vecinos rusos de que la Comunidad de Estados Independientes era cualquier cosa menos una reencarnación de la URSS. No fue una tarea fácil.

El 12 de diciembre de 1991 Borís Yeltsin se dirigió al parlamento ruso tras la ratificación del acuerdo de la Mancomunidad y declaró: «En las condiciones actuales, solo una Comunidad de Estados Independientes puede garantizar la preservación del espacio político, jurídico y económico construido a lo largo de los siglos, pero ahora casi perdido». El sucesor de Yeltsin, Vladímir Putin, se hizo eco de los sentimientos de su antiguo jefe cuando dijo en marzo de 2014, con motivo de la anexión de Crimea por parte de Rusia: «Mucha gente tanto en Rusia como en Ucrania, así como en otras repúblicas, esperaba que

la Comunidad de Estados Independientes que surgió entonces se convirtiera en una nueva forma de soberanía conjunta». Si alguien en Ucrania expresó tal esperanza no fue en absoluto dentro del parlamento ucraniano, que el 20 de diciembre de 1991 emitió un llamamiento que decía lo contrario: «De acuerdo con su estatus legal, Ucrania es un Estado independiente, un sujeto de derecho internacional. Ucrania se opone a la transformación de la Comunidad de Estados Independientes en una formación estatal con sus propios órganos de gobierno y administración».

Fueran cuales fueran las intenciones de Yeltsin, Ucrania se tomó en serio su independencia y planeó utilizar la plataforma creada por la Mancomunidad para negociar los términos del «divorcio», en lugar de un «nuevo matrimonio». Las tensiones entre Rusia, que consideraba la Mancomunidad como un instrumento para la reintegración del espacio postsoviético, y Ucrania, que insistía en su plena independencia de Moscú, pasaron a primer plano en enero de 1993, cuando Ucrania se negó a firmar el Estatuto de la Mancomunidad y, por tanto, a convertirse en miembro de pleno derecho de la organización que había ayudado a crear dos años antes. Kíiv participaría activamente en el programa económico y las iniciativas de la Mancomunidad, pero no en las militares. Ucrania nunca firmó el estatuto. A lo largo de la década de 1990, Kíiv también se negó a firmar numerosos acuerdos de seguridad colectiva con otros miembros de la Mancomunidad. Con Moscú, Kíiv tuvo serios desacuerdos sobre el futuro de las fuerzas armadas soviéticas, el control de los arsenales nucleares y la disposición de la flota soviética del mar Negro.

Desde el principio los dirigentes ucranianos decidieron formar su propio ejército y su propia armada basándose en los destacamentos y la flota soviéticos estacionados en territorio ucraniano. Mientras que los Estados bálticos habían pedido al ejército soviético que se retirara y habían creado sus propias fuerzas armadas desde cero, los ucranianos no podían hacer lo mismo: el enorme ejército, cuyo número superaba los 800.000 soldados, no se iría de buena gana.

No tenían adónde ir, pues Rusia ya tenía problemas para acoger a los cientos de miles de soldados que regresaban de Europa Central y Oriental. Los antiguos miembros del campo socialista abandonaban la esfera de influencia de Moscú para independizarse por completo.

Los dirigentes confiaron la tarea de convertir el ejército soviético en uno ucraniano al general Kostiantín Morozov, de cuarenta y siete años, comandante del ejército del aire, que se convirtió en el primer ministro de Defensa de Ucrania en el otoño de 1991. Oriundo de la región del Donbás, en el este de Ucrania, y medio ruso de nacimiento, Morozov vinculó su destino al futuro de la independencia ucraniana cuando juró lealtad el 6 de diciembre de 1991, inmediatamente antes de la reunión de Belovézhskaia Puscha y la creación de la Mancomunidad. El 3 de enero de 1992, el primer grupo de oficiales soviéticos juró lealtad a la Ucrania independiente. La toma de posesión de los 800.000 efectivos de las fuerzas terrestres soviéticas por parte de Ucrania se completó en la primavera de 1992.

Los oficiales podían elegir entre jurar lealtad a Ucrania y permanecer en el servicio o trasladarse a Rusia u otras partes de la antigua Unión Soviética. En total, había 75.000 rusos étnicos en las fuerzas soviéticas estacionadas en Ucrania. Unos 10.000 oficiales se negaron a prestar juramento y se retiraron o fueron trasladados. Los soldados y suboficiales reclutados en el ejército soviético volvieron a casa, dondequiera que fuera. Los nuevos reclutas procedían ahora solo de Ucrania.

En enero de 1992, las unidades de la flota del mar Negro soviética también comenzaron a jurar lealtad a Ucrania. Pero esta transición se topó con un grave problema cuando su comandante, el almirante Igor Kasatonov, ordenó a todo el personal que subiera a sus barcos y se hiciera a la mar. Esto provocó la primera gran crisis en las relaciones ruso-ucranianas en mayo de 1992. En septiembre, los presidentes Kravchuk y Yeltsin acordaron dividir la flota para evitar un conflicto directo entre los dos países. Resultó ser un proceso largo. Durante algún tiempo, toda la flota, con más de ochocientos barcos y cerca de 100.000 militares, permaneció

bajo el control de Moscú. En 1995, Rusia entregó el 18 % de los barcos de la flota a Ucrania, pero se negó a abandonar Sebastopol. En 1997, los dos países firmaron una serie de acuerdos que justificaban jurídicamente la permanencia de la flota rusa, con más de trescientos barcos y 25.000 soldados, en Sebastopol hasta 2017. Aunque Ucrania había perdido la batalla por la flota, el acuerdo abrió la puerta a un tratado de amistad ruso-ucraniano que garantizaba la integridad territorial de Ucrania. Las partes firmaron el tratado en 1997, pero el parlamento ruso tardó dos años en ratificarlo. Una vez terminado este proceso, parecía que Ucrania había completado su «divorcio civilizado» de su vecino ruso y antiguo amo imperial.

A finales de la década de 1990, Ucrania había resuelto sus problemas fronterizos y territoriales con Rusia, había creado su propio ejército, armada y fuerza aérea, y había establecido las bases diplomáticas y legales para su integración en las organizaciones políticas, económicas y de seguridad europeas. La idea de Ucrania como integrante de la comunidad europea de naciones y culturas había obsesionado durante mucho tiempo a los intelectuales ucranianos, desde el pensador político del siglo XIX Mijailo Dragomanov hasta el campeón del comunismo nacional en la década de 1920, Mikola Jviliovi. En 1976, la idea europea se plasmó en la primera declaración oficial del Grupo Ucraniano de Helsinki. «Los ucranianos vivimos en Europa», rezaban las primeras palabras del manifiesto del grupo. Ucrania, oficialmente miembro fundador de las Naciones Unidas, no había sido invitada a participar en la Conferencia de Helsinki sobre seguridad y cooperación europeas. Los disidentes ucranianos creían, sin embargo, que las obligaciones en materia de derechos humanos asumidas por la Unión Soviética en Helsinki se aplicaban también a Ucrania. Fueron a la cárcel y pasaron largos años en el Gulag y en el exilio interno defendiendo ese punto de vista.

La aparición de un Estado ucraniano independiente en 1991 creó las condiciones para hacer realidad el sueño de los disidentes.

Desde el punto de vista institucional, esto significaba entrar en la Unión Europea y dejar atrás el pasado soviético, reformar la economía y la sociedad ucranianas y contrarrestar la enorme influencia política, económica y cultural que Moscú seguía ejerciendo sobre su antigua provincia. La consecución de la plena soberanía de Ucrania se asoció estrechamente con la aspiración de unirse a la comunidad europea de naciones. Estas tareas interrelacionadas pondrían a prueba las habilidades políticas de las élites ucranianas, la unidad de las regiones ucranianas y el discurso de la era soviética sobre los lazos fraternales de Ucrania con su mayor e históricamente más importante vecino, Rusia. El compromiso político de Ucrania con Occidente comenzó en serio en enero de 1994 con la firma de un acuerdo mediado por Estados Unidos, según el cual Ucrania renunciaba a las armas nucleares que había heredado de la URSS, potencialmente el tercer arsenal nuclear más grande del mundo. En el Memorando de Budapest, firmado en diciembre de ese año, Estados Unidos, Rusia y Gran Bretaña ofrecieron garantías de seguridad a Ucrania, que se adhirió al Tratado de No Proliferación Nuclear como Estado desnuclearizado Aunque muchos en Kíiv cuestionaron la prudencia de renunciar a las armas nucleares (la invasión de Ucrania por parte de Rusia, uno de los garantes del Memorando de Budapest de la soberanía e integridad territorial de Ucrania, reforzaría sus argumentos en 2014), en aquel momento se obtuvieron importantes beneficios. Ucrania puso fin a su aislamiento internacional *de facto* como país que se negaba a adherirse al Tratado de No Proliferación Nuclear y se convirtió en el tercer mayor receptor de ayuda exterior estadounidense, después de Israel y Egipto.

En junio de 1994, el Gobierno ucraniano firmó un acuerdo de cooperación con la Unión Europea (UE), el primer acuerdo de este tipo que la UE ofrecía a un Estado postsoviético. Ese mismo año, Ucrania se convirtió en el primer país de entre los miembros y miembros asociados de la Comunidad de Estados Independientes en firmar el acuerdo de Asociación para la Paz con la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN). La alianza militar

occidental, que había nacido en 1949 al comienzo de la Guerra Fría para defender a Europa Occidental de la Unión Soviética, se reinventaba ahora. LA OTAN comenzó a tender puentes institucionales con antiguos adversarios de Europa del Este, incluida Rusia, que firmó el acuerdo unos meses después de Ucrania. En 1997, Ucrania profundizó en su cooperación con la Alianza mediante la firma de la Carta de Asociación Distintiva y la apertura de un centro de información de la OTAN en Kíiv. En 1998 entró en funcionamiento el acuerdo de cooperación firmado cuatro años antes con la Unión Europea. El panorama parecía prometedor. Sin embargo, había grandes obstáculos que impedían que Ucrania se convirtiera en una nación europea, tal y como la imaginaban sus intelectuales. La mayoría de ellos estaban dentro de la propia Ucrania.

Al igual que muchos países postsoviéticos, durante sus primeros años de independencia, Ucrania sufrió una importante crisis política causada por el declive económico y la dislocación social, centrada en las relaciones entre la presidencia y el parlamento, ya que ambas instituciones se crearon durante la convulsión política de los últimos años de la Unión Soviética. Rusia resolvió el conflicto en septiembre de 1993, cuando el presidente Yeltsin ordenó a los tanques disparar contra el edificio del parlamento ruso y las autoridades rusas detuvieron al vicepresidente y al jefe del parlamento, ambos acusados de instigar un golpe de Estado contra el presidente. Los asesores de Yeltsin reescribieron la Constitución para limitar el poder del parlamento, convirtiéndolo más en un sello de goma que en un agente activo en la escena política rusa. Ucrania resolvió el incipiente conflicto entre el presidente y el parlamento con un compromiso. El presidente Kravchuk aceptó convocar elecciones presidenciales anticipadas, que perdió, y en el verano de 1994 transfirió pacíficamente el poder a su sucesor, Leonid Kuchma, antiguo primer ministro y diseñador de cohetes que dirigió la mayor fábrica de misiles de Europa.

A lo largo de la tumultuosa década de 1990, Ucrania no solo gestionó su primer traspaso de poder entre dos rivales por la

presidencia, sino que también mantuvo una política competitiva y creó las bases legales para una democracia viable. En 1996, el presidente Kuchma reescribió la Constitución de la era soviética, pero lo hizo junto con el parlamento, que se aseguró un papel importante en el proceso político ucraniano. Una de las principales razones del éxito de Ucrania como democracia fue su diversidad regional, un legado de una historia lejana y más reciente que se tradujo en diferencias políticas, económicas y culturales articuladas en el parlamento y resueltas mediante negociaciones en el ámbito político. El este industrializado se convirtió en un bastión del resucitado Partido Comunista. El oeste de Ucrania, antes gobernado por Austria y Polonia, envió diputados al parlamento que poblaron las filas del Ruj nacional democrático, dirigido por el antiguo prisionero del Gulag Viacheslav Chornóvil. Pero quien obtuvo la mayoría en el parlamento la obtuvo como resultado de un acuerdo de coalición y tuvo que lidiar con una oposición que no era fácil de satisfacer o de persuadir para que cooperara. Ningún grupo político tenía suficiente fuerza como para destruir o marginar a otro. En aquella época, la democracia ucraniana se denominaba a menudo democracia por defecto. Eso resultó ser algo bueno. En el espacio postsoviético, las democracias creadas puramente por diseño no han durado mucho.

Como suele ocurrir con los antiguos administradores coloniales, un fuerte complejo de inferioridad afligía a las élites de Kíiv frente a sus homólogos rusos, y al principio siguieron modelos desarrollados en Rusia para hacer frente a sus propios retos políticos, sociales y culturales. Tardaron en darse cuenta de que los modelos rusos no funcionaban en Ucrania. Ucrania era diferente. En ningún lugar fue más claro que en la escena religiosa ucraniana. En 1992, la Iglesia ortodoxa ucraniana, que representaba el 60 % de todas las comunidades ortodoxas de la antigua Unión Soviética, se había dividido en cuatro partes: los greco-católicos que habían salido de la clandestinidad, los ortodoxos que seguían bajo la jurisdicción de Moscú, los partidarios de un Patriarcado Ortodoxo Ucraniano de Kíiv independiente y, por último, la Iglesia ortodoxa ucraniana, que tenía sus raíces en la década de 1920 y tampoco

reconocía la autoridad de Moscú. Los esfuerzos del presidente Kravchuk por convertir el Patriarcado de Kíiv en una Iglesia estatal *de facto*, como había hecho Rusia con el Patriarcado de Moscú, fracasaron. Lo mismo ocurrió con los intentos del presidente Kuchma de hacer lo mismo con la rama ucraniana de la Iglesia ortodoxa del Patriarcado de Moscú.

El panorama ucraniano seguía siendo tan pluralista a principios del siglo XXI como lo había sido tras la declaración de independencia. Si acaso, se hizo aún más diverso. Al final, todas las fuerzas políticas tuvieron que aceptar la realidad de que las soluciones políticas rusas, en general, no funcionaban en Ucrania. El presidente Kuchma explicó por qué en un libro publicado en 2003, cerca del final de su segundo mandato. El título era realmente revelador: *Ucrania no es Rusia*.

El mayor desafío a la naturaleza democrática del proceso político ucraniano fue el catastrófico declive económico que siguió a la declaración de independencia y al que a menudo se culpó, haciendo que no solo la era de Leonid Brézhnev, sino también el periodo de las reformas de Mijaíl Gorbachov, pareciera un paraíso perdido. En seis años, entre 1991 y 1997, la producción industrial ucraniana cayó un 48 %, mientras que el producto interior bruto (PIB) perdió un asombroso 60 %. La mayor pérdida (23 % del PIB del año anterior) se produjo en 1994, año de las elecciones presidenciales y de la firma del primer acuerdo de cooperación con la Unión Europea. Se trata de cifras comparables, pero más significativas que las pérdidas económicas estadounidenses durante la Gran Depresión, cuando la producción industrial cayó un 45 % y el PIB, un 30 %.

La década de 1990 trajo consigo terribles dificultades para Ucrania. A finales de la década, cerca de la mitad de los ucranianos afirmaban que apenas tenían dinero para comprar alimentos, mientras que los que llevaban una vida relativamente cómoda apenas representaban el 2 o el 3 % de la población. Esto se tradujo en un aumento de las tasas de mortalidad y un descenso de las de

natalidad. La primera superó a la segunda por primera vez en 1991. Diez años después, cuando el Gobierno de la Ucrania independiente elaboró su primer censo, había 48,4 millones de ucranianos en el país, 3 millones menos que los 51,4 millones contabilizados en el último censo soviético de 1989.

Una vez más, Ucrania se convirtió en una fuente de emigración. Muchos se marcharon durante unos meses o incluso años para ganar el dinero que no podían obtener en su país. Se dirigieron sobre todo a Rusia, con sus riquezas petrolíferas y gasísticas, y a los países de Europa Centro-Oriental y la Unión Europea. Otros se fueron para siempre. Los judíos ucranianos fueron los primeros. A muchos de ellos no se les había permitido salir de la Unión Soviética en la década de 1980, convirtiéndose en *refuseniks*, ciudadanos de segunda clase a los que las autoridades soviéticas denegaban los visados de salida, se les despedía de las universidades y se les prohibía los puestos de trabajo en la administración. Ahora podían marcharse y lo hicieron en un número asombroso. Entre 1989 y 2006, más de 1,5 millones de judíos soviéticos abandonaron sus países de residencia, incluidos un buen número de judíos de Ucrania. Mientras que la población ucraniana en su conjunto se contrajo aproximadamente un 5 % entre 1989 y 2001, la población judía cayó un asombroso 78 %, pasando de 487.300 a 105.500 personas. Entre los que se fueron estaban las familias de los cofundadores de PayPal (Max Levchin) y WhatsApp (Jan Koum). Pero no solo los judíos querían irse. Muchos de los emigrantes eran ucranianos, rusos y miembros de otros grupos étnicos. Ucrania también se convirtió en un punto de tránsito para los inmigrantes ilegales del resto de la CEI y de países como Afganistán y Pakistán.

Las razones del pronunciado declive económico fueron numerosas. El colapso de la economía soviética no solo interrumpió los lazos económicos entre las diferentes repúblicas, sino que también supuso el fin de las adquisiciones para el antiguo ejército soviético. Ucrania, que contaba con un complejo militar-industrial muy desarrollado, sufrió de forma desproporcionada en este sentido. A diferencia de Rusia, Ucrania no contaba con

ingresos por petróleo y gas para amortiguar el golpe. Además, el complejo metalúrgico ucraniano —el sector industrial que sobrevivió a la crisis y proporcionó la mayor parte de los fondos para el presupuesto ucraniano— dependía totalmente del suministro de gas natural ruso y tuvo que pagar precios cada vez más altos por el preciado producto. Pero la razón más importante del declive económico fue que el Gobierno ucraniano retrasó las muy necesarias reformas económicas y continuó subsidiando las empresas estatales que perdían dinero mediante préstamos y la impresión de más dinero. La inflación galopante, que alcanzó un asombroso 2.500 % en 1992, perpetuó el rápido declive económico.

Durante los primeros años de independencia, el Gobierno se resistió a renunciar a la propiedad y, por tanto, al control de las empresas industriales y agrícolas de la era soviética, que requerían cada vez más subvenciones estatales. Una vez que se decidió a hacerlo, se enfrentó a la oposición parlamentaria, sobre todo de los «directores rojos» que gestionaban las grandes empresas. En 1995, el parlamento eximió de la privatización a 6.300 empresas estatales. Para entonces, menos de un tercio de las empresas industriales había pasado a manos privadas. La primera etapa de la privatización se llevó a cabo con vales emitidos a toda la población del país. Benefició en gran medida a los «directores rojos», que ahora tenían activos, pero pocos incentivos para cambiar nada. Sin embargo, la privatización, sin nuevos enfoques ni reestructuración, no pudo reactivar la economía ucraniana. En 1999, cuando cerca del 85 % de las empresas eran de propiedad privada, representaban menos del 65 % de toda la producción industrial. La mitad de las empresas industriales del país eran deficitarias. La mayoría de las grandes empresas seguían en manos de directivos de la época soviética y de personas cercanas al Gobierno. Mantenían los monopolios, limitaban la competencia y agravaban la crisis económica.

Ucrania necesitaba nuevos propietarios y una nueva clase de gestores para reactivar su economía. El país consiguió ambas cosas con un grupo de empresarios jóvenes, ambiciosos y menos

despiadados, que no tenían raíces en la vieja economía planificada de la época soviética y se habían abierto camino desde el caos económico de los años de la perestroika y las guerras de la mafia de la década de 1990. Conocidos en Ucrania, al igual que en Rusia, como oligarcas, se convirtieron en los principales beneficiarios de la segunda fase de la privatización, que consistió en la venta de activos públicos a una fracción de su valor real. Los oligarcas hicieron su fortuna siendo innovadores y oportunistas, pero también congraciándose, sobornando y entrando a tiros en las oficinas de los «directores rojos». Con el complejo militar-industrial en franca decadencia, la industria metalúrgica ucraniana se convirtió en el talismán de la década de 1990 y principios de 2000. Entonces más de la mitad de la producción industrial del país procedía de cuatro óblasts del este —Dniepropetrovsk, Zaporiyia, Donetsk y Lugansk— que eran ricos en mineral de hierro y carbón y producían el principal producto de exportación: el acero.

Entre los nuevos «hombres de acero» se encontraba el líder del grupo de Donetsk, Rinat Ajmétov, que a principios de la década de 1990 asumió la dirección de una empresa llamada Lux, conocida por las autoridades ucranianas por sus orígenes y conexiones delictivas. En la región de Dniepropetrovsk, dos empresarios locales se repartieron importantes activos metalúrgicos: Víktor Pinchuk, que se casó con la familia del presidente Kuchma, e Igor Kolomoiski, que estableció uno de los primeros bancos privados importantes de Ucrania. Otros también se repartieron el botín de la privatización ucraniana postsoviética. Sin embargo, dejando de lado la naturaleza corrupta y a menudo delictiva del proceso de privatización, la «oligarquización» de la economía ucraniana coincidió con el fin del declive económico. Ucrania comenzó el nuevo milenio con una rápida recuperación económica y, para bien o para mal, los oligarcas fueron figuras importantes en esa nueva historia de éxito.

La mayor parte de la privatización de la industria ucraniana tuvo lugar bajo el mandato del presidente Leonid Kuchma entre 1994 y

2004. Kuchma, que había sido él mismo un «director rojo», presidió el proceso que, en última instancia, benefició a los oligarcas, ganándose su apoyo económico y político. Kuchma ganó su segundo mandato en 1999 presentándose como el único candidato capaz de derrotar a los comunistas, que aprovechaban el declive económico y las dificultades para intentar un resurgimiento, y dividiendo el bloque democrático nacional: su principal oponente de la «derecha», el líder de Ruj Viacheslav Chornóvil, murió en circunstancias sospechosas en un accidente de coche unos meses antes de las elecciones. Durante su segundo mandato, que comenzó en 1999, Kuchma se convirtió en el árbitro supremo de las relaciones entre los nuevos clanes oligárquicos en la economía y la política. También intentó consolidar su poder personal y marginar al parlamento. No funcionó como estaba previsto: Ucrania, efectivamente, no era Rusia.

La caída del presidente Kuchma comenzó en el otoño de 2000 con la reapropiación por parte del líder de la oposición Oleksandr Moroz, jefe del Partido Socialista de Ucrania, de unas grabaciones realizadas en secreto en el despacho de Kuchma por uno de sus guardaespaldas. Las cintas documentaban los tratos de Kuchma con los funcionarios locales implicados en los planes de privatización, el cobro de sobornos y sus esfuerzos por silenciar los medios de comunicación de la oposición. Uno de los periodistas cuyo nombre se mencionaba en las cintas era Georgui Gongadze, de treinta y un años, fundador del periódico digital *Ukrainska pravda* [La verdad ucraniana]. Kuchma quería detenerlo y enviarlo a Chechenia, donde los insurgentes luchaban contra el ejército ruso. En septiembre de 2000, el cadáver de Gongadze apareció decapitado en un bosque cercano a Kíiv. La complicidad de Kuchma en el asesinato nunca pudo demostrarse ante los tribunales, pero quienes escucharon las cintas difundidas no dudaron de que el propio presidente había ordenado al ministro del Interior que amenazara y secuestrara al periodista.

El *Kuchmagate*, como se conoció el escándalo de las cintas en Ucrania, fue un punto de inflexión en la política nacional. Puso fin al aumento de las tendencias autoritarias en el despacho

presidencial. El escándalo sacó a la luz el lado corrupto de las políticas del presidente, al que se le había atribuido durante su primer mandato la resolución de la disputa sobre la flota del mar Negro, la conservación de Crimea, el convencimiento de que Rusia reconocía las fronteras de Ucrania, el giro de su país hacia Occidente y la puesta en marcha de la largamente postergada privatización. Ahora resultaba que el presidente era también un delincuente, tal vez incluso un asesino. La oposición, que incluía a antiguos demócratas nacionales, socialistas e incluso comunistas, lanzó una campaña política bajo el lema «Ucrania sin Kuchma». Los ciudadanos respondieron positivamente a los llamamientos a la represión de la corrupción política y económica. La clase media emergente que estaba sustituyendo a la *intelligentsia* de la era soviética diezmada por el colapso económico, estaba harta de la corrupción oficial, la supresión de la actividad política y las restricciones a la libertad de expresión. Ucrania quería un cambio.

Kuchma consiguió sobrevivir a las consecuencias inmediatas del escándalo de las cintas, pero no pudo detener la pujanza del activismo político. Una nueva generación de políticos, que no era ajeno al *establishment*, como en la época soviética, sino que pertenecía a él, lideró la oposición a su régimen. Los que querían acabar con la corrupción del Gobierno, mejorar las relaciones con Occidente empañadas por el *Kuchmagate*, y lanzar un programa de integración con la Unión Europea, encontraron su líder en el apuesto ex primer ministro Víktor Yúschenko, de cuarenta y siete años, que no tenía vínculos con los clanes políticos y económicos del este de Ucrania y procedía del noreste rural.

Víktor Yúschenko presidió el inicio de la recuperación económica. Durante su corta estancia en el cargo de primer ministro, de diciembre de 1999 a mayo de 2001, Yúschenko, junto con su vice primera ministra, Yulia Timoshenko, cerró los vacíos legales que permitían a los oligarcas eludir los impuestos. El Estado bajó los impuestos a las medianas y pequeñas empresas, sacando de la sombra a buena parte de la economía ucraniana y aumentando los

ingresos del Estado. Esto permitió al Gobierno de Yúschenko pagar los salarios y las pensiones atrasadas. Bajo el mandato de Yúschenko, el PIB de Ucrania dejó de caer y mostró un sólido crecimiento del 6 % en el año 2000, en el que también aumentó la producción industrial en un 12 %. La tendencia se mantendría durante la mayor parte de la década. Destituido de su cargo en el momento álgido del *Kuchmagate*, Yúschenko pronto se convirtió en el líder del partido Nuestra Ucrania, que obtuvo casi una cuarta parte de los votos en las elecciones parlamentarias de 2002.

Mientras que la Ucrania prorreformista depositaba sus esperanzas en Yúschenko, el gobernador foráneo de la provincia de Donetsk y último primer ministro de Kuchma, Víktor Yanukóvich, defendía el régimen oligárquico del presidente Kuchma. También fue la elección del presidente ruso, Vladímir Putin, que tomó el relevo de Yeltsin en 2000 y estaba deseoso de tener un aliado, si no un cliente, en Kíiv. En 2004, Yúschenko y Yanukóvich se enfrentaron en las elecciones presidenciales más reñidas que ha vivido Ucrania desde su independencia. A principios de septiembre de 2004, Yúschenko, que lideraba la carrera presidencial, cayó repentina y violentamente enfermo. Con un diagnóstico poco claro y su vida en peligro, sus ayudantes lo llevaron a una clínica de Viena, donde los médicos llegaron a una conclusión impactante. El candidato a la presidencia de Nuestra Ucrania había sido envenenado, y el veneno era de un tipo particular: una dioxina de una cepa producida solo en ciertos países, incluida Rusia, pero no Ucrania. El diagnóstico correcto salvó la vida de Yúschenko. Con la cara desfigurada por el veneno y dependiente de una fuerte medicación para lidiar con el dolor insoportable, Yúschenko volvió a la carrera electoral, ganando más apoyo de los votantes.

A finales de octubre de 2004, cuando los ucranianos acudieron a las urnas para elegir entre veinticuatro candidatos presidenciales, Yúschenko iba en cabeza, con Yanukóvich en un cercano segundo lugar: cada uno recibió cerca del 40 % de los votos. Se pasó a la segunda vuelta, en la que Yúschenko obtuvo el apoyo de la mayoría de los votantes cuyos candidatos no llegaron a esa fase. Tras la segunda ronda de votaciones, el 21 de noviembre,

los sondeos independientes a pie de urna mostraban a Yúschenko claramente en cabeza, con un 53 % del voto popular frente al 44 % de Yanukóvich. Pero cuando la comisión electoral controlada por el Gobierno anunció los resultados oficiales, la mayoría de los votantes ucranianos se llevaron una sorpresa. Según el informe oficial, Yanukóvich había ganado con el 49,5 % de los votos frente al 46,9 % de Yúschenko. Los resultados oficiales estaban amañados. Como demostraron las intercepciones telefónicas de las discusiones entre los miembros del equipo de campaña de Yanukóvich, estos habían manipulado el servidor de la comisión electoral estatal para falsificar los resultados de las elecciones presentados a Kíiv.

Los partidarios de Yúschenko se indignaron. Se calcula que unos 200.000 kievitas acudieron al Maidán, la Plaza de la Independencia de Kíiv, para protestar por el fraude electoral. La Revolución Naranja, que recibió ese nombre tras los colores oficiales de la campaña presidencial de Yúschenko, había comenzado. En los siguientes días y semanas, con manifestantes procedentes del resto de Ucrania, el número de participantes en las concentraciones aumentó hasta el medio millón. Cuando las cámaras de televisión transmitieron imágenes de las protestas del Maidán a todo el mundo, los espectadores europeos descubrieron Ucrania por sí mismos, viéndola por primera vez como algo más que una región lejana en el mapa. Las imágenes no dejaban lugar a dudas de que sus habitantes querían libertad y justicia. Europa y el mundo no podían quedarse al margen. Respaldados por los votantes, los políticos europeos se implicaron en la crisis de Ucrania y desempeñaron un papel importante en su resolución. El papel más importante fue el del presidente polaco Aleksander Kwaśniewski, que convenció al presidente Kuchma para que apoyara la decisión del Tribunal Constitucional de anular los resultados oficiales de las elecciones por considerarlos fraudulentos.

El 26 de diciembre de 2004, los ucranianos acudieron a las urnas por tercera vez en dos meses para elegir a su nuevo presidente. Como se esperaba, Yúschenko ganó con un 52 % sobre

el 44 % de Yanukóvich, resultados cercanos a los de las encuestas independientes a pie de urna realizadas durante la segunda vuelta de las elecciones. La Revolución Naranja tenía su presidente. Pero ¿podría cumplir las promesas de la revolución de acabar con el capitalismo clientelista, liberar al país de la corrupción y acercarlo a Europa? Yúschenko creía que podía. Su camino hacia la transformación de Ucrania pasaba por la Unión Europea.

El presidente Yúschenko hizo de la política exterior su prioridad y confió a uno de sus ayudantes que entrar en la UE era un objetivo por el que merecía la pena vivir. Los diplomáticos ucranianos hicieron todo lo posible por aprovechar la imagen positiva de Ucrania creada en Occidente por la Revolución Naranja y subirse al tren de la ampliación de la UE, que partió en 2004 y que aceptó a diez países como miembros, siete de ellos antiguos satélites y repúblicas soviéticas. Era demasiado tarde: el tren había salido de la estación. Aunque el Parlamento Europeo votó en enero de 2005 a favor de establecer relaciones más estrechas con Ucrania con vistas a una futura adhesión, la Comisión Europea, que tomaba las decisiones sobre la ampliación, se mostró mucho más cauta. En lugar de iniciar las negociaciones de adhesión a la Unión Europea, ofreció a Ucrania un plan de cooperación más estrecha.

La locomotora de la historia no llevó a Ucrania a la UE junto con algunos de sus vecinos occidentales tras la Revolución Naranja por varias razones. Algunas de ellas estaban fuera del control de Kíiv. Alemania y otros importantes actores de la Unión Europea estaban preocupados por las consecuencias económicas y políticas de la ampliación que ya se había producido. Y añadieron un insulto a la afrenta al cuestionar el estatus de Ucrania como «Estado europeo». Pero las principales razones del fracaso de Kíiv en su ingreso en el club europeo de naciones democráticas tenían que ver con la propia Ucrania. Los años posteriores a la Revolución Naranja estuvieron llenos de contradicciones internas. Los grandes logros se mezclaron con espectaculares fracasos de la política gubernamental.

El nuevo Gobierno puso fin a la persecución de los opositores políticos y garantizó la libertad de expresión de los ciudadanos y los medios de comunicación. Desde el punto de vista económico, Ucrania iba mejor de lo que cabía esperar. Entre 2000 y 2008, cuando su economía sintió el impacto de la recesión mundial, el PIB del país se duplicó, alcanzando los 400.000 millones de dólares y superando las cifras del PIB de 1990, el último año completo de la existencia de la URSS. Pero el Gobierno de Yúschenko no consiguió hacer de Ucrania un lugar más justo para vivir y hacer negocios. Hizo muy poco con respecto a la corrupción rampante. Además, los cambios constitucionales que aceptó el bando de Yúschenko en diciembre de 2004 para anular las elecciones fraudulentas dificultaron el gobierno del país. Según las enmiendas exigidas por los partidarios de Yanukóvich y aceptadas por Yúschenko, el presidente perdió el derecho a nombrar al primer ministro, que, ahora elegido por el parlamento, se convirtió en un actor independiente en la política ucraniana. Ni el presidente ni el primer ministro tenían suficiente poder para aplicar las reformas por sí solos, y a Yúschenko le costó encontrar un terreno común con la primera ministra Yulia Timoshenko, su antigua aliada revolucionaria.

Cuando el mandato de Yúschenko llegó a su fin a principios de 2010, había una gran decepción con su gobierno. Su rivalidad con Timoshenko había convertido la política ucraniana en un interminable culebrón, desacreditando la causa de las reformas y la integración europea. El intento del presidente de construir una fuerte identidad nacional ucraniana promoviendo el recuerdo de la Gran Hambruna de 1932-1933 y celebrando a los combatientes del Ejército Insurgente Ucraniano contra el régimen soviético no se tradujo en un amplio apoyo electoral. De hecho, la política de la memoria dividió a la sociedad ucraniana. Especialmente controvertido fue el premio póstumo de «Héroe de Ucrania» otorgado por Yúschenko a Stepán Bandera, líder del nacionalismo radical ucraniano en las décadas de 1930 y 1940. El asunto de Bandera provocó una fuerte reacción negativa no solo en el este y el sur del país, sino también entre la intelectualidad liberal

ucraniana de Kíiv y Leópolis, y alejó a los amigos europeos de Ucrania. Los observadores dijeron entonces que Yúschenko intentaba integrar a Ucrania en Europa, pero tenía en mente la Europa de finales del siglo XX, no la del siglo XXI.

No solo Ucrania, sino toda la región postsoviética se estaba quedando atrás, intentando gestionar la transición de súbdito imperial a Estado independiente que los países de Europa Central habían resuelto casi un siglo antes. Muy pronto, Ucrania se encontraría en una crisis que recordaba a muchos de los problemas del siglo XIX. Esa crisis traería consigo la intervención extranjera, la guerra, la anexión y la idea de la división del mundo en esferas de influencia. También pondría a prueba la determinación de Ucrania de mantenerse independiente y desafiaría los elementos clave de su identidad nacional.

27

El precio de la libertad

En la madrugada del 20 de febrero de 2014, Bogdán Solchanik llegó a Kíiv en tren desde Lviv. Historiador, sociólogo y poeta en ciernes de veintiocho años, era profesor en la Universidad Católica Ucraniana de Lviv y trabajaba en una tesis doctoral sobre las prácticas electorales en Ucrania con un asesor de la Universidad de Varsovia. Aquel frío día de febrero, Solchanik no estaba de viaje de investigación cuando pisó el andén de la estación de Kíiv. En la capital no había elecciones, sino una revolución. Ya había soñado con ella en 2008, cuando escribió el poema «¿Dónde está mi revolución?», en el que expresaba la frustración de su generación por las promesas hechas durante la Revolución Naranja de 2004, pero que nunca se cumplieron.

Ahora, a finales de noviembre de 2013, una nueva revolución había irrumpido en Ucrania, con cientos de miles de personas que volvieron a salir a las calles del centro de Kíiv para exigir reformas, el fin de la corrupción gubernamental y el acercamiento a la Unión Europea. Solchanik sintió que su lugar estaba entre los manifestantes de Kíiv. El 20 de febrero marcó su cuarta incursión en la revolución, que resultó ser la última. Pocas horas después de su llegada a Kíiv, un francotirador mató a Solchanik junto con otras docenas de manifestantes. Al morir, se convertiría en uno de los «Cien Celestiales», en referencia a los más de cien manifestantes asesinados en la capital entre enero y febrero de 2014. Esos asesinatos pusieron fin a veintidós años de política mayoritariamente no violenta en Ucrania y abrieron una nueva y

dramática página en su historia. La democracia adquirida pacíficamente en los últimos compases de la Unión Soviética y la independencia ganada en las urnas en diciembre de 1991 requerirían ahora ser defendidas no solo con palabras y manifestaciones, sino también por las armas.

Los acontecimientos que condujeron al asesinato de manifestantes en el Maidán se remontan a febrero de 2010 con la victoria de Víktor Yanukóvich, el principal objetivo de las protestas del Maidán de 2004, en las elecciones presidenciales. El nuevo presidente comenzó su mandato cambiando las reglas del juego político. Su ideal era un régimen autoritario fuerte y trató de concentrar todo el poder posible en sus manos y en las de su familia. Reescribió la Constitución obligando al parlamento a derogar las enmiendas de 2004 y a transferir más poder a la presidencia. Luego, en el verano de 2011, juzgó y encarceló a su principal oponente política, la ex primera ministra Yulia Timoshenko, por firmar un acuerdo de gas con Rusia que perjudicaba la economía ucraniana. Con el poder concentrado en sus manos y la oposición política silenciada o intimidada, Yanukóvich y sus designados se centraron en el enriquecimiento del clan dirigente. En un breve periodo, Yanukóvich y los miembros de su familia y su entorno acumularon enormes fortunas, transfiriendo hasta 70.000 millones de dólares a cuentas en el extranjero y amenazando la estabilidad económica y financiera del Estado, que en otoño de 2013 se encontraba al borde del impago.

Con la oposición aplastada o corrompida por las autoridades, la sociedad ucraniana volvió a depositar sus esperanzas en Europa. Bajo la presidencia de Víktor Yúshenko, Ucrania había iniciado negociaciones con la Unión Europea sobre un acuerdo de asociación, que incluía la creación de una zona económica libre y la exención de visados para los ciudadanos ucranianos. La esperanza era que, una vez firmado, el acuerdo salvaría y reforzaría las instituciones democráticas de Ucrania, protegería los

derechos de la oposición y traería las normas empresariales europeas, frenando la corrupción rampante que se extendía desde lo más alto de la pirámide de poder. Algunos oligarcas, temerosos del creciente poder del presidente y su clan, y deseosos de proteger sus activos con el establecimiento de normas políticas y económicas claras, apoyaron el acuerdo de asociación con la UE. Las grandes empresas también querían acceder a los mercados europeos y temían la posibilidad de que los competidores rusos las engulleran si Ucrania se incorporaba a la Unión Aduanera Euroasiática liderada por Rusia.

Todo estaba listo para la ceremonia de firma en la cumbre de la UE en Vilna, prevista para el 28 de noviembre de 2013. Entonces, una semana antes de la cumbre, el Gobierno ucraniano cambió repentinamente de rumbo y propuso posponer la firma del acuerdo de asociación. Yanukóvich fue a Vilna, pero se negó a firmar nada. Si los líderes europeos estaban decepcionados, muchos ciudadanos ucranianos estaban indignados. El Gobierno había incumplido las promesas hechas el año anterior, frustrando las esperanzas de un mejor futuro europeo. Esos eran los sentimientos de los hombres y mujeres, muchos de ellos participantes en las protestas anteriores que se reunieron en el Maidán, la Plaza de la Independencia de Ucrania, en la tarde del 21 de noviembre, después de que el Gobierno anunciara su negativa a firmar el acuerdo. El entorno de Yanukóvich quería poner fin a las protestas lo antes posible para evitar una nueva Revolución Naranja. La noche del 30 de noviembre, la policía antidisturbios atacó brutalmente a los estudiantes reunidos en el Maidán. Eso era lo único que la sociedad ucraniana no estaba dispuesta a tolerar. Al día siguiente, más de medio millón de kievitas, algunos de ellos padres y familiares de los estudiantes golpeados por la policía, acudieron al centro de Kíiv, convirtiendo el Maidán y sus alrededores en un espacio de libertad frente al Gobierno corrupto y sus fuerzas policiales.

Lo que había comenzado como una demanda de adhesión a Europa se convirtió en la Revolución de la Dignidad, que reunió a diversas fuerzas políticas, desde los liberales de los partidos

mayoritarios hasta los radicales y los nacionalistas. Una vez más, como en 2004, los manifestantes se negaron a abandonar las calles. A mediados de enero de 2014, después de que el Gobierno intentara ilegalizar las protestas, comenzaron los enfrentamientos sangrientos entre la policía y los matones contratados por el Gobierno, por un lado, y los manifestantes, por otro. La violencia alcanzó su punto álgido el 18 de febrero. En tres días murieron al menos 77 personas: 9 policías y 68 manifestantes. Los asesinatos provocaron un cambio radical tanto en Ucrania como en la comunidad internacional. La amenaza de sanciones internacionales obligó a los miembros del parlamento ucraniano, muchos de los cuales temían que las sanciones les afectaran también a ellos, a liberarse del miedo a las represalias presidenciales y aprobar una resolución que prohibía el uso de la fuerza por parte del Gobierno. La noche del 21 de febrero, con el parlamento en contra y la policía antidisturbios fuera del centro de la ciudad, el presidente Yanukóvich huyó de la Kíiv revolucionaria. Los manifestantes se impusieron. El tirano se fue; la revolución había ganado. El parlamento ucraniano votó la destitución de Yanukóvich, nombrar un presidente en funciones e instalar un nuevo gobierno provisional encabezado por los líderes de la oposición.

Las protestas en Kíiv sorprendieron a los observadores políticos, ya que presentaban un caso inusual de movilización de masas inspirada en cuestiones de política exterior. Los manifestantes querían estrechar lazos con Europa y se oponían a la adhesión de Ucrania a la unión aduanera liderada por Rusia.

Las aspiraciones rusas de dominar Ucrania fueron un factor importante en las protestas del Maidán. El presidente Vladímir Putin, que había dirigido el Gobierno ruso desde el año 2000, primero como presidente, luego como primer ministro, y después de nuevo como presidente, había dejado constancia de que el colapso de la URSS era la mayor catástrofe geopolítica del siglo XX. Antes de volver al cargo presidencial en 2012, Putin proclamó la reintegración del espacio postsoviético como una de sus principales

tareas. Como en 1991, ese espacio estaba incompleto sin Ucrania. Putin quería que Yanukóvich, a quien había apoyado en las elecciones presidenciales de 2004 y 2010, se adhiriera a la unión aduanera rusa, la base de una futura unión económica y política más amplia de los Estados postsoviéticos. Yanukóvich había hecho concesiones a Rusia al prolongar el arrendamiento ruso de la base naval de Sebastopol durante veinticinco años, pero no estaba dispuesto a unirse a ninguna unión liderada por Rusia. En cambio, en un intento fallido de contrarrestar la creciente influencia y ambición rusas, se inclinó por la asociación con la Unión Europea, preparándose para firmar el acuerdo.

Rusia respondió en el verano de 2013 iniciando una guerra comercial con Ucrania y cerrando sus mercados a algunos productos ucranianos. Moscú utilizó tanto palos como zanahorias para detener la deriva ucraniana hacia el oeste. Entre las zanahorias estaba la promesa de un préstamo de 15.000 millones de dólares para salvar al Gobierno ucraniano, con problemas de liquidez y corrupción, de un inminente impago. El primer tramo del préstamo llegó después de que Yanukóvich se negara a firmar el acuerdo de asociación con la UE. Pero las protestas del Maidán cambiaron los planes del Kremlin. Según una investigación realizada posteriormente por el servicio de seguridad ucraniano, los agentes rusos estuvieron presentes en el Maidán los días que condujeron a la matanza de decenas de manifestantes. Los asesinatos acabaron provocando la destitución del presidente Yanukóvich. A principios de febrero de 2014, la sugerencia de aprovechar la crisis interna ucraniana para anexionarse Crimea, y luego desestabilizar y finalmente anexionar también a Rusia partes del este y el sur de Ucrania, se abría paso en la administración presidencial rusa. A juzgar por los acontecimientos posteriores, la propuesta no languideció en la oscuridad. Según el presidente Putin, él mismo tomó la decisión de «devolver» Crimea a Rusia en la reunión con sus asesores políticos y mandos militares de la noche del 22 de febrero de 2014.

Cuatro días después, en la noche del 26 de febrero, una banda de hombres armados con uniformes sin distintivos tomó el control

del parlamento de Crimea. Bajo su protección, los servicios de inteligencia rusos tramaron la investidura como nuevo primer ministro de Crimea del líder de un partido prorruso que solo había obtenido el 4 % de los votos en las anteriores elecciones parlamentarias. A continuación, las tropas rusas, junto con mercenarios y formaciones de cosacos traídos de la Federación de Rusia al menos una semana antes del inicio de la operación, bloquearon a las unidades militares ucranianas en sus bases con la ayuda de milicias reclutadas localmente. Mientras el nuevo gobierno ucraniano se afanaba en tomar el control de las fuerzas policiales y de seguridad anteriormente leales a Yanukóvich, el Kremlin aceleró los preparativos para la toma completa de la península organizando apresuradamente un referéndum sobre su futuro. El nuevo gobierno de Crimea prohibió la emisión de los canales de televisión ucranianos, impidió la entrega de periódicos ucranianos a los suscriptores y desató la propaganda a favor de la secesión de la península de Crimea de Ucrania. Los opositores al referéndum, muchos de ellos pertenecientes a la minoría tártara de Crimea, fueron intimidados o secuestrados.

A mediados de marzo de 2014, los ciudadanos de Crimea fueron convocados a los colegios electorales para votar por la reunificación con Rusia. Los resultados del referéndum avalado por Moscú recordaban a los de la época de Brézhnev, cuando se informaba de que la participación era del 99 % y se daba la misma cifra para el porcentaje de votantes que apoyaban a los candidatos del Gobierno. Ahora se afirmaba que el 97 % de los votantes había apoyado la unificación de Crimea con Rusia. En Sebastopol, las autoridades locales informaron de un voto prorruso que ascendía al 123 % de los votantes registrados. Las nuevas autoridades de Crimea declararon que la participación total fue del 83 %, pero según el Consejo de Derechos Humanos dependiente de la oficina del presidente ruso, menos del 40 % de los votantes registrados habían participado en el referéndum. El 18 de marzo, dos días después, Vladímir Putin pidió a los legisladores rusos que tramitaran la anexión de Crimea como un acto de justicia histórica, deshaciendo parte del daño causado a Rusia por la desintegración

de la URSS.

El Gobierno ucraniano de Kíiv no reconoció el referéndum, pero poco pudo hacer al respecto. Ordenó a sus tropas que se retiraran de la península, no queriendo arriesgarse a una guerra en un país aún dividido por la agitación política de la Revolución de la Dignidad. El ejército ucraniano, infradotado durante décadas y sin experiencia bélica, no era rival para las bien entrenadas y equipadas tropas de la Federación de Rusia, que habían librado una prolongada guerra en Chechenia y organizado la invasión rusa de Georgia en 2008. Kíiv también estaba ocupado tratando de detener la desestabilización de Moscú en otras partes del país. El Kremlin exigía la «federalización» de Ucrania, con la disposición de que las regiones tendrían poder de veto sobre la firma de acuerdos internacionales. Rusia no solo quería Crimea, sino que intentaba frenar el avance de Ucrania hacia Europa manipulando a las élites y a las poblaciones del este y del sur del país.

Si Ucrania se negaba a seguir el escenario de la «federalización» rusa, había otra opción: la partición del país convirtiendo el este y el sur de Ucrania en un nuevo Estado tapón. Se suponía que una entidad política controlada por Rusia, llamada Nueva Rusia, incluiría Járkiv, Lugansk, Donetsk, Dniepropetrovsk, Zaporiyia, Mikoláiev, Jersón y Odesa, lo que permitiría a Rusia acceder por tierra a la recién anexionada Crimea y a la región de Transnistria, controlada por Rusia, en Moldavia. No parecía plausible, ya que en abril de 2014 solo el 15 % de la población de la proyectada Nueva Rusia apoyaba la unificación con Rusia, mientras que el 70 % se oponía. Pero el sureste no era homogéneo. El sentimiento prorruso era bastante alto en la región industrial del Donbás, en el este de Ucrania, donde el 30 % de los encuestados apoyaba la unificación con Rusia, y bajo en la provincia de Dniepropetrovsk, donde los partidarios de Rusia no representaban más del 7 % de la población.

Las agencias de inteligencia rusas iniciaron la desestabilización de Ucrania desde el Donbás en la primavera de 2014. El Donbás destacaba como una de las regiones de Ucrania con más problemas económicos y sociales. Parte del cinturón de

óxido de la Unión Soviética y luego de Ucrania, había recibido grandes subvenciones del centro para apoyar a la moribunda industria minera del carbón. Donetsk, el principal centro regional, era la única ciudad ucraniana importante en la que los rusos étnicos constituían una mayoría relativa con el 48 % de la población. Muchos ciudadanos del Donbás estaban apegados a la ideología y a los símbolos soviéticos, de modo que los monumentos a Lenin (demolidos en gran parte en el centro de Ucrania en el curso de la Revolución de la Dignidad) eran el símbolo de la identidad soviética de la región. El Gobierno del presidente Yanukóvich llegó al poder y lo mantuvo gracias a la movilización del electorado oriental, haciendo hincapié en sus diferencias lingüísticas, culturales e históricas con respecto a la Ucrania central y, sobre todo, occidental. Afirmó que Kíiv amenazaba la lengua rusa, mayoritaria en la región, al igual que la memoria histórica de la Gran Guerra Patria, supuestamente en peligro por los partidarios del Ejército Insurgente Ucraniano en la Ucrania occidental. Aunque la división lingüística y las memorias históricas opuestas abrieron una brecha entre el este y el oeste, los políticos exageraron las diferencias para ganar las elecciones mucho más allá de su importancia real. Este oportunismo político creó un terreno fértil para la intervención rusa en Ucrania.

Unidades paramilitares a menudo entrenadas y financiadas por el Gobierno ruso y cercanas a los oligarcas del Kremlin aparecieron en el Donbás en abril de 2014. En mayo, habían tomado el control de la mayoría de los centros urbanos de la región. El derrocado presidente Yanukóvich utilizó los lazos políticos que le quedaban y sus importantes recursos financieros para ayudar a desestabilizar su región natal. Las bandas a sueldo del presidente exiliado atacaron a los partidarios del nuevo gobierno en Kíiv, mientras que policías corruptos les ayudaron proporcionándoles nombres y direcciones de posibles víctimas. Las élites locales, encabezadas por Rinat Ajmétov, socio comercial del derrocado Yanukóvich y el oligarca más rico de Ucrania, les siguieron el juego, con la esperanza de protegerse de los cambios revolucionarios procedentes de Kíiv convirtiendo el Donbás en una

especie de infantazgo bajo la bandera de las autoproclamadas repúblicas populares de Donetsk y Lugansk, que correspondían a los dos óblasts que constituían la región industrial del Donbás. Calcularon mal y a finales de mayo habían perdido el control de la región a manos de los nacionalistas rusos y los activistas locales, que lanzaron una revolución antioligárquica. Al igual que en Kíiv, los habitantes de Donetsk estaban hartos de la corrupción, pero muchos en el Donbás se orientaban hacia Rusia, no hacia Europa, y no esperaban una economía de mercado libre de corrupción, sino una economía estatalizada inspirada en la época soviética y garantías sociales. Si los manifestantes del Maidán veían a su país como parte de la civilización europea, los insurgentes prorrusos se imaginaban a sí mismos como partícipes de un «mundo ruso» más amplio y su guerra como una defensa de los valores ortodoxos contra el avance del Occidente europeo moralmente corrupto.

La pérdida de Crimea y la agitación en el Donbás, así como los esfuerzos rusos por desestabilizar la situación en Járkiv y Odesa, provocaron una nueva movilización de la sociedad civil ucraniana. Decenas de miles de ucranianos, muchos de ellos participantes en las protestas del Maidán, se alistaron en unidades del ejército, así como en nuevas formaciones de voluntarios, y fueron a luchar contra la insurgencia en el este tutelada por Rusia. Como el Gobierno solo podía suministrar armas a los soldados, surgieron organizaciones de voluntarios por toda Ucrania que recogían donaciones, compraban suministros y los llevaban al frente. La sociedad ucraniana asumía la tarea que el Estado no estaba en condiciones de llevar a cabo. Entre enero y marzo de 2014, según datos del Instituto Internacional de Sociología de Kíiv, el porcentaje de quienes apoyaban la independencia de Ucrania pasó del 84 al 90 % de la población adulta. El porcentaje de los que querían que Ucrania se uniera a Rusia cayó del 10 % en enero de 2014 al 5 % en septiembre. Incluso la mayoría de los encuestados en el Donbás consideraban su región como parte del Estado ucraniano. El porcentaje de «separatistas» que querían la

independencia o la unión con Rusia creció de menos del 30 a más del 40 % de los encuestados en el Donbás entre abril y septiembre de 2014, pero nunca llegó a ser mayoritario, lo que daba a la mayoría de los ucranianos proeuropeos la esperanza de conservar esos territorios, pero también apuntaba a futuros problemas para formar una identidad nacional común.

En las elecciones presidenciales de mayo de 2014, en una exhibición de unidad política, los votantes ucranianos dieron la victoria en primera vuelta a uno de los empresarios más destacados de Ucrania y participante activo en las protestas del Maidán, Petró Poroshenko, de cuarenta y nueve años. Con el fin de la crisis de legitimidad generada por la destitución de Yanukóvich, Ucrania estaba preparada para enfrentarse a una agresión tanto abierta como encubierta. A principios de julio, el ejército ucraniano logró su primer gran éxito: la liberación de la ciudad de Sloviansk, que había servido de cuartel general del comandante ruso más conocido, un antiguo teniente coronel de la inteligencia militar, Igor Guirkin (alias Strelkov). En un intento desesperado por detener el avance ucraniano, Rusia comenzó a suministrar a los insurgentes nuevo armamento, incluidos misiles antiaéreos. Según funcionarios ucranianos y estadounidenses, uno de esos misiles derribó un Boeing 777 de Malaysia Airlines con 298 personas a bordo el 17 de julio de 2014. Las víctimas procedían de los Países Bajos, Malasia, Australia, Indonesia, Gran Bretaña y otros países, lo que confiere al conflicto ucraniano una dimensión verdaderamente mundial.

La tragedia del avión malasio de pasajeros movilizó a los líderes occidentales en apoyo de Ucrania, lo que los llevó a imponer sanciones económicas a funcionarios y empresas rusas directamente responsables de la agresión. Resultó ser demasiado poco y demasiado tarde. A mediados de agosto, cuando las dos repúblicas populares separatistas de Donetsk y Lugansk , apoyadas por Rusia, se encontraron al borde de la derrota, Moscú intensificó la ofensiva y envió tropas regulares a la batalla junto con mercenarios.

Más de mil militares ucranianos y miembros de batallones de

voluntarios fueron rodeados en la ciudad de Ilovaisk por el avance de las fuerzas rusas. Cuando llegaron a un acuerdo con los comandantes rusos para retirarse de la ciudad y lo hicieron efectivo, los oficiales rusos exigieron nuevas demandas y abrieron fuego contra las tropas en retirada, causando bajas masivas en el lado ucraniano. A principios de septiembre de 2014, con el avance ucraniano en el Donbás detenido y las tropas rusas pasando a la ofensiva, el recién elegido presidente de Ucrania, Petró Poroshenko, se reunió con su homólogo ruso, Vladímir Putin, en la capital bielorrusa de Minsk para tratar el fin de las hostilidades. También participaron en las conversaciones la canciller alemana Angela Merkel y el presidente francés François Hollande. El 5 de septiembre las partes en conflicto firmaron el Protocolo de Minsk, un complejo acuerdo que supuso un alto el fuego, pero poco más.

En enero de 2015, los dos bandos estaban de nuevo en guerra. Los rusos intentaron repetir su éxito del año anterior y cercar a las tropas ucranianas en el nudo ferroviario clave de Debaltseve. Esta vez los ucranianos estaban preparados. La batalla continuó en febrero, lo que permitió que Alemania y Francia intervinieran de nuevo. El 14 de febrero, los líderes de Alemania, Rusia, Francia y Ucrania acordaron un nuevo protocolo conocido como Minsk ii. Aunque una de sus condiciones clave era el alto el fuego, los disparos continuaron tras la firma del protocolo. La batalla de Debaltseve continuó hasta el 20 de febrero, cuando las fuerzas ucranianas se retiraron de la ciudad. Otras condiciones del protocolo no resultaron menos difíciles de aplicar. Incluían el compromiso ucraniano de celebrar elecciones en la región escindida y el ruso de ceder el control de la frontera ucraniano-rusa a las tropas ucranianas. La cuestión de cuál de las dos cosas debía ir primero seguiría siendo la manzana de la discordia en los años venideros.

El Kremlin salvó a las autoproclamadas repúblicas del colapso, pero no pudo llevar a cabo su plan original de crear Nueva Rusia, un sistema político controlado por Rusia que se extendiera desde Donetsk, en el este, hasta Odesa, en el oeste, y que proporcionara un puente terrestre desde Rusia hasta Crimea.

Rusia tampoco logró impedir que Ucrania reforzara sus vínculos políticos y económicos con Occidente. Dado que Ucrania no quería aceptar pérdidas territoriales ni renunciar a la integración política, económica y cultural con Occidente, que Rusia se negaba a dejar que Ucrania saliera de su esfera de influencia y que Occidente estaba preocupado por la amenaza al orden internacional, pero dividido sobre la mejor estrategia para frenar las crecientes ambiciones rusas, la guerra en el este de Ucrania se convirtió en un conflicto prolongado sin final a la vista.

28

Un nuevo amanecer

Las palabras del himno ucraniano, «Ucrania aún no ha perecido», resultaron ser proféticas y adquirieron un matiz más optimista que pesimista tras el conflicto militar con Rusia y sus aliados. La heroica defensa del aeropuerto de Donetsk por parte de las fuerzas ucranianas entre mayo de 2014 y enero de 2015 frente a las abrumadoras tropas apoyadas por Rusia dio a la nación una nueva mitología —los defensores pasaron a ser conocidos como «ciborgs»— y una nueva perspectiva de vida.

La capacidad demostrada por Ucrania para resistir en el conflicto con la Federación de Rusia y preservar su independencia encaminó al país hacia una nueva senda. La estabilización del frente en el Donbás hizo posible que el presidente Petró Poroshenko y sus dos gobiernos posteriores, encabezados por Arseni Yatseniuk y Volodímir Groisman, presentaran una ambiciosa agenda definida por las expectativas y demandas de quienes habían participado en las protestas del Maidán. El país quería que el nuevo Gobierno pusiera fin al crecimiento de las tendencias autoritarias en la cúspide de la pirámide estatal, acelerara la integración de Ucrania en las estructuras políticas y económicas occidentales mediante la firma de un acuerdo de asociación con la Unión Europea y, por último, pero no por ello menos importante, erradicara la corrupción que había proliferado más allá del Gobierno central de Ucrania.

El acuerdo de asociación con la Unión Europea, cuyo repentino fracaso desencadenó las protestas en el otoño de 2013,

fue firmado por funcionarios ucranianos en marzo de 2014, poco después del fin de las protestas y de la anexión rusa de Crimea. La UE acordó proporcionar ayuda financiera y logística a Ucrania, pero una consecuencia mucho más importante del acuerdo fue la creación de una zona de libre comercio que ayudó a reorientar a Ucrania no solo política, sino también económicamente hacia Occidente. Entre 2013 y 2018 las exportaciones de Ucrania a Rusia caerían del 26 al 12 % de su volumen comercial, mientras que las exportaciones a la Unión Europea crecerían del 28 a más del 40 %. En 2017, la exención de visado para viajar a la Unión Europea —un hecho simbólicamente importante habida cuenta de las aspiraciones proeuropeas de las protestas de 2013— se hizo realidad, y los ucranianos realizaron 49 millones de viajes a la UE en el transcurso de los tres años siguientes.

La revuelta contra el autoritarismo, junto con el problema no resuelto del regionalismo y del separatismo esporádico puesto de manifiesto por la guerra, promovió la tan necesaria descentralización y reforma del gobierno local. A mediados de 2009, más del 28 % de la población estaba incluida en el nuevo sistema de gobierno local, que redistribuyó las prerrogativas de toma de decisiones y los poderes financieros del centro a los ámbitos municipal y local. Estos nuevos poderes y responsabilidades se asignaron a comunidades recién formadas, conocidas en ucraniano como *gromadi*. La formación de los *gromadi* se hizo de forma voluntaria y redujo drásticamente la dependencia de los gobiernos locales del centro. A partir de entonces, las comunidades locales decidirían cómo gastar los impuestos locales ganados con tanto esfuerzo. Este acuerdo, considerado habitual en la Unión Europea, se convertía ahora en habitual en Ucrania.

Mientras que la reorientación hacia la Unión Europea elevó la moral ucraniana, la resistencia a la agresión militar rusa y a la guerra híbrida aumentó la importancia de la cultura nacional como fuente de unidad. En 2017, el Ministerio de Asuntos Exteriores inició la creación del Instituto Ucraniano, un organismo gubernamental encargado de la promoción de la cultura ucraniana y de la imagen de Ucrania en el extranjero. La creación de la

Fundación Cultural Ucraniana y del Instituto del Libro Ucraniano fue el inicio de una modesta inversión gubernamental —la primera en décadas— para la promoción de la cultura y la edición ucranianas. Gracias a estas y otras medidas, la industria cinematográfica ucraniana se reactivó y las estanterías de las librerías ucranianas, antes dominadas por publicaciones rusas, se llenaron de libros editados por editoriales ucranianas.

La demolición de monumentos a Vladímir Lenin, conocida popularmente como *Leninopad* («caída de Lenin»), que comenzó durante las protestas del Maidán a finales de 2013 y continuó en 2014, marcó una ruptura simbólica con el pasado comunista. Las instituciones gubernamentales, como el Instituto de la Memoria Nacional, dirigido por el activista del Maidán Volodímir Viatrovich, impulsaron la aprobación de las denominadas leyes de descomunización, que ordenaron la retirada de los monumentos a Lenin y otros líderes comunistas en todo el país. Como resultado, se suprimieron unos 1.300 monumentos a Lenin de los 5.500 que había en el país antes de 1990. Calles, pueblos, ciudades y regiones enteras fueron despojadas de sus nombres de la época comunista, y se dio libertad a las comunidades locales para elegir otros nuevos. La ciudad de Dnipropetrovsk, que llevaba el nombre del líder comunista ucraniano Grigori Petrovski, se convirtió en Dnipró, mientras que la ciudad de Kirovograd, que llevaba el nombre de Serguéi Kírov, un líder soviético sin conexión con Ucrania, se convirtió en Kropivnitski, en honor a Marko Kropivnitski, un dramaturgo y actor del siglo XIX originario de la región. El mapa de Ucrania cambió literalmente de la noche a la mañana.

También se produjeron cambios históricos en la escena religiosa ucraniana. El presidente Poroshenko desempeñó un papel clave en la fusión de dos iglesias ortodoxas ucranianas independientes en diciembre de 2018 y facilitó el reconocimiento de la nueva Iglesia por parte del patriarca de Constantinopla. Esto se hizo a pesar de las protestas del Patriarcado de Moscú, que controlaba la mayoría de las parroquias ortodoxas ucranianas existentes y les prohibía unirse a la nueva Iglesia. Por primera vez desde el siglo XVII, los principales patriarcas orientales

reconocieron una Iglesia ortodoxa fuera de la jurisdicción de Moscú. Era la culminación de un largo proceso que había comenzado con la formación de la primera Iglesia ortodoxa ucraniana autocéfala (independiente) en 1921 y la restauración de ramas independientes de la Iglesia en vísperas de la Unión Soviética y después de su caída.

No todos estos cambios se aceptaron sin polémica. Las leyes de descomunización se criticaron en el país y en el extranjero por intentar legislar la historia y promover una narrativa nacionalista. Se cuestionó el papel del Gobierno en la creación de la nueva Iglesia y surgió la preocupación sobre el futuro de la lengua y la cultura rusas en Ucrania. Estas críticas no solo procedían de los defensores del antiguo régimen y de sus políticas, sino también de los círculos liberales ucranianos, que habían apoyado las protestas del Maidán y que ahora estaban preocupados por el posible aumento del nacionalismo en el país. Aunque la guerra y el nuevo curso político reforzaron la identidad nacional ucraniana y promovieron la lengua y la cultura ucranianas, no se tradujeron en un aumento notable del nacionalismo. Los partidos nacionalistas no lograron alcanzar el umbral del 5 % en las elecciones parlamentarias ucranianas de 2014 y 2019 y no tuvieron representación en el parlamento, una diferencia notable con respecto a los vecinos del este y el oeste de Ucrania. El patriotismo, o nacionalismo cívico, siguió siendo la ideología dominante en una Ucrania desgarrada por la guerra.

La guerra en el Donbás mostró a las élites del país que la continuidad de la existencia de Ucrania como Estado independiente dependía menos de acuerdos internacionales como el Memorando de Budapest que de la capacidad de las fuerzas armadas del país para resistir más agresiones.

Ucrania necesitaba un ejército bien entrenado y preparado para la batalla, lo que implicó una transición de un ejército de conscriptos (o reclutas) a uno basado en contratos. La desmovilización o integración de los batallones de voluntarios, que

habían salvado la situación en 2014, en los efectivos de las fuerzas armadas regulares o en las estructuras del Ministerio del Interior era otra tarea urgente. Ambas se llevaron a cabo en 2016. Ese año se abolió el servicio militar obligatorio y se firmaron 63.500 contratos de oficiales y soldados que se incorporaron a las fuerzas armadas ucranianas. El ejército pasó de 140.000 a 250.000 hombres y mujeres. Los batallones de voluntarios se convirtieron en unidades de combate disciplinadas, a pesar de la resistencia de algunos de sus comandantes y de sus patrocinadores empresariales y políticos.

A pesar de que el gasto en seguridad se duplicó, Ucrania no habría logrado tal transformación por sí sola. La reforma militar contó con el apoyo de Estados Unidos y algunos países de la Organización del Tratado del Atlántico Norte, que se tradujo en la aportación de 1.600 millones de dólares de Estados Unidos en concepto de ayuda en materia de seguridad de Ucrania durante los primeros cuatro años del conflicto. Los oficiales estadounidenses y los canadienses ayudaron a entrenar a sus socios ucranianos, y se introdujeron ejercicios militares conjuntos por tierra y por mar. El objetivo era ayudar a las fuerzas armadas ucranianas a defender su país, no a reconquistar territorios ocupados o lanzar ofensivas contra países extranjeros. Ese objetivo se vio potenciado por la clase de armas que Estados Unidos entregó a Ucrania después de un largo debate: se trataba de Javelins —misiles antitanque que se transportan por soldados individuales—, armas que los ucranianos no tenían en 2014 y 2015.

Al margen de la ayuda internacional, la reconstrucción, a menudo desde cero, de las fuerzas armadas ucranianas no podía producirse sin la reactivación de la economía del país. La anexión rusa de Crimea y la pérdida de los principales centros urbanos de la cuenca del Donets a favor de las «repúblicas populares» títeres de Donetsk y Lugansk fueron golpes importantes para el Estado, la sociedad y la economía ucranianos. La anexión de Crimea supuso una pérdida del 3 % del territorio nacional y del 5 % de su población. Las pérdidas en el Donbás ascendieron a un 7 % adicional de territorio y a una pérdida significativa (pero difícil de

calcular) de población. El número de desplazados internos en Ucrania alcanzó los 1,7 millones de personas. La guerra y la pérdida de territorio, de población y de empresas industriales tuvieron un efecto paralizante en el resto de la economía del país.

En 2014 el producto interior bruto (PIB) de Ucrania se contrajo un 6,6 %. En 2015 se perdió casi un 10 % más. Hasta dos millones de ucranianos que no encontraban empleos bien remunerados en su país se fueron a trabajar al extranjero, sobre todo a los países de la UE. Para empeorar las cosas, Ucrania dependía para el funcionamiento de su economía restante de Rusia, que acababa de arrebatarle parte de su territorio. El mercado ruso representaba el 26 % de las exportaciones ucranianas. Las importaciones procedentes de Rusia se aproximaban al 29 %. La mayor parte de esas importaciones consistía en gas natural, con el que Ucrania cubría más de la mitad de sus necesidades de consumo.

La conmoción política, social y económica de la guerra hizo que Ucrania tuviera que encontrar una manera de reformar y reestructurar su economía, crónicamente enferma, especialmente su sector financiero, muy expuesto a la corrupción y los abusos. Apoyados por una sociedad civil movilizada, los dirigentes ucranianos lograron convencer a los líderes de la Unión Europea y de otras economías desarrolladas para que proporcionaran a Ucrania una ayuda financiera sustancial. En los primeros años de la crisis, solo la UE consiguió movilizar hasta 14.000 millones de euros, incluidos 1.000 millones en subvenciones, para ayudar a la economía ucraniana. Estados Unidos ofreció 2.200 millones de dólares, Canadá aportó 785 millones de dólares, y Japón concedió un préstamo de 1.500 millones de dólares. Los donantes occidentales y la sociedad civil ucraniana querían reformas que fueran más allá de la esfera económica y que se ocuparan de la corrupción que paralizaba la economía ucraniana. El Gobierno, que dependía de las subvenciones occidentales, se mostró receptivo.

La primera tarea fue sanear el sistema bancario ucraniano, en el que, como observó un analista, los bancos a menudo funcionaban como cajeros automáticos para sus propietarios. El

dinero depositado por ahorradores e inversores se canalizaba hacia empresas que pertenecían a los propietarios de los bancos, que quebraban, obligando al Estado a compensar las pérdidas de los depositantes. El sistema financiero no funcionaba y los déficits presupuestarios se convirtieron en algo habitual. Una reforma impulsada por la gobernadora del Banco Nacional de Ucrania, Valeria Gontarieva, y su equipo, puso fin a la «etapa de los cajeros automáticos» en la historia de la banca ucraniana. Se exigió a los propietarios que indicaran el origen de su capital y que capitalizaran sus bancos. Muchos se negaron a devolver el dinero, lo que obligó al Gobierno a cerrarlos. De 185 bancos, solo 85 sobrevivieron a la reforma.

En 2016, el Gobierno nacionalizó el mayor banco de Ucrania, el PrivatBank, que resultó ser copropiedad de Igor Kolomoiski, un oligarca que había desempeñado un papel clave para impedir la toma de posesión rusa de las regiones del este y el sur de Ucrania en 2014. Las pérdidas de PrivatBank ascendieron a 5.500 millones de dólares.

Kolomoiski luchó con uñas y dientes contra el Gobierno desde su autoexilio en Suiza, utilizando su imperio mediático, su influencia política e incluso las unidades paramilitares que ayudó a financiar durante la primera etapa de la guerra, pero perdió. La muy necesaria reestructuración del sector financiero y la refinanciación de los bancos costó al país el 12 % de su PIB, pero se logró. Sin eso, el restablecimiento de la estabilidad macroeconómica de Ucrania y la recuperación y el desarrollo ulterior de su economía habrían sido prácticamente imposibles.

Luego vino la reforma del sector energético ucraniano, principal fuente de las fortunas oligárquicas en la década de 1990 y, posiblemente, el sector más corrupto de la economía ucraniana antes de 2014. Los precios diferenciales del gas natural (la mitad de él exportado desde Rusia) para las empresas comerciales y los hogares crearon un sinfín de oportunidades para la corrupción. Según algunas estimaciones, se robaban hasta 3.000 millones de dólares anuales de la empresa estatal de petróleo y gas Naftogaz. En 2014, el déficit de la empresa ascendió al 5,5 % del PIB de

Ucrania. El sector se reformó poniendo fin a las compras directas de gas a Rusia y pasando al suministro inverso del mismo gas desde los países de Europa del Este. La tarea de aumentar el precio al consumidor —en promedio, los hogares no pagaban más del 12 % del coste real— era políticamente poco aceptable para el Gobierno, pero finalmente se consiguió en 2018, el último año completo del mandato de Poroshenko.

Las reformas, junto con los trastornos económicos causados por la guerra, cambiaron significativamente la estructura de propiedad de la economía ucraniana. El poder de los oligarcas, medido por su riqueza, se redujo de manera considerable. Entre 2013 y 2018, la riqueza de los cien ucranianos más ricos cayó del 52 % del PIB al 20 %, y la riqueza de los diez ucranianos más ricos se redujo del 29 al 10 %. La estructura de la economía ucraniana, un factor en parte responsable de la redistribución de la riqueza, también cambió. La proporción de la minería, designada como parte de la economía de búsqueda de rentas y asociada a los antiguos clanes oligárquicos, disminuyó, y el porcentaje de las industrias tecnológicas y de telecomunicaciones, pertenecientes al segmento de búsqueda de beneficios de la economía y no asociadas a los grupos oligárquicos tradicionales, aumentó de manera considerable.

Varias reformas se dirigieron específicamente a la corrupción. La introducción de las declaraciones electrónicas obligatorias de ingresos por parte de los funcionarios del Gobierno, la creación de organismos especiales de investigación anticorrupción y el establecimiento, tras largos retrasos, de un tribunal anticorrupción fueron resultados directos de los esfuerzos conjuntos de la sociedad civil ucraniana y los donantes occidentales. Una de las reformas anticorrupción más eficaces, ProZorro (un juego de palabras con la palabra ucraniana para «transparente»), dio lugar a la introducción del que, posiblemente, sea el sistema de contratación pública más transparente del mundo, con lo que se redujeron de forma drástica las posibilidades de corrupción en ese ámbito. Sin embargo, con el paso del tiempo, las reformas anticorrupción que se pusieron en marcha en los primeros años del mandato del presidente

Poroshenko se encontraron con numerosos problemas. El sistema judicial permaneció en gran medida sin cambios, con las reformas bloqueadas en la cúspide de la pirámide gubernamental.

En la primavera de 2019, cuando los ciudadanos votaron en las siguientes elecciones presidenciales, la cuestión más importante de la agenda política era la capacidad del país para continuar en la senda hacia la Unión Europea y la reforma interna, al tiempo que lograba defenderse de Rusia.

El presidente en funciones, Petró Poroshenko, bajo cuyo gobierno se estabilizó el país tras casi el derrumbe de 2014, y se iniciaron las reformas posteriores, estaba en apuros. La guerra en el Donbás siguió agotando los recursos nacionales y cobrándose la vida de soldados y civiles ucranianos. Aunque las reformas financieras y económicas ayudaron a mejorar la situación, resultaron muy dolorosas para el ciudadano medio, que se vio sorprendido por las grandes subidas de precios del gas, de la electricidad y otros servicios públicos. Con casi una cuarta parte de la población viviendo en el umbral de la pobreza o por debajo de él, 5,5 millones de ciudadanos ucranianos cumplían los requisitos para recibir subsidios del Gobierno. El presidente Poroshenko, cuyo entorno se vio envuelto en escándalos de corrupción durante la campaña, no consiguió convencer al electorado de que las reformas de su administración habían limpiado la corrupción en sectores clave de la economía.

En mayo de 2019 Ucrania dio la bienvenida a un nuevo presidente, Volodímir Zelenski, de cuarenta y un años, un actor y empresario licenciado en Derecho. A una población agotada por las continuas guerras y las dificultades económicas Zelenski le prometió acabar con la guerra, la pobreza y la corrupción. Al igual que los votantes de varios países afectados por una ola de populismo, los electores ucranianos decidieron manifestar su protesta y optaron por un *outsider* político. Con su victoria en la carrera presidencial, Volodímir Zelenski hizo historia en más de un sentido. Con cuarenta y un años se convirtió en el presidente más

joven de Ucrania. También fue el primer presidente judío del país. En el verano de 2019, durante un breve periodo, Ucrania tuvo tanto un presidente como un primer ministro judíos, todo un acontecimiento para un país con una larga y, a menudo, trágica historia de relaciones entre judíos y ucranianos.

En cuanto a la política electoral, las elecciones presidenciales de 2019 demostraron más continuidad que cambio y mostraron que la guerra había convertido a Ucrania en un país más homogéneo. Si los candidatos que se opusieron en las elecciones de antes de la guerra habían dividido de forma reiterada el país casi por igual entre el este y el oeste, las nuevas elecciones revelaron una geografía muy diferente. Tanto Poroshenko en 2014 como Zelenski en 2019 se impusieron en la mayor parte del país. El electorado apoyaba ahora a Zelenski de forma casi tan contundente como había apoyado a Poroshenko en 2014. Esa tendencia continuó en julio de 2019, cuando en las nuevas elecciones parlamentarias, el partido presidencial, el Servidor del Pueblo, una flamante entidad política que lleva el nombre de la serie de televisión satírica en la que Zelenski interpretó al presidente de Ucrania, obtuvo la mayoría de los escaños.

A pesar del cambio de guardia política en Kíiv, los principales retos a los que se enfrentaba la sociedad ucraniana seguían siendo los mismos: la seguridad, la reforma institucional y el persistente dominio de los oligarcas en la economía y la política de Ucrania. En los primeros meses de su presidencia, Volodímir Zelenski concertó una alianza con los «Jóvenes Turcos» de Ucrania, un grupo de jóvenes y ambiciosos reformistas que se acercaron a él por su descontento con el ritmo de las reformas iniciadas bajo su predecesor. El Gobierno, encabezado por el primer ministro Oleksi Goncharuk, de treinta y cinco años, se propuso continuar con la reforma económica y la guerra contra la corrupción. La privatización de los activos estatales se presentó como la forma más rápida de alcanzar ambos objetivos. La lista de empresas estatales en venta se amplió drásticamente y el proyecto de ley que levantaba la moratoria sobre la venta de tierras agrícolas, vigente desde 2001, se envió al parlamento para su aprobación en 2020.

Los «Jóvenes Turcos» fueron destituidos en marzo de 2020, tras menos de medio año en el cargo, ya que sus reformas disgustaron a los clanes oligárquicos, mientras que su inexperiencia contribuyó a una caída del 7 % en la producción industrial del país. Las medidas anticorrupción en el servicio de aduanas resultaron contraproducentes, pues redujeron drásticamente los ingresos del Gobierno, y suscitaron dudas sobre el compromiso del nuevo presidente con las reformas anticorrupción. El desafío más inmediato para el programa anticorrupción fue la influencia de Igor Kolomoiski, antiguo propietario de PrivatBank, nacionalizado, que regresó a Ucrania justo después de la victoria de Zelenski y exigió que se le devolviera el banco. Los gobiernos e instituciones occidentales que apoyaron la reforma bancaria de Ucrania dieron la voz de alarma. La condición del Fondo Monetario Internacional para seguir cooperando con Ucrania era la aprobación de una ley que imposibilitara la devolución de los bancos a los propietarios que los habían hecho insolventes.

En mayo de 2020, el parlamento aprobó una ley que prohibía la impugnación judicial de las resoluciones de insolvencia del Banco Nacional contra los bancos corruptos. Aclamada como una victoria de las fuerzas anticorrupción en Ucrania, la ley puso de manifiesto el principal problema de la lucha del Gobierno contra la corrupción: no podía confiar en los tribunales ucranianos. En octubre de 2020, el Tribunal Constitucional de Ucrania eliminó la responsabilidad penal por la declaración inexacta de bienes de los funcionarios ucranianos, con lo que asestó un duro golpe a los esfuerzos en la lucha contra la corrupción de los años anteriores y provocó una crisis constitucional. La crisis reveló que la necesidad de reformar el sistema judicial era el principal reto al que se enfrentaba Ucrania a principios de la nueva década. De su aplicación exitosa dependía el destino del movimiento de Ucrania hacia una sociedad próspera basada en la ley.

La guerra inacabada en el Donbás, que en 2020 se había cobrado más de 14.000 vidas a ambos lados de la línea divisoria, seguía

siendo el problema más inmediato de la política exterior de Ucrania, seguido de la reintegración del Donbás y de la recuperación de la península de Crimea.

Al margen de los deseos de Kíiv, Rusia tenía las claves para resolver el conflicto y siguió presionando a Ucrania para que se solucionara en las condiciones que establecía. Esas condiciones, que incluyen la devolución a Ucrania del Donbás, económicamente arrasado, mientras Rusia mantenga el control *de facto* de la vida política de la región, desestabilizarían a Ucrania y frenarían, si no desbaratarían por completo, su programa de reformas y su avance hacia la Unión Europea. Esos eran los objetivos originales de la agresión rusa. No se lograron, y la guerra no consiguió detener la transformación de Ucrania en una democracia de mercado que funcionara bien. Para continuar en la senda de la reforma y de la eurointegración, Ucrania necesitaría no solo movilizar sus propios recursos, sino también asegurarse el apoyo continuo de la comunidad internacional.

Ningún país es más importante para asegurar la soberanía política de Ucrania en su actual conflicto con Rusia que Estados Unidos. Desde 2014, ha asumido un papel destacado a la hora de prestar apoyo político, militar y, en gran medida, económico al Estado ucraniano. Pero para mantener y reforzar esa alianza, los dos países tendrán que superar una serie de problemas que se han desarrollado en sus relaciones durante la última década. El denominador común de esos problemas es la corrupción, que ha mantenido secuestrado el futuro de las relaciones entre Estados Unidos y Ucrania a ambos lados del Atlántico.

Ucrania se dio a conocer en la política interna estadounidense durante la campaña presidencial de Donald Trump en 2016. En ese momento, la información perjudicial procedente de Ucrania provocó la dimisión del jefe de campaña de Trump, Paul Manafort. Este último, un consultor político residente en Estados Unidos, había empezado a trabajar años antes para el futuro presidente de Ucrania, Víktor Yanukóvich, tras completar una serie de contratos con uno de los principales oligarcas rusos. Manafort ayudó a llevar a Yanukóvich a la presidencia en 2010, pero la Revolución de la

Dignidad, que obligó a Yanukóvich a abandonar el país en 2014, también ayudó a descubrir registros de pagos secretos multimillonarios del antiguo partido presidencial, que nunca fueron declarados a las autoridades fiscales ucranianas o estadounidenses. Manafort se vio obligado a dimitir como director de la campaña presidencial de Trump y posteriormente fue condenado, por cargos relacionados con sus actividades en Rusia y Ucrania, primero a cuarenta y siete meses de prisión y, luego, a otros cuarenta y tres adicionales.

Si el escándalo de Manafort perjudicó la campaña presidencial de Trump de 2016, en la Casa Blanca se esperaba que un nuevo escándalo ucraniano, esta vez relacionado con el principal candidato presidencial demócrata, Joseph Biden, pudiera ayudar en la campaña de reelección de Trump en 2020. Vicepresidente en la administración de Barack Obama, Biden había ejercido de 2014 a 2016 como hombre clave de la administración en relación con Ucrania y desempeñó un papel clave para convencer a Kíiv de que se deshiciera de un fiscal general que los gobiernos occidentales consideraban corrupto. En el primer semestre de 2019, cuando Biden anunció su candidatura a la Casa Blanca, funcionarios ucranianos descontentos con la campaña anticorrupción de Biden contraatacaron y acusaron al exvicepresidente de intentar impedir la investigación de una empresa ucraniana que había ofrecido un puesto en su consejo de administración a su hijo, Hunter Biden.

Durante una conversación telefónica en julio de 2019 con el presidente Zelenski, Trump abordó la cuestión de la participación de Biden en Ucrania. Zelenski aprovechó la oportunidad que le brindaba la llamada para pedir la venta de más Javelins para el ejército ucraniano. Trump le pidió un favor a cambio. «Se habla mucho del hijo de Biden —le dijo Trump al presidente ucraniano —, que Biden frenó la acción judicial y mucha gente quiere informarse sobre eso. Así que cualquier cosa que pueda hacer con el fiscal general [de EE. UU.] sería genial.» El presidente ucraniano le prometió su ayuda: «Dado que ganamos la mayoría absoluta en nuestro parlamento, el próximo fiscal general será una persona 100 % designada por mí», declaró Zelenski.

Las autoridades ucranianas nunca emprendieron la investigación: la aplazaron lo suficiente como para salvarse por las revelaciones públicas de la queja de un denunciante sobre el intento de Trump de utilizar la ayuda militar a Ucrania para beneficiarse políticamente, y Ucrania recibió su ayuda sin cumplir las condiciones de Trump. El primer *impeachment* del presidente Trump, que se centró en ese episodio concreto de las relaciones ucraniano-estadounidenses, sometió a los dos países a una nueva prueba. Gracias a los principales actores de Washington y Kíiv, las estrechas relaciones entre las dos capitales y sus países sobrevivieron a las turbulencias. Las alianzas de Kíiv con Estados Unidos y la Unión Europea siguen siendo esenciales no solo para la supervivencia de Ucrania como Estado plenamente independiente, sino también para el restablecimiento y el fortalecimiento del orden internacional que la agresión de Rusia a Ucrania y la anexión de su territorio han debilitado.

Para Ucrania, la agresión rusa plantea cuestiones fundamentales sobre su existencia continuada como Estado unificado, su independencia como nación y los fundamentos democráticos de sus instituciones políticas. No menos importantes son las cuestiones sobre la naturaleza del proyecto de construcción de la nación ucraniana, incluido el papel de la historia, la etnia, la lengua y la cultura en la creación de la nación política de Ucrania. ¿Podía un país cuyos ciudadanos representaban diferentes etnias, hablaban (a menudo indistintamente) más de una lengua, pertenecían a más de una Iglesia y habitaban varias regiones históricas resistir no solo la embestida de un amo imperial más poderoso militarmente, sino también su llamamiento a obtener la lealtad de todos los rusófonos o que eran practicantes en una Iglesia ortodoxa?

La agresión rusa trató de dividir a los ucranianos por motivos lingüísticos, regionales y étnicos. Aunque esa táctica triunfó en algunos lugares, la mayor parte de la sociedad ucraniana se unió en torno a la idea de una nación multilingüe y multicultural unida en términos administrativos y políticos. Esa idea, nacida de las lecciones extraídas de la difícil y, a menudo, trágica historia de

divisiones internas de Ucrania, se basa en una tradición de coexistencia de diferentes lenguas, culturas y religiones a lo largo de los siglos. Los ucranianos supieron leer su convulsa historia de modo que aseguraron su futuro como nación política.

Epílogo

Los significados de la Historia

En la crisis de Ucrania se ha usado y abusado de la historia, no solo para informar e inspirar a sus participantes, sino también para justificar violaciones del derecho internacional, de los derechos humanos y del derecho a la vida. Aunque el conflicto ruso-ucraniano surgió de forma inesperada y tomó por sorpresa a muchos de los implicados, tiene raíces históricas profundas y está repleto de referencias y alusiones al pasado. Dejando a un lado el uso propagandístico de los argumentos históricos, hay al menos tres procesos paralelos que tienen lugar en la actualidad en Ucrania y que hunden sus raíces en el pasado: los intentos de Rusia de restablecer el control político, económico y militar en el antiguo espacio imperial que Moscú conquistó ya a mediados del siglo XVII; la formación de una nueva identidad nacional, algo que concierne tanto a los rusos como a los ucranianos; la lucha por las líneas divisorias históricas y culturales, que permiten a los participantes en el conflicto presentarlo como una contienda entre el Este y Occidente, Europa y el mundo ruso.

El conflicto ruso-ucraniano recordó al mundo la anexión rusa de Crimea en las últimas décadas del siglo XVIII y la creación de una efímera provincia rusa, Novoróssiya (Nueva Rusia), en el sur de Ucrania. Este recuerdo de la expansión imperial rusa en la región no lo sacaron a relucir los observadores externos que tratan de calificar el actual comportamiento ruso de imperial, sino los ideólogos de la guerra híbrida rusa en Ucrania que idearon el proyecto de Novoróssiya. Intentaron construir su ideología sobre la

base histórica de la conquista imperial y el dominio ruso en esas tierras, habitadas primero por los tártaros de Crimea y del Cáucaso y los cosacos zapórogos. Es, sobre todo, innegable en el caso de la imagen de Sebastopol como ciudad de la gloria rusa, un mito histórico establecido durante la Guerra de Crimea de 1853-1856 (que fue un desastre para el Imperio ruso) que atribuye solo a los rusos el heroísmo del ejército imperial multiétnico que defendió la ciudad.

La creación de las «repúblicas populares» de Donetsk y Lugansk, junto con los intentos de proclamar «repúblicas» similares en Odesa y Járkiv —pilares para la construcción de una futura «Novoróssiya»—, también se asienta en la memoria histórica. Esto nos remite a los intentos bolcheviques de mantener el control sobre el sur y el este de Ucrania poco después de la firma del Tratado de Paz de Brest-Litovsk con Alemania (febrero de 1918), en virtud del cual estos territorios fueron cedidos a Ucrania. Los líderes bolcheviques hicieron hincapié en que las repúblicas soviéticas recién creadas (la de Donetsk-Krivói Rog, la de Odesa y la más reciente República Socialista Soviética de Crimea, Táurida) no estaban incluidas en el tratado. Los fundadores de la nueva República de Donetsk en 2014 sostienen que esta entidad político-militar heredó su bandera de la República de Donetsk-Krivói Rog de 1918.

Aunque las referencias al pasado imperial y revolucionario ruso han pasado a formar parte del discurso histórico que justifica la agresión rusa contra Ucrania, sus verdaderas raíces son mucho más cercanas. La rápida e inesperada desintegración de la Unión Soviética, mencionada por Vladímir Putin en su discurso con motivo de la anexión de Crimea, constituye la base histórica inmediata de la crisis. El presidente ruso ha afirmado en repetidas ocasiones que Ucrania es una entidad artificial cuyos territorios orientales fueron supuestamente un regalo de los bolcheviques, como lo fue Crimea tras la Segunda Guerra Mundial. Según este relato, la única formación estatal genuina y, por tanto, legítima, es el imperio, primero el Imperio ruso y luego la Unión Soviética. El Gobierno ruso combate y suprime activamente cualquier tradición

y memoria histórica que socave la legitimidad del imperio, como la conmemoración del Holodomor de 1932-1933 en Ucrania o la deportación de los tártaros de Crimea por parte del Gobierno soviético en 1944. En mayo de 2014 las nuevas autoridades de Crimea prohibieron la conmemoración pública del 70 aniversario de la deportación de los tártaros de Crimea.

Rusia parece seguir hoy los pasos de algunos de sus predecesores imperiales, como Gran Bretaña y Francia, que siguieron alimentando la nostalgia por sus imperios mucho después de haberlos perdido. La caída de la Unión Soviética dejó a las élites rusas desoladas por la pérdida del imperio y del estatus de superpotencia, lo que sustentó las ilusiones de que lo ocurrido fue un simple accidente provocado por la mala voluntad de Occidente o por políticos como Mijaíl Gorbachov o Borís Yeltsin, que se disputaron estúpidamente el poder. Con estas opiniones sobre el fin de la Unión Soviética es difícil resistir la tentación de reescribir y corregir la historia.

El conflicto ruso-ucraniano también ha puesto de manifiesto otra importante cuestión de raíces históricas: el proceso inacabado de construcción de las modernas naciones rusa y ucraniana. La anexión de Crimea por parte de Rusia y la propaganda destinada a justificar la agresión rusa en el Donbás tuvieron lugar bajo el lema de la protección de los derechos de las personas de etnia rusa y de los rusófonos en toda Ucrania. Equiparar el ruso no solo con la cultura rusa, sino también con la nacionalidad rusa es un aspecto importante de la visión del mundo de muchos voluntarios rusos que acudieron al Donbás. Uno de los problemas de esta interpretación de la rusicidad es que, mientras que los rusos son la mayoría étnica en Crimea y hay grandes minorías en partes del Donbás, la mayor parte de la población de la proyectada Novoróssiya está formada por ucranianos étnicos, para quienes la identificación de la nacionalidad con el idioma es más que problemática. Aunque la propaganda rusa y separatista ha atraído a muchos ucranianos étnicos, la mayoría se negaba a identificarse

con Rusia o con la etnia rusa, aunque sigan utilizando la lengua rusa. Esa fue una de las principales razones del fracaso del proyecto Novoróssiya, lo que fue una total sorpresa para sus autores.

La visión de los ucranianos como un componente del pueblo ruso tiene su origen en el mito fundacional de Kíiv como «madre de las ciudades rusas [en lugar de la Rus]». La *Sinopsis* de 1674, el primer «libro de texto» impreso de la historia rusa, compilado por monjes de Kíiv que buscaban la protección de los zares moscovitas, fue el primero en formular y difundir ampliamente el mito de Kíiv como cuna del Estado ruso. Durante la mayor parte del periodo imperial, los ucranianos fueron considerados como pequeñorrusos, una visión que permitía la existencia de una cultura popular y una lengua hablada ucranianas, pero no la de una alta cultura o una literatura moderna. El reconocimiento de los ucranianos como nación independiente tras la Revolución de 1917 puso en tela de juicio esa idea. La agresión de 2014, apoyada por la ideología del «mundo ruso», ofrece a los ucranianos un retroceso a las prácticas soviéticas. La construcción de la nación en la concebida «Novoróssiya» no contempla una etnia ucraniana diferenciada de una nación rusa más amplia. No se trata de un descuido ni de un exceso surgido en el fragor de la batalla. Menos de un año antes de la anexión de Crimea, el propio Vladímir Putin hizo una declaración oficial en la que afirmaba que rusos y ucranianos eran un mismo pueblo. Repitió esa afirmación en un discurso pronunciado el 18 de marzo de 2015, con motivo del primer aniversario de la anexión de Crimea.

Desde el derrumbe de la Unión Soviética, el proyecto de construcción de la nación rusa se ha centrado en la idea de formar una única nación rusa indivisible y de unificar a los eslavos orientales sobre la base de la lengua y la cultura rusas. Ucrania se ha convertido en el primer laboratorio de este modelo fuera de la Federación de Rusia.

El nuevo modelo de identidad rusa, que hace hincapié en la

indivisibilidad de la gran nación rusa estrechamente vinculada a la lengua y la cultura rusas, supuso todo un reto para el proyecto de construcción de la nación ucraniana. Desde principios del siglo XIX, este proyecto situó la lengua y la cultura ucranianas en el centro, pero también permitió el uso de otras lenguas y culturas, como demuestran, por ejemplo, las obras escritas en ruso de Tarás Shevchenko, considerado por muchos como el fundador espiritual de la nación ucraniana. El bilingüismo y el multiculturalismo se convirtieron en la norma en la Ucrania postsoviética, con lo que se amplió la afiliación a la nación ucraniana de personas de distintos orígenes étnicos y religiosos. Esto ha tenido un impacto directo en el curso del conflicto ruso-ucraniano. En contra de las expectativas del Kremlin, la agresión rusa no logró movilizar el apoyo de los rusos étnicos fuera de los territorios directamente controlados por el ejército ruso en Crimea y en las partes del Donbás tomadas por mercenarios rusos e insurgentes apoyados por Rusia.

Según datos del respetado Instituto Internacional de Sociología de Kíiv, de entre los rusos, que constituyen el 17 % de la población de Ucrania, solo el 5 % se identifica como exclusivamente ruso: el resto se considera como ruso y ucraniano. Incluso los que se consideraban exclusivamente rusos se oponían a menudo a la injerencia rusa en los asuntos ucranianos y se negaban a asociarse al régimen de Putin. «Mi patria es Ucrania. Mi lengua materna es el ruso. Y me gustaría que me salvara Pushkin. Y que también él me liberara de la pena y el malestar. Pushkin, no Putin», escribió una rusa de Kíiv en su cuenta de Facebook. La ideología del «mundo ruso», que une el nacionalismo ruso con la ortodoxia rusa y que es promovida por Moscú y los separatistas apoyados por Rusia como alternativa a la opción proeuropea de los manifestantes del Maidán, ha contribuido a reforzar la alianza pro europea ucraniana-judía que se ha desarrollado en Ucrania desde 1991. «Llevo mucho tiempo diciendo que una alianza entre ucranianos y judíos es la clave de nuestro futuro común», publicó un activista pro-Maidán en su cuenta de Facebook.

La historia ha dejado a Ucrania unida en un solo Estado, pero dividida a lo largo de numerosas líneas regionales que se hacen eco

de las fronteras culturales y políticas del pasado. La frontera entre las zonas de bosque-estepa del centro de Ucrania y las estepas meridionales se convirtió en una frontera porosa entre las zonas predominantemente agrícolas del norte y los centros urbanos de las estepas del sur ricas en minerales. La frontera entre la cristiandad occidental y la oriental, tras llegar al río Dniéper en los siglos XVII y XVIII, se replegó a Galitzia y ahora se asemeja a la frontera entre los imperios Habsburgo y Románov antes de la Primera Guerra Mundial. Dentro de los antiguos dominios de los Habsburgo, Galitzia se diferencia de Transcarpacia, que estaba gobernada en gran parte por los húngaros, y de la antigua provincia moldava de Bucovina. Dentro del antiguo Imperio ruso, Volinia, que estuvo bajo dominio polaco durante el periodo de entreguerras, se diferencia de Podolia, que permaneció bajo dominio soviético durante la mayor parte del siglo XX. También existe una diferencia entre las tierras anteriormente gobernadas por Polonia en la margen derecha del Dniéper y las de la margen izquierda, que era el territorio del Hetmanato cosaco, así como entre las tierras cosacas y los territorios colonizados principalmente durante el Imperio ruso, gracias a sus esfuerzos centralizadores, en los siglos XVIII y XIX. Las fronteras de estos territorios también sirven de línea divisoria entre los ucranianos que se sienten más cómodos hablando ucraniano y los que prefieren el ruso en su comunicación diaria.

En realidad, el regionalismo ucraniano es aún más complejo que la descripción anterior. También hay diferencias entre las antiguas tierras cosacas del Hetmanato y de Ucrania Slobodá, mientras que la provincia ucraniana meridional de Mikoláiv difiere significativamente en composición étnica, en el uso de la lengua y en el comportamiento electoral con respecto a Crimea, que no se anexionó a Ucrania hasta 1954. Pero, a pesar de todas estas diferencias, las regiones de Ucrania se mantienen unidas porque todas las fronteras mencionadas que las separaban en el pasado serían casi imposibles de encontrar o restaurar hoy. En la actualidad, se puede ver un mosaico de zonas de transición lingüística, cultural, económica y política que une a las diferentes

regiones y mantiene unido al país. En la práctica, no existe una frontera cultural fácilmente reconocible que separe a Crimea de sus regiones vecinas en el sur de Ucrania, o al Donbás del resto de las regiones orientales. Ninguna de las regiones históricas ha mostrado un deseo firme de separarse de Ucrania y ninguna élite local ha logrado movilizar a la población en apoyo de la secesión. Esta movilización ha tenido lugar en Crimea y el Donbás, pero únicamente como resultado de la anexión o intervención rusa.

La despedida simbólica del pasado soviético —la demolición de más de 500 monumentos a Lenin— se convirtió en una característica de la Revolución de la Dignidad. Entre los combatientes anti-Kíiv en el Donbás había muchos defensores de los viejos valores soviéticos. Sin embargo, los mercenarios y voluntarios rusos llevaron a la región un mensaje global diferente. Al igual que el más famoso de los comandantes rusos, Igor Guirkin, llegaron al Donbás para defender los valores del «mundo ruso» contra la invasión de Occidente.

En ese contexto, veían Ucrania como un campo de batalla entre, por un lado, los decadentes valores occidentales, como la democracia, las libertades individuales, los derechos humanos y en especial los derechos de las minorías sexuales, y los valores tradicionales rusos, por otro. Según esta lógica, la propaganda occidental no hace sino confundir —supuestamente— las mentes de los ucranianos. Los rusos debían transmitirles la verdad.

Esta interpretación del conflicto tiene profundas raíces en la cultura y la tradición intelectual rusas. Aunque es difícil imaginar la historia moderna de Rusia sin la participación rusa en la cultura europea, también es cierto que durante siglos Rusia ha estado aislada de Occidente o enfrentada a los países de Europa Central y Occidental. ¿Qué conjunto de experiencias históricas define mejor la relación de amor-odio de Rusia con Occidente? En el viejo debate intelectual ruso entre occidentalistas y eslavófilos, que comenzó a principios del siglo XIX y que contraponía la visión de Rusia como parte de Europa con la imagen de Rusia como una

civilización distinta con una misión en el mundo, los descendientes de los eslavófilos y los antioccidentales son los que llevan ventaja.

En cuanto a Ucrania, su búsqueda de la independencia siempre ha tenido una orientación europea, lo cual es una consecuencia de su experiencia como país situado en la línea divisoria Este-Oeste entre la ortodoxia y el catolicismo, los imperios centroeuropeo y euroasiático, y las prácticas políticas y sociales que trajeron consigo. Esta ubicación en la frontera de varios espacios culturales contribuyó a convertir Ucrania en una zona de contacto en la que ucranianos de diferentes credos pudieron aprender a convivir. También contribuyó a crear divisiones regionales, que se han explotado por los implicados en el conflicto moderno. Ucrania siempre se ha conocido (y en los últimos tiempos ha sido muy alabada) por la hibridez cultural de su sociedad, pero cuánto tiempo puede una nación soportar esta hibridez y permanecer unida frente a la guerra híbrida es una de las cuestiones importantes que se están abordando ahora en el conflicto entre Rusia y Ucrania.

La revolución proeuropea de Ucrania, que estalló un cuarto de siglo después del final de la Guerra Fría, se inspiró en la toma de posición por Occidente que fue común entre los disidentes de Polonia, Checoslovaquia y otros países de la región. La Revolución de la Dignidad y la guerra provocaron una reorientación geopolítica de la sociedad ucraniana. El porcentaje de quienes tenían una opinión positiva de Rusia cayó del 80 % en enero de 2014 a menos del 50 % en septiembre de ese año. En noviembre de 2014, el 64 % de los encuestados apoyaba la adhesión de Ucrania a la UE (en noviembre de 2013 la cifra era del 39 %). En abril de 2014, solo un tercio de los ucranianos quería que su país entrara en la OTAN; en noviembre de 2014, más de la mitad apoyaba esa opción. No cabe duda de que la experiencia de la guerra no solo ha unido a la mayoría de los ucranianos, sino que también ha hecho que sus simpatías se vuelvan hacia Occidente.

En una gran parte del mundo la conmoción de la guerra, la humillación de la derrota y la herida abierta por los territorios perdidos han servido como potentes herramientas para construir la

solidaridad nacional y forjar una fuerte identidad. Las particiones polacas de la segunda mitad del siglo XVIII borraron al Estado polaco del mapa de Europa, pero sirvieron de punto de partida para la formación del nacionalismo polaco moderno, mientras que la invasión napoleónica de Alemania a principios del siglo XIX desencadenó el desarrollo de las ideas pangermánicas y promovió el nacionalismo alemán moderno. Los recuerdos de la derrota y del territorio perdido alimentaron los sentimientos nacionales de franceses y polacos, serbios y checos. Ucrania, invadida, humillada y arrasada por la guerra, parece seguir ese patrón común.

La anexión de Crimea por parte de Rusia, la guerra híbrida en el Donbás y los intentos de desestabilizar al resto del país crearon una nueva y peligrosa situación no solo en Ucrania, sino en toda Europa. Por primera vez desde el final de la Segunda Guerra Mundial, una gran potencia europea entró en guerra contra un vecino más débil y se anexionó parte del territorio de un Estado independiente. La invasión rusa infringió no solo el tratado ruso-ucraniano de 1997, sino también el Memorando de Budapest de 1994, que garantizaba la seguridad de Ucrania a cambio de que renunciara a las armas nucleares y se adhiriera al Tratado de No Proliferación como Estado no nuclear. La agresión no provocada de Rusia contra Ucrania puso en riesgo los cimientos del orden internacional, una amenaza a la que la Unión Europea y la mayor parte del mundo demostraron no estar preparadas para responder de forma oportuna y eficaz. Sea cual sea el resultado de la actual crisis ucraniana, de su resolución depende no solo el futuro de Ucrania, sino también el de las relaciones entre el Este y el Oeste de Europa —Rusia y la Unión Europea— y, por tanto, el futuro de Europa en su conjunto.

Agradecimientos

Quisiera dar las gracias a Jill Kneerim por haber encontrado una casa excelente para el manuscrito; a Lara Heimert por haber aceptado con entusiasmo el desafío de editar y publicar el libro; a su equipo en Basic Books, en especial a Roger Labrie, por haberlo hecho posible; a Myroslav Yurkevich por editar diferentes versiones del manuscrito; a mi esposa, Olena, por criticar y, finalmente, aprobar el libro; a Volodymyr Kulyk y Roman Procyk por corregir errores evidentes; a mi estudiante de posgrado Megan Duncan Smith, por ser una colaboradora docente magnífica en mi curso «Fronteras de Europa: Ucrania desde 1500», en el que puse a prueba algunas de las ideas expuestas en el libro; a los estudiantes de licenciatura y posgrado de Harvard que siguieron aquel curso en otoño de 2014, por sus preguntas, correos electrónicos, consultas y comentarios en el sitio web de la asignatura; todos ellos están en este libro. Un agradecimiento especial para Vladislav Rashkovan y Dominique Arel por aconsejarme bibliografía sobre los últimos acontecimientos en Ucrania. También le agradezco a Guennadi Yefimenko sus comentarios. Por último, quiero dar las gracias a todas las personas que, a lo largo de mi larga trayectoria como historiador y profesor, me han ayudado a entender de qué debía tratar, y de qué no, este libro. Por supuesto, ellos no tienen la culpa de ningún fallo.

Cronología histórica

HISTORIA MUNDIAL: 45000 A. C. LOS HUMANOS LLEGAN AL SUR DE EUROPA

Cazadores de mamuts neandertales construyen viviendas en Ucrania.	45000-43000 a. C.
Tribus neolíticas, de la cultura Cucuteni-Trípilia, productoras de estatuas de arcilla y cerámica polícroma, consideran las tierras entre el Danubio y el Dniéper su patria.	4500-3000 a. C.
Los humanos que habitan las tierras entre los ríos Danubio y Dniéper domestican el caballo.	Ca. 3500 a. C.

HISTORIA MUNDIAL: 3500 A. C. LOS SUMERIOS SE TRASLADAN A MESOPOTAMIA

El reino de los cimerios, la patria del personaje de ficción Conan el Bárbaro, se establece en las estepas pónticas del sur de Ucrania.	1300-750 a. C.
Los jinetes escitas expulsan a los cimerios.	750-250 a. C.
Surgen colonias comerciales griegas en la costa norte del mar Negro; los griegos imaginan que criaturas míticas como las amazonas habitan las estepas ucranianas.	750-500 a. C.

HISTORIA MUNDIAL: 753 A. C. FUNDACIÓN LEGENDARIA DE ROMA

Darío el Grande de Persia marcha sobre las estepas pónticas en un vano intento de derrotar al ejército escita. — 512 a. C.

Vida y época de Heródoto, que describió Escitia y clasificó a su población en diferentes estratos, incluidos los escitas reales y los escitas agrícolas, la población establecida en la zona fronteriza de bosque-estepa. — Ca. 485-425 a. C.

Los sármatas arrebatan a los escitas el control de las estepas. — 250 a. C.-250 d. C.

Los romanos establecen su presencia en las colonias griegas; Estrabón identifica el río Don como la frontera oriental de Europa y deja los territorios de la actual Ucrania en el lado europeo de la división euroasiática. — 1.ª-10.ª d. C.

HISTORIA MUNDIAL: CA. 30. JESÚS ENTRA EN JERUSALÉN

Los godos derrotan a los sármatas y controlan las tierras ucranianas. — 250-375

Periodo de migraciones: hunos, ávaros y búlgaros avanzan por las estepas pónticas. — 375-650

El historiador Jordanes localiza a las tribus eslavas de los esclavenos y los antes entre el Danubio y el Dniéper; a principios de siglo, los antes iniciaron sus ataques contra el Imperio bizantino. — Ca. 551

El Kanato jázaro cobra tributos a las tribus eslavas de Ucrania. — 650-900

HISTORIA MUNDIAL: 800. CORONACIÓN DE CARLOMAGNO COMO «EMPERADOR DE LOS ROMANOS»

Primera mención de los vikingos de la Rus en fuentes occidentales.	838
Primer ataque de la Rus a Constantinopla desde la orilla norte del mar Negro.	860
El emperador bizantino Constantino vii Porfirogeneta describe las relaciones comerciales con la Rus y la ruta Dniéper-mar Negro, utilizada tanto para el comercio como para la guerra.	950
El emperador Juan i Tzimisces se reúne con el príncipe Sviatoslav de Kíiv en el Danubio para negociar un armisticio entre Bizancio y la Rus.	971
El príncipe Volodímir de Kíiv toma la fortaleza bizantina de Quersoneso, en Crimea; se casa con la hermana del emperador Basilio ii de Bizancio, Ana, y acepta el cristianismo para sí mismo y los habitantes de su reino.	987-989
El príncipe Yaroslav el Sabio finaliza la construcción de la catedral de Santa Sofía, sede de los metropolitanos de la Rus y de la primera biblioteca de la Rus.	1037

Historia mundial: 1054. División de la Iglesia cristiana entre Roma y Constantinopla

La muerte del príncipe Yaroslav el Sabio, apodado por los historiadores el «suegro de Europa», debido a los enlaces matrimoniales de sus hijas con miembros de dinastías gobernantes europeas, simboliza el inicio de la desintegración de la Rus de Kíiv.	1054
El príncipe Volodímir II Monómaco restablece temporalmente la unidad de la Rus de Kíiv y promueve la redacción de la *Primera crónica eslava*, la principal crónica de la historia de la Ucrania medieval.	1113-1125
Un cronista de Kíiv utiliza por primera vez la palabra «Ucrania» para describir las tierras fronterizas de la	1187-1189

estepa desde Pereiáslav, en el este, hasta Galitzia, en el oeste.

HISTORIA MUNDIAL: 1215. EL REY JUAN DE INGLATERRA PROMULGA LA CARTA MAGNA

1238-1264 El príncipe Danilo I de Galitzia-Volinia, que recibe la corona por el Papa, instaura el control sobre la mayoría de las tierras ucranianas, defendiéndolas de la Horda de Oro al este y de los reinos polaco y húngaro al oeste; funda la ciudad de Lviv.

1240 Kíiv es tomada por los ejércitos mongoles y el territorio de Ucrania queda dentro de la esfera de influencia de la Horda de Oro.

1241-1261 Transcarpacia cae bajo el control de los reyes húngaros.

1299-1325 El metropolitano de la Rus traslada su sede de Kiev, arrasada por los mongoles, a Vladímir, en el río Kliazma, y luego a Moscú; se establece un metropolitanato separado en Galitzia.

1340-1392 El otrora poderoso principado de Galitzia-Volinia se divide: Galitzia vuelve a caer en manos de Polonia, y Volinia junto con la región del Dniéper, en manos de los príncipes lituanos.

HISTORIA MUNDIAL: 1347. LA PESTE NEGRA ASOLA EUROPA

1362 Los ejércitos lituano y ruso desafían el dominio de los kanes de la Horda de Oro en las estepas ucranianas con la batalla de Sini Vodi (Aguas Azules); la mayoría de las tierras ucranianas pasan a formar parte del Gran Ducado de Lituania.

1386 El príncipe lituano Jogaila se casa con la reina Eduviges (Jadwiga) de Polonia, con lo que se inicia la conversión de las élites lituanas al catolicismo y la unificación gradual del Reino de Polonia y el Gran Ducado de Lituania.

1430-1434 Las élites rus (ucranianas y bielorrusas) del Gran Ducado de Lituania se rebelan contra las políticas discriminatorias de los gobernantes católicos del Gran Ducado de Lituania.

1449-1478 El Kanato de Crimea se independiza de la Horda de Oro, pero cae bajo el control del Imperio otomano.

1492 Primera referencia a cosacos ucranianos en las fuentes históricas.

1514 El príncipe Kostiantín Ostrozki derrota al ejército moscovita en la batalla de Orsha, en una contienda entre Lituania y Moscovia por las antiguas tierras de la Rus de Kíiv.

HISTORIA MUNDIAL: 1517. MARTÍN LUTERO PUBLICA SUS NOVENTA Y CINCO TESIS

1569 La Unión de Lublin entre el Reino de Polonia y el Gran Ducado de Lituania crea la Mancomunidad de Polonia-Lituania, en la que Polonia obtiene el control sobre Ucrania, y Lituania conserva su dominio sobre Bielorrusia, creando así la primera frontera administrativa entre las dos tierras eslavas orientales.

1581 Se publica en Ostrig la primera traducción completa de la Biblia al eslavo eclesiástico.

1590-1638 La era de los levantamientos cosacos convierte a los cosacos en una fuerza militar formidable con un estatus social independiente.

1596 La Unión de Brest pone parte del metropolitanato

ortodoxo de Kíiv bajo la jurisdicción de Roma, con lo que se separa a los uniatas (más tarde greco-católicos) y a los ortodoxos hasta la actualidad.

1632-1646 El metropolitano de Kíiv Pedro Moguila funda el Colegio de Kíiv (futura Academia Moguila de Kíiv), reforma su Iglesia siguiendo el modelo de la reforma católica y dirige el proceso de redacción de la *Confesión de la fe ortodoxa*.

1639 El ingeniero y cartógrafo francés Guillaume Levasseur de Beauplan elabora el primer mapa de Ucrania, que refleja la reciente colonización de las tierras fronterizas de la estepa.

HISTORIA MUNDIAL: 1648. LA PAZ DE WESTFALIA ESTABLECE UN NUEVO ORDEN MUNDIAL

1648 El otamán cosaco Bogdán Jmelnitski impulsa un levantamiento contra la Mancomunidad de Polonia-Lituania, que conduce a la expulsión de los terratenientes polacos, a la masacre de judíos y a la creación de un Estado cosaco conocido como Hetmanato.

1654 Los líderes cosacos reconocen la soberanía del zar de Moscú, lo que conduce a una larga confrontación entre Moscú y Varsovia por el control de Ucrania.

1667 El Tratado de Andrúsovo divide Ucrania a lo largo del Dniéper entre Moscovia y Polonia, lo que provoca una rebelión contra ambas potencias dirigida por Petró Doroshenko.

1672-1699 Dominio otomano sobre la margen derecha de Ucrania.

1674 Los monjes del Monasterio de las Cuevas de Kíiv publican *Sinopsis*, un texto histórico que describe a Kíiv como centro histórico de la monarquía y la nación rusas,

y que defiende la unidad religiosa, dinástica y étnica de los eslavos orientales frente a las amenazas de Polonia y el Imperio otomano.

1685 El metropolitanato de Kíiv es transferido de la jurisdicción del patriarca de Constantinopla a la del patriarca de Moscú.

1708 El hetman Iván Mazepa, molesto por la usurpación de los derechos de los cosacos por parte de Rusia, se rebela contra Pedro I y apoya al ejército del rey sueco Carlos XII.

1709 La batalla de Poltava se salda con la victoria del ejército ruso, lo que conduce a la abolición del cargo de hetman y al consiguiente recorte de la autonomía del Hetmanato.

Historia mundial: 1721. El Tratado de Nystad convierte a Rusia en una potencia europea

1727-1734 Restauración temporal del cargo de hetman bajo Danilo Apostol.

1740 El rabino Israel ben Eliezer, más conocido como Baal Shem Tov, reúne a sus discípulos y seguidores en la ciudad de Medzhibizh, en Podolia, y comienza a predicar el jasidismo.

1764-1780 Liquidación del Hetmanato durante las reformas centralizadoras de la emperatriz Catalina ii de Rusia.

1768 A la Confederación de Bar (asociación de nobles polacos) y al levantamiento de los campesinos jaidamakas les siguen masacres de uniatas y judíos en la margen derecha de Ucrania.

1775 Liquidación del Sich de Zaporiyia en el curso inferior del Dniéper tras la Guerra ruso-turca de 1768-1774, sale victorioso el Imperio ruso.

HISTORIA MUNDIAL: 1789. INICIO DE LA REVOLUCIÓN FRANCESA

1772-1795 Las particiones de Polonia sitúan Galitzia bajo el control de los Habsburgo y la margen derecha de Ucrania y Volinia bajo el control del Imperio ruso.

1791 Catalina II establece la Zona de Asentamiento y prohíbe a los antiguos judíos polacos y lituanos reasentarse en el centro de Rusia; Ucrania pasa a formar parte de esa zona.

1792 El Imperio ruso gana una nueva guerra contra los otomanos y consolida el control sobre el sur de Ucrania.

1798 Publicación de la primera parte del poema *Eneida* del noble de Poltava Iván Kotliarevski. Inicio de la literatura ucraniana moderna.

1812 Los cosacos ucranianos luchan contra Napoleón en el ejército imperial ruso.

1818 Se publica la primera gramática de la lengua ucraniana.

1819 Odesa se convierte en un puerto libre, y atrae nuevos negocios y a colonos.

1830 El levantamiento polaco deriva en un enfrentamiento entre los terratenientes polacos y el Gobierno ruso por la lealtad del campesinado ucraniano.

1834 El zar Nicolás i funda la Universidad de Kíiv; comienzan los esfuerzos para convertir a Kíiv en un bastión de la identidad imperial rusa.

1840 Tarás Shevchenko, poeta, artista y, según muchos, padre espiritual de la nación ucraniana, publica *Kobzar*.

1847 Mikola Kostomárov redacta el primer programa político del naciente movimiento ucraniano: *Los libros de la génesis del pueblo ucraniano*, en el que pide la creación de una federación eslava con su centro en Ucrania.

HISTORIA MUNDIAL: REVOLUCIONES DE 1848

1848 La Primavera de las Naciones zarandea al Imperio de los Habsburgo, lo que provoca la movilización de los movimientos nacionales polaco y ucraniano; los ucranianos se unen en torno a la Rada Suprema de Rutenia; las autoridades imperiales deciden liberar a los siervos.

1850 Comienza la producción de petróleo en Galitzia, con lo que Drogóbich se convierte en una de las regiones petrolíferas más productivas del mundo.

1854 Tropas británicas, francesas y otomanas desembarcan en Crimea para sitiar Sebastopol y construir el primer ferrocarril en Ucrania desde Balaklava hasta Sebastopol; Rusia pierde la Guerra de Crimea y su flota del mar Negro.

HISTORIA MUNDIAL: 1861. INICIO DE LA GUERRA CIVIL ESTADOUNIDENSE

1861 La emancipación de los siervos en el Imperio ruso y las reformas liberales de Alejandro II transforman el panorama económico, social y cultural de Ucrania.

1863 El ministro ruso del Interior, Piotr Valúiev, preocupado por un nuevo levantamiento polaco y por la posibilidad de que se produzca una escisión dentro de la «nacionalidad panrusa», introduce la prohibición de las publicaciones en ucraniano.

1870 El empresario galés John James Hughes llega al sur de Ucrania para establecer fábricas metalúrgicas, lo que inaugura la migración de mano de obra rusa a Ucrania.

1876 El Ucase de Ems, un edicto del emperador Alejandro ii, impone nuevas restricciones al uso de la lengua ucraniana; Mijailo Dragománov, un joven profesor de historia de la Universidad de Kíiv, emigra a Suiza, donde sienta las bases ideológicas del liberalismo y el socialismo ucranianos.

1890 El hambre de tierras provoca una ola de emigración del campesinado ucraniano de Austria-Hungría a Estados Unidos y Canadá, y de la Ucrania gobernada por Rusia al Cáucaso Norte y al Extremo Oriente ruso.

1900 Mikola Mijnovski, abogado de Járkiv, formula la idea de la independencia política de Ucrania; ideas similares se expresan en Galitzia.

1905 La revolución en el Imperio ruso pone fin a las prohibiciones del uso de la lengua ucraniana y legaliza la formación de partidos políticos; la agitación revolucionaria provoca un aumento del nacionalismo ruso y de los pogromos judíos; Sholem Aleijem abandona Kíiv para emigrar a Nueva York.

Historia mundial: 1914. Estallido de la Primera Guerra Mundial

1914 El inicio de la Primera Guerra Mundial convierte a Ucrania en un campo de batalla entre el Imperio ruso, el austrohúngaro y Alemania.

1917 La caída de la monarquía rusa allana el camino para la creación de un Estado ucraniano, dirigido por la Rada Central, el parlamento revolucionario de Ucrania.

1918-1920 Los gobiernos ucranianos de las partes rusa y austriaca de Ucrania declaran su independencia, pero la pierden en una guerra contra sus vecinos más fuertes, la Rusia bolchevique y la recién creada República Polaca.

Nacionalcomunismo en la Ucrania soviética. Década de 1920

Las tierras ucranianas están divididas entre la Rusia soviética, Polonia, Rumanía y Checoslovaquia. 1921-1928

El Gobierno bolchevique introduce la industrialización generalizada, la colectivización y una revolución cultural, políticas que tienen como objetivo la transformación comunista de la economía y la sociedad. 1927-1929

Historia mundial: 1929. El Viernes Negro en Estados Unidos desencadena la Gran Depresión

La política estatal en Ucrania mata a cuatro millones de personas mediante una hambruna artificial, ahora conocida como Holodomor. 1932-1933

Miembros de la Organización de Nacionalistas Ucranianos asesinan al ministro del Interior polaco, Bronisław Pieracki, lo que indica el creciente descontento de la sociedad ucraniana con la dominación polaca y el aumento del nacionalismo radical. 1934

Las purgas estalinistas en la Unión Soviética, especialmente en Ucrania, que enviaron a millones de personas al Gulag y condenaron a muerte a cientos de miles, alcanzan su punto álgido. 1937

Historia mundial: 1939. Inicio de la Segunda Guerra Mundial

El Pacto Mólotov-Ribbentrop conduce a la ocupación soviética de la antigua Galitzia y Volinia polacas y de la Bucovina rumana. La Transcarpacia checoslovaca, donde los activistas ucranianos declararon brevemente su 1939

independencia, cae en manos de Hungría.

1941 La invasión nazi de la Unión Soviética provoca la ocupación alemana y rumana de Ucrania, que la convierte en uno de los principales lugares de exterminio masivo de judíos durante el Holocausto y se cobra la vida de millones de ucranianos de diferentes nacionalidades.

1943 Los soviéticos regresan a Ucrania, lo que supone la vuelta del régimen comunista y el inicio de una larga guerra entre las fuerzas de seguridad soviéticas y la resistencia nacionalista ucraniana en el oeste del país.

1944 Los tártaros de Crimea son deportados de Crimea a Asia Central tras ser acusados de colaborar con los alemanes.

1945 La Conferencia de Yalta asegura el reconocimiento internacional de la nueva frontera polaco-ucraniana, que deja Lviv en el bando ucraniano y permite el ingreso de Ucrania en las Naciones Unidas; ese mismo año, Transcarpacia se une a la Ucrania soviética bajo la presión de Moscú, que obliga a Praga a reconocer la anexión.

1946 Liquidación por la fuerza de la Iglesia greco-católica ucraniana, cuyos dirigentes son acusados de apoyar la política anticomunista del Vaticano y de mantener vínculos con la resistencia nacionalista.

HISTORIA MUNDIAL: 1948. INICIO DE LA GUERRA FRÍA

1953 La muerte de Stalin pone fin a la campaña antisemita y a la persecución de los trabajadores culturales ucranianos por sus supuestas tendencias nacionalistas.

1954 Nikita Jrushchov organiza la transferencia de Crimea de Rusia a Ucrania para ayudar a reconstruir la economía de la península, que dependía de los suministros de la

Ucrania continental.

1956 Comienzo de la desestalinización y de la transformación de la élite del partido ucraniano en socio menor de los dirigentes rusos en la dirección de la Unión Soviética.

1964 La destitución de Nikita Jrushchov pone fin a las concesiones ideológicas y culturales del régimen y se inicia un retorno parcial a las normas políticas del estalinismo tardío.

Década de 1970 Se instaura un periodo de estancamiento, caracterizado por la ralentización del crecimiento económico y la profundización de los problemas sociales.

1975-1981 El Acta Final de Helsinki empuja a los disidentes ucranianos a iniciar un movimiento en defensa de los derechos humano; el KGB detiene y encarcela a los miembros del Grupo Ucraniano de Helsinki.

1985 Mijaíl Gorbachov llega al poder y pone en marcha reformas destinadas a mejorar el sistema político y económico soviético.

1986 El accidente de la central nuclear de Chernóbil plantea la responsabilidad del Gobierno central en la catástrofe ecológica y lleva a la creación del Partido Verde, el primer partido político de masas de Ucrania.

1990 Las primeras elecciones competitivas a la Rada (parlamento ucraniano) conducen a la formación de la oposición parlamentaria y a la adopción de la Declaración sobre la Soberanía de la República, que aún forma parte de la URSS.

HISTORIA MUNDIAL: 1991. CAÍDA DE LA UNIÓN SOVIÉTICA

1991 Tras un golpe de Estado fallido en Moscú, Ucrania declara su independencia y lidera el movimiento de secesión de las repúblicas de la Unión. El referéndum

ucraniano en apoyo de la independencia del 1 de diciembre de 1991 asesta un golpe mortal a la URSS.

1994 Garantías rusas, estadounidenses y británicas con respecto a la soberanía y la integridad territorial de Ucrania, a condición de que Ucrania transfiera a Rusia sus cabezas nucleares heredadas de la Unión Soviética.

1996 La nueva Constitución divide el poder entre la presidencia y el parlamento, y se convierte a este último en un actor importante en la política ucraniana.

1997 Rusia y Ucrania firman un tratado fronterizo por el que se reconoce la soberanía ucraniana sobre Crimea y un alquiler a Rusia por la base naval de Sebastopol.

2004 La Revolución Naranja, desatada por una amplia oposición a la corrupción del Gobierno y a la injerencia rusa en la política electoral, lleva al poder a un presidente prooccidental y de mentalidad reformista, Víktor Yúshenko.

2008-2009 Ucrania declara su deseo de ingresar en la Unión Europea, solicita la incorporación al Plan de Acción para la Adhesión a la OTAN y se une al Programa de Asociación Oriental de la UE.

2013 Rusia inicia una guerra comercial con Ucrania, lo que obliga al Gobierno del presidente Víktor Yanukóvich a renunciar a la firma de un acuerdo de asociación con la Unión Europea, lo que desencadenará protestas masivas que se conocen como el Euromaidán y la Revolución de la Dignidad.

2014 Los disparos de las tropas gubernamentales contra los manifestantes provocan una crisis de gobierno y la huida del presidente Yanukóvich de Kíiv. Rusia lanza una guerra híbrida contra Ucrania, apoderándose de la península de Crimea y enviando tropas y equipos al Donbás.

2015 El conflicto ruso-ucraniano crea la crisis más grave en las relaciones Este-Oeste desde el final de la Guerra Fría.

Quién es quién en la historia de Ucrania

Príncipes de Kíiv (hasta 1054)

Helgi (Oleg, Oleh) (? *ca.* 912)
Ingvar (Ihor, Igor) (? *ca.* 945)
Olga (Helga) (*ca.* 945-962)
Sviatoslav (962-972)
Yaropolk (972-980)
Volodímir (en ruso: Vladímir) el Grande (980-1015)
Sviatopolk el Maldito (1015-1019)
Yaroslav el Sabio (1019-1054)

Gobernantes de Galitzia-Volinia (1199-1340)

Román el Grande (1199-1205)
Danilo de Gálich (1205-1264)
Lev (1264-1301)
Yuri (1301-1308)
Andrí y Lev (1308-1325)
Bolesław-Yuri (1325-1340)

Líderes religiosos y culturales (1580-1648)

Iván Fedorov (*ca.* 1525-1583), impresor de la Biblia de Ostrig (1581)
Príncipe Kostiantín (Vasil) Ostrozki (1526-1608), magnate de Volinia y promotor de la reforma ortodoxa
Ipati Poti (1541-1613), fundador y metropolitano de la Iglesia uniata
Meleti Smotritski (*ca.* 1577-1633), polemista religioso y autor de la

primera gramática del eslavo eclesiástico
Petró Konashévich-Sagaidachni (*ca.* 1582-1622), hetman cosaco y partidario de la Iglesia ortodoxa
Pedro Moguila (1596-1647), reformador ortodoxo y metropolitano de Kíiv (1632-1646)

Hetmans cosacos (1648-1764)

Bogdán Jmelnitski (1648-1657)
Iván Vigovski (1657-1659)
Yuri Jmelnitski (1659-1663)
Pavló Teteria (1663-1665)
Iván Briujovetski (1663-1668)
Petró Doroshenko (1665-1676)
Demián Mnogogrishni (1668-1672)
Iván Samóilovich (1672-1687)
Iván Mazepa (1687-1709)
Iván Skoropadski (1708-1721)
Danilo Apostol (1727-1734)
Kirilo Rozumovski (Kirill Razumovski) (1750-1764)

Figuras de las artes y las letras (1648-1795)

Inokenti Guizel (*ca.* 1600-1683), archimandrita del Monasterio de las Cuevas de Kíiv (1656-1683) y editor de *Sinopsis* (1674)
Nathan Hannover (¿?-1663), talmudista, cabalista y autor de *Abismo de desesperación* (1653)
Samiilo Velichko (1670-1728), oficial cosaco e historiador
Teofán Prokopovich (1681-1736), rector del Colegio de Kíiv y consejero del zar Pedro I de Rusia
Rabino Baal Shem Tov (¿?-1760), fundador del jasidismo
Grigori Skovoroda (1722-1794), filósofo, poeta y compositor
Oleksandr Bezborodko (1747-1799), oficial cosaco, canciller del Imperio ruso e historiador del Hetmanato

Personalidades del «Despertar» nacional (1798-1849)

Iván Kotliarevski (1769-1838), autor de *Eneida*

Oleksandr Dujnovich (Aleksandr Dujnovich) (1803-1865), sacerdote, poeta y educador de Transcarpacia

Tadeusz Czacki (1765-1813), fundador del Liceo de Kremenets (1805)

Markian Shashkevich (1811-1843), poeta y editor del almanaque *La sirena del Dniester* (1837)

Nikolái Gógol (Mykola Hohol) (1809-1852), novelista y promotor de la historia y la cultura ucranianas

Tarás Shevchenko (1814-1861), artista, poeta y escritor, considerado a menudo como el padre de la nación ucraniana

Yakiv Golovatski (1814-1888), historiador, etnógrafo, editor de *La sirena del Dniester* (1837) y líder del movimiento rusófilo

Mikola Kostomárov (1817-1885), historiador, activista político y autor del primer programa político del movimiento ucraniano

Administradores y empresarios (1800-1900)

Armand Emmanuel, duque de Richelieu (1766-1822), monárquico francés y gobernador de Odesa (1803-1814), a menudo considerado su verdadero fundador

Nikolái Repnin-Volkonski (1778-1845), comandante militar ruso y gobernador de la Pequeña Rusia (1816-1834), donde contribuyó a mejorar las condiciones de vida de los siervos y se opuso a la erosión de los derechos de los cosacos

Franz Stadion (1806-1853), estadista austriaco y gobernador de Galitzia (1847-1848), liberador de siervos e impulsador de la movilización política ucraniana

John James Hughes (1814-1889), empresario galés, fundador de la ciudad de Yuzivka (actual Donetsk) e iniciador del desarrollo de la región industrial de la cuenca del Donets

Platón Simirenko (1821-1863), empresario y benefactor que financió una edición de *Kobzar* de Tarás Shevchenko

Lazar Brodski (1848-1904), empresario y filántropo que financió la

construcción de la mayor sinagoga de Kíiv

Stanisław Szczepanowski (1846-1900), empresario, político y autor de *Miseria de Galitzia* (1888), que contribuyó al desarrollo de la industria petrolera de Galitzia con la introducción de las perforadoras de vapor

Activistas políticos y culturales (1849-1917)

Mijailo Yuzefovich (1802-1889), educador y al principio partidario del movimiento ucranófilo y que acabó por convertirse en el iniciador de la prohibición del ucraniano, introducida por el Ucase de Ems (1876)

Mijailo Dragomanov (1841-1895), historiador, activista político y pensador, y fundador del socialismo ucraniano

Ismail Gasprinski (Ismail Gaspirali) (1851-1914), educador, activista político, figura principal del renacimiento nacional tártaro de Crimea

Iván Frankó (1856-1916), poeta, escritor, periodista y fundador del movimiento socialista en Galitzia

Mikola Mijnovski (1873-1924), abogado, activista político y uno de los primeros promotores de la idea de la independencia de Ucrania

Escritores y artistas (1849-1917)

Yuri Fedkovich (1834-1888), poeta y folclorista conocido por sus relatos de la vida de Bucovina

Leopold Ritter von Sacher-Masoch (1836-1895), periodista, escritor y autor de historias románticas sobre Galitzia

Mikola Lisenko (1842-1912), compositor y fundador de la escuela nacional ucraniana de música

Iliá Repin (1844-1930), pintor realista conocido sobre todo por su cuadro épico *Respuesta de los cosacos zapórogos* (1891)

Sholem Aleijem (Salomón Rabínovich) (1859-1916), destacado escritor en yidis conocido por sus historias sobre Tevie el

lechero, que sirvieron de base para el musical *El violinista en el tejado.*

Olga Kobilianska (1863-1942), escritora modernista y primera feminista

Georgui Narbut (1886-1920), artista gráfico, fundador de la Academia Ucraniana de Bellas Artes (1917) y diseñador del escudo de Ucrania (1918)

Figuras de la revolución ucraniana (1917-1921)

Yevguén Petrushevich (1863-1940), abogado, activista político y jefe de la República Popular de Ucrania Occidental (1918-1919)

Mijailo Jrushevski (1866-1934), destacado historiador y presidente de la Rada Central, el parlamento revolucionario ucraniano (1917-1918)

Pavló Skoropadski (1873-1945), descendiente de una destacada familia cosaca, oficial imperial y hetman de Ucrania en 1918

Simon Petliura (1879-1926), periodista, activista político, secretario de asuntos militares de la Rada Central y jefe del Directorio de la República Popular Ucraniana

Volodímir Vinnichenko (1880-1951), escritor y jefe de gobiernos ucranianos de 1917 a 1919

Néstor Majnó (1888-1934), revolucionario anarquista y comandante de un ejército campesino en el sur de Ucrania (1918-1921)

Isaak Bábel (1894-1940), periodista, escritor y autor de *El ejército de caballería* (1926)

Yuri Kotsiubinski (1896-1937), hijo del escritor ucraniano Mijailo Kotsiubinski, bolchevique y comandante del Ejército Rojo en Ucrania en 1918

Figuras del Renacimiento Cultural (1921-1933)

Mikola Skripnik (1872-1933), funcionario comunista y promotor de la ucranización que se suicidó tras la Gran Hambruna

Pavló Tichina (1891-1967), destacado poeta cuya obra evolucionó del simbolismo al realismo socialista

Mikola Jviliovi (Nikolái Fitilev) (1893-1933), destacado escritor comunista y fundador de la literatura proletaria ucraniana que se suicidó tras la Gran Hambruna

Oleksandr Dovzhenko (1894-1956), guionista, director y pionero del montaje cinematográfico soviético

Dziga Vértov (David Kaufman) (1896-1954), pionero del cine documental cuyas mejores obras, como *El hombre de la cámara* (1929), se produjeron en Ucrania

Héroes y villanos de la Segunda Guerra Mundial (1939-1945)

Metropolitano Andréi Sheptitski (Aleksander Maria Szeptycki) (1865-1944), jefe de la Iglesia greco-católica ucraniana (1901-1944) y figura destacada de la sociedad de Galitzia

Sidir Kovpak (1887-1967), comandante partisano soviético

Mijailo Kirponos (1892-1941), general del Ejército Rojo y comandante de la defensa de Kíiv en 1941

Erich Koch (1896-1986), *Gauleiter* nazi de Prusia Oriental (1928-1945) y *Reichskommissar* de Ucrania (1941-1943)

Nikolái Vatutin (1901-1944), general y comandante del Primer Frente Ucraniano del Ejército Rojo

Otto von Wächter (1901-1949), gobernador nazi del distrito de Galitzia

Román Shujévich (1907-1950), líder de la Organización de Nacionalistas Ucranianos y comandante en jefe del Ejército Insurgente Ucraniano (1943-1950)

Stepán Bandera (1909-1959), líder de la Organización de Nacionalistas Ucranianos y de sus secciones en Europa Occidental y América del Norte (1933-1959)

Líderes comunistas de Ucrania (1938-1990)

Nikita Jrushchov (1938-1949)

Lazar Kaganóvich (1925-1928, 1947)
Leonid Mélnikov (1949-1953)
Oleksi Kirichenko (1953-1957)
Mikola Pidgorni (1957-1963)
Petró Shélest (1963-1972)
Volodímir Scherbitski (1972-1989)
Volodímir Ivashko (1989-1990)

Líderes del movimiento disidente (décadas de 1960 a 1980)

Levkó Lukianenko (1928-2018), abogado y activista político que pasó más de veinticinco años en prisión y en el exilio interno, autor de la Declaración de Independencia de Ucrania (1991)

Georgui Vins (1928-1998), pastor baptista y activista religioso detenido y condenado en dos ocasiones por los tribunales soviéticos, antes de ser expulsado de la URSS en 1979

Viacheslav Chornóvil (1937-1999), periodista, cronista de la disidencia ucraniana en la década de 1960, y preso en cárceles y campos de concentración soviéticos

Mustafa Djemilev (1943), líder del movimiento nacional tártaro de Crimea; fue detenido seis veces y pasó varios años en campos de trabajo soviéticos y en el exilio en el extranjero

Semión Gluzman (nacido en 1946), psiquiatra y activista de los derechos humanos condenado a siete años de prisión por denunciar el uso soviético de la psiquiatría contra los disidentes políticos.

Presidentes de Ucrania (1991-2015)

Leonid Kravchuk (1991-1994)
Leonid Kuchma (1994-2005)
Víktor Yúschenko (2005-2010)
Víktor Yanukóvich (2010-2014)
Petró Poroshenko (2014-2019)
Volodímir Zelenski (2019-)

Glosario

***Chaika*:** barco largo cosaco.

Directorio: gobierno revolucionario de Ucrania (1919-1920).

***Dumas*:** canciones folclóricas ucranianas.

***Gaidamaki*:** «salteadores»; participantes en las insurrecciones populares en la margen derecha de Ucrania en el siglo XVII.

Gubernia: provincia del Imperio ruso.

Hetman: comandante cosaco (del alemán *Hauptmann*).

Hetmanato: Estado cosaco (1649-1764 y 1918).

***Kurgani*:** túmulos.

Kurkul (ruso: *kulak*): término soviético que designaba a un campesino propietario en las décadas de 1920 y 1930.

Maidán: plaza; modo abreviado para referirse a la Plaza de la Independencia en el centro de la ciudad de Kíiv y a los acontecimientos revolucionarios que tuvieron lugar allí en 2004, 2013 y 2014.

Óblast: provincia de la Ucrania soviética o postsoviética.

Otamán: líder cosaco.

Rada Central: Consejo Central; parlamento revolucionario ucraniano (1917- 1918).

***Raskólniki*:** miembros de la iglesia de los Viejos Creyentes.

***Samvidav*:** literatura disidente autopublicada en la Ucrania soviética.

***Voevoda*:** comandante militar de Moscú y de la Rus.

***Yarlik*:** decreto, derecho condicional para gobernar un principado, emitido por un kan mongol.

Zapórogos: cosacos que establecieron su sede más allá de los rápidos del Dniéper en el siglo XVI.

Bibliografía complementaria

Introducción

Doroshenko, Dmytro, *A Survey of Ukrainian History*, con introducción de O. Gerus (ed. y ampl.), Winnipeg, 1975.

Hrushevsky, Mykhailo, *A History of the Ukraine*, New Haven, CT, 1940; Hamden, CT, 1970.

—, *History of Ukraine-Rus'*, vols. 1, 6-10, Edmonton y Toronto, 1997-2014.

Katchanovski, Ivan, *et al.*, *Historical Dictionary of Ukraine*, 2.ª ed., Lanham, MD, 2013.

Kubicek, Paul, *The History of Ukraine*, Westport, CT, 2008.

Magocsi, Paul Robert, *A History of Ukraine*, 2.ª ed., Toronto, 2010.

—, *Ukraine: An Illustrated History*, Toronto, 2007.

Reid, Anna, *Borderland: A Journey Through the History of Ukraine*, Londres, 1997.

Subtelny, Orest, *Ukraine: A History*, 4.ª ed., Toronto, 2009.

Szporluk, Roman, *Ukraine: A Brief History*, 2.ª ed., Detroit, MI, 1982.

Wilson, Andrew, *The Ukrainians: Unexpected Nation*, 3.ª ed., New Haven, CT, 2009.

Yekelchyk, Serhy, *Ukraine: Birth of a Modern Nation*, Nueva York, 2007.

Parte I. En la frontera póntica

Barford, Paul M., *The Early Slavs: Culture and Society in Early Medieval Eastern Europe*, Ithaca, NY, 2001.

Braund, David (ed.), *Scythians and Greeks: Cultural Interactions in*

Scythia, Athens and the Early Roman Empire, Exeter, UK, 2005.
DIMNIK, Martin, *Mikhail, Prince of Chernigov and Grand Prince of Kiev, 1224-1246*, Toronto, 1981.
—, *The Dynasty of Chernigov, 1146-1246*, Cambridge, 2003.
FRANKLIN, Simon y SHEPARD, Jonathan, *The Emergence of Rus', 750-1200*, Londres, 1996.
KEENAN, Edward L., *Josef Dobrovsky and the Origins of the Igor' Tale*, Cambridge, MA, 2003.
KORPELA, Jukka, *Prince, Saint and Apostle: Prince Vladimir Svjatoslavic of Kiev*, Wiesbaden, 2001.
PRITSAK, Omeljan, *The Origin of Rus*', vol. 1, Cambridge, MA, 1981.
RAFFENSPERGER, Christian, *Reimagining Europe: Kievan Rus' in the Medieval World*, Cambridge, MA, 2012.
ROLLE, Renate, *The World of the Scythians*, Londres, 1989.

PARTE II. EL ESTE SE ENCUENTRA CON EL OESTE

CHARIPOVA, Ludmilla, *Latin Books and the Eastern Orthodox Clerical Elite in Kiev, 1632-1780*, Manchester, UK, 2006.
DAVIES, Brian L., *Warfare, State and Society on the Black Sea Steppe, 1500-1700*, Londres y Nueva York, 2007.
GORDON, Linda, *Cossack Rebellions: Social Turmoil in the Sixteenth-Century Ukraine*, Albany, NY, 1983.
GUDZIAK, Borys A., *Crisis and Reform: The Kyivan Metropolitanate, the Patriarch of Constantinople, and the Genesis of the Union of Brest*, Cambridge, MA, 1998.
FRICK, David A., *Meletij Smotryckyj*, Cambridge, MA, 1995.
ISAIEVYCH, Iaroslav, *Voluntary Brotherhood: Confraternities of Laymen in Early Modern Ukraine*, Edmonton y Toronto, 2006.
The Kiev Mohyla Academy, «Special issue of Harvard Ukrainian Studies», 8, n.º 1-2, junio de 1984.
LEWIN, Paulina, *Ukrainian Drama and Theater in the Seventeenth and Eighteenth Centuries*, Edmonton, 2008.
PELENSKI, Jaroslaw, *The Contest for the Legacy of Kievan Rus'*, Boulder, CO, y Nueva York, 1998.

PLOKHY, Serhii, *The Cossacks and Religion in Early Modern Ukraine*, Oxford, 2001.
—, *The Origins of the Slavic Nations: Premodern Identities in Russia, Ukraine and Belarus*, Cambridge, UK, 2006.
ŠEVČENKO, Ihor, *Ukraine Between East and West: Essays on Cultural History to the Early Eighteenth Century*, 2.ª ed., Edmonton y Toronto, 2009.
SYSYN, Frank E., *Between Poland and the Ukraine: The Dilemma of Adam Kysil, 1600-1653*, Cambridge, MA, 1985.

PARTE III. ENTRE IMPERIOS

BEAUVOIS, Daniel, *The Noble, the Serf, and the Revizor: The Polish Nobility Between Tsarist Imperialism and the Ukrainian Masses, 1831-1863*, Nueva York, 1992.
BILENKY, Serhiy, *Romantic Nationalism in Eastern Europe: Russian, Polish, and Ukrainian Political Imaginations*, Stanford, CA, 2012.
— (ed.), *Fashioning Modern Ukraine: Selected Writings of Mykola Kostomarov, Volodymyr Antonovych, and Mykhailo Drahomanov*, Edmonton y Toronto, 2014.
BOHACHEVSKY-CHOMIAK, Martha, *Feminists Despite Themselves: Women in Ukrainian Community Life, 1894-1939*, Edmonton, 1988.
FISHER, Alan W., *The Russian Annexation of the Crimea, 1772-1783*, Cambridge, UK, 1970.
FRANK, Alison, *Oil Empire: Visions of Prosperity in Austrian Galicia*, Cambridge, MA, 2005.
FRIESEN, Leonard G., *Rural Revolutions in Southern Ukraine: Peasants, Nobles, and Colonists, 1774-1905*, Cambridge, MA, 2008.
GRABOWICZ, George G., *The Poet as Mythmaker: A Study of Symbolic Meaning in Taras Ševčenko*, Cambridge, MA, 1982.
HERLIHY, Patricia, *Odesa: A History, 1794-1914*, Cambridge, MA, 1986.
HILLIS, Faith, *Children of Rus': Right-Bank Ukraine and the Invention of a Russian Nation*, Ithaca, NY, y Londres, 2013.
HIMKA, John-Paul, *Socialism in Galicia: The Emergence of Polish*

Social Democracy and Ukrainian Radicalism, 1860-1890, Cambridge, MA, 1983.

—, *Galician Villagers and the Ukrainian National Movement in the Nineteenth Century*, Nueva York, 1988.

—, *Religion and Nationality in Western Ukraine: The Greek Catholic Church and the Ruthenian National Movement in Galicia, 1867-1900*, Montreal y Kingston, ON, 1999.

KOHUT, Zenon E., *Russian Centralism and Ukrainian Autonomy: Imperial Absorption of the Hetmanate, 1760s-1830s*, Cambridge, MA, 1988.

MEIR, Natan M., *Kiev, Jewish Metropolis: A History, 1859-1914*, Bloomington, IN, 2010.

MILLER, Alexei, *The Ukrainian Question: Russian Nationalism in the Nineteenth Century*, Budapest y Nueva York, 2003.

PLOKHY, Serhii, *Tsars and Cossacks: A Study in Historiography*, Cambridge, MA, 2003.

—, *The Cossack Myth: History and Nationhood in the Age of Empires*, Cambridge, 2012.

— (ed.), *Poltava 1709: The Battle and the Myth*, Cambridge, MA, 2013.

PRYMAK, Thomas, *Mykola Kostomarov: A Biography*, Toronto, 1996.

RUDNYTSKY, Ivan L., *Essays in Modern Ukrainian History*, Edmonton, 1987.

SAUNDERS, David, *The Ukrainian Impact on Russian Culture, 1750-1850*, Edmonton, 1985.

SUBTELNY, Orest, *The Mazepists: Ukrainian Separatism in the Early Eighteenth Century*, Boulder, CO, y Nueva York, 1981.

SUNDERLAND, Willard, *Taming the Wild Field: Colonization and Empire on the Russian Steppe*, Ithaca, NY, y Londres, 2004.

VELYCHENKO, Stephen, *National History as Cultural Process: A Survey of the Interpretations of Ukraine's Past in Polish, Russian, and Ukrainian Historical Writing from the Earliest Times to 1914*, Edmonton, 1992.

WOLFF, Larry, *The Idea of Galicia: History and Fantasy in Habsburg Political Culture*, Stanford, CA, 2010.

WYNN, Charters, *Workers, Strikes, and Pogroms*: *The Donbass-Dnepr*

Bend in Late Imperial Russia, 1870-1905, Princeton, NJ, 1992.

ZAYARNYUK, Andriy*, Framing the Ukrainian Peasantry in Habsburg Galicia, 1846-1914*, Edmonton, 2013.

ZHUK, Sergei I.*, Russia's Lost Reformation: Peasants, Millennialism, and Radical Sects in Southern Russia and Ukraine, 1830-1917*, Washington, DC, Baltimore, y Londres, 2004.

ZIPPERSTEIN, Steven J.*, The Jews of Odessa: A Cultural History, 1794-1881*, Stanford, CA, 1985.

PARTE IV. GUERRAS MUNDIALES

ABRAMSON, Henry, *A Prayer for the Government: Ukrainians and Jews in Revolutionary Times, 1917-1920*, Cambridge, MA, 1999.

ARMSTRONG, John A., *Ukrainian Nationalism,* 3.ª ed., Englewood, CO, 1990.

BERKHOLF*,* Karel C., *Harvest of Despair: Life and Death in Ukraine Under Nazi Rule*, Cambridge, MA, 2004.

BOCIURKIW*,* Bohdan, *The Ukrainian Greek Catholic Church and the Soviet State, 1939-1950*, Edmonton, 1996.

BROWN, Kate, *A Biography of No Place: From Ethnic Borderland to Soviet Heartland*, Cambridge, MA, y Londres, 2004.

CONQUEST, Robert, *The Harvest of Sorrow: Soviet Collectivization and the Terror-Famin*e, Nueva York, 1987.

FRIEDGUT, Theodore H.*, Yuzovka and Revolution: Life and Work: Politics and Revolution in Russia's Donbass, 1869-1924*, 2 vols., Princeton, NJ, 1989-1994.

GRAZIOSI, Andrea*, The Great Soviet Peasant War: Bolsheviks and Peasants, 1917-1933*, Cambridge, MA, 1996.

GROSS, Jan T., *Revolution from Abroad: The Soviet Conquest of Poland's Western Ukraine and Western Belorussia,* edición ampliada, Princeton, NJ, 2002.

HAGEN*,* Mark von, *War in a European Borderland: Occupations and Occupation Plans in Galicia and Ukraine, 1914-1918*, Seattle, WA, 2007.

HRYN, Halyna (ed.), *Hunger by Design: The Great Ukrainian Famine*

and Its Soviet Context, Cambridge, MA, 2008.

KLID, Bohdan y MOTYL, Alexander J. (eds.), *The Holodomor Reader: A Sourcebook on the Famine of 1932-1933 in Ukraine*, Edmonton, 2012.

KRAWCHENKO, Bohdan, *Social Change and National Consciousness in Twentieth-Century Ukraine*, Londres, 1985.

KRAWCHUK, Andrii, *Christian Social Ethics in Ukraine: The Legacy of Andrei Sheptytsky*, Edmonton, 1997.

KUROMIYA, Hiroaki, *Freedom and Terror in the Donbas: A Ukrainian-Russian Borderland, 1870s-1990s*, Cambridge, 1998.

—, *Conscience on Trial: The Fate of Fourteen Pacifists in Stalins Ukraine, 1952-1953*, Toronto, 2012.

LIBER, George, *Alexander Dovzhenko: A Life in Soviet Film*, Londres, 2002.

LOWER, Wendy, *Nazi Empire-Building and the Holocaust in Ukraine*, Chapel Hill, NC, 2005.

MACE, James E., *Communism and the Dilemmas of National Liberation: National Communism in Soviet Ukraine, 1918-1933*, Cambridge, MA, 1983.

MAGOCSI, Paul Robert, *The Shaping of a National Identity: Subcarpathian Rus', 1848-1948*, Cambridge, MA, 1978.

MARTIN, Terry, *The Affirmative Action Empire: Nations and Nationalism in the Soviet Union, 1923-1939*, Ithaca, NY, y Londres, 2001.

MOTYL, Alexander J., *The Turn to the Right: The Ideological Origins and Development of Ukrainian Nationalism, 1919-1929*, Boulder, CO, y Nueva York, 1980.

PETROVSKY-SHTERN, Yohanan, *The Anti-Imperial Choice: The Making of the Ukrainian Jew*, New Haven, CT, 2009.

—, *The Golden Age Shtetl: A New History of Jewish Life in East Europe*, Princeton, NJ, 2014.

PLOKHY, Serhii, *Unmaking Imperial Russia: Mykhailo Hrushevsky and the Writing of Ukrainian History*, Toronto, 2005.

—, *Yalta: The Price of Peace*, Nueva York, 2010.

PROCYK, Anna, *Russian Nationalism and Ukraine: The Nationality Policy of the Volunteer Army During the Civil War*, Edmonton,

1995.
PRYMAK, Thomas, *Mykhailo Hrushevsky: The Politics of National Culture*, Toronto, 1987.
SHEVELOV, George Y., *The Ukrainian Language in the First Half of the Twentieth Century, 1900-1941: Its State and Status*, Cambridge, MA, 1989.
SNYDER, Timothy, *The Reconstruction of Nations: Poland, Ukraine, Lithuania, Belarus, 1569-1999*, New Haven, CT, 2003.
—, *Tierras de sangre: Europa entre Hitler y Stalin*, Barcelona, 2011.
VELYCHENKO, Stephen, *State Building in Revolutionary Ukraine: A Comparative Study of Governments and Bureaucrats, 1917-1922*, Toronto, 2011.
YEKELCHYK, Serhy, *Stalin's Empire of Memory: Russian-Ukrainian Relations in the Soviet Historical Imagination*, Toronto, 2004.
—, *Stalin's Citizens: Everyday Politics in the Wake of Total War*, Nueva York, 2014.

PARTE V. EL CAMINO A LA INDEPENDENCIA

APPLEBAUM, Anne, *Between East and West: Across the Borderlands of Europe*, Nueva York, 1994.
BARTOV, Omer, *Borrados: vestigios de la Galitzia judía en la Ucrania actual*, Malpaso, 2016.
BILINSKY, Yaroslav, *The Second Soviet Republic: The Ukraine After World War II, N*ew Brunswick, NJ, 1964.
DYCZOK, Marta, *The Grand Alliance and Ukrainian Refugees*, Nueva York, 2000.
—, *Ukraine: Movement Without Change, Change Without Movement*, Nueva York, 2000.
GRAZIOSI, Andrea, HAJDA, Lubomyr A. y HRYN, Halyna (eds.), *After the Holodomor: The Enduring Impact of the Great Famine on Ukraine*, Cambridge, MA, 2013.
HARASYMIW, Bohdan, *Post-Communist Ukraine*, Edmonton y Toronto, 2002.
KRUSHELNYCKY, Askold, *An Orange Revolution: A Personal Journey*

Through Ukrainian History, Londres, 2006.

KUZIO, Taras, *Ukraine: State and Nation Building*, Londres y Nueva York, 1998.

LEWYTZKYJ, Borys, *Politics and Society in Soviet Ukraine, 1953-1980*, Edmonton, 1984.

MAGOCSI, Paul Robert, *This Blessed Land: Crimea and the Crimean Tatars*, Toronto, 2014.

MARPLES, David, *The Social Impact of the Chernobyl Disaster*, Nueva York, 1988.

—, *Ukraine Under Perestroika*, Edmonton, 1991.

—, *Stalinism in Ukraine in the 1940s*, Edmonton, 1992.

—, *Heroes and Villains: Creating National History in Contemporary Ukraine*, Budapest, 2007.

MOROZOV, Kostiantyn P., *Above and Beyond: From Soviet General to Ukrainian State Builder*, Cambridge, MA, 2001.

MOTYL, Alexander J., *Dilemmas of Independence: Ukraine After Totalitarianism*, Nueva York, 1993.

ONUCH, Olga, *Mapping Mass Mobilization: Understanding Revolutionary Moments in Argentina and Ukraine*, Nueva York, 2014.

PLOKHY, Serhii, *El último imperio: Los días finales de la Unión Soviética*, Turner, 2014.

RISCH, William J., *The Ukrainian West: Culture and the Fate of Empire in Soviet Lviv*, Cambridge, MA, 2011.

SASSE, Gwendolyn, *The Crimea Question: Identity, Transition, and Conflict*, Cambridge, MA, 2014.

SZPORLUK, Roman, *Russia, Ukraine, and the Breakup of the Soviet Union*, Stanford, CA, 2000.

WANNER, Catherine, *Burden of Dreams: History and Identity in Post-Soviet Ukraine*, University Park, PA, 1998.

—, *Communities of the Converted: Ukrainians and Global Evangelism*, Ithaca, NY, y Londres, 2007.

WEINER, Amir, *Making Sense of War: The Second World War and the Fate of the Bolshevik Revolution*, Princeton, NJ, 2001.

WILSON, Andrew, *Ukrainian Nationalism in the 1990s: A Minority Faith*, Cambridge, 1997.

—, *Ukraine's Orange Revolution*, New Haven, CT, y Londres, 2005.
WOLCZUK, Kataryna, *The Moulding of Ukraine: The Constitutional Politics of State Formation*, Budapest, 2001.
ZHUK, Sergei, *Rock and Roll in the Rocket City: The West, Identity, and Ideology in Soviet Dniepropetrovsk, 1960-1985*, Washington, DC, Baltimore, y Londres, 2010.

EPÍLOGO. LOS SIGNIFICADOS DE LA HISTORIA

HIMKA, John-Paul, «The History Behind the Regional Conflict in Ukraine», *Kritika*, 16, n.º 1 (2015), pp. 129-136.
KULYK, Volodymyr, «Ukrainian Nationalism Since the Outbreak of EuroMaidan», *Ab Imperio*, n.º 3 (2014), pp. 94-122.
LUCAS, Edward, *The New Cold War: Putins Russia and the Threat to the West,* Nueva York, 2014.
MOTYL, Alexander J., *Imperial Ends: The Decay, Collapse, and Revival of Empires*, Nueva York, 2001.
SAKWA, Richard, *Frontline Ukraine: Crisis in the Borderlands*, Londres, 2014.
WILSON, Andrew, *Ukraine Crisis: What It Means for the West*, New Haven, CT, y Londres, 2014.

Las puertas de Europa. Pasado y presente de Ucrania
Serhii Plokhy

No se permite la reproducción total o parcial de este libro,
ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión
en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico,
mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos,
sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción
de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito
contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes
del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *The Gates of Europe: A History of Ukraine*

© Serhii Plokhy, 2015, 2021

This edition published by arrangement with Basic Books, an imprint of Perseus Books, LLC, a subsidiary of Hachette Book Group, Inc., New York, New York, USA. All rights reserved.

© de la traducción del inglés, Marta Rebón Rodríguez y Ferran Mateo Jerónimo, 2022

© del diseño de la cubierta, Ann Kirchner/Chelsea Hunter (Hachette Book Group USA)
© de la fotografía de cubierta, Efrem Lukatsky/AP Photo/GTRES

© de esta edición: Edicions 62, S.A., 2022
Ediciones Península
Diagonal, 662-664
08034 Barcelona
edicionespeninsula@planeta.es
www.edicionespeninsula.com

Primera edición en libro electrónico (epub): noviembre de 2022

ISBN: 978-84-1100-105-2 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!